

La Rosa Negra



Thomas B. Costa **Lectulandia**

Walter de Gurnie, hijo bastardo de un noble inglés, se ve obligado a huir de la Universidad de Oxford por su participación en los disturbios estudiantiles de 1273. A la muerte de su padre e inspirado por las enseñanzas del fraile Roger Bacon, entonces profesor de Oxford, decide viajar en busca de fortuna a la mítica tierra del Cathay (China), en compañía de su amigo Tristram Griffen. Este viaje los llevará al corazón del fabuloso Imperio Mongol, donde vivirán una aventura extraordinaria.

Inspirada en una antigua leyenda inglesa, *La Rosa Negra*, incluye en su narrativa a importantes personajes históricos de la época: el Rey Eduardo I de Inglaterra y su consorte Eleanor de Castile; Bayan «El de los cien ojos», general del Imperio Mongol; y el fraile y científico Roger Bacon.

«Sólida en hechos, colorida y romántica, *La Rosa Negra* es un rico y notable tapiz histórico». Christian Science, *Monitor*.

Lectulandia

Thomas B. Costain

La Rosa Negra

ePub r1.0

Iluviecilla 07.09.14

Título original: *The Black Rose*
Thomas B. Costain, 1945
Traducción: Pedro de Olazabal
Retoque de cubierta: lluviecilla

Editor digital: lluviecilla
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

VI is libros anteriores tratan de personajes históricos, hombres que han realizado hazañas notables pero que han sido casi completamente olvidados. Empecé *La Rosa Negra* pensando en tres grandes hombres. Uno de ellos fue rey de Inglaterra, en mi humilde opinión el más grande, *Eduardo I, el Legislador*. Su determinación de conquistar a Escocia echa una sombra sobre su recuerdo (fue el «orgullosa Eduardo» de «escoceses, *Wha Hae*») pero no obstante eso, fue un hombre de propósitos serios y nobles y verdadero padre del gobierno parlamentario. El segundo era un general mongol al que apenas se menciona en los libros de historia con el nombre de *Bayan de los Cien Ojos*, que conquistó a China para Kublai Khan en una serie de brillantes campañas. El tiempo ha tejido densas telarañas sobre esta página de la historia, y sólo se pueden ver hoy los mayores rasgos de la agresiva belicosidad de Bayan, pero tengo una fuerte convicción de que si los historiadores militares estuvieran en posición de estudiar sus operaciones, le darían un alto rango entre los generales. El tercero era *Roger Bacon*. Con los años ha crecido el interés en ese extraordinario fraile, que hasta hoy se ha convertido casi en un culto, de modo pues que no es necesario decir nada de él, aparte de consignar mi opinión personal de que fue en potencia el mayor hombre de ciencia que haya producido el mundo.

El hecho de que esos hombres notables hayan adornado una época que, de otro modo, habría sido una página oscura de la Edad Media era una oportunidad que no debía perderse, de modo que me dediqué a la tarea de inventar un relato en que los tres pudieran figurar de modo prominente. Sin embargo, el argumento que nació de mis esfuerzos se negó a subordinarse a la narración de la Historia. Cogió el bocado entre los dientes y no me dejó más que probabilidades de meter a los tres objetos de mi entusiasmo a raros intervalos, pero a pesar del hecho de que ninguno de los que constituyen el ilustre trío aparece sino en breves escenas, sus hazañas son las que dictan la dirección del relato.

El argumento en sí surge de una leyenda, de lo más seductora y romántica que se encuentra en muy pocas historias viejas de Inglaterra. Como he tratado de conservar un elemento de sorpresa hasta el final del libro, sería muy inoportuno dar a conocer aquí, antes de comenzar el relato, cuál es aquella leyenda. Lo único que puedo decir, pues, es que se refiere a un cruzado inglés que después fue padre de Thomas Becket; y a una muchacha oriental que sólo sabía dos palabras en inglés. Es, claro está, pura leyenda, pero siempre me pareció demasiado incitante para quedar sepultada bajo las tapas de libros de historia olvidados, de modo que he echado mano de ella y la he adaptado a mis propósitos. También ha de mencionarse que el incidente del encarcelamiento de los niños en Bulaire Castle se basa en un relato de la historia de Escocia que se menciona brevemente en *Tales of a Grandfather*, de Walter Scott. Para prever las posibles críticas, deseo decir que no he estado metiéndome «en camisa de once varas» en el incidente de la construcción de un barco en el Arsenal de Venecia.

Documentos auténticos demuestran que las urgentes necesidades de la guerra con Turquía impulsaron a los venecianos a la construcción de buques en un solo día, y que, además, habían concebido la idea de montarlos en serie, aunque no la realizaron.

Los buques que construyeron eran espléndidas y enormes naves birremes de altas obras muertas e imponente superficie de velamen. La velocidad, claro está, no es invención de la época actual.

Además de una casi interminable labor de investigación, he conservado bajo los ojos muchos libros durante la ardua tarea que ha insumido el escribir este relato: tres volúmenes de Harold Lamb: *Ghenghis Khan*, *La marcha de los bárbaros* y *Las Cruzadas*; varias versiones de Marco Polo; el esbozo de Agnes Strickland de la reina Leonor en sus *Vidas de las reinas de Inglaterra*; varias leyendas chinas, y la notable traducción de Pearl S. Buck de *Todos los hombres son hermanos*, de Shui Hu Chuan. Sin estas obras y otras demasiado numerosas para ser mencionadas, la tarea de presentar este cuadro más bien detallado de una época de gran colorido habría sido imposible.

Thomas B. Costain.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO. OXFORD

I

Estaba haciéndose tarde y aún no había noticias de Engaine. ¿Podía haberse equivocado Ninian? En las primeras horas de la tarde se había desencadenado una tormenta y la lluvia chorreaba de los techos de Oxford con lúgubre insistencia. Walter se refugió bajo la puerta de entrada de St. Martin, pero el temor de desencontrarse con ella lo impulsaba a recorrer constantemente todos los puntos del Quadrivium. Estaba calado hasta los huesos.

Se oyeron unas campanas de iglesia. En general, le producían un efecto profundo al caer la tarde en Oxford, porque había algo en la atmósfera de la grisácea y antigua ciudad que añadía una mayor solemnidad al doble y adaptaba el sonido a cualquier estado de ánimo. Podían resonar fuertes y vibrantes como un llamado a la lucha; podían mostrarse alegres y animadoras y dar un impulso al corazón así como a los talones; podían resultar lentas y tristes, cual recuerdo de la futilidad de esta Vida terrenal, pero casi siempre eran dulces y arrobadoras, como silbido de las alas del vencejo al cortar el aire, que hacía subir un nudo de felicidad a la garganta.

Mas aquel día Walter sólo sintió impaciencia al contar los toques. ¡Las cuatro! ¿Sería verdad que Engaine llegaba de Londres con su padre, o sólo era otra de las estúpidas bromas de Ninian? Empezó a sospechar lo segundo, más no se atrevió a abandonar su vigilancia. Hacía cerca de dos años que no veía a Engaine, y Ninian estaba insinuando que la muchacha iba a casarse pronto. Dos años más habrían de pasar antes de que volviera a su casa desde la universidad; sí no la veía entonces, quizá no la volviera a ver jamás.

Un mendigo de piernas desnudas y mojadas y de rostro lívido por la humedad y el frío, subió los escalones de la iglesia. Siguiendo su costumbre, se puso a pedir con voz quejumbrosa: «¡Una limosna, buen caballero!», tendiendo su escudilla de madera. Luego echó una mirada al empapado estudiante que asomaba al portal de piedra y una burlona carcajada substituyó al profesional lamento.

—¡Dios! —exclamó, respingándose la nariz con el pulgar—. ¡Casi tengo ganas de robarle una moneda a mi borceguí y echártela, cernícalo hambriento!

Paso otra hora. Walter temblaba de frío, casi convencido ya de que no llegaría cabalgata alguna de paso para Tressling. Se dijo a si mismo que debió ser sensato y aprovechar el tiempo estudiando. ¡Aún tenía tanto que aprender! No obstante, se quedó, acariciando restos de esperanza. Desde hacía una media hora no había cruzado el Quadrivium un solo peatón. No se oía sonido alguno sino el de la lluvia al caer.

De pronto el corazón le saltó en el pecho. Un ruido de cascos llegó desde el este, y unos diez o doce jinetes se acercaron trotando sobre los adoquines. Le desaparecieron las dudas al ver un carro que crujía detrás de los jinetes. La madre de Engaine era inválida y hacía todos sus viajes sobre ruedas.

No quería ser visto, de modo que se ocultó detrás de un pilar. El caballero que encabezaba la comitiva lo había descubierto, sin embargo. Sofrenó su cabalgadura gritando con tono perentorio:

—¡Oye, tú! ¿Qué camino debemos tomar para Cheltman?

Walter estaba dando apresuradas indicaciones sin abandonar su oculta posición, cuando otro jinete se acercó al primero. Bajo un pesado capuchón de pieles, Walter vio el verdor de un *couvre-chef*, y bajo éste, el brillo de los ojos celestes más adorables del mundo entero. ¡Era Engaine!

—¡Walter de Gurnie! —exclamó la muchacha, y, como siempre, había bastante tono de burla en su voz—. ¿Te has rezagado en tus oraciones? Deberías estar ya entre tus libros.

—Oí decir que ibas a pasar por aquí al venir de Londres —contestó él.

—Y ¿esperaste bajo esta lluvia para verme?

La muchacha, evidentemente, se sentía contenta. Levantó una enguantada mano para echar hacia atrás la capucha que se le caía sobre los ojos, y le sonrió.

—Me siento muy halagada, pero semejante devoción sentaría mucho más al que lucha por prepararse para los votos de la caballería, señor estudiante.

El padre de la muchacha sofrenó al lado de ella y miró, ceñudo, a Walter. El señor de Tressling siempre estaba un poco bebido y había cierta inseguridad en la mano con que se enjugó la frente.

—¡El cachorro de Gurnie! —exclamó, echando la cabeza hacia atrás y soltando una sonora risotada—. ¡Oye, puedes llevarle un mensaje a tu abuelo! Dile al viejo quesero que ha estado perdiendo el tiempo.

Luego se volvió hacia su hija:

—¿Cuántas veces, muchacha, tendré que decirte que no te rebajes de este modo? Este individuo mal nacido no debes tenerlo en cuenta.

En Walter, el orgullo venció a la discreción. Bajó la escalinata hasta el nivel de la calle.

—La sangre de los Gurnie es más noble que la de Tressling, milord —dijo—. Hemos poseído nuestras tierras durante más de cinco siglos.

El *lord* de Tressling volvió a reírse.

—Mucho cacareas, gallito, por ser uno que no puede ostentar parte honorable de esa noble sangre —exclamó—. ¡Vamos, muchacha! Tenemos que llegar a Tressling aunque cabalguemos la noche entera.

—Pero mamá está enferma —protestó Engaine—. No podrá viajar mucho más esta noche.

—Es ese maldito coche el que nos retrasa —dijo su padre—. ¡Basta ya de envolver y desenvolver, de gemir por sábanas y mantas, bebidas calientes y píldoras de boticario! Vamos a seguir viaje, te digo.

Y se volvió para gritarle a Walter unas estúpidas palabras finales:

—¡Considérate feliz de que no te haga azotar por mi criado Gullen para infundirte el debido respeto, muchacho! ¡Paso!

Walter no pudo ya contenerse:

—¡No temo a Gullen el Negro ni a ti, ladrón de Tressling!

El jefe de la comitiva no pudo haberlo oído, pues volvió el caballo y se alejó al galope. Pero Engaine se irguió en su silla y echó la cabeza hacia atrás. Con sus botas de piel taloneó el caballo, enojada.

—¡Adios, terrateniente!

¡Terrateniente! Para Walter constituía ése el insulto supremo. El hecho de que a Gurnie sólo le hubiesen sido dejadas unas miserables varas de tierra lo amargaba tanto como la nube que ensombrecía su nacimiento. Estaba tartamudeando para encontrar una respuesta, cuando Engaine se volvió con uno de sus imprevistos cambios de humor.

—Estás bastante empapado, Walter —dijo—. Ese jubón es demasiado liviano para semejante tiempo. Tienes que ir inmediatamente por ropas secas.

El muchacho no se movió hasta que el coche, con quejumbroso chirrido de ruedas y barquinazos, hubo pasado. Por entonces Engaine había desaparecido ya de su vista por uno de los caminos que irradiaban del Quadrivium. Luego, Walter volvió a subir la escalinata, sin propósito consciente, y entró en la iglesia.

Había luces en el altar, y el sacristán estaba ocupado en el extremo opuesto de la nave. Walter se sentó en el banco más cercano en un estado de ánimo tan triste y descorazonado, que perdió toda noción del tiempo.

Siempre supo que su devoción por Engaine era desesperada. Su abuelo había tomado las armas con Simón de Montfort en la lucha contra el viejo rey Enrique para apoyar el respeto a la Carta Magna. Después de la perdida batalla de Evesham, en la que el gran conde Simón fuera muerto, la mayor parte de las tierras de Gurnie fueron confiscadas y entregadas en recompensa al *lord* de Tressling, que había luchado —no con mucho arrojo, según se murmuraba— de parte del Rey. Más de ocho años habían pasado desde entonces, ocho años de pobreza para la casa de su abuelo y de gran prosperidad para Tressling. El odio entre ambas familias creció con el tiempo. El amor de Walter por la heredera de la otra casa había sido un asunto que necesariamente tuvo que guardar para sí. Muchas caminatas había dado hacia donde podía echarle aunque fuera una sola mirada, en particular a la iglesia de Tressling, donde podía gozar, hambriento, de su perfil. A veces, cabalgaba con el halcón sobre el puño, y, atraído a ella, se acercaba por un rato en busca de algunas palabras zumbonas, momentos extáticos para él, estudiados y encerrados en su corazón del mismo modo que los caballeros ostentaban obsequios en sus lanzas. Una vez le había hecho llegar una carta por medio de una criada en quien podía confiar, nota de pasión

adolescente, llena de sueños y esperanzas, en que le brindaba su devoción eterna. Rudo golpe había sido enterarse, en ocasión de su próximo encuentro, de que la muchacha sólo había podido leer la mitad. El hecho de que ella echara la culpa a la mala letra de Walter y no a su propia falta de instrucción no le pareció ser muy justa, pues ya entonces manejaba él la pluma con precisión de estudioso.

Mas por entonces ya estaba convencido de lo imposible de su amor, pero, cegado aún por el optimismo de la juventud, capaz de oponer esperanzas a hechos evidentes, sacó algún consuelo de las últimas palabras de la chica. Engaine siempre había gustado de él, aunque a su modo indiferente y superior, y acababa de darle una evidente prueba de ello con su preocupación por su estado. ¡Si sólo las cosas hubiesen sido de otro modo! ¡Si sólo los dominios de los Gurnie todavía se extendiesen con la nobleza anterior a la conquista normanda! Si...

¿Qué había dicho el padre de la chica? «Dile a ese viejo quesero que ha estado perdiendo el tiempo». Aquello podía tener sólo un significado. Por disposición del hijo del viejo Enrique, coronado desde entonces como Eduardo I aunque ausente de la última Cruzada, muchos de los bienes confiscados habían sido devueltos a sus anteriores dueños. El abuelo de Walter estuvo instando a los ministros de la Corona con peticiones para que se reconsiderara su caso, y nunca le había abandonado la esperanza de que las muchas fanegas de tierra de los Gurnie fueran restituidas. El padre de Engaine debía haber recibido seguridades de que esa restitución no iba a realizarse. Quizá su viaje a Londres se debiera a ese mismo fin.

Walter se preguntó si debía escribirle a su abuelo, pero resolvió, muy de mala gana, que no se atrevería a infringir la disposición que le prohibía dirigirse al anciano en forma directa.

El fervor que poseía a todos los espíritus en aquellos días de intensos sentimientos religiosos le hizo dejarse caer de rodillas. Y el muchacho empezó a rezar a media voz.

—Padre nuestro que estás en los cielos, y St. Aidan, en quien tan a menudo he confiado, dadme la oportunidad de probar mi amor. Aun cuando los obstáculos que median entre nosotros no puedan superarse, permitidme que me muestre mejor a sus ojos.

II

La noche había dejado caer ya su negrura sobre los inclinados aleros de los techos de Oxford cuando Walter salió de la iglesia. El muchacho echó a correr velozmente por el laberinto de tortuosos senderos que se extendía detrás de St. Martin, taloneado por instintivo temor.

Lo más extraño de la vida en la universidad era que el cuerpo estudiantil no demostraba miedo a la noche. En el hogar de Walter era otra cosa. En Gurnie se vivía a la sombra de muchos temores, pero el que mayor presa hacía en todos los espíritus era la certeza de que las horas de oscuridad pertenecían al diablo. El muchacho había contemplado con jadeante respiración la bajada del sol detrás de la ondulada línea de los robledales en Algitha Scaur, aguardando casi ver las puntas de los cuernos de Satanás asomar en el horizonte. Los labradores llegaban corriendo de los campos una vez desaparecida la luz del día, como si una bandada de brujas los persiguiera chillando. El bueno del padre Clement tiraba vigorosamente de las cuerdas de las campanas cuando una tormenta amenazaba oscurecer el día, y a menudo se le veía salir con agua bendita para alejar a los demonios que llegaran con las tinieblas, en alas del viento. Nadie respiraba a sus anchas hasta que las persianas en Gurnie estuvieran bien cerradas y Agnes Malkinsmaiden hubiera servido la cena y la cerveza que infunde renovado valor a los estómagos vacíos.

Walter no conocía sonido más bien venido que el canto del primer gallo por la mañana. Entonces la vieja mansión renacía a la confianza. Se podía oír silbar y tararear a criados y labradores mientras se ataban los jubones y se derramaban agua fría sobre las cabezas en la fuente cercana a la cocina. El día era de Dios, y todo andaba bien en el mundo.

Más en Oxford, con la llegada de la oscuridad la vida cobraba un pulso más acelerado. Los estudiantes salían entonces con hopalandas bien arropadas alrededor del cuerpo para ocultar las filosas hojas que llevaban ceñidas en vez de tinteros. Entusiasmados por la perspectiva de alguna aventura, una cita con alguna criada de taberna o una pelea con burgueses de la ciudad. Había animación en sus voces cuando gritaban: «¡Un estudiante, un estudiante!», a otros grupos que pasaban por las angostas callejuelas. A veces, el tono se profundizaba hasta adquirir una expresión de alarma cuando había lío con la patrulla, y entonces, al grito de guerra de: *¡Surgite! ¡Surgite!*, los estudiantes salían corriendo de tabernas, hospedajes y oscuras guardillas en ayuda de sus apurados cofrades. A los hombres de Oxford parecía gustarles la oscuridad, pero aquello no se debía a que hubiesen perdido todo su temor al diablo. Iban a confesarse con la misma aprensión y aspecto avergonzado que el más nervioso de los pecadores. Era más bien porque el manto de la noche les hacía más fácil olvidar su juventud y contonearse como los atrevidos matones que

pretendían ser.

Dos eran los motivos por los cuales Walter rara vez salía con sus compañeros. El primero era su deseo de seguir con sus estudios. Apenas si podía esperar que llegara el día en que sus conocimientos de latín y de griego, así como las nociones de árabe y hebreo que tan penosamente estaba adquiriendo, pudieran aplicarse en forma práctica. Desde las Cruzadas, las miradas de aquellos que necesitaban recuperar sus fortunas se habían vuelto hacia el este. Quería oír el metálico ruido de las monedas en su bolsa. Esperaba que llegara pronto el momento en que Engaine no pudiera mirarlo con sus verdosos y azulados ojos y decirle: «¡Terrateniente!», con tanto desprecio.

El segundo motivo era su extremada sensibilidad con respecto a su cuna. Sus compañeros habían llegado a considerarlo un individuo muy huraño. El muchacho se apenaba por su impopularidad, mas parecía incapaz de evitarla. Cuando los demás se ponían las hopalandas para alguna andanza nocturna, siempre le venían ganas de decir:

—Aguardadme, maestros de arte, no soy mala persona al fin y al cabo.

Pero dominaba el impulso diciéndose:

—No te quieren. Ya lo han demostrado bastante. ¿Dónde está tu orgullo, tonto?

Su amor por Oxford era casi fanático, más el muchacho no era feliz allí.

Al llegar al hospedaje, descubrió que su larga espera le había costado la cena, mas su pesar fue atenuado por el olor que se filtraba por debajo de los tabiques a la entrada, y que le indicó que Giles había vuelto a servir pescado. Según todas las probabilidades el pescado no sería fresco. Quizás alguno de los estudiantes librería de contrabando alguna batalla (expresión que usaban para designar a la comida consumida fuera de hora) en su cuarto, más entrada la noche. Pero pensó que aun en ese caso, no lo invitarían.

Probó sumirse en el *Monologium* de San Anselmo, pero el dormitorio alto resonaba con las voces de los que leían. Se preguntó si se atrevería a decir lo que pensaba, que en Francia y demás países verdaderamente cultos se consideraba una falta de instrucción el no poder leer callado. En ese momento advirtió que Ninian estaba descolgando de la pared su caperuza bordeada de piel. Ninian tenía el privilegio de ostentar ese distintivo de nobleza porque su padre era capitán de guardias en la frontera con Gales. El padre de Walter era conde, más el muchacho se veía obligado a usar una caperuza sencilla.

Ninian se dirigió hacia donde Walter se hallaba.

—Bastardo —le dijo—, tengo que conversar contigo y no quiero que oigan estos patanes. Ven, salgamos.

Todo, en Ninian, irritaba a Walter; su aire de superioridad, su afectada pronunciación, la flojedad de su mandíbula, y, por sobre todo, su situación con respecto a Engaine.

—Acabo de llegar y estoy empapado, como puedes ver. Dentro de una hora apagarán las velas y apenas si me queda tiempo.

—Te prestaré mi capa —rezongó Ninian—. Es nueva, y habrás de cuidarla mucho.

Luego frunció el ceño con aire de superioridad.

—Tus modales podrían ser mejores, bastardo.

—Mis modales son cosa mía. Estoy muy satisfecho con ellos.

Al hijo del capitán de guardias le resultó difícil aceptar esa desconsideración de sus deseos. Se rascó la barbilla y siguió ceñudo.

—Me fastidias tanto como un pie cubierto de sabañones. Pero, al fin y al cabo, eres de sangre noble, lo cual hace variar la situación. Si consientes en venir —añadió en tono más amable—, le hablaré a Giles para que nos dé algo de comer.

La cosa cambiaba de aspecto. Walter se acordó de que estaba muy hambriento.

—¿Algún trozo frío de carne de vaca? —preguntó.

Ninian asintió con un movimiento de cabeza a la vez que hacía sonar unas monedas en su bolsa.

—Carne de vaca o de cordero; lo que podamos conseguir. Quizá pida también un poco de pastel.

Y, bajando la voz, añadió:

—Quiero hablarte de Engaine.

Walter arrojó su empapada hopalanda a un rincón y se puso la capa ofrecida. Nunca había tenido una de aquellas nuevas y elegantes prendas y se contoneó inconscientemente al prenderse el cuello de piel.

—Te envidio tu estatura —dijo Ninian, mirándolo con fastidio—. Y ¿por qué tendrás a la vez un arco de nariz normando y ese cabello amarillento? Si yo tuviera algunas de tus características, Engaine pensaría mejor de mí. Empezaron a bajar la escalera interior (motivo de gran orgullo para los habitantes de la casa, pues la mayoría de las casas de Oxford tenían escaleras exteriores), y Ninian empezó a contar sus preocupaciones.

—He de confesar que estoy molesto por algo que acabo de oír. Engaine y yo somos primos hermanos, pero en ambas familias siempre se ha tenido por seguro que íbamos a casarnos. Naturalmente, estoy de acuerdo. La chica entrará en posesión de todos los bienes de Tressling, y, además, es bastante bonita y juguetona. No voy a poder estar a su altura en tierras, pero recibiré los feudos de Barley por parte de mi madre y una buena extensión de terreno boscoso en la frontera. No soy precisamente un mendigo. Pero ahora —prosiguió con aflicción— acabo de enterarme que el borracho de su padre tiene otros planes. Parece que un pez más gordo ha mordido el anzuelo. ¿Qué harías en mi caso, bastardo? Llevas una astuta cabeza sobre los hombros, aunque seas un malhumorado mastín, y claro está, no le tienes cariño a

Tressling. Aprecio tu opinión. ¿Te gustaría ir en derechura a ver al viejo odre y hacer valer tus derechos?

Ante esa revelación Walter experimentó una preocupación más honda que el afectado Ninian.

—¿Quién es el otro pretendiente? —preguntó.

—No estoy seguro. En Tressling se muestran muy reservados al respecto. Pero abrigo mis sospechas —añadió en tono jactancioso—, y no tengo intención alguna de hacerme a un lado.

Habían llegado a la puerta de calle cuando resonaron detrás de ellos los apresurados pasos de maese Matthias Hornpepper. El mayordomo de la casa era un hombrecillo regordete de nariz larga y sombría, que se sentía constantemente ofendido. Sus deberes lo mantenían en un estado tal de torbellino que raras veces se le veía, cualquiera fuera la estación o la hora, sin sudor en la frente.

El mayordomo carraspeó, nervioso.

—¡Ah, ejem! ¡Señorito Ninian! —gritó—. Quiero decirle unas palabras, joven caballero.

—¿Qué querrá ahora esa vieja bola de grasa de bamboleante cabeza? —murmuró, y, enfrentándolo, dijo—: Voy a salir. No tengo tiempo de hablar con usted ahora, maese Hornpepper. Es usted una sarna fastidiosa, maese Hornpepper, y creo que hemos de encontrarnos otro mayordomo.

—He recibido una seria queja respecto de usted —dijo maese Hornpepper en tono humilde.

—¿Qué le pasa a este bellaco? —preguntó Ninian—. Le pago diez peniques por semana, mientras que de los demás sólo recibe ocho. ¿No basta acaso que me robe sin que además me haga zumbar la cabeza con sus eternas quejas?

—Se trata... Pues se trata de una muchacha. Y la queja viene de un bedel de la universidad.

Resultó evidente que Ninian estaba alarmado. Por los débiles y grisáceos ojos le pasó un defensivo brillo.

—Parece —dijo maese Hornpepper—, que ha sido muy imprudente, si es que puedo atreverme a comentar su conducta. La chica ha sido lo bastante tonta para, ejem, para quedar embarazada.

Ninian pareció por un rato aún más asustado. Luego, una sonrisa de satisfacción se le extendió por el largo y cetrino semblante. Evidentemente, se hallaba complacido.

—¡Diablos, eso sí que vale la pena oírse! —exclamó—. Mi padre se sentirá orgulloso de mí. A menudo le he oído decir que un hombre no es hombre hasta no haber dado al mundo seis bastardos.

—¡Será un escándalo, un escándalo tremendo! —protestó el mayordomo—. El

pobre Thomas Tavener tenía el rostro blanco como cera al referirme el hecho. Estaba muy ilusionado con su hija y está desesperado por la vergüenza en que la ha sumido.

—¿Vergüenza? —exclamó Ninian—. ¿No ves que es lo mejor que podía haberle ocurrido? Su hijo tendrá sangre noble. Se hará un arreglo, por supuesto; mi padre se ocupará de eso. Habrá bastante para mantenerla a ella y al pequeño bastardo en cuanto nazca.

A Walter le costó mucho no echarle las manos al cuello a su compañero. Los hombres usaban la palabra «bastardo» con la misma frescura con que decían «buen día» o «Dios te guarde», pero el muchacho nunca había podido acostumbrarse a ello. Siempre que aquel calificativo se le aplicaba a él, pensaba en el pálido rostro de su madre y en las tristes circunstancias en que vivía en Gurnie. Entonces una ardiente rabia interior se apoderaba de él.

En ese momento se dieron cuenta de que los oían. Una fuerte risotada resonó en el corredor y la voz de Humphrey Armstraung, de las tierras del oeste, dijo:

—Conque ¡nuestro noble Ninian ha estado putañeando!

Y apareció detrás de un tabique de roble, sonriente bajo la redonda gorra que llevaba como bachiller en artes. Armstraung, generalmente conocido por el apodo de El Estudiante Magistral, era el jefe reconocido de los muchachos. Lo seguían varios otros: Rob Wynter, de los Países Bajos, y Ludar Fitzberg, de Irlanda, entre ellos.

—¡Señoritos, señoritos! —cloqueó el mayordomo, desesperado—. ¡No sabía que tuviéramos testigos! De esto no ha de trascender nada fuera de aquí. Tenemos que pensar en el buen nombre de la casa.

—Nos callaremos —gruñó Armstraung—. Aunque, en mi opinión, añadiría algo a nuestro buen nombre si trascendiera.

Los otros asintieron con un movimiento de cabeza. Por el modo en que miraban a Ninian, Walter comprendió que el futuro padre había crecido mucho ante sus ojos.

—¡Por San Cristóbal! —exclamó el Estudiante Magistral, palmoteándole aprobadoramente la espalda—. ¡Había un halcón entre los pichones de colimbo, y ninguno de nosotros lo sospechaba!

—Si es varón, puedes entregárselo al rey —sugirió el irlandés mirando socarronamente a Walter—. Ese parece ser el mejor procedimiento a adoptarse con los hijos bastardos, aunque algunos padres prefieren no reconocerlos.

Para demostrar su cambio de opinión para con el errante Ninian, todos decidieron salir con él y hubo una carrera en busca de hopalandas. Cuando salieron, siete en total, la tormenta había menguado y la única molestia que sintieron fue el pisar la mojada calle.

—¿Adónde vamos, burlador? —preguntó el Estudiante palmoteándole por segunda vez la espalda a Ninian—. Esta noche tienes derecho a llevar la voz cantante... y a pagar al gaitero, por supuesto.

Ninian estaba rebosante de satisfacción.

—¡A casa de *Timothy-Two-Tunes*! —exclamó, temerario—. Timothy cantará para nosotros y nos darán una gota de anís en la cerveza.

Cuando llegaron, la taberna de *Timothy-Two-Tunes* estaba abarrotada de parroquianos, en su mayoría universitarios de la clase más rica. En un primer momento, Walter creyó que todos ellos eran artistas, y, por lo tanto, dedicados al *Trivium*, cuyos estudios consistían en gramática, retórica, lógica y latín. Finalmente vio a un estudiante de derecho, suculento individuo cuya entorpecida lengua hablaba de impuestos de capitación y otros oscuros temas que habrían de preocuparle cuando se convirtiera en un jurisconsulto hecho y derecho. Frente al fuego estaba sentado un sacerdote que se había levantado la sotana sobre las rodillas. A primera vista podía clasificárselo como capellán, por ser tan gordo y preocuparse tan poco por su aspecto. Los hermanos capellanes no tenían otras obligaciones que las de decir plegarias por las almas de los fieles difuntos.

—El comesantos está acaparando todo el calor —gruñó el Estudiante, pues por entonces estaba de moda en Oxford afectar irreverencia—. No hay decencia en una espalda tan ancha como ésta. ¡Pensad en toda la carne de cordero y cerveza necesarios para mantener viva esa carroña! ¿Por qué no se va adonde debería estar, recitando sus avemarías para las pobres almas que dependen de él para escapar de freírse en el Purgatorio?

Ninian se dirigió a *Timothy-Two-Tunes*:

—Tabernero, cerveza para siete. Y acuérdate de echarle una gota de anís a cada jarro.

Timothy, que estaba cantando en el otro extremo de la habitación, no hizo caso. Rasgó las cuerdas de su laúd y siguió con su canción. La melodía era nueva y las palabras del refrán eran animadoras:

¡Vamos a Cathay!

¡Vamos a Cathay!

Su hija Dervagilla se presentó a atender a los estudiantes. Era una gorrana de pechos erguidos que se defendía contra las asiduidades inoportunas alardeando tan abiertamente de robustez que nadie se atrevía a insinuarse. Los brazos en jarras, miró burlescamente a Ninian y dijo:

—¿Cerveza, dijiste, y anís? Has de mostrarte más cortés, por favor, pues en caso contrario será, artemisa y no anís lo que te dé.

Y volviéndose hacia los demás, murmuró por un costado de la boca:

—Si alguna vez lo tuviera en cama conmigo, le rompería el lomo a ese prolífero machito.

El estudiante de derecho estaba discursando por entonces sobre el joven rey Eduardo y lo que éste haría cuando regresara de la Cruzada.

—Por fin vamos a tener un verdadero rey. ¡Éste sí que pondrá en rienda a los orgullosos barones! Les quitará el poder, y así volveremos a gozar de paz y orden en el país.

¡Paz y orden en el país con un poder real tan absoluto como el del perverso Juan Sin Tierra, que trató de anular todos los derechos! Walter se dijo que el hombre estaba loco por decir tales disparates.

—Si hay paz y orden en el reino —preguntó— ¿cómo han de ganarse la vida los abogados?

—No le hagas caso al bastardo —le dijo Hump Armstraung al estudiante de derecho—; ése siempre está descontento por algo.

Walter no contestó. Se puso de pie y se dirigió hacia el extremo opuesto de la habitación, donde encontró un asiento en un banco de madera. No quería tomar parte en semejantes conversaciones. El nuevo gobernante tenía todas las tradiciones de realeza de los Plantagenets, eso se lo reconocía; el mismo valor y amargo orgullo, así como la alta estatura, la brillante mirada y el dorado cabello. Los reyes Plantagenets eran hombres guapos. Pero Eduardo mató a Simón de Montfort en Evesham, al gran Simón que luchara por los derechos del pueblo, y su padre, el viejo rey Enrique, había confiscado las tierras de Gurnie. ¡Eduardo I no gozaría de la lealtad de Walter!

El muchacho trató de encontrarse con la mirada de Ninian, esperanzado en que éste se acercara a él para tener esa conversación. ¿Qué era esa siniestra noticia, de Engaine? ¡Un pez más gordo mordía el anzuelo! Aquello sólo podía significar que el *lord* de Tressling estaba proyectando un pronto casamiento para su hija y heredera.

A Walter nunca le habían preocupado mucho las pretensiones de Ninian. Pero ¿quién era ese pretendiente, más valioso, que había en perspectiva? La sola idea de que Engaine pudiera casarse con otro era como una daga que se le clavara en el corazón.

Ninian seguía riéndose tontamente al beber su cerveza y no miró una sola vez en su dirección. ¿Qué le pasaba a ese individuo? ¿Acaso había olvidado el motivo por el cual salieran?

El estudiante de derecho terminó con su aburrido palabrerío. El sacerdote se irguió en su sillón, miró a su alrededor y guiñó a los asistentes.

—La intranquila alma de mi fallecido hijo espiritual está brincando animadamente —dijo—. Tengo que volver a mis plegarias por ella. Voy a vivir bastante bien del oro que ha dejado, y me corresponde no dejarla asarse demasiado.

De pronto Walter se levantó de un salto del duro banco. En la calle había surgido un fuerte clamor. Por encima del sonido de voces airadas se oyó la señal a que los estudiantes respondían estuviesen donde estuviesen.

—*¡Surgite! ¡Surgite!*

Walter se sorprendió de pie, mientras su mano buscaba con nerviosa prisa el puñal que llevaba al cinto. Armstraung se levantó con tal violencia que hizo perder el equilibrio al sacerdote, quien cayó al suelo sobre sus poderosas nalgas, moviendo las piernas en el aire como un escarabajo volcado.

—No es asunto nuestro —estaba protestando Ninian, pero nadie le prestaba la menor atención.

Y al segundo todos estaban en la calle gritando:

—*¡Un estudiante, un estudiante!*

III

La refriega que se produjo aquella húmeda noche del año del Señor de 1273 iba a ser recordada mientras quedaran estudiantes de Oxford para recordar las hazañas del pasado. Walter no habría de olvidarla, pues fue con motivo de ella que conoció a Tristram.

Walter había desempeñado un papel en muchas pequeñas y agradables riñas con la patrulla de la ciudad, pero vio que esa vez la cosa era diferente. Los estudiantes corrieron por Queen Street hasta llegar a la encrucijada de los cuatro caminos en el Quadrivium. Allí encontraron a la patrulla en pleno los estudiantes habían sido apresados. Les habían atado los brazos a la espalda y cubierto la cabeza con bolsas de harina. La desgraciada pareja seguía luchando valientemente, mas ya sin propósito alguno.

Los arqueros de la patrulla presentaban un aspecto siniestro. En primer lugar, estaban armados hasta los dientes, con pesadas corazas y fuertes morriones de hierro. Los soldados miraban con expresión burlesca a los recién llegados por entre una valla de alabardas, y hasta el sonido de los clavos de sus suelas tenía en sí algo de decidido. Gente del pueblo había tomado posiciones en la torre de St. Martin y desde allí insultaba a los estudiantes y les arrojaba piedras.

—Han prendido a Jack Punshon y Rick Standlack —dijo el estudiante de derecho.

—Muchachos forzudos, ambos, y traviesos. ¿Qué han hecho?

—Parece que hubo una discusión en El Tahalí Azul —dijo el estudiante de derecho—. Fue por el precio de un ganso asado. Los muchachos comieron antes de confesar que tenían la bolsa vacía. El tabernero juró que los desollaría, pero Jack cogió el asador en que había estado ensartado el ganso y le rompió la cabeza con él. Dicen —añadió con un dejo de envidia en el tono— que fue una hermosa lucha mientras duró.

—¿Qué van a hacer con Jack y Rick?

—Los llevan a Greenditch.

—¿Para ahorcarlos? —exclamó Hump, desesperado—. Nosotros no estamos sujetos a la autoridad municipal. Eso ha quedado establecido muchas veces.

—Demasiado bien lo saben —convino el estudiante de derecho, agriamente—, de modo que esta vez no van a esperar que se apliquen los debidos procedimientos legales. Van a hacer lo pertinente para que Jack y Rick bailen en el aire y dejarán la discusión para después. Y, lo que es más, no parece que podamos impedirlo.

Hump miró el brillante círculo de alabardas que mantenía a los estudiantes a distancia. Meneó la cabeza.

—*Ad impossible nemo tenetur*, nadie está obligado a hacer lo imposible —dijo—. Nos ensartarían como arenques si tratáramos de atropellarles.

Más estudiantes estaban llegando al Quadrivium. Walter tenía la certeza de que podrían obligar al rescate aunque sólo fuera por la fuerza numérica. Y le gritó a Hump al oído:

—Yo, por lo pronto, no me resigno a quedarme sin hacer nada. Por St. Aidan, ¡reúne a los compañeros! Con una sola carga abrimos la línea.

—¿Te encargarías tú de dirigir la carga?

—Sí. Pero no tenemos que perder tiempo.

Hump frunció el ceño y dijo, como disculpándose:

—Nunca me habrás visto retroceder ante una pelea, bastardo. Pero ¿de qué serviría a Jack y a Rick si nos hiciéramos despanzurrar a punta de alabarda?

Ninian había llegado mucho después que los demás. Parecía muy afligido por la situación, y preguntó con amargura:

—¿Por qué no habrán entrado en St. Giles a tiempo y hecho valer el derecho de asilo?

—No les dejaron —dijo Walter—. Así es que ahora tenemos que hacer cuanto podamos. Tú, Hump, estás esperando hacer tus pruebas de aspirante a caballero. ¿Qué mejor oportunidad para ti?

Ninian se estremeció.

—Sería una muerte segura.

Hump asintió con displicencia.

—No sería una aventura honorable. ¿Qué sabes tú de las reglas de caballería, bastardo?

—¡Cobardes! —les gritó Walter.

Empezaban a llegar hombres del pueblo en gran número, y era evidente que estaban tan resueltos como los arqueros. Ya estaba desarrollándose la tradicional lucha entre estudiantes y pueblo, a palos y estacazos. Walter se dio cuenta de que mientras el pueblo luchaba con los estudiantes, la patrulla se alejaría con sus prisioneros. Ya los arqueros habían tomado por una callejuela lateral y se hallaban tan lejos que apenas si podía oírse el grito de: «¡Paso a la justicia del rey!», que daba el capitán.

Walter se puso a seguirlos, advirtiendo que un individuo se le ponía a la par. Estaba seguro de que su fortuito acompañante era estudiante como él. El desconocido era tan alto que Walter apenas le llegaba a los hombros con la barbilla. El muchacho se sintió fastidiado, pues estaba orgulloso de su estatura.

—Eres Walter de Gurnie, ¿no es cierto? —dijo el desconocido.

—Sí. Y tú, ¿quién eres?

—Tristram Griffen. Soy de tus mismas tierras. Nunca has oído hablar de mí, pero mi padre es el flechero de Cencaster.

La oscuridad era demasiada para poder ver con claridad, pero a Walter le gustó la

voz. Era lo bastante respetuosa, como corresponde a un hijo de flechero, y sin embargo había en ella algo de resolución. En caso de que aquel muchacho perteneciera al cuerpo estudiantil, debía ser un externo, uno de los despreciados estudiantes que carecían de medios para alojarse en los hospicios y tenían que albergarse en las bohardillas de la ciudad.

—He observado a Nat Griffen en el tiro al blanco. No hay mejor arquero en toda Inglaterra —dijo Walter.

—Pues él nunca ha tenido semejante pretensión, pero... Bueno, creo que hubo un tiempo en que podía armar un arco mejor que nadie. Está envejeciendo, y ya no tiene muchas fuerzas en los brazos.

—Estoy seguro de que tú puedes armar muy bien un arco, Tristram Griffen —dijo Walter mirando a su compañero.

—Soy bastante bueno. Pero no espero ver el día en que lo haré igual que mi padre.

«Modestamente hablando», pensó Walter, y en voz alta preguntó:

—¿Por qué no te he visto antes?

—Soy estudiante externo y vivo en el piso alto de una tienda de encuadernación en Sheydyard Street. Me has visto, pero evidentemente, no tenías por qué recordarme.

Esto fue dicho sin amargura, aunque sin humildad. El tono era indiferente.

En aquel momento pasaban frente a una casa cuyo dueño había bajado los escalones con una antorcha para presenciar el alboroto. A esa luz pudo verse que Tristram Griffen tenía un cuerpo magnífico y era muy ancho de hombros. Tenía un mechón de rígido cabello rubio y agradables ojos grises. Hizo una incierta sonrisa, como dudando de la forma en que Walter tomaría aquella familiaridad de su parte.

Walter devolvió la sonrisa. Siempre había sido lento para hacer amigos, pero ya por entonces sabía que el hijo del flechero le gustaba, a pesar de la enorme diferencia de posición que mediaba entre ellos. Había en el muchacho franqueza y buen humor, así como una promesa de verdadera lealtad de espíritu.

El externo era evidentemente muy pobre. Su raída hopalanda era de una tela muy tosca y tenía las piernas desnudas hasta la rodilla. Sus pesadas botas eran negras, señal distintiva de baja condición.

«¿Qué importa? —pensó Walter— me gusta más que cualquiera del hospicio».

—Podríamos rescatarlos si corriésemos el riesgo —dijo Tristram, indicando con un movimiento de cabeza la procesión que iba ante ellos—. Preferiría que me entrara un poco de aire por las costillas antes que quedarme indiferente y ver cómo llevan a ahorcar a esos pobres muchachos.

—Lo mismo pienso yo —contestó Walter—. ¿Podríamos contar con alguna ayuda? Los demás parecen contentarse con hacer ruido.

—Muchos nos seguirán si abrimos el camino.

Tristram se detuvo y empezó a quitarse la hopalanda. Después de doblarla cuidadosamente la dejó sobre el apeadero de una casa que estaba a oscuras. Luego buscó un adoquín suelto y lo puso encima.

—Es la única que tengo —se disculpó sonriendo—. Puedo darme el lujo de que me rompan uno o dos huesos, pero no el de perder mi abrigo.

La multitud se había densificado, y, en consecuencia, la patrulla avanzaba con mayor lentitud. El capitán blandía de cuando en cuando una corta espada y clamaba con indignado tono:

—¡Abrid paso a la ley, Villanos!

El alto estudiante se arremangó y preguntó:

—¿Estás pronto, Walter de Gurnie?

—Listos.

A Walter el corazón pareció encogersele en el pecho.

Aquella iba a ser una aventura audaz, y no ignoraba que podía no salir de ella con vida.

—Envuélvete el abrigo en el brazo —le aconsejó el hijo del flechero—. Te servirá de escudo. No tienes por qué exponerte a que te metan una moharra de pica en el vientre.

—¡Pero si tú no tienes abrigo!

Mas su compañero había entrado ya en acción. Con gran rapidez y asombrosa energía, dio un salto hacia adelante y asestó al capitán un puñetazo tan vigoroso, que la cabeza del sorprendido oficial dio contra el fondo del morrión de hierro. Una enorme mano cogió al debilitado jefe de la guardia por el cuello mientras que la otra lo agarró de las rodillas. Con escaso esfuerzo, el estudiante externo levantó el cuerpo al nivel de su cabeza y lo arrojó contra la línea. Dos de los guardias fueron derribados estrepitosamente y abrieron así una brecha, brecha por la cual se lanzó Tristram con tanta fuerza, que en pocos segundos había deshecho la formación.

Walter siguió el impulso. Sin saberlo, había empezado a dar el grito de batalla de los cruzados: «¡Dios lo quiere!». Olvidó envolverse la hopalanda en el brazo, pero eso no importaba en aquella lucha tan cuerpo a cuerpo. No podía ver si algunos de los demás estudiantes habían intervenido también, pues se encontró inmediatamente frente a un guardia, individuo forzado que peleaba como un gato montés.

El asunto fue breve pero violento. Los estudiantes que se hallaban en las cercanías habían cargado en cuanto se hubo abierto la brecha en la línea. Atropellaron con tantas ganas de luchar y en número tan crecido, que pronto llenaron todo el espacio del círculo de picas. Las filas de los guardias se rompieron. Los soldados se veían acometidos tan de cerca que no podían hacer uso de sus armas. Walter estaba tan ocupado con su terco antagonista que no advirtió que se había ganado la lucha,

sino cuando Tristram acudió en su ayuda. Cogiendo al guardia por atrás, del cuello, el estudiante externo lo empujó con violencia a un costado de la calle.

—¡Jack y Rick están libres! —tuvo que gritar Tristram para hacerse oír.

Le corría sangre por el rostro, pero el muchacho no parecía advertir que había sido herido. Sonrió, complacido, a Walter y prosiguió:

—En este momento se dirigen a ver al decano. Será mejor para ellos que quedarse sentados en un banco de St. Giles.

Hump Armstraung había llegado al lugar del hecho y logrado refirmar su jefatura. La mayor parte de los estudiantes formaron en fila detrás de él, gritando la orden de romper contacto y dispersarse. Y los muchachos se pusieron a desfilar, triunfales, por la calle, cantando en coro la gran marcha de las Cruzadas, *El Viejo de la Montaña*.

—Y ahora Hump se llevará los laureles de todo esto —dijo Walter con amargura.

Al no recibir respuesta, se volvió y vio que su compañero se había detenido unos pasos atrás. Estaba mirando el apeadero donde dejara su hopalanda. El adoquín aún estaba allí, pero el abrigo había desaparecido.

—¡Robado! —exclamó Tristram.

Tenía el rostro casi grisáceo.

La prenda era de la clase más ordinaria, y parecía imposible que su pérdida pudiera significar tanto. Walter dijo con indiferencia:

—Con diez peniques te compras otro, Tristram.

—¿Diez peniques? Pues si es lo único que tengo en mi bolsa. Mas he de conservarlos hasta fin de año.

Walter cambió inmediatamente de expresión y se mostró preocupado.

—¿Quieres decir que tienes que vivir sólo con eso? —preguntó.

—Sí. No será fácil, pero de algún modo he de arreglármelas. Muchos de nosotros, aquí, en Oxford, vivimos con un penique por semana. ¿No lo sabías?

—Sí. Sabía que los estudiantes externos, en su mayor parte, se veían obligados a trabajar en sus momentos libres.

—Para ganar el penique —contestó Tristram, asintiendo—. No hay por qué mostrarse tan preocupado por ello. Ninguno de nosotros se muere de hambre.

Y miró a Walter con animadora sonrisa.

—Para mí es un poco más difícil porque tengo dos bocas que alimentar. Tengo una hija adoptiva, un tejón hembra.

—¿Un tejón? ¡Vaya un animal para vivir con él!

—La conseguí en una función de lucha de perros contra tejones. Los perros la habían sacado arrastrando de la caja tres veces ya, y comprendí que una vez más que lo hicieran significaría la muerte de la bestezuela. Tenía rotas las dos manos y le sangraba la boca. Se portaba muy valientemente, la pobrecilla, y, puede que lo haya imaginado yo, me pareció que en un momento dado me miraba pidiendo auxilio. Ese

deporte es cruel, y no pude quedarme cruzado de brazos y ver cómo la mataban. Me levanté y dije al que organizara el espectáculo que llamara a sus perros. Hubo protestas, como es natural, pero derribé al organizador de un golpe y por fin rescaté al animalito.

Y Tristram volvió a sonreír.

—La llamo Boadicea, porque me evoca aquella pequeña gran dama tan luchadora.

—Y ¿dónde la tienes?

—En mi rincón de la bohardilla. No puede caminar mucho por causa de sus manos. Tengo que llevarle su comida, que consiste en todas las miajas que puedo ahorrar. Cuando estoy en mi altillo, se arrastra hacia mí y siempre duerme al lado de mi jergón.

Walter tenía la bolsa vacía, y no iba a volver a disponer de dinero hasta su próxima visita al padre Francis, custodio de las arcas en St. Frideswide, que le pagaba sus dos chelines el primero de cada mes.

—Eres por diez peniques más rico que yo en este momento —confesó.

—No te pedí ayuda. Puedo vivir perfectamente sin hopalanda.

—Pero ¡si perdiste la tuya por la causa común! —protestó Walter—. Lo justo es que lancemos una suscripción para reponerla.

—No, no, ya me arreglaré —insistió Tristram meneando vigorosamente la cabeza, y volvió a sonreír—. Quizá el invierno sea clemente. El grueso de los estudiantes ya se había alejado de ellos, y Walter tuvo conciencia de un nuevo peligro. La gente estaba mirándolos de un modo que prometía riña.

—Van a desquitarse con aquél de nosotros de quien puedan apoderarse —murmuró—. Tenemos que escapar en seguida.

Y lo hicieron sin más trámite. El hijo del flechero se había puesto pensativo.

—Ese individuo Townley, el capitán de la patrulla, es cuñado del encuadernador en cuya casa vivo. Son una pareja tempestuosa. Tengo miedo de que me lo harán pagar caro.

—Entonces no puedes arriesgarte a volver allí esta noche —comentó Walter, frunciendo preocupado el ceño.

Aquello era un dilema. Sabía que no iba a poder llevar a un externo al hospicio; la admisión allí era demasiado estricta. Y con cierta vacilación, añadió:

—No te puedo llevar adonde vivo yo. ¿Qué hacemos?

—Ya otras veces he dormido en un tonel y puedo volver a hacerlo —dijo Tristram en tono despreocupado.

—Será algo nuevo para mí.

Estaban frente a una taberna, y por la entreabierta puerta se derramaba en la calle alguna luz. Tristram escrutó el rostro de su compañero para cerciorarse de si hablaba

en serio.

—¡Vive Dios, vaya un sentimiento generoso! —exclamó—. Pero no es necesario que hagas eso. Puedo arreglarme solo. Ahora has de volver a tu hospicio, a acostarte.

—Nos hemos metido en esto juntos —dijo Walter—. Si no puedo hacerte traspasar los sagrados portales del hospicio, al menos puedo compartir contigo una noche al aire libre. Ya está resuelto, Tristram Griffen.

Por último encontraron un lugar seco bajo la escalera exterior de una casa al borde de la judería. El viento había depositado allí una blanda cama de hojas recién caídas. Walter se quitó la abrigada capa y ambos se acostaron y taparon con ella.

Walter empezaba a encontrarle un aspecto divertido a la situación.

—Todas estas casas tienen vidrios en sus ventanas —murmuró—. El hospicio da en su parte trasera a la judería, y algunos de mis compañeros tienen por pasatiempo espiar por los vidrios a las muchachas mientras se quitan el sayo. El dueño de esta capa se toma en ello un placer especial. Espero que esté espiando y vea el buen uso que estamos haciendo de su prenda de lujo.

Algo se movió en las hojas a los pies de Walter, y el muchacho se encogió apresuradamente. Dormir no iba a ser cosa fácil.

—Supongo que estarás preguntándote qué está haciendo un hijo de flechero en Oxford. Debo parecerte presuntuoso. Quizá no lo sepas, pero hay muchos hijos de villano aquí.

Aquella idea la tenía latente Walter desde el momento en que se conocieran.

—No puedo comprender qué provecho piensas sacarle a una educación —dijo—. Es evidente que quieres mejorar de condición, más para entrar en una corporación de mercaderes no necesitas cultura, y ¿a qué otra cosa puedes aspirar? ¿Acaso te propones tomar los hábitos?

Tristram meneó la cabeza.

—No, eso no. ¡Qué lástima de músculos y de estatura sería meter mi cuerpo en un hábito con cogulla! Pertenezco a la tierra, pero no habrá tierra para mí. Estoy resuelto a ser constructor de buques, de modo que estoy inscripto en la matrícula del hermano Roger Bacon.

—¡Roger Bacon! —exclamó Walter incorporándose y silbando de asombro.

Y tenía buenos motivos para asombrarse. De Roger Bacon decían que gozaba de gran reputación en el extranjero por su sabiduría y erudición, pero en Oxford se burlaban de él y le temían a la vez. Muchos estaban firmemente convencidos de que había vendido su alma, a un vicario del diablo y que en cambio le habían sido revelados todos los secretos de la magia negra. Cuando pasaba por las calles de la ciudad, las madres hacían entrar a sus niños en las casas y cerraban las persianas, para que no pudiera caer en ellos su mala sombra. En los círculos universitarios se le censuraba por otras cosas. A veces discurría en inglés en vez de hacerlo en latín, lo

cual constituía una infracción muy grave a la sagrada práctica.

—Es creencia general —dijo Walter al rato—, que todos cuantos atienden sus enseñanzas han de terminar en encrucijadas con el corazón atravesado por estacas.

—El hermano Bacon —dijo Tristram seriamente— me está enseñando la verdad sobre este mundo en que vivimos. Estoy aprendiendo mucho de navegación y vientos, mareas y estrellas; cómo fabricar instrumentos, fundir metales y calcular con exactitud. ¡Oh, sé que dicen que la aritmética hay que dejársela a los judíos y banqueros y que la astronomía es para los magos! Pero necesito esos conocimientos para construir barcos buenos.

Walter se sintió a la vez intrigado y confundido.

—Nunca he pensado mucho al respecto —dijo—. Siempre me han enseñado a considerar las llamadas ciencias como cosas vagas y llenas de teoría, demasiado faltas de realidad. En la ciencia no hay lógica.

—No soy un erudito —contestó Tristram—. Estoy seguro de que tú sabes más de lo que llegaré a saber yo. Tienes una excelente reputación de erudito en Oxford, Walter de Gurnie. Pero una cosa sé, y es que las ciencias no son vagas. Por el contrario, son exactas. Se basan en hechos, en hechos probados.

—¿Quieres significar que la lógica, sobre la cual se basan todos nuestros estudios, no está fundada en hechos?

—Nunca he estudiado lógica, pero parece consistir en razonamientos muy delgadamente hilados, que se remontan todos, a los sueños de los filósofos antiguos.

—Mis maestros calificarían esa opinión de herejía sin límites —declaró Walter, usando la palabra que por entonces estaba en tantas bocas en Oxford, que corría el peligro de desvirtuar su significado primitivo—. Me han enseñado a creer que la realidad sólo mora en el terreno del pensamiento abstracto. El hombre cambia, más no la humanidad. Las cosas materiales, por ser del momento, no tienen importancia. En épocas por venir, puede que no sea necesario viajar, de modo que es poco importante aprender a construir barcos buenos. Sólo necesitamos aprender lo establecido, las realidades que siempre fueron, las verdades sobre la humanidad, que nos han sido legadas por los inspirados pensadores del pasado.

—¿Te enojarías si yo te dijera que eso sólo me parece un absurdo sin límites?

El viento había cambiado, soplando por entonces bajo la escalera y salpicándoles la cara con alguna que otra ráfaga de lluvia. Walter trató de cubrirse la cabeza tirando de la capa bordeada de piel, pero descubrió que así dejaba sus piernas totalmente descubiertas. Mucho le costaba no temblar francamente. Y sin embargo, no obstante esa creciente incomodidad, la discusión resultaba a la vez desconcierto y estímulo.

—Ha sido ésta una noche extraña —dijo—. Me gustas mucho, Tristram Griffen. Nunca me pareció posible que pudiera existir simpatía mutua e intimidad entre hombres de diferente posición en la vida.

—Hemos nacido tan lejos el uno del otro como el cielo del infierno —declaró el hijo del flechero—, e igual debe ser la diferencia en lo que pensamos y creemos. A mí me intriga tanto como a ti el hecho de que consientas en hablarme como si fuésemos iguales.

Walter echó a reír.

—Entonces habrás de perdonarme si te digo que nunca me pareció posible que un villano pudiera tener opiniones que valieran la pena ser escuchadas. En realidad, creo haber estado seguro de que los hombres del estado llano no eran capaces de tener opinión. Ahora tengo la mente revuelta. ¡Por St. Aidan, hasta estoy empezando a sospechar que tú estás aprendiendo en Oxford más que yo!

—Por extraño que pueda parecer, Dios les ha dado inteligencia a los villanos y a los estudiantes externos.

En ese momento ambos se hallaban sentados, envueltas las rodillas en la capa. Walter se dio cuenta de que tenía el cabello empapado de lluvia, que por entonces chorreaba de la escalera.

—Quiero pedirte algo —prosiguió Tristram—. Yo no me atreveré a presentarme mañana, pero creo que tú puedes hacerlo sin peligro. El hermano Bacon da clase a la hora prima. Ocupa tú mi lugar en ella. Escucha cuanto diga. Quizás aprendas más aún.

Después de un momento de consideración, Walter hizo una señal de asentimiento.

—Vine a Oxford a aprender —dijo—. Quizá me deba a mí mismo escuchar una vez a ese misterioso fraile. Haré lo que me propones. Siempre que consiga pasar esta noche con vida —añadió con un estremecimiento que no pudo reprimir.

IV

La mayoría de las clases se dictaban en las iglesias de la ciudad, aunque algunos de los maestros tenían que hallar lugar apropiado en otras partes, en posadas y hasta en casas particulares. Según las instrucciones que había recibido, Walter llegó a La Enseña del Guaco Irritado, alta casa de piedra y argamasa situada en la parroquia del Este. El piso bajo consistía en una amplia estancia, que, al entrar el muchacho, estaba llena a más no poder. Los estudiantes estaban sentados en el esterado suelo con las rodillas levantadas para hacer lugar para tinta, pluma y pergamino. No había rastros de fuego en el hogar, y, después de hallar un lugar en última fila, Walter se envolvió las piernas en la capa para no sentir frío.

Tuvo tiempo para observar que los estudiantes estaban casi sin excepción, pobremente vestidos. Por cierto que no había una sola capucha bordeada de piel. A su alrededor no había más que cabezas de cabello corto y rostros serios. Nadie hacía el menor caso de él.

Debido al lugar que ocupaba, no pudo ver mucho a Roger Bacon cuando este último entró en la habitación; en realidad no vio más que una tonsurada cabeza por sobre una cogulla castaña. Tuvo conciencia, sin embargo, de una creciente excitación colectiva. Los estudiantes, a su alrededor, se habían erguido instantáneamente como perros en trailla o caballos suspendidos para el volteo. Lo único que oyó fue el crujir de pajas y juncos y las suaves pisadas de los descalzos pies del maestro; sin embargo, para él fue como si se hubiera levantado una grito cuyos ecos llenaran aún la estancia.

—Hoy hablaré en sermón vulgar —empezó el hermano Bacon, con voz llena y melódica—. Es preferible hacerlo así, pues me propongo tratar de las ciencias y de ciertas cosas maravillosas que he visto de lejos, del mismo modo que se ven las estrellas, creyendo a veces poder llegar a tocarlas con las manos aunque sabiendo perfectamente bien que se hallan a distancias infinitas en los largos caminos del cielo. Cuando se habla de ciencias, aun cuando ellas se refieran a cosas que puedan ser demostradas como verdad, es bueno hacerlo con las palabras más sencillas para que el sentido no se desvirtúe en la exposición. Así, pues, os narraré mis relatos de maravillas en la lengua que usamos al recorrer los caminos con nuestros compañeros y al sentarnos a yantar.

Sin embargo, he de comenzar con una frase latina que a menudo habéis oído —añadió, mientras su voz empezaba a cobrar volumen—. Os dicen: *Credo ut intelligam*, creo para llegar a comprender. Esa proposición se anuncia como si proviniera directamente del Verbo Divino y se sostiene que, como tal, ha de ser aceptada sin discusión. Yo la discuto, jóvenes amigos. No, yo la considero totalmente falsa. En cambio os digo *Intelligo ut credam*, comprendo para llegar a creer.

Calló por un momento. Asomándose por sobre los hombros del estudiante que

tenía ante sí, Walter pudo ver mejor al atrevido fraile. Vio que Roger Bacon tenía un rostro largo, más bien solemne, de nariz aguileña y mandíbula firme. En poco se habría diferenciado de cualquier otro franciscano a no ser por sus ojos. Los tenía hundidos, castaños como el hábito que vestía y vibrantes del atrevido y aventurero espíritu del hombre que era.

«Nada tiene de practicante de magia», pensó Walter.

—Si hemos de aprender —prosiguió el monje— tenemos que despejar nuestros espíritus de las telarañas de las viejas enseñanzas y del polvo del dogma. Hecho eso, es muy sencillo alcanzar la verdad. Está a nuestro alrededor, en el aire que respiramos, en la vida que late por todas partes, en las leyes naturales que gobiernan nuestras acciones más sencillas. Las leyes de la naturaleza no están ocultas en libros olvidados ni prohibidos. No podemos llegar a comprenderlas murmurando palabras cabalísticas ni encantaciones. Sólo podemos llegar a comprenderlas observando y analizando la verdad y la razón de cuanto vemos.

—Considerad un hecho tan sencillo como un disparo de arco —dijo después de una pausa—. Se suelta la flecha, que sale despedida por el aire. La fuerza que lanza la flecha al blanco reside en el brazo del arquero. ¿Duda alguno de vosotros de ello? Pero ¿acaso se os ha ocurrido que la fuente de aquella fuerza queda en el brazo mientras la flecha prosigue su vuelo? *Se trata, pues, de una fuerza que puede ser transferida.* ¿No es acaso igualmente cierto que la fuerza se manifiesta en grados? Sí, podréis decir, pues algunos brazos son más fuertes que otros. Es concebible que un brazo pueda ser lo bastante fuerte para lanzar una flecha que se pierda de vista. ¿No es concebible también que la fuerza pueda ser creada de otro modo que por la tensión de un brazo humano? Ergo, puede desarrollarse una fuerza de potencia tal que pueda levantar de la tierra un carro —sí, un carro con hombres vestidos de armadura y armados de pica—, y despedirlo como una flecha por el cielo.

Aquello era brujería pura. Walter hubiera debido escuchar con el desprecio reservado para discursos como ése, más se sorprendió atendiendo, entusiasmado ¿Podía ser brujería una cosa tan razonable? Había oído hablar de enormes máquinas que derribaban muros de ciudades con piedras de tamaño enorme. Y se puso a pensar: «Esto no es magia negra. Algún día hemos de encontrar esas fuentes de nueva fuerza y entonces, por cierto, los carros volarán por el aire. ¡Si sólo pudiera vivir lo bastante para ver ese día y ser uno de los que vuelen en los carros!».

El muchacho estaba seguro de que su repentino cambio de opinión no se debía al persuasivo efecto de la nigromancia. Roger Bacon estaba llevándolo a un mundo nuevo, a un lugar de mil maravillas, de vientos extraños y de luces insoportablemente intensas, en que se conocían los secretos del tiempo y se forjaban los milagros. El maestro estaba hablando por entonces del vidrio y de los usos que se podía hacer de él. Resultaban cosas curiosas cuando dos superficies, una cóncava y otra convexa, se

yuxtaponen.

—Algún día —declaró—, será posible ver por sobre el agua de Dover a Calais, percibir los arboles de la costa y a los hombres que caminan bajo esos árboles, y hasta las arenas sobre las cuales dichos hombres caminan.

La exposición se orientaba cuidadosamente hacia el punto que quería demostrar; es decir, la necesidad de experimentos continuos.

—Nunca hemos de creer en una cosa hasta que la hayamos visto ocurrir ante nuestros propios ojos, no sólo una, sino dos, tres, veinte veces. Tampoco hemos de fundar una convicción sobre otra hasta que la primera haya resultado cierta más allá de cualquier discusión posible.

Y como ejemplo, empezó a relatar un asombroso experimento en que estaba empeñado. Al trabajar con ciertas sustancias, había tropezado con un resultado que apenas podía aceptar aún. Sólo había llegado a él después de mucha eliminación de materiales y una substitución continua de métodos. Al llegar a ese punto, Roger Bacon hizo una pausa y miró a su alrededor, brillante la mirada de modo tal que sus ojos parecían lanzar chispas.

—Siete partes de salitre —anunció—. Tiene que ser puro, no del crudo nitro que tan a menudo se utiliza. Añádasele tres partes de azufre y cinco de carbón de madera de avellano. Luego, enciéndase el polvo.

Walter se movió, incómodo. ¿Qué extraño secreto iba a revelárseles por medio de esas palabras tan vulgares?

—Y ese polvo estallará —exclamó Roger Bacon—, como estallará el mundo el día del Juicio. Conmueve como un terremoto cuanto se halla a su alrededor. Y cuando el humo se ha disipado y se ha perdido el último eco, nada queda, ¡ni siquiera bastante polvo como para llenar un claro de aguja!

Un silencio pesó sobre la habitación. Por la agitada respiración de cuantos lo rodeaban, Walter pudo comprender que habían sido tan impresionados como él por aquella afirmación.

—¿A qué puede aplicarse esta extraña ley de la naturaleza? ¡Con toda el alma desearía saberlo! Quisiera que se me fueran las telarañas de los ojos para poder ver en el futuro, cuando este polvo que he descubierto sea adaptado a muchos usos. Para entonces, hombres más sabios habrán encontrado forma de dominar y utilizar esa enorme fuerza. Creo que será aplicada en la destrucción de paredes y de obstáculos para la construcción de caminos. De una cosa estoy seguro: será utilizada en la guerra.

Hizo una pausa, como si no tuviera ganas de proseguir.

—Temo que se encuentren medios de confinar la explosión y dirigirla en una sola dirección de modo que todos los que se hallen en su camino sean aniquilados como los malos el día del Juicio. A veces siento ganas de destruir mis notas y borrar de mi

memoria la forma en que se desencadena esa fuerza. Quizá prestara un servicio a la humanidad si así lo hiciera, pues temo las aplicaciones que se le den y preveo muchos males para la humanidad por sus consecuencias.

Walter quedó tan fascinado por cuanto acababa de oír, que perdió la mayor parte de lo que siguió. Estaba pensando en grandes instrumentos de guerra que levantaban bocas negras como cabezas de dragón por entre almenas de baluartes y lanzaban la mortífera mezcla que Roger Bacon descubriera. No dudó por un solo momento de la veracidad de cuanto oyera. Cuando pudo volver a concentrarse en lo que se decía, el maestro había pasado a otros temas.

Estaba hablando del lejano país conocido por el nombre de Cathay. Walter sabía que aquel país se hallaba muy hacia el este, aún más allá del reino del preste Juan, y que sus riquezas eran fabulosas. En seguida afinó el oído.

—Desearía que mis piernas fueran lo bastante jóvenes para llevarme por las arenas del desierto y las altas montañas, y que mi espíritu se mostrara a la altura del riesgo —decía Bacon—. Es un país muy antiguo, sumido en el conocimiento de muchos siglos. Creo que bien pudiera ser que todas las nuevas cosas de que he hablado estén ya en uso allí. Puede que tengan carros voladores y espejos que acerquen las montañas al mar y las islas a la costa. Quizá hayan descubierto hace mucho el polvo que estalla. Y si conocen esas cosas, saben mucho más de lo que nosotros hayamos soñado siquiera. Y, además, es por supuesto un país fabulosamente rico. Cubren sus elefantes de gualdrapas de oro, y cuelgan collares de perlas frente a sus tiendas.

Suspiró profundamente y meneó la cabeza.

—¡Es enloquecedor vivir en la oscuridad y saber, sin embargo, que al otro lado del muro se halla la luz que se busca!

En los momentos en que Walter se dirigía a su casa, acababa de terminar una clase en el Priorato de St. Frideswide. Los estudiantes le saludaron cordialmente desde lejos, y uno de ellos le gritó:

—¡Te condujiste muy bien anoche, bastardo!

Era la primera vez desde su llegada a Oxford que Walter recibía un saludo tan amable, y se sintió embargado por el agradecimiento.

Uno de los muchachos se le acercó corriendo y le dijo con precipitación:

—Dicen que el rector está furioso por lo ocurrido y que eres uno de los que han de ser castigados. Tú y el alumno externo. Sería bueno que ambos salierais de Oxford por algún tiempo.

Aquella hubiera debido ser una mala noticia. A fin de año, Walter iba a graduarse de bachiller, lo cual iba a elevarle a la categoría de licenciado, fin inmediato de sus ambiciones. En cualquier otro momento, se habría sentido desalentado. Pero ni aun la posibilidad de perder aquella oportunidad le hizo impresión, de tan exaltado que

estaba.

—Creo que tienes razón —dijo—. Tenemos que irnos. Pero no importa. Quizá haya mejores cosas que hacer que enfrascarse en libros áridos.

Y de pronto expresó una propósito que había estado formándosele con claridad en la mente mientras escuchaba a Roger Bacon, aunque hasta entonces no sospechaba su existencia:

—¡Podemos ir a Cathay!

Y apretó el paso en dirección a su hospicio.

—Yo tampoco quiero vivir en la oscuridad —estaba diciéndose—. ¡Quiero ver qué hay al otro lado del muro!

Giles, el intendente, lo esperaba a la entrada del hospicio con expresión solemne.

—Hay una mala noticia —dijo, meneando la cabeza—. Una noticia muy triste, por cierto. Espero que ella no tendrá por consecuencia que nos dejéis, buen señor Walter. Pero el hombre me dijo...

—¿Quién ha estado hablando con vos?

Giles señaló con el pulgar en dirección al refectorio.

—Lo hice pasar allí. Maese Hornpepper se enfurecería si lo supiera, porque el hombre estaba embarrado hasta las rodillas. Hice que se lo raspara. Dijo que había andado toda la noche.

En el refectorio, un campesino esperaba, con toda la paciencia de su clase. Al volverse mientras entraba Walter, mostró una placa de hierro que llevaba alrededor del cuello, grabada con el nombre de su amo. Al brazo llevaba la crucecilla de gules de Bulaire.

—¿Es usted Walter de Gurnie? —preguntó casi en un murmullo.

—Sí.

Se había apoderado de Walter la intuición de una gran desgracia. Aguardó que el hombre prosiguiera.

—Me manda Simeón Bautrie. Tiene que venir usted conmigo en seguida. El buen conde de Lessford, su padre y mi amo, ha muerto en Bulaire.

Walter tropezó dos veces al subir las escaleras a buscar sus escasos bártulos. Cuando llegó a su guardilla la encontró vacía, y, sentándose en la cama más cercana, apoyó la cabeza en las manos. ¡Había muerto su padre! La noticia debiera haber importado muy poco, porque en las raras veces en que viera a su padre había aprendido a tenerle odio y desprecio. Se puso a pensar en las veces que con él se encontrara y se dio cuenta, con vaga sensación de asombro, que aún le era posible recordar hasta la última palabra que se pronunciara entre ellos.

La primera vez, era muy niño; no contaba más de cinco o seis años. Gurnie era un dominio extenso y fructífero, y su abuelo, a pesar de ser de pura raza sajona, era un personaje poderoso en aquella parte del país. Un criado lo había llevado a Cencaster, sentado ante él en la montura. Era aquél el viaje más largo que hasta entonces le habían permitido hacer, y el niño se mostraba de lo más entusiasmado. El criado entró en una taberna a tomar un trago de cerveza, después de dejar al niño sentado en el apeadero de piedra. El chiquillo estaba dando con los talones en los costados del apeadero y preguntándose cuánto tiempo habría de pasar antes de que sus pies llegaran al suelo, cuando un grupo de jinetes llegó galopando por el camino con gran tintineo de espuelas y crujido de cueros. El jinete que cabalgaba a la cabeza del grupo estaba tan erguido en su silla y era tan guapo, que el chicuelo lo contempló con ojos agrandados por el asombro, creyendo que sería uno de los héroes sajones de la antigüedad cuyas hazañas solían relatar los criados de su casa. Tenía el jinete un cabello dorado que le caía en largos rizos sobre los hombros; sus ojos eran de un color azul brillante, penetrantes como los de un halcón.

Al acercarse al apeadero, el desconocido sofrenó su cabalgadura y miró a la criaturita con tanto interés, que Walter bajó la cabeza y cogió con nerviosos dedos el deshilachado borde de su túnica.

—La encina de Gurnie —dijo el extraño, mirando el recorte de fieltro cosido a la manga del chico—. ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Walter de Gurnie, milord.

Hubo una pausa. El desconocido contemplaba a Walter con una sonrisa.

—Conque ¡eres Walter de Gurnie! —dijo por fin—. Eres grande para tu edad, Walter. Pero, al fin y al cabo, era de esperarse. Creo que tiendes a salir a... Pero ven; no he de hablar más de ello. Pareces ser un chico bastante agradable, Walter de Gurnie.

Walter estaba tan intimidado por toda la atención que atraía, que seguía cabizbajo. En consecuencia, lo único que le era posible ver eran las botas del resplandeciente caballero. Botas altas y hermosas, de fino cuero negro, y de larga punta. Lo más interesante de ellas era que en el empeine llevaban dibujada una figura de leopardo

amarillo. Parecía un leopardo vivo, que rugía, enojado, con una garra levantada para atacar. Walter resolvió que cuando fuera grande tendría un par de botas igual que ésas.

—¿Te gustaría cabalgar conmigo? —preguntó de pronto el desconocido.

Al oír eso, el niño alzó la cabeza. El caballero estaba sonriendo y palmoteando el borrén delantero de su silla, invitándolo. Por tímido que se sintiera, Walter comprendió que un paseo en un caballo tan bueno como aquél no era una oportunidad que debiera desperdiciarse. Asintió con un movimiento de cabeza. El jinete se inclinó en su silla, cogió al niño con un brazo y lo atrajo hacia sí con una fuerza que dejó al chicuelo casi sin respiración.

Echaron a galopar por el camino. Walter pensaba: «Es muy fuerte. ¿Podrá ser el rey Arturo, que vuelve a echar a los normandos al mar?». Le habían dicho que eso habría de ocurrir algún día.

—¿Tienes caballo, muchacho?

—No, milord. Pero me han prometido uno para cuando sea grande. Wilderkin dice que lo tendré.

—¿Wilderkin? ¡Ah, sí, el senescal de tu abuelo!

Hubo una larga pausa.

—¿Cómo está tu madre?

—A veces está bien, milord. Pero a menudo se halla bastante enferma y no me la dejan ver durante días enteros.

—Es triste oír eso, Walter.

Hubo otra pausa, más larga que la anterior. El desconocido se hallaba sumido en sus pensamientos, y cuando volvió a hablar, pareció hacerlo con el único propósito de romper el silencio.

—¿Tienes perros?

—Sí, milord —contestó el niño, y como era aquél un tema sobre el cual tenía mucho que decir, prosiguió—: Hay muchos perros hermosos en Gurnie. «Centenares» de perros. Tengo uno mío. Ahora está bastante viejo. Lo llamaban Bede, pero no me pareció bonito el nombre. Lo llamo Slub.

—Y ¿responde a ese nombre?

—Claro que sí, milord. Si no, le pegaría con un palo. Es un perro muy obediente.

—¿Juegas al escondite y a los soldados?

—No, milord, no tengo compañeros con quienes jugar.

Siguieron otras preguntas. «¿Rezaba sus oraciones?». «¿Le daban lecciones para que estudiara?». Y por fin el desconocido le preguntó si era feliz. Walter contestó que sí, pero que lo sería mucho más si su abuelo consintiera en hablarle. El brazo que sostenía las riendas se encogió tan de pronto en ese momento, que el caballo se suspendió. El chiquillo habría salido despedido si el jinete no lo hubiera cogido

fuertemente con el otro brazo. Pasó un minuto entero antes de que se reanudara la conversación.

—Tu abuelo es un hombre muy severo. A mí tampoco me habla, Walter.

Aquello parecía muy extraño.

—¿Por qué no le habla a usted, milord?

—Está convencido de que le hice mucho mal. Y, en realidad, mucho me temo que la razón esté de su parte.

Walter estaba pensando: «No puede ser el rey Arturo, pues el buen rey nunca hizo mal a nadie». Y en voz alta, dijo:

—Nunca le dirige la palabra a mi madre. Los criados dicen que juró no hablarnos ni a ella ni a mí. Añaden que está arrepentido de haberlo jurado, pero que, claro está, no puede violar su juramento. Me alegra pensar que a veces le gustaría conversar conmigo. Me gustaría hablar a mi abuelo del caballo que voy a tener. Y quiero un arco nuevo.

Cuando el desconocido volvió a hablar, lo hizo en un tono bajo que parecía demostrar que estaba sufriendo.

—Había oído decir que no le dirigía la palabra a tu madre, pero esperaba que no fuera cierto. Siento mucho enterarme, Walter, de que, a pesar de todo, es cierto.

Y suspiró.

—Bueno, veo que tu criado ha terminado su cerveza y que está mirándonos como si creyera que me propongo raptarte. Creo que me gustaría hacerlo, pero ahora tenemos que volver.

Walter estaba empezando a sentirse muy a gusto con el desconocido y se sintió apenado cuando llegaron al apeadero. El desconocido lo puso cuidadosamente en el suelo y le sonrió.

—Adiós, muchacho —dijo.

—Adiós, milord.

Walter no quiso que el jinete se alejara antes de saber algo de sus hermosas botas.

—Tiene usted unas botas excelentes, milord. Son leopardos, ¿no es cierto?

—Sí, Walter. Estas botas han venido de España. Allí donde vivía la madre de nuestro buen príncipe Eduardo.

—Cuando sea, grande, tendré un par exactamente igual a éstas.

—Cuando seas lo bastante grande para usar botas como éstas —dijo el desconocido tratando de dominar su tono de voz—, te enviaré un par, Walter. Con mi cariño.

Pasaron muchos años antes que Walter lo viera por segunda vez. Fue un 15 de junio, y el muchacho había sido profusamente azotado por Wilderkin por orden de su abuelo. Nada malo había hecho, pero era costumbre azotar a los niños varones ciertos días para grabarles cosas en la memoria. El 15 de junio era el aniversario de la firma

de la Carta Magna, de modo que a las nueve de la mañana, Wilderkin siempre lo llevaba detrás de la cocina y le administraba quince azotes con una vara de espino.

En general pegaba sin fuerza, por no creer que los niños tuvieran que ser azotados sin haber hecho nada malo, mas aquella vez le había dado con ganas, diciendo:

—Al fin y al cabo, señorito Walter, usted robó un bollo de la panadería. Y también me metió una culebra en la cama, ¿no es cierto?

Walter se había escapado en un estado de ánimo lleno de rebeldía. Enfurecido, no prestó atención a los límites de las propiedades, y, antes de que se diera cuenta, se había internado media legua en el dominio de Bulaire. Los sentimientos debían reflejarse en el rostro, pues cuando se encontró con su padre —por entonces ya sabía quién era el apuesto desconocido, pues en Gurnie los criados murmuraban con socarronería—, el caballero se detuvo y le preguntó:

—¿Qué pasa, Walter?

—Nada, milord —contestó el niño con sequedad.

Los brillantes ojos azules le sonrieron comprensivamente.

—¿Nada? Vamos, Wat, ¿supones que voy a creer que siempre tienes una expresión tan enojada? ¿Quién te ha ofendido?

—Nadie me ha ofendido, milord.

El muchacho ya sabía lo bastante del asunto para sentir la más profunda amargura para con su padre, y dejaba que se le reflejara en el rostro.

—El señor de Bulaire comprendió en seguida. Alzó las cejas y sonrió de costado.

—Es evidente que conoces la historia de mis iniquidades —dijo—. Y no hay duda de que te enseñan a juzgarme con dureza. Pues bien, es justo. He hecho un gran daño y he de aceptar las consecuencias. Pero siento que no podamos ser amigos, Wat. Tenía unos proyectos...

Hizo una pausa, después de lo cual preguntó en un tono que tenía algo de súplica:

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Nada, milord. Siempre atienden bien a mis necesidades.

—¿Se muestra ahora tu abuelo más bueno contigo... y tu madre?

—Ésas son cosas que no he de comentar con extraños.

—Pero Wat, no somos extraños el uno para el otro —dijo el caballero, mirando fijamente al chico—. ¿No sabes que soy tu padre?

De pronto Walter sintió ganas de llorar y tuvo que dominarse mucho para que no le saltaran las lágrimas. Hizo una señal de asentimiento con la cabeza.

—Sí, milord. Es una vergüenza que nunca se menciona en Gurnie.

—Casi eres ya lo bastante grande para las botas que te prometí, muchacho.

Walter se irguió cuan alto era y al mismo tiempo se vio obligado a restregarse los ojos con los nudillos.

—Es que he resuelto que ya no las quiero. Cuando sea lo bastante grande, mi

abuelo me comprará un par de botas mucho más hermosas. Botas rojas.

—Conque ¡así debe ser!

El conde de Lessford soltó una corta risilla y empezó a ponerse los guantes. Mientras conversaban, Walter había estado examinándolo, por ser ya lo bastante crecido para tomarse un verdadero interés, en cuanto a ropas. Aquellos guantes eran de lo más modernos, de cuero flexible y estaban divididos en dedos. Walter nunca había visto guantes como éstos. La capa de su padre era de una rica tela llamada baldaquín (pues provenía de Bagdad, ciudad que algunos llamaban por ese nombre), y su tahalí era tan primorosamente bordado y montado, que el muchacho apenas si podía apartar los ojos de él. La pluma de su sombrero de terciopelo era azul y se erguía con tanto orgullo como la de un rey en su coronación.

Al rato, el conde empezó a hablar con lentitud y como vacilando.

—Walter, si te he visto ha sido por mera casualidad. ¡Quién sabe si vuelvo a verte! Hay algo que quiero que sepas, de modo que tengo que hablar de eso ahora.

Hizo una larga pausa.

—Eres demasiado niño para comprender plenamente lo que voy a decir, y por ese motivo he de pedirte un favor. Quiero que escuches atentamente y te grabes hasta la última palabra en la memoria. ¿Quieres prometérmelo?

—Sí, milord.

—Hijo mío —dijo el conde, fija la pensativa mirada en la lejanía—, creo que no es alarde decir que soy un hombre valiente. Tomé la Cruz y combatí bien contra los infieles. Nadie puede negar que en los campos de batalla he llevado una fuerte lanza. Pero —añadió, como si le fuera difícil proseguir—, en otras cosas parece que carezco de resolución. Cuando seas grande comprenderás lo que estoy tratando de decirte. Creo que se da muy a menudo el caso de que un hombre fuerte sea débil en asuntos que conciernen a la gente que lo rodea. Es cierto, y lo digo con la mayor pena interior, que no puedo resistir a los deseos de los que me acosan a diario. Soy como cera en manos más resueltas. He hecho cosas de las que me arrepiento, porque me ha faltado voluntad para negarme y seguir negándome. He tenido la flaqueza de abstenerme de hacer cosas que sabía eran justas y honorables.

Había tanta contricción en su voz que Walter alzó la mirada, esperando casi verle lágrimas en los ojos. Pero su padre seguía mirando a lo lejos y era imposible leerle una impresión en el rostro.

—No he hecho lo que hubiera querido hacer por ti, hijo mío. He sido débil, ¡débil!

Después de un silencio muy largo, la voz del penitente prosiguió:

—Todo esto ha de parecerse un disparate tremendo, Walter, pero has de cumplir la promesa que me hiciste. Recuerda las palabras que he dicho. Cuando seas mayor y hayas visto las cosas por ti mismo, quizás comprendas mejor y no me quieras

demasiado mal. Es lo que espero, Walter, hijo mío. Y ahora, adiós.

La última vez que Walter vio a su padre fue poco antes de partir para Oxford. Había llegado a Gurnie la noticia de que el buen obispo Anselm iba a decir misa en Cencaster. Walter supuso que era probable que Engaine fuera a misa, y resolvió asistir al oficio.

El trecho es largo de Gurnie a Cencaster. Walter tomó el camino más corto, el de los bosques, donde la hierba se sentía elástica bajo los pies, de modo que no le importó la distancia. Sin embargo, cuando llegó al pueblo estaba cubierto de polvo, y consideró necesario perder un poco de tiempo lavándose la cara en un arroyo y quitándose el polvo del calzado con una rama de avellano.

Llegó tarde a misa. La concurrencia era numerosa, como podía esperarse, y Walter recorrió con la mirada los altos sillones de roble antes de buscar asiento para sí. Engaine no estaba. Fue una desilusión, pero algún consuelo había en el hecho de que se hallaba presente la familia de Bulaire. Al lado del alto dosel de los sillones de Lessford, podía ver los rubios rizos de su padre. La redecilla de oro de su normanda mujer le llegaba apenas al hombro. Al otro lado estaba sentado Edmond, su hijo y heredero.

Hacía varios años que Walter no veía a Edmond. Se puso a contemplar la nuca del muchacho con una atención que duró gran parte de la misa. Edmond era un muchacho enfermizo, lo menos parecido a su padre que podía concebirse; moreno y pálido, con una expresión calculadora en la mirada que acusaba su sangre normanda. Por entonces estaba creciendo y parecía que iba a alcanzar, a pesar de todo, una estatura normal de hombre, mas Walter observó, con cierta satisfacción, a decir verdad, que era muy delgado y de aspecto morbosos.

Poco a poco, Walter empezó a sentirse muy molesto, por advertir que estaba empezando a llamar la atención. La gente se volvía en sus asientos a mirarlo, después de lo cual sonreía y comentaba entre ella. El muchacho no lograba comprender el motivo de aquella inoportuna diversión, a menos que la gente estuviera riéndose del nuevo justillo azul que su madre le había hecho. No podía aceptar esa explicación; pues se sentía orgulloso de su ropa y había esperado con ansiedad que Engaine, lo viera con ella. ¿Acaso no se habría lavado bien la cara? ¿O quizá la gente considerara motivo de risa el hecho de que el hijo ilegítimo de un gran conde se sentara tan cerca de su padre?

En ese momento un muchacho sentado a su lado volvió la cabeza hacia él y Walter comprendió inmediatamente el motivo de la actitud de los concurrentes. Su compañero de banco era un muchacho corpulento, que llevaba el peto de los hombres de armas de los castillos, y la crucecilla de gules al brazo. El cabello era una maraña amarillenta, la nariz tenía un puente inconfundible y en sus ojos se reflejaba el azul del sol de mediodía. Su filiación estaba grabada tan indeleblemente en su aspecto

exterior, que Walter comprendió enseguida y por primera vez que no era él el único hijo que el conde Rauf tuviera fuera del matrimonio. ¡Excelente motivo para la risa, pues, el hecho de que dos hijos bastardos de un mismo padre estuvieran sentados lado a lado sin que ninguno de ellos tuviera conciencia del otro! Walter se recostó en su asiento presa de una sensación de vergüenza tan abyecta que no pudo oír una palabra más mientras estuvo en la iglesia.

No volvió a mirar a su recién descubierto medio hermano. En cuanto los fieles se dispusieron a retirarse, se levantó, y fue el primero en echar a andar hacia la puerta. Mucho le costó no correr, tan intenso era su deseo de librarse de esa última humillación.

Una vez fuera, sin embargo, se rezagó deteniéndose detrás del vallado de tejos, desde donde podía ver sin ser visto. Allí se quedó hasta que la familia del castillo y todos sus dependientes hubieron pasado. Su padre parecía muy preocupado y miraba continuamente al cielo por sobre las cimas de los árboles, como si le interesara más la perspectiva de un día de caza con halcón que la misa que acababa de oír. La normanda, como muchos llamaban a la esposa que trajera consigo de las Cruzadas y cuya riqueza proporcionara una insólita prosperidad en el castillo de Bulaire, iba a su lado con gesto de propietaria. Era de baja estatura y piernas cortas, de cejas negras y nariz demasiado grande para poder abrigar pretensión alguna de belleza. Edmond, tres años menor que Walter, adoptaba un porte tan orgulloso que le revolvía doblemente la hiel al hijo ilegítimo. El muchacho vestía de rica sarga castaña y las calzas le formaban arrugas en las protuberantes rodillas.

Bueno —se dijo Walter para sí al verlos montar a caballo y alejarse—, el hijo bastardo tiene al menos piernas rectas y espaldas de hombre. ¿Se dará cuenta mi padre de que ese cachorro legítimo es un enteco estevado?

Y emprendió en seguida el camino de regreso, dolorido el corazón y defraudado en su ilusión, sin haber visto a Engaine, y habiendo sufrido una gran humillación. Las nueve leguas de camino iban a resultarle muy cansadoras. Ya tenía ampollas en los talones.

VI

Y Rauf de Bulaire, conde de Lessford, había muerto.

Walter se quedó inmóvil, sentado en el borde de la cama, encogidos los hombros, lleno el espíritu de contradictorias emociones. Estaba pensando en lo que su padre le dijera el día de su segundo encuentro: «No he hecho lo que hubiera querido hacer por ti, hijo mío», y «Cuando seas mayor y hayas visto las cosas por ti mismo, quizá comprendas mejor y no me quieras demasiado mal». Walter comprendió que era cierto lo que decía la gente; que su padre siempre estuvo sometido a la influencia de aquella normanda, su esposa. Trataba de reconsiderarlo todo en su mente, seguro de una sola cosa: muerto su padre, nunca volvería a pensar mal de él. Y se volvió sobresaltado cuando Giles le tocó el hombro.

—Alguien quiere verlo, señorito Walter —dijo el mayordomo—. Ha llamado a la puerta trasera y dice que no puede entrar. Creo que es un estudiante externo, señorito Walter.

Éste se echó apresuradamente el fardo de ropas al hombro. En el vestíbulo acababa de producirse un griterío, lo cual le indicó que algunos de sus compañeros habían vuelto de sus clases, aunque por el alboroto parecía que la casa hubiese sido invadida por una bandada de gansos. Oyó que uno exclamaba:

—¡Por St. Winwaloe, qué día asqueroso!

Era moda por entonces que cada estudiante eligiera uno de los santos menos conocidos para invocarlo en forma enfática, pero nadie del hospicio había adoptado a ese piadoso abate del siglo vi, de modo que resultaba evidente que había extraños en el grupo. A Tristram no le convenía ser visto.

Y al volverse hacia las escaleras, Walter le dijo a Giles:

—Ocúpate de que el mensajero de Bulaire pueda meterse algo entre pecho y espalda y luego ponlo en camino.

La tormenta había vuelto a desatarse con toda su furia, y Tristram, que aguardaba pacientemente de pie ante la puerta trasera, estaba ya calado hasta los huesos.

—Me voy en seguida —dijo—. Quizá haya sido un tonto de perder tiempo viniendo aquí. Pero quería que supieras la verdad.

Estaba jadeante, como después de una larga carrera.

—He reñido con mi casero y temo que esté mal herido. Conque, ¡ya se acabó Oxford para mí!

—Volviste pues a la casa de Sheydyard Street.

Tristram asintió como disculpándose.

—Sé que se había convenido que no iría por allí y que habría de buscar otro alojamiento. Pero pensaba continuamente en la pobre tejón. Nadie iba a darle de comer, de modo que cogí unos restos de comida, lo bastante para que le durara

algunos días, y me los llevé. Al llegar... —y el muchacho tragó saliva antes de proseguir—, ¡estaba muerta! Se habían vengado en la inválida bestezuela. Tenía aplastada la cabeza, y al lado del cadáver había una regla de la tienda, manchada de sangre.

Y a Tristram le brillaron de profundo enojo aquellos ojos, generalmente de expresión tan suave.

—Bajé las escaleras en su busca. Me vio llegar y cogió un balde de engrudo. Lo derribé antes que pudiera levantarlo a la altura de sus hombros. Su mujer me pegó por detrás con un atizador, y sus chillidos atrajeron a los vecinos. Tuve, pues, que echar a correr.

Y miró apesadumbrado a Walter antes de concluir:

—Espero que no esté demasiado herido.

—Yo también me marchó —dijo Walter—. Me alegro que hayas castigado al individuo, Tris. Ahora podemos irnos juntos.

CAPÍTULO SEGUNDO. GURNIE

I

La lluvia cesó al amanecer, y el jovial y gran amigo del hombre, el sol, asomó la cabeza por el horizonte. En su amplio y dorado rostro había una sonrisa y un guiño, y parecía decir: «¡Ánimo, gusanos que tropezáis y os arrastráis por la oscuridad y la tierra mojada! Aquí estoy yo para volver a expulsar al diablo del mundo». Había en el ambiente una vibración otoñal. En su sedante belleza color rubí y castaño, los árboles se extendían a lo lejos, a cada lado del tortuoso camino. Por entre las erguidas agujas de roca de Chanfrin Rock, vieron por primera vez a Gurnie, que se levantaba robusto, en el codo del riachuelo Franklyn.

Walter tuvo una repentina sensación de que algo andaba mal, y su orgullo, que sólo podía alimentarse de la grandeza de Gurnie, se alarmó. Alcanzaba a ver grupos de pequeños animales negros alrededor de las caballerizas, y se convenció de que eran cerdos.

«¿Dónde estarán los caballos?», se preguntó, intranquilo.

Sintió un miedo culpable de que el gasto de enviarlo a Oxford hubiera requerido economías muy estrictas.

Volvió a tener una desagradable sorpresa cuando llegaron a la vista del frente occidental. Lo que una vez fuera un jardín de tejos se había convertido en una pila de trastos viejos. El muchacho estudió aquella nueva prueba de pobreza con dolorido corazón. La pila estaba formada por escudos enmohecidos, lanzas rotas, desechos de arneses y ruedas de carros.

—¡St. Aidan! —murmuró meneando la cabeza—. ¿Ha enloquecido mi abuelo? Allí solía haber un jardín que era orgullo de mi madre. Teníamos una avenida de tejos que contaba cuatrocientos años de existencia. ¡No han quedado rastros de ella!

—Quizá tu abuelo los haya vendido —arriesgó Tristram—. Las abadías siempre están prontas a pagar muy bien los tejos.

Para completar el cuadro, había gallinas por todas partes. Cubrían el camino, riñendo entre ellas al dispersarse. Algunas echaban a volar y se posaban en los agudos postes de la empalizada, cacareando indignadas desde sus puntos de observación. Hasta el puente levadizo, que yacía plano e impotente, herrumbradas hasta gastarse sus viejas cadenas, estaba cubierto de plumas. Al ver Walter que en el agua de los fosos flotaban pajas y plantas de pantanos, su humillación fue completa.

Los recibió Wilderkin, que presentaba buen aspecto y parecía bien alimentado y contento. En realidad, llenaba su justillo con una redonda barriga que no acusaba escasez de alimentos en la casa. Walter advirtió, sin embargo, que el senescal estaba envejeciendo. Tenía los ojos llorosos y los años estaban dejándole manchas purpúreas en la nariz y las mejillas. Aquello era de esperarse, pues el buen Will se acercaba a los cincuenta años, edad bien madura.

—¡Hola, señorito Walter! —exclamó—. Lo esperábamos para la puesta del sol. ¿Le avisaron, pues?

—Sí, Will. Uno de los hombres de Bulaire fue enviado a Oxford para que me llevara consigo. Lo mandó Simeón Beautrie.

—¡Que lo mandó Simeón Beautrie! —repitió el hombre, dilatados los ojos—. Eso parece buena noticia. Simeón era el abogado del conde. Puede que le haya dejado a usted algunas tierras.

¡Tierras! Siempre, desde la confiscación, aquella palabra había sido pronunciada en aquel castillo con una nostalgia casi salvaje. Tierra, única base de la prosperidad, único medio de gozar de comodidad y sosiego, ¡con cuánta amargura se había sentido su falta!

—Sé tanto como tú, Will.

El vestíbulo en que entraron, de vigas bajas, era húmedo y mal ventilado. ¿Estaría la casa tan abandonada por dentro como en su exterior?

—Will —dijo Walter, poniendo una suplicante mano en la tosca manga del senescal—, ¿qué pasa aquí? Este lugar está agrio como la cuajada. Apesta a cerdos, gallinas y estiércol podrido. ¿Qué hace esa pila de desechos en el jardín de tejos?

—Permítame que le diga, señorito Walter, que hacemos cuanto nos es posible —dijo Wilderkin, algo sombrío—. ¿Encuentra usted algo malo en las medidas adoptadas para seguir consiguiendo alimentos? Sólo quedan unas pocas hectáreas; hay doce hombres y cuatro mujeres que alimentar, por no hablar de los dos cuidadores de cerdos ni de la mujer de la despensa. No se quejaría de las gallinas ni de los cerdos si supiera usted los bonitos precios que nos pagan por ellos en el mercado de Londres. ¡Ah, sí, lo vendemos todo en Londres! Y en cuanto a los desechos, oportunamente darán riqueza a Gurnie.

Walter oyó la voz de su abuelo que llamaba en el interior de la casa.

—Wilderkin, ¿dónde estás, bribón? —preguntó con apremio—. ¿Qué riquezas puede haber en lanzas astilladas y herrumbrados ejes de carros?

—¡Ah, es una sorpresa que tengo para usted! —declaró el senescal con socarrona expresión de triunfo—. Dos de nuestros hombres recorren la región en busca del hierro viejo que ve usted aquí. Muy poco es lo que pagan por él, pero ¡cuán diferente es la cosa al venir aquí los armeros a comprar el metal que pueden fundir en sus hornos! Steven Littleseven ha venido desde su tienda de Londres. Hoy en día es difícil conseguir metales buenos.

—Pero... pero...

Walter estaba tan horrorizado, que le costaba recobrar el uso de la palabra.

—¿Quieres decirme que mi abuelo se ha metido a negociar en hierro viejo? ¿Él, todo un caballero?

Wilderkin se rió burlonamente.

—Los caballeros pueden morir de hambre con la misma facilidad que los villanos, señorito Walter. Le aseguro que sus ganancias son honestas. No es que mi señor Alfgar tenga él mismo parte en ellas, aparte de proyectar los negocios y llevar los libros.

Y de pronto soltó un suspiro.

—Cierto es que tengo mejor estómago para el negocio del metal que para los cerdos. Ahora, la gente se tapa las narices al verme y pregunta: «¿De dónde sopla el viento?».

A Walter estaba acostumbrándosele la vista a la oscuridad, y pudo ver que nada había cambiado. El vestíbulo, en el que no había ningún mueble, y que sólo estaba adornado por unas armas y escudos antiguos que colgaban de las paredes, daba a la habitación principal, en que aún estaban puestas las mesas de la cena anterior. Antorchas medio consumidas colgaban de sus ganchos en los muros. Walter podía oír a los perros que olfateaban y rascaban entre los juncos que cubrían el suelo.

Wilderkin lo examinaba.

—Ha crecido usted —dijo—. Juraría que se ha estirado usted en dos pulgadas. No me gusta que se parezca usted tanto a él. Poco tiene usted de sangre de Gurnie que yo pueda ver.

Y de pronto le cogió un brazo al recién venido.

—¿Oyó usted decir que ha sido muerto en Gillam's Spinney? ¿Por una flecha que le atravesó el corazón?

Las palabras del senescal le chocaron de tal manera a Walter, que se quedó mirando al anciano en asombrado silencio. Le había faltado voluntad para hacerle preguntas al siervo de Bulaire.

—¡Por una flecha! —dijo de pronto—. Debe haber sido un accidente. El señor de Lessford no tenía enemigos.

Wilderkin meneó la cabeza.

—Nadie lo sabe con certeza, señorito Walter. ¿Dice usted que no tenía enemigos? ¿Cómo hemos considerado al señor de Lessford aquí en Gurnie? Su esposa no tiene dudas. Está plenamente convencida de que fue muerto por un cazador furtivo en Gillam's Spinney.

—Eso podría ser verdad, y ser, sin embargo, un accidente. ¿Recuerdas la muerte del rey Rufus?

El semblante del viejo servidor reflejó cosas que aún no habían sido dichas. Se puso a hacer señales de asentimiento con la cabeza y haciendo una estúpida sonrisa, como si saboreara el efecto que iban a tener sus revelaciones.

—¡Vamos, Will! —exclamó Walter—. ¡Dilo de una vez! ¡Cuéntame lo que has oído decir!

—La viuda no esperó la justicia del rey. Nada la habría complacido, mas creyó

tener que tomar en sus manos la venganza de la muerte de su señor. Hizo comparecer ante sí a todos los hombres que habían disparado una flecha después de la caída del sol en los dominios de Bulaire. Eran seis, señorito Walter; seis fornidos muchachos con familia y sin mancha en la conciencia de que pudiera acusárseles. Los hicieron formar fila ante ella, que los acusó de haber matado a su señor con una violencia tal de palabras que hasta los propios criados del castillo bajaban la cabeza al oírla. Les impusieron la tortura, y, al no dar resultado el procedimiento, volvió a hacérseles comparecer ante ella. ¡Es increíble, señorito Walter! Los hizo ahorcar en un mismo árbol bien en vista del castillo.

—¡A todos! ¡Han ahorcado a seis inocentes! ¿Había... alguno de Gurnie?

—No, no había ninguno de Gurnie. Fue una suerte, porque mi sobrino Jack...

Y Wilderkin respiró profundamente.

—Olvídese usted de lo que le dije, señorito Walter, y prométale a su servidor no hablar del asunto.

—Pero ¿nada se ha hecho al respecto?

Wilderkin meneó lentamente la cabeza.

—Hubo muchas miradas de odio y murmuraciones. Puede usted estar seguro de que habrá molestias para la viuda cuando la cosa se sepa en Londres.

Tristram, cuyo rostro había empalidecido al oír la noticia, dijo con tono reprimido:

—¡Algún día los villanos de Inglaterra se levantarán y pondrán fin para siempre a crímenes como éste!

—¿Los villanos? —dijo el viejo servidor—. Los villanos no tienen agallas para promover disturbios desde Evesham. Por entonces estaban todos contra el rey Enrique, y muchos de ellos colgaron de las horcas antes de que terminara la cosa. En cuanto a la viuda, hace alarde de lo que ha hecho. Lo llama justicia normanda.

Y cogió a Walter del brazo por segunda vez.

—¡No tiene usted que ir allí! Si se muestra usted en el castillo de Bulaire, ese demonio de mujer le hará ahorcar como a los demás. Le tiene odio, ¡no le quepa la menor duda!

II

Antes de alejarse para atender a los repetidos llamados de su amo, Wilderkin le había dicho:

—Podrá usted ver a la dama Hild en seguida, señorito Walter.

Aquello era un inesperado placer. La salud de su madre era tan incierta, que el muchacho no estaba seguro de poder verla antes de ir a Bulaire.

Desde hacía diez años o más, aquella señora no había salido de su habitación sino en raras oportunidades, cuando se presentaba a comer o, en ciertas tardes, más raras aún, cuando salía a pasear por su jardín después de la caída del sol. Si acudía a la mesa, se sentaba en la grada, al lado de su padre, mas entre ellos no se cambiaba palabra alguna.

Walter siempre había estado convencido de que su madre se mantenía oculta porque la vida había perdido para ella todo sabor. Su *camera* era la habitación más amplia del piso alto, aunque no muy apropiada para una estancia tan continua. Tres de sus costados daban al exterior, lo cual significaba que era muy calurosa en verano y fría en invierno. Sin embargo, de ningún modo había podido convencerse a la señora de que cambiara de cuarto. Cuando Walter le hablaba del asunto, ella le sonreía suavemente diciéndole que era una criatura de costumbres, y que no podría estar contenta en ninguna otra parte. El muchacho sabía cuál era el verdadero motivo de aquella terquedad; por la ventana que daba al este, podía ver muy a lo lejos, recortadas contra la negra silueta de Algitha Scaur, ¡las almenas de Bulaire!

Wulfa, su doncella, compartía su soledad. Era una mujer enjuta, de expresión amarga y reconcentrada. En aquella mujer, Walter no había podido descubrir jamás un rastro de suavidad. Nunca sonreía, y en cuanto a los chistes, no correspondían a su modo de ser. Pero se mostraba abnegada para con su ama, y le dedicaba todo su tiempo. Sólo salía de la habitación cuando alguna de ellas necesitaba algo, caso en el cual se afanaba con rapidez y en silencio. Con las demás personas de la servidumbre, se mantenía en un estado de incesante beligerancia.

Aquella fiel criatura fue la que contestó a su llamado a la puerta. No le sonrió, sino que le hizo una reverencia tan breve ya rápida que el muchacho esperó oírle crujir las rodillas.

—La dama Hild está levantada y quiere verlo, señorito —murmuró.

Y el muchacho oyó que su madre exclamaba «¡Walter! ¿Eres tú, hijo mío?».

Estaba sentada en un sillón esterillado cerca de la ventana que daba a Bulaire, y se habría levantado para saludarle si Wulfa no se hubiese precipitado hacia ella con exclamaciones casi frenéticas.

—¡No, señora! ¡No debéis levantaros! ¡Con lo débil que estáis!

Los oscuros ojos de su madre le sonrieron a Walter por sobre el hombro de la

inclinada doncella, como para decir: «Perdóname por no levantarme, pero ya ves cómo estoy». Walter se quedó inmóvil por un rato, observándola con una sensación de sorpresa y reverencia. Nunca le había parecido tan encantadora. Tenía el cabello blanco, pero no obstante ello, rebosaba juventud y frescura. Los ojos resaltaban, enormes, en aquel pálido rostro y sus rasgos eran tan delicados como los de una estatua de santa de catedral. Wulfa se había preocupado por su tocado, y la señora vestía un delicado traje de brocado y llevaba un peplo envuelto alrededor del cuello.

Había otro motivo por el cual se mostraba sorprendido. Walter creía encontrarla profundamente desesperada, pero en cambio su madre se hallaba rodeada de una serena calma. Hasta parecía feliz.

—Hijo mío —dijo, cogiéndolo de la muñeca y haciéndolo sentar en un sillón cercano—, ¿sabes que ha muerto? En un primer momento, cuando Wulfa me lo dijo, creí que había llegado el fin de todo. Era fuerte, valiente y hermoso. Pero ahora veo las cosas con mayor claridad. No era feliz, Walter, y ahora está en paz. Siento que está más cerca de mí que nunca, y comprendo que es para mejor, que es la voluntad de Dios. Antes de que entraras, Walter, estaba sentada aquí, observando el cielo y recordando, recordando muchas cosas. Me sentía muy feliz.

Y siguió hablando en voz baja. A Walter le costaba mucho seguirla, pues su madre hablaba mucho de cosas que él ignoraba por completo. La mujer le había cogido del brazo y lo atraía hacia ella mientras le murmuraba algunos de sus recuerdos agradables. Walter miró el cuarto, a su alrededor, y vio que Wulfa había introducido algunos cambios mientras él se hallaba ausente. La cama, tapizada, tan alta que Wulfa dormía bajo ella en un catre, tenía por entonces una colcha carmesí; sobre el estante superior del viejo bargueño, en el rincón, las velas blancas habían sido sustituidas por otras de color rojo. El único tapiz del cuarto, que colgaba de la pared opuesta a la cama, había sido restaurado con tanta prolijidad que el muchacho no pudo ver rastro de sus familiares desgarraduras. Los cambios introducidos alegraban mucho la habitación.

—Te pareces mucho a él, hijo mío —murmuró su madre—. Estoy orgullosa de ti, muy orgullosa, por ello. En la universidad te convertirás en un hombre instruido, Walter. Tu padre tenía muy poca instrucción, le aventajarás en eso.

Y entonces empezó a hablar en tono casi lírico de cosas ocurridas antes de que el muchacho naciera. Todo aquello se hallaba tan lejos de su conocimiento, que antes de que pasara mucho tiempo Walter se dio cuenta de que su atención se distraía. Se puso a pensar en lo importante que había sido ese cuarto en su vida. Allí había nacido (aunque en un principio no se estuvo seguro de que su abuelo permitiera que el acontecimiento pasara en su casa), y había sido durante años su verdadero hogar. Además, allí era donde viera por primera vez a Engaine.

La chica tenía por entonces unos ocho años, y él era tres años mayor. La

confiscación era en aquella época cosa nueva, y entre Gurnie y Tressling reinaba el más concentrado de los odios. Muchas anécdotas sobre aquella caprichosa niña habían llegado a Gurnie, y la chicuela era tan mal considerada como su despótico padre. Walter pudo no haberla visto nunca de no ser por un accidente.

Fue un frío día de fines de invierno, en que la nieve se acumulaba en altos montones y soplaba un fuerte viento del oeste. A Engaine le habían dado permiso para salir a dar un paseo o había prescindido del permiso, lo cual parece más probable. La acompañaba un solo paje, jovencito barbilampiño, nuevo en la región y en el feudo que mediaba entre las dos casas. Cuando su joven ama se sintió completamente aterida de frío, el paje llamó a la puerta principal de Gurnie, para pedir que los dejaran entrar a descansar y entrar en calor. La dama Hild recibió a la chiquilla y la llevó a su cuarto, donde, en el hogar, ardía un alegre fuego. Sentó a Engaine frente a la chimenea y mandó a Wilderkin que calentara un poco de hipocrás para ella. Walter se hallaba en la habitación, sentado en un rincón sin perder nada de aquella joven visitante de encantadores ojos celestes y pequeño y delicado rostro. Esperaba, en vano, que también le dieran un poco de hipocrás a él.

Aún recordaba que la niña vestía una rica túnica azul sobre su chupa. Aquella túnica había sido evidentemente achicada. No era de extrañarse, pues hasta en las mejores familias el traspaso de ropas de personas mayores a jóvenes y de ricos a pobres era una práctica común. Walter estaba seguro de que la túnica, por ser exactamente del mismo color de sus ojos, le sentaba mejor a ella de lo que le hubiera sentado a su dueña anterior. La ajustada capucha que le cubría la cabeza era de armiño, y su barbijo era de terciopelo azul.

Ya a esa edad Engaine tenía una lengua descarada y atrevida. Hablaba con la dama Hild con una tranquilidad bastante asombrosa en una niña tan pequeña, y en varias oportunidades rió a carcajadas. Hasta tuvo la audacia de hacer con la cabeza una seña de asentimiento ante el humeante hipocrás, y exclamar: *¡Waes hael!* Por entonces ya había entrado en calor. Le había vuelto el color a las mejillas, un delicado matiz rosado, y los ojos le brillaban al hablar. Walter nunca había visto a nadie tan encantador en su vida, y no es extraño que su admiración empezara entonces y allí mismo.

La chica miraba a su alrededor con una curiosidad vivaz, sin dejar de incluir a Walter en su inspección. Lo que veía no pareció impresionarla, pues dijo, dilatando levemente las ventanas de la preciosa nariz:

—Esta casa es pequeña. No puede compararse con Tressling ni Bulaire.

—No —contestó la dama Hild—, es humilde, comparada con Tressling y Bulaire.

—Nuestro castillo es el mayor del mundo. Tiene seis torres.

Aquello estaba tan lejos de la verdad que Walter tuvo deseos de contradecirla a gritos. Tressling sólo tenía dos torres. El chico se quedó en silencio con gran

dificultad.

—Mi padre tiene cien arqueros y cincuenta hombres de armas.

Aquello estaba llegando demasiado lejos.

—Sólo hay veinte arqueros en Tressling —dijo Walter—. ¡Y sólo diez hombres de armas!

La chica se volvió y lo miró con tanta frialdad que Walter se arrepintió de haber hablado.

—Ese chico tiene muy mala educación —dijo ella, y, dirigiéndose a la madre, preguntó—: ¿Cómo se llama esta casa?

—Gurnie. Es una casa muy antigua. Creemos que data de la época de nuestro gran rey Alfredo.

—¿El rey Alfredo? Jamás oí hablar de un rey Alfredo.

Y la chica se puso a pensar intensamente.

—Ahora sé. He oído a mi padre hablar de Gurnie. Ustedes no tienen arqueros ni hombres de armas. Son sajones.

—Sí, hijita, somos sajones.

—¡Y muy orgullosos de ser sajones! —exclamó Walter.

—Bueno —dijo Engaine después de una larga pausa durante la cual se quedó mirando con fijeza al chico—, creo que eso no puede enmendarse, ¿verdad? Me parece usted muy buena. ¿Cómo se llama ese chico?

—Se llama Walter.

—Entonces es Walter de Gurnie. Es un nombre más bien bonito. ¿Tiene el cabello rizado natural o se lo riza usted? El mío es natural.

—Y el de Walter también.

—Sabe usted —dijo la chica después de otra pausa—, se parece mucho al primo de mi padre, el conde de Lessford. ¿Cree usted que será tan guapo como el conde cuando sea crecido? Pero se me ocurre que sería mejor que se peinara el cabello.

Walter la vio bastante a menudo con el pasar de los años. Engaine se dignaba a veces hablarle, y siempre lo hacía con una cierta amabilidad bajo su displicente tono. El muchacho nunca se sentía muy feliz después de verla, pues la muchacha le demostraba a las claras que lo consideraba de sangre inferior. No obstante, aquellos encuentros con ella le proporcionaron la mayoría de los recuerdos que quería tener de una triste infancia.

—Walter —dijo su madre por fin—, ahora que tu padre ha desaparecido, creo que he de contarte la historia entera. Tienes derecho a saber. Walter la miró con ansiedad, pensando en lo mala que tenía la memoria su madre. Le había relatado aquella historia muchas veces, y como nunca variaba en la narración, el muchacho habría podido recitarla de memoria, palabra por palabra. Se puso de pie, sabedor de que había que observar el ritual de siempre. Wulfa había desaparecido ya. Walter se

dirigió una por una a todas las puertas, las abrió para asegurarse de que nadie escuchaba, y hasta visitó las ventanas.

Cuando su madre empezó el familiar relato, escuchó con renovado interés, esperando que la muerte de su padre sirviera para revivir nuevos recuerdos en la memoria de la narradora.

—Tu abuelo estaba contra nosotros, Rauf y yo. Rauf tenía veintidós años, y yo, casi dieciséis. Como ambos éramos de sangre noble y yo iba a heredar Gurnie, no habría sido una alianza desproporcionada. Pero Rauf era de la sangre de aquellos invasores normandos, mientras que yo era anglosajona pura, de modo que mi padre no quiso oír mencionar el asunto. Juró que una hija suya no se casaría jamás con un extranjero. ¡Imagínate, considerar extranjero a Rauf! Había nacido en Bulaire, como su padre y muchos de sus antepasados. Pero papá odiaba a los normandos y nunca había podido perdonarles la batalla de Hastings.

Dio un largo suspiro.

—Claro está que solíamos encontrarnos. ¡Oh, todo era de lo más correcto! —Wulfa, que ya entonces me servía, siempre estaba presente y Rauf tenía a su escudero. Ni siquiera nos apeábamos, sino que deteníamos nuestras cabalgaduras lado a lado en algún punto del bosque. Rauf me hablaba en murmullos. Estábamos seguros de que terminaríamos por casarnos.

Suspiró más profundamente aún.

—Luego regresaron los frailes llevando la Cruz y predicando la necesidad de otra cruzada para ayudar al buen rey Luis de Francia. Levantaron una Cruz de madera, recuerdo que tenía unas doce varas de altura. Llegó gente de todos los alrededores, y cuando uno de los sacerdotes nos contó las cosas que había visto en Tierra Santa, tuve ganas de levantarme y exclamar, como lo hacían todos los hombres, que el Santo Sepulcro no debía quedar por más tiempo en manos paganas. Me alegré porque Rauf fuera el primero en adelantarse y besar la Cruz. No habría podido seguir amándolo si hubiese permanecido indiferente. Canté con el mayor fervor, hasta *El Viejo de la Montaña*. Más de doscientos de nuestros hombres juraron la Cruzada aquel día.

Como siempre, hizo una larga pausa a esa altura del relato. Hasta entonces, nada le había contado que Walter no hubiera oído antes. El muchacho sintió que nacía en él un sentimiento de rencor contra las Cruzadas. Habían sido muchas y ocasionado muchos males y sufrimientos. Tuvo la tentación de decirle a su madre que en Oxford los estudiantes habían tomado la costumbre de comentarlas a la ligera y hasta con irreverencia. Un hombre que expresara su deseo de ver otra Cruzada no era considerado como empeñado en acción caballeresca. En cambio se le aplicaba una expresión: «Está cansado de tener a su mujer cosida a sus calzas». Nadie tenía ya paciencia para escuchar los relatos de los cruzados que habían vuelto de Asia. Todos eran ya demasiado familiares. Ponían a los cruzados motes burlones; a veces los

estudiantes, al aludir a alguno de ellos, solían decir que tenía «la cabeza llena de pulgas arábigas». Hasta había una expresión particular para expresar el hecho de que un hombre estuviera cautivo en Oriente: «Le quemaron la Cruz sobre las nalgas». Esa expresión se debía a que aquél constituía uno de los modos en que los sarracenos trataban a sus prisioneros cristianos.

Su madre reanudó el relato.

—¡Qué valientes y buenos eran los jóvenes que habían jurado reconquistar la Ciudad Santa! Marchaban con la Cruz en el brazal y una devota expresión en el rostro. Sabíamos que de cada cinco no habría de regresar más que uno, porque las otras veces había sido así. Se morían de calor y de sed o resultaban muertos en la lucha; peor aún, a veces caían en manos de los sarracenos y eran tenidos como esclavos o desollados vivos. Les quedaba poco tiempo que vivir, y ¡eran tan jóvenes!

Inclinó la cabeza, y pasó un largo rato antes de que prosiguiera.

—Dieciocho fueron los niños que nacieron en la región a los nueve meses de marcharse los cruzados; uno de ellos fuiste tú, hijo mío. De los otros, nadie hizo caso pues siempre ocurría lo mismo, pero yo era de sangre noble, y aquello provocó tantas murmuraciones que creí morir de vergüenza. Pero estaba segura de que Rauf y yo habríamos de casarnos en cuanto él regresara; él habría de volver, Dios y la Virgen mediante; aguanté pues las iras de tu abuelo y me obligué a conservar la cabeza alta.

Volvió a producirse la acostumbrada pausa.

—Pasaron cuatro años antes que Rauf regresara. Cuando volvió, traía a su esposa.

Hasta entonces, aquél siempre había sido el final de la historia. Sin embargo, al rato prosiguió con inusitada pasión:

—¡No se habría casado de haber sabido tu existencia, hijo mío! —y se le subió un poco de calor a las mejillas—. No había modo de comunicarle la noticia. Y estaba terriblemente endeudado. Había hipotecado sus tierras para conseguir dinero para ir, y al volver su nave naufragó en las costas de una isla de Grecia. Allí lo mantuvieron de rehén, como los germanos hicieron con el rey Ricardo.

Sus parientes de Normandía, la familia de ella, pagó el rescate. Así, pues, se casó y permaneció un año en Normandía antes de regresar con su fea esposa normanda y su hijo. Walter, hijo mío, ¡si hubiera sabido de ti, habría hecho frente a sus deudas y cumplido su promesa para conmigo!

—¿Cómo puedes saberlo con certeza, madre?

La dama Hild estaba bastante cansada ya, pero contestó con un resto de triunfo en la voz:

—Me lo dijo. Sí, Walter, una vez vino a verme. Era cuando tu abuelo estaba cabalgando por los pantanos de Gales. Tuvimos una larga conversación; Rauf se mostró muy triste y arrepentido, y me dijo que habría vuelto con alegría para hacerse cargo de sus deudas si lo hubiera sabido, y que hubiese vendido a Bulaire si fuese

necesario. Había estado ausente cuatro años, y estaba seguro de que yo lo había dado por muerto mucho antes. Hasta pensó que yo me había cansado de esperar y que me habría casado con otro.

Walter la interrumpió, ansioso:

—Nunca me dijiste que había venido a verte. Creo... Creo que eso hace variar las cosas.

—Sí, hijo mío, las cambia por completo. No creo que hubiera podido vivir hasta ahora si no lo hubiese vuelto a ver. ¡Pero vino! Y me dijo —prosiguió, cogiendo la mano a su hijo y apoyándosela en la mejilla—, me dijo que yo era la única a quien había amado. ¡Eso he tenido para consolarme durante todos estos años!

—Hay algo que nunca te conté, madre —confesó Walter—. Yo también tuve una conversación con él, y me dijo que no era un hombre fuerte, que cedía con facilidad a las influencias. Ahora veo que estaba tratando de explicarse conmigo.

Hubo un momento de silencio, después del cual la señora dijo en un susurro:

—Nunca he visto a su mujer, Walter. ¿Cómo es?

Los sentimientos del hijo se tradujeron en enojadas palabras.

—¡Es una normanda! ¿Acaso necesito decir más? Está resuelta a salirse siempre con la suya; es dura, codiciosa y cruel.

—¡Qué vida triste ha tenido él!

—Madre —preguntó Walter, ansioso—, ¿estás segura de que se habría casado contigo si las circunstancias hubiesen sido otras? ¿Y de que yo hubiera podido ser hijo legítimo?

—Sí, hijo querido, estoy segura de ello.

—¿Estás segura de que te prefería a ti antes que a su mujer legítima? ¿Y a mí, antes que a su otro hijo?

—Walter —contestó ella seriamente—, nunca dudes de que en lo más profundo de su corazón Rauf sentía que yo era su verdadera esposa y tú, el hijo que habría querido tener a su derecha. ¡Nunca lo dudes!

Walter se sintió invadido por una gran sensación de alivio y felicidad. «¡Ahora no necesito seguir odiando su memoria!», se dijo para sí.

La doncella volvió y se dirigió apresuradamente hacia su ama.

—Ha hablado usted demasiado, señora mía —dijo con inexpresivo tono que, sin embargo, lograba dar una impresión de reproche—. Ahora ha de acostarse usted. Venga, apóyese en mí, señora.

La madre de Walter se había reclinado hacia atrás en su sillón. Cerró los ojos, y el muchacho pudo ver que estaba temblando.

—¡Oh, se ha excedido usted, señora mía! —exclamó Wulfa—. Ya sabía que lo iba usted a hacer.

Y, dirigiéndose a Walter con tono suplicante, le dijo:

—Será mejor que se vaya usted, señorito.

Lo acompañó hasta la puerta, donde le dijo en un suspiro:

—Está empeorando. Los ataques se producen más a menudo. Me doy paulatinamente cuenta de lo mucho que empeora.

La señora sentada en el sillón se había erguido. Miró a los dos, que estaban en el marco de la puerta, con aspecto de conspiradores. Mas en su mirada no había comprensión ni conciencia.

—¡Wulfa! —exclamó, en tono agudo y poco natural—. ¿Qué estás diciendo? ¿Qué te propones hacer?

Y la voz subió de tono.

—¡Vuelve aquí! ¡Wulfa! ¿Quién es ese hombre?

III

Walter no había sospechado jamás qué le pasaba a su madre, y el descubrimiento lo dejó en un estado de ánimo tan deprimido, que Tristram se lo llevó a dar un paseo con la esperanza de que el ejercicio le avivaría el espíritu. Atravesaron una campiña cuyo regio colorido era tan rico como un manto imperial, rebosante de la abundancia de una espléndida cosecha, tierras cuidadas por manos fieles, de modo que hasta los campos cultivados parecían tan hermosos como los bosques, donde la naturaleza no sufría la intervención humana, campiña de plácido encanto en que las torres de las pequeñas iglesias eran como poemas escritos en el cielo, y en que los únicos puntos feos eran los corrales de cerdos y los montones de desecho de Gurnie.

Cuando volvieron, caía la tarde, y al pasar el puente levadizo oyeron los golpes de las persianas al cerrarse. En el vestíbulo principal, sin embargo, la conversación era animada. El trabajo del día había sido terminado, las barreras habían sido levantadas contra los avances de las fuerzas del mal y un olor a buena comida impregnaba el ambiente. Se repetían muchos chistes socarrones sobre los *estudeantes de la nuniversidad* y sobre lo probable que era que el propio Walter terminara en la tonsura.

Walter observó los preparativos de la cena con un nerviosismo que nada tenía que ver con el apetito. En el estrado había sido colocada una mesa cubierta de fino mantel de hilo, ante la cual habían colocado el sillón de su abuelo. Era un solemne sillón con dosel y pomos de brillante cobre. Dos sillones de menor altura lo flanqueaban. Walter se preguntó con repentino júbilo si al fin iba a terminar su apartamento. ¿Se le permitiría sentarse con la familia? Había sufrido tan intensamente por su exclusión, que en aquel momento la vida no habría podido ofrecerle mayor alegría.

Pronto se desvanecieron sin embargo sus esperanzas. Wilderkin se le acercó diciendo con tono desaprobador:

—Hay invitados esta noche, señorito Walter. Y mi señor Alfgar, como de costumbre, ha insistido en que lo hagamos todo bien. Mi señor es un hombre orgulloso. ¡Ah, cómo se ha echado mano de las provisiones de la cocina!

Walter suspiró, desdichado. Comprendía que había sido tonto de su parte poner tan en alto sus esperanzas. Su abuelo jamás llegaría a ceder hasta ese punto. Sin embargo, el muchacho se sintió tan desilusionado, que no pudo hallar compensación en el hermoso aspecto de la sala. Las dos copas preferidas de su abuelo, llamadas JOHN EL BIENAMADO y BERNARD DE CLAIRVAUX, según la costumbre que hacía que llevaran nombres aquellos valiosos bienes heredados, habían sido colocadas en ambos extremos de la mesa bajo el dosel. Walter se dijo para sí que su abuelo no dejaría de recitar su genealogía una vez más para ilustración de sus invitados. También había sobre la mesa jarros de plata y un alto candelabro con velas vírgenes.

Todo parecía hacerse muy bien aquella noche.

Estaban instalando mesas sobre caballetes en la parte baja de la sala para formar una T con la mesa principal. Wilderkin entró con un salero de plata, y, con una inclinación de cabeza para Walter, lo colocó a cierta distancia del punto de unión de ambas mesas. Aquello significaba, claro está, que iba a observarse la antigua disposición de reserva. Walter siempre se sentaba frente a la sal, transacción de su abuelo que no lo hacía sentar con la familia pero le ahorraba sentarse a la mesa con los dependientes y criados. También advirtió que habían puesto dos sillas en esa posición, una a cada lado de la mesa. Aquello debía significar que Tristram iba a sentarse frente a él.

En cuanto entró su abuelo, Walter comprendió que tenía en poca estimación a sus invitados a pesar de los preparativos que se habían realizado. Había condescendencia en el gesto con el cual les indicó sus asientos. Uno de ellos, envuelto en una túnica pardusca, era un hombre de rostro porcino. Wilderkin, cuyas opiniones las establecía su amo, le murmuró burlonamente al oído a Walter:

—¡El arrendatario de Tasker! La primavera pasada, cuando tuvimos sarna en los corrales de cerdo, perdíamos un arrendatario de Tasker todos los días.

El segundo invitado era un sacerdote regordete que permanecía cubierto por la capucha como si encontrara la sala demasiado fría para él. Wilderkin murmuró:

—El prior de Catherby. Se necesitan tres frailes para montarlo en una mula. ¡Vieja serpiente desdentada!

Alfgar de Gurnie presentaba un buen aspecto, aunque Walter advirtió que el vientre se le había redondeado mucho y que el color gris acerado de su corto bigote se había vuelto blanco. El cabello se le había ido cayendo y el casco le resplandecía con el más escrupuloso brillo. Como siempre, estaba elegantemente vestido y una pesada cadena de oro le colgaba del cuello.

Walter se asombró de que su madre entrara en la sala siguiéndolo. Sin embargo, parecía ya perfectamente normal otra vez. Tristram la miró con admiración y murmuró:

—¡Qué hermosa es tu madre! Parece una reina, y también una santa.

Inclinándose sobre la mesa, la señora le dijo a Walter:

—Espero que me traigas a tu compañero de Oxford a conversar conmigo después de cenar.

No sabiendo qué hacer, Tristram se sonrojó y miró a Walter en busca de auxilio. Se sentía tan confundido, que había empezado a sudar profusamente. Al ver que Walter se levantaba y hacía una reverencia, hizo lo propio con una inhabilidad y rigidez que demostraron a las claras lo desorientado que estaba. La dama Hild le contestó con una inclinación y dijo:

—Eres un joven muy alto, aunque me parece, Walter, que tu compañero te lleva

un poco de ventaja.

Wulfa la había vestido con una amplia túnica de brocado verde, cuyo corselete estaba bordado de rosas. Para disimular lo viejo del vestido, le habían cosido hileras de botones desde los puños hasta el codo, a la última moda de aquella época. Su blanco cabello, sin adorno de ninguna clase, estaba dividido en trenzas que formaban un gran rodete en lo alto de la cabeza. Y Walter pensó con cierto orgullo que Tristram tenía razón; su madre parecía a la vez una reina y una santa.

La criada había traído las seis secciones de los Evangelios familiares y las había dejado apiladas al lado de su ama. La dama Hild estaba muy orgullosa de sus Evangelios, pues tenían un glosario y muchas ilustraciones efectuadas por pacientes manos monacales. Tanto orgullo tenía, que a veces solía engañar a sus invitados. No sabía leer, pero, sabiendo de memoria muchos pasajes, los recitaba en voz alta mirando los libros sin darse cuenta de que hablaba en inglés mientras que los libros, por supuesto, estaban escritos en latín.

Agnes Malkinsmaiden servía la comida con la ayuda de la criada de la despensa, fea fregona de gruesos labios. Aún después de la advertencia del senescal, Walter se quedó asombrado por la variedad de los platos servidos. Había un jamón de ciervo, costillas de ternera, faisanes y bitores, asados de tal modo que los castaños pellejos parecían estar por reventar de gordura, y una fuente de pequeños embutidos de cerdo adornada con unos pasteles negros. Agnes era la que cocinaba para toda la casa, y tenía buena mano para sazonar. Usaba pimienta, clavo de olor e hinojo de Oriente, como era la moda, en vez de utilizar las viejas hierbas inglesas como alhucema, coriandro y mejorana. Una vez que hubo colocado el último plato sobre la mesa, lo atrajo hacia sí para repetir la fórmula usada cuando la familia cenaba sola:

—Dios y Nuestra Señora bendigan este ágape.

El dueño de casa miró una sola vez a Walter, y su mirada se suavizó casi imperceptiblemente en muda bienvenida. Luego cubrió una rebanada de pan que tenía ante sí con un enorme trozo de carne y, pidió que le llenaran su copa de vino. Sus azules ojos, tan engañosamente suaves, empezaron a brillar. Y para demostrar su erudición (que era poca, según sabía perfectamente Walter), se inclinó ante el anciano prior y se permitió hacer una cita de Horacio:

La muerte nos coge de la oreja y dice: «Bebe, porque vendré».

El prior, que evidentemente estaba al borde de la tumba, aceptó aquella extraña invitación a beber, de mala gana. El arrendatario de Tasker, asombrado de que no empezaran por brindar por el rey, se arriesgó a decir:

—Nuestro joven monarca promete restaurarnos nuestros derechos y hacernos justicia como no hemos tenido desde la época de nuestro gran Alfredo.

—No hagáis caso de tan tontos rumores, Tasker —le reprendió el dueño de casa—. Todos aquí somos de pura sangre sajona, de modo que puedo hablar con libertad. Esos rumores se suscitan con el exclusivo propósito de hacernos perezosos y contentarnos. Estamos viviendo en una época de abogadillos; astutos individuos normandos de espíritus codiciosos y lenguas viperinas. Tratan de engañarnos con palabras mientras encuentran medio de ponernos cadenas aún más pesadas.

—He estado dispuesto a creer en las buenas intenciones del joven rey —protestó el arrendatario con cierta franqueza.

El dueño de casa meneó la cabeza contento de disentir. Cortó con la daga el pan empapado en jugo y arrojó las rebanadas de pan a la fuente de desperdicios colocada en el centro de la mesa, teniendo cuidado de no mancharse los dedos al hacerlo. La fuente de desperdicios estaba ya bien llena de partes cartilaginosas de carne y de alas de aves; sería un buen alimento para los mendigos que llamaran a la puerta al día siguiente.

—Ahí es donde se equivoca usted —dijo Alfgar, y Walter reconoció en seguida una de las frases favoritas de su abuelo—. No hemos de esperar favores de ese joven rey. Es un normando, y eso lo dice todo. Esto se lo he dicho continuamente a hombres que, como usted, no deberían creer en las disfrazadas mentiras de nuestros gobernantes.

Y meneó la cabeza.

—Nadie hace caso de mis advertencias. En cuanto murió el viejo rey Enrique, dije que...

Walter lo oyó seguir contando lo que había dicho y explicar cómo siempre había tenido razón. El nieto había perdido el hilo de la discusión y de pronto notó con alarma que su madre estaba abriendo la última sección de los Evangelios. Su mirada había adoptado una expresión de fijeza:

—*Veo el lago de fuego eterno...*

Dijo de pronto la señora en voz baja.

—*Está cercano el día en que el Señor vendrá lleno de ira...*

Un estremecimiento recorrió a los comensales y hasta los porcinos ojos del arrendatario de Tasker se volvieron hacia ella con expresión de pánico. Todos vivían en el terror, sabedores de que los indicios de la Segunda Llegada se cumplían rápidamente. Nadie, al terminar cada día, dejaba de mirar el cielo al oeste ni de preguntarse si había algo en su aspecto que demostrara que el Señor habría de presentarse antes de la mañana.

Alfgar no hizo caso a la interrupción. Estaba comiendo por entonces rebanadas de queso amarillento, y empezó a hablar de las copas.

—Mi buen eclesiástico —dijo, volviéndose hacia el sacerdote—, quiero exponer a JOHN EL BIENAMADO a su atención. Es muy viejo. En realidad, perteneció a la santa dama Hild cuyo nombre lleva mi hija. Vea usted, es de hechura muy antigua. Griega, según creo, y es indudable que el artesano que lo hizo vivió en Antioquía. Su forma prueba esa antigüedad, pues se ve en él el cuerpo hecho en torno y la doble asa. ¿Qué le parece que dijéramos que es del siglo v?

El prior, que tenía en las manos un esqueleto entero de faisán, murmuró:

—Indudablemente.

Y siguió comiendo.

—Prefiero pensar que la imagen representa al apóstol en la isla de Patmos, donde el don de la profecía le fluyó tan extrañamente en las venas. Observad: el rostro está enjuto a fuerza de ayunos y hay un resplandor en los ojos...

Unos fuertes gruñidos se sintieron bajo la mesa, donde los perros estaban disputándose la propiedad de un hueso. Alfgar interrumpió su discurso para gritar con tono seco: «¡Chomper! ¡Briff! ¡ChetWind!».

Wilderkind descolgó una lanza de la pared y golpeó vigorosamente bajo el mantel. El ruido terminó.

—Ahora bien, este otro —prosiguió el dueño de casa, señalando al BERNARD DE CLAIRVAUX—, no es tan viejo, pero lo aprecio porque estuvo una vez en las manos del gran santo cuyo nombre lleva.

La dama Hild había seguido hablando, pero en voz tan baja que nadie sabía qué estaba diciendo. De pronto alzó la mirada y la fijó en Walter, sin reconocerlo. Y sus palabras volvieron a hacerse claras.

—Y los cielos y las montañas se confundieron en un torbellino y las islas se salieron de su lugar; los reyes de la tierra se ocultaron en las cavernas y entre las rocas de las montañas. ¡Porque había llegado el gran día de la ira!

—No puedo competir con la inspirada palabra —sonrió Alfgar, y, llamando a Wulfa, que estaba de pie detrás del asiento de su ama, le dijo—: Está cansada y tiene que ser llevada a su habitación inmediatamente.

Luego, volviéndose hacia sus invitados:

—Bueno —dijo—, ¿quieren que haga traer los naipes y que juguemos una partida, mientras terminamos nuestro vino? Les advierto que tengo buena mano, y propongo, por el bien de sus bolsas, que las apuestas sean moderadas.

IV

Tristram durmió en la habitación de Walter sobre un jergón de paja. Estaba profundamente dormido antes de que la vela de sebo se apagara, estiradas las largas piernas. Cuando Walter se levantó al alba, su compañero se hallaba exactamente en la misma posición; parecía no haber movido un músculo durante la noche.

Estaban terminando su desayuno consistente en carne de venado, cuando Wilderkin los interrumpió con una sorprendente noticia; Walter tenía que ir a ver a su abuelo en seguida a su cuarto de trabajo. El muchacho había tenido siempre órdenes estrictas de no entrar en aquel departamento particular. Aquella habitación daba a un oscuro rincón bajo la escalera interior, y sólo tenía una ventana en forma de roseta, con barrotes de hierro, que daba a los fosos y que sólo podía ser vista desde lo alto de la empalizada. Cuando niño, Walter solía trepar a menudo a la empalizada para mirarla y preguntarse qué habría en aquella habitación. ¿Se ocupaba su abuelo de magia para que fuera necesario tanto secreto?

Cuando llegó, su abuelo no estaba, de modo que el muchacho pudo observar acabadamente el lugar. Fue una desilusión; era un pequeño departamento sencillo, de piso grisáceo y arcilloso. Los muebles consistían en una mesa, una única silla, un brasero en el cual ardía débilmente un fuego de carbón de leña, y, en una pared, unos anaqueles abarrotados de documentos. De misterioso nada tenía; de cómodo, muy poco.

De pronto, seguido por Wilderkin, entró el amo de Gurnie. Vestía una hopalanda grisácea bordeada de piel de zorro gris, y Walter observó por primera vez de qué poca estatura era. Sentado en la única silla, puso sus bien cuidadas manos, sobre el borde de la mesa y se puso a hablar acompasadamente y con precisión, como solía hacerlo.

—Wilderkin —dijo, echando una mirada a su nieto y apartando la vista de un modo estudiado—, hay algunas cosas que quiero decir. Como lo he pensado todo muy bien, deseo terminar sin interrupciones. Si Walter considera necesario formular algún comentario, deberá, como de costumbre, dirigirse a ti.

Y se movió, intranquilo, en su silla.

—Un juramento nunca debe dejar de cumplirse, y espero que, como es natural, todos estemos de acuerdo en ello. Tengo el deseo de justificar las modificaciones que se han realizado en Gurnie —prosiguió, después de lo cual hizo una pausa y sonrió tristemente—. Es más fácil hablar de soportar el hambre que soportarla, pero muchos han dicho que sería mejor morir de inanición que hacer lo que he hecho.

Había entrelazado los dedos sobre su estómago y cruzado las piernas de modo que resaltaba la elegancia de sus botas, forradas de piel.

—Pude haber dicho que como el Rey había juzgado oportuno quitarme mis tierras, no era ya posible vivir de lo poco que me quedaba. A los caballeros se les

niega el derecho de ser útiles, menos en el honorable uso de las armas, el gobierno de su gente y el consejo de su rey. Pero había unas veinte personas que dependían de mí para los alimentos que se llevaban a la boca. Ninguna de ellas tenía el menor deseo de morir de hambre. No estaban ligadas por tradiciones caballerescas y tenían vientres normales que clamaban por comida. Además, mi hija necesitaba todos los cuidados que pudiera yo dispensarle por... por el tiempo, quizá corto, que podemos esperar tenerla aún con nosotros.

»Probé otros medios. Dominé mi orgullo al pedir reiteradas veces que se me devolvieran algunas de mis tierras. Hasta ofrecí mis servicios al Rey, convencido de que mi experiencia y buen criterio, que considero acertado, me harían útiles para él. Me hicieron saber que no se me devolvería tierra alguna y que no había lugar para mí en el servicio real. Así, pues, seguí el único camino que me quedaba abierto. No debiera ser necesario decir cuán repugnante fue para mí. Por mis venas corre la mejor sangre de Inglaterra, y siempre he estado orgulloso de mis derechos y privilegios, y los he defendido con tenacidad. He tratado de aceptar lo inevitable con buena cara, y no creo que sea demasiado pretender, por cierto, el esperar que los que dependen de mí hagan lo mismo.

Walter había escuchado con la mayor atención y con una creciente sensación de arrepentimiento. Comprendía ya que su abuelo había adoptado el único camino que le dejaban abierto las circunstancias. Debió advertir desde un comienzo que las consecuencias de meterse en el comercio eran más repugnantes para el anciano que para él mismo.

—Me gustaría destacar, Wilderkin —dijo el muchacho a pesar del pedido de su abuelo de no ser interrumpido—, que veo claramente la posición de mi señor Alfgar y que considero que se ha portado con valentía y caballería.

El anciano asintió con sonrisa de satisfacción.

—Bien dicho. Y ahora he de descubrir algunos planes que tengo para lo futuro. Tengo un espíritu lógico, y una vez que he llegado a una decisión siempre estoy dispuesto a realizarla con todo el vigor que poseo. Mis iguales, mejor dicho todos los que pretenden ser mis iguales, me miran ahora desde lo alto. Lo mismo me da ganarme su desprecio total. He mandado hacer utensilios y recipientes para la fabricación de quesos. Proyecto hacerlos en gran escala y venderlos en Londres, donde los precios serán buenos. Habrá en ello un doble beneficio, pues los cerdos engordarán con el suero. Luego, me quedan unas hectáreas de vergeles. Haré sidra, una excelente sidra, fuerte, según la receta de los Gurnie. Compraré manzanas en los alrededores con ese objeto.

—Pero, Wilderkin, quiero hacer una pregunta —arriesgó Walter—. ¿No podría prescindirse de todo ese metal viejo?

—Ahora estoy en el comercio y tengo que convertirme en el mejor de los

comerciantes, del mismo modo que antes era el más sagaz de los caballeros. Cierto es que el metal viejo podría ser almacenado en la otra orilla de Oswiu Pond, donde no ofendería de ese modo la vista. Pero ¿cómo entonces podría vigilarlo y estar seguro de que los ladrones no se me llevaran las mejores piezas? El montón de hierro viejo tiene que quedar donde está, del mismo modo que mi fábrica de queso debe abarcar parte de los alojamientos del personal de la casa, aun cuando el olor de la cuajada sea difícil de soportar.

El viejo se volvió en su silla y miró de frente a su nieto. Hasta llegó a amenazarlo con el dedo.

—Y allí es donde se equivoca, Wilderkin —concluyó con triunfal risotada—. No hay rosas sin espinas. Siempre hay que ser lógico.

«Tiene razón —pensaba Walter, aunque muy a pesar suyo—. ¿Qué motivos tengo para censurar su actitud?».

—Y ahora, Wilderkin —prosiguió su abuelo en tono más vivaz—, hay otros asuntos que comentar. He oído decir que no sería prudente que Walter fuera al castillo de Bulaire para el entierro. No veo motivo alguno por el cual no ir. La mujer normanda no se atreverá a descargar su odio en él. De eso estoy convencido.

—No abrigo temores a ese respecto —dijo Walter.

—Aun cuando hubieran riesgos, tendría que ir —prosiguió Alfgar, mirando a la mesa, pero Walter comprendió que estaba formulando astutas conjeturas—. En primer lugar, por el testamento. Es razonable esperar que contenga alguna disposición relativa a él. El reconocimiento que acompañará la aceptación de un legado será un trago amargo, pero era hijo del difunto y no puede, según sus más importantes intereses, ser dejado de lado. Espero —añadió suspirando—, que le hayan dejado algunas tierras. ¡Nos son tan necesarias! ¡Y qué buen destino podríamos darles!

—Tengo derecho a parte de la herencia —declaró Walter—, pero si no hay disposición alguna, Wilderkin, aceptaré la situación con buena cara. No tengo deseo alguno de deberles gratitud a los de Bulaire.

—Bien dicho otra vez. Me gusta el ánimo que demuestra, Wilderkin. Pero tenemos que ser lógicos en esto como en las demás cosas. Tiene por cierto derecho a participar de aquellas hermosas y proficuas tierras. Tenemos que dominar nuestro orgullo y recibir cuanto podamos.

El viejo estiró la mano detrás de sí y cogió un documento de los estantes. Abriéndolo con cuidadoso movimiento de la mano, como si quisiera ocultarlo a las miradas de los demás, se puso a estudiar los números que en él había escrito. Tenía que acercarse mucho al pergamino, pues era corto de vista.

—Gurnie está empezando a producir bien. No es que nos sobre mucho —añadió levantando, alarmado, la cabeza—. Aún tenemos que vivir con muy poco y hacer cada uno el trabajo de diez. Pero lo cierto es que nuestra situación acusa una mejoría.

Cerró los documentos y los puso a un lado. Luego miró a Walter y sonrió; fue aquélla una sonrisa cálida y afectuosa, la primera que su nieto recibiera de él.

—Es un buen muchacho, Wilderkin. Siempre me ha gustado, aunque me ha sido imposible demostrarlo, y ahora hasta estoy orgulloso de él. No debe culpársele de que su padre haya sido un hombre débil ni de que haya violado el más sagrado de los votos caballerescos.

Se inclinó sobre la mesa y le tocó el brazo a Walter.

—He llegado a una decisión difícil, Wilderkin. Voy a dejarle cuanto poseo.

CAPÍTULO TERCERO. BULAIRE

I

El guardia que recibió a Walter en el castillo de Bulaire sospechó en seguida de un visitante que llegaba a pie.

—¿Lo mandó buscar Simeón Bautrie? —le preguntó—. ¿Quién es usted, pues?

—Soy Walter de Gurnie.

El guardia sonrió y señaló con el pulgar hacia el puente levadizo.

—Pase usted —dijo—. Debería haberlo conocido por la hermosa curva de su nariz. Pídale a cualquiera que lo lleve a Simeón Bautrie.

Hallaron al abogado en un oscuro cuartucho abierto en el muro del pabellón de entrada. Muy poca luz penetraba por la única y alta abertura enrejada que servía de ventana, y el hombre, que estaba ocupado con unos escritos, había encendido una pequeña vela. Sus húmedos labios se movían al leer y no levantó en seguida la cabeza. Cuando lo hizo, Walter vio que tenía unos ojos pálidos, que parpadeaba continuamente y que su rostro era tan grisáceo y sin vida como los pergaminos con que trabajaba.

—Conque ¡ha llegado usted! —murmuró estudiando a Walter con una atención que al muchacho se le antojó desconfianza.

Al abogado parecían molestarle mucho las moscas, pues se rascaba continuamente las costillas con los codos.

—Y ¿qué espera usted, Walter de Gurnie?

—He venido de acuerdo con sus instrucciones y sin esperanza alguna —contestó Walter en el mismo tono—. Sólo tengo un deseo: el de mirarle la cara a mi difunto padre.

—El testamento alude a usted, de modo que me pareció oportuno citarle.

Y Bautrie recogió el documento como si estuviera preparado a reanudar su trabajo, pero luego pareció cambiar de opinión y volvió a arrojar las hojas sobre la mesa. Prosiguió con tono agudo y cortante:

—Su presencia aquí no es grata, Walter de Gurnie; de eso puede estar usted seguro. Mi ama no debe verle a usted. Por eso, he de advertirle que por ningún motivo tiene usted que mostrarse en los servicios funerarios. Esta tarde se celebrará el servicio público en la aldea de Bulaire, y luego se oficiará otro para los miembros de la familia en la capilla de aquí.

—¿Acaso no soy de la familia?

—No, ni lo piense usted, señorito. Mi mejor consejo para usted es bajar de tono y mantenerse bien lejos de la vista de la señora. Como puede usted haber oído decir, es muy severa y resuelta, y no gusta de usted.

Tosió y escupió al piso de piedra.

—Pregunte por el padre Nicholas.

De la fría lóbreguez del pabellón de entrada, de cuya pared colgaban las gualdrapas funerarias que indicaban la pérdida que sufriera el castillo, Walter salió a las soleadas actividades del exterior. Nunca antes había estado dentro de los muros de un castillo, y, al mirar a su alrededor, escapó por un rato del mal estado de ánimo que le embargara durante su larga caminata. Adosados contra el muro y haciendo frente al torreón de piedra que separaba el patio exterior del interior, había una serie de construcciones dedicadas a la parte agrícola de la casa; caballerizas, gallineros, depósito de herramientas, herrería, el esquiladero. Las construcciones eran de madera, y un poco toscas, con excepción de las caballerizas, que eran de piedra y más impresionantes, pues tenían dos cruceros y muchos arcos góticos.

El espacio que mediaba entre ellas estaba tan transitado como una calle de Londres. Walter se quedó observando por unos minutos, un tanto chocado ante el aspecto de indiferencia de todo y la animada nota de las conversaciones en voz alta. Algunos hombres de armas estaban jugando a los bolos en el extremo opuesto del patio, golpeando las bolas de madera con sus mazas y enviándolas por sobre los obstáculos o contra el bochín con animados gritos de: «¡Jugado! ¡Espléndido tiro de tres toesas!». Un juglar estaba practicando el difícil arte de jugar con tres dagas en el aire mientras andaba en zancos. Los funerales siempre atraían artistas de esa clase, probablemente hubiera más en el castillo. El zapatero del castillo, que llevaba de insignia una lezna sobre la cruz de gules del brazal, había entablado una violenta discusión con el herrero, y el ambiente estaba lleno de invectivas.

—¡Ajá! ¡Estúpido pretencioso! Conque ¡dices que los zapatos que te hice no te quedan bien, miserable zarrapastroso! Si quieres que te diga la verdad, he de cantártela: no es mi trabajo hacer calzado para pies que parecen cascos de mula.

—¿Qué dices, remendón del demonio? —rugió el herrero, ennegrecido el rostro de rabia—. ¡Si mi señor no hubiese muerto, te doblaría el espinazo en forma de herradura de mula!

Dos hombres de armas estaban jugando a los dados en el suelo. Mientras Walter estaba mirándolos, pasó una muchacha, que, de pronto, se agachó y cogió uno de los dados. Con travieso guiño, se lo metió en el descote y echó a correr, meneando las caderas con impudicia. Uno de los hombres echó inmediatamente a correr tras ella, y la pareja desapareció detrás del torreón.

—¡Bribona! —exclamó el otro, que siguió jugando con el dado restante, sonriendo.

Walter se inclinó hacia él para preguntarle:

—¿Dónde puedo encontrar al padre Nicholas?

—¿Qué dónde puede encontrar al padre Nick? Es ésa una pregunta sencilla aunque difícil de contestar —dijo el hombre soplándose el puño que encerraba el dado—. Hoy está atareado como un gato sobre el techo y difícil de agarrar como una

anguila. Sin embargo, hablando del lobo, aparece, y helo aquí en persona, que viene en esta dirección.

Un joven sacerdote acababa de salir de las caballerizas. Tenía un pergamino en la mano y hablaba hacia sus espaldas en un tono que demostraba que se hallaba empeñado en amarga discusión con otra persona.

—De algún modo tendrá usted que hacer lugar. Le digo, Flanders, que en este momento cruza el puente levadizo otra partida: dos caballos de tiro, tres de silla y una mula de clérigo.

Al ver a Walter se dirigió inmediatamente hacia él. Su rostro, de facciones regulares, de hermosa nariz recta y vivaces ojos pardos, aún estaban nublados por la discusión.

—¡Otra visita! —exclamó—. Bueno, hijo mío, ¿quién es usted?

—Soy Walter de Gurnie. Simeón Bautrie me dijo que lo viera a usted.

El joven sacerdote lo miró con creciente interés, después de lo cual sonrió y le puso una mano sobre el brazo.

—De todos modos, si hay alguien que tiene derecho a estar aquí es usted. Veo que no le han brindado un recibimiento atento, de modo que a mí me toca poner las cosas en su lugar.

Volvió a oscurecerse el semblante:

—Porque he tomado las sagradas órdenes, todos parecen creer que puedo realizar milagros. ¿Acaso soy adivino para saber quiénes han de venir y qué hay que preparar para cada uno? Me dan una lista completa a medias y compruebo que los víveres no alcanzan a la mitad de los necesarios. Por el momento no tengo idea de dónde lo alojaré por esta noche, hijo. Quizá pueda encontrar lugar para un catre más.

—Haga usted lo que haga, no oírás queja alguna de mí. Lo único que pido es una oportunidad de ver a mi padre.

La airada expresión bajo la parda capucha se convirtió inmediatamente en una mirada de comprensión.

—Es natural, hijo mío. Ahora le llevaré a la capilla.

Walter le siguió por la puerta del torreón. El sol apenas si podía introducirse por las angostas hendiduras de los muros y a Walter le costó algún tiempo descubrir que se hallaban en una estancia que parecía extenderse indefinidamente ante ellos, cuyo arqueado techo estaba soportado por pilares redondos, como los de una cripta. Aquel local se utilizaba como sala de guardias. Había bancos de piedra a lo largo de las paredes, cubiertos por cotas de mallas y cascos de acero; las armas brillaban por todas partes, colgadas de los ganchos plantados en las blanqueadas paredes o formadas en pabellón en el centro. En los muros había blancos para el tiro al arco y pendones que colgaban de cuerdas tendidas entre los pilares. Las paredes estaban cubiertas de expresiones crudas y obscenas.

En aquella sala sólo había un ocupante, un joven desnudo hasta la cintura, que estaba aceitando un cinturón de acero y cantaba desentonando con aguda voz de tenor *La alegre Maud era una pícaro alcahueta*. Walter se preguntó por qué su guía se detenía al lado del cantor, y miró hacia atrás como si él también tuviera motivos para mostrarse tan interesado como el sacerdote. Al levantar la cabeza el soldado, comprendió. Era el joven que viera a su lado en la iglesia de Cencaster.

—¿Por qué te quedas aquí, Hugh? —preguntó el fraile con algo de exasperación en la voz—. ¿Quieres enfermar de reumatismo, quedándote en la humedad sin tener puesta siquiera una camisa? No vamos a tener ya muchos días hermosos como éste antes de que llegue el invierno y termine la estación de Dios.

—Tengo que estar pronto para la procesión —dijo el joven hombre de armas, prosiguiendo afanosamente con su limpieza—. Es tarde, padre Nick, y aún me queda mucho por hacer.

—No estaba seguro de que quisieras formar parte de la procesión, Hugh, e iba a pedirle a Swire Jennings que te dispensaran.

El hombre de armas alzó la mirada y sonrió con infantil orgullo.

—¡Pero si tengo mucho interés en ir, padre Nick! Hoy tengo que estar impecable. He estado trabajando horas enteras en mi cota de mallas, que ahora brilla como los cristales de la capilla. Vea usted mi casco. Sí, por cierto que hoy estaré impecable. Tengo capa nueva, de lana roja —dijo, brillantes los ojos—. Roja, padre Nick, ¿qué le parece? Siempre se han reído de mí, llamándome bastardo y preguntándome quién era mi padre. Pero, por los mil demonios, hoy he de mostrárselo. Hoy sabrán quién era, padre Nick.

Cuando se hubieron alejado, el padre Nicholas le dijo a Walter:

—No se disguste, hijo mío. Se necesitaría el concurso de todos los escribas que hicieron el gran censo de Guillermo el Conquistador para contar a todos los hijos ilegítimos que hay en Inglaterra.

—¿Quién es su madre?

—Una moza de las cocinas. Trabajaba como fregona, y es un misterio cómo el amo pudo fijarse en ella. Era bonitilla la mozuela cuando se quitaba la harina y la sal de la cara, pero era muy tonta. Murió en el parto.

Y su rostro cambió de expresión.

—¿Miró usted con atención al pobre Hugh? Físicamente, tiene el aire de familia, pero no le penetra más allá de la piel. Es un muchacho valiente, pero de mentalidad infantil.

Walter vaciló antes de formular la próxima pregunta.

—¿Hay... hay más hijos de él?

El sacerdote meneó la cabeza como si le asombrara la pregunta.

—¿Qué se figura usted, hijo mío? El finado conde era el sol en los cielos de

Bulaire, y tenía muchos atractivos para las mujeres. Habrá usted de ver por los alrededores bastantes campesinos con hermosas narices normandas en vez de rostros chatos comunes. Verá usted que todo señor campesino ha hecho lo mismo, hijo mío.

Walter no hizo más preguntas, y ambos siguieron recorriendo la sala de guardias, en la que el ruido de sus pasos producía repetidos ecos en el arqueado espacio. Pasaron por una puerta con remaches de cobre y llegaron al patio interior, donde Walter se asombró al ver que dicho patio carecía del espacio y del bullicio del otro. Pronto se dio cuenta del porqué. A él daban las secciones importantes del castillo, la sala principal, la capilla y altas torres aplomadas en cada extremo, que lo convertían en una serie de caminos y pasadizos conectados entre sí. Los muros de piedra eran tan altos que la luz del sol apenas si llegaba. Los adoquines estaban resbalosos por las basuras allí arrojadas durante la noche. Un viejo criado, con escoba y pala, estaba limpiando. Canturreaba para sí con gastada voz, y en un hombro llevaba una descolorida Cruz. ¡Un viejo cruzado, reducido a un trabajo inmundo como aquél!

Otros dos villanos pasaron a su lado, con una canasta llena de ropas sucias sobre las cuales reposaban lado a lado un gorro de niño y una toca de bufón. Uno estaba diciéndole al otro:

—¡Otro traga pecados! ¡Y todos ellos atiborrándose las inmundas panzas con excelente comida y vinos! Si estuviera seguro de que los condes y demás murieran con cierta frecuencia, yo mismo me haría traga pecados.

—¿Para ir en derechura al infierno en cuanto murieras? —replicó el otro con profundo desprecio—. En cuanto a mí, ya tengo bastantes pecados por mí solo para cargar con los de otros, sólo por una moneda de oro y una buena comida.

La puerta de la capilla, frente a ellos, llevaba a cada lado esculpido el escudo de Lessford, y sobre ella había un enorme ventanal de cristal de colores que representaba a Moisés. El sacerdote abrió con su llave y se dispuso a entrar.

—Padre Nicholas —dijo Walter con un pie en el escalón—. No he visto árbol alguno con ahorcados. He estado observando durante todo el camino a lo largo del Larney.

El rostro del sacerdote adoptó una expresión sombría.

—Ayer cortaron las cuerdas y enterraron los cuerpos. ¡Que Dios les dé paz!

—¡Justicia normanda! —exclamó Walter con amargura.

El padre Nicholas le puso una cautelosa mano en el brazo.

—Baje la voz —murmuró—. Este lugar es como un pozo, y el sonido de las voces va hacia lo alto. No se puede saber quién está escuchando.

Y al rato prosiguió con tono ahogado.

—Vivo del pan de Bulaire. Mi lealtad era para con el conde, y lo he servido bien como consejero eclesiástico, y, creo, como amigo. En cuanto haya sido enterrado, me quitaré el polvo de Bulaire de los pies.

—¡Bien y valientemente dicho!

—En cuanto a usted, Walter de Gurnie, un consejo. Debería usted quedarse hasta mañana, día en que se abrirá y leerá el testamento. Después, que nada retrase su partida. Asegúrese de que su puerta esté cerrada, y ¡duerma con sueño liviano!

La capilla no era grande, pero su techo era alto, de modo que daba una sensación de amplitud. Walter se sintió inmediatamente impresionado por su tranquilidad y lobreguez. Se quedó en la entrada, incapaz de seguir avanzando, parpadeando a la luz de un cirio que brillaba en un candelero clavado en la pared. Tenía la mirada fija en el altar y en el ataúd depositado ante él. En cada uno de los ángulos del ataúd había cirios gruesos como mástiles de barcos. Debía hacer unos cinco días que estaban ardiendo, a pesar de lo cual sus vacilantes llamas se hallaban aún a varios palmos del triste catafalco negro sobre el cual yacía su padre.

Y Walter empezó a oír unos extraños sonidos. Primero fueron como pasos fantasmales por las alas laterales, y como un estremecimiento de los negros monumentos que se erguían a lo largo de las paredes en que las esculpidas imágenes de los condes de Lessford yacían revestidos de sus armaduras. Unos murmullos parecían llegarle desde el coro, de donde se filtraba una mortecina luz a través de ventanas en forma de trébol de cuatro hojas. El muchacho sintió que le corría un frío por la espina dorsal.

Los murmullos se hicieron más distintos. Walter estaba seguro ya de que oía voces. No eran voces humanas, pues su tono era mucho más agudo del que puede producir una garganta humana. ¿Acaso estaba cantando plegarias por el alma del muerto algún coro angelical?

Walter avanzó unos pasos, cogiéndose de las molduras de los bancos para darse confianza. De pronto se sorprendió apresurando el paso, mientras sus tacones golpeaban en la oscuridad, ruido que parecía extraño por ser tan completamente humano. Las voces aún resonaban a su alrededor, y el muchacho estaba seguro de que los ojos de los fallecidos nobles que había a cada lado de la nave se volvían para mirarlo al pasar.

Al llegar frente al ataúd estaba jadeante, y mucho le costó recobrar el dominio de sí mismo al advertir que no estaba solo en la capilla. Una figura vestida de negro de pies a cabeza estaba sentada al lado del cuerpo de su padre. Un rostro de estiradas facciones, muy pálido, lo miraba por debajo de una cofia de luto, y una mano, no menos blanca, indicaba con el gesto lo mucho que molestaba su presencia.

Aunque sólo la había visto una vez, Walter reconoció a la esposa de su padre, a la normanda. La luz de las velas bastó para advertir que los ojos de la mujer tenían una expresión tensa bajo sus espesas cejas y que el gesto de su boca acusaba dolor y propósitos siniestros. Nunca había sido una mujer amable, y por entonces parecía una furia vengadora. El muchacho observó con asombro que llevaba una cadena al cuello

con un enorme rubí, y se preguntó si no la llevaría puesta por haber sido un regalo del finado conde.

Ella lo reconoció; se levantó inmediatamente y se interpuso entre él y el ataúd con intención de impedir que se acercara más. A Walter se le pasó el miedo al verse ante otro ser humano. No le hizo caso a la mujer sino que miró con fijeza el tranquilo y pálido rostro de su padre, que se destacaba con gran contraste contra el negro fondo del escudo sobre el cual descansaba la cabeza.

Rauf de Bulaire estaba vestido con una túnica de seda bordada en hilo de oro. Detrás de él yacía su casco de acero de Bordeau envuelto en un velo blanco. También tenía a su lado su costosa cota de mallas de Nápoles y su espada de Turena. Cruzadas sobre el pecho, las manos, que fueran tan fuertes, parecían delgadas y blancas. Cerrados sus ojos y no dominado ya su rostro por su fiero orgullo, el semblante parecía suave y amable, mucho más hermoso de lo que fuera en vida. Su fino corte de nariz y de boca impresionaron a Walter tan profundamente que sintió ganas de llorar de dolor por aquella prematura muerte.

Se había propuesto permanecer silencioso, pero casi contra su voluntad empezó a mover los labios.

—Padre —murmuró—, quería verte una vez más y decirte...

Y apretó los labios. Lo que quería decirle no podía manifestarse mientras aquella normanda estuviera entre ellos. Ella le dijo con enojado tono:

—¡Tenéis que iros de aquí! ¡No tenéis derecho a estar aquí!

Walter no apartó la mirada de su padre.

—Tengo pleno derecho a estar aquí —declaró—. Era mi padre. Me impidieron verlo cuando estaba vivo, pero ahora que ha muerto niego a todos el derecho de impedirme estar a su lado.

—La puerta estaba cerrada —repuso la mujer—. ¿Quién os dejó entrar?

El muchacho la miró de frente por primera vez. La prominente nariz de la normanda, tan desproporcionada con su delgado rostro, se le movía de emoción.

—¿Lo haríais ahorcar, no es cierto? —preguntó Walter—. ¿Como hicisteis con aquellos seis inocentes? ¿Os proponéis mostrarnos más ejemplos de vuestra justicia normanda?

La mujer alzó los brazos, enfurecida.

—¡Salid inmediatamente de aquí! —ordenó—. Si no lo hacéis os juro que os haré ahorcar como a ellos. ¡No volveré a tolerar otra insolencia vuestra, canalla sin nombre!

Walter estuvo por replicar que habría de pagar la horrible acción cometida, pero se dio cuenta a tiempo de que sería inútil e inconveniente a la vez formular amenazas ante el muerto.

—Llevo nombre —dijo—, un nombre honorable, y estoy orgulloso de él. No

necesito otro, aunque sé que mi padre habría sido muy feliz de haber podido rectificar su error. Nada de lo que podáis decir puede arrancarme la certeza de lo que encerraba en su corazón.

—¡Maldito sajón! ¿Cómo podéis pretender saber lo que había en el corazón de mi señor? Yo, yo sola lo sabía.

El muchacho no hizo esfuerzo alguno por replicar. Le faltaba la voz y comprendió que le saltarían las lágrimas si se quedaba un momento más o decía otra palabra. No quería que la mujer fuera testigo de su flaqueza, de modo que se volvió y echó a andar apresuradamente por la nave.

«Adiós, padre —se dijo para sí—. ¡Si sólo las cosas hubiesen podido ser de otra manera! Yo habría sido tu hijo legítimo, habríamos vivido juntos, con mi madre. Si así hubiese sido, es probable que no estuvieras yaciendo allí, muerto, y que mi madre fuera feliz, sano el espíritu. ¡Y esa odiosa mujer normanda se habría quedado donde le corresponde estar, al otro lado del mar, lejos de Bulaire!».

Comprendía por primera vez, plenamente, que a pesar de todo, siempre había amado a su padre.

II

Sin tener idea alguna de cómo salir de aquella poblada ciudad encerrada en los muros del castillo, Walter echó a andar al azar por una angosta callejuela. De pronto se oyó un tañido de campana. Inmediatamente empezaron a salir de todas las puertas gentes que echaron a andar en una misma dirección; hombres de armas, arqueros, criados y músicos, de los cuales casi todos usaban la gola de hierro de Bulaire. El muchacho se encontró en medio de ellos.

Ante una arcada que comunicaba el patio interior con el exterior, volvió a encontrarse con el padre Nicholas. Al enterarse de lo ocurrido, el sacerdote meneó la cabeza, indignado.

—¿Era absolutamente necesario hablar con ella? —preguntó—. Por mí no me importa lo que haga, pero usted la ha ofendido mortalmente, Walter de Gurnie, y puede estar seguro de que no estará satisfecha hasta que lo haya pagado a su estilo. Ahora tenemos que lograr que por hoy al menos quede usted fuera de su vista.

Después de decir que consideraba lo mejor que Walter saliera por una poterna disimulada, el sacerdote se dirigió hacia el extremo opuesto del patio interior, donde estaban las cocinas. Se encontraron de pronto en un oscuro pasadizo que olía fuertemente a especias y a hierbas fragantes. Al pasar bajo una arcada, Walter vio una enorme caverna que se extendía a pérdida de vista, donde los cocineros del castillo estaban preparando la comida ante ardientes fuegos. Parecían ser un ejército entero, todos vestidos con túnicas blancas; muchos blandían cuchillos y cucharas, y discutían animadamente alrededor de los fuegos ante los cuales cuartos de animales y aves adobadas giraban en sus asadores. Se oían continuamente las voces de los cocineros principales, que pedían tal o cual condimento, mientras que los pinches corrían de la despensa a la cocina sacando provisiones de los enormes toneles, tarros y cestos.

Walter observó que las cocinas estaban tan alejadas en el espíritu como en el espacio del gracioso mundo de la sala principal del castillo, en que las paredes estaban cubiertas de tapices; los muebles estaban adornados con ricos bordados y brocados, y se oía una suave música proveniente de la galería, de los músicos. Detrás de su imponente fachada, el castillo era sucio, feo y estaba descuidado; tan mal proyectado que todo estaba invariablemente mal dispuesto. Eso lo advirtió hasta cierto punto al mirar aquella resonante caverna culinaria, pero mucho tiempo iba a transcurrir antes de que comprendiera que un sistema de vida que creaba altos castillos de piedra y malolientes cabañas que rodeaban sus muros estaba igualmente mal dispuesto.

Después de bajar por una escalera de piedra en forma de espiral, llegaron a un húmedo pasadizo que cerraba una puerta de roble. No se veía a nadie y la puerta estaba cerrada por el lado opuesto, de modo que el sacerdote golpeó en un escudo de

madera colocado allí, al parecer, con ese propósito. Sus llamados hicieron aparecer a un tullido hombrecillo cubierto de polvo y de harina, que les gritó con incontrolada voz de sordo:

—¿Qué quieren?

—Salir por la poterna, molinero —contestó el padre Nicholas con impaciencia.

Detrás del hombrecillo podían ver en la oscuridad parte del molino del castillo. Las piedras de moler trabajaban continuamente y una prolongada corriente de grano molido fluía por el canal de piedra.

—¿Puede un hombre estar en dos lugares a la vez? —preguntó el molinero—. Usted me dirá que es imposible, padre Nick, pero yo sé que no. ¡Piden harina y más harina! Harina bastante para llenar los morrales de todos estos invitados de fantasía. ¿No podrían encargarle a uno de esos perezosos y mal nacidos truhanes de la sala de guardias que cuidara la puerta? No, los necesitan a todos para exhibirlos allí arriba, de modo que Hal, el molinero, tiene que atender también la poterna.

—Mira bien a este joven caballero, Hal —ordenó el sacerdote—. Esta noche en algún momento querrá regresar y llamará de un modo especial. Tres golpes rápidos y dos lentos.

Y el sacerdote golpeó en la puerta para demostrar el llamado.

—¿Quieres prometerme recordar eso? Tres rápidos y dos lentos.

—Sera mejor que no venga después de la medianoche —dijo el molinero mirando a Walter—. Nadie entra después de la medianoche. Sí, padre Nick, lo recordaré.

Asintió con un movimiento de cabeza y repitió la señal con el llavero que tenía en la mano.

—Tres golpes rápidos y dos lentos. No lo olvidaré.

Walter salió solo, cruzando los fosos en un tronco de olmo ahuecado. La angosta poterna en el muro exterior estaba abierta. Y el muchacho se encontró de pronto en un jardín rodeado por una alta valla.

Más allá de la valla se extendía el campo abierto, por el cual pasaba el camino al pueblo de Bulaire. Walter había esperado encontrar el camino muy transitado, pero, con gran asombro, advirtió que estaba desierto. Las pocas personas que encontró estaban formadas en grupos, hablando en voz baja sin prestar atención a los juglares y trovadores. Un narrador de leyendas, de pie en un mojón, que declamaba vigorosamente los populares anales del buen rey Borgabed, no tenía a su alrededor más que una docena de panaderos que le hacían poco caso. El juglar que Walter viera en el castillo, no tenía mejor suerte. Hasta un equilibrista, cuyo trabajo era el más apropiado para interesar al público, se balanceaba sobre su cuerda con pocas esperanzas de recoger alguna moneda de cobre.

Walter habría deambulado sin rumbo durante un cuarto de hora, en un estado de ánimo bastante deprimido, cuando un hombre de pequeña estatura y espalda inclinada

pasó a su lado y le hizo una seña.

—Sígueme, señor, si le place —murmuró al pasar.

En seguida se alejó, y Walter, preguntándose por qué el mensaje le había sido participado con tanto misterio, siguió a la distancia la pluma de pavo que adornaba el sombrero del desconocido. El hombre desapareció por entre las rojizas copas de los árboles que bordeaban el camino, y a unas veinte varas dentro del bosque, Walter vio a Tristram, apoyado en el tronco de un enorme roble. El muchacho se sintió más intrigado que nunca.

—Creí que te habías ido a Cencaster —dijo.

Tristram asintió con un lento movimiento de cabeza.

—Allí fui y vi a mi padre —dijo en voz baja—. Volví en cuanto me enteré de lo que tenía que decirme. Tengo que hacer una cosa, Walter; y en seguida.

El asombro de Walter llegó a su colmo al descubrir que su amigo de Oxford había abandonado sus raídas ropas y vestía un hermoso justillo de arquero, casi nuevo, un tahalí color escarlata y llevaba al hombro un largo arco inglés sujeto por una bandolera de cuero. El arco medía unos siete pies, y el carcaj que llevaba al costado estaba lleno de flechas.

Walter estaba por comentar todo aquel lujo, pero advirtió a tiempo que el rostro que asomaba bajo la verde gorra de arquero tenía una expresión triste y determinada. Era evidente que algo andaba mal.

—¿Qué pasa, Tris? —preguntó.

Tristram lo miró de frente. Sus ojos, que antes nunca habían expresado sino suavidad y honradez, sincera despreocupación por las penurias y las dificultades que le tocaba soportar, estaban brillantes de furia y de rebelión. Trató de hablar, pero no le salieron las palabras. Walter vio que la enguantada mano que descansaba en el tahalí estaba temblando.

—Dime, Tris, ¿qué malas noticias has tenido?

—¡Mi hermano, mi único hermano era uno de aquellos seis! —exclamó Tristram perdiendo el dominio de sí mismo, mientras lágrimas de ira le corrían por las mejillas—. ¡Pobrecillo Peter! Era tres años mayor que yo, mas era de baja estatura y no muy robusto, de modo que siempre me parecía tener que estar cuidándolo. Era sincero y fiel, y tenía un corazón generoso. ¡Oh, puede que haya cazado algunas aves en tierras de Bulaire, pero juro que con la muerte del conde no ha tenido que ver más que yo!

Walter dio un paso adelante y pasó un brazo por aquellos hombros sacudidos por los sollozos.

—Es una triste noticia, Tris, amigo mío. Pero no tengas duda de que se hará justicia. La mujer normanda pagará sus crímenes. Los representantes del Rey se ocuparán de ello oportunamente.

Tristram se irguió y dijo con voz ahogada:

—La justicia no puede esperar a los representantes del Rey. ¿No has oído decir que no estaba satisfecha con haber matado a los hombres?

—Lo único que sé es lo que nos dijo Wilderkin. Desde la confiscación, estamos aislados del resto de las tierras. En Gurnie nos enteramos poco de lo que pasa.

—¡Se ha apoderado de sus mujeres e hijos y los mantiene en los calabozos del castillo! —exclamó Tristram—. Peter se había casado joven, y tenía un hijo de unos tres años. Su mujer y su niño están presos con los demás.

—No sabía una palabra de eso. Es difícil creerlo, y sin embargo, después de haberla visto, estoy pronto a creer cualquier maldad de ella.

—¿Por qué los tiene presos? ¿Acaso espera arrancar a alguna de las mujeres la confesión que no pudo obtener de los hombres? —prosiguió Tristram, obligándose a hablar en tono más moderado—. Nadie tiene el poder de volver a la vida a los hombres que asesinó. Puede que su castigo por ese horrible crimen quede a cargo de Dios y del Rey. Pero tiene en su poder a las familias sin derecho alguno, y hay que hacer algo para libertarlos sin más trámite.

—El alcalde... —empezó Walter.

—¡El alcalde! —repitió Tristram con amargura—. ¡Es el más despreciable de los cobardes! Tiene miedo al poderío de Bulaire y nada ha hecho. Tampoco hará nada, de eso podemos estar seguros. No, Walter, ha llegado el momento de hacernos justicia por nuestra propia mano.

—¿Qué te propones hacer?

—Voy a adoptar una actitud que levantará una barrera entre nosotros para siempre. Ése es el motivo por el cual quería verte primero. Quería que supieras cómo siento las inevitables consecuencias. Tú eres de cuna noble y yo soy villano; sin embargo, me llevaste a tu casa y me trataste como igual. Eso no lo olvidaré jamás, Walter. Y ahora... Ahora estaremos en dos bandos distintos. Tú odias como todos lo que ella ha hecho, pero, al fin y al cabo, el conde era tu padre y no puede estar en tu naturaleza el perdonar una sublevación de villanos. Te volverás contra nosotros. Estoy resignado a ello, y lo único que te pido es que respetes la confianza que estoy poniendo en ti.

—¡Pero si nada tienes que ganar con eso! —exclamó Walter con énfasis—. ¿Acaso tienes idea de las fuerzas que hay en el castillo? ¿Qué efecto tendrán tus flechas en el muro? Vamos, Tris, sería la peor de todas las locuras. Aun cuando ocurriera un milagro y salieras, tú y tu gente, con vida, os darían caza después. Y entonces las ramas de todos estos árboles se doblarían bajo el peso de los ahorcados. Cualquiera sea el resultado de tu acción, te ahorcarían, Tris, amigo mío.

—Tengo que correr el riesgo —dijo Tristram, tocando el arco con confiada mano—. ¿Tienes acaso una idea del poder del arco? Escúchame, Walter; tenemos aquí un arma nueva de que hasta el presente no dispone raza alguna. Los arqueros ingleses

podrían deshacer cualquier ejército de Europa antes de que éste pudiera dañarnos con sus afeminadas ballestas. Y el arco es arma de los villanos de Inglaterra. Del mismo modo podríamos matar a nuestros valientes caballeros. Los arqueros de por aquí son muchachos robustos, y, si puedo sublevarlos, dominarán a la guarnición de la mujer normanda con la mayor facilidad. Los caballeros pueden ser sorprendidos, Walter, no te olvides de ello.

Las opiniones arraigadas de toda una vida no son fáciles de conmovir. Walter estaba seguro de que el hijo del flechero estaba diciendo disparates, y luchó seriamente por disuadirlo de su locura.

—Tiene que haber otros medios —dijo—. Enviad una diputación a la viuda para exigirle que suelte a las mujeres y a los niños. Si ella se da cuenta de que todos los campesinos están detrás de vosotros, escuchará razones.

—Ya se ha hecho. Se negó a recibir a nuestros emisarios.

—Entonces someted el caso a los demás grandes terratenientes. Ellos pueden convencerla de que adopte una actitud más razonable.

—El señor de Tressling estaba demasiado borracho para escuchar a los que fueron a entrevistarlo ayer. El alcalde es un idiota apegado a su cargo y trata de escaparse por la tangente. Los demás están en Londres.

Y Tristram meneó sobriamente la cabeza.

Morirán de hambre antes de que pueda llegarse a una solución pacífica ante los tribunales. De modo que hemos de hacernos justicia por nuestras propias manos. Sólo tengo que hacerte un pedido, Walter. ¡No vuelvas al castillo!

—Tengo que estar mañana para la lectura del testamento.

—¡Escucha razones! —exclamó Tristram—. ¡Vuélvete a Gurnie inmediatamente! No quiero que a mi mejor amigo le atraviesen la garganta de un flechazo.

—Dijiste que tenías que correr el riesgo. Yo he de hacer lo mismo.

Hubo un largo silencio, después del cual Tristram dijo con ahogada voz:

—Entonces es como dije; desde ahora estamos en bandos opuestos. Siento mucho que las cosas estén así.

Dio un paso atrás y se quitó el guante. Walter vio que la prenda era de cuero grueso con un enorme puño de cuerno jaspeado para proteger la muñeca y el antebrazo de la acción de la cuerda, mientras que su dorso estaba bordado de rojo con la inscripción *Jesús guíe mi flecha*. Se estrecharon solemnemente la mano.

Para aliviar la tensión, Walter dijo:

—Estás elegantemente vestido, Tris. Juro que nunca te habría reconocido.

—Todo esto pertenecía a mi padre. Es viejo y ha jurado no volver a tirar al blanco jamás. Insistió en que aceptara sus prendas.

Ambos muchachos se evitaban cuidadosamente las miradas, llenos de mutua confusión por el pesar que compartían.

—Mi padre usó estos guantes en Lewes y Evesham, —añadió Tristram con orgullo—. Jesús dirigió sus flechas en ambos días. Quiera Él hacer lo mismo conmigo.

Y extendió ambos brazos para que Walter pudiera apreciar todo el esplendor del regalo paterno. El justillo no sólo era elegante sino muy práctico, pues tenía puños de metal lo bastante amplios para contener todo el pequeño equipo del arquero: cuchillo, lima, pedernal, un trozo de resina y hasta una piedra de afilar.

—Este arco es el mejor que ha hecho. Lo ha guardado para mí durante años enteros. Tiene mucha potencia, y sin embargo es flexible en la mano. El equilibrio es perfecto. Tengo tres docenas de flechas, algunas de vara de cuerno y otras de madera de sauce. Ruego a Dios me dé poder de usarlas bien.

Volvieron a estrecharse la mano, mirándose esta vez bien a los ojos.

—Adiós, Tris. Te deseo la mejor de las suertes.

—Adiós, Wat. Dios te bendiga.

Walter observó cómo desaparecía la alta silueta de su amigo en la espesura del bosque.

—Quizá no vuelva a verle jamás —dijo en voz alta. Se había propuesto presenciar la procesión fúnebre, pero comprendió de pronto que no tenía ganas de ser testigo de ninguna parte de los últimos ritos, de los cuales fuera excluido. Se dirigió a la derecha y recorrió durante una hora la orilla del Larney. El murmullo del arroyuelo al correr por entre las piedras que formaban su lecho tuvo un efecto apaciguador en su perturbado espíritu.

«Pase lo que pase —pensó— tengo que volver a Oxford. He de terminar mis estudios. Tengo para con mi abuelo el deber de no desperdiciar el dinero que ha gastado en mí».

Se podía ganar una fortuna en el comercio con Oriente, pero él tenía que contentarse con aquella forma de vida. Sabía demasiado bien que la caballería no era para un sajón innoblemente nacido en una casa que había incurrido en la desgracia del rey. Tenía que hacer lo mejor que le fuera posible en aquellas circunstancias.

Luego de reconsiderar la situación, no creyó que las agresivas intenciones de Tristram llevaran las cosas a un conflicto verdadero. Los villanos aún tenían un recuerdo demasiado vivido de lo que les había ocurrido después de la derrota de Evesham para seguirle en semejante empresa. Tristram tendría que abandonar su plan. Entre tanto, no dejarían de encontrarse medios de lograr la libertad de los presos. Y Walter resolvió conversar con el padre Nicholas y pedirle que influyera en la normanda por medio de sus mismos parientes para hacerla desistir de su vengativo propósito.

III

Cuando Walter entró en el patio, el cortejo había regresado ya de la capilla y los últimos jinetes bajaban sus emplumadas cabezas bajo el arco de la barbicana. El muchacho se sentía hambriento, por no haber comido desde la mañana, y se dirigió hacia el lugar donde habían asado cuartos enteros de terneras y corderos para el populacho.

—¡Coma usted cuanto quiera! —le dijo un cocinero mientras le cortaba una costilla de vaca—. Los escuderos no quisieron comerlo. ¡Que se vayan hambrientos, pues, los bribones! Mejor, pues así nos queda más comida buena para nosotros.

El guardián de la puerta lo dejó entrar y lo saludó sin hacerle pregunta alguna. Walter se dirigió en seguida hacia el patio interior en busca del padre Nicholas. Le dijeron que estaban cenando en la sala principal del castillo y que el joven sacerdote formaba parte de los comensales, Aquel ágape sería largo porque se servía a los invitados con gran solemnidad. Por más de una hora observó Walter a un grupo de hombres de armas que jugaban a los dados, ávidos los rostros mientras se agachaban para hacer sus apuestas. Luego, con cierta dificultad, logró llegar al patio interior.

La sala principal tenía una ventana mirador descomunadamente alta, que daba al patio, directamente opuesta a la parte de atrás de la torrecilla. Por aquella ventana brillaban luces, y el muchacho podía oír los toques de cuerno y los tañidos de instrumentos de cuerda del interior. Al lado del mirador había una capilla, construida, como lo decía una inscripción sobre la puerta, por Adam de Lessford, que luchara en la primera Cruzada. Walter pensó que era de esperarse que aún se rezara por él allí, pues el conde Adam había sido un hombre muy carnal y sanguinario, que mucho necesitaría de las plegarias. La capilla era pequeña, aunque tenía una entrada imponente y dos altas ventanas. Los Vitrales de las iglesias siempre le despertaban a Walter alguna extraña fantasía en el espíritu, y le pareció por entonces que el color azul de las ventanas de la capilla evocaba el paso de unas alas de ángel contra un tormentoso cielo vespertino.

Un individuo de polvoriento justillo entró y le dijo:

—Váyase. Estamos por empezar.

Walter obedeció dando unos pasos hacia su derecha, donde había una puerta hundida en la construcción de la torre. Pareció que allí molestaba más que en cualquier otra parte. El hombre escupió groseramente y tendió ambas manos hacia él exclamando:

—¡Fuera de aquí, estúpido! ¡Te destriparé si no te vas, como que me llamo Jack Daldy!

Walter lo miró con curiosidad mezclada de aversión, por haberlo reconocido por el nombre como el carcelero principal de Bulaire. Aquel hombre gozaba de mala

reputación en el condado, aunque durante la época del fallecido conde no le habían dado oportunidad de demostrar su pericia con sus instrumentos de tortura. Walter se alejó aún más hasta quedar prácticamente fuera de la vista en un ángulo del muro. Desde allí seguía viendo el espacio de patio que se extendía bajo la ventana mirador. Pudo ver la un viejo senescal que colocaba candelabros cerca de los vidrios y abría el ventanal de par en par. Y cuando el senescal se retiró con una pronunciada reverencia, los invitados empezaron a ocupar sus sitios en la ventana, disputándose los lugares de preferencia.

Todo aquello era bastante casual. Los invitados miraban al patio como espectadores de un misterio religioso o representación de títeres. Walter, sin embargo, tuvo la seguridad de que la diversión que iba a ofrecérseles no iba a ser agradable presenciarse.

«¿Hemos de ver más ejemplos de justicia normanda?» —se preguntó.

La normanda estaba de pie ante la ventana, mirando con interés al patio. Cubría su cuerpo con una túnica negra cuyas mangas eran tan largas que llegaban a cubrirle las manos y de alto cuello de piel contra el cual su rostro parecía más pálido que nunca.

Jack Daldy abrió la puerta hundida en la torre y aparecieron dos hombres que arrastraban a un tercero. Ese tercero era un hombrecillo de baja estatura, de rostro muy pálido y desgredado cabello color de estopa. Estaba muy atemorizado, pues la gola de hierro que le rodeaba el cuello se sacudía con sus movimientos. Cuando hubieron llegado al centro del patio, los dos guardianes obligaron a su prisionero a ponerse de rodillas.

—Bart Linkin, señora —dijo Jack Daldy.

—Empezad —dijo la viuda.

Daldy echó mano de una estaca, y, después de alzarla por sobre su cabeza, dio con ella en la espalda del hombre que se hallaba arrodillado. La estaca cayó con un ruido sordo. Walter pudo ver que el cuerpo del hombre se estremecía de dolor, pero de los labios del apaleado no salió sonido alguno. Volvieron a caer más golpes, en el cuello, en las costillas y hasta en la cabeza, cada uno de los cuales le hacía dar al infeliz un sobresalto convulsivo. La víctima se dominó hasta que le hubieron aplicado unos doce golpes. Luego soltó un gemido y se desplomó en los adoquines. Daldy alzó la mirada hacia la ventana.

—Prosigue —dijo la normanda—. Se ordenaron veinte golpes.

El resto del castigo fue aplicado a un cuerpo inerte. La víctima trataba de eludir la estaca y clamaba lastimeramente pidiendo misericordia. Cuando se dio el último estacazo, los alaridos se habían convertido ya en ahogados sollozos. Daldy cogió un cubo de agua y vació su contenido sobre el caído cuerpo. Bart Linkin se estremeció, mas no volvió a moverse. Los dos guardianes lo pusieron en pie entre sí y empezaron

a arrastrarlo hacia la puerta.

—Llevadlo primero al patio exterior —ordenó el ama—. Quiero que todos lo vean. Tienen que ver cuál es el castigo que reciben los comentarios desleales.

Las cabezas que miraban por la ventana no hicieron movimiento alguno para alejarse.

«¿Habrás más de esto?» —pensó Walter, dudando que su estómago pudiera resistirlo.

Sin detenerse a limpiar la sangre que había salpicado los adoquines del patio, el flemático Daldy se puso a arrastrar una larga batea que parecía haber sido traída de los corrales de los cerdos. Llenó la batea con dos cubos de comida mezclada: pan, verduras, nada muy fresco al parecer. Entonces se irguió y gritó por sobre el hombro:

—Abrid ahora. Dejadlos salir.

La puerta del calabozo se abrió por dentro. Por varios segundos nada ocurrió, cuando de pronto apareció un niño muy pequeño, que se puso a mirar a su alrededor con una especie de cautela animal, echando el cuerpo hacia atrás a cada vacilante paso que daba. Sus ropas estaban desgarradas, y tenía las manos y el rostro cubiertos por costras de suciedad. En la pechera de su justillo había una mancha rojiza que podía ser de sangre.

—Comida —dijo Daldy en tono menos beligerante—. Ve, come, chico.

Lo que ocurrió entonces fue algo extraño y terrible de presenciar. El chico vio la batea y se lanzó hacia adelante, para dejarse caer de rodillas ante la comida y, cogerla con las manos. Empezó a comer con tremenda prisa, haciendo ruido al tragar y llorando al mismo tiempo con nervioso abandono.

«El pobrecillo está casi muerto de hambre» —pensó Walter.

Casi inmediatamente se oyó un ruido de pasos y un grupo de chicuelos se precipitó en el patio. Los había de todas las edades, hasta de doce años quizá, tanto varones como niñas, sucios todos y de aspecto salvaje como el primer chicuelo. Lucharon alrededor de la batea con la misma furia que una lechigada de cerdos, de modo que era imposible contarlos, pero Walter tuvo la certeza de que serían unos veinte. Como la batea no era bastante larga para todos ellos, las consecuencias pueden imaginarse. Chillaron y lucharon, arrancándose la comida, engullendo con convulsiva prisa cuanto podían coger.

Eran los hijos de los seis ahorcados, de ello no cabía la menor duda. Walter tenía tras de sí una argolla de hierro empotrada en el muro, y de pronto advirtió que la apretaba febrilmente con los dedos.

«¡Calma! —se dijo—. Sería inútil intervenir ahora. ¡Espera!».

La lucha por la comida seguía con incansable ferocidad. Varios de los niños más pequeños habían resultado lastimados y estaban llorando amargamente. Uno de ellos, el más pequeño, no había podido siquiera acercarse a la batea. Se restregaba los ojos

con los nudillos mientras lloraba. Walter tuvo la certeza de que aquél era el sobrinito de Tristram.

El muchacho alzó la vista hacia el mirador. Le pareció que la mayoría de los invitados no gozaba del espectáculo. Algunos se habían retirado ya, pero la viuda conservaba su posición, fija la mirada en la escena que se desarrollaba abajo, con pensativa intensidad.

Cuando la comida se hubo terminado, Daldy empezó a llevar a los aún hambrientos niños a la puerta del calabozo. Los chicos se resistían furiosamente, arañándolo y clamando por más alimentos. El hombre tuvo que llamar a sus dos auxiliares para que lo ayudaran. Sólo cuando el último de los chicos hubo desaparecido y la puerta se cerró detrás de él abandonó la viuda su sitio ante la ventana.

Walter se dirigió hacia Daldy, que por entonces estaba ocupándose en limpiar el patio.

—¿Aún estás aquí? —gruñó el carcelero por sobre el hombro—. Pues de haberlo sabido te hubiera calentado las nalgas para hacerte escapar.

—Me alegro de saber en qué consiste la justicia normanda —dijo Walter.

El hombre lo miró con desconfianza.

—No te conozco; pero si eres bastante razonable para recibir un consejo de Jack Daldy, sal de aquí en cuanto puedas.

—¿Desde cuándo están sin comer?

—Desde que los trajeron. No me mires así; he cumplido órdenes estrictas. A hombres adultos, les aplico el potro, así como hierros candentes en las nalgas, y no me importa, pero no tengo estómago para tratar así a los niños. Soy un idiota por estar diciéndole esto a un extraño. Ya viste lo que le pasó a Bart Linkin. Habló demasiado. Aquí hay que saber guardar la lengua.

—¿Dónde están las madres de los niños?

Daldy se tornó de pronto agresivo.

—No te diré nada más. Vete a atender tus cosas. Estoy seguro de que *ella* se enterará de todo cuanto hemos estado diciendo.

Walter le volvió las espaldas y se alejó.

IV

Le pareció más seguro salir por la poterna trasera. Hal, el molinero, contestó a su llamado y se quedó mirándolo con curiosidad a la vacilante luz de un hachón colocado sobre la puerta del molino.

—Está usted pálido —gruñó el molinero.

—He sufrido una gran emoción.

—Si no fuera de la nobleza, le ofrecería que compartiera conmigo un jarrón de cerveza que acabo de servir.

—Lo compartiré gustoso —dijo Walter—. Hay ciertas dudas acerca de mis derechos a la nobleza y en este momento me siento dispuesto a cultivar la duda. Estoy lleno de dudas, molinero, dudas que me corroen y me hacen sufrir. Estoy preguntándome si las cosas que siempre consideré justas, ésas que colocan a un hombre por sobre otros, obedecen de veras a la voluntad de Dios.

De regreso en el molino, bebieron su cerveza en silencio hasta que Walter se resolvió a preguntar:

—¿Hay por aquí algún villano en quién se podría confiar para enterarse de algunas cosas que requieren decisión y un espíritu valiente?

El molinero le contestó en seguida.

—Harry el Chato, dueño de *La cabeza de Gordinflón*, la posada de Little Tamit. Poco más de dos leguas. Es un viejo cruzado y hombre valiente. Sí, Harry el Chato es su hombre.

Walter asintió con un movimiento de cabeza y se puso de pie.

—¿Hasta qué hora atiende usted aquí? —preguntó.

—Hasta la medianoche. Llame usted con fuerza si vuelve. Soy viejo y reumático, y me duermo con facilidad.

Una neblina de tinta envolvió a Walter al salir por la poterna. Seguro de que podría obtener noticias de Tristram en *La cabeza de Gordinflón*, echó a andar en la dirección que Hal, el molinero, le indicara.

La única ventana de la taberna estaba iluminada, luz a la cual pudo percibir un pentagrama destinado a alejar los espíritus malignos. En el interior de la posada había media docena de hombres sentados en bancos de madera que conversaban entre sí en voz baja. El posadero; individuo corpulento de aspecto bonachón y nariz aplastada, a la cual, sin duda alguna, debía su apodo, se adelantó hacia el recién venido.

—Si es cama lo que usted busca —dijo—, ahora está ocupada por tres, pero caben perfectamente cinco.

—Esta noche no busco cama —contestó Walter.

Cayó un silencio sobre los presentes. Walter advirtió que todas las miradas se habían vuelto en su dirección. Sintió una hostil fijeza en todas las expresiones.

—¡Ajá! —exclamó Harry el Chato, mientras se le borraba la sonrisa del rostro—. No quiere usted cama. ¿Un jarro de cerveza, pues, o un bocado de ese conejo que ve en el asador?

—No tengo hambre, posadero.

—¿Qué le trae a La cabeza de Gordinflón a una hora tan tardía pues?

Walter bajó la voz.

—Tengo que encontrar en seguida a Tristram Griffen. ¿Sabe usted dónde podrá estar?

Un estremecimiento pasó por todos los circunstantes. Varios de los hombres se pusieron en pie y se alinearon al lado del posadero, mirando al forastero con inquietante fijeza. Uno de ellos desenfundó una daga.

—¿Quién es este joven entrometido? —preguntó bruscamente.

—Yo me ocuparé de esto, Nat —previno el posadero—. Conozco al muchacho. Es el nieto del quesero de Gurnie.

—¡Entonces es noble! —exclamó el mismo individuo—. ¡No me gusta este asunto, Harry!

Harry el Chato lo hizo retroceder empujándolo con ambas manos.

—Quédate tranquilo —dijo—. Aún no es necesario armar lío. Y ahora, señor estudiante, contésteme usted con sinceridad. ¿Para qué quiere usted ver a Tristram Griffen?

—Tengo algo urgente que comunicarle —contestó Walter mirando al círculo de amenazadores rostros que se había formado a su alrededor, y añadió—: Quizás estarían ustedes más tranquilos si se los dijera también. No hay inconveniente. De todos modos, mañana se sabrá en todo el condado.

Y empezó a contarles lo que había visto en el castillo. Lo escucharon durante varios minutos en siniestro y desconfiado silencio; luego, de pronto, se pusieron todos de pie, acercándosele y blasfemando con amargura, crispadas las manos en las dagas. La cautela con que se trataran en un principio fue abandonada, y Walter oyó airadas voces que opinaban que había que marchar contra el castillo sin demora.

—¡Desocupa tus camas! —le gritó uno al posadero—. ¡Échalos, que necesitaremos algunas manos para que nos ayuden en la tarea esta noche!

—Bueno, por Nuestra Señora de Walsingham —dijo Harry el Chato cuando el relato hubo terminado.

Siguió observando a Walter con fijeza, aunque el muchacho advirtió que al posadero le tembló la mano al acariciarse la grisácea barba.

—¿Lo vio usted con sus propios ojos, Walter de Gurnie?

—Con mis propios ojos. Todo cuanto dije es verdad, lo juro ante Dios.

—Pero no me ha dicho usted aún por qué buscaba a Tristram Griffen.

—Tristram y yo somos amigos. Sé lo que se propone hacer.

—Y ¿tiene usted intención de prestarle ayuda?

Walter no contestó en seguida. Lo que iba a decir era una traición a la clase a que pertenecía, una negación de los derechos y privilegios que antes nunca había discutido. Después de corta vacilación, sin embargo, dijo con voz clara:

—Todo hombre que tenga sangre en las venas y que haya visto lo que yo vi esta noche, ha de estar pronto a ver el castillo derribado piedra por piedra.

—Es usted hijo del finado conde, ¿y sin embargo dice eso?

—Estoy pronto a ayudar.

Harry el Chato tomó sobre sí la tarea de pronunciar el veredicto.

—Bien dicho —dijo—, joven señorito. Yo, al menos, creo en usted. Ahora id a sentaros todos. Hemos estado esperando aquí a Tristram —añadió después de una pausa—, y tiene que llegar de un momento a otro.

Sobre los crujientes bancos hubo largas discusiones sobre proyectos durante la media hora siguiente. Walter se sentó en un rincón sin tomar parte en la conversación, por darse cuenta de que su situación seguiría siendo insegura hasta que apareciera Tristram. Harry escuchaba con creciente impaciencia.

—Soy un viejo cruzado —dijo por fin—, y quiero deciros que no podemos lanzarnos ciegamente a esta aventura. En mis épocas he visto muchos sitios. Los muros de Bulaire no habrán de derrumbarse como los de Jericó al sonido de vuestros cuernos. Son fuertes y altos, y la normanda tiene muchos guardias para custodiarlos. Cerrad la boca y escuchad a uno que ha llevado la Cruz. Tenemos que lograr por estratagema lo que no podríamos conseguir por ataque directo.

—Yo puede ser de ayuda en eso —dijo entonces Walter.

El posadero hizo una mueca a los demás.

—Hable, pues, señor estudiante. ¿Qué ha aprendido usted en la universidad que no sepan los viejos soldados ni los hombres de los bosques?

—Junten al grueso de las fuerzas en el bosque que hay frente a la entrada principal. Entre tanto, envíen una docena de hombres conmigo a la poterna trasera. Cruzaremos hasta el pabellón de la puerta mayor, sorprenderemos a los guardias que allí se encuentran y bajaremos el puente levadizo. Entonces el grueso de nuestras fuerzas podrán irrumpir en el castillo.

—Noble proyecto —dijo el posadero, con amplia sonrisa—, pero ha descuidado usted un detalle. Entre tanto, puesto que estamos en eso, podríamos jugar a los dados, ¿qué le parece?

Un sucio individuo soltó una sonora carcajada y se golpeó extáticamente el muslo.

—Eso pondrá al noble señorito en su lugar —comentó.

Harry el Chato prosiguió en un tono más amable, por haber colocado su chiste.

—¿Qué le hace creer a usted que podemos entrar por la poterna del oeste?

Walter vaciló antes de contestar.

—Quizá no sea necesario emplear la fuerza —dijo. Si llegamos allí antes de la medianoche, abrirán. Se ha convenido una señal determinada.

—¡Ah! —exclamó el posadero—. Eso hace que las cosas cambien de aspecto. ¿Por qué no nos dijo usted que contábamos con ayuda del interior? ¿Por el gran Melec Ric, puede que los vencamos, si es cierto!

En ese momento se presentó Tristram. Se detuvo en seco en el umbral al ver a Walter, y luego se adelantó lentamente.

—¿Tú aquí? —dijo—. ¿Qué significa esto, Walter?

—Quiero tomar parte en el trabajo de esta noche. Se me han abierto los ojos, Tris, y ahora veo que tienes razón. La justicia no puede aguardar más.

Al honrado hijo del flechero se le iluminó el semblante. Dejó caer ambas manos en los hombros de Walter y lo sacudió afectuosamente.

—Ya sabía que se podía contar contigo, Walter —exclamó—, y sin embargo esto es mejor de lo que había esperado. Ahora podemos correr los riesgos lado a lado.

Mas por un momento tuvo la sombra de una duda.

—Esto no es asunto tuyo. ¿Por qué habrás de compartir un riesgo que es solamente nuestro? ¿Qué serán de tus oportunidades en Bulaire? Me pregunto si has considerado todo eso.

—Cuando hayas oído lo que puedo contarte —dijo Walter—, no necesitarás respuesta para tus preguntas.

—La narración puede esperar —dijo el posadero, dirigiéndose hacia una puerta interior y gritando hacia la cocina—: ¡Bess! ¡Wenciliana! Venid, perezosas, levantaos y traednos comida.

Luego miró a los presentes y añadió:

—Necesitaréis tener el estómago lleno para el trabajo que os espera.

Salieron una hora antes de la medianoche. Harry el Chato detuvo a la pequeña partida ante la puerta de la posada para pronunciar una solemne arenga.

—Tris se separará de nosotros aquí y hará que los hombres de Cencaster y Tressling aguarden frente a la puerta principal. Los demás, estaréis a mis órdenes. Espera la señal que te indicará que el plan ha sido cumplido, Tris; serán dos toques de mi cuerno. En cuanto los oigas acude a toda prisa y grita como los robustos hombres de Gedeón. Si no oyes la señal, quédate donde estés hasta que pueda mandarte decir lo que haya de hacerse.

Hizo una pausa y prosiguió con repentina gravedad:

—Ahora, un consejo de prudencia; vencamos o seamos vencidos, las cosas se presentarán difíciles para nosotros, después. Tratarán de darnos caza uno por uno. Cubríos los rostros de barro en cantidad abundante. Elevad la voz lo menos posible, aun en plena lucha. Puede que todos demos un salto en la horca por lo que

proyectamos hacer. Decid una plegaria antes de que empiece la lucha y pedid al Hijo del Rey de los Cielos que nos mire con misericordia. Llenaos la boca de tierra para recordar que todos los hombres son mortales. Siempre hacíamos eso cuando yo llevaba la Cruz.

Y abrió la marcha con una antorcha encendida, sosteniéndola a escasa altura de tierra para que los que seguían vieran dónde pisaban. Anduvieron despacio. Cuando hubieron llegado, quizás a la mitad del recorrido, Walter vio ante sí un pálido punto de luz, que reconoció como la fogata de la torrecilla del vigía de Bulaire. La fogata parecía pequeña, y el muchacho se preguntó si los centinelas no habrían olvidado alimentarla. Quizás se hubiesen dormido en sus puestos. De todos modos, aquella circunstancia prometía ser favorable.

Harry el Chato había calculado la marcha para que llegaran a la poterna occidental al mismo tiempo que los hombres de las aldeas vecinas. Se acercaron al castillo y se detuvieron ante la cerca exterior.

—Quedaos aquí —murmuró el jefe—. Voy a dar la vuelta hacia el otro lado para asegurarme de que están prontos.

Siguió una larga espera. Walter se volvía cada vez más aprensivo a medida que pasaba el tiempo, por temor a que fuera demasiado tarde ya para sorprender a Hal, el molinero, en su puesto. Y de pronto oyó una ahogada voz a su lado, en la oscuridad.

—Estamos prontos. Tris ha concentrado a sus hombres al otro lado. Son treinta muchachos de Ashley-Buzzard que se nos han unido, y en estos momentos se está acercando la partida de Engster por el Sur.

Walter pudo oír al jefe de los campesinos que se arrastraba en la oscuridad y murmuraba sus instrucciones finales. Al mirar a su alrededor, vio con repentino sobresalto que una luz se movía a la distancia. ¡Llegaban más hombres! Volviéndose en otra dirección, vio más luces, antorchas sostenidas por las manos de presurosos campesinos. A los diez minutos se vieron luces en todas las direcciones, que se destacaban contra la negrura del cielo. Sin duda que los centinelas apostados en los muros habrían de verlas también. Walter esperaba de un momento a otro oír gritos en las torres. Y de pronta oyó que el posadero de Little Tamit le susurraba al oído:

—Adelante, Walter de Gurnie. Da tu señal en la poterna.

La poterna exterior estaba cerrada con cerrojos. Walter dio tres golpes fuertes y dos suaves. No hubo respuesta. ¿Estaría durmiendo Hal, el molinero, o lo habrían relevado de su puesto? Fue aquél un momento de ansiedad.

Volvió a llamar. No hubo respuesta. En el interior aún reinaba un silencio completo. Walter acababa de abandonar sus esperanzas, cuando oyó que alguien estaba corriendo los cerrojos.

—Llega usted tarde —gruñó el molinero, espiando por la abierta poterna—. ¿Qué ha estado haciendo? La noche es demasiado fría para perseguir criadas. Y ahora,

deme usted el santo.

—¿El santo? —repitió Walter—. Le daré uno muy apropiado. *¡Justicia normanda!*

El molinero levantó su linterna, y en ese momento dos de los compañeros de Walter se abalanzaron y lo cogieron de los brazos. Un tercero se apoderó de la linterna y un cuarto le tapó la boca con la mano. El molinero se recobró de su sorpresa lo bastante para luchar vigorosamente. En el alboroto que siguió, perdió pie y cayó al agua, arrastrando consigo a uno de los hombres. Era el lugar menos apropiado para un remojón involuntario. Las letrinas del castillo estaban situadas precisamente debajo del molino, y las inmundicias corrían por caños hasta los muros, por los cuales caían a los fosos.

Harry, al pasar detrás de Walter, murmuró una orden:

—Si hace ruido alguno al salir, abridle la cabeza.

Sostenida por un gancho empotrado en la pared, ardía una antorcha. Walter se apoderó de ella y abrió la marcha por las cocinas. Los sótanos estaban oscurecidos y vacíos, aunque el hecho de que a intervalos hubiera antorchas en las paredes indicaba con certeza que habría un sereno en alguna parte. Cuando llegaron al patio interior, advirtieron que aún se veían algunas luces en las ventanas que daban a él. De una de ellas llegaba el sonido de voces masculinas que cantaban en coro. Estaban cantando *Canta alto, cuco*, con armonía tan perfecta, que resultaba evidente que se trataba de cantores profesionales. Algunos invitados, pues, seguían divirtiéndose.

—Es un excelente coro —dijo Harry por sobre el hombro—, pero luego cantarán más bajo.

Walter estaba embargado por una intensa sensación de alivio. Ya estaban en el castillo, y era fácil por lo tanto realizar plenamente el proyecto; su proyecto. Los desdichados prisioneros serían rescatados.

«¿Qué pensaría ella del canalla sin nombre si supiera?» —se preguntó, triunfante.

El pabellón de la puerta principal estaba iluminado, mas no había rastros siquiera de presencia humana. Los campesinos miraron a su alrededor, asombrados ante semejante descuido.

—Siempre pasa lo mismo cuando todo está a cargo de una mujer —declaró el posadero de Little Tamit—. Cuando vivía tu padre las cosas marchaban de otro modo.

Por último les llegó el ruido de unos ronquidos de un cuartucho vecino. El jefe de la partida entró para investigar y volvió con amplia y triunfal sonrisa.

—Están borrachos como cubas. Entrad, Stevie, Robin y Hengist. Atadlos y amordazadlos.

Los ojos le brillaron al mirar a Walter.

—¡Qué suerte, señor estudiante! El castillo entero parece estar durmiendo en los vapores del vino fúnebre.

Abrió la marcha hacia la puerta principal, donde se quedó mirando la maciza trampa de roble y el enorme puente levadizo, que cerraba la entrada. Las cadenas que colgaban a cada lado, parecían demasiado pesadas para ser movidas por manos humanas.

—Aprendí a bajar esos puentes cuando llevaba la Cruz —dijo el posadero con entusiasmada confianza—. Estas cadenas trabajan mediante una doble acción; alzan la trampa y cae el puente. Veamos, ahora. Debería haber dos palancas que permiten la maniobra. Una vez sueltas, el resto es fácil.

Mientras tiraba de las cadenas con la ayuda de dos fornidos compañeros, Walter miró el paso interior. Los arqueros se habían instalado en aquel punto con flechas preparadas en las cuerdas. ¿Podría bajarse el puente antes de que se diera la alarma? El enorme castillo seguía en silencio completo. Walter alcanzaba a oír el chirrido de las cadenas y las jadeantes órdenes de Harry el Chato. Cuando por fin este último soltó un grito de exasperación, el muchacho se dijo a sí mismo: «¡No consigue bajar el puente, y nos veremos cogidos aquí como ratas!». Era demasiado esperar pretender que su presencia pasara inadvertida durante tanto tiempo.

—¡Ya está! —exclamó por fin el posadero.

Walter miró por sobre el hombro y vio que el puente estaba empezando a bajar. Los agudos dientes de hierro de la base de la puerta se habían levantado ya unas varas, y seguían alzándose, con agudos chirridos de protesta, Harry el Chato pasó por debajo y se trepó al puente, acelerando así su bajada con el peso de su cuerpo. La barbacana estuvo abierta en el preciso instante en que el extremo del puente levadizo tocaba al otro lado del foso. Y Walter pudo ver al posadero que echaba mano del cuerno que llevaba al cinto.

Cuando hubieron resonado los dos cortos toques, Walter corrió hacia el extremo interior del pasadizo para prestar la ayuda que los dos arqueros allí apostados necesitaran. Uno de los hombres señaló hacía las luces que ya empezaban a mostrarse en el castillo.

—Demasiado tarde —dijo sonriente, preparándose a disparar el arco—. Dentro de dos minutos estará toda nuestra gente aquí con arcos y palos. El castillo es nuestro, y esto se lo debemos a usted, señor estudiante.

Pudieron oírse fuertes gritos de «¡San Jorge, San Jorge!», mientras que un centenar de hombres entraban corriendo por el puente levadizo. Walter miró hacia atrás y vio que a la cabeza de los que llegaban iba Tristram, que arrojaba su arco al aire y lo cogía al vuelo mientras corría. Poco después se abrió una puerta baja y salieron corriendo unos hombres de armas. Aún se ajustaban los petos y algunos hasta se restregaban los ojos para despejarse. Uno de los arqueros levantó su arma y apuntó apresuradamente.

—¡No, no! —gritó Walter—. Van a ceder sin lucha cuando vean que estamos

dentro.

Fue tarde. Vibró la cuerda y la flecha salió disparada por el aire para clavársele en la garganta a uno de los hombres de armas. El herido había estado tomando impulso para echar a correr por el patio, pero el impacto lo echó hacia atrás. Por un momento se balanceó sobre sus pies y se desplomó, doblada una pierna bajo el cuerpo en posición extraña, mientras la flecha clavada en el cuello quedaba en posición vertical señalando al cielo.

—Ni siquiera se dio cuenta de lo que le ha pasado —se vanaglorió el acertado arquero—. Ha sido un excelente tiro, muchachos; Bueno, pues, esto va por el pobre Mark Githing, mi compadre, que bailó en el aire por resolución de la viuda.

No hubo necesidad de disparar la segunda flecha. El paso detrás de ellos se había llenado de hombres clamorosos, pintados los rostros de negro. Irrumpieron en el patio y en pocos segundos se apoderaron de él. Los hombres de armas depusieron sus picas con una espontaneidad que demostraba que no tenían empeño en luchar por la normanda.

Harry el Chato, ensangrentada una mano por la furiosa prisa con que trabajara en el puente levadizo, se detuvo al lado de Walter bajo la bóveda de entrada.

—¡Hemos vencido! —tuvo que gritar a plena voz para hacerse oír por encima de los clamores—. En todos los años que llevé la Cruz jamás he visto caer con tanta facilidad una plaza fuerte. Y no costó una sola vida.

—Sí, una —exclamó Walter.

De pronto, sintió que lo había abandonado el entusiasmo. Vio el cuerpo del hombre de armas muerto, estirado sobre los adoquines, rodeado por un compungido grupo de compañeros. El muerto tenía cabello amarillento, era de rostro joven y vestía una capa roja.

Una diputación de tres personas llegó de la torre en que estaban situados los dormitorios de la familia. Dos de los parlamentarios eran caballeros; su aspecto era muy deprimido y bastante ridículo, pues se habían ceñido las espadas sobre los camisones. El tercero era Simeón Bautrie. El abogado estaba pálido como una piel de cebolla. Habían mandado decir a los jefes de los campesinos que se encontraran con ellos en la sala principal, pero Harry el Chato no quiso oír hablar de ello. Dijo que las negociaciones deberían efectuarse en lugar abierto, donde todos pudieran oír. El trío, por lo tanto, había salido al patio exterior, donde los aguardaba el posadero de Little Tamit.

—Venimos de parte de la condesa de Bulaire —dijo uno de los caballeros—. La condesa, a su vez, obra en representación del conde, que aún es menor de edad. Ante todo, exigimos que se nos diga el motivo de esta insólita intrusión.

Cayó un silencio sobre el patio, y todas las miradas se volvieron ansiosas en dirección a Harry.

—El motivo lo daremos pronto —contestó éste—. Venimos a dar libertad a las mujeres y a los hijos de los seis hombres que fueron bárbaramente asesinados por orden de la mujer a quien llamáis condesa de Bulaire. No nos proponemos vengar a los seis hombres, aunque estaría en nuestro poder hacerlo. Hasta podríamos ahorcar a la condesa en persona.

Después de aquellas palabras se elevó un fuerte clamor, que evidenciaba cuál era el estado de ánimo de los campesinos.

—Sí, podríamos ahorcarla si así lo quisiéramos, y yo, al menos, sentiría gran satisfacción en tirar de la cuerda que la acercaría al castigo que la espera en el más allá. Pero eso ocasionaría mayores derramamientos de sangre; habría más mujeres sin marido y más niños sin padre antes de que pasara mucho tiempo. Así, pues, esperaremos la justicia del Rey, convencidos de que no se hará desear.

E hizo una pausa.

—Somos campesinos de Inglaterra, no bandidos, y cuando salgamos de aquí nada nos llevaremos sino un poco de alimento para los hambrientos presos que conserváis en vuestros inmundos calabozos. Los tenéis aquí sin derecho alguno, y exigimos su libertad inmediata.

—Estoy seguro —empezó Simeón Bautrie—, que el pedido de ustedes merecerá la consideración de la condesa...

—¡Óyeme, canalla! —exclamó el posadero—. Nuestra exigencia debe ser satisfecha sin consideración alguna. No nos interesan tus escritos ni tus leyes. Te damos cinco minutos para entregar a los presos. Por cada minuto que pase de los cinco, ahorcaremos a alguno de la casa, en las almenas. Y empezaremos contigo, señor abogado. ¡Por Dios que nos ve, que oye hasta la última palabra que decimos, bailarás en la punta de una cuerda si tardas mucho!

Pero el cuello de Simeón Bautrie no tenía que conocer el contacto de la cuerda, pues un minuto entero antes de que transcurriera el plazo apareció el último de los presos en la puerta de los calabozos. Varias de las mujeres hubieron de ser llevadas en brazos, pues las habían sometido al suplicio del potro para que confesaran la culpa de sus maridos. Aquello no se supo sino después, porque de otro modo nada habría podido salvar de la horca a Jack Daldy ni a sus ayudantes. Los niños estaban demasiado deslumbrados y débiles para darse cuenta de lo que ocurría. Unos caballos fueron sacados de las caballerizas para ser enganchados a las carretas en que los liberados prisioneros fueron acostados sobre cómodos montones de paja.

La escena de la partida iba a quedar grabada en la imaginación de Walter durante toda la vida. Blandiendo antorchas encendidas por sobre sus cabezas, los triunfantes campesinos pasaron el puente levadizo. Adelante iban los hombres de Little Tamit, a cuya cabeza iba Harry el Chato, con aligerado paso. No había gente de Gurnie, pues la noticia no llegó tan lejos, de modo que Walter esperó a que Tristram saliera con los

hombres de Cencaster. Por noblemente nacido que fuera, se sentía muy orgulloso al ver cómo los contingentes de villanos marchaban en fila. ¡A la normanda con sus extranjeras ideas de la justicia le había sido dada una respuesta inglesa!

De cuerpos musculosos y anchos de espaldas, los hombres llevaban cada uno una de aquellas poderosas armas con que, de ser cierto lo que decía Tristram podía ser conquistado el mundo entero. En aquel momento, Walter también lo creía.

Al acercarse los primeros hombres a los bosques, las luces de las antorchas daban una luz tan vívida que podían verse briznas de paja que flotaban en el agua de los fosos y hasta la curva del camino, a un centenar de varas de distancia, donde, al pasar por el puente de piedra que se tendía sobre el Larney, los jefes entonaron *Los hijos de Job*. Aquella fácil canción de marcha, cantada por primera vez por los hombres que lucharon a las órdenes del conde Simón, fue coreada en seguida a lo largo de toda la fila. A Walter le llegaron las palabras:

*Job, en cenizas, cantaba en voz baja
sin dejar de trabajar por el Rey de los Cielos.
¡Somos hijos de Job!*

A Walter le pareció como si las sombras de Guillermo el de las largas barbas y los tres temerarios patriotas, Adam Bel, William Cludsley y Clym-O-the Clough marchaban con los hombres de Little Tamit y Engster bajo las bóvedas de los árboles. Por cierto que aquellos muertos héroes de la resistencia sajona a la agresión normanda habían presenciado la hazaña. ¡Allí donde se hallaran sus fantasmas, debieron haberse palmoteado alegremente las espaldas y soltado sonoras carcajadas!

Cuando Walter entró a marchar con los hombres de Cencaster, aún vibraba la canción:

*El Señor, compasivo, destruyó a los enemigos de Job,
y creó nuevas flechas para sus arcos.
¡Somos hijos de Job!*

Era el último de la procesión, y se unió de pronto al coro:

*¡Cuidado, normandos,
que vienen los hijos de Job!*

En el temor de que *La cabeza de Gordinflón* pudiera ser visitada por fuerzas punitivas durante la noche, Walter y Tristram durmieron en una parva de heno cercana.

Walter fue el primero en despertarse y se sentó a estirar con satisfacción los polvorientos brazos y a contemplar un claro cielo de octubre. Tristram se levantó inmediatamente después, sacudiendo la cabeza como si el hecho de encontrarse en esa posición formara parte de su sueño.

—La normanda tendrá un gusto amargo en la boca esta mañana —dijo el hijo del flechero sonriendo.

Aquella referencia a su triunfo de la noche anterior les gustó tanto que se trabaron en lucha y se pusieron a retozar en el heno como un par de escolares dirigiéndose mutuamente algunas de las frases interpelativas favoritas de Oxford, como: «¡Anda, eximio y total maestro de las artes!», y «¡Atrás, idiota integral!».

—Y ahora, ¿qué hemos de hacer? —preguntó Tristram cuando se hubieron sosegado—. Yo, al menos, tengo que tomar las de Villadiego. Tú también, Walter, puedes estar en peligro.

—Yo me voy a Bulaire.

El hijo del flechero trató de disuadirlo de su propósito, pero sus argumentos no tuvieron efecto. Walter declaró que lo habían citado allí y que debía presentarse, pasara lo que pasara. Estaba seguro de que nadie sospecharía de su participación en los acontecimientos de aquella noche.

Convinieron, pues, en encontrarse más tarde, durante el día. Después de lavarse prolijamente en un arroyo vecino y de cepillar sus polvorientas ropas, Walter se puso en camino. Al mirar por sobre su hombro, tuvo una última visión de Tristram que se desayunaba con un nabo, sentado en la parva.

Bien hizo en mostrarse tan minucioso en sus abluciones, porque al poco rato oyó un sonido de cascos de caballo que se acercaba al galope detrás de él. Saltó rápidamente a un lado del camino, preparado a desaparecer en caso necesario en el bosque de Malley.

Era Engaine. Había salido temprano, siempre buscaba disfrutar de los primeros rayos del sol de la mañana, y el muchacho vio que la chica había soltado su halcón contra alguna presa. El ave no debía estar aún muy bien amaestrada, pues el halconero que seguía a la jovencita tenía dificultad en hacerlo volver. Silbaba desesperadamente y agitaba por sobre su cabeza el señuelo, consistente en un manojo de plumas escarlatas. Como el recalcitrante halcón seguía describiendo círculos y planeando en lo alto, Engaine sofrenó y silbó también. Fue una nota, clara, mucho más aguda de las que su escudero habría podido emitir. Llevaba puesta una gorguera roja para protegerse la garganta y una redecilla de oro para sujetar el cabello contra el

viento. A Walter se le apresuraron los latidos del corazón al verla.

El halcón se decidió por último a regresar. Los cascabeles de plata que llevaba atados a las patas resonaron alegremente al posarse el ave en la muñeca de la muchacha. Engaine le puso la caperuza; adorno muy alegre de terciopelo escarlata bordado en hilo de oro, con una pluma de paraíso. ¡El valor de aquella caperuza era mayor a la suma que un villano habría podido ganar en veinte años!

—¡Saladin, Saladin! —dijo Engaine en tono de reproche—. ¡Qué mal pájaro eres y qué mal adiestrado!

En eso vio a Walter, sofrenó su cabalgadura, y se puso a contemplar al muchacho con aquella expresión medio amistosa y medio burlona con que lo miraba siempre que se encontraban.

—Walter de Gurnie —dijo, irguiendo la cabeza tan alto que pareció mirar al muchacho por todo el largo de su hermosa nariz—. ¿Has advertido que te hallas en nuestras tierras? ¿Será posible que te hayas resuelto a realizar por ti mismo la caza furtiva que provee de carne a tu mesa de Gurnie?

—Y, ¿has advertido tú —replicó él odiándola por su orgullo y arrogancia aunque amándola al mismo tiempo por su belleza—, que todas estas tierras pertenecieron una vez a Gurnie? Vosotros, los normandos ¿no erais más que cazadores furtivos en Francia, ladrones, lobos de mar sin tierras, cuando ya mis antepasados poseían todo Tressling y gran parte de Bulaire?

—¿*Tus antepasados*? —observó la muchacha, alzando aún más la cabeza—. Pareces olvidar que tú mismo eres medio normando.

—No —contestó él después de una larga y penosa pausa—. Nunca lo olvido.

La muchacha se dio cuenta por el tono de Walter cuán herido se sentía éste, y cambió de expresión inmediatamente. Le sonrió con la repentina franqueza que constituía su mayor encanto y que siempre dejaba al muchacho sin respiración.

—He sido mala contigo, Wat. Siempre me muestro mala contigo y me arrepiento luego. Y ahora tengo que volver a ser mala —añadió con tono compungido—. Walter, voy a casarme.

—Ya me lo dijo Ninian.

Walter había vivido temiendo continuamente aquel momento, sabedor de que iba a llegar y que nadie podía evitarlo, aunque sin dejar de esperar que se produjera algún milagro que le diera a él una oportunidad. El golpe había caído, por fin: Engaine iba a casarse, y él, el hijo ilegítimo del conde de Lessford, la quería tanto que no le parecía posible que volviera a saber que es felicidad ni satisfacción.

—¿No has oído lo que acabo de decir?

—Sí, he oído. ¿Con quién vas a casarte?

Mucho le costó hacer la pregunta, por comprender que una vez que supiera el nombre de su rival la cosa iba a tornarse más definitiva. No quería enterarse de

detalle alguno, porque el oírlo iba a tener el mismo efecto.

Engaine estaba mirándolo con muestras de vacilación.

—Será un buen casamiento —dijo—. Todos convienen en ello. Mi tío Rauf lo había resuelto con papá antes de ser muerto. Como sabrás, el primer conde de Lessford recibió doscientos cuarenta y siete solares al tiempo de la conquista, pero no todas aquellas tierras han quedado en la familia. Nuestras primeras posesiones de Tressling eran parte del feudo primitivo.

En un primer momento, el significado de lo que dijera la muchacha no había hecho impresión en Walter. Estaba pensando en el despojo de los solares sajones que habían llegado a formar tan enorme feudo. No era extraño que el odio engendrado en los corazones sajones hubiera seguido alimentándose durante los últimos años.

—Mi casamiento restaurará todos los solares de Bulaire —estaba diciendo Engaine—. Es un convenio muy razonable.

Por último, Walter comprendió. Se quedó mirándola, tratando de no creer lo que acababa de oír.

—¿Quieres decir que vas a casarte con Edmond? —dijo por fin.

—Y ¿por qué no? ¿Qué mejor partido se me presenta? Sólo somos primos segundos. Y seré condesa de Lessford.

El muchacho no se atrevió a mirarla.

—Sabía que era imposible, pero siempre te he querido tanto que ninguna otra cosa parecía tener importancia real.

Y de pronto se apoderó de él una furia de disconformidad por todo cuanto estaba ocurriendo.

—Sabes que mi padre naufragó a su regreso de la Cruzada y que la familia de su esposa pagó el rescate. Sólo por ese motivo se casó con ella. Si su nave no hubiera naufragado, yo sería hoy el conde de Lessford.

Entonces alzó la mirada.

—Y por eso vas a casarte con Edmond y no conmigo.

Dio un paso adelante y cogió al caballo por la brida. Nunca antes había estado tan cerca de ella, y la belleza de la muchacha le resultaba tan deslumbrante como el sol del mediodía.

—Muchas son las cosas que das por seguras —dijo ella, sonriente.

La sonrisa de Engaine era algo que el recuerdo hacía acariciar; se le habían dilatado los brillantes ojos, entre abierto los labios que formaban en las comisuras imperceptibles hoyuelos.

—Engaine, ¡espérame! —exclamó Walter—. Estoy trabajando mucho por instruirme con el objeto de lograr una buena y honorable posición en la vida. Algún día tendré tierras, muchas tierras, y un buen nombre que puedas llevar sin sentir vergüenza alguna. ¡Te juro que voy a triunfar! ¡Espérame, dame un poco de tiempo!

—Estás hablando como un colegial —dijo ella, y de pronto su tono de voz se hizo más suave y comprensivo—. Lo siento, Walter, pero no puede ser de otro modo. Ha sido resuelto, y mi padre no consentiría en ninguna modificación ni prórroga. Siempre me has gustado, Walter, bien lo sabes. Pero siempre comprendí que nada podría salir de ello.

—Engaine, escúchame. He de volver pronto, y quizá entonces tu padre dé su consentimiento. Aún eres demasiado joven para casarte. Espera un año, dos años; es lo único que necesito.

Engaine volvió a sonreír. Le tendió su enguantada mano.

—Walter, acércate un poco más —dijo.

El muchacho obedeció, y ella se inclinó hacia él hasta que sus rostros estuvieron muy cerca uno del otro. Sus manos se estrechaban.

—Eres alto y guapo —murmuró Engaine—. Me gustas mucho más de lo que llegas a suponer. ¡Ojalá hubiese sido posible!

Suspiró, y sus dedos apretaron fuertemente los del muchacho.

—Me gustaría que fueras tú en vez de Edmond. Pero... no puede ser, Walter, y de nada sirven los deseos.

Luego retiró la mano y volvió a erguirse en la silla. Al mirarla, Walter comprendió que la distancia que pusiera ella entre ambos era algo más que la de unos pies; era el inconmensurable espacio que mediaba entre una dama de alto rango y un ilegítimo miembro de casa sajona, abismo imposible de colmar.

Engaine taloneó su cabalgadura.

—Cuando regreses —dijo—, seré condesa de Lessford. No es probable que volvamos a vernos, pero... espero que no me olvides, Walter.

—¡Nunca te olvidaré! —gritó él—. Te prometo fidelidad eterna.

Y ya la muchacha estaba lejos, al galope de su caballo. Así había sido siempre; unas pocas palabras entre ellos, unas pocas sonrisas para él; burlonas, vivaces y hasta amables, y luego, ella se alejaba al galope. Walter temía que aquella vez fuera para siempre.

VI

Walter se puso a contemplar las representaciones de escenas bíblicas que había en las paredes. Habían sido pintadas con temple y con habilidad extraordinaria. Las leyendas estaban entrelazadas con los dibujos: *Solimán y sus muchas mujeres*, *Simón y Pedro* y *La Santa Cena*. Aquello no había sido ejecutado por ningún improvisado artista ambulante. Su padre había contratado a unos frailes para que pintaran aquellas escenas de las Santas Escrituras, y, sin duda, los había pagado bien.

La habitación a la cual le habían llevado a su llegada al castillo no era grande, aunque si lujosamente amueblada. Las paredes, bajo la pintada franja, estaban recubiertas de tela de oro y terciopelo bermejo. Los bancos alineados a lo largo de las paredes estaban cubiertos de altos cojines y tapicerías, adornados con botones de nácar. El piso estaba cubierto por una alfombra española. Era evidente que la normanda esposa de su padre había llevado muchas riquezas a Bulaire.

En un primer momento, Walter tuvo aquel cuarto solo para sí y se quedó tan abstraído que no advirtió que otras personas llegaban para compartirlo con él. Se sorprendió, pues, al oír la voz de Simeón Bautrie que se elevaba en un tono de exasperación.

—¿Por qué acudes a mí, Gather? Es asunto tuyo, no mío.

El acompañante del abogado era el senescal que abriera la ventana balcón la noche anterior.

—Pero hay algo que hacer —protestó el anciano—. Me está prohibido hablar con la dama Matilde, y ahora me dice usted que todo el dinero disponible es necesario para pagar las misas. Si usted no quiere proporcionarme medios, ¿cómo he de pagar a la gente? Hay cuarenta y siete criados que no han cobrado desde hace un mes, y treinta arqueros, es decir, no, veintinueve, puesto que Hugh fue muerto anoche. El limosnero me dice que su bolsa está vacía. El padre Guthide tiene una larga lista de cosas que hay que mandar a buscar a Londres. ¿Qué he de hacer si no me dan dinero?

—Puede usted arreglárselas sin él —contestó Simeón Bautrie—. Los criados del castillo pueden esperar.

—No quedan víveres sino para un día —insistió el preocupado senescal.

En ese momento empezaron a llegar otras personas. Simeón Bautrie despidió al anciano con un encogimiento de hombros y se sentó ante una mesa que ocupaba un extremo de la habitación. Walter se quedó donde estaba. Vio que aquella mesa estaba cubierta de objetos valiosos de todas clases; alhajas, platería, copas, misales, la Biblia familiar. Parecía que iba a efectuarse una distribución después de la lectura del testamento.

Todos se levantaron al entrar la viuda seguida por Edmond. Este último miraba a su alrededor con el orgulloso ademán del propietario, y se sentó a la mesa al lado del

abogado. Su madre se sentó al otro lado.

A Walter no le habían ofrecido asiento, de modo que se quedó de pie en el otro extremo de la habitación. Al ver a la viuda de su padre, había sentido cierta sorpresa. La mujer parecía haber envejecido de un día al otro; se hallaba evidentemente cansada y de humor sombrío. Quizá se diera cuenta de que la ceremonia que estaba por cumplirse señalaba el fin de lo que más apreciara en la vida. No miró una sola vez en dirección a Walter, aunque el muchacho no dudó un solo instante de que lo había visto.

Simeón Bautrie extendió ante sí un documento y empezó a leer en voz alta:

«Nos, Rauf, conde de Lessford, señor del dominio de Bulaire y otras tierras que se citan más adelante, afirmo que ésta es mi última voluntad y testamento...».

Primero se disponía la herencia de la viuda y los legados de las principales propiedades. Las granjas y solares que le tocaban a Edmond fueron enumerados, y a Walter le pareció que el abogado nunca terminaría de nombrarlos. Al oír la voz de Bautrie, volvía a añorar la posesión de sus tierras. Se habría mostrado satisfecho hasta con el menor legado; unas cuantas fanegas de tierra, verde, fructífera y apropiada para pastoreo tanto como para trigo, tierra que pudiera sentir entre los dedos y labrar con afán y fidelidad. Así podría compensar la desventaja de su nacimiento y hacerse un nombre honrado. La solidez de posición y la verdadera dignidad acompañaban a la posesión de tierras. Y por cierto no era mucho pedir que su padre se hubiera dado cuenta de su necesidad y deseado satisfacerla.

Tan ocupado estaba con sus especulaciones y desesperado por la noticia que le diera Engaine, que apenas si había prestado atención a la lectura de las cláusulas que seguían. Su padre se mostraba generoso con sus parientes menos favorecidos y les legaba bonitas sumas de dinero. Muchas posesiones personales se repartían también entre ellos. Vagamente, oyó mencionar tapices de Oriente, piezas de platería, ricas telas y alhajas. El testamento las distribuía con una prodigalidad que hacía sonrojarse el juvenil y envejecido rostro de Edmond. Walter advirtió que su medio hermano tenía toda la codicia de su raza normanda.

Por último, el muchacho oyó mencionar su nombre.

«Se sabe —leyó el abogado— que tengo un hijo bastardo llamado Walter de Gurnie, por quien tengo afecto y cuyo bienestar me preocupa profundamente. Al susodicho Walter de Gurnie lego mi mejor copón, LUKE EL MÉDICO...».

Aquel copón estaba sobre la mesa ante Bautrie; tenía dos pies de alto, de oro y cristal, hermosamente tallado. Era evidente, que había sido uno de los objetos más preciados del muerto. ¡Y se lo había legado a él! «Por quien tengo afecto». Aquellas palabras se le repitieron a Walter en el espíritu. El muchacho sintió que se le hacía un nudo en la garganta, pues aquello era lo que quería oír, una declaración de paternidad y de amor por parte de quien lo engendrara.

«... *Mis botas negras de cuero español...*».

Las botas estaban sobre la mesa al lado del copón. Eran aquéllas con los leopardos amarillos que el conde calzara la primera vez que Walter lo había visto. Conque ¡había recordado!

Más no le tocaba recibir tierras. La voz del abogado proseguía:

«*Además, lego el cuerpo de mi hijo bastardo a Su Majestad el Rey, confiado en que el Rey le encontrara un puesto en su real casa, y confiado igualmente en que el susodicho Walter de Gurnie servirá lealmente a su señor y soberano por todos los años de su vida...*».

Walter se sintió demasiado azorado en un primer momento para pensar con claridad. Nunca había llegado a concebir la posibilidad de que su padre siguiera la práctica común de dejarle al servicio del Rey.

«Padre mío —pensó—, ¿he oído bien?».

Inmediatamente se le desvaneció el orgullo que sintiera durante la lectura de las disposiciones anteriores. Lo habían entregado, en cuerpo y alma, como a un villano o criado, a un rey por el cual jamás podría abrigar sentimiento de lealtad alguno. Se llevó la mano ya la garganta como si ya sintiera en ella el férreo collar de la servidumbre.

Al rato, se dijo a sí mismo que no serviría en la casa de aquel joven rey que derrotara y diera muerte al gran conde Simón. Su cuerpo le pertenecía, y ningún hombre, y menos un padre que nunca lo reconociera antes ni hiciera nada por él, podría disponer de él de ese modo. «Lego el cuerpo de mi hijo bastardo...». Una oscura ola de humillación lo cubrió. Conque ¡ése era el final de sus esperanzas y deseos! ¡Ser entregado a la ligera como un mal nacido hijo de villana!

Se sorprendió de pie ante la mesa, sin conciencia de haber cruzado la habitación y totalmente ajeno al hostil escrutinio de muchas miradas. El copón estaba a su alcance, y lo cogió.

—Mi padre apreciaba mucho este copón —dijo—. Y así, al dármelo, me ha hecho un honor. Es evidente también que recordaba que yo le había manifestado mi deseo

de tener un par de botas como ésas. Me complazco en aceptar el copón y las botas.

—No hay más cláusulas en el testamento relativas a usted —dijo el abogado—. Pero usted va a tener la bondad de volver a su lugar y no interrumpir hasta que haya terminado la lectura.

Walter se negó a ello.

—Tengo algo más que decir —declaró—. Rechazo la estipulación de mi padre por la cual me liga al servicio del Rey. Soy un hombre libre; mi futuro es cosa mía, y sólo mía.

—La intención fue hacerle a usted un honor —dijo el abogado—, y asegurarle su bienestar.

—¡Honor! —exclamó Walter—. No veo honor en ello. ¿Puede un inglés servir a un rey que ha declarado que no se propone observar la Carta Magna?

—¡Traición! —gritó Simeón Bautrie, y un largo murmullo de asentimiento se levantó en la habitación.

—No, no es traición —replicó Walter abandonando ya toda prudencia y razonamiento—. Si hay traición, es por parte de aquéllos que han transgredido las disposiciones de la Carta Magna. ¡La Carta Magna tiene precedencia sobre la voluntad de cualquier Rey!

—¡Van a ahorcarte por lo que has dicho!

—Si han de ahorcarme, tendrán que correr antes de que me alcancen.

Walter se volvió y salió corriendo de la habitación con LUKE EL MÉDICO y el par de botas bajo el brazo.

CAPÍTULO CUARTO. LONDRES

I

La tormenta que les cayó encima la tercera noche después de alejarse de las cercanías de Bulaire los caló hasta los huesos, lo cual aumentó aún más sus incomodidades, pero al fin y al cabo resultó ser un bien. Bastante entrada la mañana, cuando el amargo azote de la lluvia hubo cesado, tropezaron con una pequeña embarcación de desgarrada vela y un solo remo que descansaba sobre uno de sus costados en una pequeña caleta del río. Evidentemente aquel bote había encallado después de haber sido arrastrado por el viento de una insegura amarra y llevado río arriba.

—El Señor lo ha dirigido a este lugar para nosotros —declaró Tristram con solemnidad—. Sé algo de navegación a vela. Podemos llegar a Londres por agua mucho más pronto y con mayor seguridad que recorriendo los caminos y ocultándonos cada vez que veamos acercarse un jinete.

No tenían dinero, y durante dos días habían estado viajando con gran discreción, convencidos de que los perseguían. Las imprudentes palabras de Walter en la lectura del testamento le hacían pasible de una ejecución sumaria, y, antes de irse, habían sido enterados por Harry el Chato de que se consideraba a Tristram uno de los dirigentes en el ataque al castillo. Se dirigían a Londres en la creencia de que les sería más fácil ocultarse allí. También suponían que si les resultaba necesario salir del país encontrarían algún buque en el puerto de aquella gran ciudad.

Aquellos dos días no habían sido fáciles. Vivieron comiendo manzanas y peras robadas de noche en los vergeles que se extendían a lo largo de la carretera, y dos patos que Tristram cazó con su arco y que sólo alcanzaron a cocinar a medias. Una noche, encontraron una parva de heno, pero la segunda, no encontraron nada mejor que una cerca de espinos bajo la cual se acurrucaron. Estaban hambrientos, sucios y totalmente desalentados.

El hallazgo de la embarcación iba a llevarlos a otro descubrimiento, que, a su vez, los llevó definitivamente a su gran aventura. El pequeño bote se enderezó repentinamente bajo la conducción de Tristram, no muy segura, y empezó a embarcar agua en el lugar en que se hallaba Walter. Después de achicar cuanto pudieron, el muchacho se vio obligado a quitarse las botas y vaciarlas. La idea de volver a ponérselas inmediatamente no era muy buena, pero el aire de la noche era frío y penetrante, y Walter habría sentido mucho frío si no se las ponía otra vez. En esas circunstancias resolvió probarse las botas que le legara su padre.

Aquellas botas habían sido ocultadas con el copón en una bolsa llena de ropas viejas. Walter las sacó de mala gana, nada feliz ante la necesidad de usarlas en tal mal momento. Se calzó una de ellas, contento al advertir que le quedaba perfectamente. El otro pie, sin embargo, no pudo calzarlo más allá de la caña, pues tenía algo metido en el fondo. Con gran curiosidad sacó lo que había sido metido en la bota. Era un

trozo de pergamino reseco, doblado y atado con un hilo de cáñamo. La oscuridad era demasiada para leerlo, pero Walter se quedó convencido de que aquel pergamino contenía un mensaje para él. ¿Qué podía ser?

Le contó a gritos a Tristram lo que había hallado y cuanto se le había ocurrido al respecto.

—Puede que sea una carta de tu padre —dijo Tristram, tan ocupado con la rebelde vela que hablaba por ráfagas—. Siempre se dijo, Walter..., que vivía atemorizado de su mujer. Quizá la carta sea para compensar lo mezquino del legado público.

En cuanto la luz del amanecer proporcionó claridad bastante para poder leer, Walter sacó el pergamino del bolsillo. En el dorso decía: «A mi hijo», con letra tosca y muy poco legible. En su interior, había un breve mensaje con la misma letra. La instrucción del finado conde era de lo más rudimentaria y su mano tenía tan poca práctica en la pluma que ambos muchachos tuvieron que tardar muchos minutos para determinar lo que se había propuesto decir. El mensaje que finalmente resultó de todo aquello era el siguiente:

Esta nota, querido Walter, deberá ser llevada inmediatamente a Joseph, a la enseña del Contento Que se Tambalea, en Londres. Ese hombre me sirvió de escudero en la Cruzada, bien y valientemente, y a nuestro regreso lo metí en el comercio de... (la naturaleza de aquel comercio se hallaba más allá de cualquier exégesis), pues tenía ganas de sentar cabeza. Se ha portado muy bien. Mi buen y honrado Joseph es el único en quien puedo confiar en este asunto. El sabrá lo que deberá hacerse en esa oportunidad.

Tu amante padre, Rauf de Bulaire.

El estado de ánimo en que se había visto Walter desde la lectura del testamento, combinación de orgulloso enojo y desesperante certeza de que el mundo estaba contra él, empezó a desvanecerse mientras trataba de adivinar las posibilidades sugeridas por la nota de su padre.

—Has hecho una astuta suposición, Tris —dijo—. Hay en esto una promesa de cosas mejores.

Su compañero también había mejorado de estado de ánimo. Contestó a la sonrisa de Walter y dijo:

—He estado preguntándome cómo podremos vivir en Londres sin dinero. Por lo menos podemos confiar en que Joseph nos albergará y dará de comer.

—He oído hablar bien de él —dijo Walter, y señaló las nubes que empezaban a correr por el cielo, después de lo cual prosiguió en tono de pronto más alegre—. Hay

mejores perspectivas para nosotros, Tris. Este viento despejará pronto las nubes y nos llevará a Londres. Dentro de una hora volveremos a ver el sol.

—¡No tenía seguridad de que el sol volviera a brillar! —exclamó de pronto en repentina expansión—. Ahora ya todo parece más claro.

II

Joseph se ocupaba del comercio de granos. Su casa era alta y destartalada, de una construcción que hacía recordar en cierto modo a un árbol de Navidad. De una de las guardillas del frente colgaba un aparejo de poleas, y una desvencijada escalera exterior subía a un costado, hacia el alto techo. El letrero, recién pintado y bastante alegre, mostraba a un niño que se tambaleaba extáticamente.

Joseph era de escasa estatura e inclinado a tener una barriga prominente. Su rostro parecía más joven de lo que habría podido esperarse con sus grisáceos mechones de cabello, y sus ojos brillaban amistosamente bajo gruesas cejas.

Los recibió en la puerta de calle.

—Le conozco a usted por su nariz aguileña —le dijo a Walter—. Si no es usted hijo de mi viejo amo, entonces no me llamo Joseph Maule.

—Me llaman Walter de Gurnie.

—¡Ah, ésta sí que es buena! —exclamó el exescudero escrutándole el semblante y restregando las sucias manos en la parte trasera de su túnica—. No esperaba verle tan pronto, señorito. ¿Cómo está mi buen amo, el señor Rauf de Bulaire?

—Mi padre ha muerto —dijo Walter.

El hombre se quedó mirándolo por un momento como si no pudiera creer lo que oía.

—¡Muerto! —exclamó por fin—. ¡Muerto, mi señor Rauf! Son amargas noticias, señorito. La última vez que supe de él fue hace un mes; dijo que vendría a Londres y se detendría a visitarme. Nunca venía a Londres sin verme.

Se restregó los ojos, que se le habían llenado de lágrimas.

—¡Ah, señorito Walter! Estaba tan profundamente apegado a mi amo Rauf que... mucho me cuesta creer en la triste noticia que me trae.

—Ha muerto hace nueve días —dijo Walter, vacilando antes de proseguir—. Mucho podría hablarse acerca de la forma en que murió, y si nos hace entrar en su casa estaremos en libertad para hablar.

—Sí, señorito Walter. Entren, entren ustedes. Estoy tan impresionado por sus noticias, que no sé qué digo ni qué hago.

El comerciante en granos tropezó al abrir la marcha hacia una habitación llena de arcas e impregnada del dulce y saludable olor a grano. Indicó dos sillas para que se sentaran sus huéspedes y se apoyó en una de las arcas con expresión de desesperada tristeza. Su amable semblante se había nublado y se puso a menear la cabeza sin encontrar más palabras para expresar lo que sentía.

Volvió a prestar inmediatamente atención cuando Walter habló del hallazgo del cuerpo de su padre y de los acontecimientos que siguieron a su muerte.

—¡Su padre se habría indignado ante eso! —exclamó Joseph cuando el relato

llegó a mencionar a los ahorcados—. Esa señora es una mujer dura y despiadada. Tengo buenos motivos para saberlo. No quería que hubiera un solo inglés al lado de mi señor. Yo nunca habría dejado que viniera aquí de no ser por ella. Siempre me alegró de estar lejos de ella, desde el primer día.

Cuando Walter habló del ataque al castillo, los bondadosos ojos de Joseph se encendieron de pronto.

—¡Bien y valientemente hecho! —exclamó—. Soy de Engster, y muchos paisanos míos debieron haber intervenido en eso. ¡Me jugaría mi parte de dicha eterna!

—Todos los hombres de Engster estaban con nosotros —dijo Tristram.

Walter había tenido buen cuidado de no mencionar el papel que Tristram y él desempeñaran en el asunto. Joseph Maule alzó rápidamente la vista y miró alternativamente a uno y a otro.

—Esperaba oírlo —dijo—, aunque no dudaba que ustedes dos estuvieran metidos en el asunto. ¡Bravos muchachos! Y ¿por eso han huido ustedes a Londres?

Walter asintió con un movimiento de cabeza.

—Puede que nos sea necesario salir del país por un tiempo.

—Aquí en Londres estarán ustedes seguros —repuso el exescudero meneando la cabeza con positiva expresión de certeza—. Puede ocuparme de ello, y me alegraré de hacerlo, Londres es como el mar. Una vez que se desaparece en esta ciudad, la ley nunca vuelve a dar con el fugitivo. Muchos habrá dispuestos a prestarles ayuda.

La pared que había detrás de él estaba cubierta de recuerdos de sus épocas de cruzado; su cota de mallas, bruñida tan reciente y celosamente, brillaba como cristal, y la tosca túnica de hilo colgaba a su lado, así como su pica, afilada, como cuando fuera una amenaza para las costillas sarracenas, su maza de armas, sus estribos de hierro, y algunos curiosos ejemplares de armamento oriental, como una cimitarra y una gualdrapa de cuero color púrpura. Al ver que las miradas de sus dos visitantes estaban fijas en aquellos belicosos recuerdos, sonrió placenteramente.

—¡Épocas bravías eran aquellas en que seguí a mi señor Rauf a las guerras de Oriente! —exclamó—. Pero éramos dos, y en Wat Stander confiaba para que lo siguiera donde el combate era reñido. ¡Oh, yo tuve mi parte de toma y daca, pero era más útil en buscar alimentos, instalar las tiendas en buen orden y cuidar a los caballos, pobres bestias fieles! ¡Valiente Wat! ¡Nació y se crió en Londres, y su brazo era tan fuerte con la maza o la espada como la de cualquier caballero!

—¿Fue muerto?

—Nunca lo supimos a ciencia cierta. Quizá haya sido tomado prisionero, y si así ha sido, confío en que nuestro Padre Misericordioso se haya compadecido de él y le haya librado prontamente de esta vida. No nos quedamos allí hasta el fin. Los franceses, al mando del buen rey Luis habían partido el año anterior y lo único que

vimos fueron escaramuzas de frontera. Nada útil podía hacerse allí, pero la lucha fue encarnizada y sangrienta mientras duró. Vi caer a Walter en momentos en que nos dispersaba una carga de aquellos clamorosos diablos oscuros. ¡Dios se apiade de su alma! Era un buen camarada y un buen hombre de armas.

Hubo un rato de silencio, y Walter sacó el pergamino de su bolsillo.

—No nos proponemos mezclarle en nuestras dificultades —dijo—. Así, pues, le diré lo que nos ha traído aquí, a su casa, y luego nos iremos. Quería entregarle esto.

—Entonces tiene usted que leérmelo, señorito. Puedo barajar números en mi cabeza como el mejor, pero cuando se trata de escritos, bajo las armas.

Walter leyó el mensaje en voz alta. El exescudero se mostró profundamente conmovido por las referencias que de él se hacían y se pasó el antebrazo por los ojos.

—Me siento orgulloso de que me haya tenido en buen concepto —dijo, cuando terminó la lectura—. Si quiere usted venir conmigo, Walter de Gurnie, cumpliré con las instrucciones que mi señor Rauf me dio hace unos cuatro años.

Se dirigió hacia la puerta y Walter lo siguió. En el momento en que se volvían para subir por la escalera exterior, dos niños de corta edad llegaron corriendo del patio trasero y gritando a plena voz:

—¡Abuelito! ¡Mira, hemos puesto una trampa, y quizás haya algún pato salvaje para cenar!

—¡Vamos, niños, vamos! —los regañó el abuelo—. Ya deberíais saber que las aves salvajes nunca vuelan por el humo de la ciudad. Lo único que podéis esperar cazar son ratas. Y ¿qué es ese modo de conducirse? ¿No veis que tengo una visita?

Y mientras subían los inseguros escalones, el comerciante en granos miró por sobre su hombro y se rió:

—He sido bendecido con mis nietos. Tengo un hermoso lote; doce, ni uno menos.

—Y ¿viven todos aquí con usted?

—Sí, por desgracia. No es que no me guste tenerlos conmigo, sino que me duele la mala suerte de sus padres. Mi hermosa y pequeña Wencie murió de mal de pecho, y su marido se contagió de ella. Y luego, mi buen Nick, que siempre andaba pensando en la luna, no hizo caso al grito de *¡Beauseant!*, que resonó detrás de él en la calle y un caballero templario lo atropelló con el caballo. Conand, el único hijo que me queda, me ayuda en mi trabajo, y su Elsie le ha resultado una esposa muy prolífica. Sí, tengo doce y hay uno más en camino, de Adehala.

Un tercer chicuelo, mucho menor que la robusta pareja que se hallaba abajo, estaba agazapado en el descanso de la escalera, oculto el rostro detrás de los entrelazados brazos. El chico trató de alejarse sin alzar la vista.

—¡Gilly! —exclamó el abuelo—. ¿Qué haces aquí, muchacho?

El niño se detuvo enseguida con expresión de intenso alivio.

—Creí que me perseguía el gigante con su manojito de serpientes —balbuceó—.

Harry y Toby dijeron que iba a venir aquí hoy y que se llevaría a todos los niñitos de los cuales podría echar mano.

—Les voy a sacudir el polvo de las posaderas por haber dicho eso —declaró Joseph, acariciándole el pajizo cabello al chicuelo—. El gigante no viene hoy, y aunque viniera, no tengas miedo Gilly mío, yo me encargaría de él. Le partiría la cabeza, como hice con los infieles.

—Sí, abuelito. Estaba seguro de que así lo harías. Pero temía que el gigante me cogiera antes.

—Bueno, ahora vete abajo con Harry y Toby. Un nieto mío no debe tener miedo a los gigantes.

Contempló con afectuosa mirada la bajada del chiquillo.

—Es Gilbert, el segundo hijo de mi Wencie. Lo llamamos El Andariego, pues cuando se siente inquieto pasea por todas partes. ¿Advirtió usted que no le dije que no había gigantes al acecho de pequeñuelos? No quería quitarle el miedo. El temor a los gigantes hace que la vida a los niños le ofrezca mayor interés.

La habitación en que entraron estaba en los fondos de la casa. Gran parte de ella estaba destinada a ser depósito de sacos de grano y semilla, apilados hasta el techo. En el fondo había una cama extraordinariamente ancha, sin cabecera ni pies. Al ver que Walter se asombraba ante aquellas inusitadas proporciones, Joseph explicó que aquella cama la había construido él mismo.

—Mi buena mujer murió hace unos años —dijo—. Si hubiera vivido, habría sabido cuidar mejor de los nietos. Los niños seguían naciendo, y yo creí enloquecer. Construí dos camas como ésta. Los muchachos duermen aquí; los seis, Harry, Toby, Joseph, Timothy, Gilly el Andariego y el pequeño John. La otra cama está en el cuarto de abajo y en ella duermen las seis chicas. ¡Qué chasquidos de lengua cuando se van a dormir!

—No he visto más que varones —dijo Walter—, y estaba empezando a preguntarme si no tenía usted nietas.

—Sí, media docena de cabecitas alocadas. Hoy tienen lección de costura, y cuando hayan terminado, este lugar parecerá cubierto de mariposas.

Después de explicar, disculpándose, la necesidad que tenía de almacenar sus mercaderías en toda la casa, Joseph empezó a apartar los sacos de grano hasta dar con una pequeña bolsa que había estado bajo las demás en la pila. La puso a los pies de la cama, y, después de abrir la navaja que llevaba a la cintura, la dejó al lado de la bolsa.

—Es el escondite más seguro que se me ocurrió —dijo con una sonrisa de satisfacción—. Hace cuatro años, mi señor Rauf me la entregó y la oculté en este rincón. Nadie la ha visto desde entonces. Lo que encontrará aquí tenía que serle entregado cuando llegara el momento. Ábrala, Walter de Gurnie. Mis nietos barrerán el grano.

Salió de la habitación haciendo un guiño de satisfacción, y Walter le oyó gritar mientras bajaba las escaleras:

—Vamos, chiquillos, un poco menos de ruido.

El contenido de la bolsa se derramó en la cama, y los dedos de Walter tropezaron con una bolsa más pequeña oculta entre los granos de maíz. Era de terciopelo; estaba cerrada con una correa de cuero y tenía bordada en un costado la cruz de gules de Bulaire. El muchacho la sopesó y oyó en el interior un ruido de metal. Luego la dejó caer sobre los cuadros escarlatas de la colcha y se quedó mirándola por largo rato con brillantes ojos.

—¡Hace cuatro años! —murmuró—. Padre, ¡tanto tiempo hace que pensabas en mi bienestar!

Tenía la seguridad de que aquella bolsa estaba llena de oro, pero en ese momento la naturaleza de ese inesperado legado no le pareció tener importancia alguna. Estaba henchido de orgullo y agradecimiento por no haber sido relegado, al fin y al cabo, con obsequios puramente simbólicos y un destino al servicio del Rey. No estaba claro el motivo por el cual su padre había dispuesto esa forma de asegurar su futuro, pero ni ello parecía tener importancia.

«Pensó lo bastante en mi para arreglarlo todo de este modo», se dijo varias veces, brillantes los ojos ante aquella prueba del amor de su padre. La desilusión que había sufrido ante las disposiciones del testamento le pareció muy mezquina, y sintió vergüenza de haberse permitido pensar tanto y tan amargamente acerca de ello. Al desatar la correa saltaron de la bolsa unas monedas de oro. Eran libras de oro, nuevas y brillantes, sin recortes en los bordes. Diez, veinte, infinidad de monedas, que tintineaban orgullosamente y parecían hacerle guiños con su dorada promesa de seguridad y riqueza. Trató de contarlas por montones de diez, pero sus dedos estaban tan temblorosos que los montones se deshacían y tenía que volver a empezar continuamente. Tardó algún tiempo en tener las monedas amontonadas y contadas. ¡Cuatrocientas libras! ¡Una verdadera fortuna!

Walter no abrigaba duda alguna acerca de lo que iba a hacer con el dinero, pero extasiado durante varios minutos, dejó que su imaginación se figurara los diversos destinos que podría darle. Se imaginó a sí mismo montado en un caballo de ricas gualdrapas, orgullosamente encabritado ante Engaine, con una pluma en el sombrero y una espada de acero de Toledo al costado, mientras sus espuelas tintineaban con los movimientos de la cabalgadura. Pensó en entrar temerariamente en el cuarto de trabajo de su abuelo sin ser llamado y sin necesidad de que Wilderkin oficiara de intermediario en la conversación y derramar sobre la mesa dinero bastante para recuperar, comprándolas, algunas de las fanegas de tierra quitadas a Gurnie. Se dijo que eso último debía hacerse, pero como no se atrevía a regresar a Gurnie, habría que cumplirlo de otro modo.

Absorto en aquellas agradables especulaciones, no advirtió en un primer momento que una puerta interior acababa de entreabrirse y que un niño muy pequeño estaba observándolo por la rendija. Por último, el chicuelo estornudó y Walter se volvió en aquella dirección.

—¿Quién eres? —preguntó Walter al niño.

Soy John —contestó el pequeño—. Soy el menor de todos. Los demás me llaman John el Añadido.

—Y ¿eres añadido? ¿Te tienen en menos los demás por ser más pequeño que ellos?

—No me dejan intervenir en todos sus juegos —contestó el chiquillo alzando la cabeza con orgullo—. Cuando mi abuelo está presente, son buenos conmigo. Él les daría una buena zurra si no me dejaran jugar. A veces me hace sentar a su lado a la mesa, y me corta las presas más tiernas. Creo que soy el favorito de mi abuelo.

—No estés muy seguro de ello, John. No estoy dispuesto a creer que tu abuelo sea de la clase de hombres que tienen favoritos. Es un hombre muy honrado y justo. Y ahora, John el Añadido, ¿quieres tener la bondad de bajar y pedirle a tu abuelo y a mi amigo que suban?

Cuando Tristram y el exescudero entraron en la habitación, Walter señaló el oro amontonado sobre la cama.

—Mi herencia —dijo con orgullo—. Fue dejada aquí hace cuatro años, en las manos más honradas del mundo. Mi padre sabía lo que hacía al confiársela a Joseph.

Joseph pareció intimidado ante aquel franco elogio.

—Mi señor Rauf ha confiado en mí con relación a muchas cosas —dijo, después de lo cual vaciló y carraspeó—. Quizá se pregunte usted por qué lo mandó aquí de ese modo. Debería usted saber, Walter de Gurnie, que su esposa nunca le permitió olvidar que fue el oro de ella el que pagó todas las deudas del conde cuando volvió de la guerra. Ella sabía cómo el señor de Lessford había redactado su testamento, y no quería que nada fuera dejado a usted. El conde era un hombre de buen carácter, y... pues vivía en continuo temor de las humoradas de su esposa. Este dinero fue ahorrado para usted sin que ella lo supiera.

—Ahora tengo que entregarle un recibo, Joseph.

—No es necesario, señorito Walter, La transacción fue entre mi amo y yo. Ahora, él ha muerto. ¿Para quiénes habría de necesitar yo un recibo?

—Sin embargo creo prudente que se lo extienda. ¿Tiene usted tinta y pluma?

Joseph se rió.

—¿Tinta y pluma? Soy un pobre comerciante en granos y no un estudiante.

Tristram estaba contemplando los montones de oro con incrédulos ojos.

—Es toda una fortuna, Wat —dijo—. Poco sé del valor del dinero, pero me parece que con esto podrías comprar todas las propiedades de Bulaire.

—Eso no, pero creo que bastará para realizar un plan que tengo en la mente. Joseph, con lo que tenemos aquí, ¿pueden dos hombres viajar hasta el Cathay?

El exescudero pareció asombrado.

—¿Al Cathay? Ningún cristiano se ha aventurado a llegar tan lejos, señorito. La distancia es terrible, y el camino está frecuentado por dragones y magos malignos.

Pues enfrentaremos a los dragones y magos malignos. Pero ¿tendremos lo bastante para pagamos el viaje?

Joseph hizo con la cabeza una señal de asentimiento y de sombría certeza.

—Sí, con lo que tiene allí puede usted ir a cualquier parte del mundo. Pero debería ser prudente y no hacer saber que lleva ese oro en la bolsa. Hay ladrones por todas partes, y astutos orientales, seres mucho más temibles, se lo aseguro, que todos los dragones y magos malignos.

Walter se volvió hacia Tristram.

—He concebido un plan. Quiero convertir este oro en una fortuna inmensa, y ¿dónde habría mayores probabilidades que en aquellas fabulosas tierras del Cathay? Una fortuna para cada uno de nosotros, Tris. Y también quiero ver las maravillas de Oriente. Esa idea me la dio tu gran maestro de Oxford, Roger Bacon. Tenemos que enterarnos de los secretos del Cathay y traerlos con nosotros a Inglaterra. Roger Bacon sabrá darles buena aplicación. Nos haremos tan famosos como ricos. Y aún tengo otro propósito que quizás hayas adivinado ya.

Hizo una pausa.

—Bueno, Tris, ¿quieres venir conmigo?

Tristram había estado contemplándolo con nublados ojos.

—El viaje es largo. Me pregunto, Wat, si tienes clara conciencia de lo que significaría tu plan.

De pronto se le iluminó el rostro con una lenta sonrisa.

—¿Crees acaso que te dejaría ir solo? No, Wat, iría contigo aunque no tuviésemos una sola moneda entre los dos.

Walter le palmoteó alegremente la espalda.

—¡Mi valiente amigo! Sabía lo que ibas a decir. ¡No me quedaba duda alguna!

Luego añadió afectuosamente:

—¡Idiota integral! ¡Siempre estás pronto para cualquier riesgo sin un solo pensamiento para tus propios beneficios, ni la seguridad de tu tremendo cuerpo! Muy bien, pues, saldremos juntos. Ese arco tuyo, mi buen Tristram, sembrará el camino del Cathay con huesos de dragones muertos.

—Comprendo que una palabra de apaciguadora cautela no les sentaría bien a sus estómagos —dijo Joseph—. Es hora de almorzar. La comida de mi mesa resultaría mucho más sabrosa si ustedes me hicieran el honor de compartirla. Les advierto que serán platos sencillos y que habrá mucho ruido. Mucho es lo que tienen que decir

doce lenguas jóvenes.

—A mi vez tengo que advertirle que tenemos buen diente —dijo Walter—. Hace tres días que no hemos comido bien. Dejaríamos a usted sin comida, lo cual no es poco decir con tantas bocas que llenar. Esos niños han de ser una carga pesada, Joseph. Me gustaría dejar una de estas monedas a cada uno de ellos. ¿Qué dice? Usted me ha guardado noblemente este dinero.

—¡No, no! Me enorgullezco de que usted lo considere así, señorito Walter. Pero me va bastante bien con el comercio de granos. Cuando muera, habrá un poco para cada uno de ellos. Eso y un nombre honrado. ¿Qué más han de necesitar?

Hubo una larga pausa.

¡Sí, tendrán un nombre honrado! —exclamó Walter—. Creo, Joseph, que es la mejor herencia que podrían pedir. Yo sé lo que significa carecer de él.

Sus sentimientos lo vencieron, y se sorprendió dando el motivo que determinaba sus planes y que no había mencionado antes.

—En cuanto puedo recordar, nunca me han tratado sino de «bastardo», como si no tuviese sentimientos que pudieran resultar heridos. Mi abuelo nunca me ha dirigido la palabra directamente. Sólo he visto tres veces a mi padre, y no se me permitió seguir su cuerpo hasta la tumba. Ya viste, Tris, como andaban las cosas en Oxford y lo que tuve que aguantar allí.

»Me voy al Cathay —prosiguió con un repentino apasionamiento que no pudo reprimir—, porque es la única forma que conozco para modificar todo eso. Es un país rico, y dicen que allí puede recogerse el oro en la calle. Pronto volveré con la bolsa repleta de oro, rubíes, esmeraldas y diamantes. Seré un hombre famoso y la gente me tratará con respeto. Entonces no se reirán de mi ni me llamarán “bastardo”. Compraré tierras y tendré también un nombre que me pertenezca. Hasta puede que regrese para casarme con la muchacha a quien amo —añadió después de una pausa.

Un molesto silencio había caído sobre la habitación. Tristram había vuelto la cabeza, pero era evidente que se compadecía de su amigo. Walter recogió su bolsa, que había dejado al lado de la cama, y sacó el copón.

—Hay otra cosa más que arreglar antes de que me vaya. Tengo que enviar dinero a Gurnie. Tengo que preocuparme por el bienestar de mi madre. Quizá Joseph quiera hacer lo necesario. No sería prudente que yo me mostrara en Londres ni en Gurnie.

Y puso a LUKE EL MÉDICO con reverencia sobre la cama.

—Es el objeto más hermoso que haya visto en mi vida. ¡Miren qué precioso es el cincelado de plata! Es un copón muy antiguo, y estoy seguro de que ha sido fabricado en Oriente.

Lo contempló con la mayor atención y advirtió que había pequeños rubíes y esmeraldas incrustados en el pie y que el borde estaba ricamente labrado.

—¿Cuánto cree que podrá valer?

—Mucho —dijo Joseph—. Pero supongo que no pretenderá usted venderlo, ¿no es cierto?

Walter meneó resueltamente la cabeza.

—Nunca lo venderé. Me lo legó mi padre. Pero no puedo llevarlo conmigo, y quizá pueda dejarse en garantía de un préstamo a uno de esos mercaderes de Lombardía. ¿Quisiera llevarlo, Joseph y preguntar cuánto me darían por él?

—Sí, haré por usted el mejor negocio que me sea posible. ¿Desea que el dinero lo mande a Gurnie?

—Primero hay que deducir diez chelines para cada uno de sus nietos. Insisto en esto, Joseph. Y quiero que mi madre se entere de lo que me propongo hacer. No puedo arriesgarme a visitarla antes de salir del país.

—Será más seguro para usted embarcarse en otro punto cualquiera que no sea Londres —declaró Joseph—. Un primo mío trabaja en el comercio francés. Navega entre Portsmouth y Brest. Una palabra mía y lo dejaré a usted en seguridad en tierra francesa.

Walter hizo una señal de asentimiento y sonrió a Tristram.

—Parece que ambos estamos decididos para nuestro viaje. ¿No se te aceleran los latidos del corazón al pensarlo? El mío me golpea en el pecho y mis pies están prontos a marchar al compás de *El Viejo de la Montaña*. Sacó las botas de cuero de su bolsa y las sostuvo en el aire.

—Este regalo de mi padre me lo llevaré conmigo. Me pondré estas botas cuando visite la corte de Kublai Khan.

III

Ya había anochecido cuando Walter llegó a casa del sacerdote que custodiaba el Tesoro en St. Frideswide. Había dejado a Tristram en una posada en las afueras de la ciudad y esperaba arreglar sus asuntos tranquilamente a cubierto de la oscuridad.

—Walter de Gurnie —dijo el padre Francis, revisando sus libros con minuciosidad de miope—. Un saldo de diecinueve chelines y siete peniques. Es una bonita suma, joven. No querrá usted la totalidad, ¿no es cierto?

—Sí —dijo Walter—. Me voy de Oxford, padre Francis.

—Siempre ocurre lo mismo —suspiró el sacerdote—. La muerte del conde, su padre, ha modificado así los proyectos de usted. Cuando un hombre llega a tener bienes propios, considera que la instrucción no es ya necesaria. Tenemos que confiar aquí en hijos menores y estudiantes pobres que desean mejorar su situación en la vida.

Y miró a Walter con repentina severidad.

—Sea humilde y discreto, hijo mío, ahora que se aventura usted en el mundo.

Walter salió a cumplir su segunda diligencia con una sensación de inmenso alivio en aquella grisácea ciudad que tanto quería. La mujer que le indicó la casa de piedra, cerca del Puente Sur, donde vivía Roger Bacon, se santiguó y murmuró una apresurada plegaria para su colete. El muchacho se confesó a sí mismo que el lugar era siniestro. La casa estaba derruida en parte y Walter tuvo la sensación que desde las sombrías y abiertas ventanas unos ojos estaban fijos en él.

Su llamada resonó en la oscura torre, y tuvo que repetirla antes que del interior se oyera una voz:

—¡Adelante, adelante!

Por dentro de las paredes de piedra de la torre había una escalera de caracol, y el muchacho empezó a subir con cierta vacilación. Estaba seguro de que todo cuanto se decía del fraile Bacon eran habladurías de viejas, no obstante lo cual se sobresaltaba al oír cualquier ruido y no se atrevió a alzar la mirada hacia la oscuridad en que desaparecía lo alto de la escalera.

Su sentido común le volvió en cuanto entró en la habitación de la cual saliera la voz. Roger Bacon estaba sentado cómodamente en un sillón con un manuscrito frente a sí. Una frugal comida servida en un plato de estaño yacía a su lado en el suelo; un trozo de pan de centeno, una enorme cebolla y una pequeña rebanada de queso con venas azuladas. El cuarto estaba desnudo en todo el sentido monástico. Su mobiliario se componía del sillón en que estaba sentado el fraile, un jergón de paja en un rincón y un bargueño contra la pared. El bargueño, sólido mueble de nogal, estaba cubierto de libros y manuscritos. Walter dejó escapar la mirada en aquella dirección, porque los libros eran cosa rara, aun para los estudiantes de Oxford.

—¿Qué quieres, hijo?

Al verlo tan de cerca por primera vez, Walter sintió una sensación de reverencia por la majestad del rostro de Roger Bacon. Aquel semblante presentaba un interés tan insólito que llegaba casi a ser bello. Ese hecho no surgía en modo alguno de los rasgos, pues la nariz del fraile parecía un peñasco que surgiera bajo una frente descomunadamente ancha, y la boca tenía una melancólica suavidad de líneas. Walter resolvió que aquella sensación la producían los ojos, que eran enormes y oscuros. Aquellos ojos eran extraordinarios, pues atraían y lo mantenían a uno en su poder. Nada, en realidad, había que fuera totalmente inglés ni siquiera totalmente humano en el rostro de aquel extraño eclesiástico, que bien podría haberse adaptado entre los sabios que hicieran cierto viaje memorable una noche a lomo de camello o en un consejo celebrado en el Monte Olimpo.

Walter lo miró, atento y enmudecido, hasta que el fraile se sonrió y repitió:

—¿En qué puedo servirte?

—He asistido a una de sus clases hace un mes, aunque mi nombre no figura en su matrícula. Recuerdo todo cuanto nos dijo, y en particular lo que afirmó usted sobre las tierras del Cathay. He venido a decirle que salgo para allá.

Roger Bacon dejó de lado su manuscrito y prestó plena atención a su visitante.

—¿Te das cuenta, hijo mío —preguntó— que nunca ha regresado hombre alguno que tuviera la temeridad de hacer lo que dices estar tratando de realizar tú?

La austeridad de su expresión había sido substituida por una sonrisa tan cariñosa que Walter empezó a sentirse más a sus anchas con él.

—Estoy seguro de que mis piernas son lo bastante firmes para llevarme hasta allí y traerme devuelta —dijo Walter.

Bacon quedó sumido en sus pensamientos por un rato.

—Soñé con ir al Cathay cuando tenía tu edad —dijo—. A veces aún me acomete ese deseo, aun cuando sé que nunca he de ver ese gran país. Si tuviera los poderes mágicos que algunas personas me atribuyen —añadió y parpadeó al llegar a esa altura de su peroración—, los usaría para hacerme atravesar los mares y desiertos y dejarme en el Cathay. ¡Qué cosa maravillosa sería escuchar sus secretos de los labios de sus sabios!

—Quizá pueda yo buscar las cosas que usted quiere saber propuso Walter.

—Hijo mío, ¿por qué arriesgas tu vida de ese modo? Se me ocurre que eres de cuna noble y que tus perspectivas son buenas. Puedes contar con una vida agradable y provechosa aquí en Inglaterra.

—Por el contrario, todas las apariencias parecen demostrar que mi vida tendrá un fin próximo y bastante poco agradable —contestó Walter—, y empezó a relatar lo ocurrido en Bulaire, repitiendo hasta las palabras por medio de las cuales se había negado a considerarse atado al Rey.

Bacon escuchaba con gran atención.

—Poco sé de nuestro joven Rey —dijo por fin—. De él dicen que *abundat dulcibus vitiis*. Pero aun cuando sus vicios sean dulces, le producirán mala impresión los informes que le lleguen a tu respecto. Estoy de acuerdo en que te conviene salir del reino por un tiempo al menos. Y si tienes que irte al extranjero, ¿por qué no probar el camino del Cathay? —añadió después de alguna reflexión—. La ruta del Oriente no es más peligrosa que los caminos de Europa. Es triste cosa el pensarlo, pero los ladrones más feroces y rapaces se encuentran en el mundo, cristiano. Puedes desechar los relatos que hacen de dragones y de bestias de varias cabezas. Tales seres no existen.

Se puso de pie y se dirigió hacia el bargueño. Con exploradora mano halló un lugar detrás de los libros, y se oyó el ruido de un panel oculto al abrirse. De aquella abertura sacó el fraile un mapa.

—Estoy seguro de que esperabas algo muy diferente —dijo el fraile extendiendo el mapa sobre las rodillas—. ¿Creíste acaso que iba a sacar las Eneadas, los libros de magia de Oriente, cuya sola vista significa la muerte para los no iniciados? ¡Qué absurdo! ¿Cómo podría la vista de la escritura, una de las mayores bendiciones de la humanidad, causar la muerte? Nunca he visto las Eneadas, y dudo mucho de que existan. Estoy seguro de que Simón el Mago era un charlatán, así como Merlín. Sé que están convencidos de que me paso el tiempo aquí quemando hiel de pulpo con madera de aloe para producir terremotos y otras cosas igualmente disparatadas. Hijo mío, soy un estudioso de la ciencia y mi interés se reduce a hechos comprobados. Desecha toda esa basura de tu espíritu si te propones serme de alguna ayuda. No son los hechizos ni las encantaciones de Oriente lo que quiero, sino los descubrimientos prácticos que han realizado y los métodos que tienen para aplicarlos.

Se inclinó hacia adelante, mientras los ojos le ardían de intenso fulgor.

—Estoy seguro de que todos los males del mundo, de este mundo ignorante, sucio y cruel, pueden curarse a tiempo por medio de la ciencia que se obtiene al estudiar las leyes de la naturaleza. Y que no pueden curarse de otro modo. Ahora déjame que te enseñe este mapa —añadió con tono más normal—. Abarca el mundo conocido del este, desde Constantinopla a la tierra del preste Juan, que linda con el Cathay. Aquí está marcado el mejor camino a seguir, de Antioquía a Babilonia y desde allí al Ilkhan; país que en general se conoce por el nombre de Persia. Desde allí atraviesa las calurosas tierras al norte de las Montañas Nevadas. Te daré este mapa, hijo mío, porque es el más preciso que existe, aun cuando haya sido dibujado por manos mahometanas.

Y la seria expresión de su semblante hizo lugar a una sonrisa.

—¡Hasta qué punto pueden los sentimientos religiosos cegarnos a veces a la verdad! Porque los hombres de Oriente son paganos se considera maligno conceder

que hagan mejores mapas que nosotros. Son hábiles dentro de los límites de sus posibilidades. Por otra parte, nosotros los cristianos hacemos mapas como si fueran cuentos de hadas para niños. ¡Y pensar que por decir semejante cosa podrían meterme en una celda oscura por el resto de mi vida!

El mapa había sido dibujado en pergamino rígido, y, aunque muy viejo, estaba en buenas condiciones. Las líneas de los caminos eran fáciles de seguir, y los puntos geográficos estaban marcados con claridad. Walter lo dobló, agradecido, y se lo guardó bajo el jubón. Roger se inclinó hacia adelante, y se quedó mirando escrutadoramente a su visitante. Había cambiado de modales.

—Puedo ver lo que tienes escrito en el rostro —dijo en voz baja—. Ahora estoy seguro de que llegarás al Cathay y que, además, lograrás volver. ¡Ah, hijo mío, qué afortunado destino!

Sus ojos parecían mirar a lo lejos.

—Ha llegado una mano que ha llamado a mi puerta y me ha abierto los ojos. Hay un cielo del azul más brillante que haya visto jamás; un azul encendido de fuego. Un hombre está sentado en un trono sostenido en los lomos de cuatro elefantes y miles de otros hombres de rostros prudentes y serenos lo siguen. Puedo verte con la mayor claridad. Estás montado en un caballo, llevas ceñido un sable curvo y hay una rica piedra que te cuelga de un collar. Puedo ver templos de curiosas formas y oír campanas que tocan a lo lejos.

Su entusiasmo se comunicó a Walter, que escuchaba con jadeante interés mientras el fraile seguía narrando con ardiente fervor las extrañas visiones que le llenaban la imaginación. Las palabras que decía evocaban una tierra de ardientes colores, llena de hombres extraños y de vistas y sonidos nuevos.

Al rato, la voz se apagó. Roger Bacon suspiró, se pasó una mano por el rostro y volvió a sentarse erguido en su sillón.

—No me doy cuenta cabal de lo que he estado diciendo. Soy propenso a estos ataques y no tengo, idea alguna de lo que son. Quizá lo que vea sea verdad, gracias a un don de Dios que ha reducido nuestros sentidos comunes a una percepción limitada a las cosas que nos rodean inmediatamente. Quizá, por el contrario, sólo sean imaginaciones absurdas, hervidero de disparates que acuden a la mente cuando la nave de la razón empieza a levar el ancla. Sólo estoy seguro de una cosa; de que esta particularidad mía que tan rara vez se manifiesta no tiende a la infantil magia de las encantaciones pronunciadas sobre fuego de tripas de ranas, ni de hierbas recogidas a la luz de la luna llena.

Volvió a pasarse la mano por los ojos y se puso a hablar en un tono de voz completamente normal.

—Ahora, hijo mío, tenemos que hablar de cosas más prácticas. Ven, comparte conmigo mi pan y mi cebolla, y mientras comemos te diré lo que has de buscar

cuando llegues al reino de Kublai Khan.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO QUINTO. ANTIOQUÍA

I

Los dos ingleses habían resuelto no entrar en Jerusalén montados en mulas, como tantos peregrinos hacían en memoria de la entrada de Cristo, pero se detuvieron en una caballeriza en las afueras de la ciudad, donde alquilaban cabalgaduras con ese propósito, a precios prohibitivos. Walter se enteró de que el dueño de la caballeriza era un griego; aquélla era, pues, una oportunidad que no había de perderse; podía poner en práctica sus conocimientos escolares de la lengua clásica en un uso vulgar y, además, le sería posible obtener algún consejo acerca del camino a seguir para el Cathay. Y descubrió, con gran satisfacción, que podía hacerse comprender.

Al enterarse el griego de que los ingleses se habían propuesto ir al Lejano Oriente por mar, meneó la cabeza.

—Mucho más rápido y seguro es seguir la ruta por tierra —dijo—. Sigán mi consejo, jóvenes, y diríjense a Anthemus de Antioquía. Él se ocupará de que lleguen ustedes bien.

Y un brillo de codicia se le reflejó en la mirada.

—Deberán ustedes recordar, de decirle que yo, Alejandro, el del camino de Joppa los he enviado a él —añadió.

—¿Nos cobrará mucho?

—El alquilador de caballos soltó una carcajada tan sonora que un grupo de peregrinos, que avanzaban lentamente por la polvorienta calle, se volvieron a la vez para mirar.

—Anthemus los desollará vivos —dijo, encantado.

—Entonces, ¿por qué nos manda usted a él? Somos pobres y no tenemos recursos para engordar la bolsa de ese Anthemus de Antioquía.

El griego señaló a la pared que tenían a sus espaldas donde había una doble A pintada en enormes caracteres rojos.

—Anthemus es dueño de este lugar —dijo—. No saco de los beneficios más que una miserable pitanza. Encontrará usted la señal AA en muchas paredes de Jerusalén al llegar, y en todas las poblaciones de los alrededores. Creo en verdad que las haría pintar hasta en el mismo Sepulcro si se atreviera. La verán ustedes en las alforjas de los camellos de todas las caravanas que cruzan el desierto. Anthemus tiene pleno dominio sobre todo el comercio de Oriente. Es el hombre más rico del mundo.

Esa vez le tocó reír a Walter.

—Es evidente que tenemos que eludir las garras de su opulento Anthemus.

El griego meneó varias veces la cabeza con mezcla de admiración, envidia y temor.

—Tendrán ustedes que acudir a él lo quieran o no. No tienen otro modo de llegar a aquella lejana tierra. Sus caravanas viajan seguras, pues tiene influencia en todos

los países y paga tributo hasta a las tribus de bandidos del desierto.

—Mi amigo y yo estamos preparados para los peligros —declaró Walter—. No esperamos encontrar un viaje fácil como una excursión a Canterbury. Habrá seguramente mercaderes que se contentarían con un beneficio razonable y a los cuales podríamos acudir.

El griego meneó vigorosamente la cabeza.

—Mi consejo, jóvenes peregrinos, es no probar con otra gente. Si no están ustedes prontos a aceptar las condiciones de Anthemus, vuélvanse pues a su país en cuanto hayan visitado los Santos Lugares.

Y cogió a Walter de la manga en un esfuerzo por convencerle.

—Si acudiera usted a algún otro no llegaría lejos. Él se ocuparía de que así fuera. Una noche, oirían ustedes un horrible griterío mientras una banda de esos diablos del desierto atacaba su campamento. Y entonces ya no llegarían a saber más nada de este mundo.

—Parece usted resuelto a ganarse su parte de los beneficios.

El encargado de las caballerizas desechó esa suposición.

—Si ustedes acudieran a él, mi única recompensa sería un rezongado elogio. Escúchenme. ¿Qué creen ustedes que le ocurriría a cualquier negociante en caballos que se instalara aquí para alquilar acémilas en competencia con nosotros? Pues una mañana lo encontrarían degollado de oreja a oreja. Si llegan ustedes a comprar reliquias santas en Jerusalén, pueden estar seguros que en última instancia el beneficio irá a parar a la bolsa de mi amo.

Y de pronto torció el gesto.

—Es el mayor canalla de todo el Oriente, pero todos tienen que acudir a él.

—Bueno —dijo Walter después de una larga pausa—. Le prometo ir a Antioquía y visitarle antes de adoptar una resolución.

—Interponga usted ante él alguna palabra de recomendación para mí —pidió el alquilador de caballos—. Últimamente no parecía estar muy contento conmigo.

II

La entrada del establecimiento de Anthemus era alta e imponente. Walter se detuvo en los escalones de mármol verde y dijo a Tristram:

—Por este portal puede que entremos en una tierra de grandes aventuras.

Tristram había descubierto que el calor de Oriente era más difícil de soportar para él que para su compañero. Su rostro ostentaba un aspecto rojizo y curtido. Su jubón de arquero, otrora elegante, estaba tan manchado e impregnado de polvo que apenas se le reconocía. La pluma de faisán que llevaba en su sombrero caía, desgarrada y pelada, y las letras se le habían borrado de los guantes.

—Repito que dudo de la prudencia de venir aquí —contestó meneando, desconfiado, la cabeza—. Algo muy perverso tiene que haber en un hombre que hace del Santo Sepulcro un mercado para obtener beneficios.

—Pero no podemos esperar llegar al Cathay sino por su intermedio. Es probable que nos despoje hasta de nuestras ligas, pero tenemos que tomar las cosas como se nos presentan. En cuanto al hombre en sí, es indudablemente un gran bribón, pero ha de haber algo de genio en él.

Tristram volvió a mover la cabeza más desconfiado aún.

—Es un vicario del diablo, Wat. De todo trato con él no puede salir sino mal.

Las puertas se abrieron ante su llamado, y ambos amigos fueron recibidos en la casa por un hombrecillo de delgados bigotes, con un aro de oro que le colgaba de la nariz. Le cubría la cabeza un turbante rojo y estaba envuelto en una túnica no demasiado limpia, atada al cuello con un enorme moño.

Se dirigió a ellos en una lengua que los jóvenes no conocían, y cambió de idioma con idéntico resultado. Meneando la cabeza, hizo un tercer intento, esta vez en latín:

—¿Qué desean ustedes, señoritos?

El conocimiento de Tristram de aquel lenguaje clásico era de los más rudimentarios, de modo que a Walter le tocó contestar.

—Deseamos conversar con Anthemus de Antioquía. Venimos del Oeste, y tenemos el propósito de viajar al Cathay. Quizá pueda convenirse que nos unamos a alguna de sus caravanas.

—¡Al Cathay! —exclamó el hombrecillo, cuyos ojos se redondearon tanto que adquirieron una expresión casi felina—. Eso es muy extraño. Yo también voy al Cathay. Ustedes son cristianos, y podríamos hacer el viaje juntos.

Mas de pronto cambió de expresión, y añadió en tono de súplica:

—Pero soy un sacerdote nestoriano. Soy el padre Theodore, de Ispahan. Comprendo que deben ustedes considerarme con desprecio y burla.

Los dos visitantes se miraron, intrigados. Sabían que los nestorianos formaban parte de una rama asiática de la Santa Iglesia, pero sus conocimientos no iban más

allá. Antes de que pudieran formular pregunta alguna, el padre Theodore les hizo señas para que entrasen y ordenó a un sudoroso gigante de ébano que cerrara las verjas.

—Ustedes nos desprecian —prosiguió, bajando la cabeza en un exceso de humildad—. Es cierto que tenemos nuestros siete misterios y que no estamos obligados al celibato. Algunos de nosotros hasta tienen varias mujeres. Deben ustedes comprender —añadió apresuradamente—, que yo no soy casado. No es que crea en el celibato de los sacerdotes. Es sencillamente porque hasta ahora ninguna joven me ha..., me ha llenado los ojos, como podrían ustedes decir.

Se hallaban en un jardín cuya belleza original había sido destruida por pisadas de camellos. Estaba desocupado por entonces, pero un perceptible olor a animales les atacaba desagradablemente el olfato. Al pensar en la alta bóveda del vestíbulo de aquel palacio, con sus hermosos mosaicos y el globo prismático que colgaba de una cadena de oro, Walter se asombró ante ese contraste de grandeza exterior con la utilidad comercial interior.

El padre Theodore hizo una pausa para formular una pregunta:

—¿Es cierto que el verdadero propósito de las últimas Cruzadas no era el de liberar el Santo Sepulcro sino el de lograr poderío y aplastar la iglesia nestoriana?

—El único propósito de las Cruzadas —declaró Walter con una risotada— fue expulsar a los musulmanes de Jerusalén. Pocos hombres de los que tomaron la Cruz eran los que habían oído hablar de los nestorianos.

Habían entrado en un vestíbulo tan alto que los sonidos producían en él un largo eco. El padre Theodore bajó instintivamente la voz.

—Otra cosa es lo que se dice. Y por cierto que hemos oído perturbadoras noticias de los ambiciosos planes de los Papas de ustedes. Pero nunca triunfarán. Estamos más cerca de la verdad divina que ustedes, y jamás podremos ser vencidos.

Al rato agregó:

—Ahora voy a pedir una audiencia para ustedes a *Kyrios Anthemus*. Le sirvo de intérprete, pues conozco muchos idiomas. Pero ustedes deben comprender que sólo es un medio para un fin. Lo elegí como modo fácil de llegar al Cathay. Mi misión es ir allí y predicar la verdadera fe.

El piso bajo del palacio estaba destinado por entero al comercio. Atravesaron habitaciones literalmente abarrotadas de todas las clases de mercaderías concebibles; armaduras de todas las variedades, desde los toscos broqueles de cuero de los cojinetes mongoles hasta los enormes sables corta huesos que sólo los armeros de Damasco sabían forjar; encantadoras porcelanas del Extremo Oriente, brillantes productos de artesanía del desierto, cueros repujados de Marruecos; gruesos misales de hojas de borde dorado, enjoyados breviarios y reliquias de los Santos Lugares. Vieron incontables piezas de las más ricas telas, pesados terciopelos, sedas tejidas

con el derretido sol de los cálidos cielos, brocados tan pesados que parecían capaces de sostenerse solos. Los vestíbulos estaban impregnados de olores a especias, tan apreciadas por los europeos: jengibre, clavo de olor, nuez vómica y pimientos picantes.

Walter codeó a su amigo y murmuró, extasiado:

—¡Es nuestra primera visión de las riquezas de Oriente! Estas tierras son de promisión y abundancia. Ya siento en la sangre un amor por Oriente.

Le habría gustado tener la oportunidad de inspeccionar aquellos fabulosos depósitos, pero el padre Theodore los apremiaba hablándoles en su aguda y meticulosa voz de rivalidades eclesiásticas. Llegaron por último a una gran habitación en que esperaban numerosas personas. Era un departamento lujosamente adornado y tan ricamente amueblado como una antesala de emperador. Los sillones y divanes eran de bronce, y estaban cubiertos de blandos cojines. Había mesas trípodes, también de bronce, sobre las cuales se exhibían fuentes de tentadoras frutas frescas. Colgados del techo, se agitaban silenciosamente unos abanicos, que enviaban corrientes de aire fresco por el cuarto.

La mirada de Walter se posó en uno de los ocupantes de la habitación, enorme oriental que empequeñecía el sillón en que estaba sentado. La barba de ese gigantesco ejemplar estaba dividida en tres partes; tenía el cabello trenzado en rodetes sobre las orejas y sus ojos, cuya mirada había fijado en los recién llegados, parecían prontos a saltársele de las órbitas de pura ferocidad. Su traje resplandecía de magnificencia; vestía una túnica de amaranto bordada en oro, ceñida por un cinturón en forma de serpiente, y calzaba unas altas botas con flechas de oro bordadas en la caña.

—Es un personaje muy importante de la región de Manji, del Sur del Cathay, donde reinan los emperadores Sung —murmuró el padre Theodore, al advertir el interés que demostraba Walter—. Ha sido llamado por Kublai Khan debido a la información que puede proporcionar para la guerra contra Manji. Se llama Lu Chung, y se le conoce por el mote de El Ave que Empluma su Nido.

—¿Hay guerra en Cathay?

El sacerdote asintió.

—Kublai Khan ha jurado dominar el país entero. Hasta ahora, ha tenido poco éxito. Se dice, y con razón, que luchar contra el pueblo chino es como hundirse en un almohadón de plumas. No se encuentra resistencia, mas el almohadón vuelve inmediatamente a su forma primitiva. Ése es el motivo por el cual el Gran Khan ha mandado por Bayan.

—Y ¿quién es Bayan?

—¿No han oído hablar ustedes de Bayan, el de los Cien Ojos? —exclamó el sacerdote en un tono que insinuaba que semejante ignorancia excedía lo concebible—. Es el mejor general que haya visto el mundo. Es mongol, pero como mi país ha

estado bajo la dominación mongol por muchos años, manda los ejércitos del Ilkhan. Sus soldados dicen que lo ve todo; que llega a percibir una zanja en el camino a media legua de distancia, y una mancha de polvo en una punta de flecha. Por eso lo llaman Bayan, el de los Cien Ojos. Kublai Khan lo hizo venir de Persia. Saldrá de Maragha, nuestra nueva capital, dentro de los dos próximos meses.

Al oír estas noticias, Walter intensificó su atención.

—Ese Bayan viajará con una gran comitiva, sin duda —dijo—. Y se me ocurre que andará con rapidez.

El padre Theodore extendió los brazos para acentuar su énfasis.

—Le declaro que será la mayor caravana que haya cruzado el desierto. Anthemus irá pronto a Maragha, llevando regalos para el joven general, así como para Kublai Khan. Son presentes magníficos.

El sacerdote hizo una pausa y prosiguió en voz baja.

—No pueden ustedes concebir, jóvenes, lo difícil que es reunir regalos para el Gran Khan. Siempre pide nueve veces nueve de todo. Así, pues, cuando se trata de mujeres hermosas...

—¡Mujeres! ¿Eso es lo que manda Anthemus?

Una expresión de ávido interés se reflejó en los redondos ojos del sacerdote.

—Naturalmente. Es el regalo que el Khan aprecia más. Están reuniendo a ochenta y una de las criaturas más hermosas de la tierra. Yo mismo he tenido la suerte de ver a algunas de ellas. ¡Ah, jóvenes, qué bellezas de Egipto con misterio en la mirada de azabache, deleitosos pimpollos de fucsias de Grecia, bocados de frágil oro de las tierras circasianas, alegres jovenzuelas de Georgia de incitantes sonrisas y hermosas y ondulantes caderas! Ese regalo no dejará de valerle a Anthemus la concesión que pretende.

—Pero ¿qué puede esperar ganar un mercader de Antioquía con una guerra en el Cathay? —preguntó Walter—. ¿No interrumpirá su comercio?

—¡No, no! Anthemus es un hombre de visión. Se da cuenta de que el botín será grande. Cuando el ejército de Bayan se apodere de las ciudades del Sur, la riqueza de siglos enteros le caerá entre las manos. Anthernus desea el privilegio de vender esos tesoros en los mercados cercanos y hasta en las grandes ciudades de Europa. Kublai Khan podría pagar el costo entero de la guerra con el botín obtenido en esa forma. ¡Y qué beneficios que realizará Anthemus! ¡Ah, jóvenes, serán colosales!

Mientras escuchaba, a Walter se le había ocurrido una idea. Con entusiasmo murmullo, dijo a Tristram:

—Llegamos en el momento propicio para hacer fortuna. ¡Qué suerte que hayamos resuelto ver primero a Anthemus!

Un fuerte toque de gong resonó a la distancia. El padre Theodore contó los golpes y luego hizo un gesto con la cabeza a los dos ingleses.

—Es para mí. Tengo que ir inmediatamente. Quédense aquí, señores, y trataré de arreglar para que los reciba en cuanto tenga un momento libre.

Tomaron asiento y aguardaron, y Walter se puso a explicarle a su compañero cuanto le habían dicho. El gigante Lu Chung, que no había separado la mirada de ellos, estiró una mano y se puso a comer unas frutas de la fuente más cercana. En pocos minutos, enormes bocados desaparecieron en su garganta. Comió enormes uvas rojas sin consideración alguna por las semillas. Se metía dátiles por un costado de la boca, e instantáneamente los huesos le aparecían por el otro costado. Granadas, melocotones y ciruelas desaparecían con fuertes ruidos de masticación. Y mientras ocurría todo aquello, la expresión de beligerancia en el semblante de El Ave Que Empluma Su Nido no desaparecía por un solo instante.

Walter había empezado a estudiar a los demás ocupantes de la habitación y prestaba especial atención a una mujer que estaba al lado de Lu Chung y parecía ser su duplicado en femenino. Ostentaba una prodigalidad tal de grasa que a cada movimiento parecía estar a punto de hacer estallar las costuras de su túnica escarlata. Tenía el cabello rojizo (color extraño en una cabeza asiática), y sus mejillas, cubiertas de polvos color ocre, le colgaban de unos salientes pómulos de mástín.

—Tris —murmuró—, esa extraña pareja podría pasar por ser la del Dios de la Guerra y su esposa, Pestilencia.

Tristram se revolvió, incomodo, en su asiento.

—Lo que acabas de decirme no me hace feliz —dijo—. Los ejércitos mongoles son un flagelo del diablo. ¿Te propones unirte a ellos? Sería mucho mejor lugar del otro lado.

Walter guardó silencio por un rato.

—Marchemos o no al lado de este Bayan de los Cien Ojos, no dejará de dispersar a los ejércitos chinos como hojas al viento. ¿Acaso debiéramos dejar que este mercader se quede con todas las ganancias? Podríamos sacar nuestra parte con la conciencia completamente limpia.

—¿Estarán nuestras conciencias completamente limpias, Wat?

—¿Te parece que en cambio deberíamos buscar el santo Grial? —replicó Walter meneando la cabeza con determinación—. Todos los castillos en que viven los caballeros más nobles de la cristiandad están llenos de botín. Los ingleses se lo arrebatan a los franceses. Los franceses lo sacan de España, Italia y Países Bajos. En todo castillo de Europa hay trofeos de las Cruzadas, no todos ellos quitados a las poblaciones sarracenas.

Miró con seriedad a su compañero como exhortándolo a comprender.

—No infringiremos ley alguna de caballería si recogemos una pequeña parte del saqueo de este país oriental. Ninguno de nosotros puede darse el lujo de ser un santo caballero andante, si aún existe gente de esa especie tan fabulosa. Tienes que mejorar

tu posición en la vida, Tris, y yo tengo que encontrar un medio de adquirir tierras.

Y después de un momento de silencio, añadió:

—No tengo intención de volver a poner los pies en tierra inglesa hasta no tener los medios de hacerme un hombre honesto. No quiero ser ya el bastardo Walter de Gurnie. Prefiero ser un vagabundo en la faz de la tierra y seguir obligado a ganarme la vida, y qué modo más discutible que el formar parte de los ejércitos mongoles.

—¿Estás realmente tan convencido a ese respecto?

—Apenas si pienso en otra cosa. ¡Si sólo estuviésemos a tiempo!

—¿Tan enamorado estás de la heredera de Tressling?

Walter asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, ¡que el cielo me ayude! No puedo borrarla de la imaginación.

El padre Theodore apareció en el marco de la puerta y les hizo una señal.

—Anthemus los recibirá ahora. Está de extraordinario buen humor. El peor calificativo que me puso fue el de piojoso mal nacido. Generalmente me trata mucho peor y llega hasta acusarme de abominaciones carnales. Tienen ustedes suerte, jóvenes, de encontrarlo en tan buen estado de ánimo.

—¿Quién es esa corpulenta mujer? —preguntó Walter cuando hubieron salido de la habitación—. Me causa una impresión siniestra.

El turbante del sacerdote se agitó en señal de asentimiento.

—Nada lo bastante malo puede decirse de ella. Comercia en *ohins*, el tráfico de mujeres, y Anthemus le ha encomendado que se haga cargo de su remesa. No será tarea fácil mantener a ochenta y una muchachas en la mano, pero Hoochin B'abahu es muy capaz de ello. Le interesará a usted saber que el grupo de muchachas ya ha sido elegido. Anthemus acaba de elegir a la última. Mandará a la más hermosa de sus hermanas.

—¡Una hermana! —exclamó Walter.

El padre Theodore lo miró, lleno de asombro.

—Y ¿por qué no? No podría hacerle al Emperador mejor cumplido que mandándole una muchacha de su propia sangre.

—Pero la está enviando a la esclavitud —protestó Walter—. Me cuesta creer que haya un hombre capaz de semejante monstruosidad.

—Si la muchacha se conquista el favor del Khan, vivirá el resto de su vida en la mayor magnificencia. Se llama Maryam, y tengo entendido que es una gran belleza. Es seguro que el Khan la distinguirá.

—¿Ha sido consultada ella?

El sacerdote hizo una pequeña pausa para gozar de su risa.

—Las mujeres siempre tienen que obedecer las órdenes del jefe de la familia. ¡Qué ideas extrañas tiene usted! ¿Acaso importa tanto, teniendo en cuenta que tiene al menos otras diez hermanas? Su padre tuvo muchas mujeres, de modo que Maryam

no es más que media hermana suya. Y —prosiguió con tímida expresión—, se murmura que han existido dudas sobre su paternidad. Parece que en la casa había un esclavo, un soldado occidental apresado en la lucha por Jerusalén —añadió después de una pausa, pues así empezaban la mayoría de las anécdotas obscenas en Oriente—. Era alto y guapo, y muchas mujeres lo miraban con buenos ojos; de eso no cabe la menor duda. Ni puede saberse si la madre de la muchacha fue una de ellas, pero, cosa bastante natural, el viejo Alexander, padre de Anthemus, adoptó la medida de práctica. Hizo que mataran al esclavo.

La magnificencia de aquella fantástica casa llegó a su culminación cuando entraron en el cuarto en que iba a recibirlos Anthemus. Aquella sala se hallaba en el centro del palacio y estaba situada precisamente bajo el *baudegeer* (sistema de aberturas practicadas en el techo para captar el viento). Una continua corriente de aire fresco bajaba de una abertura practicada sobre el sillón en que estaba sentado el amo. El resto de la habitación estaba tan caldeado que producía una sensación de ahogo. Aquel sillón había servido indudablemente una vez de trono a algún reyezuelo, pues en su respaldo tenía una corona incrustada de piedras preciosas. Una pata de aquel sillón se había roto, y, cosa extraña, había sido substituida por una sencilla barra de metal. Los pisos y paredes estaban cubiertos de los más finos tapices, y frente al sillón, había una especie de percha de la cual colgaban muestras de telas que estaban en venta.

En un primer momento, Anthemus no les prestó atención. Era un hombre joven, muy corpulento, de cabeza calva y redonda y de redondeado rostro en el cual brillaban, soñolientos, unos ojos de caídos párpados. Estaba vestido con el evidente propósito de hacer juego con el lujo de su sillón. Lo cubría desde el cuello a los pies una túnica blanca de angostas mangas y de puños bordados de perlas. Sobre aquella túnica vestía un palio color púrpura, pieza de rica tela de dos pies de ancho, ajustada al cuello y que llegaba al suelo. La parte trasera de aquel palio la había recogido con el antebrazo izquierdo. Hasta su calzado, de cuero color púrpura estaba bordado con piedras preciosas.

En un rincón de la sala una hermosa muchacha de brillante cabello negro estaba tostando castañas sobre un brasero de carbón de leña. Después de pelar una de ellas con rápido movimiento de dedos, la hundió en miel, y, después de espolvorearla con corteza de casia, se dirigió hacia su amo y se la metió en la boca. Anthemus la masticó entre sus grandes dientes, suspirando de placer.

Sólo cuando hubo terminado de comer la castaña se dignó echar a sus visitantes una mirada directa. Luego dijo al sacerdote en voz baja algo que el hombre tradujo a los visitantes con agradable sonrisa.

—Pregunta qué quieren los perros occidentales.

—Sé un poco de griego —dijo Walter en aquel idioma—. Quizá ahorraríamos

tiempo si hablara directamente con él.

Los adormilados ojos del mercader se fijaron en él.

—Es poco común que un bárbaro hable el único idioma civilizado —gruñó—. ¿Qué eres? ¿Un semisacerdote como esta bestezuela babosa?

—Estudié griego en la Universidad de Oxford —contestó Walter, hablando con lentitud con el objeto de hacerse comprender mejor—. Mi compañero y yo nos proponemos ir a Cathay, y nos han dicho que *Kyrios Anthemus* iba a enviar allí una caravana especial. Pensamos que podía arreglarse que fuésemos con ella.

—¿Están ustedes preparados a pagar buen precio?

—Somos estudiantes pobres y nada podemos pagar. Pero podríamos serle de gran utilidad a usted. Mi compañero es un excelente arquero y podría ayudar mucho en la custodia de la caravana.

Anthemus examinó a Tristram con una mirada hostil.

—Podría alquilar una docena de guerreros por el costo de la comida que ese buey habría de consumir —dijo, volviendo su mirada a Walter—. Y usted, ¿qué podría hacer? Antes que trate usted de explicarse, quiero que comprendan que cada minuto de mi día tiene que reportarme un beneficio. Quiero sacar beneficio de esto aun cuando sea necesario despojar a ustedes de todas sus ropas y arrojarlos desnudos a la calle. De modo que no traten de atraerme complicaciones. Sean breves.

—Ningún europeo ha estado jamás en Cathay y regresado con vida —dijo Walter—. Si logramos hacerlo, seremos bien recibidos en cualquier corte europea por las narraciones que podremos hacer. Mi proposición es que actuemos como agentes de usted ante los reyes y hombres ricos de Europa.

La muchacha regresó con otra castaña. Anthemus la comió pensativamente.

—Tengo agentes en todas partes —dijo—. Judíos, lombardos, los mercaderes más astutos que puedan encontrarse. ¿Qué podría hacer por mí un majadero como usted que no puedan hacer ellos?

—Walter se rió, por comprender que el plan que considerara cuando se aludiera por primera vez a la guerra estaba cebándose en la mente del mercader.

—¿Acaso es necesario expresar la respuesta en palabras? Sus agentes exigen una participación completa en las ganancias. Usted podría reducir lo que nos pague a una fracción de lo que le cuestan sus banqueros lombardos.

Anthemus se pasó por los labios el suave dorso de una blanca mano.

—Tiene usted una astuta cabeza sobre los hombros, al fin y al cabo, mi joven halconzuelo. Lo pensaré.

Y de pronto, como ladrando, preguntó:

—¿Qué idiomas habla usted?

—Como usted ve, hablo un poco de griego.

—Muy mal, por cierto.

—Hablo bien el latín y el francés. Hasta sé un poco de árabe —prosiguió Walter mientras, pensaba: «¡Qué suerte haber elegido esas materias de estudio!».

Anthemus entró en silenciosos cálculos.

—¿Tiene usted una idea de lo que me costaría equiparle apropiadamente para visitar las cortes de Europa? Primero, una comitiva de criados orientales para impresionar a la gente con sus regalos. Habría que vestir a usted con lujo. Sería necesario repartir regalos. Me costaría una fortuna.

Y mordió con fuerza una tercera castaña.

—¡Y tendría que hacerlo confiado en ustedes!

Por entusiasmado que estuviera con la conversación, Walter no dejó de observar que la muchacha se demoraba cerca de ellos innecesariamente y que le estaba echando tímidas miradas por el rabillo de sus brillantes ojos negros. El mercader pareció haber advertido también el hecho, porque de pronto estiró una mano y le dio una sonora palmada en las nalgas a la chica.

—¡Oye! —gritó—. ¿Es absolutamente necesario que le coquetees a otros que no sea yo? ¡Ven aquí! Ahora quédate donde estás y mírame en los ojos. ¿Qué crees que estoy viendo? Estoy viendo tu regordete cuerpecillo estaqueado en las ardientes arenas, cubierto de hormigas. Miles de hormigas, y cada una de ellas tiene una mordedura enloquecedora. Así es como trato a aquéllas de mis muchachas que demuestran interés por otros hombres, y es lo que va a ocurrirte la próxima vez. ¡Vete ahora!

La muchacha salió corriendo del cuarto llorando, histérica. Anthemus se volvió hacia sus visitantes y prosiguió su interrogatorio.

—¿De dónde vienen ustedes?

—De Inglaterra.

—¡Inglaterra, tierra del gran Melec Ric de memoria siempre viva, de Ricardo Corazón de León y cabeza obtusa! ¡De Eduardo, el de los largos zancos, que estaba por aquí hace dos años martillando a los sarracenos como buen soldado! Ustedes, los ingleses, tienen el brazo fuerte pero la cabeza floja. Me pregunto si algún inglés tendrá capacidad para servir a Anthemus del modo que éste pretende ser servido.

—Eso queda por probarse.

El mercader pasó una burlona mirada por sus visitantes.

—Los miserables andrajos que visten ustedes me reportarían muy poca ganancia, aun si tengo en cuenta el valor del juguete que su larguirucho amigo lleva al hombro. Tengo que buscar mis beneficios de otro modo.

Movió la cabeza como si dudara de la prudencia de su resolución.

—Voy a enviar una caravana de avanzada a Maragha dentro de unos días. Tomen sus disposiciones para partir con ella. Irá con ustedes un contingente de mujeres. No demuestren interés en ellas. Ser pasto de las hormigas es una forma de muerte muy

desagradable.

III

Habían recibido instrucciones de quedarse en la habitación. Como Anthemus estaba ocupándose de otras cosas, se dirigieron a una de las ventanas y se sentaron. Se encontraron ocultos por un ábaco, aparato de calcular muy usado en Oriente. Era tan enorme, que sus bolas de marfil tenían varias pulgadas de diámetro. Walter tuvo la certeza de que sólo se utilizaba como símbolo.

—¿Qué pasó? —preguntó Tristram en un murmullo apenas perceptible.

—Creo que está arreglado. Tenemos que salir con el primer grupo —le contestó Walter entusiasmado—. Tris, estamos de suerte. Llegaremos a Cathay muy pronto y no habrá riesgo alguno. El único dragón escupidor de llamas que podemos encontrar es el mismo Anthemus.

—Sin haber entendido una sola palabra de lo que dijo, me disgustó el individuo. ¿Podemos confiar en él?

Walter meneó la cabeza.

—Es una bestia cruel y calculadora. Pero lo he convencido de que podemos serle útiles, y eso es lo único que vale para un hombre de su especie.

Tristram se movió en su asiento y sonrió a su compañero para compensar lo desagradable de las palabras que iba a pronunciar.

—Espero, Wat, que no tomes a mal lo que voy a decirte. Desde que llegamos a Oriente no eres el mismo. Estás tan preocupado con tus planes, que no has tenido un pensamiento para otra cosa. Aun cuando estuvimos en Tierra Santa tu espíritu se hallaba en otra parte. Lo mismo cuando visitamos el Monte de los Olivos y vimos dónde habían descansado los pies de Nuestro Salvador. Durante todo el camino a Antioquía desde Jerusalén no hiciste sino mirar hacia adelante, y observé que rezongabas ante todo alto, toda visita a los Santos Lugares. Ese estado de ánimo no es sano, Wat. Me veo obligado a decírtelo, aunque temo que interpretes mal mis motivos.

Después de un rato, Walter asintió, sombrío.

—Por entonces no lo dije, pero me sabe mal haber perdido el tiempo que hemos gastado en llegar aquí. Es una triste confesión, Tris, tienes razón en cuanto dijiste de mí; no soy el mismo de antes. Hay en mi interior algo que no puedo resistir, un impulso apremiante que me murmura que he de darme prisa, que el tiempo es poco y lo que hay que hacer, mucho. Cierto es que no puedo pensar en otra cosa.

—Tienes que tratar de descansar, Wat. Comprendo lo tentador de la aventura, pero todo está en manos de Dios. Si llegas a realizar lo que te propones, será porque Él lo habrá querido.

—Lo sé. Lo mismo me he dicho muchas veces. Pero sin embargo ese impulso sigue apremiándome.

—No has de creer que te echo la culpa. Cuando expresé mi aprensión por luchar con los mongoles no quería que creyeras que me faltaba voluntad para hacerlo. Todo cuanto resueles hacer será justo para mí, o al menos haré lo imposible por considerarlo justo. No es a mí a quien le toca comentar tus acciones ni tus motivos para obrar. Eso tienes que saber que te lo digo desde lo más profundo del corazón.

Walter apoyó su mano en el brazo de su amigo.

—Somos socios a título de igualdad en todo, Tris. Siempre has de decir lo que pienses, sin vacilar. Sé lo que vale tu criterio, viejo amigo. ¿Abrigas alguna duda acerca de la prudencia de este paso? ¡Dila, hombre, si la tienes!

Tristram sacudió la cabeza.

—Sólo me preocupa lo que tienes en la mente y en el corazón. ¿Podrán prosperar tus planes si te entregas a ellos tan completamente? Vuelve a ser tú mismo, Wat, y yo me aventuraré contento contigo en este largo camino. Hasta si es necesario lucharé con buena voluntad bajo las órdenes de Bayan el de los Cien Ojos.

Mientras hablaban, Tristram no había dejado de observar lo que ocurría en la habitación. De pronto se le dilataron los ojos de asombro. Volviéndose en la misma dirección, Walter vio que por una puerta interior había entrado una muchacha. Se detuvo en el marco, fija la mirada en el corpulento hombre sentado en el sillón.

—Mira, Wat —susurró Tristram—. Esta debe ser la hermana de que te habló el sacerdote. Y por cierto que es muy hermosa.

Walter aún estaba demasiado ocupado con lo que habían hablado para prestar mucha atención a la recién llegada. La muchacha parecía bastante pequeña a pesar de su larga túnica de hilo que le caía, recta, de los hombros. Había algo insólito en ella, debido quizá al hecho de que aunque tenía el cabello negro y la piel de color oliva, sus ojos eran de un azul brillante.

Anthemus estaba diciendo en enojado tono:

—No te he mandado buscar, Maryam.

—Ya lo sé. Pero aquí estoy. Acabo de enterarme de lo que te propones hacer conmigo.

—¡Ven aquí, rata casera, y trae en seguida a la china! —gritó Anthemus dirigiéndose al padre Theodore.

Y volviéndose hacia la muchacha, el mercader empezó a hablarle con enfurecido tono. La muchacha se adelantó lentamente por la habitación hasta quedar directamente ante él. Si Walter no hubiera estado observando a Anthemus con vivo interés por el carácter de su futuro amo, habría advertido que la muchacha enfrentaba a su formidable hermano con más valentía de la que podía esperarse. Tenía el cabello corto, que le rodeaba la cabeza en apretados rizos oscuros. Su rostro estaba vuelto a medias hacia los ingleses, destacando una inconfundible pureza de rasgos helénica, aunque carecía de la nariz recta de los griegos.

Contestaba a su hermano en tono bajo e insistente, que a veces subía hasta alcanzar una nota de apasionada protesta. Varias veces pareció a punto de soltar las lágrimas, pero casi siempre mantuvo la cabeza erguida, sin rastros de temor.

—Lo está enfrentando —murmuró Tristram—. Espero que logre hacerle cambiar de resolución.

En la burlona cara de Anthemus nada había que pudiera alentar aquella esperanza. Los dedos del mercader jugaban impacientemente con las bordadas costuras de su palio, y la fija mirada con que contemplaba a la muchacha era totalmente hostil.

Cuando el padre Theodore regresó con la china, la discusión se hizo tripartita. La muchacha acusó temor ante el formidable aspecto de Hoochin Babahu, y en un primer momento apenas si pudo hablar. Walter observó que la muchacha tuvo un movimiento de retroceso cuando la pelirroja alcahueta le puso la mano en el hombro. Aquello no era de asombrarse, pues los pequeños ojos de azabache hundidos en la amplia y pintarrajeada cara la miraban con fría apreciación de subastador.

La conversación se desarrollaba en un idioma que Walter no reconocía. Tenía algo gutural, y el muchacho iba a enterarse más adelante que era el poligloto lenguaje de los caminos de Asia, mezcla de muchas lenguas. La voz de la muchacha había vuelto a alzarse en insistente nota. Una vez, en respuesta a algo que dijera la china, gritó una contestación inconfundible en cualquier idioma. Era: «¡No, no!». Hoochin Babahu replicó *¡Tiimu, tiimu!*, que evidentemente quería decir «¡Sí, sí!». Cuando la muchacha movió la cabeza, la china se lanzó en una larga y vehemente peroración. Anthemus empezó a impacientarse.

Basta de charla —dijo en griego—. Ya estoy resuelto. Vuelve a tu sitio y prepárate a obedecer cuando llegue el momento.

Maryam irguió la cabeza y contestó con clara voz:

—Yo también estoy resuelta. No iré. Prefiero matarme.

—¡Quiero que me obedezcas, terca mujerzuela! —le gritó su hermano y levantándose enfurecido, cogió a la muchacha de los hombros y empezó a sacudirla—. Deberías saber que siempre hablo en serio. ¿Llegarás a comprenderlo de una vez por todas? Di, ¿llegarás a comprenderlo?

Las sacudidas fueron cada vez más violentas, a medida que crecía la furia del mercader. La muchacha luchó por desasirse, pero no pudo eludir sus garras.

—¡Suéltame, suéltame! —dijo, jadeante.

El rostro se le estaba poniendo de color púrpura con el esfuerzo, pero Anthemus no dejaba de sacudirla.

—Te soltaré cuando me hayas asegurado que no vas a causar más molestias —dijo—. No antes.

—¿Dejaremos que esto siga así? —preguntó Tristram en ansioso murmullo, mientras su mano se deslizaba hacia la empuñadura de la daga que llevaba al cinto.

Antes de que pudieran intervenir, la muchacha se levantó la falda lo bastante para mostrar un desnudo pie calzado por una sandalia de cuero rojo. Casi instantáneamente el pie se levantó del suelo mientras la muchacha se inclinaba hacia adelante con todas sus fuerzas. Con la punta de la rodilla debió haber alcanzado a Anthemus en la boca de su redondo y vulnerable estómago.

El hombre quedó tan sofocado que no alcanzó a dar un grito. El rostro se le tornó inexpresivo y cayó lentamente al suelo, inertes los brazos y las piernas, cual pulpo que ha sufrido una herida mortal. Cayó recostado en una pata del sillón y allí quedó inmóvil por un rato. Cuando pudo volver a respirar, la muchacha había desaparecido por la puerta porque entrara.

El padre Theodore se precipitó corriendo hacia los dos ingleses.

—Creo que será mejor que se vayan antes de que recobre el conocimiento — balbuceó—. Espérenme afuera.

De vuelta en la antesala, desierta ya, los muchachos se miraron sonriendo.

—Nuestro nuevo amo parece ser un individuo terrible —dijo Tristram, en cuyo rostro una expresión de seriedad había sustituido a la sonrisa—. ¿Qué crees que le hará a la muchacha?

—Creo que nada violento —contestó Walter—. Al fin y al cabo, es un objeto de valor. A menos que me haya equivocado acerca del carácter de nuestro amigo Anthemus, nunca destruirá deliberadamente nada que tenga valor comercial.

—La muchacha demostró valor —dijo Tristram—. Me... Me entusiasmó mucho.

—Sí, tiene agallas. Y ¿no te parece bonita? No la miré muy bien.

—Es la muchacha más bonita que he visto.

Las ideas de Walter con respecto a los grados de belleza femenina se relacionaban bajo todos los aspectos con la dorada visión de Engaine.

—Parece un poco oscura de tez —dijo—. Y tiene un extraño peinado. ¿Será femenino usarlo así tan corto?

—Me gusta así. Quizás se acostumbre usarlo de este modo en Oriente.

—Una cosa advertí en ella —dijo Walter con una sonrisa—. Tiene un pie muy pequeño. ¡Y sabe usarlo muy bien!

Un cuarto de hora después, se les unió el padre Theodore.

—Está enfurecido —dijo el sacerdote, enjugándose el sudor que le cubría el rostro con los extremos del moño que llevaba al cuello—. La escena fue de lo más desagradable. Ha resuelto enviarla en seguida. La primera caravana saldrá por la mañana, y ustedes tendrán que aprontarse para salir con ella.

Y miró a Walter con un nuevo respeto.

—Parece haberle caído en gracia a Anthemus, joven. Al menos está seguro de que le resultarán ustedes útiles. Ya ha impartido instrucciones para que los preparen para el viaje. Yo tengo que esperar y acompañarlo a él en la segunda caravana. Sin mí —

añadió con orgullo—, estaría perdido. Entre tanto, tengo que darles una lección sobre el lenguaje que se habla en los caminos. Sólo tenemos esta noche para que aprendan algo de él.

Cuando salieron a los jardines, el sol estaba hundiéndose en el horizonte con aquella rapidez que aún causaba asombro a los dos ingleses. Ya trepaban las sombras por las paredes, cubiertas de enredaderas, que destacaban su agradable irregularidad en los famosos jardines de Antioquía. Empezaba a reinar la placidez del atardecer y se advertía en el ambiente una bienvenida frescura. Se oía el sonido de unas campanas que tañían a la distancia.

—Es una lengua bastante fácil de aprender —dijo el sacerdote—. Siempre ha habido una mezcla de medios de comunicación para todas las razas que se confunden en los caminos y en las ferias, pero ese idioma ha estado cambiando mucho en los últimos años. Los mongoles dominan todo el continente, de modo que la mayoría de las palabras son mongoles. Esta lengua no tiene nombre, pero yo la llamo *Bi-chi*, lo cual significa Yo-tú.

Al rato agregó:

—Claro está que hay también algunas palabras chinas. Para empezar, deben ustedes llamar China al país donde van. Cathay es una denominación que se aplica en particular a la parte septentrional, que actualmente se halla bajo la dominación mongol. Toda la parte meridional, el país de Manji, gobernada por el emperador Sung, se llama China, y sus habitantes, chinos.

—Tendrá usted que darme la primera lección a mí —dijo Walter—, pues mi amigo ha olvidado lo poco de latín que sabía. Yo a mi vez le explicaré todo a él. Y ¿qué harán ahora con la hermana de Anthemus? —añadió ansiosamente.

El sacerdote hizo un gesto de indiferencia con la mano.

—La castigarán, como es natural. Anthemus se preocupará por ello.

—¿Será severo el castigo? Mi amigo y yo nos sentimos muy preocupados por ella.

—No hay por qué preocuparse. Anthemus tendrá buen cuidado de que emprenda el viaje en buenas condiciones, aunque eso vaya contra sus inclinaciones. Ninguna de sus otras hermanas podría ser enviada en su lugar. Todas ellas son gordas y morenas, y mi amo sabe perfectamente bien que el Khan no le agradecería un regalo semejante. No, no, y ésa es la ventaja que lleva la pequeña Maryam. Saldrá del paso sólo con las nalgas un poco doloridas.

E hizo una astuta sonrisa.

—¡Qué hermosas nalgas! ¡Redondas y suaves como las de un niño de pecho!

Tristram, por supuesto, no había podido seguir la conversación. Se inclinó de pronto hacia adelante y le tocó el brazo a Walter.

Me siento inclinado a creer la versión de que el padre de la muchacha era un

esclavo cristiano —dijo—. ¿La observaste atentamente, Wat? Tiene ojos azules. ¿Sabes en qué he estado pensando? ¡En que son ojos ingleses!

IV

—¡Que Dios os reciba en el reino de los cielos! Este chico será el criado de ustedes —dijo el padre Theodore empujando ante sí a un diminuto chicuelo de sonriente rostro negro bajo un enorme y sucio turbante.

El chico se puso una mano en el pecho y dijo:

—*Bi*, Mahmoud ibn Asseult.

—Así se llama —explicó el sacerdote—. Mahmoud es un buen chico. Yo mismo lo escogí para ustedes. Es un trabajador animoso y robará cuanto necesiten ustedes. Proviene de la región del Mar Rojo y creo que tiene algo de abisinio.

—Pero ¿hemos de necesitar un criado? —preguntó Walter.

—¿Han cargado ustedes alguna vez un camello? —preguntó a su vez el sacerdote, con un dejo de impaciencia en el tono—. ¿Alguna vez han estacado alguno para pasar la noche? ¿Son ustedes ágiles de dedos? No se puede andar en una caravana sin robar las cosas que hacen falta. Pueden ustedes estar seguros de que si Anthemus les proporciona un criado, es que lo necesitarán de veras. Acéptenlo y muéstrense agradecidos.

El muchacho tenía indudablemente algo de sangre africana, pues su nariz era achatada y sus labios, gruesos; además, la oscuridad de su tez se debía a algo más que los efectos del sol del desierto. Por otra parte, tenía cierto parpadeo y un animoso modo de poner los brazos en jarras totalmente ajeno a la severa dignidad de los pueblos nómadas. Su actitud expresaba mejor que en palabras:

—Me gustan ustedes, amos míos, y ya verán qué bien voy a portarme.

—El sacerdote palmoteó primero en el hombro a Walter y luego a Tristram, diciendo en alta voz:

—El amo Walter, el amo Tristram.

Mahmoud repitió con cierta dificultad:

—El amo Watter, el amo Twiss.

Luego volvió a tocarse el pecho y dijo con sonrisa aún más amplia:

—*Bi*, Mahmoud ibn Asseult.

El padre Theodore dijo algo en un idioma gutural; el muchacho se volvió y desapareció en la poblada plaza. Estaban bajo las derruidas paredes de Antioquía, que no habían sido reconstruidas desde el último ataque de los ejércitos egipcios. La plaza hervía de actividad ante la próxima partida de la caravana.

Walter señaló una parte de la plaza en que todos los camellos estaban cubiertos por gualdrapas blancas y llevaban plumas de avestruz en los arneses.

—¿Significa eso que las mujeres vienen con nosotros? —preguntó.

—Sí, todas. La segunda caravana tendrá que viajar con mucha mayor velocidad que ésta.

—Y ¿qué le pasó a la muchacha?

—Viene hoy, como dijo Anthemus.

—¿Se resignó, pues?

El sacerdote hizo un gesto despectivo.

—Ha cedido. ¿Qué otra cosa podía esperarse? Anthemus la azotó. La hizo desnudar hasta la cintura y él mismo le dio una docena de azotes. Dicen que eso ocurrió ante las demás hermanas, porque él sabía que eso iba a afectarla más que los latigazos. No soltó un quejido.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Tristram.

Temiendo un estallido por parte de su amigo, Walter contestó, sombrío.

—Te lo diré después.

—Pareces impresionado.

—Vamos a tener muchas cuentas que ajustar con Anthemus de Antioquía. Pero hemos de dejar pasar algún tiempo.

En ese momento regresó Mahmoud, que también parecía impresionado. Daba la sensación de ser un perro azotado que se acercara con la cola entre las patas. Le colgaban los labios y en sus ojos brillaba la mayor desesperación. Hasta su enorme y absurdo turbante parecía haber perdido toda su animación. Y se puso a hacerle un largo relato al sacerdote nestoriano.

—Me lo esperaba —dijo este último—. Anthemus ha sido de lo más frugal en sus arreglos. Dice Mahmoud que la tienda de ustedes es vieja y está llena de agujeros. Dice que todo cuanto les han destinado no lo tocaría ni siquiera un leproso. Los camellos son lo peor. Les han dado los tres camellos más miserables que pueden hallarse entre esta ciudad y la tierra del polvo rojizo.

—No estamos en situación de poder quejarnos —dijo Walter molesto—. Al fin y al cabo, estamos viajando a costa de su generosidad.

—Muy escasa generosidad, señores míos —dijo el sacerdote, sonriéndose despectivamente—. He aquí las acémilas.

Ya se acercaban por la poblada plaza tres camellos, conducidos cada uno por un sonriente árabe. Aunque nada entendía de camellos, Walter advirtió no obstante que aquéllos eran las bestias más escuálidas, miserables y raquíticas que hubiesen puesto sus lastimeras pezuñas en los caminos del desierto. Los ocupados cargadores dieron un paso atrás para dejarlas pasar, golpeándose en la espalda los unos a los otros y soltando fuertes risotadas de burla para los perros cristianos que iban a viajar en ellas. Hasta el padre Theodore parecía gozar del chiste.

—Los reconozco a los tres —dijo el sacerdote, riéndose tontamente—. Son proverbiales en los caminos, señores míos. El primero es Zoroastro, un montón de huesos decrepitos. Sin embargo, es el más fuerte de los tres, y creo que lo más prudente es que lo monte su amigo, el más corpulento. Luego, está Helen. No es que

los hombres se peleen por ella —añadió, gozando de su propio chiste—, sino muy por el contrario. Helen tiene la costumbre de morderles las rodillas a sus jinetes. Lo hace con astucia, cuando el jinete no está apercebido. Sus dientes son como alfileres, señores. El último es Doulahu, que significa El Cantante. Lo oirán ustedes durante toda la noche.

Y el padre Theodore elevó la voz imitando el bramido del camello.

—No los dejaré dormir hasta que se acostumbren a él.

Tristram no había comprendido una sola palabra, pero se había hecho inmediatamente cargo de la situación al ver el aspecto de las monturas que se les destinaba. Echó mano del arco que llevaba al hombro y lo dejó caer con fuerza sobre las espaldas del más cercano de los morenos y burlones espectadores. El hombre aulló de dolor y se apresuró a ponerse fuera de alcance. Los demás hicieron lo mismo, por temor a los beligerantes propósitos del alto hombre blanco.

—Haría lo mismo con ese Anthemus si estuviera aquí —declaró Tristram, enrojecido de ira—. ¿Tenemos que aguantar esto, Wat? Preferiría hacer todo el camino a pie antes que montar uno de esos animales carcomidos por las pulgas.

—Pronto cambiaría usted de opinión —advirtió el sacerdote.

Ya estaban apareciendo las muchachas, vestidas de blanco y cubiertos los rostros por espesos velos. Al mirarlas, Walter pensó en los reclutamientos anuales de vírgenes atenienses que tantos siglos atrás fueran presa del Minotauro de Creta. Advirtió, sin embargo, que aquellas bellezas criadas en los harenes no estaban tristes por la suerte que les esperaba. Charlaban entre sí y hasta de cuando en cuando soltaban alguna carcajada.

Hoochin Babahu las precedía, pisando con agresiva fuerza y volviendo la cabeza en todas las direcciones. Resultó evidente que estaba buscando motivos de queja cuando se detuvo de pronto y señaló a los camellos cubiertos de gualdrapas blancas, diciendo algo, con su aguda voz, a Lu Chung, El Ave Que Empluma Su Nido. Sólo dos palabras de las que dijo llegaron a los oídos de Walter:

—*Bi abahu...*

—¡Yo quiero, yo quiero! —parodió el padre Theodore—. Siempre quiere algo. A eso debe su nombre. Lo que en realidad necesita es una docena de palos en la planta de sus feos pies. Nos ha hastiado a todos con sus «quiero».

—¿Está aquí la hermana de Anthemus? —preguntó Walter.

El sacerdote hizo una señal de asentimiento con la cabeza.

—Su lugar es inmediatamente detrás de la vieja alcahueta. Es la mejor de todas las muchachas, y, al fin y al cabo, es hermana de Anthemus, de modo que le toca el lugar de honor. Allí la tiene; es la que monta en el camello que lleva plumas en el arnés.

Los animales se habían arrodillado bajo las órdenes de sus sudorosos

conductores, y las muchachas montaban en silla. Nada distinguía a la que se instalaba sobre el camello más vistosamente enjaezado de las demás. Walter se sintió aliviado. La muchacha no parecía haber sufrido mucho por la azotaina.

De pronto la actividad en la plaza llegó a su punto culminante. Un jinete mongol levantó el brazo y dirigió su cabalgadura hacia la brecha en el muro que otrora fuera una puerta. Hoochin Babahu introdujo su corpulencia en una litera llevada por dos caballos y la blanca procesión la siguió en fila india. La caravana estaba en marcha.

—¡En silla, en silla! —gritó el padre Theodore, contagiado por la fiebre de actividad—. Van ustedes en último lugar, pero tienen que estar listos.

Tristram hizo a su amigo una triste sonrisa.

—Bueno, si hemos de hacerlo, cuanto más pronto terminemos, mejor. ¡Vamos!

Y echó una de sus largas piernas por sobre la joroba de Zoroastro.

—Poco me gusta ser bufón de esos cerdos paganos.

—Domínate, Tris —aconsejó Walter, montando en Helen y prestando atención para prevenir cualquier intento de mordedura—. Saldremos de aquí en pocos minutos. Cuando volvamos, lo haremos montados en caballos árabes de pura sangre. Piensa en lo futuro y te sentirás mejor.

Sin embargo, la prueba resultó ser dura. Los espectadores esperaron hasta que los dos amigos se hubieron puesto en fila al terminar la caravana, y entonces estallaron en carcajadas y gritos más fuertes que nunca. Se retorcían de risa, aullando: ¡Nohuner! ¡Nohuner! (¡Perros! ¡Perros!). Unos chicos se pusieron a recoger verduras podridas del suelo y a arrojárselas a los odiados cristianos. Luego, empezaron a hacer lo mismo con excrementos de camello mientras otros recogían piedras. Walter se inclinó e hizo un gesto a Mahmoud, que iba detrás de él montado en Doulahu, para que pasara adelante. Ya llovían piedras de todas las direcciones, y los tres viajeros tenían que agachar la cabeza sobre las jorobas de sus monturas.

—¡Cruzados, cruzados! —chillaba la multitud, cuyo frenesí empezaba a invadir el terreno religioso.

De entre la multitud, el padre Theodore les gritó:

—¡Buen viaje, señoritos! ¡Animo! Ya volveremos a vernos.

—Anthemus de Antioquía —murmuró Walter—. ¡Te prometo que esta cuenta hemos de saldarla algún día!

CAPÍTULO SEXTO. MARAGHA

I

—Ha llegado un mensajero al campamento —anunció Walter, temblando de frío—. Lo manda Bayan, el de los Cien Ojos. Parece que al fin y al cabo no hemos de ver a Maragha.

Tristram se levantó de su asiento, en la tienda.

—¿Qué pasa ahora?

—Estamos retrasados, y Bayan ha resuelto salir sin más espera. Nos uniremos al grueso de sus fuerzas en un cruce de caminos a unas leguas de las puertas de la ciudad y seguiremos inmediatamente hacia el este. El mensajero dice que la segunda caravana de Antioquía es esperada en el cruce de caminos al mismo tiempo que nosotros, dentro de dos días. También se dice que Bayan está furioso por tener que llevarse a las mujeres consigo.

El alto arquero echó a andar de un lado a otro, golpeándose los brazos contra el cuerpo, para entrar en calor. Sus lecciones de *Bi-chi* no habían progresado, y aún dependía de Walter para enterarse de las noticias del campamento.

—Otro camello cayó muerto al llegar a las líneas —informó éste—. No pueden soportar el frío de las alturas. Algunas de las muchachas están enfermas. La vieja sangra por la nariz y siente un gran dolor en su enorme vientre.

—Nunca he sentido un frío como éste —dijo Tristram.

Walter había fruncido el ceño, y su nariz estaba adquiriendo un pronunciado color azulado.

—Los persas dicen con mucha unción que la tierra se divide en siete climas y que el de ellos es el cuarto, el perfecto. ¡Perfecto! Hace dos semanas nos ahogábamos en el polvo del desierto, y ahora parece que vamos a morir congelados. Sin embargo, seguimos. Maragha es un largo trecho de nuestro viaje.

—¿Siempre te sientes apremiado por tus ansias de prisa, pues?

—Lo mismo que antes —contestó Walter, con sombría sonrisa.

La oscuridad estaba cayendo con tanta rapidez que Mahmoud se había precipitado para terminar de alzar la tienda. Era aquélla la misma que Anthemus les había destinado, pero Mahmoud había encontrado nuevas maderas para el armazón y zurcido minuciosamente hasta el último agujero, de día, mientras viajaba montado en El Cantante, y de noche, después de la cena. Hasta había logrado encontrar buena cantidad de seda celeste, de aquélla que usan los mongoles para forrar sus tiendas (los ingleses se habían abstenido cuidadosamente de hacer pregunta alguna acerca del origen de esa seda), de modo que podían pasar sus horas de descanso con cierta comodidad y hasta con un toque de lujo.

Al rato, el criado llamó alegremente a sus amos a comer, y los dos amigos se apresuraron en contestar al llamado. Mahmoud, que se había metido bajo las ropas

unos mechones de pelo de camello y llenado las babuchas de paja, para entrar en calor, les preguntó en el poligloto idioma del desierto que usaban para entenderse entre sí:

—¿Les gusta la comida, mis buenos amos?

—Es excelente, bribonzuelo —contestó Walter, quien añadió en voz baja—: Tenemos por criado al ladrón más listo de la caravana.

Tristram destapó la olla en busca de una pata de gallina, y soltó un profundo suspiro:

—¿Crees que ella estará bien?

—¿Quién? ¿Tu encantadora Maryam? No he tenido más noticias de ella.

Durante las largas semanas transcurridas desde que salieran de Antioquía, Walter sólo la había visto una vez, y Tristram, ninguna. Una tarde, a última hora, apareció bruscamente en el horizonte una neblina amarillenta y grisácea. De un extremo al otro de la caravana se levantó un fuerte clamor: «¡Arena, arena!». Y todos se precipitaron a alzar las tiendas y a asegurarlas con arena en su parte baja para protegerse contra la tormenta. Hasta algunas de las muchachas ayudaban en aquella febril actividad.

Tristram estaba ayudando a Mahmoud a levantar su tienda, y Walter se había precipitado a auxiliar a otros. Por el terrible aspecto de la nube, que se acercaba velozmente, podía ver que era menester no perder tiempo. Plantó estacas con un cabo de lanza hasta que pareció querer rompersele la espalda, levantando de vez en cuando la cabeza para mirar al cielo, donde ya la vanguardia de la tormenta se desencadenaba con un sibilante viento premonitor. Walter nunca había visto cosa semejante, y el espíritu se le llenó de todos los relatos que oyera sobre las misteriosas y malignas fuerzas de Oriente.

Antes de que abandonara el trabajo, las tiendas de las mujeres habían sido levantadas y aseguradas. La tormenta, por entonces, estaba por desencadenarse con furia, y el muchacho estaba por volverse para echar a correr, cuando se dio cuenta de que una de las muchachas había estado trabajando a su lado. De pronto ésta se volvió a mirarlo. La cubría un fino velo, de modo que, a pesar de no poder estar completamente seguro, le pareció que se trataba de la hermana de Anthemus.

Lo que ocurrió entonces fue en contra de todas las normas. En vez de huir a su tienda, la muchacha dijo algo con ansioso tono. Como el muchacho no comprendiera las palabras, la chica acudió a la fórmula de presentación del desierto. Se tocó el pecho y pronunció su nombre:

—*Bi*, Maryam.

Cuando el muchacho contestó: «*Bi*, Walter», se sobresaltó, asombrada. Dijo «¿Walter?», en un tono que parecía indicar que el nombre significaba algo para ella. Luego, sonrió y exclamó:

—¡Walter, Londres!

Y se quedó repitiendo esas dos palabras en una especie de éxtasis.

El viento ya aullaba en los alrededores y les arrojaba partículas de arena, pero ambos se enfrentaron sin pensar en su seguridad inmediata. Walter elevó la voz para hacerse oír por sobre el rugido de la tormenta, y gritó en griego:

—¡Londres! ¿Qué sabe de Londres?

—Mi padre...

Y el resto se perdió en el loco aullido del viento. Walter se acercó a ella, levantando su capa para protegerla de la arena.

—¿Dice usted que su padre era de Londres? —preguntó—. ¿Y que también se llamaba Walter?

—Sí, sí. ¿Quién es usted? —exclamó la muchacha asintiendo con movimientos de cabeza—. ¡Oh, dígame que también viene de Londres!

—Soy inglés.

Maryam se inclinó hacia adelante y le tocó el brazo con gesto de súplica. Hablaba con tanta rapidez que el muchacho no podía seguir lo que decía, aunque estuvo seguro de comprender una palabra; «¡Auxilio!». A pesar de la dolorosa lluvia de arena, la muchacha se levantó el velo y Walter pudo ver que tenía los ojos llenos de lágrimas. Volvió a oír la palabra «auxilio».

En ese momento un guardia se precipitó hacia ellos y obligó a la muchacha a apartarse, con gesto de enojo. Le gritó algo al inglés y se puso a arrastrar tras de sí a la muchacha en dirección a las tiendas de las mujeres. A los pocos segundos, la pareja se había perdido en la ardiente nube de arena que barría el campamento. Walter se volvió y echó a correr.

Tardó un buen cuarto de hora en correr azotado por la arena para llegar a su tienda. Una vez bajo techo, le dijo a Tristram con voz jadeante:

—Tengo noticias para ti, Tris. Es algo casi increíble.

—¿Qué pasa? Estaba muy asustado por ti, Wat. Casi desesperaba de volver a verte.

—¡Tenías razón! —murmuró Walter—. La muchacha tiene sangre inglesa. Te lo contaré todo en cuanto me haya quitado esta arena de la garganta.

Pocos minutos después prosiguió con su relato:

—La vi y conversamos por un minuto. Su padre era inglés. Se llamaba Walter y había venido de Londres. Es lo único que pude comprender, aparte del hecho de que pide desesperadamente auxilio. ¿Crees, Tris, que su padre puede haber sido Wat Stander, el escudero de mi padre? Como recordarás, Joseph nos habló de él.

A Tristram se le iluminó el rostro de interés.

—Quizás hayas tropezado con la verdad. Claro está que habría cientos de ingleses llamados Walter con los cruzados, pero queda la posibilidad de que se tratara de Wat

Stander.

Hizo un rápido cálculo de años.

—Tu padre estaba aquí en el 54. Si Stander fue tomado prisionero, sí, todo cuadra. Pero eso no es lo importante. La muchacha tiene sangre inglesa, y eso es lo que me hace pensar. Wat, tenemos que hacer algo por ella.

Walter hizo una seña de asentimiento.

—Sí, tenemos que encontrar algún modo de ayudarla. Pero ¿qué podemos hacer? Has visto que las tiendas de las mujeres están estrechamente vigiladas. Y en caso de que lográramos sacarla de allí, ¿adónde la llevaríamos?

—Ya se presentará la oportunidad de hacer algo —declaró Tristram, confiado—. Pero si no se presenta, tendremos que producirla nosotros.

Las cautelosas averiguaciones que hicieron desde entonces, no tuvieron resultado alguno. Los guardias tenían órdenes estrictas de no hacer comentario alguno acerca de las mujeres, aunque el campamento entero hervía de rumores acerca de lo que pasaba detrás de las sedosas paredes de las tiendas. Los ingleses se habían enterado enseguida cuando una exaltada mujer del Lejano Sur había apuñaleado a una de las muchachas circasianas por una bagatela. Sabían que los celos y las envidias eran comunes y que casi todos los días se daban azotes, pero nunca el nombre de Maryam había sido mencionado en relación con episodio determinado alguno.

Y por las noches, sentados al lado de la fogata, se ponían a hablar del encuentro de Walter, con la muchacha el día de la tormenta de arena.

Una vez, Tristram meneó la cabeza, pensativo.

—He estado devanándome los sesos pensando en varios proyectos para rescatarla —dijo—. Ninguno de ellos valía la pena de volver a pensarlo. Es enloquecedor, Wat. A esta chica le espera un futuro peor que la esclavitud, y nosotros, hombres de su propia raza, estamos aquí sin poder hacer nada para impedirlo.

—Yo he estado haciendo lo mismo, con idéntico resultado. La única satisfacción que veo para nosotros es que pronto, nos uniremos al grueso de las fuerzas, donde la mano de Bayan contendrá a estos mongoles, que han estado demostrando una peligrosa curiosidad por las mujeres. Mucho he temido que llegaran a sublevarse.

—Si eso llega a ocurrir, podemos hacerles frente —aseguro Tris.

Como siempre, estaba cuidando su arco, lustrando la madera y probando la cuerda. Le dio una afectuosa palmada.

—Me gustaría intervenir si hubiese pelea. Sería un placer para mi meter algunas flechas en sus grasosos pellejos.

Walter meneó la cabeza.

—Los *Tsao-ta-tse* son siempre peligrosos. Esos estúpidos eunucos jamás los contendrían. Si llegan a sublevarse, la vieja arpía sólo podrá entregar bellezas violadas en Khan Bhalig.

De pronto se oyó la armoniosa voz de Mahmoud que, en la puerta de la tienda, anunciaba:

—Viene alguien, amos míos.

—Era El Ave Que Empluma Su Nido, Lu Chung. El chino había estado muy en evidencia en todas las etapas del viaje, en que actuara como senescal del campo, y, según los rumores, hacía pingües ganancias en cada transacción. Estaba envuelto en una vistosa túnica de seda bordada, de mangas lo bastante largas para cubrirle las manos, y un pañuelo de tela de oro le envolvía el cuello bajo su cabeza de gárgola. Había substituido las botas de doble suela que calzaba durante el día por unos esarpines de púrpura y oro.

Dirigiéndose a los ingleses en la lengua común murmuró lentamente:

—El humilde Lu Chung tiene un mensaje para los poderosos señores del Occidente.

Walter le indicó un asiento con el gesto, y encendió una lámpara mongol que suspendió de un gancho que colgaba del travesaño principal de la tienda. La lámpara estaba llena de aceite, y daba una luz hermosa y cálida. Lu Chung contempló el azulado forro de la tienda y las mantas extendidas sobre una cama de ramas de tamarindo, e hizo un gesto de aprobación.

—El criado de los poderosos señores de Occidente es un excelente criado.

—Sí, es muy buen criado, pero trabaja demasiado.

El visitante consideró esa información en silencio. Luego, en lo que pareció ser un tono de considerable satisfacción, dijo

—Muy bien. Eso significa que se necesita otro muchacho. Este humilde individuo se ocupará de eso.

—¿Qué trae al ilustre Lu Chung a nuestra tienda?

El gigantesco chino se puso de pie y dejó caer la portezuela de fieltro que cerraba la tienda. Se inclinó hacia ambos amigos para murmurar:

—Un asunto, muy secreto. ¿Guardarán silencio los nobles señores?

—Puede usted confiar en nosotros —contestó Walter.

—Una palabra imprudente, y... —dijo Lu Chung, haciendo un gesto como si se clavara un puñal en el pecho, después de lo cual murmuró—: Este humilde individuo ha conversado con la pequeña Rosa Negra.

Walter sólo sabía que ése era un nombre que se daba al clavo de olor, la más preciada de las especias de Oriente, de modo que calló esperando mayores detalles. Lu Chung hizo un gesto que en él era una sonrisa.

—Me refiero a la muchacha —dijo—. Esa muchacha no es como todas las demás. Tiene un gran espíritu, un sabor de rosa negra. Las demás —añadió con el mayor desprecio—, son insípidas como calabazas frescas.

—¿A cuál de las muchachas se refiere el ilustre Lu Chung?

—A la hermosa hermana del estimable Anthemus —contestó el gigante inclinándose en rígida reverencia—. Está en serio peligro. Tiene valor, mas aun sigue llorando mucho de noche. Este humilde individuo le ha prometido ayudarla. En Maragha. ¿Quieren los poderosos señores ayudar también? —preguntó en cauteloso susurro.

Walter fue tomado totalmente por sorpresa. Le parecía increíble que el chino, famoso por su venalidad interviniera en asunto tan peligroso y de tan poco provecho. Observó minuciosamente a su visitante, pensando para sí que nunca había visto la falsedad tan patente en un rostro humano. Pasó largo rato antes de que preguntara.

—¿Qué podemos hacer?

—Muy poco. Es posible que los nobles señores no lo sepan ni aun mientras lo estén haciendo.

—¿Ha reclamado la muchacha nuestro auxilio?

—Sí, joven señor. Le pidió a Lu Chung que viniera aquí —contestó el chino, cuyos modales se hicieron aún más misteriosos—. Otros nos ayudarán en Maragha. Todo está arreglado. Habrá mucho dinero para Lu Chung y también para los jóvenes señores.

—¡No queremos dinero! —replicó secamente Walter.

El pedido de auxilio de una mujer desamparada no podía ser desoído, pero a Walter se le hacía difícil aceptar aquella situación y los peligros que importaba para sus planes. A pesar de todo, añadió:

—Mi amigo y yo ayudaremos. Díganos qué hemos de hacer.

—Lu Chung hizo otra de sus horrorosas sonrisas.

—¡Bien! Se lo diré a la muchacha. Ahora no puedo decir más.

—¿Cómo podremos ayudar si nada se nos dice? —preguntó Walter, exasperado.

—Esperen. Confíe usted en el humilde Lu Chung —contestó el gigante, inclinándose y saliendo de espaldas hacia la puerta, donde se detuvo y tendió una mano—. Mañana llegamos a una población con mercado de esclavos. Lu Chung comprará otro muchacho para los nobles señores —añadió, empezando a restregarse las yemas de los gordos dedos—. Paga Anthemus. Pero quizá los nobles señores...

El gesto era inequívoco, y Walter metió de mala gana la mano en la bolsa que llevaba a la cintura. Sacó un dinero de oro y lo dejó caer en la codiciosa mano.

—¡Bien! —suspiró Lu Chung—. Recuerden. Silencio.

Cuando hubo partido, Tristram preguntó:

—¿Qué quería ese canalla?

—Ven a dar un paseo, de modo que podamos hablar tranquilamente.

Y salieron en la noche. Aquella zona había sido azotada recientemente por una tormenta, pues la arena formaba largas ondas como si la superficie hubiese sido rizada por agujas celestiales.

—Se ha presentado la oportunidad por la cual hemos estado esperando —dijo Walter, caminando lentamente y golpeándose los brazos en el cuerpo para calentarse.

Y se puso a relatar todo cuanto le había dicho Lu Chung.

—No estoy seguro de que El Ave Que Empluma Su Nido no sea lo que siempre creímos que era, un canalla mentiroso y traicionero —dijo—. ¿Cómo hemos de saber que no cobrará una segunda recompensa al descubrir el plan a Anthemus?

—Es un riesgo que tenemos que correr —exclamó Tristram—. ¡Yo, por Dios vivo, estoy dispuesto a correrlo!

—La muerte lenta no es agradable. Cortan un miembro por día empezando por los dedos. Generalmente se tarda una semana en morir desangrado —dijo Walter estremeciéndose, aunque luego logró hacer sonreír a su compañero—. Sin embargo, opino lo mismo que tú. Tenemos que hacer cuanto podamos.

—No es probable que tengamos parte en lo que se haga con ella después que haya logrado escapar. Pero a mí me parece dudoso que podamos quedarnos en la caravana.

Walter había estado pensando en aquello y calculando el costo, de viajar por sí mismo con el resto del oro que aún le quedaba en la bolsa.

—Tris —dijo, meneando tristemente la cabeza—. Dudo que podamos llegar a China solos. Sólo nos quedará un camino abierto. Si salimos de ésta con vida, tendremos que separarnos. Tú tienes que regresar. Para eso alcanzará el dinero. Yo te metí en este baile e insistiré en que regreses. En cuanto a mí, me dirigiré hacia el sur y veré si puedo llegar por mar.

Tristram echó a reír.

—¿Cómo puedes creer que yo te abandonaría? No, Walter, pase lo que pase, tenemos que afrontar las consecuencias juntos. Si uno puede ir por mar, del mismo modo pueden ir dos.

—La separación es el único medio sensato —persistió Walter—. Tengo el Oriente metido en la sangre. Tengo que llegar a ese fabuloso país o nunca he de conseguir paz en mi espíritu. Pero ése no es motivo para sacrificar a ti.

—¿Acaso estaríamos aquí si nos hubiésemos propuesto observar un proceder sensato? No, no quiero oír hablar más de ello. Nos quedamos juntos.

Dieron unos pasos en silencio. Y de pronto a Walter le vino a la boca aquella vieja frase de Oxford: «¡Idiota integral!». Luego de una pausa añadió:

—Bueno, pues, está resuelto nos quedamos juntos, terco amigo. Me siento feliz de tener un compañero como tu.

La viajera del cielo, como habían llegado a llamar a la luna después de pasar tantas semanas en compañía de la gente del desierto, estaba bastante alta cuando ambos amigos volvieron a su tienda. Mahmoud estaba terminando la última de sus tareas consistente en limpiar la olla con un puñado de crines de la cola de un caballo. Estaba tarareando una melopeya interminable, la única canción que parecía conocer.

Les había dicho que se llamaba *Viajo en un camello con una barba como la del Profeta*.

El muchacho les dio una animosa bienvenida:

—Mis buenos amos llegan tarde.

Al recordar la promesa de Lu Chung, Walter dijo:

—Mahmoud trabaja demasiado. Hemos de conseguir a otro muchacho para que le ayude.

—¡No quiero a otro muchacho, no, amo! —protestó el pequeño criado, indignado y alarmado a la vez—. Mahmoud ibn Asseult es el único muchacho que ustedes necesitan. Los otros muchachos no sirven —prosiguió indignado, y, haciendo un gesto con el dedo de oreja a oreja, añadió—: Si viene otro, Mahmoud lo degollará.

—Bueno, pues, ya veremos. Buenas noches, Mahmoud.

Tristram se quedó dormido en cuanto se hubo estirado sobre la fragante cama de tamarindo. Walter se quedó despierto por un tiempo, llena la mente de las dificultades que se les presentaban. Mahmoud tampoco dormía. Walter podía oírlo volverse en su cama detrás de la cortina tendida a un costado de la tienda.

—¿Está despierto el amo?

—Sí, Mahmoud.

—Por favor, amo —dijo el chico con infinito dolor en la voz—. A Mahmoud le gusta el trabajo. A Mahmoud le gustan sus buenos amos. ¡Por favor, amo, no traigan a otro muchacho!

II

El cielo era de un frío color grisáceo, apenas matizado por una cobriza luz del solo poniente, y el viento azotaba por el norte como una hoja de acero. Mas por una vez la gente del campamento había olvidado sus incomodidades. Dos camellos se habían soltado de sus estacas y estaban trabados en violenta lucha, que provocaba gritos de placer en los espectadores reunidos en círculo a su alrededor.

Walter observaba la escena desde un lugar bastante alejado. Los camellos, cubiertos ya por su largo pelo de invierno, se mordían y coceaban. El clamor de los que presenciaban la lucha ahogaba casi los bramidos de los animales. Walter no consideró muy interesante el combate y estaba por alejarse, cuando ocurrió un incidente que distrajo la atención de todos.

Algunas de las muchachas habían estado mirando, apoyadas en la pared de seda de sus tiendas. Uno de los sostenes cedió y todo un costado de la tienda cayó hacia afuera arrastrando a las muchachas en ella apoyadas. Los chillidos de las mujeres atrajeron la atención de todos, y los hombres empezaron a saltar de excitación ante la vista de aquellas piernas femeninas que se movían en el aire. Al instante aparecieron los eunucos para reparar el daño y rescatar a las mujeres a su cargo, seguidos muy de cerca por Hoochin Babahu en persona. La enojada mujer se había olvidado de ponerse su rojiza peluca, y ostentaba, por primera y quizá por última vez, su calvo cráneo apenas cubierto por algunos mechones de cabellos grisáceos. En unos minutos toda la población del campamento se había reunido en el lugar.

Primero pareció que iba a producirse la sublevación que temiera Walter. Los enojados camellos quedaron librados a sí mismos, y los hombres se lanzaron a ver de cerca a las misteriosas muchachas que habían escoltado por el desierto. Lo único que ocurrió, sin embargo, fue un intercambio de comentarios en voz muy alta y muchas exclamaciones, mientras las magulladas muchachas corrían a refugiarse en sus tiendas.

Ante el asombro de Walter, a su llegada a la tienda se encontró con Lu Chung que lo aguardaba. Un muchacho de rostro color de caoba estaba a su lado, envuelto hasta el cuello en un sucio abrigo de fieltro, cubierta la cabeza por un sombrero de lana que le caía hasta las cejas.

El ingenioso y astuto chino habló desde lo alto de un enorme cuello de piel de oveja:

—Aquí está el otro criado, valiente señor. Pequeño, pero voluntario. Se llama Mustapha.

—El ilustre Lu Chung se ha mostrado diligente.

—El viento de la oportunidad sopla rápidamente por las puertas de las casas — declaró el chino—. Este otro muchacho tiene frío, y quizá también esté asustado.

Humildemente propongo que lo dejen refugiarse en seguida en la tienda.

—¡Mahmoud! —llamó Walter.

El criado de rostro color de ébano se había mantenido aparte, brillando de rebeldía su rostro generalmente tan animoso. Se adelantó lentamente, arrastrando los pies.

—Mahmoud, éste es el otro criado, Mustapha. Llévalo a la tienda y ocúpate de que coma.

Mahmoud se quedó inmóvil por un rato. Luego echó a andar en dirección a la tienda, haciendo un gesto, para que su nuevo ayudante le siguiera.

—Este muchacho no sirve, amo —dijo—. No es fuerte. Mire, no tiene muchas espaldas ni muchas piernas.

—Haz lo que te digo, Mahmoud.

El tono de Walter era evidentemente amenazador. Mahmoud empezó a demostrar más presteza.

—Ven, tú, el otro muchacho —murmuró y volviendo la cabeza dijo por sobre el hombro—: Si tiene hambre, que se consiga comida.

Mustapha alzó la cabeza y echó una mirada a Walter antes de volverse para seguir al otro. Su nuevo amo se sobresaltó ante la violenta sorpresa. ¡Porque en aquel rostro de caoba brillaban unos ojos extraordinariamente claros!

—Es usted muy vivaz, noble señor.

Walter se recobró con un esfuerzo.

—¿Logró usted sacarla de allí durante la confusión?

El gigante asintió con un movimiento de cabeza.

—Cuando no sopla el viento de la oportunidad es menester hacerse de un gran abanico. Este humilde servidor de usted sobornó a un camellero para que soltara aquellas dos bestias. También se preocupó porque las estacas de la tienda estuviesen flojas.

Y el chino sonrió de satisfacción por su propio ingenio.

—El gran abanico hizo su obra. Compré un niño en el mercado de esclavos y lo traje al campamento para que muchos pudieran verlo. El niño está ahora en camino de regreso al mercado. Muchos lo han visto llegar; nadie lo ha visto irse. Todos creerán que éste es aquél. Nadie sospechará.

—Espero que no —dijo Walter, muy en serio.

En momentos en que Mahmoud y su compañero llegaban a la entrada de la tienda, Tristram salía de ella. Se hizo al un lado para dejarlos pasar.

—Veo que aumenta nuestra servidumbre —dijo.

—Walter le hizo una seña para que se acercara.

—¿Miraste detenidamente a nuestro segundo criado?

—Sí, bastante. Mucho me costará distinguirlos.

Cuando la respuesta le hubo sido traducida a Lu Chung, el chino hizo un gesto de intensa satisfacción.

—Si el caballero alto no se ha dado cuenta, nadie se dará cuenta.

—Si hubieses mirado un poco más de acerca, Tris, habrías advertido que el nuevo criado tiene lo que llamas ojos ingleses.

Tristram miró por sobre el hombro y soltó un fuerte silbido.

—¿Ya? —dijo, brillantes los ojos de renovado entusiasmo. ¡Por Dios que me alegro! ¿Te has enterado bien de todos los planes? ¿Qué tenemos que hacer?

—Aún no lo sé.

Lu Chung miró a su alrededor y luego hizo a Walter un gesto para que se acercará.

—Mañana llegaremos al punto en que nos aguarda el honorable Bayan —dijo en ahogado murmullo—. Cuando los jóvenes de Occidente vayan a su campamento, tendrán que llevarse al nuevo muchacho. Nada más.

E hizo un gesto con una mano.

—El muchacho huirá y no volverá a vérselo más.

—Pero ¿a dónde irá?

—A Maragha, donde vive un anciano tío suyo, rico comerciante en alfombras. No le tiene simpatía al estimable Anthemus, de modo que recibirá a la fugitiva. Como dije, es muy sencillo.

Walter se sentía muy aliviado ante la evidente sencillez del plan.

—No tendremos oportunidad de hacernos los héroes, Tris —dijo—. Te desilusionarás, estoy seguro, pero por mi parte confieso que me alegro. La muchacha huirá fácilmente. Y como nadie habrá de sospechar de nosotros, aún podemos contar con seguir viajando por tierra con Bayan.

Cuando Lu Chung se separó de ellos, ya estaba saliendo por la abertura superior de la tienda una pequeña columna de humo, lo cual significaba que estaban preparando la cena.

—No me gusta la idea de dejar que la muchacha se las componga sola —dijo Tristram cuando el plan le hubo sido explicado—. Quizá no logre llegar adonde su tío. ¿Qué haría, entonces? Para estar seguro de que nada saldrá mal, deberíamos llevarla nosotros a Maragha.

—¿Y descubrirlo todo? Podrían vernos, y nadie sería tan tonto para no atar cabos —replicó Walter, poniéndole a su amigo un brazo sobre el hombro—. Oye, caballero andante; tenemos que ser razonables. Lu Chung lo ha proyectado todo minuciosamente, puedes estar seguro de ello. No tenemos que echarlo a perder haciendo más de lo que se nos pide.

—Creo que tienes razón —dijo Tristram con un suspiro.

Mahmoud, muy ocupado con la olla, estaba ya de mejor humor. No hacía más que

ocupar a su ayudante con secas admoniciones: «Oye, Mustapha, échale más boñiga de camello al fuego» o «Pronto, Mustapha, trae agua». El ayudante, con la cabeza baja, obedecía las órdenes con presteza. Se había quitado el abrigo de fieltro, y quedado vestido con una limpia túnica y voluminosas bombachas blancas que le llegaban a los tobillos. Aún conservaba puesto el sombrero para conservar su disfraz.

—Tierno guiso, amos —anunció Mahmoud—. Costillas, mucha grasa y jugo. Pon aceite de sésamo en el agua. Muy bien, así, amos míos.

Habían terminado una excelente comida, cuando, apenas después de retirarse de la olla para que empezaran a comer Mahmoud y su ayudante, una mano levantó el trozo de fieltro que cerraba la entrada de la tienda y apareció por la abertura un rostro amarillento con ojos mongólicos. El extraño entró en la tienda, envuelto en un desagradable olor, y seguido por Lu Chung, que hacía gestos con la cabeza como disculpándose por la intrusión.

—La muchacha escapó —dijo Lu Chung—. Hay gran alboroto en el campamento. Todas las tiendas tienen que ser revisadas.

El mongol no hizo ceremonia alguna. Se puso a examinar la tienda, pulgada por pulgada, y hasta metió sus sucias manos por entre las ramas de tamarindo bajo las mantas. Luego miró a los ingleses con odio reconcentrado.

—¡Perros cristianos! —dijo—. Tenéis el rostro como vientre de pescado. Envenenáis el aire.

Luego se volvió hacia el chino y le preguntó:

—¿*Drube*?

—Cuatro —repitió Lu Chung, consultando una lista que llevaba en la mano—. Está bien, Ortuh el Tartamudo. La chica no está aquí.

Como el mongol seguía examinando a los ocupantes de la tienda con desconfiada mirada, Lu Chung le preguntó:

—¿Concibe el celoso Ortuh que la muchacha pudiera ocultarse en la tienda de los infieles?

—No —contestó el grasiento mongol, y escupió en la olla antes de salir de la tienda.

Lu Chung se detuvo para decir por sobre el hombro con una sonrisa:

—Muy, muy ingrata ha sido la muchacha al escaparse.

Mahmoud reanudó en seguida su cena, pero su compañero se alejó de la olla estremeciéndose, y dijo:

—Mustapha no tiene hambre.

El criadito se sonrió, y replicó:

—Será mejor que comas, Mustapha. Necesitarás muchas fuerzas para el trabajo que te espera.

—Ven aquí, Mustapha —dijo Walter.

La chica se le acercó en seguida y se le sentó en frente. El espacio en la tienda era tan reducido, que sus rodillas llegaban a tocarse. Walter empezó a hablar en griego, en voz baja, para que Mahmoud no advirtiera que estaban hablando un idioma distinto de la jerga del campamento.

—¿Me reconoces como el individuo con quién hablaste aquel día durante la tormenta de arena?

—Sí, Honorable Grandeza.

Walter no ignoraba que los griegos eran propensos a emplear expresiones de respeto extravagantes como ésa.

—Ése es el motivo por el cual envié a Lu Chung para pedir tu ayuda —prosiguió Maryam.

—En aquella oportunidad me hablaste de Londres. ¿Era inglés tu padre?

—¿Inglés? —repitió la muchacha, y sus enormes ojos azules, tan fuera de lugar en aquel rostro ennegrecido, expresaron asombro ante aquella palabra—. ¿Qué es «inglés»?

—Mi amigo y yo somos ingleses. Tu padre debió haberlo sido también, si venía de Londres. Dijiste que se llamaba Walter. ¿Era Walter Stander?

La muchacha pareció en un principio hallar algo familiar en ese apellido, pero al rato meneó la cabeza:

—Lo ignoro, bienhechor mío.

¿Estás segura? ¡Piénsalo! Es muy importante.

La muchacha volvió a menear la cabeza.

—Sólo sé que se llamaba Walter. Era cruzado, y cayó prisionero. El viejo Alexander, el marido de mi madre, lo compró en un mercado de esclavos.

—¿Dónde fue eso?

—Creo que en Alepo. Anthemus nos llevó a Antioquía después de muerto Alexander. El viejo era rico, pero Anthemus se hizo mucho más poderoso.

—Tengo muchas cosas que preguntarte, pero tenemos que dejarlo para cuando nuestro criado se haya dormido.

De pronto la muchacha estiró un brazo y le tocó a Walter un mechón de cabellos que le había caído sobre el hombro. En Inglaterra, el muchacho lo había llevado cortado como los estudiantes, a la altura de las orejas, pero desde su llegada a Oriente, lo había dejado crecer. Por entonces, lo llevaba como lo usara su padre, y los dorados rizos le caían sobre los hombros.

—Nunca he visto a un hombre con un cabello como el tuyo —murmuró la muchacha—. ¿No es extraño?

—La mayoría de los ingleses tenemos cabello rubio. Mi amigo también.

Maryam miró a Tristram, que los observaba con expresión de profundo interés en sus serios ojos grises. El fuerte sol había desteñido su cabello hasta ponerlo casi

blanco, y los largos mechones le colgaban profusamente al hijo del flechero sobre los hombros. Maryam le sonrió, sintiendo lo amistoso de su actitud.

—Sí —dijo volviéndose a Walter—. Pero no es como el tuyo. Creo que te pareces al Dios del Sol.

Mahmoud había terminado de comer. Se levantó y dijo animosamente:

—Limpia la olla, ayudante.

La muchacha se levantó y se puso a la tarea, para lo cual utilizó un trapo limpio en vez de los manojos de crin que el chico le tendía.

—No parece saber nada de su padre —dijo Walter—. Pero es medio inglesa; eso es evidente. No creo que podamos averiguar nada más sobre ella por el momento.

—Creo que ya es bastante. Me gustaría... —dijo Tristram, pero vaciló y meneó la cabeza—. Me gustaría poder enviarla a Inglaterra. Pero supongo que eso está fuera de consideración.

Cuando hubieron tendido otra cortina en un costado de la tienda para hacer un nicho para el nuevo habitante, apenas si quedó espacio en el centro. Tristram, como siempre, se quedó dormido en seguida con los brazos doblados sobre el pecho, extendidas las poderosas piernas y dejando menos de la mitad del espacio que ocupaba para su compañero. Mahmoud también era rápido en conciliar el sueño. El negrito debía tener alguna obstrucción en la garganta, pues roncaba con mucha fuerza y continuidad, en una forma que no cambiaba jamás de inflexión.

Un suave crujido detrás de la cortina de Maryam indicó a Walter que la chica seguía despierta. El muchacho aguardó a estar seguro de que el criado no habría de oírlo. Entonces se acercó a la delgada cortina y murmuró:

—Maryam.

—¿Qué desea tu Grandeza? —contestó la muchacha en otro susurro.

Durante la conversación que siguió, Walter habló eligiendo cuidadosamente las palabras para disminuir la diferencia entre el griego de aquella época y la forma clásica que había estudiado.

—¿Estás bien?

—Sí, muy cómoda.

—Estamos muy preocupados por ti. ¿Tienes miedo? Me refiero a tu huida de mañana.

La muchacha no contestó en seguida.

—Un poco. Pero no debes preocuparte. Lu Chung lo ha previsto todo. Van a llevarme. Ya me han explicado cuidadosamente todo cuanto he de hacer.

—¿Confías en Lu Chung?

—Ha sido bien pagado —contestó ella, después de una ligera pausa que pudo haber acusado algunas dudas en el espíritu de la chica—. Le he entregado mi anillo que tiene una espléndida esmeralda. Cuando llegue a casa de mi tío recibirá mucho

más.

—¿Estás contenta de ir a casa de tu tío?

—No me queda otro remedio. Nunca lo he visto, pero creo que será bueno conmigo. Dicen que odia a Anthemus. El muy anciano y vive en una gran casa de mármol con siete jóvenes esposas. También es rico, pero —añadió con una inflexión de orgullo, que pareció extraña en aquellas circunstancias—, no tanto como Anthemus.

¿Nada más puedes contarme de tu padre?

—Nunca lo he visto, amable Walter. Murió mucho antes de que naciera yo. Lo hicieron morir bajo el látigo cuando descubrieron que mi madre lo amaba.

La muchacha hablaba con la llaneza conque se consideran las tragedias antiguas que ya han dejado de hacer sufrir.

—Mamá murió cuando yo era muy niña. No la recuerdo muy bien, pero me enseñó estas dos palabras: «Walter» y «Londres».

El muchacho oyó que Maryam se volvía, intranquila, en su cama.

—Debió ser muy triste para ella. Nunca pude saber más. Nadie quería hablar, del asunto. El viejo Alexander era muy severo, casi tan severo como Anthemus.

—Tienes los ojos de tu padre.

—Sí —contestó la muchacha con ansias—. Todos dicen lo mismo. Se reían de ellos, pero estoy orgullosa de mis ojos por su color —prosiguió la muchacha, con repentino y vehemente cambio de entonación—. En casa, mis hermanas me trataban de cerda extranjera. Yo les escupía en sus horrorosos ojos negros. ¡Las odiaba!

—¿A todas? ¿Ninguna era buena contigo?

—Ninguna —contestó la muchacha, cuya voz cobró una expresión de desprecio—. ¡Son gordas, astutas, codiciosas y crueles! Sólo piensan en los maridos que les van a tocar. ¡Hermosos maridos conseguirán!

Y al rato prosiguió en el mismo tono de amargura.

—Estas muchachas son lo mismo. Sólo piensan en hombres. En su mayor parte están contentas de que las envíen a China.

—¿No tienes, pues, amigas entre ellas?

—Una sola. Viene de Constantinopla. La compadezco mucho porque es seguro que el Khan ha de gustar de ella. Tiene los ojos más suaves y hermosos, así como el cabello más bonito que haya visto, y sus proporciones son perfectas.

Hubo un momento de silencio, y Maryam prosiguió con ahogado murmullo:

—A todas nos han medido de todos los modos posibles, pues hay que complacer perfectamente a ese terrible emperador. Hasta nos vigilaban mientras dormíamos para ver si roncábamos y si nuestro aliento era suave o no. ¡Me sentía avergonzada y humillada! ¡Y esa vieja! Me parecía sentir siempre su mirada sobre mí. Vigilaba, espiaba, ponderaba. Y... nos enseñaba cosas horribles.

—Tienes que dormir, ahora —dijo Walter apresuradamente.

—No me atrevo a dormir, siempre sueño con ella. A veces creo no poder escapar jamás de esa arpía.

Y al rato murmuró con voz enronquecida por la gratitud:

—¿Cómo podré agradecerte todo esto? ¡Tú y tu alto amigo sois tan buenos y tan valientes! Me siento orgullosa de que mi verdadero padre fuera también inglés.

De pronto callaron los ronquidos al otro extremo de la tienda, y oyeron a Mahmoud que se volvía pesadamente.

—Puede que tu amo de un día esté por despertarse. Buenas noches, Maryam.

Walter se despertó temprano y advirtió que la cortina que ocultaba la cama de Maryam había caído durante la noche. El muchacho se sentó en sus mantas.

Por el agujero practicado en lo alto de la tienda entraba luz, lo cual indicaba que ya había salido el sol. Oyó un concierto de bramidos de camellos, y las voces de sus conductores, en árabe. Empezaba un día importante y fatal.

La cortina había caído sobre el cuerpo de la durmiente, pero el rostro de Maryam estaba descubierto. Walter lo contempló por un rato a la mortecina luz y observó que sus rasgos, aun bajo la tintura que los desfiguraba, eran hermosos. Su rizado y corto cabello negro la hacía parecer muy joven.

—¡Por St. Aidan! Tris no se había equivocado a su respecto —se dijo—. La curiosa muchacha es bastante bonita.

III

Hacia el norte se extendía la cadena de montañas de Sakhund, en medio de las cuales estaba anidada Maragha.

Tristram tiró del cabestro de Zoroastro, para acercarlo más a Helen. Estaba mirando delante de sí, lo cual fue un error, pues Helen dobló rápidamente el pescuezo y le mordió la rodilla.

—¡Mala bestia! —exclamó Tristram, dándole un golpe en el hocico con el arco—. ¿Por qué no le has enseñado a portarse bien, Wat?

—A los camellos no puede enseñárseles nada. Tengo ambas rodillas mordidas.

Tristram señaló hacia adelante.

—Veo allí una línea en el horizonte que parece moverse. Puede que sea Bayan y su gente.

Walter se apoyó en la joroba del camello y se irguió para mirar por sobre la cabeza de Helen.

—Ya veo —dijo, entusiasmado—. Parece ser un gran campamento.

Al acercarse a la encrucijada, un hombre montado en un caballo muy pequeño se acercó a lo largo de la caravana, mirando a un lado y a otro. Cuando vio a los tres pesados camellos que formaban la retaguardia, saludó a sus jinetes a gritos. Era el padre Theodore.

—Hace un día entero que estamos aquí —exclamó—. El gran Bayan se ha mostrado muy impaciente. No creo que hubiera querido esperar más.

El sacerdote vestía un abrigo de piel de oveja y un gorro del mismo material, a pesar de lo cual tenía el rostro lívido de frío. No obstante ello, era evidente que traía entusiasmadoras noticias.

—Anthemus no va —anunció—. Así se lo hicieron saber esta mañana, y dejo a ustedes que se imaginen cómo estará rabiando. Pero yo si voy —agregó, brillantes los ojos de triunfo—. El Khan considera que los idiomas que conozco han de serle muy útiles. Es lástima que tengamos que separarnos.

A Walter se le cayó el alma a los pies.

—¿Quiere usted decir con eso que a nosotros también nos abandonan?

—Y ¿qué esperaba usted, joven estudiante? ¿De qué utilidad serían ustedes a Bayan? —replicó el sacerdote meneando la cabeza—. Quedarán ustedes con Anthemus. Aún no es seguro que se proponga seguir. Por el momento está en un estado de ánimo tan enfurecido que parece que volverá a Antioquía, y mi consejo es que se mantengan ustedes tan lejos de él como sea posible. Está escupiendo fuego, como un dragón. Ha ordenado que todos sus criados sean azotados.

—¿Y las mujeres?

—Ellas sí van. Bayan conoce demasiado bien el apetito del Khan, del Hijo del

Cielo, para modificar esa parte del plan.

Y el sacerdote puso una mano sobre el cabestro de Helen, mas la retiró en seguida cuando el animal amagó un mordisco.

—¿Es cierto lo que he oído, que Maryam ha escapado?

—Lo único que sabemos es que el campamento ha sido registrado anoche. Espero que sea cierto y que nunca la encuentren.

El sacerdote nestoriano bajó la cabeza y murmuró:

—Yo también espero que sea cierto. Luego vio a los dos muchachos que montaban el tercer camello.

—¿Quién es ése, joven estudiante?

Otro criado. Lu Chung opinó que lo necesitábamos. Nos lo trajeron del último mercado de esclavos por el cual pasamos.

—¡Y Anthemus tendrá que pagarlo! ¡Esa sera la gota que hará desbordar la copa!

Los camellos que llevaban a las mujeres habían sido detenidos y rodeados por un grupo de vigilantes guardias; parecía haberse resuelto no acercarlas más al grueso del campamento. Al pasar a su lado, Walter advirtió que Hoochin Babahu se había apeado de su litera y estaba hablando con señales de gran agitación a El Ave Que Empluma Su Nido, Lu Chung. Una de sus regordetas manos jugaba impacientemente con un collar de ámbar que colgaba en el valle que formaban sus dos abultados y caídos pechos. Un pequeño esclavo negro sostenía una sombrilla sobre la cabeza de la mujer, para protegerla contra el viento, y otro estaba encendiendo un brasero en el suelo.

El padre Theodore se estremeció de satisfacción.

—La vieja arpía pecadora está tratando de imaginar la forma de disculparse. La regañarán por haber dejado escapar a la muchacha.

Un pelotón de jinetes mongoles llegó cabalgando por las arenas y los rodeó. Aquella gente aullaba de entusiasmo y, erguidos en sus sillas, blandían por sobre sus cabezas sus cortos y curvos sables. A pesar de la desilusión que sentía, Walter observó con interés a aquellos jinetes. Era aquél un nuevo aspecto del Oriente, de aquella mágica tierra que lo había hechizado. Ese embeleso lo había sentido por primera vez al ver a Joppa, aplastada bajo el intenso calor, pero llena de extraños paisajes y fragancias. Aquella atracción crecía en el muchacho mientras sus ojos seguían a los jinetes de la estepa, reputados los mejores guerreros del mundo. Observó que todos ellos llevaban recuerdos del resultado final de las Cruzadas, como la mayor parte de la gente de Oriente. De sus monturas colgaban crucifijos o misales, yelmos cristianos y hasta pieles humanas (quizá de soldados occidentales) cubrían sus sillas. Uno de los jinetes llevaba atado al hombro un cráneo humano convertido en copa, cráneo que alguna vez debió sostenerse sobre hombros cristianos.

Luego ocurrió algo que los dos ingleses no pudieron sino presenciar en un estado

de helado horror. La partida mongol describió una curva en las arenas y se lanzó a todo galope a lo largo de la caravana, en formación maciza. Uno de los jinetes se inclinó en su silla y arrojó una cuerda al esclavito que sostenía la sombrilla. El chico chilló de terror al verse arrancado del suelo y sujeto a la silla del mongol, mientras una experta mano le ataba fuertemente la cuerda alrededor del pecho. Después de hacer un asa de cuerda, el jinete arrojó al niño al aire y el que le seguía lo tomó con un alarido de placer. Volvió a saltar el chico por el aire, moviendo desesperadamente brazos y piernas, para ser tomado al vuelo por otro de aquellos demonios. El juego se hizo animado y violento; los jinetes se hamacaban en sus sillas riéndose y maniobrando para intervenir a su vez. Los gritos del niño se apagaron debido a la violencia de los movimientos, que le quitaba el aire de los pulmones. Quizá la naturaleza haya decidido mostrarse compasiva; de todos modos, la cabeza le colgaba al chicuelo, inerte después de haber sido lanzado al aire unas diez veces, y pareció que había perdido el sentido.

El juego terminó cuando uno de los sonrientes jinetes resolvió emplear el sable de plano en vez de la mano. La hoja se volvió bajo el peso, y el filo cortó la cuerda. El cuerpo cayó al suelo con un ruido sordo, y dio dos o tres vueltas en la arena. Un casco de caballo lanzado a toda velocidad le aplastó la cabeza, y, pisado por un segundo animal, el cuerpo del pequeño esclavo yació inmóvil como un montón de andrajos. Entonces la riende partida volvió a su campamento.

A Walter le temblaban tanto las manos que había soltado el cabestro de su camello. Miró a Tristram, cuyo rostro estaba blanco como un albornoz recién lavado. Por un rato, ninguno de los dos muchachos pudo hablar.

—Wat —dijo por último Tristram, en leve murmullo—. ¿Eran hombres aquéllos? ¿O acaso hayamos visto algo del infierno?

Walter se dio cuenta de pronto que tenía el rostro surcado de lágrimas. En su mente luchaban la ira y el horror.

—Todos los relatos que hemos oído sobre esa gente deben ser ciertos —logró decir—. Yo estaba convencido de que eran exagerados, como la mayor parte de los relatos de guerra. Ésos no pueden ser hombres, Tris, pero si lo son, tienen algo de diabólico.

—¡Soy un cobarde! —exclamó Tristram, levantando una temblorosa mano para secarse el sudor de la frente—. Quise dispararles una flecha, pero no pude mover un dedo. ¡Por la Cruz que nunca he de perdonarme a mi mismo! ¡Me quedé quieto como una muchacha asustada y los dejé matar a esa criatura ante nuestros propios ojos!

—Pues... Nada podíamos hacer. Esos demonios —dijo Walter, hablando con dificultad— galopan como el viento. Creo que estuvieron fuera de alcance en pocos segundos.

Y de pronto se inclinó sobre la joroba del camello, diciendo con voz débil:

—Creo que voy a vomitar.

El mismo horror se había apoderado de la caravana entera, y pasó mucho tiempo antes de que alguien se moviera. Luego, un enorme eunuco se adelantó con una pala y cubrió con arena lo que quedaba del niño.

Cuando los camellos reanudaron la marcha después de una larga espera, Walter dijo a su compañero:

—Cuesta hablar del asunto, pero tenemos que tener clara conciencia de la situación que enfrentamos.

Tristram no contestó. Estaba cabizbajo, pálido aún y callado.

—Esos mongoles no son humanos, al menos no tal como concebimos la naturaleza humana. Viven regidos por un código llamado Ulomg-Yassa, que les enseña que pertenecen a una raza superior y que es su deber despreciar, engañar y matar a los demás. Han vivido regidos por ese código desde que Genghis Khan empezó su conquista del Asia. ¿Me escuchas, Tris?

Su compañero asintió en silencio.

—Tenemos que reconocer una cosa. Desde este momento estamos en un país donde ellos dominan en absoluto. Gobiernan el Asia entera desde Persia hasta el océano del Cathay. Son tan numerosos como los granos de arena del desierto, y cada uno de esos despiadados millones de hombres nos mataría por considerarlo su deber y por ser su gusto. Una palabra nuestra la contestarán con un golpe y un golpe, con la muerte. Tenemos que caminar con ligereza, hablar poco y conservar el orgullo oculto. La prueba es amarga, pero hemos de pasar por ella.

—¿Vale lo que esperamos ganar semejante precio?

Después de un momento de silencio, Walter adoptó una expresión resuelta.

—Yo sigo. No puedo volverme ya. La oportunidad es lo bastante grande para cualquier sacrificio, cualquier riesgo. Puede que me consideres loco, viejo amigo. Pero ¡por St. Aidan, voy a ir al Cathay!

Su compañero suspiró.

—Creo que ahora comparto tu opinión. Sí, Wat, tenemos que seguir. Tenemos que redimirnos.

IV

Durante dos horas se agazaparon detrás de los arrodillados camellos para protegerse contra el azote directo del viento del norte. Eran cuatro. Sus ojos apenas si se apartaban de las actividades del campamento, y en todos ellos se reflejaba el mismo temor de que otro estallido mortífero se produjera en cualquier momento entre aquellos enloquecidos jinetes de las estepas. Podían ver el estandarte de la horda mongol flamear sobre la tienda principal. Sus nueve colas de caballos y su halcón blanco volaban al viento, símbolo fantástico, bien apropiado para una raza de hombres que viajaban mucho y con rapidez. Alrededor de aquel estandarte se amontonaban unas tiendas circulares de fieltro, y a un costado se levantaba una abigarrada tienda de seda, que, en uno de sus costados, llevaba las iniciales AA, de Anthemus.

De cuando en cuando, Walter se volvía a contemplar el gran castillo Rewin Diz, por sobre las distantes murallas de Maragha, y, con interés aún mayor, la montaña, que se elevaba al oeste de la ciudad. La cima de aquel monte había sido nivelada con precisión matemática para dar lugar a un templo, que brillaba bajo la luz del sol del mediodía. Walter pensó que era una cosa extraña el verse en aquella parte del mundo. Por cierto, era difícil creer que el jefe de aquellos crueles jinetes hubiera recorrido tan extraordinaria distancia para construir un edificio donde estudiar las estrellas.

—Si en Inglaterra tuviésemos un rey sensato —dijo a Tristram—, habría un observatorio como ése para Roger Bacon. Temo que, por el contrario, lo metan en un oscuro calabozo.

Tristram no contestó, por estar más interesado en aquel momento en el perfil de Maryam. Mahmoud se había preocupado porque la muchacha estuviera bastante lejos de ellos. La joven no había presumido tomar parte en su conversación, pero Walter había tenido conciencia de que la mirada de la chica no se separaba de él.

Tristram levantó la cabeza y miró al sol.

—Han de ser las tres. ¿No te parece que ha pasado algo? Parece extraño que no hayamos oído nada más.

De pronto se produjo una conmoción en el campamento, una irrupción de hombres a caballo hacia una llanura que se extendía al oeste, seguida por una gran cantidad de gente que corría. Miles de voces llenaban el aire. Los dos ingleses se miraron en muda pregunta. ¿Qué habrían de hacer esos impredecibles mongoles?

Walter sintió que una mano se aferraba desesperadamente a su mangas. Mahmoud se había acurrucado junto a él en busca de protección.

—Buen amo —dijo—, ¿matarán a más negritos?

—Mahmoud, siempre hay peligro con hombres como éstos. Pero no creo que haya motivo para tenerles miedo ahora. Parecería que fueran a demostrar su destreza con

las armas. Quizá tiren al blanco.

—¡Amo, Mahmoud tiene miedo! A Mahmoud no le gustaría morir así.

La suposición de Walter se confirmó cuando el padre Theodore los encontró un rato después. Se había embozado tanto que sólo se le veían los ojos sobre el pañuelo rojo anudado en la garganta.

—No saldremos hasta mañana —anunció—. Para impedir que estos intranquilos hombres incurran en mayores desmanes, Bayan ha ordenado que se efectúen certámenes de tiro al arco. Les aconsejaría, jóvenes estudiantes, que vinieran conmigo a presenciarlos. Les prometo que verán cosas que les harán temblar por la seguridad de su mundo occidental.

—¿Tiro al arco? —exclamó Tristram, levantando una mano exploradora—. El viento está mermando. Hace frío para una puntería acertada, pero podríamos tener una idea de lo que saben hacer. Siempre he querido ver la ballesta en acción. Bueno, pues —añadió, palmoteando su arco—, veremos hasta qué punto pueden compararse con nuestros arqueros. ¡Por la Cruz, que me gustaría enseñarles buena magia inglesa con este noble arco inglés!

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Walter apresuradamente—. Lo mejor que podemos hacer es evitar ponernos en evidencia. La cabeza me sienta bien sobre los hombros. No quiero que la usen como bocha.

Tristram hizo una obediente seña de asentimiento.

—Se me ocurre que lo tomarían a mal si demostráramos ser más diestros que ellos —dijo—. ¡Ah, Wat, si hubiera un trecho de campiña inglesa, con árboles a cada lado y un suave sol a nuestras espaldas! ¡Si sólo hubiese aquí un grupo de robustos muchachos vestidos con jubones verdes para asegurarnos de que se nos tratará con justicia!

Un nuevo motivo de intranquilidad hizo que Walter mirara a su alrededor. Maryam no estaba a la vista. Había estado con ellos al comenzar el alboroto. Walter estaba seguro de ello, por haberla visto levantarse y envolverse en su abrigo de fieltro.

—Tris —dijo—, nuestra huésped ha desaparecido.

Tristram olvidó inmediatamente todo lo relativo al certamen de arquería. Se puso a mirar la procesión de gente que charlaba animadamente entre sí; mercaderes árabes, con turbantes de muchos colores, algunos enjorjados; otros, con vistosas plumas; *shamanes* de crueles y penetrantes ojos bajo sus sombreros de forma cónica; mongoles de sombreros de fieltro, que andaban rápidamente moviendo sus cortas y combadas piernas; algún guerrero del desierto con peto bruñido y arrogante sable al cinto; mendigos, vestidos de modo que se vieran las repugnantes llagas cuya exhibición era su medio de vida. Había también mujeres, algunas veladas, pero muchas con rostro descubierto para atraer la atención, motivo por el cual habían

visitado el campo. A Maryam no se la veía por ninguna parte.

—Eso significa que se ha marchado —dijo Tristram con un suspiro—. Bueno, tal era el plan. ¡Quiera nuestra señora de Walsingham que llegue sana y salva a su destino!

—No esperó siquiera a despedirse de nosotros —comentó Walter, embargado por una sensación de tristeza y sintiéndose ofendido—. Al menos podía habernos dicho adiós.

Estoy seguro de que le pesó mucho no poder hacerlo —replicó Tristram—. La he estado vigilando, Wat, demostraba mucho sus emociones. Le pareció mejor desaparecer inadvertida. No hemos de dudar que nos agradece sinceramente la pequeña parte que hemos desempeñado en su fuga.

Walter tuvo entonces conciencia de una creciente sensación de alivio. La aventura había pasado, podían seguir ocupándose de sus propias cosas.

—Hicimos cuanto pudimos por ella —dijo—. Tenemos que ir a Maragha en cuanto haya terminado el certamen de arqueros y ver si salen otras caravanas para Oriente. Pero primero, claro está, he de tener una entrevista con Anthemus.

—Si vamos a Maragha —exclamó ansiosamente Tristram—, podemos asegurarnos de que ha llegado sana y salva. Confieso que el saberlo me quitaría un gran peso de encima. ¿Te dijo adónde iba?

—Lo único que me dijo cuando la interrogué esta mañana fué que su tío se llamaba Michael Takagalou —contestó Walter meneando la cabeza, como dudando—. Tendremos que actuar con mucha cautela. Anthemus no dejará de sospechar adónde ha ido. Si nos mostráramos en la casa, echaríamos aceite al fuego. Será mejor consultar a Lu Chung antes de adoptar actitud alguna.

Cuando llegaron a la llanura, estaban corriéndose carreras de caballos. Las dos ingleses se olvidaron de todas sus preocupaciones al presenciarlas, pues los participantes cabalgaban con una furia maniática que hasta entonces los europeos jamás habían visto. Desde el punto de partida hasta el de llegada, galopaban a una velocidad increíble, brillantes los ojos en sus amarillentos rostros y dando los alaridos de guerra de la estepa. Los caballos, pequeños pero muy rápidos, parecían compartir el frenesí de sus jinetes.

Después de las carreras hubo concurso de lucha. Los participantes eran profesionales; enormes montañeses que, desnudos, no parecían sentir frío. Los rivales se enfrentaban, ya avanzando o retrocediendo, golpeando los pies al compás de una monótona melopeya: *Nige, Hoir, Gorba* (Uno, dos, tres). Cada vez que se decía *Gorba*, se lanzaban hacia adelante tratando de tomar desprevenido al adversario. Una vez trabados los brazos de ambos contendientes, se producía una lucha titánica. Los hombres tiraban y empujaban, emitiendo gruñidos y gritos de rabia. El combate terminaba sólo cuando uno de ellos yacía inconsciente en el suelo.

Los mongoles presenciaban las luchas con feroz interés, retorciéndose en sus sillas y exclamando: ¡*Chisu!* ¡*Chisu!* (¡Sangre! ¡Sangre!). Sus guturales voces apenas si parecían humanas.

—¿Nunca se sacian de sangre? —preguntó Walter.

Por entonces ya estaban colocados dos blancos para los concursos de tiro al arco, y los espectadores formaron en dos largas líneas. Ese concurso iba ser evidentemente el espectáculo principal. Los jinetes charlaban y hacían apuestas. Tristram, en cuyo rostro se expresaba el interés que sentía por aquello, tocó la tirante cuerda de su arco.

—Ahora veremos —dijo—. Están colocando los blancos a poca distancia. ¿Acaso no son capaces de nada mejor? ¡Éste es trabajo de mujeres, Wat!

Evidentemente que para cualquiera acostumbrado a la arquería inglesa, aquella distancia era muy escasa. A pesar de eso, la exhibición que los hombres de la estepa se preparaban a dar era notable. Todo se hacía a caballo. Primero tiraron con el caballo inmóvil, y el ruido de las flechas al dar en el blanco fué como el de una granizada al caer en un techo de madera. Cuando aquella fase del concurso hubo terminado, y los participantes se hubieron alineado, empezaron a galopar por una línea en ángulo recto con los blancos, descargando sus armas mientras corrían a toda velocidad. La exactitud del tiro mermó considerablemente, pero igual resultó asombrosa la cantidad de flechas que dieron en el blanco.

El espectáculo era arrebatador. El jinete hacía volver su caballo con un salvaje grito de ¡*Nada Uk!*, y volvía haciendo retemblar el suelo, mientras volaban trozos de arena y de escarcha bajo los veloces cascos. Si el tiro era bueno, se elevaba una alta exclamación de aprobación. Si fallaba, los espectadores se burlaban, deleitados.

Cuando la última flecha hubo sido disparada, Tristram se inclinó y tomó el brazo a su compañero.

—¡Wat! —exclamó, implorante.

—¿Qué?

—No puedo quedarme quieto sin hacer nada. ¿Hemos de dejar que estas bestias salvajes, esos aulladores asesinos de niños crean que son los mejores arqueros del mundo? Me arde la mano. ¡Wat! Nunca me perdonaré a mí mismo si no les muestro qué puede hacer el largo arco inglés.

El muchacho estaba jadeante, y sus ojos, cuya expresión solía ser suave, le brillaban con excitado fulgor. Con una mano que le temblaba de nerviosismo, tomó el arco que llevaba al hombro.

—¡Se lo debemos a Inglaterra! —exclamó.

Y antes de que su compañero pudiera oponerse, se adelantó hacia la línea de partida, blandiendo a brazo tendido su enorme arco para mostrar que deseaba intervenir en el certamen.

Los espectadores, que estaban empezando a dispersarse, se detuvieron al verlo.

Un desafío de semejante procedencia era tan inesperado, que por un rato los arqueros mongoles se quedaron inmóviles en sus sillas. Luego, varios de los que se hallaban más cerca se apearon de un salto y rodearon al alto inglés. Uno de ellos estiró de pronto la mano y le arrancó el arco. Tristram nada hizo por recobrarlo, aunque resultaba evidente que se dominaba con dificultad.

El arma fué pasada de mano en mano, y los mongoles acariciaban la pulida superficie, expresando asombro por la falta de cuerno y de metal. Era evidente que consideraban ese arco un arma muy pobre. Entonces uno de ellos levantó el arco y trató de doblarlo. La operación le resultó tan difícil que el hombre empleó todas sus fuerzas en su intento. La confiada sonrisa se le borró del grasoso rostro y fué substituida por una desagradada expresión de asombro. Habría arrojado el arco lejos de sí pero Tristram dió un salto y se lo arrancó de las manos. Un enojado empujón envió al mongol al suelo.

Walter, que contemplaba la escena con creciente aprensión, oyó que alguien daba una orden a espaldas del grupo. No podía ver quién la había dado, pero en el tono se traslucía una expresión de autoridad. Los burlones arqueros que rodeaban a Tristram retrocedieron.

Al rato, el padre Theodore se abrió paso por entre la multitud hasta llegar a Walter. Su rostro ostentaba una expresión de intranquilidad.

—Su amigo el alto deberá tirar —dijo—. Es una orden. Dígaselo.

—¿Le darán una oportunidad justa?

—Nadie se entrometerá. Pero si no lo hace mejor que los demás, los mongoles han recibido orden de que le rompan el arco en la cabeza. Eso no dejarán de hacerlo, joven señor. Puede usted estar seguro de que le harán saltarlos sesos con la mayor alegría.

Walter sintió como si el corazón le hubiera dejado de latir. Nunca había tenido antes esa sensación de temor. Muchas semanas hacia que Tristram no disparaba su arco, y tanto su brazo como sus ojos carecían del adiestramiento que da la constante práctica. Además, era probable que la cuerda del arma hubiera perdido su rigidez por falta de uso. El viento, que había mermado hasta hacerse casi imperceptible, había vuelto a soplar intensamente. La prueba resultaría un fracaso, Walter estaba seguro de ello, pero también se dió cuenta de que era demasiado tarde para que Tristram se desdijera.

—¿Cómo terminará esto? —se preguntó.

Walter se dirigió hacia la línea de partida, donde se colocó al lado de su amigo. Cualesquiera fuesen las consecuencias de aquella temeraria aventura, harían frente juntos a las consecuencias.

—Tienes que demostrarles lo que sabes hacer —logró decir.

—¡Magnífico! —exclamó Tristram, sereno y seguro de sí.

—Calma, Tris. Estás por disparar una flecha por Inglaterra. No, ¡por la gloria y honor de la Cristiandad!

Tristram se tocó el guante, del cual se había borrado la inscripción.

—¡Jesús, guía mi puntería! —citó fervorosamente.

—Ten en cuenta el viento —le advirtió Walter—. Parece, que vuelve a refrescar.

Tristram miró cuidadosamente el blanco.

—No conozco ninguna de sus pruebas de fantasía —dijo—. Tendré que vencerlos en la distancia. Bueno, les mostraré cuál es el alcance de mi arco.

Sonrió e hizo una señal con el brazo para que alejaran el blanco. Unos criados obedecieron la orden alejándolo unas veinte varas. El arquero volvió a sonreír e indicó que la distancia no era bastante. La escena se repitió tres veces, y los criados respondieron llevando el blanco más lejos, hasta que finalmente quedó a una distancia doble de la primitiva. Walter esperaba en horrorizado silencio, seguro de que su amigo estaba por sellar la suerte de ambos, aunque sin atreverse a decírselo. Temía que el brazo de Tristram perdiera su fuerza y destreza si el tirador pudiera suponer cuáles serían las consecuencias de su fracaso.

Según los cálculos de Walter, el blanco estaba a unas trescientas varas del tirador. Se sabía que fuertes arqueros habían logrado enviar un dardo a esa distancia, aunque sin ninguna esperanza de dar en un blanco determinado.

«¿Ha perdido el juicio?», pensó, casi presa del pánico.

Tristram adivinó lo que estaba pasando en la mente de su amigo.

—Todo o nada —dijo fríamente—. Si he de darles una lección, ésa ha de ser buena. Bueno, maestro en artes, ya veremos.

Un murmullo de asombro estaba levantándose de las largas e intrigadas filas de mongoles. Los arqueros estaban inmóviles de estupefacción.

Había tensión en el ambiente. A pesar de su asombro ante la temeridad de ese arquero cristiano al proponerse un blanco nunca visto, era evidente que los mongoles estaban preparándose a aprovecharse de su seguro fracaso.

«Padre nuestro que estás en los cielos» oró Walter para sí. «Mira a tu fiel criado Tristram Griffen. Dale fuerzas a su brazo y seguridad a su ojo. ¡Haz que amaine el viento para que su puntería sea certera!».

El arquero dió un paso hacia el blanco y empezó a estirar el arco con facilidad y gran cuidado. El arma respondió suavemente a la experta y familiar mano. Walter vió que el brazo de su amigo estaba sereno.

Estaba soplando un viento que hacía flamear las capas de fieltro de los jinetes y las plumas de los turbantes de los mercaderes. A punto de soltar la flecha, Tristram dió un paso atrás y esperó. La brisa amainó como en respuesta a la silenciosa plegaria de Walter. Aprovechándose de la calma, el arquero volvió a dar un paso adelante. Alzó el arco y apuntó. De pronto su brazo izquierdo le cayó al costado del cuerpo.

La flecha salió del arco con un fuerte silbido. Voló por los aires en derecha al blanco adonde el arquero la enviara, luego pareció elevarse en suave y majestuosa parábola. Volvió a nivelarse, volando con velocidad increíble. Walter contuvo la respiración. El blanco parecía minúsculo y tan lejano que no podía esperarse que la negra y delgada flecha encontrara en él su meta.

Pero se produjo el milagro. Hubo un lejano ruido de impacto, y todos los ojos pudieron ver una línea negra clavada en la clara superficie del blanco.

Un griterío se elevó de entre la multitud. Walter dió un salto, expresando en un grito de placer el intenso alivio que sentía.

—¡San Jorge! ¡San Jorge por Inglaterra! Corrió hacia su amigo y le echó los brazos al cuello. Tenía las mejillas surcadas de lágrimas.

—¡Tris! —exclamó—. ¡Viejo amigo, maravilloso amigo! Nadie ha igualado ese tiro. Ni siquiera Clym-O’the Clough en persona. Tu padre se enorgullecería de ti.

Tristram le sonrió plácidamente. En su mirada había una expresión de infinito alivio.

—¡Qué tiro afortunado! —jadeó—. No esperaba lograrlo, Wat. Puse el blanco demasiado lejos. No sé por qué. Algo en mi interior me impulsaba. Quizá recordara los insultos que nos habían lanzado. Sólo veía que era necesario demostrar a esos orgullosos paganos algo que jamás habrían de olvidar.

—Salvaste nuestras vidas —dijo Walter, dándose cuenta de que las rodillas se le doblaban bajo el peso del cuerpo.

Los jinetes mongoles habían quedado en sombrío silencio, sin que ninguno de ellos diera señal de aprobación alguna por aquel maravilloso tiro. Y abrieron paso cuando un hombre de estatura más bien alta se adelantó por entre sus filas montado en un magnífico caballo negro.

El recién llegado era bastante guapo. Vestía una túnica de largas mangas de seda negra, atada a la cintura por un cinto de trozos de jade. Llevaba el sombrero de fieltro de su raza, aunque adornado con una vistosa pluma de faisán y algunos dijes de oro. Su caballo estaba hermosamente enjaezado con arneses rojos, y al moverse producía un tintineo de plata. Al adelantarse, el jinete escrutó a los ingleses con ojos que carecían de la cruel mirada de los demás. Aquellos ojos eran grandes, de color castaño, y brillaban de agradable inteligencia. Su nariz tenía algo de pico de halcón.

Hizo un gesto al padre Theodore y empezó a darle instrucciones. El sacerdote asintió obsequiosamente y se dirigió al lugar en que estaba Walter.

—Pregunta si él puede fabricar arcos como ése.

Cuando la pregunta hubo sido retransmitida a Tristram, este último hizo una seña afirmativa.

—Siempre que podamos conseguir la madera apropiada, lo cual ha de ser difícil aquí en Oriente. En cuanto a la elaboración, mi padre me enseñó algo del oficio de

flechero.

—Él ya ha dicho —declaró el padre Theodore—, que esa madera puede hallarse en las tierras del Norte, de donde es oriunda su gente. Pregunta, además, si los jóvenes estudiantes podrían adiestrar a algunos hombres en el uso del arco.

Las cosas estaban adoptando un giro favorable, y Walter tomó sobre sí la responsabilidad de contestar.

—Sí, podemos adiestrar a arqueros. Pero él ha de tener en cuenta que pocos son los brazos tan fuertes como los de mi amigo, y que menos aún son los ojos que tengan su vista. No sería posible enseñar a ninguno de sus hombres hasta lograr que efectuaran un disparo certero como el que acaban de presenciar.

—Eso también lo sabe él. ¿Pueden efectuarse muchos disparos con ese arco en rápida sucesión?

—Por lo menos tres, durante el tiempo que se tarda en preparar una ballesta para un disparo. Un cuerpo de arqueros puede deshacer a un cuerpo de ballesteros.

El sacerdote nestoriano volvió a hablar con el hombre montado en el caballo negro, el cual pareció complacido por la naturaleza de las respuestas. El jinete había estado observando los largos miembros y los anchos hombros de Tristram con aprobadora mirada. De pronto miró a Walter y dirigió una pregunta al intérprete.

—Pregunta si usted también sabe usar el arco mágico.

Walter meneó la cabeza.

—No, pero dígame, padre Theodore, que conozco varios idiomas, que escribo con claridad y que podría serle útil en muchas formas.

Una sonrisa pasó por el semblante del jinete al enterarse de aquella contestación. Dijo unas pocas palabras que hicieron que el sacerdote sonriera a su vez.

—Pregunta si juega usted al ajedrez.

En su hospicio de Oxford, Walter había tenido oportunidad de jugar al ajedrez con un viejo juego incompleto, cuyas piezas faltantes habían sido reemplazadas por trozos de pizarra en los cuales figuraba escrito el nombre de lo substituido. El muchacho se había mostrado algo más aficionado que sus compañeros a ese pasatiempo.

—Sí, juego al ajedrez.

El jinete volvió a sonreír y gritó una serie de órdenes. Dió unas instrucciones finales al sacerdote, y, haciendo volver a su caballo con un ligero tirón de riendas, se dirigió al galope hacia el campamento. Dos mongoles a pie salieron de las filas de los espectadores, destacando al caminar la grotesca combadura de sus piernas.

—Tienen ustedes suerte, jóvenes estudiantes —declaró el sacerdote, como si la excelencia de las noticias fueran consecuencia de sus propios esfuerzos—. Seguirán ustedes con la caravana. Cuando llegue la oportunidad, tendrán ustedes que adiestrar a un grupo de arqueros y prestarles el arco mágico. Es una orden. Estos hombres les

acompañarán hasta el campamento.

—¡No hay peligro de que tratemos de huir! —exclamó Walter, entusiasmado.

—Dispondrán de un equipo completo nuevo —prosiguió el sacerdote—. Les darán caballos y buenos camellos jóvenes para sus criados y enseres. Y una tienda cálida y grande. Viajarán con comodidad y lujo.

Uno de sus nuevos guardias dijo: ¡*Hudelhu!*!, con tono enojado. Aquello era tan evidentemente una orden de ponerse en camino, que Tristram se echó el arco al hombro y emprendió la marcha.

Walter no tardó en seguirlo. Seguro de lo que preguntaba, dijo al sacerdote:

—¿Quién era el hombre del caballo negro?

—Ése —dijo el padre Theodore—, es Bayan, el de los Cien Ojos.

Aún están afuera los hombres, amo —dijo Mahmoud alegremente—. Uno de ellos me dijo que me haría picadillo si trataba de salir. El otro me dijo que me clavará en la cruz por ser criado de cristianos. Pero Mahmoud no tiene miedo ahora. El gran general dijo que Mahmoud fuera también. Los hombres que están afuera no se atreverán a tocar a Mahmoud.

La nueva tienda era en realidad lo que dijera el padre Theodore, un alto y redondo domo de fieltro cuyo interior estaba ricamente revestido de seda azul. Comparada con la anterior, aquella tienda era un verdadero palacio. Mahmoud, henchido de orgullo, empezó a mostrar las maravillas que había descubierto.

—Mire —dijo, atreviéndose a tocarle el brazo a Walter—. No hay un solo gancho en el armazón; son seis. Mire qué fino forro de seda. Mire, hay anillos para colgar las cortinas de noche.

—Viviremos como reyes, Mahmoud —dijo su amo.

Para proseguir su descripción de las maravillas de su nueva tienda, el criadito se dirigió a una cortina suspendida en el fondo, detrás de la cual estaban ocultas las ollas, cajas de especias y demás utensilios. Echó una mirada detrás de ella y dejó caer la cortina. El modo, demasiado indiferente, en que se dirigió luego a la puerta de entrada, evitando la mirada de su amo, como si algo hubiese provocado su aprensión, habría bastado para crear sospechas en la persona menos observadora. Walter se dio cuenta y frunció el ceño, asombrado. Se sentó en el suelo de modo a enfrentar la cortina, de espaldas contra el soporte central de la tienda.

—¡Maryam! —llamó.

Al no recibir respuesta, dijo:

—Será mejor que salgas. Estoy seguro de que no estás cómoda allí atrás.

La cortina se movió y apareció el rostro de la muchacha, que se presentó con un gesto de escolar sorprendido en alguna travesura. La muchacha tenía la mirada fija en el suelo.

—¿No encontraste a los que tenían que llevarte Maragha? —preguntó él.

Maryam meneó la cabeza.

—Vi a mi tío —dijo con voz ahogada—. El mismo vino a recibirme. Sostuvimos una conversación, y... ¡huí de él!

La voz de la muchacha se elevó, influida por la tensión emocional que la embargaba.

—¡Tuve miedo de él, *Kyrios* (señor) Walter! ¡Se parecía tanto a Anthemus, sólo que mucho más viejo y hasta más cruel! Yo no me había propuesto eso. Había sido un impulso. Cuando vi cómo era, me sentí de pronto presa del pánico, y eché a correr sin darme cuenta de lo que estaba haciendo. Me oculté a su vista entre la multitud.

Luego, no supe adónde ir, de modo que vine aquí.

—Pero ¿cómo sabías que esta tienda era la nuestra?

—No podía encontrar la anterior. Tenía mucho miedo, y me dirigí a uno de los criados de Anthemus, un viejo criado que siempre me había querido y ayudado. Me dijo que viniera aquí.

«¿Qué vamos a hacer ahora?» —pensaba Walter, llena la mente de temerosas conjeturas por aquel inesperado regreso. Al darse cuenta de lo que pasaba, la muchacha se dejó caer de rodillas a su lado.

—*Kyrios* Tris no me conoció —alegó, ansiosa—. Todos creen ahora que tenéis dos criados negros y que yo soy uno de ellos. Nadie me descubrirá.

—Nadie ha sospechado hasta ahora. Pero has de recordar que la cosa sólo duró un día. Tanta buena suerte no puede seguir siempre.

—¡Sí, podrá seguir! —exclamó la muchacha, cogiéndole una mano a Walter y mirándole, implorante, a los ojos—. He estado pensando en eso durante todo el tiempo en que estuve oculta detrás de la cortina. Nadie esperaría encontrarme en la caravana después de esto. Anthemus no va y ¿a quién más le importo? Nadie me verá, Walter. Esa gente no os quiere a vosotros porque sois cristianos. Nada quieren tener que ver con vosotros. Siempre tendréis que ir a retaguardia de la caravana y levantar vuestra tienda al borde del campamento. Me será fácil mantenerme fuera de la vista de los demás. ¡Oh, tendré mucho cuidado! Nunca conversaré con los demás criados. Cuando haya alguien cerca, bajaré la cabeza.

—Esos ojos azules tuyos te traicionarán.

—Siempre mantendré baja la mirada. Me echaré el sombrero sobre ellos. ¡Te lo suplico, Walter, es mi única esperanza!

En ese momento entró Tristram. Al ver a Maryam, se quedó inmóvil por un momento, boquiabierto ante lo inesperado del encuentro, rebosantes los ojos de expresivo asombro. Luego echó a reír, aliviado, golpeándose, exuberante, el muslo.

—¡Maryam! —exclamó—. ¡Aún estás aquí! ¡Por San Cristóbal que me alegro! No estaba tranquilo con que te hubieses ido a Maragha sola. En realidad, no me gustaba la idea de que te separaras de nosotros.

La muchacha no comprendía lo que Tris decía, mas se dió fácilmente cuenta de la bienvenida que brillaba en sus ojos. Se levantó y fué corriendo hacia él. Cogiéndole una mano, exclamó:

—¡Tú si quieres que yo me quede, *Kyrios* Tris! ¡Oh, por favor, convence a Walter para que me deje estar con vosotros!

Tristram sonrió a Walter por sobre la cabeza de la chica.

—¿Qué dice, Wat? —preguntó—. Parece muy nerviosa, pobrecilla. No sé qué te parece a ti, pero por cierto que me alegro de verla aquí; tan contento estoy que no encuentro palabras para expresártelo. Digo que no debería ir a casa de su viejo tío, de

ese Michael Takagalou. Hasta el nombre huele a crueldad y villanía. Y, puesto a pensar, no es tío de ella. Esos griegos, ávidos de dinero, no pueden ser de su sangre. Es inglesa, Wat y no tenemos derecho a dejarla en el atolladero.

Lo mismo había pensado Walter, pero el muchacho había desechado la idea en favor de consideraciones de orden práctico que no aconsejaban la permanencia de la chica con ellos.

—La encontrarán aquí, Tris —dijo secamente—. ¿Acaso olvidas lo que significaría para nosotros el vernos envueltos en semejante peligro?

—No necesitamos quedarnos donde puedan reconocerla. ¿Por qué no emprender el viaje por nuestra cuenta? Aún tienes oro en tu bolsa. Y podríamos llegar al Cathay antes que esta formidable caravana.

Walter soltó una breve risa.

—¿No advertiste a los guardias alrededor de la tienda al entrar? No nos queda elección alguna. Bayan lo ha resuelto.

—Entonces —exclamó Tristram—, tenemos que seguir con ellos y correr el riesgo. ¿Qué nos importan los riesgos? Hoy corrí uno. No, lo corrimos ambos, pues no dejé de ver lo pronto que te adelantaste y te pusiste a mi lado. ¡Que se vayan al diablo! Hasta ahora hemos estado juntos los dos. Ahora seremos tres.

Por entonces Maryam estaba llorando y apretándole el brazo a Tris en señal de súplica. Walter se levantó y fué hacia ellos.

—Está bien, Tris —dijo—. Correremos el riesgo juntos. Los tres.

Maryam se volvió rápidamente y lo miró. El muchacho había hablado en inglés, pero ella podía darse cuenta por la modificada expresión de su rostro. Siguió llorando, mas ya sólo era de alivio. De pronto, se dejó caer de rodillas, y, besándole la mano a Tristram, sollozó:

—¡Oh, gracias, gracias!

Tristram se sonrojó.

—Vamos, vamos —dijo—. No merezco tal recompensa. Luego le sonrió, feliz, a Walter.

—¡Parece contenta la pobrecilla! Tendremos que ser muy buenos con ella, Wat. Creo que debemos tratar de algún modo de llevárnosla a Inglaterra con nosotros.

Maryam se levantó como si tuviera conciencia de la necesidad de incluir a Walter en su apreciación. El muchacho se había vuelto y dirigido al otro lado de la tienda, a examinar una lámpara árabe de bronce con simulado interés. La vieja sensación de estar aparte, consecuencia de su desdichada niñez, había vuelto a invadirlo. Pensaba que la muchacha siempre compararía su actitud con la de su amigo, y que forzosamente tenía que parecerle cauteloso e indiferente.

«Pero —pensó en defensa propia— alguien tiene que considerar el aspecto práctico de las cosas».

La muchacha lo siguió con paso vacilante, y dijo:

—Quiero darte las gracias, Walter.

—Eso tienes que agradecerérselo a mi amigo y no a mí.

—¡No, no! —exclamó ella—. A ti también. Te lo agradezco desde lo más profundo de mi corazón.

—Bueno, el asunto está arreglado —dijo Tristram con voz alta y alegre.

Maryam se puso a secarse los ojos.

—Ahora tengo que ponerme a trabajar —dijo—. Mi severo capataz volverá pronto y querrá saber por qué no se ha encendido fuego ni limpiado las ollas.

Y sonrió a ambos amigos.

—Trataré de ser un criado muy fiel, mis buenos amos.

Cuando regresó Mahmoud estaba trabajando intensamente. El negrito la miró, desconfiado.

—¿Se queda este otro chico? —preguntó—. Usted me dijo, amo, que ese muchacho se iría. Luego lo vi detrás de la cortina.

—Este otro chico se queda, Mahmoud.

El criadito sonrió de mala gana.

—Entonces Mahmoud le dará trabajo. Salta muchacho —dijo, volviéndose hacia Maryam—. ¡Limpia la herrumbre de la olla! ¡Pronto!

Para distraer su atención, Walter empezó a elogiar su nueva tienda. A Mahmoud le brillaron los ojos de orgullo. Se puso a destacar otras perfecciones de la enorme tienda. Dijo que sería cálida, porque no había agujero en lo alto que permitiera la entrada de aire frío. Walter estudió el dispositivo con gran interés y observó que la parte superior estaba constituida por cueros de morsa que podían descolgarse y doblarse cuando se necesitara aire. Ese dispositivo no oscurecía el interior de la tienda, pues los cueros habían sido raspados hasta ser dejados tan finos que eran traslúcidos.

El muchacho aún estaba estudiando la estructura de su nueva vivienda cuando el guardia que había frente a la entrada anunció con despreciativa voz:

—Un gordo mercader viene a visitar a los perros occidentales.

Era Anthemus. Entró, envuelto hasta las orejas en un enorme abrigo de piel de potrillo. Su rostro, sin embargo, estaba enrojecido por el frío. Lo seguía una muchacha que llevaba unas cajas en la mano. Era una chica pequeña, tímida y bastante bonita.

El mercader los saludó de mala gana y se sentó al lado de Tristram. Sus anchas caderas necesitaban tanto espacio que el inglés tuvo que hacerse a un lado. La muchacha se sentó al lado de su amo y se puso a abrir las cajas; que contenían varias clases de golosinas.

—No voy con vosotros —dijo Anthemus en un tono profundamente fastidiado,

pues se sentía tan preocupado por aquel golpe que le hiriera en su orgullo que se quedó en malhumorado silencio por un rato—. Nada puedo hacer para que cambie de opinión ese terco *noyam*. Pero podéis estar seguros de que estoy tomando mis medidas. Lo que deseo será arreglado en China, donde tengo agentes que pueden tratar directamente con el Hijo del Cielo. Puedo arreglármelas sin este pestilente Bayan, y lo único que siento es el haberle hecho ya los muchos regalos que le traje. Confío en que un día el Hijo del Cielo le quemará todos y cada uno de sus cien ojos.

Y miró a Walter, entrecerrando los ojos.

—Como mayor precaución, confiaré en vosotros para la entrega de mis cartas. Una de ellas está dirigida a un mercader chino de Khan Bhalig. Deberéis consideraros bajo sus órdenes y hacer todo cuanto él os pida. ¿Está claro?

—Muy claro.

Anthemus se desabrochó el abrigo y buscó entre sus ropas con anquilosados dedos, hasta sacar una carta atada por hilos de cáñamo.

—Esta carta es para Kung L'aing, que vive en el gran suburbio de Khan Bhalig. Lo conocen por el nombre de El Tigre que Ronca Suavemente, de modo que no es necesario que os advierta, joven gallo del Oeste, que no será prudente prestarle algo que no sea la más completa obediencia.

Y sacó una segunda carta.

—Si vais a Kinsai^[1], capital del emperador Sung, entregaréis también ésta. Está dirigida a otro mercader muy rico. Se llama Sung Yung y a menudo se le conoce por el nombre de Fuego de Negras Nubes. También os pondréis a sus órdenes.

Luego añadió con orgulloso ademán.

—No quisiera que me interpretaseis mal cuando hablo de la riqueza de esos mercaderes del Este. ¡Yo podría comprar y vender a cualquiera de ellos!

Walter cogió las dos cartas y se las metió bajo el jubón.

—Podéis confiar en que seguiré vuestras instrucciones —dijo—. Espero por sobre todo llegar a Kinsai. Haré cuanto me sea posible por lograrlo.

Anthemus metió la mano en una de las cajas. Masticando con ruido, preguntó:

—¿Sabéis que una de las muchachas que yo enviaba a la corte del emperador se fugó anoche?

—Oí decir que era vuestra hermana.

Anthemus pesó la inflexión de la respuesta.

—¿Y os alegráis de que haya escapado? —dijo—. Lo veo en el tono de vuestra voz. Recordaré vuestra inoportuna alegría cuando llegue el momento de pagaros lo que hacéis por mí. Esto me ahorrará mucho dinero, de modo que yo también me alegro.

Walter nada dijo. El mercader siguió comiendo y miró en dirección a Tristram.

—Oí decir que ese macizo toro dió hoy una lección de arquería a los mongoles —

comentó, soltando una corta y aguda risa—. Me alegré mucho al enterarme. Pero ambos debéis recordar que los mongoles jamás olvidan un desaire ni una injuria. Cuidado que su brazo no los hiera más. Tengo que estar seguro de que mis cartas serán entregadas.

—Hemos convenido ya ser de lo más discretos.

—Bueno. Guardaos la lengua y no dejéis que vuestro estúpido orgullo occidental venza a la discreción —prosiguió, masticando con ruido—. En cuanto a esa desagradecida y desobediente hermana mía, no tenéis que acariciar la esperanza de que no llegue yo a encontrarla. ¿Hasta dónde puede llegar en esta región y con este tiempo? Veinte hombres míos están buscando en estos momentos en Maragha y en todos los piojosos pueblos de los alrededores. Dentro de muy poco habrá caído otra vez en mis manos.

En el fondo de la tienda, el teñido brazo que sostenía la olla se quedó inmóvil por un rato. Luego, prosiguió con su tarea. Walter sintió alivio al observar que Maryam se había retirado lo más posible de ellos y que volvía la cabeza en otra dirección.

—Su castigo —declaró Anthemus—, será de los más severos, por más que a ustedes les duela oírlo.

Walter no contestó. De pronto, el semblante del mercader, que había recuperado su color normal, volvió a cambiar. Alrededor de los ojos parecieron dibujarse círculos rojos. Luego el sonrojo le invadió el rostro entero. Su mirada se fijó en Walter con escrutadora expresión, y en voz baja y aguda dijo lentamente:

—No podéis concebir cuánto sufrirá ella por lo que ha hecho.

—Espero que no la encontréis nunca —contestó Walter.

—¿Es ése un ejemplo de la discreción que me habéis prometido? —preguntó Anthemus—. Aún he de quedarme con más de vuestro dinero.

Después de un rato de silencio, el mercader se puso trabajosamente de pie, apoyando tanto su obesidad en el hombro de la chica, que ésta casi se cayó al suelo.

—¡Levántate! —le dijo, mirando escrutadoramente la tienda—. Espléndida, por cierto. Este *noyan* no utiliza ninguno de sus ojos para buscar medios de ahorrarle dinero a su amo de Khan Bhalig. Veo que tienen dos criados. Uno de ellos lo pagará el generoso Bayan, no yo.

E hizo una reflexiva pausa.

—Aún no he hecho un solo beneficio con vosotros, y estoy seguro de que tenéis oro. Vamos, hemos de hacer un trato. Quiero venderos una mujer.

—Carecemos del oro necesario para entrar en tratos con un hombre tan astuto como Anthemus de Antioquía.

—Os venderé una tan estúpidamente barata que mi beneficio se reducirá casi a la nada. Ambos sois jóvenes y necesitaréis una mujer en tan largo viaje. Os advierto que no os metáis con los mongoles. Son verdaderos demonios.

—Preferimos seguir como estamos.

Anthemus comprendió lo que aquello significaba y suspiró.

—Vosotros los ingleses sois de una raza muy severa —se quejó.

Los mongoles era descuidados en cuanto al botín tan fácilmente conseguido, y el último ocupante de la tienda había dejado allí un cinturón chino de cuerda colgado de una percha en la estaca central. Aquel cinturón cubierto de polvo, estaba tejido con hilo de oro, y tenía una hermosa hebilla de jade. Anthemus lo vió al volverse, y, sin detenerse, lo arrancó de la percha y se lo guardó entre los enormes pliegues de su abrigo de potrillo. Su último comentario al despedirse fué:

—Harán bien en recordar que he de recibir informes sobre ustedes.

—Hizo su beneficio, a pesar de todo —dijo Walter, riéndose muy a su pesar.

La caravana emprendió la marcha al día siguiente, cuando el sol lanzó sus primeros rayos sobre unos riscos al este. Fué un espectáculo que los ingleses jamás podrían olvidar: aquella larga procesión de jinetes, de dos en fondo, que subían la cuesta contra el pálido fulgor rojizo y el oscuro color púrpura del cielo, cantando al avanzar. En el centro de la larga fila iban los camellos y literas de las mujeres, caravana interminable, e inmediatamente después un curioso vehículo en el cual la mirada de Walter se fijó en seguida. Aquel carro tenía cierto parecido con los que solían verse en los caminos ingleses, pero infinitamente más adornado. Era un carromato de dos pisos, pintado de brillante bermellón, con representaciones de dragones negros y tigres blancos a los costados. Pero lo que más atrajo la atención de Walter fué una imagen de un hada de alas doradas, con un brazo extendido, en lo alto del carruaje. Por más que el vehículo diera barquinazos y se moviera de un lado a otro, el brazo del hada señalaba siempre en la misma dirección.

El padre Theodore aún no había montado a caballo. Tocando el estribo de Walter —pues ambos ingleses estaban montados en excelentes caballos, con nuevos arneses de cuero adornados con plumas azules— le explicó el objeto de aquel extraño carruaje.

—Es un carro orientador —dijo—. Viene de China. El brazo siempre señala al sur, de modo que hace posible no apartarse de determinada ruta. Los caminos en los grandes desiertos que tenemos por delante suelen ser borrados por las tormentas de arena, de modo que el carro orientador es muy útil. Nadie conoce su secreto sino un viejo chino que viaja en su interior. Pero eso no es todo. Al terminar cada *li*, legua china, suena un gong en el carro.

Y el sacerdote meneó la cabeza, desconfiado.

—Joven estudiante, lo único que puedo decirle es que quizá allí dentro viaje el mismo diablo.

—Eso es algo de que he de hablar al fraile Bacon —se dijo Walter.

Echaron a galopar orgullosamente cuando les tocó emprender la marcha, en

último término. Tristram esbozó una plácida sonrisa y dijo a su compañero:

—Nadie se reirá ahora de nosotros, Wat. Siento que puedo volver a llevar alta la cabeza.

Eso tenemos que agradecerérselo a tu noble arco.

—¡Adiós, Zoroastro! La atmósfera se me antoja ya más suave con tu ausencia.

Disponían también de tres camellos, uno para llevar sus pertenencias y otro para cada uno de los criados. Mirando hacia atrás, Walter se alegró de ver que Maryam estaba cumpliendo su promesa de andar con la cabeza gacha.

—¡Has de salirte con la tuya, Wat! ¡Atrás de aquellos riscos se extiende el Cathay! —exclamó Tristram.

CAPÍTULO SÉPTIMO. LAS MONTAÑAS NEVADAS

I

La cena de aquella noche había terminado y los perros estaban disputándose los huesos ante la tienda, cuando les llegó a los ingleses la voz del padre Theodore que les pedía permiso para entrar. Y se presentó, inclinándose profundamente, brillante el rostro de sonrisas.

—Un gran honor le ha tocado a usted —dijo a Walter—. El gran *orkhon* desea jugar con usted una partida de ajedrez.

Y de pronto una expresión de ansiedad substituyó a las sonrisas.

—Espero que el joven estudiante se haya lavado, ¿no es cierto? No sería conveniente presentarse con olor a caballo en su presencia.

—Siempre me lavo antes de sentarme a comer —dijo Walter fríamente.

—Muy bien —dijo el sacerdote, después de contemplarlo cuidadosamente—. Los naturales de los países cristianos no se bañan bastante a menudo. Dicen que los cruzados hedían horriblemente.

Las nueve colas de caballo frente a la enorme tienda de Bayan flameaban locamente al viento de la noche. Un guardia, a la entrada, se apartó para dejarles paso, murmurando:

—Que una repugnante muerte se lleve a todos los hijos de madres infieles.

Unas imágenes de fieltro, colgadas de sogas le rasparon el rostro a Walter mientras entraba en la tienda. El interior resplandecía con la luz de cuatro lámparas suspendidas de cadenas de bronce. Bayan acababa de bañarse, pues un criado estaba sacando una batea de madera hacia la parte de atrás de la tienda, sin poder evitar que salpicara un poco de agua jabonosa en las alfombras hechas con pieles de osos pardos. El general estaba recostado en un cómodo sillón de tres patas, desnudos los pies, envuelto en una bata bordada de flores escarlatas. A Walter le asombró la pequeñez de aquellos pies, pero enseguida comprendió que generaciones enteras de vida a caballo habían producido sin duda ese efecto en la raza mongol.

Frente al general habían instalado una mesa plegadiza, sobre la cual se extendía un mapa. Bayan miró a su visitante y dijo algo al padre Theodore en una voz agradablemente modulada.

—El noble señor Bayan no se digna hablar en *Bi-chi* —dijo el sacerdote—. Tendré que quedarme para actuar de intérprete. Le saluda a usted y le ruega que se siente.

Un sirviente que había estado durmiendo con la espalda recargada en la estaca principal que sostenía la tienda y que roncaba fuertemente, se levantó como por instinto y acercó una silla frente al sillón que ocupaba su amo. Bayan se arremangó con ademán de entusiasmo. Con una mano señaló un enorme gato persa que había encaramado su dignidad en un rincón de la mesa.

—El noble señor Bayan se pregunta si la presencia de este favorito especial, el viejo Booghra, molestará a su joven adversario.

—De ningún modo —contestó Walter—. Dígame por favor que me gustan mucho los gatos y que opino que éste es un ejemplar maravilloso.

El gato, pues, quedó en su lugar, observando al recién venido sin que sus enormes ojos color naranja parpadearan una sola vez. Bayan estudió a su huésped también con una insistencia más bien desconcertante.

—Pregunta si el joven estudiante está versado en estrategia militar.

Walter meneó la cabeza.

—Mis conocimientos en la materia son tan deficientes que no me atrevería a expresarlos en presencia de un gran maestro como mi señor Bayan.

Una inclinación de aquella cabeza de amplia frente demostró la satisfacción del general ante ese discurso. Bayan empezó, sin embargo, a formular algunas observaciones, basadas en el estudio que había estado efectuando en el mapa, mientras el sacerdote las traducía a media voz.

—Llamamos al país de Manji el Almohadón Amarillo —dijo Bayan, trazando una línea con su dedo índice—. Es deforme y suave, y cede con facilidad. Los ejércitos del gran Khan han tratado de conquistar el Manji atacando a provincias fronterizas, aislándose por el sur, por una amplia aplicación del *Tulughma*, que es un ataque de flanco por sorpresa. Siempre han fracasado.

Y el inconmensurable orgullo mongol le brilló en los ojos. Hablaba con tanta rapidez que el padre Theodore se inclinaba hacia adelante nerviosamente para escuchar y tartamudeaba en sus traducciones.

—Mi plan es diferente. No es secreto, porque cuanto pienso hacer se evidenciará desde los primeros movimientos de la campaña.

—Aunque Walter escuchaba atentamente, logró, sin embargo, formarse una idea exacta de la estancia. La tienda estaba suntuosamente amueblada, tan completamente, en realidad, que era un misterio la forma en que todo aquello podía ser envuelto y llevado a lomo de camello. Había un enorme espejo —la vanidad de Bayan se demostraba en cuanto gesto hacía y en cada palabra que pronunciaba—, un arcón de cierto tamaño, una segunda mesa sobre la cual se veían otros mapas y un amplio diván en que dormía el general. El gato había vuelto a su posición primitiva y estaba roncando tan fuertemente como antes. Un dejo de sugestivo perfume en el ambiente y el ocasional ruido de una cortina de seda en la parte trasera de la tienda indicaban que al amo le habían enviado una mujer.

—El Almohadón Amarillo —declamaba Bayan—, es como un pulpo, que extiende sus tentáculos en todas direcciones. Si se corta uno de esos tentáculos pronto crece otro en su lugar. Pero si se le hiere en la cabeza, profundamente, en su punto vital, esos tentáculos quedan ya sin vida. Ceden y caen solos.

Y Bayan se inclinó hacia adelante, brillantes los grandes ojos.

—Aquéllos que siguen a los ejércitos de Bayan verán un ataque por la línea del río Han, un cruce del caudaloso Yang-Tse y luego una marcha directa sobre la propia Kinsai. Cuando caiga Kinsai, la conquista de las tierras del Manji serán cosa muy sencilla. Estaré luchando contra la geografía, no contra un pueblo. Ni siquiera es seguro que el emperador Sung; en Kinsai, recuerde el nombre de Genghis Khan. Le gusta contemplar a las mujeres de su casa bañarse desnudas en las albercas imperiales, y su interés no va más allá. Sus ministros son cobardes y corrompidos. Están demasiado seguros de que nada puede pasarle a su gran país. Nada saben de la guerra. Creen que si les ponen más caras horribles a sus soldados, asustarán con ello a sus enemigos.

Bayan echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír.

—¡Se morirán del susto cuando los mongoles Yakka entren galopando en Kinsai!

El discurso terminó, el general dió una palmada y gritó una orden al criado. El mapa fué quitado de la mesa, y substituido por un tablero de ajedrez con piezas de marfil. Walter miró asombrado aquellas piezas y no pudo reconocerlas a todas. Había cuatro elefantes de castillos de oro, y no se dió cuenta de que eran las torres hasta que su augusto adversario no las hubo colocado en el tablero. El juego era magnifico y muy antiguo, aunque bastante descuidado, pues las piezas estaban incrustadas de polvo y ensuciadas por las moscas.

—El gran señor Bayan siempre es el primero en jugar —dijo el padre Theodore.

Un brusco movimiento de la mano del general desplazó un peón en el tablero. Desconcertado por la jugada, Walter estudió su plan un minuto entero antes de contestar con la réplica. Bayan jugó con la velocidad del rayo durante el resto del partido, llevando a sus piezas de lado a lado con una especie de seguridad felina. Ya desde un principio se había puesto en la ofensiva, y el ataque estaba tan bien coordinado que Walter no pudo sino defenderse. Jugó lo mejor que pudo, considerando cada acción con el mayor cuidado. «¡Si sólo pudiera jugarlo bastante bien! —se dijo para sí—, tengo que ofrecerle un buen partido para que me mande buscar otra vez».

El resultado del partido nunca había sido dudoso, pero el inglés se las compuso para oponer una defensa encarnizada y obligar a su adversario a modificar varias veces su plan de ataque antes de hacerse necesaria la capitulación. Esa actitud era precisamente la que Bayan esperaba de él. El joven general se movía en su sillón dando pruebas de gran interés, bebiendo leche de yegua de un tazón de plata de cuando en cuando, y emitiendo exclamaciones de gran satisfacción en cada fase de la batalla. Una vez, al estirar el gato de pronto la mano y quitar una pieza del tablero con la aterciopelada garra, Bayan se rió, encantado.

—¡Mi prudente Booghra! —exclamó—. Eligió la pieza que me proponía mover.

¿Fue una indicación para el amo? ¿O acaso me estaba recordando que no le he acariciado la cabeza desde hace media hora?

El gato no expresó cuál había sido el verdadero motivo de su actitud. Después de arreglar su frondosa cola ante sus manos, no manifestó mayor interés en el juego.

Se jugaron tres partidas, que terminaron todas con la victoria del general. Bayan dió una palmada para que se llevaran el tablero. Luego hizo algunos comentarios.

—Dice que le gusta usted —tradujo el padre Theodore—. Que es usted un muchacho muy guapo y que nunca ha visto cabello como el suyo. No duda de que tenga usted mucho éxito con las mujeres. En cuanto a su modo de jugar, dice que es bastante bueno y que volverá a jugar con usted.

Y el sacerdote prosiguió con un comentario de su propia cosecha:

—¡Qué afortunado es usted, señor, de que nadie más que usted en todo el campamento juegue lo bastante bien para mantener vivo su interés!

Bayan bostezó, estiró perezosamente brazos y piernas y dió una orden.

—Ahora nos vamos —dijo el sacerdote, haciendo una reverencia tan pronunciada que pareció a punto de perder el equilibrio.

Walter se inclinó también y siguió al padre Theodore al exterior. El sacerdote no pudo dejar de hacer una de sus observaciones eróticas.

—Ha mandado por otra de sus mujeres. Parece que esta noche tenía ganas de pasarla con una tártara a la que llama su *joolem siboo*, su suave paloma.

Walter regresó a su tienda en buen estado de ánimo. Había conquistado la simpatía del comandante de los ejércitos de Kublai Khan.

«Parecería que las cosas están presentándose bien, al fin y al cabo» —se dijo para sí.

II

El ambiente en la nueva tienda siguió acusando un poco de tensión. Walter estaba convencido de que la preferencia de Maryam se dirigía a Tristram, y, debido al aislamiento en que siempre había vivido, la idea lo irritaba. La muchacha corría hacia su amigo en cuanto éste llegaba, con una sonrisa en el ennegrecido rostro. No podían entenderse hablando, mas siempre había muchos gestos de asentimiento entre ellos, que indicaban una completa comprensión y una simpatía recíproca. En cuanto a Walter se refería, Maryam acusaba una reserva en sus modales. Hasta parecía temerle un poco. A veces, cuando él volvía inesperadamente la cabeza, veía que la muchacha tenía la mirada fija en él con una expresión que no podía sondear. Siempre que aquello ocurría, la muchacha apartaba en seguida la vista.

«Parece que no soy capaz de hacerme amigos», pensaba él amargamente.

La situación se hizo aún más tirante, en su imaginación por lo menos, cuando la muchacha emprendió la tarea de enseñarle a Tristram la jerga del campamento. Sus propios conocimientos de ese lenguaje parecían bastante completos, pues habían aumentado con el trato de Hoochin B'abahu. Walter veía con complacencia que la muchacha emprendiera esa tarea, porque él mismo la había empezado y abandonado. No había sido exageración por parte de Tristram cuando éste dijera que las palabras extranjeras no gustaban de su cabeza y no querían entrar en ella, y que se portaban como un caballo arisco en una caballeriza extraña. Después de varios intentos, los dos amigos se habían resignado a que era inútil seguir adelante. Pero al reanudarse las lecciones, Walter empezó a sentirse más solo que antes.

La noche en que empezaran aquellas lecciones, había estado jugando al ajedrez con Bayan. Al regresar, una de las lámparas de piedra aún ardía brillantemente suspendida de su cadena, a pesar del viento que azotaba el fieltro de la tienda y provocaba corrientes de aire en el interior; la muchacha estaba sentada frente al alto arquero, rebosante el rostro de fría determinación. Estaba señalando diversos objetos y nombrándolos; repetía las palabras varias veces antes de hacérselas repetir a su alumno.

—*Hamar* —decía, tocándose la nariz, y, aprendida la palabra, decía—: *Gotol* —estirando el pie, pie muy pequeño, según observó Walter, señalando su calzado.

Luego fué *horoo*, que significaba dedo. Tristram se esforzaba cuanto podía por aprender y repetía las palabras varias veces, contándolas con los dedos. Su rostro ostentaba una expresión absorta.

Maryam estaba poniéndose muy impaciente.

—¡No, *Kyrios* Tris! —Decía o—: ¡Sí, sí, sí! —con expresión satisfecha cuando los esfuerzos del muchacho merecían, su aprobación.

Entonces le sonreía al mismo tiempo y de cuando en cuando daba una palmada.

Siempre que eso ocurría, en el largo rostro de su alumno se dibujaba una amplia sonrisa.

—¿Adelanta? —preguntó Walter.

Maryam pareció contenta de advertir que Walter la tenía en cuenta.

—Está aprendiendo muy bien —contestó—. Es muy paciente y se esfuerza mucho.

—Pues no se esforzaba tanto cuando quien le enseñaba era yo.

La muchacha sonrió.

—Era de esperarse. Los hombres no son buenos maestros.

—Walter se sentó en el otro extremo de la tienda y los observó.

«Me pregunto qué parecería esta muchacha si no tuviera esa tintura en la cara» —pensó. No podía recordar mucho de su aspecto en las pocas oportunidades que la viera en su estado natural.

Al rato, bostezó. Maryam debió haber estado observándolo de soslayo, pues se puso de pie.

—Está usted cansado —dijo—. La lección ha terminado.

—No, no —protestó el otro—. Sigue. Estoy muy bien.

Mas la chica estaba resuelta.

—Basta por esta vez. Tendremos muchas oportunidades para más lecciones.

Miró a Walter y apartó en seguida la mirada, ahogando un suspiro.

—A veces creo que le molesta a usted que... que esté aquí para seguir dándole más lecciones.

Aquellas lecciones prosiguieron todas las noches desde entonces ante Walter, que siempre desempeñaba el papel de espectador mas nunca el de participante. En un principio, el muchacho aceptó la situación como algo natural, mas poco a poco empezó a sentirse excluido. Aquello le hizo pensar en la época de la universidad, cuando su quisquilloso carácter lo separara de tantas actividades de sus compañeros.

«¿Siempre habrá de ocurrirme lo mismo? —se preguntó—. Ahora vuelve a ocurrir. Me demuestran claramente que no me necesitan. Ha de ser culpa mía. Soy un individuo hosco, como decían en Oxford».

Lo que más le disgustaba era verse privado de ese modo de la compañía de Tristram. Nunca le había parecido posible que pudiera levantarse una barrera entre él y el único amigo verdadero que había tenido. Aunque no ignoraba que no era culpa de la muchacha, empezó a fastidiarse con Maryam por ese motivo.

«¡Muchachita entrometida! —pensaba al observarlos—. Fué un error permitir que llegara a ser otra cosa que una criada».

Maryam a su vez parecía darse cuenta de que algo le estaba pasando por el espíritu a Walter, porque su actitud con él se hizo más reservada. Cuando terminaba la lección, decía: «Buenas noches, *Kyrios* Walter», y dejaba caer la cortina detrás de

si sin echarle siquiera una mirada.

El hecho de que la muchacha se sintiera por lo menos desdichada por esa situación se demostró, sin embargo, una vez que se levantó en medio de la lección y se dirigió a Walter, dejando a Tristram en el penoso proceso de contar las palabras con sus dedos.

—Walter —dijo en un susurro a la vez humilde y suplicante—, creo que estás enojado conmigo. ¿Qué he hecho?

—No estoy enojado contigo —contestó él, aunque dándose cuenta de que no hablaba con toda sinceridad—. Estoy de mal humor, y nada más.

—Temo que preferirías que yo no estuviese aquí.

Walter negó con mayor convicción.

—Después de lo que le oímos decir a Anthemus cuando su visita aquí —declaró—, me convencí que lo mejor era que te quedaras. Si hubieses ido a Maragha, te habría descubierto. Y también habría encontrado algún modo de hacerte volver.

A la muchacha le brillaron los ojos.

—Si pudiese estar segura de que sientes lo que dices, me sentiría mucho más feliz.

—Pero... —empezó él, vacilante, tropezando con la dificultad de expresar sus sentimientos en palabras—. Estoy seguro que opinas que no me mostré muy generoso, que me preocupaba demasiado mi propia seguridad.

La chica lo miró fijamente por un rato. Luego, murmuró:

—No, no. Por favor, no pienses eso, Walter. Nunca he sentido por ti sino el mayor agradecimiento —aseguró Maryam, que de pronto sonrió y estiró los brazos para tomarle ambas manos—. La lección ha terminado. Tienes que unirse a nosotros. He pensado en algo que ha de divertirme. Ven, te voy a predecir el futuro.

La muchacha lo llevó de la mano, al espacio central donde estaba sentado Tristram. Sentada al lado de su serio discípulo, empezó a trazar una serie de círculos con el dedo en la arena. Luego sacó un puñado de dados de marfil de la bolsa que llevaba a la cintura.

Se había vuelto muy animada.

—Es algo que aprendí de los persas —dijo—. Se llama Kherdar; por ese nombre llaman a su ángel de la guarda. Todas las mujeres de Oriente creen en él, e invocan a Kherdar siempre que quieren saber algo acerca del futuro.

Y sonrió a Walter.

—Ahora bien, ¿qué quieres saber, buen amo?

El muchacho aún no había cambiado del todo de estado de ánimo, de modo que dijo:

—¿Por qué no consultas tu propio futuro?

La muchacha pareció muy dispuesta a hacerlo, y dijo que había algo que deseaba

mucho saber.

—Pero es un deseo secreto —añadió—. No te diré de qué se trata.

Tomó los dados en la mano y cerró los ojos diciendo «¡Kherdar, Kherdar!», fervorosamente. Al rato hizo una señal de asentimiento con la cabeza y murmuró: «¡Kherdar, oye!». Después de otra pausa, dijo: «¡Kherdar, escucha!». Y por último exclamó: «¡Kherdar, habla!», y arrojó los dados sobre los círculos que había trazado en la arena.

Inclinó la cabeza, estudiando los mensajes en la superficie superior de los dados y las posiciones en que habían caído. Después de un largo silencio, puso un dedo en el círculo exterior y preguntó:

—Ése es el norte, ¿no es cierto?

—Sí, es el norte.

La chica volvió a mirar hacia abajo, en otro período de estudio. Evidentemente estaba intrigada.

—¿Se cumplirá tu deseo? —preguntó Walter.

—No estoy segura. Es muy contradictorio —contestó ella meneando la cabeza—. Está claro que Kherdar no quiere que lo sepa todavía.

—¿Es algo que desees mucho?

—Sí —contestó ella en un murmullo—. Lo deseo mucho, mucho.

Luego se sentó, con gesto resuelto.

—Es demasiado pronto para que lo sepa. Ahora te toca a ti, Walter. ¿Qué quieres preguntarle a Kherdar?

A pesar de si mismo, Walter estaba empezando, a sentir un vivo interés.

—¿Llegaré al Cathay? ¿Triunfaré allí en lo que me propongo hacer? —preguntó.

La chica le dejó caer los dados en la mano y cerró los dedos sobre ellos.

—Tienes que arrojarlos tú mismo. Mira, revuélvelos primero en la mano. Cierra los ojos y piensa en tu deseo. Piensa intensamente. A veces, eso hace que la fortuna te sonría y obtienes lo que pides.

Y mientras el muchacho cumplía con las indicaciones, Maryam murmuró:

—Deseo ardientemente, Walter, que todo resulte a medida de tu esperanza.

Luego estudió los mensajes de los dados.

—Sí, llegarás al Cathay —dijo por último—. Es indudable, puesto que aquí vemos al sol naciente. También es evidente que volverás sano y salvo a tu tierra, porque este dado dice: «La flecha bien dirigida da en el blanco». Todo cuanto se refiera a flecha tiene que significar «Inglaterra».

Luego frunció el ceño y vaciló:

—No estoy muy segura acerca de lo demás. Me pregunto, Walter, si realmente sabes qué quieres encontrar allí. Este dado, y es el más importante de todos, pues tiene borde de oro, dice: «Conoce a tu propio corazón». Quizás encuentres allí algo

en que no has pensado mucho, y luego te darás cuenta de que es lo que mas has deseado, al fin y al cabo.

—Sé lo que quiero —declaró Walter—. No abrigo a ese respecto duda alguna.

—Bueno, pues —replicó ella con un suspiro—, entonces es porque Kherdar no quiere decirte más.

Otro factor estaba empezando a perturbar el curso de la vida en aquella curiosa tienda, Mahmoud había dominado su desagrado por tener un auxiliar, y comenzaba a aprovecharse de la situación. Amontonaba cada vez más trabajo sobre los hombros de Maryam. Ya a primera hora por la mañana se ponía a gritar:

—¡Fuera de la cama, haragán! Enciende la lámpara. Los amos no pueden ver para vestirse.

De noche, era:

—¡Oye, Tapha! Pon la comida en la olla. ¡Aprisa, muchacho, o Mahmoud te dará con un palo en las nalgas!

Hasta le exigía un trabajo de carga y descarga muy superior a las fuerzas de la pobre chica. El hecho empezó a preocupar a Walter, que se daba cuenta de la dificultad que experimentaba la muchacha en responder a esas exigencias. En una oportunidad, le examinó las manos, y advirtió que las palmas, aunque tenían marcas de callos, eran tan suaves que evidentemente la muchacha nunca había estado acostumbrada a trabajo alguno.

—Le hablaré de ello a ese canalla de Mahmoud —dijo—. Está volviéndose perezoso y dándote demasiado trabajo.

Luego advirtió que la chica tenía las uñas resquebrajadas y rotas.

—No te has quejado, pero sé que las tareas te resultan demasiado pesadas. Ese pillo negro deberá ser azotado.

—El trabajo es duro —confesó Maryam—. Pero, por favor, no hagas nada. Dije que sería un buen criado. Tengo que cumplir mi palabra.

Y sonrió, con cierta tristeza:

—Gracias, Walter, por haberte preocupado por mí.

Varios días después, entró inesperadamente en la tienda y la encontró llorando ante un trabajo descomunalmente difícil. La muchacha trató de ocultar sus lágrimas y prosiguió con su tarea.

—Maryam —dijo Walter—, lo siento mucho. Bien quisiera decirle a Mahmoud que lo hiciera todo, pero, como sabes, tenemos que conservar las apariencias. Si no hicieras nada, la gente advertiría que pasa algo raro. Comprenderás, por supuesto, que ni Tristram ni yo podemos realizar ningún trabajo de esa clase sin disminuirnos.

—Comprendo —contestó la muchacha, que dejando de dominar su llanto se puso a llorar francamente—. Me canso mucho. A veces odio a Mahmoud hasta el punto de desear matarlo.

—Le hablaré en seguida. Esto no puede seguir así.

—No —replicó ella, meneando la cabeza con ademán decidido y secándose las lágrimas con la manga de su túnica—. No sería prudente, Walter. Eres muy bueno al compadecerme. Pero no podemos dejar que Mahmoud sospeche nada.

Y de pronto venció en ella la parte oriental de su naturaleza.

—¡Seguiré así! ¡Obedeceré a ese impudente hijo de camellero tuerto!

Walter no pudo impedirle reír al inclinarse a palmoearla en la espalda. La chica se apoyó en él por un rato, y luego se retiró con rapidez.

—No debí decir eso —exclamó—. Una dama inglesa no habría hablado de ese modo. ¡Y quiero parecerme a una dama inglesa, Walter!

A Mahmoud no se le veía por ninguna parte en ese momento. Cuando Walter regresó a la tienda algún tiempo después, oyó un ruido de lucha en el interior y unas voces enojadas y doloridas. Alzando la pieza de fieltro que servía de puerta, vió que Maryam y Mahmoud estaban rodando por el suelo, trabados en lucha, mordiéndose, arañándose y tributándose mutuas y enfurecidas recriminaciones.

—¡Basta! —gritó, corriendo a separarlos—. Mahmoud, te he de azotar por esto. Maryam, suéltalo. Levantaos ambos.

Maryam rodó a un costado y se sentó, llorando, enojada.

—¡Esclavo insolente! —exclamó—. He aguantado cuanto pude.

Luego calló y su rostro adoptó una expresión de arrepentimiento. Se levantó lentamente y se alejó.

Desde el otro extremo de la tienda, le dijo a Walter:

—Lo siento. Pensarás mal de mí porque hice una promesa y no la cumplí. Pero no pude impedírmelo, Walter. Me pegó.

—¡Tapha me mordió! —acusó Mahmoud—. Ese chico tiene dientes como las víboras.

Walter se volvió hacia Maryam. Todo cuanto se propusiera decir siguió ignorado, porque de pronto vió que durante la lucha se había desgarrado la pierna derecha de la amplia bombacha de la chica, desde la cintura hasta el tobillo. En circunstancias normales, Walter no habría dejado de advertir que el miembro así revelado era fino y hermosamente redondeado, pero lo único que pudo ver en aquel momento era su deslumbrante color. ¡Era blanco, blanco!

Hizo un brusco gesto a la muchacha. Maryam se miró e instantáneamente comprendió el peligro. Se cubrió la pierna y corrió a ocultarse detrás de la cortina. Pero era tarde. Walter vió un brillo de asombro en los ojos de Mahmoud y comprendió que en aquella embotada mente se produciría pronto la explicación de lo visto. El criadito había dejado de jadear.

«Bueno, se ha descubierto todo» —se dijo Walter.

Se dirigió hacia Mahmoud y se le sentó al lado.

—¿Te gustan tus amos? —le preguntó.

—Sí, amo, Walter —afirmó el chico, a punto de sollozar—. Mahmoud quiere a sus buenos amos.

—¿Te gustaría verlos en peligro? ¿Te gustaría verlos morir como viste morir a aquel negrito?

—¡No, no, amo!

—¿Puedes, pues, guardar un secreto?

Al chico parecían querer saltársele los ojos.

—Sí amo —murmuró.

—Mustapha, al que consideran un chico, no es un chico —dijo Walter bajando la voz—. Es una señorita, una gran dama. La mandaban a China, pero ella no quería ir. Escapó pues, de ellos y vino a nosotros. ¿Sabes ahora quién es?

Los redondos ojos del negro se revolvían en sus órbitas.

—Sí, mi amo; sí, mi amo.

—Si llegaran a descubrir que está aquí, significaría un gran peligro, Mahmoud. Nos harían responsables a todos y hasta a ti, Mahmoud, y nos matarían a todos. ¿Comprendes?

—Sí, mi amo.

El terror se había apoderado a tal punto del chico que apenas si podía hablar.

—Escúchame ahora con atención. Tenemos que seguir como hasta ahora. La gran dama deberá seguir con el rostro, teñido de negro. La gente de afuera ha de seguir creyendo que es un criado. Eso significa que tiene que hacer algún trabajo para que nadie sospeche. Pero, Mahmoud, es pequeña y débil. No tiene que trabajar demasiado. ¿Comprendes?

—¡Oh, sí, mi amo!

—Todo esto tienes que guardártelo para ti. No tienes que decir una palabra a los demás criados. Recuerda, Mahmoud, que si nos descubren, han de matarte a ti también.

El muchacho se irguió con resolución y hasta con dignidad.

—Después de esto, Mahmoud estará demasiado ocupado para conversar con los demás criados. Mahmoud tratará de hacer todo el trabajo solo.

Una expresión de culpabilidad le pasó por el rostro, y dijo, en horrorizado murmullo:

—¡Amo! Mahmoud pegó a la gran dama. ¡Mahmoud la mordió y la arañó! Mahmoud merecería el látigo.

—Sí, Mahmoud merecería el látigo —dijo Walter, dirigiéndose a una percha y tomando un cinturón de fantasía de cuero que comprara en un bazar de Antioquía—. Pero primero ha de recibir una recompensa. Mahmoud es un buen chico. Aquí tienes.

Una sonrisa desplazó lentamente la expresión de temor que se reflejaba en aquel

incrédulo rostro. El chico tomó el cinturón, lo acarició con temblorosos dedos y lo apretó, extasiado, contra el pecho.

—¡Vaya un hermoso cinturón para Mahmoud! ¡Oh, amo! Mahmoud es feliz. ¡Mahmoud se siente orgulloso!

—Recuerda, ni una palabra. No hagas alardes ante los otros chicos del campamento. Una expresión imprudente podría costarnos muy cara.

El criado hizo con la cabeza varios movimientos de asentimiento.

—¡Que el amo le corte la lengua a Mahmoud si habla! —exclamó.

Y de pronto volvió a cobrar su semblante aquella expresión de horror. Acababa de comprender en su integridad lo malo de su conducta.

—¡Amo! ¡Mahmoud se le acercó por detrás a la gran dama y le dió en las celestiales nalgas con un palo!

Tristram había recibido instrucciones en el sentido de realizar más exhibiciones con el arco siempre que fuera posible. Entró en la tienda con aspecto cansado aunque satisfecho, y colgó el arma de una de las perchas.

—Zumbaban como abejas cuando coloque tres en un minuto cerca del centro del blanco —dijo—. Volví a tener suerte. Mi ojo está recuperando su justeza.

—Tris —dijo Walter con tono indiferente—. Maryam Stander cenará con nosotros esta noche.

—¡Maryam Stander! ¿Crees de veras que es su hija? Pero ¡cómo! —exclamó Tristram, intrigado—. Algo ha ocurrido. ¿Se ha descubierto el secreto, Wat?

—Sólo para Mahmoud —contestó Walter, quien contó a su amigo lo ocurrido, y agregó—: En adelante no tendremos que disimular entre nosotros. Y la muchacha, claro está, comerá con nosotros.

Tristram sonrió, deleitado.

—Me alegro. Siempre me sentía un poco culpable al dejarla compartir nuestros restos con ese canalla. Pero en cuanto a ese nombre, Wat, ¿te has enterado de algo más acerca de su pasado?

—No. Estoy seguro de que nunca sabremos más. El misterio de su origen está totalmente sepultado en el pasado. Pero a veces me sorprende pensando en ella como Maryam Stander, lo cual es un excelente motivo para hacer cuanto podamos por ella.

III

Pasó una semana. El tiempo no acusaba tendencia alguna a moderarse. Una mañana, Walter se despertó temprano y se puso a encender el fuego. Estaba sentado al lado de las nacientes llamas, contemplando la recta línea de bruma blanca que entraba por entre dos cueros sueltos en lo alto de la tienda y señalaba al fuego como los rayos celestiales que el muchacho solía ver en los misales ilustrados, cuando de pronto el ruido de una cortina a sus espaldas le hizo volver la cabeza. Maryam estaba espiándolo, revueltos aún sus negros rizos por el sueño.

Walter advirtió de pronto que el rostro de la muchacha habíase desteñido y que era mucho más claro que cuando se uniera a ellos por primera vez.

—¡La tintura está desapareciendo! —exclamó.

La muchacha asintió.

—Así lo creía, pero como no tengo espejo, no podía estar segura. Mira —dijo, extendiendo las palmas de sus manos—. Están mucho más claras.

—¡Espero que nadie lo haya advertido! Tienes que teñirte otra vez antes de volver a mostrarte fuera de la tienda.

—Pues no tengo tintura. Fué Lu Chung quien me la puso la primera vez —replicó ella, y añadió en tono tranquilizador—: No importa. Nadie me ve. Nadie se acerca a nosotros.

Aquello era cierto. Como lo había dicho cuando la encontrara oculta detrás de la cortina, el resto de la caravana no demostraba por ellos sino el mayor desprecio. Los ingleses viajaban en último lugar, y, de noche, levantaban su tienda bien alejada del campamento. El padre Theodore era su único contacto con la vida del campamento, aparte de las ocasionales partidas de ajedrez de Walter con el jefe. El sacerdote traía siempre tantas noticias que nunca echaba siquiera una mirada a los criados. El pícaro de Lu Chung, por no querer complicarse en sus dificultades, no había vuelto a aparecer.

—Nos tratan como si fuésemos leprosos —prosiguió Maryam.

—Ven aquí. Deja que te mire.

La chica obedeció; se sentó a su lado y alzó la cara para que la mirara.

—¡Por St. Aidan! —exclamó el muchacho—. Eres bonita.

A Maryam se le iluminó el rostro.

—He estado deseando que llegara el momento en que te dieras cuenta de eso, *Kyríos* Walter.

Tristram se sentó en su cama y se puso a restregarse los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Pronto tendremos en brazos a un criado con tez de lirio —contestó Walter levantándose—. Voy a buscar a Lu Chung para que aplique otra mano de tintura a

Maryam antes de que nos pongamos en marcha hoy.

Afortunadamente, Lu Chung también se había levantado temprano. Walter lo encontró cerca del carro orientador, conversando por la puerta trasera con un chino muy viejo y de pequeña estatura. Walter miró con curiosidad al guardián de aquel misterioso carruaje, quien estaba tan arrugado que parecía que su vacilante cabeza fuera a desaparecer por el amplio cuello de su abrigo de invierno. Cuando se hubieron retirado a un costado, Lu Chung preguntó:

—¿Está en apuros el honorable estudiante?

—El indigno estudiante ha estado en apuros por un tiempo, pero el ilustre Lu Chung no se ha dignado venir a visitarlo.

El gigante miró cuidadosamente a su alrededor antes de contestar:

—¿Qué se propone hacer con ella el joven estudiante?

—Nada puede hacerse con ella sino llevarla con nosotros. Lu Chung lo sabe perfectamente.

Un cauto murmullo fué la respuesta.

—Debería dejársela en el próximo *yamb* con instrucciones para que la recogiera la primera caravana que pasara en dirección al oeste. Costaría mucho dinero, y la bolsa de Lu Chung está vacía.

Walter meneó la cabeza.

—¿Acaso podría Lu Chung confiar en los que viajaran hacia el oeste? Sabe perfectamente bien que la venderían en el primer mercado de esclavos.

El gigante propuso otra solución.

—Suelen ocurrir accidentes, joven estudiante. Las estacas de la tienda podrían aplastarle la cabeza a Mustapha. Un gran dolor en el vientre podría ocasionar su repentina muerte. Muerto y enterrado el criado Mustapha, nadie descubriría el secreto.

La mano de Walter estaba jugando con su daga.

—Escúcheme, Ave Que Empluma Su Nido. Ningún accidente le ocurrirá a Mustapha. Trate de provocar algo por el estilo y pagará usted el precio con dos agudas hojas de puñal en el vientre. Ahora que estamos hablando con libertad, quiero que Lu Chung sepa que los guardianes de la señora Maryam no tienen confianza alguna en él. Y, lo que es más, este estudiante goza del favor del señor Bayan. No sería prudente buscar recompensa o impunidad contándole al amo Bayan el secreto de su paradero.

Lu Chung pensó y sonrió, intranquilo.

—Cuando ambas manos están sucias, ¿por qué lavar una sola? El honorable estudiante puede estar en paz. Este indigno servidor nada desea sino quedar al margen de más enredos.

—¿Podría Lu Chung convencer a su paisano para que me deje ver el interior del

carro? —preguntó.

—Pocas son las personas que hay en los alrededores a estas tempranas horas. Quizá se pudiera hacer. Mediante una consideración a compartir con mi anciano amigo.

Una moneda cambió de manos, y los dedos del hombre que se hallaba en el interior del carro hicieron una señal para que Walter subiera. El muchacho respondió, presuroso, y se encontró en un oscuro agujero que apestaba a sudor y a una acre droga. El interior era tan poco espacioso, que el ayudante dormía sobre una sucia pila de mantas bajo una mesa que ocupaba más de la mitad del espacio. Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la media luz, Walter vió que sobre la mesa descansaba una fuente blanca llena de agua, y que en su superficie flotaba una aguja de unas seis pulgadas de largo. El muchacho pudo ver que el fondo de la fuente estaba cruzado por dos líneas rectas que se cortaban en ángulos también rectos. La aguja señalaba siempre en la dirección de una de aquellas líneas.

—*Ting-nan-ching* —dijo el anciano con temblorosa voz, y Walter iba a aprender mucho después que así se llamaba en chino la aguja imantada.

Embargó al inglés una sensación de reverencia. Aquél era pues el compás al que se refería Roger Bacon en su conversación en la torre de Oxford. La aguja oscilaba ligeramente, pero nunca se separaba de su dirección. Sobre la mesa había una palanca de madera con un mango. Estaba pintada con símbolos místicos de toda clase.

Walter observó que el guardián del carro mantenía la palanca en línea con la dirección que señalaba la aguja, de modo que el brazo del hada, en la parte superior del coche, siempre señalaba al sur. ¿Podía aquello ser tan sencillo? El muchacho estaba tan seguro de haber tropezado con la verdad, que le supo mal el no estar en condiciones de interrogar al anciano.

«De algún modo tengo que enterarme de todo esto» —pensó—. «Cuando regrese, he de conocer todos los detalles para que el fraile Bacon pueda fabricar compases que se utilicen a bordo de buques ingleses».

Más lo intriguaron las funciones de una segunda palanca que salía del piso del carro, colocada en forma tal que cualquiera de sus movimientos hiciera sonar un gong suspendido a su lado. Entonces Walter comprendió otra vez la verdad, con la velocidad del rayo: Aquél era el gong que sonaba cada vez que se recorría un *li*.

«Creo» —se dijo para sí después de pensar un poco— «que la palanca está conectada con una de las ruedas. Han calculado cuántas revoluciones da la rueda al recorrer un *li*. Al terminar el número correspondiente de vueltas, algo hace mover la palanca y suena el gong».

Más adelantado el viaje, descubrió que no se había equivocado en ninguna de las dos suposiciones.

Como el anciano parecía ansioso de verse libre de él, Walter se volvió, muy de

mala gana, y se apeó del carro. El entusiasmo que sentía por lo presenciado en el vehículo excluyó de él todo otro sentimiento, y sólo al llegar a su tienda pensó en la empresa en que estaban empeñados. Entre tanto, la tienda era desarmada y empaquetada. Maryam se había subido ya en su camello, y Walter advirtió con alivio que el rostro acababa de serle teñido de nuevo.

Tristram estaba a punto de montar en su alto caballo de Khorassan. Al subir en silla, dijo:

Maryam lloró cuando le restregaban el rostro con la tintura. ¡Calma, Sargon, calma! Dijo que no quería volver a parecer fea.

—Era cosa de parecer fea o de volver a hallarse entre las garras de Hoochin B'abahu.

Y mientras galopaban por el camino, Tristram dijo:

—Me alegro de que la muchacha haya llegado a gustarte un poco más.

—Nunca me ha disgustado.

—Estoy siguiendo con mis lecciones. Ya puedo conversar un poco con ella. Aprovecha para hacerme muchas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Sobre Inglaterra. Sobre la vida allí y, la gente. Parece particularmente curiosa acerca de las mujeres inglesas. Y, por supuesto, pregunta sobre ti.

—¿Qué quiere saber sobre mí?

Tristram pareció un poco avergonzado.

—Mucho me temo que le haya permitido arrancarme todo cuanto sé sobre tu señora Engaine. Me hizo toda clase de preguntas. Estoy seguro de que no lo has advertido, pero la muchacha gusta mucho de ti. Se quedó callada y un poco triste cuando le hablé de tu amor por Engaine.

—¿Estás convirtiéndote en un murmurador? —preguntó Walter, medio enojado y medio divertido—. Vamos, Tris, no tienes que dejarte dominar por tu simpatía por ella. Es casi una pagana, como sabrás. Estoy seguro de que jamás ha sido bautizada.

—Lo sé —dijo Tristram suspirando profundamente—. Pero es muy valiente y leal. Y puesto que ya he llegado a decir tanto, puedo descubrirlo todo. Me parece que esa chica va a llegar a gustarme mucho.

—¡Domina tus emociones, Tristram Griffen! —exclamó Walter, riéndose—. ¿Qué parecerías, tremendo gigantón, si te llevaras a la patria a una muchacha de Oriente como esposa?

Mas Tristram contestó con tono ofendido.

—Nunca he considerado semejante posibilidad. Y al fin y al cabo, Walter, si la muchacha ha puesto los ojos en uno de nosotros, es en ti y no en mí.

IV

El mejoramiento en las relaciones entre Walter y su protegida iba a sufrir un contraste.

Aquella tarde, se produjo un insólito bullicio en el interior de la tienda. Maryam había estado canturreando al realizar su parte del trabajo, y, al desaparecer detrás de su cortina, gritó por sobre el hombro.

—Pronto tráeme un poco de agua caliente, Mahmoud.

El criado contestó con una animación que subrayaba un nuevo entendimiento entre ellos.

—Sí, gran señora, en seguida se la llevaré.

Y se puso a llenar una batea con la mayor parte de la provisión de agua.

—Taffy está usando una nueva clase de pintura en su rostro —explicó Tristram cuando Walter lo miró interrogativamente—. Lu Chung la trajo esta mañana. Está preparada con carbón de leña y alguna otra sustancia, de modo que puede lavarse de noche. La muchacha está muy contenta con ella.

—¿Taffy?

—Pues... —tartamudeó Tristram, que casi llegó a sonrojarse al dar la explicación—. Mahmoud siempre la ha llamado Tapha, de modo que tomé la costumbre de llamarla Taffy. Me parece que es un gracioso sobrenombre para ella.

Podían oír la bulla que hacía la muchacha al usar vigorosamente el agua. Al rato, soltó una exclamación de sorpresa y apareció en la tienda, con un espejo en la mano.

—¡Ved! —dijo—. ¡Lo he necesitado tanto!

Ambos muchachos echaron a reír estrepitosamente.

—Será mejor que lo uses para contemplarte.

El descubrimiento del espejo lo había realizado la muchacha en medio de sus abluciones, y aún tenía una mancha negra sobre un ojo y otra en la punta de la nariz. Se miró en el espejo, dió impacientemente con el pie en el suelo y volvió a desaparecer detrás de la cortina.

De pronto, una perturbadora idea le pasó a Walter por la mente. Miró a Mahmoud, que estaba empeñado con sospechoso entusiasmo en la preparación de la comida.

—¡Mahmoud!

—Sí, amo. Pronto estará la comida, amo. Buena comida.

—Mahmoud, ¿robaste tú ese espejo?

La enorme boca del criado se entreabrió en aplacadora sonrisa.

—Mahmoud encontró el espejo.

—Mahmoud no encontró el espejo. ¿A quién pertenece?

El muchacho bajó la cabeza sobre la olla y siguió removiendo la comida.

—No lo sé. La gran señora necesitaba el espejo. Mahmoud lo vió, Mahmoud lo cogió.

Tristram se echó a reír, y una carcajada apresuradamente contenida llegó del otro lado de la cortina.

—No es cosa de reírse —declaró Walter—. Ese espejo es valioso. Estoy seguro de que tiene un fondo de plata. Su dueña hará que registren el campamento entero para encontrarlo. No podemos permitir que vengan aquí en busca de cosas robadas.

Hubo una pausa, y Maryam dijo:

—En un principio, el espejo era mío.

—Eso no nos ayuda. La nueva propietaria hará un escándalo, como si en realidad le perteneciera a ella. Mahmoud, has de llevar el espejo y dejarlo donde lo encontraste.

Tristram pidió que le tradujeran lo que se había dicho. Luego meneó la cabeza.

—Pueden sorprenderlo en el acto. No, Wat; el daño está hecho, y más seguro es dejar las cosas como están. No dejaremos de encontrar un lugar donde ocultarlo.

De pronto, a un costado de la cortina apareció un brazo cuya mano tendía el objeto, y se oyó la voz de Maryam que decía:

—Tomadlo. Rompedlo o tiradlo. No quiero volver a usarlo más.

Mahmoud lo cogió y se trepó a la estaca central de la tienda, asiéndose de los ganchos. Deslizó el espejo bajo una de las pieles de morsa que habían sido dobladas para dejar entrar el aire.

—Ya está, amo —dijo alegremente después de dejarse caer al suelo—. Nadie podrá hallar el espejo ahora.

—El verdadero peligro es que vengan a registrar la tienda —dijo Walter, lejos de estar satisfecho—. Si entraran ahora sorprenderían a nuestro segundo criado, con un rostro mucho más claro que cuando llegó aquí. Y entonces sería el fin de todos nosotros.

—Puedo ennegrecerme la cara en un momento.

—Será mejor que te la ennegrezcas ya, para estar pronta.

Y contestando a la exclamación desilusionada que soltó la muchacha, añadió:

—Te lo digo en serio. No podemos correr riesgos innecesarios esta noche.

No hubo respuesta. Walter se volvió al criado.

—En adelante, no habrá más raterías. ¿Comprendes?

El muchacho señaló a la olla.

—Mahmoud roba especias para la comida. ¿No quiere el amo comer buena comida?

—Eso es otra cosa. Robos de esa clase se registran continuamente en el campamento. Nadie les hace caso.

—¡Claro que es otra cosa! —exclamó Maryam, a punto de llorar—. El amo

Walter ha de tener su comida bien condimentada. Pero lo que no importa es que yo parezca un espantapájaros por falta de espejo.

—La Rosa Negra no es el nombre que le cuadra —se dijo Walter para sí—. La muchacha tiene mucho más de la pimienta.

Comieron sin Maryam. Cuando Tristram le avisó que la cena estaba pronta, la muchacha contestó con voz llorosa que no tenía hambre. Y Walter se sintió presa de un nuevo temor.

—No, eso no —dijo—. Si lloras, esa nueva tintura se te irá a manchones de la cara. Ven, tienes que tratar de ser razonable.

Desde entonces, no se la oyó más.

De pronto, unos pasos parecieron acercarse a la tienda. Los dos ingleses se miraron aprehensivamente.

—Recita una plegaria en silencio, Tris —dijo Walter.

Pero sólo era el padre Theodore que acudía a citar a Walter para jugar al ajedrez aquella noche. El muchacho se levantó de un salto con un suspiro de alivio y echó mano de su abrigo.

El sacerdote había echado a andar, precediéndolo. Walter se detuvo en la entrada y dijo:

—Hasta luego, Taffy.

Hubo un momento de silencio. Luego, la chica contestó:

—Hasta luego; tenías razón. Tenemos que mostrarnos más cuidadosos. ¿Me consideras muy desagradecida? Perdóname, Walter.

De las muchas partidas que jugara con Bayan, la de aquella noche se le quedó particularmente grabada en la memoria debido a un comentario que precedió al juego.

El general demostró gran curiosidad acerca del mundo cristiano y formuló un sin fin de preguntas. Habiendo hecho un serio esfuerzo por adquirir un conocimiento más profundo de la lengua mongol que el que proporcionaba el *Bi-chi*, Walter comprendió que podía captar el sentido de la conversación de su adversario antes de que el padre Theodore empezara a traducirla. El sacerdote, a quien nadie invitaba a sentarse y se veía, pues, condenado a largas esperas de pie, apoyado primero sobre una pierna y luego en otra, no llegaba a la mitad de su traducción antes que se produjera la respuesta. Bayan hacía frecuentes señales de satisfacción ante los esfuerzos de Walter por aprender.

—En las tierras de Occidente, son ustedes de una curiosa sencillez —dijo Bayan aquella noche—. Han estado ustedes luchando desde hace cien años para arrebatar Jerusalén a los sarracenos. Siempre han sido vencidos a la larga, mas siempre han vuelto, cantando sus himnos de un solo Dios y muriendo miserablemente en los ardientes caminos. Nunca he estado en Jerusalén, pero dicen que es una ciudad inmunda, muy poblada, un agujero lleno de moscas entre dos pequeñas colinas. Su

posesión no es de importancia militar. No comprendo.

Y meneó la cabeza, intrigado.

—Lo mismo ocurre con ustedes desde todo punto de vista. Un solo Dios, una sola fe, un solo papa. Hasta una sola mujer. La vida ha de ser muy aburrida en el mundo cristiano.

Walter estaba considerando lo desilusionado que se sentía al ver cómo encaraban los orientales las Cruzadas. Educado en la creencia de que los cruzados eran valientes caballeros revestidos de brillantes cotas de malla, que luchaban noblemente por la más santa de las causas, mucho le costaba creer que sus adversarios los consideraran una pandilla de invasores asesinos, que perturbaban la paz y saqueaban sus ciudades por una causa que los intrigaba y, peor aún, que eran unas hordas incivilizadas y sucias que luchaban con tanto celo por el botín como por Jerusalén. El odio engendrado por la larga serie de guerras los había rodeado a cada paso.

—No, esta usted equivocado —contestó, seriamente—. Debido a que tenemos una sola fe, tenemos paz espiritual y corazones llenos de esperanza y satisfacción. Debido a que sólo amamos a una sola mujer, ese amor se convierte en algo inapreciable y sublime, en la cosa más noble y hermosa después de nuestra confianza en Dios y sus promesas.

—Nada hermoso hay en las violaciones —declaró Bayan—. Y sin embargo sus cruzados parecen haber sido muy aficionados a ellas.

—Nuestra unidad no se extiende a todo —destacó Walter—. Tenemos veintitantos reyes en vez de uno solo, como ustedes. Tenemos muchos idiomas, tan diferentes entre sí que un inglés nada sabe de español, italiano ni alemán. Tenemos en cada país leyes diferentes, no un solo código como el Ulang Yassa.

Bayan, a esa altura, movió, como era su costumbre, un peón aventurado o un desamparado caballo.

—La unidad de ustedes se refiere sólo a las cosas sin importancia. Nosotros tenemos un solo rey, un solo idioma, un solo código de leyes. Y hoy, debido a eso, gobernamos el Asia entera. Mañana conquistaremos el mundo. Cuando el halcón blanco flamee por sobre las ciudades de ustedes, ¿qué ayuda recibirán de ese Dios, oculto entre las nubes? ¿Conservarán su fidelidad a una sola mujer cuando todas las deseables hayan sido llevadas para satisfacer a sus vencedores?

Y Bayan sonrió con plena satisfacción.

—Ustedes, los cristianos, no son gente práctica. Todas sus creencias son como finas telarañas que nosotros hemos de barrer con un solo movimiento de las colas de nuestros caballos.

—¿Se propone usted, pues, invadir a Europa?

Bayan se rió, contento y confiado.

—Después que China haya caído en nuestras manos y haya sido amoldada a

nuestro modo de ser, seguiremos el camino de Sabutai hacia Occidente, sólo que esta vez no volveremos. Puede que lo encuentre en su isla, inglés.

En camino a su tienda, Walter se puso a reflexionar que no se había mostrado fiel a sus votos del modo que afirmara que lo hacían los cristianos. Durante el día, el atrayente rostro de Maryam, como lo viera aquella mañana, no había dejado de presentársele ante su imaginación.

—¿Seré un caballero felón, Engaine? —se preguntó en voz alta—. ¡Tengo que poner coto a mis fantasías!

Durante semanas enteras estuvieron recorriendo cada día mayor distancia, mientras que los jinetes mongoles recorrían todo el largo de la caravana apremiando a los rezagados. ¡Hudelhu! ¡Hudelhu!, era su constante grito. ¡Adelante! ¡Adelante! El mismo Bayan ardía de impaciencia por llegar al teatro de la acción, como Walter pudo advertir en las ocasiones en que pasaban la velada juntos.

—Hay pocos caballos de repuesto en cada *yamb*, ahora inglés —dijo el general una noche—. El desierto ha sido barrido para la guerra. El Hijo del Cielo no dejará de preguntarse por qué tarda tanto Bayan.

Y se rió ante las piezas de ajedrez.

—¡La culpa es de esas enfermizas mujeres! ¡Tengo ganas de deshacerme de ellas!

El general ganó la partida con mayor facilidad que la acostumbrada, y su estado de ánimo mejoró.

—Me gusta usted, inglés —dijo—, y voy a confiarle un cargo. Muchos enviados mando a los Manji, y usted podría servirme de ese modo.

Estudió de cerca a Walter y luego hizo un movimiento de cabeza.

—Es usted alto y tiene buenos modales. Tendré que vestirlo con alhajas como un dios hindú y enviarlo a Kinsai cuando se haga necesario.

¡Kinsai! Walter se sintió tan entusiasmado ante la perspectiva que durmió muy poco aquella noche. Se levantó poco después del amanecer y salió para observar el tiempo. La víspera habían dejado de viajar a cubierto de los álamos asiáticos, y ya podía ver las montañas en el lejano sur. Maravillado, contuvo la respiración.

El espectáculo era imponente. Aquellas montañas, de blancas cimas que se confundían con el frío azul del cielo, en nada se parecían a las acogedoras elevaciones de terreno que Inglaterra dignificaba con ese nombre, ni a las descarnadas y hostiles colinas de Palestina. Daban una impresión de terrible altura, como si unieran a la tierra con las místicas regiones de allende las nubes. El silencio era asombroso; Walter consideró que más hubiera cuadrado un poderoso tronar de fuerzas desconocidas que se produjera más allá de los altos picos.

—¡Las Montañas Nevadas! —exclamó en voz alta.

—¡Son hermosas! —dijo una voz detrás de él.

Maryam lo había seguido al exterior, envuelta en la manta que se había echado por sobre sus ropas de dormir. El muchacho se volvió a mirarla. Vió que la piel de la muchacha había recuperado su tinte normal y que había en él algo de la blancura del marfil. La muchacha contemplaba aquel sublime espectáculo que le presentaba el sur, dilatados los ojos de asombro. Aquellos ojos dominaban el rostro, desde la amplia frente hasta la adorable barbilla.

—¡Hermosa! —repitió él, advirtiendo con cierta impresión que había estado

pensando en ella y no en las Montañas Nevadas. Aquélla, pues, fué una ocasión de doble descubrimiento. Había puesto por primera vez los ojos en la fabulosa cadena montañosa, y tropezado a la vez con la verdad de que nunca antes en su vida había visto nada más hermoso que Maryam.

La muchacha se estremeció de frío, y se volvió para entrar en la tienda.

—Esta noche habrá una sorpresa —dijo por sobre el hombro.

Aquella mañana, antes de que la caravana reanudara su marcha, los mongoles celebraron una curiosa ceremonia. Formaron dos largas filas, a caballo, inmóviles, estirados los brazos hacia las Montañas Nevadas. Empezaron a cantar en coro. Esas crueles y agudas voces le hicieron correr un escalofrío por el cuerpo a Walter, situado bien atrás de los jinetes. Al terminar el canto, el muchacho hizo girar a Podarge, su hermosa yegua, y volvió a ocupar su puesto a retaguardia.

Al encontrarse con el padre Theodore, sofrenó.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—Es una especie de plegaria —dijo el sacerdote nestoriano, estremeciéndose—. Estaban diciendo que su destino es conquistar al mundo entero y que cuando llegue el momento invadirán el rico y cálido país que se extiende más allá de las montañas. Que incendiarán las ciudades de la India y matarán a todos los hombres. Plantarán su semilla en las mujeres, para que al tiempo la raza se haga verdaderamente mongol. Había oído hablar de esta costumbre. Me pone la piel de gallina.

De pronto un jinete pasó a su lado, gritando con enfurecida voz:

—¡A sus sitios! ¡Por el podrido rostro de un cruzado muerto, juro que son ustedes más molestos que lerdos!

—Nos tratan como a parias —se lamentó el padre Theodore.

Una sensación de espera, debida sin duda a la prometida sorpresa, invadió la tienda cuando Walter apareció en ella aquella noche. Mahmoud estaba ocupado preparando la comida, tarareando entusiasmado y sonriendo tan ampliamente que sus labios amenazaban con dividir su rostro en dos partes. Tristram también estaba sonriente y haciendo gestos con la cabeza como diciendo: «¡Aguarda y verás!».

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Walter, sentándose al lado del fuego.

—Hoy será toda una fiesta —contestó Tristram—. Taffy está vistiéndose.

—¿Vistiéndose? —exclamó Walter, ya alarmado—. ¿Con qué? ¿Ha estado robando Mahmoud otra vez?

—No. Parece que la muchacha se llevó uno de sus vestidos al fugarse. Dice que ahora aparecerá ante nosotros en toda su gloria, como la reina de Saba.

—Entonces Mahmoud tiene que quedar de guardia afuera. Estos cortes mongoles nunca piden permiso cuando resuelven hacer una visita. Entran directamente. ¿Cómo explicaríamos la presencia de la reina de Saba aquí?

Podían oír a la muchacha que se vestía detrás de su cortina. Maryam estaba en

excelente estado de ánimo, pues mientras terminaba su tocado cantaba trozos de canciones. Una vez suspiró y dijo en voz alta:

—¡Oh, si sólo tuviera un poco de polvos para la cara, algún ungüento y mi mejor perfume!

Por último, exclamó;

—Estoy pronta. ¡Inclinaos ante Su Magnificencia Real!

Una blanca mano apartó la cortina y la muchacha se adelantó hasta la alfombra central que cubría el piso de la tienda.

Ni siquiera la reveladora visión que tuviera aquella mañana había preparado a Walter lo bastante para contemplar el cambio total producido en la muchacha. Los ojos de Maryam brillaban, radiantes. La muchacha se inclinó ante ellos y se volvió lentamente para que pudieran apreciar la magnificencia de su vestido desde todos los ángulos. Vestía una túnica blanca, cubierta por una rica dalmática azul que se ajustaba perfectamente a sus formas, pero que se ensanchaba en su base con una abertura en el frente para permitir libertad de movimientos. Sobre aquello vestía un palio de matices dorados, intrincadamente bordado. El cuello del palio se ajustaba a su delgado cuello, y ostentaba en su parte media un zafiro azul de medianoche.

Tristram la bebía con la mirada, brillantes los ojos de orgullo.

—Te dije que era hermosa —dijo en tono reverente.

—Carecía de tu discernimiento —dijo Walter—. Parece la hermosa emperatriz Irene vuelta a la vida.

—Una emperatriz, no —protestó Tristram—. Prefiero llamarla la Reina Maryam.

Habían hablado en inglés, por supuesto, y la muchacha se interrumpió en su exhibición para preguntar:

—¿Qué estáis diciendo de mi?

Walter miró a Mahmoud, cuyos ojos estaban por saltársele de las órbitas.

—¡Fuera, muchacho! Vigila y avísanos si alguien viene.

Maryam se sentó entre ellos, levantando sus faldas para protegerlas del polvo y de la grasa.

—No tengo hambre —dijo—. Pero tenéis que empezar a comer sin más comentarios. Me quedaré sentada aquí hasta que hayáis terminado.

Tristram metió una mano en la olla y se puso a comer. Su apetito era enorme, cualesquiera fueran las circunstancias. Walter no siguió en seguida su ejemplo. Le costaba apartar la mirada del rostro de la muchacha. Estaba fascinado por aquellas pestañas, que eran negras e inusualmente largas. La joven alzó una vez la cara y lo favoreció con una larga mirada, luego volvió a bajar la vista y se puso a contemplarse las uñas, de las cuales sólo las puntas asomaban bajo las largas y ajustadas mangas.

A Walter se le antojó que aquella mirada era muy desconcertante. Maryam no sólo era agradable de ver sino que se distinguía de todas las mujeres que había visto

en su vida. Lu Chung la había llamado La Rosa Negra, y a Walter se le ocurrió que era el nombre que mejor le cuadraba; Maryam tenía algo que sugería el exquisito sabor de aquella preciada especia.

«La Rosa Negra —se dijo para sí—. Ése es el nombre que le cuadra».

Maryam parecía satisfecha con el efecto producido. Empezó a hacer preguntas. «¿Gustaba su vestido?». «¿Le sentaba bien?». «¿Tenían las damas inglesas vestidos tan hermosos?». Cuando hubieron terminado de comer, la chica se levantó de un salto y volvió a desaparecer detrás de su cortina para ocuparse de mejorar más aún su aspecto. Estaba cantando una melopeya en forma curiosa, en voz baja como si estuviera insegura acerca de los orientales giros de las palabras.

Me llamo Fátima; soy gorda pero desdichada.

Soy esposa de Abu Omar ibn Abdullah.

Tiene una barba llena de jejenes, y un ojo paralizado.

Tiene otras cinco mujeres, pero ninguna tan redonda ni animada como yo.

Todo el día, sentadas en cojines, nos pinchamos con agujas y pensamos en otros hombres.

De noche, sentadas en cojines, nos preguntamos cuál de nosotras será llamada por Abu Omar ibn Abdullah.

Y ¡oh! ¡Cómo amo a mi dulce camellero, Pedro Doupadoulus!

Tristram se puso lentamente de pie.

—Nuestro bribonzuelo de Mahmoud tendrá hambre —dijo—. Yo ocuparé su lugar afuera.

Maryam volvió a aparecer en cuanto hubo salido él. Tenía en la mano unas pequeñas tijeras de mangos de marfil.

—Me ha crecido el pelo —se quejó—. Lo corté por adelante, pero no puedo hacerlo bien por detrás.

—Nunca había visto esas tijeras —dijo Walter.

La muchacha pareció desconcertada por un rato, mas luego sonrió.

—Mahmoud ve, y Mahmoud coge... —murmuró.

—Ya le dije a ese chico que...

—Por favor, fué culpa mía. Las necesitaba mucho, y le pedí que me consiguiera un par. Si alguien ha de ser castigado soy yo. ¿Vas a pegarme, amo Walter?

Al muchacho le costaba mucho mostrarse severo.

—Por el hecho de que no haya habido registro después de la desaparición del espejo, no tiene Mahmoud que creer que puede robar cualquier cosa que tú puedas necesitar. No sería justo azotarlo por esto, pero tú has de prometerme, Taffy, que no has de inducirlo a más latrocinios.

—Lo prometo —dijo la chica a la ligera—. Ahora tengo todo cuanto necesito, de miedo que la promesa es fácil de hacer.

Lo miró y sonrió, tendiéndole las tijeras.

—Por favor, ¿quieres cortarme el cabello por detrás?

Y la muchacha se sentó a su lado, de espaldas, inclinada la cabeza para facilitar el trabajo. Walter metió un pulgar y un índice en los agujeros del mango de la tijera, y se puso a mirar, vacilante, los rizos de azabache.

—Soy muy torpe —previno—, y tengo miedo de hacerlo mal. Quizá fuera mejor que lo cortara Tris.

—Quizá fuera mejor que lo cortaras tú —dijo la chica, resuelta.

El muchacho cortó con decisión unos rizos que le cayeron en la palma de la mano.

—¿Cuánto he de cortar?

Maryam alzó un dedo, y, con la otra mano, señaló la primera articulación.

—Tanto así. Pero trata de no cortar más. Tengo la cabeza pequeña, y no quiero parecer una rata ahogada en un botijo.

Walter trabajó lentamente, bien consciente de la proximidad de la chiquilla, de los juveniles hoyuelos de su cuello, de la delicada hermosura de sus orejas y de la apenas perceptible fragancia a perfume que le llegaba a cada movimiento que hacía ella. Aquel perfume era una nueva variación para él; era algo muy sutil y muy diferente del que usara Engaine. Una vez, la muchacha se inclinó hacia atrás y apoyó el hombro en él. En seguida se retiró, pero Walter ya había visto la suave curva de sus pechos bajo el dorado palio. Suspendió el trabajo por un rato, para recuperar el dominio de sí mismo.

¿Había sido aquello deliberado por parte de la muchacha? Walter desechó la idea inmediatamente, pero otro pensamiento ocupó su imaginación. ¿Qué había dicho Anthemus?

«Ambos son jóvenes y vigorosos y necesitarán una mujer para tan largo viaje». ¡Dios de los cielos, por qué pensar en eso en ese momento! Pero Anthemus, quizá, tuviera razón. Y Walter tuvo que luchar contra un deseo de dejar caer las tijeras y coger a la muchacha en brazos.

Una sorda lucha se libraba en su interior. El amor había significado siempre para él la silenciosa y fascinante adoración de su inaccesible Engaine. Claro está que había tenido pensamientos de otra clase; es decir, vulgares mozas de taberna y fregonas del castillo. Quiso estar seguro de que aquello que sentía por Maryam no tenía relación alguna con ese bajo orden de cosas. ¿Podía ser, pues, que estuviera permitiéndole compartir en su mente y corazón un lugar que pertenecía exclusivamente a Engaine?

—¿Por qué estás tan silencioso? —preguntó ella.

—Me preocupa el largo de tus cabellos. Aunque estoy seguro de que nunca

podrías parecer una rata ahogada en un botijo.

—Estaba segura de que estabas pensando que este negro cabello mío no es tan hermoso como las doradas trenzas de tu Engaine.

Hubo un rato de silencio.

—¿Piensas mucho en ella, Walter?

El muchacho sintió un gran alivio en hablar.

—No tanto como antes —contestó—. Me avergüenza decir que pienso tanto en lo futuro, que lo pasado se pierde en mi mente.

—Entonces algunas veces has de pensar en mí, porque formo parte de lo futuro. No podrás librarte de mí por mucho, mucho tiempo.

E hizo una pausa.

—¿Te propones casarte con ella cuando vuelvas a Inglaterra?

—Cuando salí de allí, estaba resuelta a casarse con otro. Con mi medio hermano.

Hubo un largo silencio.

—Tris no me dijo eso.

—Es que no estoy seguro de que lo sepa. Ha sido algo que me ha preocupado mucho.

—¿Es tan adorable como pienso que ha de ser para merecer tanto amor de parte tuya?

—Sí, es hermosa.

—Ese medio hermano tuyo ¿se parece a ti?

Walter soltó una carcajada.

—Tira más bien a mequetrefe. Es de cabello muy oscuro y tiene una larga nariz normanda. Siento por él lo que tú por las hermanas de Anthemus.

Y para explicar lo que acababa de decir, agregó:

—Cuando murió mi padre, él heredó todas las propiedades. Su madre es extranjera, y le tengo un odio profundo.

—Será pues un casamiento de conveniencia, mediante el cual se unirán sus propiedades.

Mahmoud regresó para comer. El corte de pelo prosiguió, mientras el pequeño criado observaba con redondos ojos al par que consumía su comida con un fuerte ruido de masticación.

—Tu y yo estamos en situación muy parecida —dijo Walter de pronto—. Soy un hijo ilegítimo, sin propiedades de ninguna clase. Ése es el motivo por el cual vine a Oriente. Y tú...

—Y yo nací con el interrogante de quién es mi padre. Me alegro de ello, pues significa que no tengo sangre de Anthemus en las venas.

Walter se recostó en su asiento y le tendió las tijeras.

—Ya está. Mírate al espejo y fijate si está bien.

Y al rato agregó:

—Como somos compañeros de desgracia, tendríamos que ser buenos amigos.

La muchacha se levantó lentamente y se ocultó detrás de su cortina. Al rato, gritó:

—Está bien. Eres muy hábil con las tijeras. Gracias, Walter.

—Nuestro pobre Tris aún está afuera, con el frío que hace. Ahora me toca a mi hacer guardia.

—No, no será necesario. Creo que he de sacarme este vestido. Y será la última vez que me lo ponga. Sé que crees que es muy peligroso... ¿Walter?

—¿Qué?

La muchacha asomó la cabeza por la cortina y lo miró, suplicante.

—Quiero que pienses en mi tal como soy y no como me verás después de esto.

VI

Desde entonces hasta que llegaron al punto en que las Montañas Nevadas empezaron a desvanecerse en el horizonte y el curso del Pe Lu, el «gran camino de las caravanas», doblaba en dirección al Manji, todo cuanto ocurrió le quedó a Walter en el espíritu como parte del que llamó «el breve reinado de la reina Maryam».

La muchacha y él intimaron cada vez más. Las noches en que no iba a la tienda de Bayan, le proporcionaban ya un verdadero placer. Tenía, sin embargo, momentos de graves dudas, siempre que veía una expresión sobria y reservada en la mirada de Tristram, una indicación de que su amigo no había dejado de observar lo mucho que su nueva relación se había desarrollado.

Walter se había despojado de toda cautela y anulado su orden de que la chica no se quitara todas las noches la pintura de la cara, aunque se preocupaba de que cuando la chica tenía la cara lavada, siempre hubiera alguien de guardia ante la tienda. Maryam, es innecesario decirlo, estaba contentísima y nunca dejaba de presentarse a comer sin algo especial desde el punto de vista embellecimiento. De cuando en cuando, los dos hombres se reían ante la nota bárbara que daban las chucherías con que se adornaba.

—Es la sangre extranjera que se manifiesta —dijo una vez Walter.

Lo había dicho en voz baja, pero la chica se ofendió en seguida.

—Pero ¡si yo también soy inglesa! —exclamó—. ¡Os digo que también yo, soy inglesa!

A Walter le preocupaban las chucherías, pero trató de convencerse que la chica las había traído con ella. Aquella explicación no pudo sostenerse al aparecer una noche envuelta en una dalmática roja brillante. Aquella dalmática hacía tan hermoso contraste con su negra cabellera, que Walter no tuvo valor para preguntar de dónde provenía, aunque no ignoraba que no podía ya demorarse la solución definitiva del asunto.

—¿Cómo obtuviste eso? —preguntó.

La muchacha se sentía tan segura de la reacción que iba a producir, que sus ojos se entrecerraron en una encantadora sonrisa.

—Mahmoud ve, Mahmoud coge —murmuró.

Como Tristram había observado en oportunidad del primer robo, el mal estaba hecho. Habría mucho peligro en disponer que su criado de los ágiles dedos devolviera todo lo robado. Walter se sentó al lado del fuego y meneó la cabeza, desesperado.

Sé que el robo es el delito menos castigado en Oriente —dijo—. Ése es el motivo por el cual no puedo censurarte mucho desde el punto de vista moral. Pero me has hecho una promesa, Taffy, y has estado violándola desde entonces.

La muchacha se mostró totalmente contrita.

—Es cierto, Walter, pero sé que estabas enojado cuando te hice aquella promesa. Desde entonces, has parecido gustar de mí, y creí que no opinarías lo mismo. ¿Ha sido malo en realidad? Todas estas cosas han sido mías. Todo cuanto ha sido robado me pertenecía a mí. Hasta esta dalmática.

—Si alguien cae en la cuenta de que todo lo robado te pertenecía a ti —destacó Walter—, en seguida sospecharán de que aun sigues en la caravana.

La muchacha asintió.

—Prometo solemnemente que nunca más dejaré que Mahmoud vuelva a traerme una cosa.

Entre tanto —dijo él—, tenemos que cuidarnos. Mahmoud ha de reunir todo lo robado y enterrarlo afuera. Lo siento, Maryam, pero es lo único que conviene hacer.

—Creo que tienes razón —dijo ella al rato—. Pero echaré mucho de menos mis cosas.

Walter jugó aquella noche al ajedrez con Bayan, y, al regresar, vió que la tienda estaba a oscuras. La regular respiración de Tristram y los ronquidos de Mahmoud atestiguaban que ambos estaban profundamente dormidos. Sin embargo detrás de la cortina, se oían algunos ruidos. Maryam sacó la cabeza y murmuró:

—¡Walter!

El muchacho se acercó a ella y se agachó hasta que sus cabezas se tocaron casi. La muchacha estiró una mano y lo tocó para asegurarse de que estaba lo bastante cerca para oírla.

—Tengo que decirte que Mahmoud lo ha arrojado todo menos las tijeras. Las necesitaba —dijo—. ¿Sabes por qué?

Hubo un silencio, y Maryam prosiguió:

—Nunca me has hablado de Inglaterra. Son muchas las cosas que quisiera saber. ¿Me llevarás allí, no es cierto?

—La vida en Inglaterra es muy distinta a la de aquí. No es tan fácil como en Oriente, y el clima es húmedo y frío. ¿Estás segura de que te gustaría cambiar por completo de modo de vivir?

—¡Eso no tiene importancia alguna! —murmuró la chica con una intensidad que lo asombró—. Ahora que sé que soy inglesa, quiero serlo del todo. Quiero vivir en el país de mi padre por diferente que sea de éste. Y —agregó volviendo a tocarle el brazo— ¿crees que me gustaría que me dejarais sola?

Y empezó a hacerle preguntas sobre la vida en Inglaterra. Una vez lanzado, Walter empezó a contarle en qué extraño hogar había sido educado en Gurnie, a relatarle su época de Oxford, y, finalmente, los acontecimientos que habían tenido por consecuencia su partida. La muchacha estaba ávida por saberlo todo, pero su principal interés, como lo advirtió Walter, era Engaine y la relación que existiera entre ambos.

—¿No te parece posible que tu Engaine se haya portado como una egoísta? —preguntó.

—¿Porque estaba dispuesta a casarse con mi hermano? Eso no estaba librado por entero a su voluntad. Los padres de ambos estaban decididos a esa unión, lo cual hacía difícil que ella se negara.

—Pero ¿quería ella negarse?

Walter se vió obligado a contestar:

—Eso no puedo saberlo.

Cuando la chica volvió a hablar, resultó evidente que estaba convencida de que tenía que ir a Inglaterra. Se puso a formular preguntas de naturaleza menos personal.

—Soy muy ignorante —dijo pesarosamente—. En Oriente no se considera propio que las mujeres tengan instrucción. Nunca he visto un libro. ¿Qué pasaría si yo fuera a tu país? Mi situación sería muy difícil.

—Las mujeres inglesas tienen muy escasa instrucción. Dudo de que sean muchas las que hayan visto un libro.

—Se nos tiene por cristianos —prosiguió ella—. Pero nunca he estado en una iglesia. En Antioquía es peligroso ser cristiano, de modo que Anthemus era muy severo a ese respecto. Tú y Tris sois tan devotos que me hacéis sentirme avergonzada. Quisiera saber algo más de la fe cristiana, aquélla por la cual hay hombres que están prontos a luchar y a morir. ¿Quieres hablarme de ella? ¡Tengo tantas ganas de aprender!

—Sí, Maryam. Tendré mucho gusto en hacerlo. Mucha culpa tenemos por no habernos preocupado por eso.

La muchacha exclamó con repentina vehemencia:

—Quiero ser como vosotros en todo. Me dolería mucho si os avergonzarais de mí.

—Y ¿quieres casarte con un inglés?

Hubo un momento de tenso silencio.

—¡Sí! —murmuró ella—. ¡Quiero casarme con un inglés!

Sin saber cómo, Walter advirtió de pronto que estaban acostados lado a lado y que con el brazo le rodeaba el cuello a Maryam. La estrechó aún más contra sí hasta poder sentir el corazón de la chica, que latía aceleradamente contra su pecho.

—¡Qué débil soy! —murmuró ella—. Hablo de aprender a ser como las damas de tu país, y deo que me tengas así, aunque sé que amas a tu Engaine.

Al rato añadió:

—Pero creo que estás llegando a gustar también un poco de mí.

—He estado luchando contra ello —contestó él—. Sé que he estado quebrantando una promesa solemne.

—¿Una promesa? ¿Tan importantes son las palabras? ¿No ha de resolverlo todo

el estado de tu corazón?

Walter la acercó hasta que la chica estuvo totalmente entre sus brazos, apretado el cuerpo contra el suyo. Maryam se dejó hacer, sin resistirse, y el muchacho no dejó de sentir el contacto de un pie desnudo contra su bota.

—Quizá esté casada —dijo ella, jadeante—. No lo sabrás hasta que vuelvas, y eso no podrá ser antes de varios años. Quizá... llegues a pensar menos en ella al pasar el tiempo.

De pronto, cambió de actitud. Luchó por desasirse de su abrazo y se sentó.

—Pensarás mal de mí —dijo, elevando la voz más de lo prudente—. Me considerarás temeraria y provocativa. Dije que no quería que te avergonzaras de mí, y ahora soy yo la que estoy avergonzada de mí misma.

Walter se había sentado también. La muchacha se alejó de él.

—Creo que será mejor que te vuelvas, Walter —dijo.

El muchacho quedó en silencio por un largo rato, tratando de resolver qué iba a decir. Por último, empezó:

—Es cierto que he querido a Engaine con devoción durante toda mi vida. Le he prometido amor eterno. Es esa una promesa que un hombre de cuna caballeresca y de fe cristiana considera sagrada. Siempre que me sorprendí pensando en ti, me he sentido culpable porque sabía que estaba quebrantando mi promesa. Y sin embargo he de decirte que he seguido pensando en ti a pesar de todo.

—Pero ella no te prometió a su vez.

—No. Pero no importa, en cuanto a mi obligación se refiere. Es difícil explicarlo. Tenemos un código del honor que podrá parecerte extraño, pero que es muy claro para todos aquéllos que lo observan.

Y Walter resolvió que tenía que contarle todo a Maryam.

—Oye, Maryam; mi padre hizo el mismo juramento a mi madre al partir para la Cruzada, y yo soy la consecuencia de esa promesa. Estuvo lejos del país más de cuatro años, y cuando volvió trajo consigo una esposa extranjera. Mi madre le había permanecido fiel, creyendo que él también había de guardarle fidelidad.

Hubo un largo silencio.

—Creo que ahora comprendo mejor. Pero, Walter, ¿no altera las cosas el hecho de que te haya dicho que va a casarse con tu hermano?

—Engaine es muy orgullosa, caprichosa, y a menudo se muestra mala. Yo la quería tanto por sus defectos como por las cualidades que veía en ella. No ignoraba que a veces decía cosas sin otro propósito que el de herirme. Ella, por su parte, sabía lo completo que era mi amor, y, por supuesto, tenía clara conciencia de lo superior que era a mí en cuanto a estado. Quizá no se haya resuelto plenamente por Edmond sino que quisiera hacérmelo creer. A este respecto no puedo estar seguro.

—¿Y sin embargo te sientes atado por tu promesa? Eso me cuesta mucho

comprenderlo.

La muchacha hizo una pausa y Walter vió que estaba meneando la cabeza, intrigada y resentida. De pronto, estalló:

—¡Estoy segura de que tu Engaine empieza a disgustarme mucho!

Cuando hubo regresado a su angosto jergón, Walter siguió considerando el asunto. Se dió cuenta de que al fin y al cabo no le había dicho todo a Maryam. Por más que tratara, siempre había sido capaz de deshacerse de la convicción de que Engaine sabía lo que hacía. Aquélla era una ciega esperanza que le había hecho creer que la muchacha iba a esperarlo. Y Walter empezó a ver las cosas con mayor claridad. Su apremiante necesidad de seguir con sus planes tenía ya más que ver con su determinación de conquistarse un lugar aceptable en lo futuro que con la vaga esperanza de ganar a Engaine. Se dió cuenta que la muchacha había ocupado muy poco sus pensamientos desde aquella mañana en que Maryam y él vieran por primera vez juntos las Montañas Nevadas, y en que él advirtiera lo hermosa que era la chica. También se confesó que el Oriente, con sus normas de vida tan diferentes, estaba apoderándose de él, que el código por el cual siempre había vivido no se le imponía ya con tanta firmeza.

Maryam tampoco estaba durmiendo. Walter podía oírla volverse en su jergón, y una vez la oyó suspirar.

«Vuelve y tómalala otra vez en tus brazos» —se dijo.

Había un compromiso mucho más poderoso que cualquier palabra hablada.

El muchacho escuchó con creciente convicción y deseo. Todo movimiento atrás de la cortina se le antojaba una invitación. Estaba seguro de que la muchacha lo recibiría bien, que sus suaves brazos volverían a rodearle el cuello, que su esbelto cuerpo le respondería.

Dos veces se sentó con intención de volver a ella, pero ambas esperó cerrando los puños y obligándose a comprender que tenía que contener su impulso físico.

Al rato, los ruidos al otro lado de la cortina cesaron. La regular respiración de la joven indicó a Walter que se había quedado dormida.

CAPÍTULO OCTAVO. EL PE LU

I

El hecho de que los ocupantes de la tienda azul pudieran vivir así sin interrupción, no era en forma alguna un indicio de paz en la vida general de la caravana. Eran demasiadas las razas representadas en aquella enorme reunión de personas para que pudiese ser así, y los continuos rozamientos a veces terminaban en hostilidades abiertas. Ecos de aquella lucha diaria llegaban a los ingleses hasta en el vacío en que parecían moverse. A Bayan le costaba cada vez más dominar a sus hombres y mantenerlos alejados de las tiendas de las mujeres. Había sido necesario doblar la guardia alrededor de aquellas paredes de seda.

En sus paseos vespertinos, Walter solía detenerse a menudo a mirar el azulado serrallo que tanto se parecía en su concepción al Tabernáculo de los Hijos de Israel levantado todas las noches en el desierto y que contrastaba tan violentamente con los lugares de culto judíos en todos los demás aspectos. Si se mostraba lo bastante imprudente para acercarse a esas tiendas, inmediatamente se oía una orden de alejarse, y el guardián más cercano introducía alguna variación estética al repetirla, tal como: «Podrido retoño de Occidente, tienes el pestilente aliento de un camello que acaba de comer inmundicias». Siempre había muchos guardias a la vista, que andaban de un lado al otro con los sables desenvainados.

De cuando en cuando, permitían a las mujeres dar un paseo vespertino. Sin embargo, antes de que aparecieran, los hombres del campamento recibían la orden de reunirse lejos de allí, desde donde no tuvieran, la oportunidad de observar de cerca a las hermosas concubinas. El paseo era invariablemente corto, pues aquellas mujeres, criadas en harenes, eran muy indolentes. Paseaban un rato en dos largas filas, velados los rostros, y volvían charlando a su tienda, echando miradas de curiosidad en dirección a los apartados hombres.

Una vez, cuando amenazaba una segunda tormenta de arena, regresaron en desorden, presas del pánico. Walter estaba aquella vez cerca del lugar por donde pasaron en busca de refugio, y como el fuerte viento les había apartado los velos de la cara, pudo ver bien a varias de ellas. Fué una experiencia desilusionadora. Juzgadas por el gusto europeo, eran demasiado regordetas para poder pretender a una verdadera belleza. La mayoría, sin embargo, tenían ojos hermosos, oscuras y límpidas pupilas de temperamento oriental que brillaban de curiosidad al pasar a su lado.

Un hombre, un mercader que se había unido a la caravana en Samarcanda, tuvo bastante temeridad para meterse en el serrallo una noche calurosamente pesada. Unos fuertes chillidos anunciaron su descubrimiento, y pronto se hicieron cargo de él dos de los eunucos. A la mañana siguiente, se anunció que el presuntuoso mercader sería correspondientemente castigado antes de que se emprendiera la marcha. Fué toda una sorpresa, al menos para las ocupantes de la azulada tienda, cuando lo montaron en su

camello y le dijeron que se alejara, solo, por las arenas del desierto. Walter vió la expresión de intenso alivio en el rostro del delincuente al tirar desesperadamente del cabestro. Pronto se vió que iba a ocurrir algo más. Los mongoles habían formado dos largas filas y se reían a carcajadas de los esfuerzos del fugitivo para acelerar el lánguido andar de su cabalgadura. A una señal, sacaron las ballestas y al momento el aire se ennegreció de flechas. Camello y jinete cayeron a tierra, y el hombre parecía, a la distancia, un jamón ahumado generosamente sazonado con clavos de olor.

Llegó entonces la vibrante primavera de Oriente, y los caminos del desierto respondieron a ella con un abigarramiento de colores. Walter había tomado la costumbre de levantarse temprano. Una mañana, descubrió que el sol naciente había revelado una alfombra de flores, azules como lupinos, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. La noche anterior, nada se había visto de ellas.

«En Oriente las cosas ocurren de pronto», pensó.

Y por cierto que muchas eran las cosas que habían estado ocurriéndole repentinamente. Aquel día en particular, iban a llegar a una culminación de lo más inesperada.

Fué por una lechuza que Maryam había adoptado. Una tarde, algún tiempo antes, un pichón de lechuza había entrado en la tienda en busca de calor. La muchacha lo había aprisionado y, a pesar de las burlas a que la sometieran, resolvió quedarse con ella. Se había encariñado con el extraño animal y por algún oscuro motivo, lo llamaba Peter Doupadoulus.

Su afecto por el ave era motivo de bromas continuas, lo cual tenía por efecto el provocar en la muchacha una vociferada defensa. Sostenía que Peter era descomunamente vivaz, la más inteligente de todas las aves. De día, la lechuza viajaba con Maryam en una percha construida por Tristram, y de noche dormía atada a la joroba del camello por un hilo. Walter la oía a menudo conversar con el ave detrás de la cortina por las noches.

—¡Ay, Peter! —decía la muchacha—. ¡Si sólo tuviera qué ponerme esta noche! ¡Si mi hermoso Walter y mi buen Tristram pudiesen verme cubierta por aquella dalmática blanca que dejamos atrás!

Una vez, creyendo que no había nadie en la tienda, dijo:

—¡Vamos, cara de piedra! ¿Por qué me miras con tanta dureza? ¿Porque me pongo un poco de colorete en las mejillas? ¿No te parece que tengo que estar bonita?

Hubo una pausa, y Walter la oyó proseguir:

—Me miras como estoy convencida de que me miraría la gran señora Engaine. ¡Con el mismo orgullo, el mismo desprecio y la misma superioridad!

Aquella mañana, al emprender la marcha la caravana, Ortuh el Tartamudo pasó galopando al lado de ellos y advirtió la lechuza que Maryam llevaba al hombro. Sofrenó y soltó una burlona carcajada. Luego, ante un repentino impulso, se inclinó

en la silla y trató de ensartar el ave en la punta de su lanza. Tristram interpuso su caballo y tomó al mongol por la cintura. Un vigoroso tirón derribó a Ortuh de la silla. El inglés también se apeó. Mientras el mongol trataba de desenvainar el corvo sable que llevaba al cinto, se vió de pronto tomado en tan poderoso abrazo que no pudo seguir moviéndose. Casi sin esfuerzo, Tristram lo levantó del suelo y se puso a sacudirlo hasta que aquella amarillenta cabeza se moviera de un lado a otro y las combadas piernas se agitaran en el aire como las de un espantajo bajo un fuerte viento. Luego arrojó a su adversario, que cayó rodando al suelo.

Ortuh estaba demasiado atontado para hacer otra cosa que alejarse arrastrándose. Un grupo de jinetes se había reunido a su alrededor al empezar el incidente. No hicieron movimiento alguno para intervenir, sino que se inclinaron en sus monturas riéndose de la derrota de su compañero.

—Cuídate de ese individuo en adelante —le aconsejó Walter a su amigo cuando el mongol se hubo recobrado lo bastante para montar lentamente en su caballo—. Ha sido humillado ante los demás, y no habrá de descansar hasta que se haya vengado.

Tristram se rió.

—La próxima vez —dijo—, le arrancaré el alma de su grasoso cuerpo.

Walter se sintió seriamente preocupado por el incidente. Le pareció que Ortuh se había detenido, antes de echar mano a la lanza, a mirar atentamente el ennegrecido rostro del criado. Si Ortuh el Tartamudo tenía alguna sospecha, era indudable que no dejaría de investigar.

El muchacho se dirigió hacia Maryam con intención de participarle sus temores. La muchacha se había asustado, como era natural, y estaba cabizbaja. Walter pensó que la chica, con su manchada túnica de lana y sucias bombachas parecía un pequeño mendigo negro. La lechuza estaba tratando de huir y lanzaba agudos chillidos. Puede haberse debido a lo fuerte del contraste, mas el muchacho no pudo dejar de pensar en la última vez que viera a Engaine, orgullosa y elegantemente montada en su caballo, el halcón al puño, escapado el dorado cabello de la redecilla, hermosos y altaneros los ojos azules. El contraste era perturbador.

—Quizás hayas necesitado esta lección, Walter de Gurnie —se dijo—. Engaine es perfecta a su modo. Sin embargo, has estado haciendo comparaciones, y no en su favor.

Taloneó levemente a Podarge, habiendo aprendido a montar a lo oriental con las riendas sueltas. Al alejarse al galope, la mente se le llenó de orgullo racial. ¡Ése era el Oriente, ése era el modo de ser oriental! ¡Cuanto más hermoso y limpio era el modo de ser de Inglaterra! Se dijo que tenía que dominar su tendencia a olvidar, a aceptar nuevas ideas, nuevas perspectivas y nueva gente.

Se sintió presa de una sensación de alivio, y empezó a pensar en su patria. Se preguntó cómo estaría su madre y si su partida había afectado su salud. ¿Progresarían

los planes de su abuelo para ganar dinero? En Gurnie, todo estaría de color verde; los bosques, llenos de flores. ¿Y Engaine? ¿Se habría casado ya con Edmond? Y si lo había hecho, ¿le pesaría a veces? ¿Quizá pensara en él?

Aquella noche se mostró taciturno. Maryam se dió cuenta de que algo le pasaba, y a su vez perdió toda animación. Escasa fué la conversación entre los tres sentados alrededor del fuego. El inconstante tiempo había variado, y soplaba un viento crudo que hacia que una de las pieles de morsa, que se había soltado, golpeará contra la punta de la estaca con la insistencia de un redoble de tambor. Por último, Maryam se puso de pie.

—Esta noche estamos todos apagados. Creo que Walter está fastidiado conmigo. Me voy a dormir.

Cuando los hubo dejado, Tristram empezó a hablar de un rumor que Mahmoud había recogido durante el día. El Ave Que Empluma Su Nido, Lu Chung, estaba de malas.

Walter prestó atención, repentinamente alarmado.

—¿Se sospecha que ha intervenido en la fuga?

—No, eso no, ¡gracias a Dios! En cuanto pude descubrir, el hombre se ha mostrado demasiado dispuesto a hacer honor a su sobrenombre. Aún efectúa la mayor parte de las compras, y Bayan ha ordenado una investigación. Amenaza entregarlo a sus hombres para hacerle hacer el Paseo de la Cuerda.

Mucho habían oído hablar de la crueldad de ese suplicio mongol, aunque no había sido aplicado aún a nadie en el campamento.

—Lu Chung nunca saldría con vida de la prueba —dijo Walter.

—A veces la víctima llega a vivir. Sin embargo, no creo que haya bastante resistencia en aquella montaña de carne. Quizás haya emplumado su nido por última vez.

El fuego estaba apagándose, y la atmósfera, en el interior de la tienda, se había enfriado mucho. Tristram se puso de pie y se desperezó... De pronto, la lechuza soltó un chillido.

—¿Qué pasa? —preguntó Walter.

Y de pronto vió que Tristram pasaba detrás de él con extraordinaria cautela.

—Quédate donde estás, Wat —dijo el muchacho con temor y repugnancia en la voz—. No te muevas. ¡Por amor de Dios, no te muevas!

Walter volvió la mirada sin mover la cabeza y de pronto se quedó paralizado de horror. Una víbora se había metido en la tienda en busca de calor, y estaba enroscada a unas pulgadas de distancia. Era un áspid; la duda no era posible pues se veían las características de la ancha y repulsiva cabeza, que estaba dirigida hacia él, y el moteado cuerpo enroscado bajo ella. Walter tenía un terror tal a las víboras que instintivamente retrocedía al ver a alguna, pero aquella vez, afortunadamente, sus

helados miembros se quedaron inmóviles. Obligándose a mirar hacia otro lado, se quedó quieto, asustado, esperando sentir de un momento a otro la mordedura de los colmillos en su estirado muslo.

Tristram estiraba lentamente la mano hacia el atizador.

—¡Es un feo bicho, pero dentro de un rato daré cuenta de él!

Walter podía sentir cómo se le crispaban los dedos de temor y ansiedad. Oyó un movimiento detrás de la cortina. Maryam ahogó un grito y echó a correr hacia el centro de la tienda.

—¡Atrás! —gritó Walter. Mas la muchacha pasó corriendo a su lado, y con rápido movimiento tomó a la víbora de la cola. Afortunadamente, el reptil estaba entumecido de frío y no reaccionó hasta que la muchacha no lo hubo arrojado, con otro grito, contra el costado de la tienda. Walter estuvo de pie en un santiamén. La víbora cayó retorciéndose e irguió la ponzoñosa cabeza. Pero ya Tristram la esperaba, y con un solo golpe del atizador alejó todo peligro.

Maryam se desmayó, y cayó con la cabeza entre las cenizas que bordeaban el fuego. Sólo entonces advirtió Walter que la muchacha estaba desnuda hasta la cintura, y vaciló antes de poner una mano bajo la cabeza para levantarla.

—¡Mahmoud, agua! —gritó.

Pero Mahmoud, que se había levantado al oír el primer grito, se había trepado a la estaca central y chillaba pleno pulmón:

—¡*Agkistrodon!* ¡*Agkistrodon!*

Fué Tristram quien trajo agua después de arrojar los restos de la víbora a una distancia prudencial, fuera de la tienda.

—¿Cómo está la muchacha? —preguntó, ansioso.

—Se ha desmayado.

—He oído un gran alboroto en otras partes del campamento —informó Tristram después de un rato durante el cual estudió los pálidos rasgos de la muchacha—. La repentina vuelta del frío debe haber traído más víboras a los alrededores. Ahora voy a llenar de arena la base de la tienda para que no puedan entrar otras.

Maryam suspiró y se estremeció.

—¡Les tengo tanto miedo! —dijo con débil voz.

Abrió los ojos y vió el rostro de Walter inclinado sobre el suyo. En seguida preguntó, alarmada otra vez:

—¿Dónde está?

—Muerta —contestó Walter, con clara conciencia de que tenía la mano puesta sobre los desnudos hombros de la muchacha, y que los pechos de ésta estaban apoyados contra su cuerpo—. Tris la mató. ¿Te sientes mejor?

—Sí, ahora me siento mejor contestó Maryam, que se sentó de pronto, repentinamente consciente de su desnudez.

Se puso en pie de un salto y desapareció detrás de su cortina. Varios minutos pasaron antes de que volviera a aparecer, totalmente vestida. Walter observó que aún tenía las mejillas pálidas.

—Me salvaste la vida —dijo.

—Apenas si me di cuenta de lo que hacía. ¡Ocurrió todo tan pronto!

Luego meneó la cabeza.

—No, no fui yo quien te salvó. Fué Peter. Si él no hubiese visto a la víbora y no nos hubiese avisado...

Y soltó una breve risilla histérica.

—Ya te decía que era inteligente. Te lo dije, Walter.

—Humildemente reconozco que tenías razón. Pero, Maryam, no fué Peter quien alejó a la víbora.

Mahmoud había estado cogido todo el tiempo al extremo de la estaca. Bajó balbuceando:

—¡A Mahmoud no le gustan las víboras!

Tristram volvió, diciendo, animoso:

—Ya no puede entrar ninguna más. ¿Cómo se siente Taffy? No hubo respuesta, pues Walter levantó de pronto una mano en son de advertencia. Se inclinó hacia adelante, escuchando con atención.

—Oí unos pasos afuera —murmuró—. ¡Oye! ¡Alguien se acerca!

Maryam se ocultó detrás de su cortina por segunda vez y buscó apresuradamente la tintura para aplicársela al rostro. Algunos de los ganchos habían caído de sus anillos de metal, y Walter se puso a colocarlos en su sitio para mayor precaución. Se detuvo en medio de su tarea, sin embargo, y señaló a un costado de la tienda, conteniendo la respiración.

¡Por el forro de seda azul asomaba la punta de una daga!

Walter chistó para atraer la atención de los demás. Todos volvieron la cabeza en su dirección, y, entre tanto, la daga penetró aún más en la tienda antes de empezara cortar hacia abajo. Cortó lentamente, con muy poco ruido, el fieltro exterior y el forro de seda, hasta producir un tajo de un pie de largo. Luego, aparecieron unos dedos amarillos por la incisión y la abrieron lo bastante para que apareciera un rostro. Lo único que los ingleses pudieron ver fué un par de ojos que observaban con maligna curiosidad y descansaban su mirada en particular en la cara de la muchacha, parcialmente teñida. Los dedos se retiraron y el tajo quedó cerrado.

En la tienda reinó el silencio por largo rato. Walter lo interrumpió diciendo:

—Estoy seguro de que era Ortuh, el Tartamudo.

Maryam se adelantó hacia él y le puso una mano en el brazo.

—¡Tengo que irme! —murmuró—. Es lo único que me queda por hacer. Si me encuentran aquí, os veréis todos envueltos en el asunto. ¡Y eso no debe ser!

—El mal está hecho —dijo Walter—. Sólo nos queda esperar.

Tristram había cogido su arco y estaba probando la cuerda.

—No podré hacer gran cosa en la oscuridad, pero al menos puedo volver a mandar a algunos de ellos al infierno de donde han salido.

Se volvió rápidamente al oír pasos a la entrada de la tienda, levantando la flecha a la altura del hombro, Walter se adelantó a su lado, daga en mano. Al sentir una mano sobre su brazo, este último se dió cuenta de que Maryam se había unido a ellos.

—¡Por la Cruz! —exclamó el arquero—. ¡Hemos de vender caras nuestras vidas!

Pero quien entró en la tienda fué Lu Chung. Se quedó sorprendido al ver la clase de recepción que le hacían, y se puso aún más pálido. Estaba evidentemente agitado. Le temblaban las manos y los ojos parecían bailarle, desorientados en el amplio y grasiento rostro.

—¿Fué Lu Chung quien hizo ese tajo en la tienda? —preguntó Walter haciendo un movimiento de cabeza en dirección a la abertura.

Y al hacerlo, se quedó boquiabierto de asombro. Porque la daga había sido dejada en la tela, y su peso había hecho que la hoja penetrara todavía más adentro en la tienda.

Lu Chung negaba que aquello fuera obra suya, pero estaba tan preocupado por sus propios asuntos que no comprendió en un primer momento el significado de lo ocurrido. Cuando se hubo dado cuenta, se dejó caer ante el fuego, meneando la cabeza con redoblada ansiedad.

—¡Ahora lo sabrán todo! —se lamentó—. ¡El pobre Lu Chung será condenado a hacer el Paseo de la Cuerda!

—Si mi suposición de que ha sido Ortuh es exacta, ¿por qué dejó su daga? —preguntó Walter.

Al oír eso, el gigante alzó la cabeza con un brillo de esperanza en la mirada.

—Lo dejé en señal de que va a volver. Eso es evidente. Este humilde servidor no cree que Ortuh cuente lo que ha visto inmediatamente. Volverá a hacer un trato. Quizá se proponga vender su silencio. Ese Ortuh es codicioso. Quizá pida oro.

Y la inquieta mirada se posó en Maryam.

—Puede que quiera ver a esta muchacha cuando no tenga tintura en la cara. Quizá pida que se la envíen a su tienda cuando pueda hacerse sin que nadie se dé cuenta. Los mongoles hablan mucho del placer que les causa el contacto con la piel de las mujeres blancas.

Después de un rato de silencio, Maryam dijo en voz baja aunque resuelta:

—Si con ello puedo salvar a mis amigos, iré a la tienda de Ortuh.

—¡No! —exclamó Tristram, y Walter apretó la manos que tenía al lado antes de decir:

—Sabemos que estarías pronta a cualquier sacrificio, Maryam, pero preferiríamos

la muerte a eso. Y ha de haber algún modo de salvarnos todos. Si Lu Chung ha acertado en cuanto a Ortuh, estoy seguro de que salimos de ésta.

—¿Qué plan tienes entre manos, Wat? —preguntó Tristram con ansioso interés.

—Dependerá de si Ortuh no hace nada más hasta mañana. Si no me equivoco acerca de la idiosincrasia de esa gente, preferirá esperar, mantenernos en suspenso.

Lu Chung asintió.

—Ortuh jugará como el gato cruel que ha encontrado tres ratones blancos. No volverá por su daga en seguida. Esperará, vigilará y dejará que el terror se cierna sobre ustedes. Entonces obrará.

—A menudo nos hemos rezagado de la caravana —prosiguió Walter—. Mañana simularemos que uno de los camellos se ha enfermado y tardaremos mucho en emprender la marcha. Cuando la caravana se haya perdido de vista, emprenderemos la marcha en dirección al sur. Todo dependerá de la velocidad que podamos obtener de nuestras acémilas.

Había hablado en inglés, y tuvo que traducir lo dicho a Lu Chung. El chino pensó y asintió.

—El joven estudiante propone la única solución posible —declaró—. Lu Chung irá también. Este humilde servidor se expone a una muerte segura si se queda.

Evidentemente, el chino se sentía aliviado por la perspectiva, pues volvió a asentir con cierto vigor.

Lu Chung conoce los caminos. Cree que es mejor seguir el camino a Kinsai.

Tristram se mostraba ceñudo y vacilante.

—¿Cuánto crees que podremos alejarnos antes de que se den cuenta de nuestra ausencia? —preguntó.

—Unas ocho leguas, quizá —dijo Walter—. No más.

—Dudo que sea bastante. Has visto la velocidad con que viajan los jinetes de Bayan. Nos perseguirían con la rapidez del viento. No volverían atrás sino que acortarían camino para encontrarnos. ¿No es además probable que Ortuh, o quienquiera que fuera, nos vigile?

—Es nuestra única oportunidad, Tris.

—Eso lo sé, y tenemos que aprovecharla, claro está. Al menos nos dará la probabilidad de luchar por nuestras vidas en campo abierto. ¡Juro que habrá muchos caballos sin jinete antes de que se nos acerquen!

Ortuh no regresó, y después de mucho comentar proyectos, Lu Chung se despidió. Tristram, cuyos nervios no parecían haber sido afectados por la perspectiva que los esperaba, se dispuso pronto a dormir, pero Walter resolvió que él no podría hacerlo. Avivó el fuego y se acercó a él, necesitado de calor, más que nunca. El proyecto le obsesionaba. Se le había ocurrido un modo de mejorarlo, una idea tan temeraria y original que en un primer momento la aceptó sin atreverse a considerar

los peligros a que daría lugar. Más adelante, empezó a sentir dudas y trató resueltamente de disiparla diciéndose: «Puedo morir de cualquier modo. En esta forma, es seguro que los demás podrán escapar».

Aun después de haberse resuelto a intentar el plan, se vió asediado por muchos pensamientos perturbadores. Quizá nunca volviera a ver a Inglaterra, a poner la mirada en el rostro de su madre, en los verdes bosques que rodeaban a Gurnie ni en los sinuosos arroyos que tanto amara. En el mejor de los casos, la oportunidad de hacer fortuna, que tan prometedora se mostrara después de lo que Bayan le había dicho, se desvanecería inevitablemente. Mucho se asombró de poder formularse esa consideración sin pesar. ¿Acaso esa crisis por la cual pasaban lo había cambiado tanto?

Detrás de su cortina, Maryam murmuró:

—¡Walter!

El muchacho se acercó a ella. La chica estaba sentada, y el fuego daba bastante luz para que pudiera verse que tenía los ojos llenos de lágrimas. Maryam se había olvidado de quitarse la tintura de la cara.

—¡Me siento muy desdichada! —murmuró—. Yo os he causado todo esto. ¡Oh, Walter! ¿Qué puedo hacer? ¿Algo ha de poder hacerse!

—No tienes que inquietarte. Les daremos el esquinazo, no te quepa la menor duda. Se me ha ocurrido un nuevo plan. Un plan excelente, que hará las cosas mucho más seguras.

La muchacha no contestó por un rato.

—¿Es algo que tienes que hacer tú mismo? ¡Walter, lo leo en tus ojos! ¡Has de correr un gran peligro!

El inglés se dió cuenta de que no era conveniente exponerle el plan por entero.

—Sí, es algo que he de hacer yo mismo —dijo—. Ven, sécate las lágrimas. El plan es muy sencillo. Me quedaré atrás por un tiempo y haré que Ortuh me vea. Eso le impedirá abrigar sospechas. Luego volveré y os seguiré. Espero alcanzaros mucho antes de la caída de la tarde.

—¡No, Walter, no, no, no!

—No habrá peligro alguno —insistió él—. Estoy seguro de que Podarge puede desarrollar más velocidad que cualquier otro caballo de la caravana.

—La única dificultad que preveo es que no deberé llevarlos en la dirección que sigáis vosotros. Tendré que desorientarlos bien. Puede que tarde uno o dos días antes de alcanzar el lugar que Lu Chung nos ha señalado.

—¡He de morir si te pasa algo, Walter! —exclamó la muchacha, llorando, y las lágrimas le desteñían la pintura del rostro—. ¡Sé que moriré!

—Vamos, no te pongas así. ¡Si vieras cómo tienes la cara!

Levantó la cortina y se puso a secarle los ojos con ella.

—Si todo anda bien, nunca más volverás a tener que ponerte esa horrible tintura en la cara. ¡Piensa en lo agradable que será!

Y Maryam luchó por recuperar el dominio de sus emociones.

—¿Vas a poder dormir? —preguntó.

—No por un rato. Voy a sentarme al lado del fuego y a pensar cuidadosamente la situación.

—Entonces ¿puedo quedarme contigo? Puede... ¡Puede que sea la última vez, Walter!

II

Walter salió en cuanto empezó a amanecer. Miró al cielo, y vió con profunda satisfacción que el día sería nublado y que no habría de verse el sol.

«Eso nos favorece mucho», se dijo para sí. De pronto, un sombrío pensamiento le cruzó por la imaginación, desalojando a las demás ideas. ¡Quizá nunca más volviera a ver la luz del sol!

Las Montañas Nevadas no se extendían ya en el horizonte cual dientes de sierra verdes y blancos. Una impetuosa corriente de agua que de cuando en cuando formaba un brusco codo, bajaba del norte y cruzaba el camino antes de seguir en dirección al Manji. La caravana había acampado por la noche cerca de una aldea de mayor importancia y extensión que un vulgar *yamb*. Además de la acostumbrada reunión de tiendas, había unas construcciones de madera, bajas y de techo de paja y arcilla, sin ventanas ni chimeneas. Ante cada una de esas construcciones, se erguía una larga pértiga con colas de caballo que flameaban al viento. Hacia el norte se extendía la inevitable llanura, pero al sur había algunos árboles. Walter pensó con crecientes esperanzas que sus movimientos quedarían ocultos.

No descubrió a Tristram de su plan más de lo que participara a Maryam, por temor a que su amigo se negara a seguirlo si lo conociera todo en detalle. Un negativo movimiento de cabeza fué su respuesta inmediata.

—Te conozco, Wat —declaró Tristram—. Tienes un proyecto para que nos salvemos a costa de un riesgo que correrás tú. No estoy de acuerdo. Es mejor que lo sepas ya.

—No niego que haya peligro, pero hay grandes probabilidades que les pueda dar un fácil esquinazo. Ya estamos de acuerdo en que de otro modo las probabilidades son muy escasas. Lo más importante es arrancar a Maryam a sus garras. Ése es nuestro deber.

Tristram le puso una mano en el hombro.

—Sólo creo parte de lo que dices. Quieres que nosotros huyamos y cargar tú con todo el peso de la venganza.

—Uno de nosotros ha de ir, y el otro, quedarse. Soy el que se quedará.

—Soy hijo de flechero, y aunque he pasado un año en Oxford, soy un simple villano. Mi muerte sería una pérdida pequeña. No has de menear la cabeza; sabes que digo la verdad. Tú, Wat, eres hijo de conde. Tienes un espíritu vivaz y activo. Estás destinado a triunfar y realizar grandes hazañas en tu vida.

Por primera vez desde que se conocían, Tristram estaba hablando sin arrastrar las sílabas. Su rostro expresaba la determinación de imponer su punto de vista.

—Hay otro motivo, viejo amigo. Amo a Maryam. Eso lo debes haber advertido ya hace tiempo. Pero Maryam te ama a ti. No lo ha ocultado. No tengo modo de saber

cuáles son tus sentimientos para con ella, pero no cabe duda de que eres el indicado para acompañarla.

—Aunque todo cuanto dices fuera cierto, viejo amigo, lo mismo me quedaría yo. Sólo yo puedo hacer lo que es necesario hacer. A pesar de todo tu valor y tus mejores intenciones, no lo lograrías.

—¿Por qué has de poder juzgar tú eso? —preguntó Tristram—. ¿Qué hay que hacer que esté más allá de mis posibilidades?

Walter miró a su amigo con fijeza.

—Voy a intentar una pequeña treta que haría brillar los ojos a nuestro antiguo maestro el fraile Roger Bacon. No podría darte apresuradas instrucciones para orientarte, Tris. Yo, y sólo yo, sé cómo hacer la treta y dónde.

El rostro del alto arquero expresaba un conflicto de emociones. Aún no se mostraba convencido, mas al mismo tiempo estaba intrigado por las intenciones de su amigo.

—¿Qué es ese misterio? —exclamó.

El campamento había renacido a la vida. Los jinetes empezaban a hacer sus rápidas recorridas matutinas, trayendo y llevando despachos de Bayan. La tienda ya estaba desmontada, y las manos de Mahmoud se movían ágilmente cargando los camellos. Lu Chung apareció montado en su alto camello, y dijo con una voz tan débil que contrastaba con la feroz expresión de su rostro:

—El sol se niega a iluminar nuestra desesperada aventura, jóvenes amigos.

Maryam tenía el rostro completamente ennegrecido ya, y estaba cargando uno de los camellos, descansando cada minuto para mirar ansiosamente por sobre el hombro.

Walter esperaba noticias de Ortuh, pero hasta entonces El Tartamudo no había aparecido. Y Tristram preguntó con inquieto tono:

—¿Estás seguro, Wat, que la cosa tiene que ser como dices?

—Muy seguro.

Un toque de cuerno resonó en la vanguardia de la caravana. Los camellos bramaron al pegarles sus conductores para hacerlos levantar. Todos los mongoles estaban en silla, chillando: ¡*Hudelhu!*

Llegado el momento, Walter sintió que el corazón se le contraía. Pocas esperanzas abrigaba de volver a ver a sus amigos. Por temor de que aquel estado de ánimo se le reflejara en el rostro, se volvió a contemplar el camino, que salía de la aldea y seguía por una llanura cuya ininterrumpida monotonía se extendía hacia el norte y el este. Aquello también, pensó, iba a favorecerlo.

—Si no llegara a alcanzaros, dirigíos a Kinsai —le murmuró a Tristram, buscando en el pecho bajo el justillo, y sacó la segunda de las cartas que le confiara Anthemus—. Entrega esta carta a un mercader llamado Sung Yung, en Kinsai. Él se preocupará por ti hasta que llegue yo. Para llegar allí tendrás que confiar en Lu Chung.

Se quedaron un rato estrechándose la mano.

—Eres el único amigo bueno que haya tenido, Tris —dijo Walter.

—¡Sé que hacemos mal, Wat, pero siempre te he obedecido en todo!

Hubo una pausa.

—Si... Si las cosas salieran mal, Nuestro Señor que está en los cielos nos llevará a una vida mejor que ésta.

Aún faltaba la despedida más penosa. Walter se adelantó hacia Maryam.

—¿Está todo arreglado? —preguntó ella, siguiendo con su tarea—. ¿Te quedas?

—Por poco tiempo. Pronto huiré yo también y me uniré con vosotros a toda la velocidad a que pueda llevarme Podarge.

La muchacha se irguió y lo miró a la cara.

—No voy a llorar —murmuró—, pues me haría desteñir la tintura y no conviene, ¿no es cierto? Pero sé... ¡Sé que nunca jamás he de volver a verte!

Y a pesar de su resolución sus enormes ojos empezaron a llenársele de lágrimas.

—¡Oh, Walter, te quiero tanto!

III

Walter echó a galopar a lo largo de la caravana, con una expresión que trató de hacer parecer indiferente, en busca de Ortuh. Por fin localizó a El Tartamudo y se le puso a la par.

—Tengo una daga, que no me pertenece —dijo.

Ortuh pareció tranquilizarse al verlo.

—La daga pertenece a Ortuh —gruñó, sonriente, y añadió—: Ortuh tiene buena vista. Ve muchas cosas.

—¿Desea Ortuh que le devuelva la daga?

—Pronto. Ortuh visitará la tienda de los perros cristianos. Tiene mucho que decir. Que los inmundos hijos del Occidente esperen a Ortuh.

Walter espoleó a su caballo. Tuvo suerte, pues cuando llegó al carro orientador, unos veintitantos caballos de muda habían sido reunidos detrás de él, a cargo de un par de mustios criados. Se apeó de un salto y llevó a Podarge con los demás caballos. Ninguno de los guardias prestó atención cuando abrió la puerta trasera del carro y se deslizó en su interior.

En seguida, Walter sintió un acre olor. El viejo chino yacía bajo la mesa, cubierto el magro cuerpo por una manta. Tenía los ojos muy abiertos, mas inexpresivos.

—¡Narcotizado! —exclamó Walter con entusiasmo.

El chino había atado la palanca con una correa de cuero en posición fija. Walter la desató.

Mantuvo una firme mano en la palanca después de moverla una pulgada. Resolvió cambiar la dirección poco a poco. En la caravana no dejaría de haber quien se diera cuenta de un cambio brusco en la dirección. Había en el carro una angosta hendidura por la cual podía observarse la dirección de la caravana, pero en aquel momento, estaba obstruida por la pierna del conductor. El muchacho podía oír cómo el mongol murmuraba para sí en indignada protesta:

—¡Yo, Houlun, soy un hombre excelente! Entonces, ¿por qué he de estar obligado a conducir este pestilente carro detrás de ese miserable ganado?

A largos intervalos, Walter dió a la palanca una cuidadosa vuelta. Cada cambio significaba que el brazo del hada, en vez de señalar directamente al sur, pasaba poco a poco al este, de modo que la caravana empezaba a girar poco a poco al norte. Entre tanto, Tristram orientaba a su grupo directamente al sur. Cada *li* recorrido entonces representaba dos de separación con los fugitivos. Walter no dejó de observar la ranura delantera, y siempre que el desconsolado conductor movía la pierna, podía ver que la llanura que se extendía delante carecía de toda indicación de camino.

«¡La cosa sale tal como la había proyectado!» —se dijo Walter—. «¡Si sólo pudiera pasar bastante tiempo antes de que me descubrieran!».

Afuera se oían de cuando en cuando fuertes voces, y siempre el muchacho contenía la respiración creyendo que había sido descubierto. En cada caso los gritos resultaron no ser más que las acostumbradas discusiones de individuos de una raza naturalmente agresiva. Sin embargo, se estremecía a cada ruido.

«Pronto pedirán mi sangre» —pensó—. «¿Cómo me matarán?». Sabía que si llegaba a ser sorprendido, su muerte iba a ser cruel.

El viejo seguía yaciendo inconsciente. Walter empezó a dudar de que aún respirara.

«Cuando me vaya —pensó—, puedo dejar la correa suelta, de modo que crean que la dirección se perdió por ese motivo». Pero al volver a pensarlo, desechó la idea. Porque significaría que el viejo moriría en el acto.

Bien lejos, camino al sur, Lu Chung gritó a Tristram: Quizá mis ojos, que no son jóvenes, vean mal. ¿No le parece al alto estudiante que la caravana ha cambiado de rumbo?

Tristram miró, extrañado, hacia atrás.

—Tengo poca orientación en estas llanuras. Sin embargo, me parece que está dirigiéndose más hacia el norte.

—Así le pareció al humilde Lu Chung.

Tristram sofrenó su caballo, y el camello de Maryam pasó rápidamente a su lado.

—Taffy —dijo—, está ocurriendo un milagro. Walter los está desorientando. No sé cómo lo ha logrado.

La chica no contestó, sino que observó con solemne expresión la caravana que desaparecía rápidamente. De pronto, un cambio se registró en su compañero. Se irguió en la silla y levantó un brazo.

—¡Ésa es la respuesta! —exclamó—. ¡Esos asesinos del este se ríen de nosotros! ¡Nos llaman perros en nuestras caras! Se mofan de nuestra fe. Hemos aceptado sus insultos en silencio. ¡Pero ahora, Walter de Gurnie les está demostrando el valor y la fe que rebosan de un corazón cristiano!

Se volvió hacia Maryam, brillantes los ojos y llenos de lágrimas.

—¿Habría arriesgado su vida de este modo uno que no fuera creyente en el único Dios? ¡Esta noche no se van a reír!

Luego, repentinamente, desapareció la animación de su voz.

—Pero temo que mi amigo haya ofrecido su vida para enseñárselo y para salvarnos.

—Yo lo sabía —dijo Maryam en un susurro—. Trató de hacerme creer que iba a volver. Pero yo estaba segura que no lo haría.

Tristram no se preocupó por enjugarse las lágrimas que le caían por las mejillas.

—¡Adiós, Wat! —gritó—. ¡Tu fiel escudero te saluda!

—¡Démonos prisa, joven compañero! —exhortó Lu Chung. Tenemos que

aprovechar de la ventaja que ese honorable señor nos brinda.

Maryam se inclinó y apretó fuertemente el brazo a Tristram. Se quedaron en silencio hasta que la última sombra de la caravana se hubo perdido de vista.

Pasó una hora. Pasaron dos. El gong detrás de Walter daba su señal con agradable regularidad.

Al muchacho le pareció que la distancia recorrida no era bastante. Pasó una hora más. El trecho que mediaba entre la caravana y los fugitivos debía ser ya de unas dieciséis leguas. Y Walter consideró que podía abandonar el carro.

Pero había tardado demasiado. Una ronca voz, afuera, ordenó al conductor que detuviera el vehículo, y se abrió la puerta trasera. Unos desconfiados ojos mongoles lo miraron.

—¡Ajá, perro cristiano! —exclamó Ortuh—. ¿Qué haces aquí?

Detrás de El Tartamudo, Walter podía ver el sombrero de fieltro de Bayan. La mirada del general estaba fija en él con expresión de desconfianza y asombro.

Walter saltó a tierra y se quedó inmóvil, frente a Ortuh. No había posibilidad de huida, pues unos jinetes de rostros bronceados lo rodeaban, vigilándolo estrechamente. Aquello, pues, era el final.

El inglés miró el cielo, que era de un color gris, sombrío y amenazador. Soplaban un fuerte viento. Walter se alegró. Le habría sido más difícil morir en un día de sol.

«Ortuh es el culpable de esto —se dijo para sí—. Si he de morir, me lo llevaré conmigo».

Desenvainó la daga y se lanzó contra El Tartamudo. Lo que siguió fue una horrible pesadilla de violencia, ruido, confusión y dolor. Se dió cuenta de que ambos rodaban por tierra y que Ortuh estaba luchando desesperadamente para detener el brazo que sostenía la daga. Otros mongoles intervenían en la pelea, porque le caían golpes en la cabeza y la espalda. Unos pesados pies le pateaban las costillas. Pudo oír vagamente la voz de Bayan que ordenaba poner fin a la lucha, pero los golpes seguían lloviendo sobre él.

Cuando unas rudas manos obligaron a Walter a ponerse en pie, Ortuh quedaba tendido en tierra. La sangre le manaba de una amplia herida en la garganta.

«Si he de morir —pensó Walter sombrío—, tengo el consuelo, al menos, de que me he desquitado con él».

—Traédmelo —ordenó Bayan.

Cuando estuvieron uno frente a otro, el general hizo un gesto para que sus hombres se retiraran. Escrutó a Walter en silencio por largo rato, buscando con la mirada en su adversario del ajedrez los motivos por los cuales había obrado de ese modo. A Walter le pareció que, a pesar de la severidad que se reflejaba en la mirada del general, lograba percibir un dejo de pesar.

—Inglés, ¿qué ha estado usted haciendo? Desde hace dos horas he tenido la

molesta sensación de que estábamos siguiendo un rumbo equivocado. ¿Ha estado usted tocando ese instrumento?

—Sí, amo Bayan. Estamos a muchas leguas al norte de donde debiéramos estar. El general siguió observándolo, intrigado.

—¿Por qué ha hecho usted esto? —preguntó—. Usted sabía perfectamente que cada hora, cada *li*, me es preciso.

Walter contestó en un tono de profundo arrepentimiento.

—Siento que haya sido necesario retrasar a la caravana. Pero no me quedaba otro remedio. Las vidas de mis amigos dependían de mí e hice por ellos cuanto pude.

—Y yo, ¿no contaba acaso? Yo creía, inglés, que era usted un amigo.

—Por favor, déjeme usted que le cuente todo antes de juzgarme.

Bayan le hizo seña de que hablara, y escuchó atentamente cuanto Walter le dijo en voz baja, narrándole toda la historia.

—Me ha hecho usted una mala pasada en muchos aspectos —dijo el general cuando el muchacho hubo terminado de hablar—. He perdido toda una mañana. No habrá ya oportunidad de acudir al arco mágico con el cual he contado. Ese canalla de Lu Chung se me ha deslizado entre los dedos. El asunto de la muchacha griega es aún más serio, pues se ha ofendido al Hijo del Cielo, que esperará que yo imponga el castigo correspondiente. Inglés, tendrá usted que morir.

—Que sea de una muerte rápida y misericordiosa.

Bayan lo observó con triste mirada, acariciándose la barba con los dedos.

—Sólo un hombre valiente habría arriesgado así su vida para salvar a sus amigos. Tengo que hacer por usted cuanto pueda, aunque usted no lo merezca. Siempre me ha gustado usted, inglés. Hay una oportunidad, si usted está dispuesto a aceptarla. Le puedo dar una pequeña probabilidad de seguir viviendo, y complacer al mismo tiempo a mis soldados que están pidiendo su sangre.

Frunció el ceño, como dudando.

—Algunos han salido con vida de los golpes de las astas de lanza, y es posible que usted tenga fuerza bastante para ello. Sufrirá usted tanto como si yo lo hubiese hecho empalar, pero hay una probabilidad de salir con vida. Lo enviaré al Paseo de la Cuerda.

IV

El padre Theodore se acercó a Walter cuando los mongoles se hubieron reunido alrededor de las ollas a la hora de comer. Se oían muchos gritos de interés por el espectáculo que iban a presenciar.

—Acabo de ver al general —dijo el sacerdote sin mirar a Walter—. Pregunta qué comida quiere usted que le traigan.

—No tengo hambre —dijo Walter.

El sacerdote bajó la voz.

—Si conserva usted su sangre fría, hay una probabilidad de salvarse. Dicen que hace muchos años un hombre hizo el Paseo y no recibió un solo golpe. La regla prohíbe que nadie le pegue con la lanza mientras el reo esté con los pies sobre la cuerda. Una vez que toque usted el suelo, lloverán los golpes, pero si usted puede volver a subir, cesarán. Lo vi una vez, joven estudiante, y he de decirle que no fué un espectáculo agradable de presenciar.

Y al rato agregó:

—Siempre hay un juez presente para hacer cumplir el reglamento. Esta noche el juez será Bayan.

Walter, que hasta entonces había estado tranquilo, se estremeció y ocultó el rostro entre las manos.

—Vengo a usted como sacerdote —dijo el padre Theodore—. Como soy un humilde nestoriano, es posible que prefiera usted ir al suplicio inconfeso.

—Tengo que estar en paz con Dios —dijo Walter—. Asístame, por favor, padre.

Walter vió que la cuerda era bastante gruesa y que su largo era por lo menos de cincuenta varas. Había sido estirada sobre el suelo y estaqueada en cada extremo para que estuviera tirante. Los mongoles ya se habían alineado en dos filas a cada lado, blandiendo las astas de sus lanzas. Reclamaban la presencia de su víctima. Bayan, solemne y disgustado, había ocupado su lugar en el extremo más alejado de la cuerda.

El padre Theodore acompañó a Walter al punto de partida.

¡Valor, hijo mío! —le aconsejó—. Que Dios lo proteja y le dispense su misericordia.

Dos ancianos, ambos *shamans*, se acercaron al muchacho y le despojaron de sus ropas. Entonces uno de ellos cogió un trapo embebido de una tintura negra y le trazó una línea alrededor de la base del cuello. Walter sabía a qué respondía esa marca. Una de las reglas era que la fractura de huesos no tenía que estar acompañada de derramamiento de sangre. La marca serviría de guía.

«¡Ojalá los primeros golpes sean tan fuertes que no dure mucho este suplicio!» —oró Walter en voz baja.

Los impacientes mongoles estaban clamando porque empezara la diversión.

—¡Empieza, inglés! —gritó Bayan desde el otro extremo de la cuerda.

Aun en condiciones normales, el sólo hecho de hacer equilibrio sobre aquella cuerda encerada habría sido toda una hazaña. Walter se mantuvo sereno durante unos diez o doce pasos, extendiendo los brazos a cada lado y colocando los pies con desesperado cuidado. Detrás de él, oyó fuertes alaridos de desilusión, pues los hombres ante los cuales había pasado se veían ya privados de golpearlo con las astas de las lanzas.

—¡Serenos! —se decía continuamente—. Quizá puedas hacer el recorrido entero sin tocar el suelo. ¡Cuidado! ¡Espacio! ¡No te apresures!

De pronto algo le dió en el rostro, y el inesperado golpe lo hizo echarse hacia atrás. Era una vejiga de cerdo, inflada a más no poder manejada por uno de los *shamans* que lo acompañaban. El muchacho vaciló en la cuerda. Estaba seguro que tendría que tocar el suelo, pero recuperó el equilibrio en un santiamén y siguió adelantando. Entonces se desató un pandemonio. Los mongoles que tenía por delante se reían y blandían sus lanzas como invitándolo. Sus distorsionados rostros parecían cubrir una distancia infinita. El *shaman*, al otro lado, levantó la vejiga, y le dió un tremendo golpe en los ojos. Pero Walter estaba ya preparado, y el golpe sólo lo hizo vacilar momentáneamente. El muchacho comprendió que desde entonces ya no lo dejarían en paz. Aquello estaba de acuerdo con las reglas; no era propósito de los torturadores dar a su víctima una verdadera oportunidad de sobrevivir a los azares del largo paseo.

Walter logró dar exitosamente otros diez o doce pasos. Evidentemente, aquello era más de lo que habían esperado de él. Las risas se hicieron más fuertes, y las vejigas le cayeron sobre la cabeza y los hombros, haciéndolos arder. «¿Cuánto falta?», se preguntó el muchacho, jadeante con la tensión. El sudor le corría por el rostro y amenazaba cegar, pero Walter no se atrevió a usar una mano para enjugarlo. «¿Habría recorrido ya la mitad de la distancia?». Comprendió, desesperado, que no, que a lo más habría cubierto una tercera parte.

De pronto sintió que su pie derecho tocaba el suelo, sin saber como ni por qué. En seguida se elevó un tremendo clamor de triunfo, y Walter sintió como si una enorme roca le hubiera caído sobre la espalda. Un terrible dolor le corrió por todo el cuerpo. El muchacho se encegueció desesperado y su otro pie se apoyó en el suelo. Un segundo golpe le cayó en el hombro, golpe dado con toda la fuerza de un brazo endurecido en la guerra. A Walter le pareció que le arrancaban el aire de los pulmones.

Milagrosamente, se vió de nuevo sobre la cuerda, haciendo equilibrio con el mayor cuidado. Un golpe medio refrenado le cayó en el brazo, y Walter tuvo la seguridad de que le habían roto un hueso.

—¡Observad las reglas! —oyó que gritaba Bayan.

La momentánea reacción de su víctima puso a los mongoles en el paroxismo de la furia. Gritos, insultos y obscenidades le llenaron a Walter los oídos. Las vejigas le caían en la cabeza. El dolor se hacía insufrible, y no lograba erguir el cuerpo. Y dió algunos pasos más en la cuerda.

Volvió a tocar el suelo, el golpe que le cayó en seguida encima le hizo perder el equilibrio. Sintió que el cuerpo entero le dolía en tal forma que ya nada le importaba. Sin embargo, el instinto de conservación le hizo reunir cuantas fuerzas le quedaban para volver a subirse a la cuerda de un salto. Otro milagro; sus pies estaban ya sobre la encerada superficie, y sus brazos, extendidos, le proporcionaban nuevo equilibrio.

Mas ya no podía avanzar sino muy despacio, inclinado el cuerpo hacia adelante, respirando con estertores, mientras sus torturados músculos le respondían a su voluntad con lentitud cada vez mayor.

«¿La mitad de la distancia?». Quizá, pero nada más. Y Walter comprendió que jamás podría cubrir la distancia entera.

Aquella certeza se le acentuó al ver a Ortuh el Tartamudo que aguardaba su paso. Ortuh, vendada la garganta, blandía su lanza por sobre la cabeza, brillantes los ojos de excitación. Estaba deseando fervorosamente que se le presentara la oportunidad de vengarse.

La vista de Ortuh tuvo el efecto de afirmar los pobres esfuerzos de Walter. El muchacho adelantaba penosamente, tratando de guardar el equilibrio con los brazos extendidos, en los cuales sentía dolores terribles. Cada vez con mayor lentitud pasó ante la erguida figura de El Tartamudo. Por último, lo dejó atrás.

Ortuh soltó un grito de rabia, y alzó aún más su lanza. Incapaz de dominar su deseo de matar, bajó el arma y dió a su enemigo un terrible golpe en la cabeza.

Walter perdió por completo el conocimiento.

Pasó una eternidad en estado de inconsciencia, interrumpido por intervalos en que luchaba por volver a sentir algo de vida en su dolorido cuerpo. Aquellos intervalos eran cortos e incompletos; pasaban unos pocos minutos de dolores tremendos y gemidos antes de volver a la nada. En uno de aquellos momentos fué cuando le pareció oír unas voces. Una de ellas que parecía ser la del sacerdote nestoriano, estaba diciendo:

—¡Aún está vivo! Madre de misericordia, ¡no parece posible!

Habló otra voz, que el muchacho reconoció por ser la de Bayan:

—¡Qué suerte que Ortuh haya perdido la cabeza y le haya pegado mientras aún estaba en la cuerda! Eso me permitió suspender el suplicio antes de que lo mataran a palos.

Y después de lo que pareció horas de agónico estupor, oyó que Bayan volvía a hablar:

—Es fuerte, este inglés. Quizá viva a pesar de todo.

Por un tiempo que pareció una eternidad, Walter vivió en un estado de semicoma. Su cuerpo era una cámara de tortura, de la que deseaba intensamente escapar, aun cuando la muerte fuera el precio de la liberación. Tenía una vaga conciencia de que yacía en un jergón bajo cubierto por una piel de lobo. Un rostro amarillento aparecía continuamente en su limitado campo visual, y le parecía ser el de un enemigo que le causaba las torturas que estaba sufriendo. Era un rostro maligno, manchado y cruel, de rasgos duros y huesosos y cráneo terminado en punta. Los delgados labios estaban en continuo movimiento, aunque los sentidos de Walter se hallaban demasiado embotados por el dolor para percibir sonido alguno.

Al salir de la primera fase de su estado, empezó lentamente a percibir los detalles de su existencia. Estaba acostado en un cuarto cuadrado de paredes de troncos. Poca era la luz que penetraba desde el exterior, y el ambiente estaba casi fétido de puro pesado. El de la cara maligna era un *shaman*, muy viejo, que atendía a sus necesidades con gruñona repugnancia. También había una mujer que le llevaba comida y leche de yegua y que dormía en un rincón de la habitación. Era regordeta y hasta cierto punto atrayente. Al muchacho le pareció que andaba alrededor de su cama calzada con sus altas botas de piel de oveja más de lo estrictamente necesario.

Sus huesos rotos empezaron a soldarse, y a las dos semanas sus dolores habían disminuido. Pasó casi un mes, sin embargo, antes de que pudiera sentarse con cierta comodidad. Entre tanto, se enteró de que la caravana seguía su camino y que ninguna disposición se había adoptado para alcanzar a los fugitivos. No pudo saber por el anciano qué órdenes habían sido dadas a su respecto.

En una oportunidad en que el *shaman* había salido, la mujer se dirigió hacia él y lo miró. Se inclinó sobre su cama y le tocó el brazo.

—Blanco —murmuró—. ¡Tan blanco! Unakina nunca vió antes.

La mujer parecía fascinada por el color y la suavidad de su piel. Walter había advertido ya que siempre estaba cerca de él cuando el viejo le fregaba la espalda con ungüentos.

—¿Qué me harán? —preguntó, usando la jerga de los caminos.

La mujer sonrió, tranquilizadora.

—Nada. El amo Bayan dejó dinero para que se cuide al hombre blanco.

Walter se quedó tan asombrado que permaneció en silencio por largo rato. La mujer se inclinó hacia él para murmurarle:

—El amo Bayan dijo que había que informar al hombre blanco de que nada tenía que temer.

En otra oportunidad, Walter le empezó a preguntar sobre ella misma, si era casada y si tenía hijos.

—No tengo hijos. Unakina es la esposa de Tului. Él está en el ejército, luchando. Quizá vuelva, quizá no.

Era evidente que Tului había sido un hombre de cierta importancia. Al lado de la cama había un cofre de laca y un insólito conjunto de utensilios domésticos. Lo más notable entre esas pruebas de riqueza relativa era un hermoso y alto mueble en un rincón, evidentemente de hechura china y poco considerado. Unakina no lo usaba para nada pues prefería colgarlo todo de las perchas de la pared.

Como es costumbre entre las mujeres mongoles; vestía como un hombre, con calzones de gamuza y gruesas botas. Su única concesión a la femineidad era una camisa de seda rojo brillante. Mientras conversaba, trenzaba cáñamo, pero ese trabajo lo realizaba automáticamente. Siempre tenía fija la mirada en su huésped.

Una vez, dió espontáneamente una información totalmente personal.

—Si Tului muere, Unakina volverá a casarse. Unakina es joven, y quizás entonces tenga hijos.

—¿Siempre vives aquí? —preguntó Walter.

—Siempre —contestó, y, mirándolo a los ojos, prosiguió—: ¿Le gusta esto al hombre blanco?

A medida que Walter fué mejorando, el *shaman* empezó a practicar un método de curación llamado *champooing*. Consistía en una violenta friega por todo el cuerpo y estiramiento de sus miembros hasta que crujieran. En un principio Walter protestó vigorosamente. Unakina fué quien lo tranquilizó.

—El *champooing* es bueno —declaró—. Lo aprendimos de los Domdatu. Hace que el cuerpo recupere sus fuerzas. El blanco tiene que volver a ser fuerte.

Cuando el *shaman* gruñía de disgusto por el trabajo que le causaba, Unakina seguía personalmente con la cura. Sus manos eran más fuertes que las del viejo, y más suaves.

Pronto haremos que el hombre blanco esté fuerte decía al amasarle el cuerpo.

Fué el brazo de Unakina el que le rodeó los hombros para guiarlo en sus primeros intentos de caminar. Llegaron hasta la puerta. Era muy temprano por la mañana, y aunque el día amenazaba ser muy caluroso, aún había rastros de una brisa. Walter se llenó los pulmones con ansias, volviendo la mirada hacia el oriente, en que las purpúreas luces del amanecer se rezagaban en las laderas de las bajas colinas.

«¿Dónde estarán Maryam y Tris?» —se preguntó—. «Deben haberse adentrado mucho en el país de Manji. ¡Qué sorpresa se llevarán cuando yo llegue a Kinsai a pesar de todo!».

Hasta entonces había caminado con plena confianza. Sin embargo, cuando llegó el momento de regresar, se sintió incapaz de hacerlo. La mongol lo levantó en brazos y lo llevó a su cama.

—El hombre blanco aún necesita de Unakina —dijo, inclinándose sobre él.

—Gracias —contestó el muchacho con voz débil—. Unakina es muy fuerte.

—Mis brazos son fuertes, sí —contestó ella meneando la cabeza—, pero mi corazón no lo es. Es muy débil.

El muchacho se dió cuenta de que tendría que irse en cuanto su estado se lo permitiera. No quería que la guerra hubiera terminado cuando llegara al campamento de Bayan, y, además, había un motivo no menos apremiante. Sabía que el Ulang-Yassa establecía la pena de muerte para la consumación del intento que el muchacho podía leer en la mirada de su guardián.

A largos intervalos algunas caravanas atravesaban la aldea. En un principio, Walter sólo tenía noticias de ellas por los sonidos que le llegaban, las estridentes voces de los hombres y el movimiento que se producía en la pequeña población. A medida que se fué fortaleciendo, pudo presenciar las llegadas y partidas desde la puerta de la cabaña, siempre añorando viajar con ellas. Habría cedido antes al impulso de no haber sido por unos extraños ataques que le daban. Esos ataques se producían después de un dolor que sentía en la base de la espina dorsal. Durante varios minutos permanecía incapaz de hacer movimiento alguno, y su mente quedaba totalmente en blanco. En la aldea le habían puesto en consecuencia un sobrenombre: El Joven Que Se Pierde A Si Mismo.

Sin embargo, Walter comprendió que tenía que partir a pesar de su estado. La afición de Unakina para con él se manifestaba en cuanto decía y hacía. El *shaman* llevaba continuamente en los labios una astuta sonrisa, y una vez preguntó:

—¿Tomará el hombre blanco el lugar de Tului?

La oportunidad se presentó cuando una enorme caravana llegó a la aldea una tarde a última hora. Estaba integrada casi totalmente por chinos mercaderes en sedas que regresaban de Occidente, y algunos mongoles que habían pasado ya de la edad militar. Por entonces, Walter podía dar unos paseos, de modo que visitó al jefe de la caravana y arregló su partida con ella por la mañana. Podarge relinchó un saludo cuando el muchacho fué a buscarla. Estaba gorda después de su largo descanso en el *yamb*.

Al día siguiente se levantó al amanecer. Unakina había salido de la cabaña, pero regresó antes que él hubiera terminado de envolver sus ropas. La mongol se quedó mirándolo en silencio por un rato.

—¿Se va el hombre blanco? —preguntó por fin.

—Sí, Unakina. Me voy con la caravana.

Desprendió la hebilla del cinturón, que estaba incrustada de turquesas y ópalos, y se lo tendió a ella.

—Unakina ha sido muy buena. Unakina debe aceptar este regalo. Es lo único que tiene el hombre blanco.

La mujer tomó la hebilla, fija en ella su mirada con expresión de orgullo

lastimado. Cuando se convenció de que estaba resuelto, le volvió la espalda a Walter y arrojó el regalo al suelo con furioso movimiento del brazo.

¡Unakina no quiere regalos! —exclamó—. Unakina quiere que el hombre blanco se quede.

Walter salió inmediatamente. El sol estaba elevándose por sobre las colinas al este. El muchacho se sentía fuerte y animoso, tan bien, en realidad, que el largo viaje que le esperaba no le producía temores. Al montar en Podarge, silbaba con profunda sensación de alivio.

CAPÍTULO NOVENO. EL YANG-TSE

I

Bayan, el de los Cien Ojos, estaba montado a caballo, en una elevación de terreno que le proporcionaba una amplia vista del enorme río Amarillo. Walter podía ver que tenía el rostro iluminado por una sonrisa de triunfo.

—¡Qué tontos son los generales! ¡*Domdatu!* —dijo Bayan a los jinetes que le rodeaban—. Toda esa imponente flota será pronto destruida. Entonces sólo quedará un ejército entre Kinsai y yo. ¡Lo dispersaremos como arena al viento!

Walter se había perdido la serie de victorias terrestres que llevaran a los mongoles a lo largo del río Han, como lo proyectara Bayan, y por el Yang-Tse, mientras las grandes ciudades caían ante ellos como espigas maduras bajo una afilada guadaña. Al llegar al cuartel general del joven jefe aquella mañana, sin embargo, apenas si había tenido tiempo de ver a Bayan lanzar su ataque contra la flota de Manji.

El caudaloso río estaba tan abarrotado de buques de guerra de Sung, que parecía ser una enorme serpiente que se extendiera, sinuosa, hasta donde alcanzaba la vista. Se trataba de juncos de guerra, unos dos mil quinientos, los más poderosos navíos de combate que podía producir el Oriente; eran naves de altas popas, con enormes velas amarillas y escarlata, grotescamente adornados los cascos de azul y verde, con dilatados ojos de dragón pintados en la proa. Detrás de los juncos navegaban centenares de rápidos *Hua-ma-Yangs*, de cascos blancos, bordas verdes y blancas y abigarradas velas; luego, veloces *Wa-Changtzus* y *Wupans*, a más de embarcaciones cuyos cascos tenían extrañas formas, para navegar por las corrientes rápidas; por último, miles de embarcaciones más pequeñas, *sampans*, esquifes abiertos y balsas de bambú. El río estaba cubierto de naves en una distancia de muchas leguas marinas.

Era aquél un espectáculo verdaderamente único; un ejército de tierra que combatía con buques de guerra. Walter, lleno de dudas, se preguntó si un elefante podía vencer a una serpiente marina. Pero pronto se vió que ese esfuerzo no estaba más allá del poder del elefante. Los mongoles estaban abordando a los primeros buques de línea y se apoderaban de ellos con rápida y sanguinaria facilidad. La serpiente marina había empezado a retorcerse, palpitantes de terror sus brillantes anillos.

En ese momento crítico, el inglés oyó un ruido parecido al rugido del mar, pero centuplicado. Pudo ver densas nubes de humo que se elevaban desde ambos márgenes del río. Los mástiles de los juncos empezaron a derrumbarse, y por todas partes se levantaron llamas, como si los fuegos del infierno estuviesen traspasando la superficie de la tierra para consumir al largo dragón.

Walter apareó su caballo a uno de los edecanes mongoles.

—¿Qué es eso? —preguntó, con temor en la voz.

—*Hua-P'ao* —contestó el edecán, quitándose de la manga espuma de la boca de

su caballo.

El hombre acababa de llegar y entregar un mensaje al general. Su rostro, que denotaba ansias de luchar, se dulcificó en una amplia sonrisa.

—Son los nuevos tubos de hierro que vomitan fuego. Los Manji los construyen. Nos apoderamos de ellos y por ese mismo medio los matamos.

Y la sonrisa del hombre se hizo más amplia aún.

—Un chino nos enseña a manejarlos; Chang Jung.

Walter se quedó en silencio, observando cómo los *Hua-P'ao* destruían la enorme flota. Allí, ante sus ojos, tenía una prueba de cuanto le dijera Roger Bacon. En Cathay tenían el secreto del misterioso polvo que estallaba en llamas y lo estaban usando, como el inteligente fraile lo había previsto, para la guerra. Era como estar presenciando el fin del mundo. Y con un poco de miedo interior, el muchacho pensó que aquél sería el principio del fin. El mundo no podría seguir adelante una vez descubierto ese mortífero secreto.

Sin embargo, al tiempo, venció el sentido práctico de Walter. Tenía que enterarse de cuanto pudiera acerca del destructivo *Hua-P'ao*.

«Tengo que trazar un plan de esa arma —se dijo—, de modo de poder llevármelo conmigo».

Aquella desigual batalla terminó pronto. La mayor parte de los buques Manji fueron hundidos y sus tripulaciones se ahogaron. Algunos de los juncos lograron virar y ponerse lejos del alcance de los rugientes monstruos de hierro y de las mortíferas nubes de flechas de las ballestas mongoles. Hubo unas pocas horas de confusión y el río volvió a mostrarse despejado, salvo los restos de los naufragios y los cadáveres que seguían flotando en él.

¡Inglés! —exclamó Bayan al verle—. Llegó a tiempo para presenciar mi mayor victoria. Los Manji han sido derrotados. Ahora, marcharé contra Kinsai —añadió con sonrisa de triunfo—. No necesite de su arco mágico, de ése que me arrebató.

—Mi señor Bayan nunca lo necesitará. ¿Qué pueden las flechas contra el fuego de los *Hua-P'ao*?

Bayan le hizo una seña para que se le acercara.

El *Hua-P'ao* todavía no es sino un juguete —dijo en voz baja—. Aquí, contra cascos de madera y a escasa distancia, he hecho lo que he querido. ¿De qué serviría en un campo de batalla contra escuadrones de jinetes a la carga? El tubo de hierro es lento y difícil de manejar. ¡Todavía no! ¡Todavía no! Es un juguete, digo. Creo que algún día ganará fácilmente batallas, pero el arco conquistará Europa antes de que los grandes jefes cristianos hayan oído hablar siquiera del *Hua-P'ao*. Ustedes estarán siempre siglos detrás de nosotros. Quizás este polvo lo usemos para volar las paredes de Roma.

Aquella tarde, Walter estaba observando los fuegos del vivac de los ejércitos

mongoles y pensando en cuánto terror no dejarían de causar a las avanzadas Manji, cuando se le aproximó el padre Theodore. El nestoriano vestía harapos, pero parecía haber soportado asombrosamente bien los rigores de la campaña.

—Los hombres están comiendo —dijo—, y están distribuyéndose las mujeres prisioneras. Oirá usted muchos chillidos, pero no se preocupe joven estudiante. La vida es aburrida para las mujeres de Oriente, y esto será una diversión para ellas.

Y luego, como si acabara de recordarlo, añadió:

—Bayan lo manda llamar.

La tienda del general era mucho mayor que la que usara en el camino. Las nueve colas de caballo parecían flamear con crecida arrogancia. A la entrada se hallaba un grupo de personajes de alto rango, que abrieron paso de mala gana a los dos cristianos.

El interior de la tienda estaba brillantemente iluminado, y había muchos miembros de la comitiva sentados en el suelo, hablando entusiasmados en alta voz. Las imágenes de fieltro que colgaban a la entrada acababan de ser dibujadas para conmemorar la victoria del día; un halcón blanco de alas desplegadas, un retrato del emperador niño Sung, colgado de una cuerda y el Almohadón Amarillo, atravesado por un sable mongol. El viejo Booghra estaba sentado en el regazo de su amo. Bayan también se hallaba de humor exaltado.

—¡Inglés! —exclamó—. Venga y siéntese. Tengo mucho que decirle.

Cuando Walter hubo obedecido, el general se inclinó hacia él y murmuró.

—En este momento estoy lleno de orgullo. Acabo de hacer una ronda por los puestos de avanzada. Vestía una capa sencilla, y nadie me reconoció. Estaban hablando... ¡Ah, cómo hablan mis bravos soldados después de una victoria! Pero no oí mencionar a Genghis Khan ni a Sabutai, siquiera. Esta noche sólo hablaban de Bayan. Este hecho me hizo más feliz que cuando vi a la flota Manji arder en llamas hoy.

—Yo también oí conversaciones. Todos dicen que Bayan el de los Cien Ojos es el mejor jefe guerrero que haya vivido.

Bayan hizo una señal de satisfacción con la cabeza.

—Mis planes se cumplen perfectamente —dijo—. Ya a principios de año he de dictar mis condiciones a los Sung en el palacio real de Kinsai. Ya han llegado enviados para pedir condiciones de paz. Es evidente que aún no tienen idea de la facilidad con que puedo completar la conquista. ¡Me ofrecen doscientos cincuenta *taels* de plata y el mismo número de fardos de seda! Dicen que el nuevo emperador es un niño y que no puede censurársele por lo que han hecho sus ministros. Los culpables de esto serán castigados con la muerte. ¡Siguen viviendo en una brillante niebla! Yo, Bayan, de pie en el trono del Hijo del Cielo, impondré todos los castigos.

Y añadió, dominando el tono:

—Insisto en una rendición incondicional. Es la única salvación para ellos.

Luego prosiguió en tono más bajo.

—Ahora tengo una buena ocupación para usted, inglés. Los Manji están vencidos de modo tal que es inútil que sigan luchando. Mejoraré mi reputación si tengo que abrirme paso por la fuerza hasta Kinsai, pero prefiero obrar en otra forma. No tengo ganas de matanzas en masa, y tendría que entregar esa gran ciudad al sable y al saqueo. Mis hombres lo exigirían como de su derecho.

E hizo una pausa.

—Sólo la ceguera y el terco orgullo de los ministros del Emperador les impide rendirse. Chang Wu, el jefe de sus enviados, me ha contado en gran confianza que el país de los Manji desea la paz. El mismo ve la locura de una mayor resistencia y el destino de Kinsai si prosigue la guerra. Me dice que los partidarios de la paz incluyen a todos los grandes estadistas y mercaderes.

»Quiero que vaya usted con Chang Wu —prosiguió Bayan—. Irá usted a Kinsai como un estudioso de Occidente deseoso de instruirse sobre China. Cuando llegue usted a Kinsai, abra ojos y oídos, y, si es posible, tráigame informes. Quiero que trabaje usted con Chang Wu en fomentar el movimiento en favor de la paz. Es posible que le escuchen cuando usted les diga lo poderosos que son mis ejércitos y la terrible venganza que ejerceré si siguen luchando hasta el fin. Estoy convencido, inglés, que ahora se necesita muy poco para hacer culminar la resistencia contra el ciego empecinamiento de los ministros de estado.

Bayan se movió en su silla y miró con fijeza al muchacho.

—Le parecerá extraño a usted que le proponga esa misión después de lo ocurrido allí en el camino, yo y sólo yo sabía lo que usted había hecho. Logré volver la caravana a su curso sin que nadie hubiese sospechado lo mucho que nos alejamos de él. Soy orgulloso. Aprecio la reputación de que gozo entre mi soldados. ¿Acaso habrían seguido llamándome Bayan el de los Cien Ojos si hubiesen sabido que no advertí que nos dirigíamos hacia el norte en vez de hacerlo hacia el este? Oculté mi negligencia, y al hacerlo así tuve que conservar en secreto la gran traición de usted. Ya pasó todo eso, inglés. He logrado mi gran victoria y me propongo olvidar lo pasado. Confío en usted a pesar de todo. Quizás ahora quiera usted arriesgar su vida por mí.

—Mi vida, se la debo. Y me alegro de comprometerla al servicio de usted.

—No necesito decirle que hay peligro en esa misión. Si los ministros Manji sospechan la verdad, le cortarán la cabeza. Hasta puede que encuentren para usted una muerte mucho más penosa.

—Estoy preparado a correr el riesgo.

—¡Bien! —exclamó Bayan, sonriente—. Estaba seguro de usted, inglés, y me alegro de ver que mi hipótesis se haya confirmado. Y ahora tengo que darle

instrucciones más precisas. Tenemos que proyectar hasta el menor paso que vaya usted a dar cuando llegue a Kinsai. Estoy profundamente preocupado por la necesidad de una pronta paz. Aquella gran ciudad ha de ser salvada en cuanto sea posible. En primer lugar, tiene usted que viajar con comitiva y cierto lujo, para que lo crean un príncipe extranjero de alguna importancia. Le conseguiré un manto de armiño y topo negro, y una buena cadena para que la lleve usted como collar. El sacerdote irá con usted. Si usted regresa, su recompensa será grande.

—No me preocupa la recompensa, noble Bayan. Lo único que pido es una oportunidad para rehabilitarme ante sus ojos.

—Le creo, amigo. Quizás el peligro no sea tan grande como se lo he pintado. Ellos tendrán mucho cuidado, puesto que han visto la fuerza y velocidad con que puedo herir.

—Hay una carta que tengo obligación de entregar a un mercader en Khan Bhalig —dijo Walter—. Anthemus me la confió cuando nos separamos en Maragha. Creo que tiene que ver con asuntos de comercio.

—La carta será entregada por uno de mis mensajeros al Hijo del Cielo.

—Entonces —exclamó Walter—, acepto ir a Kinsai. Iré con las condiciones que usted me fije. Hasta estoy dispuesto a ir tal como me hallo ahora.

Y, mirándose, añadió:

—Y como usted verá, estoy vestido de harapos.

II

Chang Wu era tan pequeño que parecía una miniatura de hombre perfectamente modelada. La barba le colgaba en lacios mechones de una puntiaguda barbilla, y los ojos le parpadeaban bajo unas cejas nevadas. Se mostró tan bien dispuesto para con el inglés que hizo cuanto esfuerzo pudo para satisfacer la curiosidad de Walter sobre el país por el cual viajaban, aun cuando las explicaciones importaran ligeros retrasos.

Fué un sacerdote quien los dirigió al taller de paredes de corteza de tanino en que se hacía el papel. Después de sacar una de las dagas que llevaba a la cintura (parecía que siempre las usaban en pares, y las llamaban macho y hembra), el sacerdote señaló un paso en la cordillera de las Montañas Nevadas. Eso significaba separarse del camino recto, pero Chang Wu hizo una inclinación de cabeza y ordenó a la vanguardia que siguiera en esa dirección.

La comitiva cabalgó hasta la fábrica con tantos gritos, tintineos de jaeces y toques de cuerno por parte de los heraldos, que aparecieron de pronto asustados rostros amarillos en los alrededores de la fábrica, y hubo corridas para ocultarse. La fábrica en sí desilusionó a Walter. No sabía qué esperar, pero por cierto no estaba preparado a encontrarse con que el milagro de la preparación del papel se efectuara con tan poca dificultad y misterio. Al entrar con Chang Wu, descubrió que se había reanudado el trabajo y que unos cuarenta o más obreros estaban sentados en la dura arcilla, realizando la más prosaica de las tareas. Una fila entera de aquellos hombres estaban golpeando fibras de varias clases, en particular de corteza de mora. Usaban mortero, y sus nudosos brazos subían y bajaban con incansable ritmo. En el centro había una enorme batea llena de agua; cuando la fibra había sido reducida a una delgada pulpa, la arrojaban en ella. A lo largo de una pared había una fila de moldes consistentes en piezas cuadradas de fieltro con marcos de bambú. La pulpa, una vez sacada del agua, se extendía sobre los moldes hasta que se secura.

—¿Nada más? —preguntó Walter.

Conversaban en *Bi-chi*, jerga que todos los chinos de posición oficial parecían comprender.

El enviado sonrió y le habló al encargado de la fábrica. Este último escupió un poco de jugo de arica antes de dirigirse hacia uno de los moldes. Con un seco tirón, desprendió una hoja de pulpa seca y la tendió a los visitantes para que la examinaran. Era algo blanco, muy delgado y de superficie muy suave. Chang Wu la tomó entre el pulgar y el índice y se la entregó a Walter.

—El más fino de los papeles —dijo—. ¿Le gustaría probarlo a mi joven amigo?

El asombro de Walter ante lo sencillo del procedimiento estaba cediendo a la consideración de cómo podría utilizarse mejor el secreto. Era evidente que de ese modo, tanto podía fabricarse papel en Inglaterra como en China. Ya estaba pensando

el muchacho métodos para mejorar el sistema.

—¿No se le ocurre a Chang Wu que mucha de esta mano de obra es innecesaria? —preguntó—. La fibra podría ser aplastada por ruedas como el grano en los molinos, y reducida así a pulpa. ¡Piense en el tiempo que podría ganarse de ese modo!

—El tiempo apenas si tiene importancia en China —contestó el anciano—. Las horas son interminables y no hay escasez de mano de obra para manejar los morteros. ¿Acaso se mejoraría la calidad del papel por el método que propone mi joven amigo?

—¡Claro que sí! —exclamó Walter. La pulpa quedaría más firmemente prensada. Caería al agua después de salir de entre las ruedas.

El anciano sonrió.

—Acaba de hablar usted en un tono muy parecido al que usa Bayan.

Walter se puso a examinarlo todo con observadora mirada. Estudió la calidad de la fibra de mora y los fragmentos de lino con que se la mezclaba para lograr más cuerpo, la temperatura del agua de la batea y la construcción de los marcos de bambú.

«Es evidentemente muy sencillo y fácil» —se dijo para sí.

Seguía asombrándose por la simplicidad del procedimiento, aunque ya empezaba a ver que aquella sencillez podía haberse anticipado. Los milagros nunca habían sido cosa complicada, y aquello era por cierto un milagro y muy grande. Al fijarse en la construcción de los moldes, pensaba en lo que significaría que aquella sustancia llamada papel fuera introducida en Inglaterra, cómo entonces en poco tiempo todos los hombres aprenderían a leer, mensajes escritos en negro y blanco viajarían por todo el país para mayor gloria de Dios y el mejoramiento de las mentes y los cuerpos de los mortales. La fábrica dejó de ser para él una miserable construcción de piso de arcilla. Sus paredes parecieron desaparecer y brillantes horizontes lo rodearon por todas partes.

Se volvió hacia Chang Wu, brillantes los ojos, y dijo:

—Creo que comprendo cómo se hace. Cuando vuelva a mi patria, haré papel. Si usted me permite un poco más de tiempo y me ayuda a entenderme con este hombre, podría hacerle algunas preguntas más.

Al volver a emprender su marcha por el camino real, pasaron al lado de un artesano que llevaba una carretilla. El hombre estaba desnudo hasta la cintura, y había izado una vela en la carretilla. Tanto hombre como carretilla adelantaban por el camino con considerable velocidad.

—¿Qué es ese hombre? —preguntó Walter.

—Un campesino. Sin duda es poseedor de un poco de tierra en la vecindad.

—¿Posee tierra? —preguntó Walter.

Aquello era algo totalmente nuevo. El que llevaba la carretilla era un hombre de la clase más inferior. ¿Bajo qué extraño sistema social podía serle permitido poseer tierra por sí?

Chang Wu sofrenó su caballo e hizo al campesino unas preguntas.

—Su propiedad consta de medio *mow* —le dijo luego a Walter—. Su padre lo poseía antes que él, y su abuelo antes que su padre. Tiene cuatro hijos, y quizá sea necesario dividir la tierra después de su muerte. El trabajo es duro, pero todos sus hijos y sus esposas sacan de la tierra con qué vivir.

—En mi país —declaró Walter—, toda la tierra está en poder de los nobles. Gran parte de ella está cubierta por bosques, y a los villanos les está prohibido por ley cazar en ellos. Los villanos pueden ser arrendatarios de pequeñas fracciones, pero tienen que entregar mucho de lo que cosechan a los señores y al clero, y ni siquiera su tiempo les pertenece.

—China ha sido un gran país desde el comienzo de la historia —dijo Chang Wu—. Hemos aprendido muchas cosas a través de los largos siglos, y una cosa por sobretodo: que la tierra pertenece a todos y no a unos pocos. Algunos hombres se hacen ricos, mientras otros siguen pobres, pero la tierra debe ser utilizada de tal modo que no haya boca sin alimento. Si siguiésemos el sistema de ustedes, el pueblo podría morir de hambre.

Aquello era cosa de pensar mucho; de pensamientos perturbadores. Walter comprendió que lo que le decían no concordaba con las convicciones en que fuera educado. Se dijo que la propiedad de la tierra era un privilegio de la clase dirigente. Siempre había sido así y así debía ser puesto que la ley lo disponía, y estaba sancionado por la Santa Iglesia. Hasta su propia posición en la vida iba a depender de su habilidad de adquirir tierras y el nombre que las acompañara, pero eso estaba de acuerdo con el orden aceptado; había nacido noble, y tal era su derecho.

—Si todos los hombres compartieran la tierra en mi país —declaró—, la forma de vida dejaría de ser ordenada. Los hombres de baja condición no estarían ya sujetos a la voluntad de sus señores. ¿Cómo podrían pues reclutarse hombres para la guerra? ¿Cómo podrían mantenerse la ley y la justicia?

—Quizá —dijo el enviado—, quizá tendrían ustedes menos guerra si no pudiesen reclutar hombres para luchar. ¿Tienen ustedes leyes equitativas actualmente, y es su justicia igual para todos los hombres? ¿Es la gente feliz en su tierra?

—Hay mucha miseria en Inglaterra —reconoció Walter—. Hay épocas de abundancia y otras en que las cosechas son pobres. Siempre ha sido así.

—Cuando la cosecha es pobre, ¿carecen los nobles de comida?

—Los nobles jamás carecen de comida —dijo Walter, quien hizo una pausa, buscando un modo de demostrar a su compañero que el orden establecido era bueno—. ¡La tierra es de ellos! ¿Por qué habrían de sufrir cuando falta la comida?

Sin embargo, el muchacho tenía clara conciencia de que extraños pensamientos le acudían a la mente. ¿Acaso el hecho de que siempre había sido así lo justificaba? ¿No deberían tener todos los hombres un poco de tierra a pesar de las desigualdades de

nacimiento y rango? ¿Era justo que algunos hombres viviesen en castillos y los demás en chozas, en la miseria de los hospicios y en los tugurios de las grandes ciudades?

—Si pudiese aceptar como bueno y justo el sistema de ustedes —dijo por fin—, tendría que desechar todo aquello en que he creído, excepto mi fe en un solo Dios. Significaría que todo nuestro sistema de vida es equivocado, que la nobleza es una concepción falsa y la caballería una verdadera vergüenza.

Chang Wu sonrió.

—No se lo tome tan a pecho. No diferimos mucho de ustedes, al fin y al cabo. Todos los hombres no son iguales en China. Tenemos nuestros nobles y nuestros villanos, nosotros también. Y tenemos leyes tan injustas como las que rigen en su lejana tierra.

Pero la perturbadora idea nacida en la mente de Walter persistió. El muchacho no dejó de revolverla continuamente en su cabeza al cabalgar detrás de los arrogantes heraldos en camino a Kinsai.

CAPÍTULO DÉCIMO. KINSAI

I

Cuando avistaron Kinsai era mediodía. Bajo el caluroso brillo del sol, la ciudad extendía su lánguida belleza por el horizonte como una alfombra de terciopelo roja y verde. Chang Wu sofrenó su caballo y contempló las altas murallas y torres que tenían por delante, con gesto de repentina gravedad.

—La mayor ciudad del mundo, honorable estudiante —dijo, suspirando profundamente—. Ahí la tiene usted, apacible, feliz y llena con sus siglos de sabiduría. ¿Cuál será su destino? ¿Podrá vestir la coraza de plata como la Reina de Corazón de Dragón y vencer a los que machan contra ella? ¿O deberá esperar como encantadora e indolente cortesana el abrazo del crudo invasor del norte?

Para Walter, la Ciudad Celestial era un símbolo de esperanza. Estaba el muchacho en un estado de gran entusiasmo, confiado en que en alguna parte de esa amplia ciudad de palacios y chozas encontraría a Maryam y a Tristram. Si ya estaban esperándolo, podría encontrarlos por intermedio del mercader al cual Anthemus dirigiera su carta.

—Ilustre Chang Wu —dijo—. Me pregunto si conoce usted a un mercader de Kinsai cuyo nombre es Sung Yung y al cual se le llama a veces Fuego de Negras Nubes.

Los delicados rasgos del anciano se cubrieron de una expresión de desprecio.

—¡Sung Yung! —dijo, escupiendo el nombre antes de pronunciarlo—. Sí, señor de Occidente, mucho sé de ese Fuego de Negras Nubes. Es un lobo que devora a aquéllos de sus compañeros que caen en la caza. Usted también oirá mucho de Sung Yung mientras esté en Kinsai, pues se ha convertido en el brazo derecho del partido que quiere la guerra.

—No estaba preparado para enterarme que era un personaje tan prominente. Un mercader de Antioquía llamado Anthemus me dirigió a él.

—Mucho sé también de Anthemus. Ambos son como plumas arrancadas a un cormorán.

—Yo traía una carta para Sung Yung. Hace muchos meses, cuando parecía muy improbable que llegara a Kinsai, se la confié a un amigo que iba a venir directamente. Probablemente haya sido entregada a esta hora, de modo que no tengo necesidad de ver al mercader, salvo para encontrar a mi amigo.

—Pueden hacerse averiguaciones para encontrar a su amigo —dijo Chang Wu—. Sería muy poco prudente para usted hacer saber su presencia a Sung Yung, que es demasiado astuto para no conocer el propósito que lo trae a usted al llegar conmigo. He estado, pensando que es más seguro para usted entrar en la ciudad tranquilamente. Su misión tiene mayores probabilidades de éxito si se realiza en un comienzo en el mayor secreto.

Un grupo de refugiados obstruía el camino. Mientras los heraldos daban toques de cuerno para abrir paso, los dos hombres caminaron con sus caballos de la brida. Chang Wu observaba atentamente a los refugiados y expresó desesperación al leer las marcas características en sus sucias túnicas.

—Todos éstos son de la familia Kung —dijo, meneando la cabeza—. Eso significa que vienen de lejos. Hay muchas semanas de marcha entre Kinsai y sus aldeas. A medida que avanzan los mongoles, la tierra se despuebla ante ellos como se alisan las playas ante la marea creciente. ¿Por qué han de venir a Kinsai, único objetivo de nuestros enemigos? En verdad, joven estudiante, el pánico excluye toda inteligencia. Los tendremos entre nosotros a millones.

Desde entonces, por muchos días los caminos por los cuales viajaran habían estado abarrotados de fugitivos, gente en su mayoría paciente y sin espíritu, gnomos amarillos que avanzaban humildemente con enormes bultos a sus espaldas. Los más prósperos iban en carros de campesinos cargados hasta el tope de enseres domésticos por entre los cuales espiaban solemnes ojos de niños. En toda esa gente había una falta de vigor que acusaba el hambre y el agotamiento. Apenas si alzaban la mirada, ni aun al paso de tan imponente cabalgata, y cuando lo hacían, era con una apatía total.

—La guerra arruina a la mayoría —dijo el enviado cuando hubieron dejado atrás al grupo—, pero enriquece a unos pocos como Sung Yung. De mercader en sedas se ha convertido en tres años en el hombre más rico de Kinsai. Quizás no importe demasiado que el calzado del cual provee al gobierno para nuestros soldados se deshaga bajo las primeras lluvias. Estábamos condenados a perder todas nuestras batallas, tuvieran o no calzado nuestros soldados. Los proveedores del ejército siempre han sido deshonestos, y quizá Sung Yung no sea peor que los demás. El resentimiento que abrigo contra él es que ha convencido a los ministros de que deben pagar a los soldados en papel moneda.

—¡Moneda de papel! ¿Cómo puede existir semejante cosa? ¡El papel no tiene gran valor!

—No tiene valor ninguno —dijo el enviado—. Hemos emitido papel moneda muchas veces en los últimos siglos, pero siempre en la creencia de que había bastante monedas de plata para rescatarlo. Esto nunca ha dejado de arruinar el comercio por largos períodos. Lo llamamos Moneda Volante. Pero el plan de Sung Yung no tiene justificativo alguno, salvo su estúpido convencimiento de que podemos librar esta muy inconveniente guerra a precio muy reducido emitiendo todo el papel moneda que sea necesario. Los soldados lo han repartido en todo el país.

Y el anciano suspiró y meneó la cabeza.

—¿Comprende mi joven amigo a qué nos ha llevado esto?

—No tengo conocimiento alguno de esas cosas —contestó Walter.

—Toda la moneda buena ha desaparecido. Los hombres ocultan sus monedas de plata en escondites. Como tienen tanto papel y saben que no tiene valor, se niegan a pagar en otra moneda. En defensa propia, los vendedores han estado subiendo los precios. Cada día se necesita más Moneda Volante para pagar los artículos más necesarios.

Echó mano al bolsillo y sacó un puñado de trozos de papel de color rojo y castaño.

—Mire usted: éstos son billetes de valor muy grande. Antes, con uno de éstos habría podido comprar un cerdo. Cuando salí de Kinsai, se necesitaba todo esto para pagar un plato de sopa con un poco de tocino adentro. Eso era hace dos meses. ¿A qué se habrá llegado ahora? ¡Me asusto al pensar con qué vamos a encontrarnos al entrar en la ciudad!

Estaban pasando por un punto en que algunos de los refugiados se habían detenido a cavar una fosa a un costado del camino. Los hombres trabajaban, agotados y en silencio en la dura arcilla, mientras las mujeres, que se habían cubierto la cabeza, gemían, angustiadas. El espectáculo era común; muchas veces había visto Walter la misma escena en su viaje.

La mitad de ellos morirá antes de que lleguen a Kinsai —dijo Chang Wu—. No tiene importancia. De todos modos allí no habrá comida para ellos. Sería una sensata medida cerrarles las puertas y preservarnos de las pestes que sin duda traen consigo.

Cuando entraron por la Puerta de la Fuerza Invisible, había caído la tarde. Así pasaron por las amplias calles adoquinadas de ladrillos de la gran ciudad Manji. Esperando encontrar rastros en su interior del pánico que llenaba la campiña, Walter miró asombrado a su alrededor. Parecía que era la hora del mercado, y por todas partes se oían regateos. Los hombres andaban llevando bajo el brazo paquetes que a Walter se le antojaron de papel moneda. Algunos de ellos levantaban espigas de arroz para indicar que las cosas que llevaban en los cestos estaban en venta. Unos titiriteros habían encendido sus antorchas, y se veía también un teatro de sombras. Coches herméticamente cerrados llenaban el espacio de pedregullo en el centro de la calzada, y alegres linternas se balanceaban en la punta de unas pértigas. En los rostros se reflejaba una expresión de indiferencia.

—¿No se dan cuenta del peligro que corren? —preguntó Walter.

Chang Wu no contestó. Inclineda la cabeza a un lado, observaba las casas ante las cuales pasaban, con el mayor interés. A Walter le pareció que estaba contando.

—Los dioses familiares se han unido de parte nuestra —dijo el enviado señalando con triunfal índice la puerta de una casa—. Mire usted bien —previno—. ¿Qué ven los ojos de mi ilustre compañero?

—Hay una daga plantada al lado de la puerta —dijo Walter después de un rato de observación.

—Eso significa que el dueño de casa opina que hay que seguir la guerra. Ahora bien, observe usted, si se digna hacerlo, la casa vecina. ¿Qué ve usted?

—Una rama clavada en la puerta. Creo que es de sauce.

—Quiere decir que el dueño de casa desea la paz. He estado observando y contando. He visto cinco ramas de sauce por cada daga. Excelente señor de Occidente, ¡la ciudad quiere la paz!

—Pero ¿puede prevalecer la opinión pública contra la voluntad de hombres como Sung Yung?

—Nuestro deber —dijo el enviado con solemnidad—, es cuidar de que la voz de la ciudad alcance a los oídos de aquéllos que dirigen los destinos de mi desdichado país. El espíritu se me ha levantado mucho, joven amigo. Ahora puede que sea posible hacerles ver que el dragón de cien ojos no puede ser vencido.

Un mercader que viajaba a pie detuvo al padre Theodore y le mostró una caja de confites, después de lo cual tocó un cuerno para llamar la atención de la cabalgata. Uno de los heraldos lo alejó de un puntapié.

—Creemos en proverbios, hasta el punto de fundar en ellos decisiones de importancia nacional. Hay uno, muy viejo, que los partidarios de la paz han citado muy a menudo a Su Magnificencia Imperial: «El trono de los Sung caerá cuando sea atacado por un dragón de cien ojos». La madre del Emperador ha sido partidaria de hacer la paz desde el momento en que se enteró que Bayan tiene por sobrenombre «El de los Cien Ojos». Yo, Chang Wu, humilde servidor de nuestro niño emperador de Futura Magnificencia, no soy dado a tales creencias, pero estoy más que contento de usar de la vieja profecía. Ahora, quizá, podamos convencerlos.

Vieron a un grupo de soldados que cruzaban las amplias plazas del mercado y se detenían para observar. El que los mandaba estaba protegido por una sombrilla trípode, y llevaba al cinto un sable de tres puntas y tiros de acero que se entrechocaban con ruido feroz mientras caminaba. Los hombres llevaban escudos que representaban demonios que escupían fuego, y crines de caballo en la punta de las lanzas. Un heraldo cerraba la marcha golpeando un tambor pintado y recitando en alta voz las hazañas que iba a realizar su irresistible compañía. Walter pensó en el triste destino que esperaba a aquellas tropas cuando se vieran atacadas por los jinetes mongoles.

Algo parecido debió estar pensando Chang Wu, pues suspiro y dijo:

—No se puede esperar que luche bien un pueblo enseñado a vivir bien.

Mientras proseguían su camino, el enviado preguntó:

—¿Ha visto usted las listas en las puertas? Por ley, todos cuantos viven en la casa tienen que figurar en la lista. Es un método muy bueno para localizar a los malhechores.

Hizo una pausa, y soltó una forzada risilla.

—En la calle de Las Flores Deliciosas hay una casa que me pertenece. La llamo La Morada de los Doce Pimpollos de Fucsia, y es muy íntima. Hay habitaciones en lo alto de la casa, que nunca se usan. Si mi joven compañero quisiera tener la condescendencia de pasar algún tiempo en tan humilde casa, no sería necesario que su nombre figurara en la puerta.

Walter sonrió.

—Me pongo en las manos del sagaz y prudente Chang Wu

—Sería sensato dirigirnos en seguida allí —dijo el hombrecillo, que pareció ver resuelto un problema muy difícil—. La Morada de los Doce Pimpollos de Fucsia es muy tranquila y en ella reina el orden. Nada habrá que pueda molestar al joven estudiante.

Se detuvieron ante unas altas puertas, de cobre complicadamente calado, que daban, a una corta callejuela brillantemente iluminada. Una docena de casas constituían la encerrada manzana, y el espacio que mediaba entre ellas vibraba de actividad. Había en la acera sillas y literas desocupadas, y gran cantidad de criados mataban el tiempo, mientras esperaban a sus amos, practicando juegos de azar. Un guardia, con el sable al hombro, se hallaba ante la verja, y otros más estaban dispersados entre las entradas de las casas más imponentes.

—Los hombres tienen que tener sus placeres horizontales —dijo Chang Wu abriendo la marcha por la verja—. Grandes establecimientos como éstos son muy beneficiosos.

A Walter le pareció que todas las casas tenían un aspecto reservado a pesar del ruido y la confusión que había afuera. En algunas de las ventanas se veía luz, y sin embargo el efecto era el mismo que si sus persianas estuviesen totalmente cerradas. De los altos frentes de la casa emanaba una sensación de reclusión absoluta. La luna había salido y asomaba por sobre los triples tejados de las casas.

Chang Wu pasó frente a la Morada de los Doce Pimpollos de Fucsia.

—Las muchachas que hay en el interior son escogidas con el mayor cuidado —dijo con cierto orgullo—. No sólo por su belleza, joven amigo, pues tienen que ser capaces de conversar con inteligencia, tocar varios instrumentos musicales y bailar con gracia. El entretenimiento que proporcionan no se limita a lo natural. La mayoría de ellas siguen años de adiestramiento antes de que se les permita aparecer ante sus clientes. A algunas se les enseña desde niñas para que su adiestramiento pueda terminar antes de que pierdan la primera flor de la juventud.

Los hicieron pasar a un vestíbulo de plácida belleza, en que las luces estaban agradablemente disminuidas y en que sólo se oía un ahogado ruido de conversaciones y de cuando en cuando alguna carcajada femenina. Una mujer pintada, adornadas las caderas por un ramo de flores artificiales, lo cual le daba un gran parecido a una gallina color escarlata, se dirigió hacia ellos contoneándose sobre sus delicados pies.

Nada delicado había, sin embargo, en el tono que usó para dirigirse al enviado. Las miradas que echó en dirección a Walter eran evidentemente hostiles.

—Me recuerda que son muy cuidadosas —dijo Chang Wu como disculpándose—. Dice que nunca se permite la entrada de extranjeros. Estaba convencida de que los hombres de piel blanca hieden como una oveja muerta de fiebre puerperal, y no quería exponer a sus muchachas a semejante contacto. Le expliqué el motivo que nos traía, y aceptó.

Se abrió una puerta a su derecha, que daba a un cuarto en que cinco hombres estaban sentados alrededor de una mesa, empeñados en una especie de juego, con dos de los Pimpollos sentados en el suelo a su lado. Una de las muchachas estaba rasgando suavemente un instrumento de cuerdas parecido a una cítara. La otra estaba bordando, y cuidaba, con gesto señorial, de tener la aguja apuntada en dirección a la luna. Ambas chicas eran pequeñas y bonitas, con mejillas delicadamente pintadas y cabello negro de alto peinado.

Los cinco hombres tenían en las manos discos de brillantes colores, de los que también había una pila sobre la mesa, de la cual sacaban algunos por turno. Todos ellos estaban demasiado absorbidos por el juego para prestar atención alguna a los visitantes.

Los discos son de papel —explicó Chang Wu—. Éste un juego nuevo; en realidad sólo fué inventado hace docientos años. Se llama *che-tsin*, y los papeles son treinta y dos. Todos los discos tienen nombre, y empiezan por reyes y sotas.

La mujer los dirigió hacia las escaleras. Chang Wu le murmuró al oído a Walter:

—La llaman Proveedora de Ciruelas Maduras, y será prudente tratarla con cuidado, porque es de humor desigual.

En el piso alto, vieron por una puerta entreabierta a una criada que bañaba a su ama. Los regordetes miembros que salían de la bañera eran de un cálido color castaño, y los enormes ojos negros de la muchacha estaban encuadrados en un rostro ligeramente negroide. La chica los miró, sonrió y dijo algo en voz gutural.

—¡Vaya una bribona! —se rió Chang Wu—. Estaría más en su lugar calle abajo, donde las normas son menos estrictas. Desdichadamente hay que conservarla aquí, pues muchos clientes la favorecen.

Después de subir muchas escaleras llegaron a una amplia habitación iluminada por una antorcha metida en un cacharro de bronce. En aquella estancia nada había sino una baja plataforma cubierta por un colchón y sábanas de seda, y un biombo de plumas de pavo real, de cinco cuerpos. Chang Wu dió, en monótona sucesión, unas órdenes y poco después aparecieron dos doncellas que traían entre ambas una pequeña bañera llena de agua.

—Primero un baño —dijo el enviado—, y luego se le proporcionarán ropas más apropiadas y menos formales, Ahora habrá de despojarse usted de sus lujos

mongoles. Después, se servirá una comida sencilla que le ruego humildemente quiera compartir conmigo.

Walter no había tenido oportunidad de bañarse en muchos días, de modo que el muchacho pasó en seguida detrás del biombo. Ante su gran asombro una de las doncellas lo siguió y se puso, con ágiles dedos, a desabrocharle el cinturón y a quitarle el manto de piel de topo. La otra doncella acudió a ayudar a su compañera, y se ocupó también en desvestir a Walter. El muchacho cogió con ambas manos la camisa que llevaba bajo la túnica y llamó a su huésped:

—Honorable Chang Wu, nosotros tenemos por costumbre desvestirnos sin ayuda. Chang Wu se rió.

—La presencia de muchachas jóvenes no ha de molestarle. Es la costumbre. Sus dedos son habilidosos, y sus ojos nada ven.

Sus dedos eran indiscutiblemente habilidosos, pero lo segundo no parecía ser cierto. Una de las muchachas se sobrecogió al descubrir las cicatrices de su espalda, y dijo algo en ansioso murmullo. La otra, que estaba descalzándolo, alzó la mirada y le tocó a Walter la blanca piel sonriendo imperceptiblemente. Sonrojado de confusión, Walter, despojado de sus calzas, se metió en la pequeña bañera de barro con tanta prisa que el agua salpicó en todas las direcciones. El muchacho esperaba gozar de su baño a solas, pero pareció que aquélla no era la costumbre. Cada una de las muchachas cogió jabón y cepillo y empezó a restregarle espaldas y brazos.

—Bueno —se dijo Walter—, será mejor que me resigne. Lo peor, al fin y al cabo, ha pasado.

Pero cuando llegó el momento de vestirse, el muchacho comprendió que lo peor no había pasado. Su proyecto de secarse y vestir inmediatamente los amplios pantalones de seda que colgaban del biombo fué frustrado por la firmeza de las muchachas. Lo envolvieron en toallas y se pusieron a secarlo ellas. Entonces una de las doncellas le tendió los pantalones para que se los pusiera. La confusión de Walter fué intensa hasta que se vió totalmente vestido en lustrosa y suave seda y calzado en cómodos escaarpines con suela de fieltro. Luego, una de las chicas cogió una bata y se la puso sobre los hombros.

—La bata de las Campanas del Templo —dijo Chang Wu—. El vestirla es un honor muy grande.

Se trataba de un hermoso manto de brocado color ciruela que le llegaba a Walter hasta bajo las rodillas. Los complicados bordados que lo cubrían habían sido realizados en hilo de oro y raso azul y su dibujo principal eran campanas de templo y murciélagos. El mismo estaba bordado en los puños, en forma de herraduras blancas.

—Soy indigno de ropas tan distinguidas —dijo Walter—, saliendo de detrás del biombo.

Se sentía cómodo como nunca en su vida. La sensación de la fina seda sobre la

piel era nueva y agradable.

La comida que trajeron en una sucesión de fuentes que parecía interminable, fué servida en una mesa cuyo alto no era de más de palmo y medio. Traían las fuentes dos doncellas que se sonreían continuamente (Walter no dudó de que aquella alegría se debía a sus ropas que quedaron detrás del biombo), pero el que sirvió fué un criado.

—Me disculpo humildemente por lo sencillo de la comida —dijo el viejo enviado—. No he hecho tiempo para proporcionar un ágape apropiado para un huésped tan distinguido.

Sin embargo, no había motivo para disculparse. La sopa era clara, con verduras verdosas y blancas; una sopera llena de un caldo de almendras saladas con presas de pollo; pechugas de pato asadas y cortadas en pequeños trozos, servidas sobre montones de arroz de nívea blancura; presas de cerdo que flotaban en una salsa castaño oscuro muy picante; frijoles; pasteles rellenos de picadillo; cerdo mechado con jengibre, y, por último, un plato nobilísimo, que el chino llamaba Comida de Ella, que consistía en un arroz castaño mezclado con toda clase de carne y vegetales y condimentado hasta lograr la quinta esencia de la vivacidad.

Como cada plato tenía que ser probado y comentado largamente, la comida duró hora y media. Les habían servido varias clases de vino en pequeñas copas de oro. Luego, Walter comió nísperos y dátiles, pero nunca había probado variedad semejante de frutas como las que les sirvieron en una torta de miel y raíces de lirios azucaradas al terminar la cena. Además bebieron algo que llamaban *shao chin*, que significa vino ardiente. Chang Wu explicó que aquello se hacía con mijo, a base de una bebida muy alcohólica. Aquel brebaje merecía su nombre, pues quemaba la garganta.

En cuanto se hubo levantado y partido el padre Theodore, que iba a ser acomodado en otra parte de la casa, Walter habló a su huésped de Maryam y Tristram y explicó las circunstancias que habían llevado a su separación. Al oír mencionar el nombre de Lu Chung, el enviado demostró un vivo interés.

—Ése tremendo canalla, esa anguila gorda y aceitosa, es un ruin vendedor de secretos —exclamó—. Las actividades de El Ave Que Empluma Su Nido en ayuda del enemigo son bien conocidas. En seguida se realizará una investigación especial. Si se halla en Kinsai, pronto tendremos su obscena persona en nuestras manos. Quizá por su intermedio nos enteremos del paradero de los amigos de usted.

—¿Empezará esta noche la búsqueda? —preguntó Walter, con clara conciencia de que la postergación era característica de la justicia en Oriente.

Chang Wu se secó las manos cuidadosamente en una servilleta de fino hilo e hizo una tranquilizadora sonrisa.

—Esta noche. Los magistrados serán informados todos, y hasta el último distrito

será revisado. Se harán también discretas averiguaciones en casa de Sung Yung, entre ciertas personas empleadas por él.

Y el enviado se levantó para irse. Se inclinó tres veces con gran ceremonia. Una vez ante la puerta, se volvió a preguntar a Walter si deseaba la compañía de una de las muchachas que había abajo.

El joven estudiante no ha de preocuparse por lo que dijo la Proveedora de Ciruelas Maduras —añadió—. Tiene que tener en cuenta que tal es su oficio. ¿No lo desea el joven estudiante? Quizá más tarde, pues, cuando las fatigas de nuestro largo viaje hayan cedido a la comodidad y a la tranquilidad corporal.

Walter pudo oír cómo en la habitación contigua el sacerdote nestoriano recitaba su primera plegaria *d’Ramsha* de la tarde. Desde que había llegado al país de los Manji, el padre Theodore había sufrido un gran cambio. La tendencia a entrometerse en todo, el astuto interés que se tomara hasta entonces en todo lo relativo a la carne, había desaparecido. Se sentía más bien confuso ante el ambiente en que se encontraban y apenas si había participado de la comida, sin probar siquiera el vino. Quizás aquel repentino cambio pudiera atribuirse al hecho de que habían llegado a la tierra en que iba a empezar su misión.

II

No hubo postergación de la misión que trajera a Walter a Kinsai. Chang Wu llegó a la mañana siguiente e informó que se habían arreglado muchas conferencias con personas importantes de la ciudad. Tenían que salir enseguida.

—Nada se ha sabido de los criados de Sung Jung —añadió el enviado—. Parece improbable que nuestros dos amigos estén aquí, aunque la búsqueda proseguirá con gran celo y perseverancia. En esta inseguridad, hay un solo rayo de esperanza. Se ha sabido que Lu Chung está en Kinsai. Los dedos de la justicia ya se cerrarán sobre su enorme cuerpo de pestilencial corrupción. Entonces hablará. Y ¡con qué prisa y ganas lo hará! Entonces el joven estudiante sabrá qué ha sido de sus amigos.

Walter no ignoraba que Lu Chung era la llave de la situación, y se sentía seguro de que la presencia de El Ave Que Empluma Su Nido en Kinsai significaba que Maryam y Tristram también se hallaban en la ciudad. Se convenció tanto de eso que salió a la calle aliviado.

Su primera visita los llevó a un extraño mundo nuevo bajo la superficie de la ciudad. Se llegaba a él por una angosta escalera de hierro que salía de la trastienda de un negocio de curiosidades, que Chang Wu admitió modestamente era de su propiedad, y que resultó ser tan larga que el inglés pensó que jamás llegarían a su término. Por último salieron a un corredor casi tan ancho como una calle de ciudad. Aunque podían oír que por sobre sus cabezas estaban agitando abanicos, la atmósfera era húmeda y fétida.

Chang Wu dijo con orgullo:

—Esto es como una segunda ciudad. Nada en el mundo puede comparársele. Aquí hay teatros, garitos y fondas. En algunos de estos negocios su indigno servidor tiene algún pequeño aunque provechoso interés. Hay, claro está, casas de tolerancia, aunque ninguna de ellas puede compararse con las de la calle de Las Flores Deliciosas. Para mover estos abanicos se necesitan muchos centenares de hombres. Son esclavos, y algunos de ellos nunca ven la luz del día. Por la noche, esta ciudad subterránea nace a la vida, y entonces, joven estudiante, presenta un espectáculo verdaderamente extraño. Los corredores están tan concurridos como las calles de arriba. Pero —añadió con un movimiento de cabeza—, un extranjero no podría aventurarse por aquí sin escolta conveniente.

Pasaron por un ancho portal y se encontraron en unas habitaciones cálidas y bien iluminadas que reflejaban comodidad y lujo. En una de ellas, un grupo de hombres estaban sentados alrededor de una mesa redonda. Las paredes, rojo vivo, estaban adornadas de ramas de sauce.

Los hombres que rodeaban la mesa eran de cierta edad todos, y estaban envueltos en hermosos mantos bordados de estrellas y ceñidos de pieles de foca, lo cual sugería

cierta clase de comunidad entre ellos. Sólo uno de ellos se distinguía de aquella uniformidad de ropas, pues vestía el amarillento hábito de los sacerdotes taoístas. Su arrugado cuero cabelludo no ostentaba un solo pelo, y su rostro tenía el color tumbal de la ancianidad avanzada. A su lado, en el suelo, tenía su molinete de exorcismos.

Estaban comiendo ávidamente aunque con decoro. En el centro de la mesa había una enorme fuente de arroz, y, a su alrededor, otras con gran variedad de platos. Había pollos deshuesados y hervidos enteros, gallinetas, asadas hasta resquebrajarseles la piel y pinzas de langosta que flotaban en una espesa salsa amarillenta. Una fuente contenía peras de enorme tamaño y de carne curiosamente pulposa y blanca. Lo que interesó más a Walter de cuanto había sobre la mesa era un líquido que bebían a cada bocado. Lo servían en tazas pequeñas; era muy fragante, de color castaño oscuro y transparente. Lo llamaban por un nombre que le sonó al oído como «té»^[2]. Y el muchacho advirtió que el sacerdote taoísta se limitaba, quizá por su avanzada edad, a tomar una clara sopa de arroz.

La comida prosiguió sin interrupción. Se trajeron sillas para los visitantes, y Chang Wu le pidió a Walter que contara a los presentes lo que sabía del estado de cosas en el frente de guerra. Así lo hizo el inglés, hablando en voz baja para que el padre Theodore con la ayuda del enviado, pudiera retransmitir la información a los comensales, que asentían con lentos movimientos de cabeza. Habló de la importancia de los ejércitos mongoles y su irresistible poder ofensivo, de las fuerzas que convergían del sur, según la táctica del *tulughma* y del mortífero fuego de los *Hua-P'ao*. Luego siguió hablando de la devastación de que habían sido objeto muchas de las ciudades tomadas y explicó que Kinsai sufriría el mismo fin si se proseguía con aquella inútil defensa.

—Kinsai es la mayor ciudad del mundo —dijo en serio—. Está condenada a caer en sus manos, pero ¿ha de ser destruida esta flor de adelantada civilización porque unos pocos ancianos a la cabeza de su gobierno son demasiado tercos y están demasiado deseosos de imponer su propia autoridad?

Los ancianos que rodeaban la mesa seguían comiendo mientras él hablaba, aunque era evidente que los había abandonado todo entusiasmo. Formularon muchas preguntas, a las cuales el muchacho contestó con detalles más completos. Uno de los ancianos tenía a su lado una pila de papel moneda, en su mayoría de gran valor. Al mencionarse el nombre de Sung Yung, el chino cogió el papel con ambas manos y se puso a romperlo en fragmentos pequeños.

El sacerdote taoísta levantó su calva cabeza y formuló una pregunta en *Bi-chi*.

—¿De dónde es usted?

—Vengo de una lejana tierra llamada Inglaterra. Es una isla situada frente a la costa occidental de Europa.

Por la forma de menear la cabeza el sacerdote, pareció que nunca había oído

hablar de eso.

—El joven visitante tiene cabello de oro. ¿Viaja solo?

—Sólo me acompaña este sacerdote.

El taoísta pareció desilusionado. Miró de cerca a Walter y luego preguntó:

—¿Qué pasará a la ciudad si sus puertas se abren a los odiados *Tsa-tat-se*?

—Bayan, que nunca habla con doble lengua, ha prometido que Kinsai no será molestada. Ni siquiera Bayan intentará entrar. Se respetarán las vidas de todos excepto las de unos pocos ministros que son responsables por la muerte de enviados mongoles. Y —añadió con una pausa para destacar lo que seguía— todas las propiedades serán plenamente respetadas. La vida de Kinsai seguirá como hasta ahora, sólo que el gobierno pasará a manos de los mongoles. Eso se haría de todos modos.

Esas palabras completaron su participación en las deliberaciones, aunque durante casi una hora los solemnes comensales conversaron con Chang Wu. El tono de la conversación era a veces voluble y enojado; pero en general el inglés pudo percibir resignación y aceptación de lo inevitable en sus voces. De pronto Chang Wu se levantó y dijo:

—Venga, tenemos que ver a muchas personas más hoy.

Toda la gente que visitaron vivía bajo la ciudad. Por todas partes, Walter vió papel moneda en el suelo en enormes y descuidadas pilas, como si no valiera la pena protegerlo ni llevarlo.

A medida que se acercaba la tarde, encontraron a sus oyentes empeñados en partidas de *chet-sin* o jugando con discos de marfil en tablas a rayas negras y rojas. En ningún caso se permitió que la conversación detuviera el juego. Dos veces hablaron con personas solas, y en ambos casos resultó evidente que eran personajes de considerable importancia. Los encontraron en cuartos aislados detrás de puertas con barrotes de hierro y pesados cerrojos, y conversaron con Chang Wu en tono bajo y reservado.

Después de muchas horas de esas visitas y conversaciones, el diminuto enviado dijo a Walter con tono de satisfacción:

—Está bien, joven estudiante. Lo que hemos dicho ha producido una profunda impresión. Pronto todos los hombres importantes de la ciudad estarán coaligados contra la terca insistencia de luchar de los ministros del Emperador.

Walter puso una mano en el brazo al anciano:

—Estimado Chang Wu —le dijo—, ¿se preocupará usted porque hagan cuanto esfuerzo sea posible para encontrar a mis amigos? Tengo tantos temores por lo que pueda haberles ocurrido, que mucho me cuesta ocuparme de la misión que me ha sido confiada.

Deseche todo temor. Pronto el nefasto Lu Chung estará en nuestras manos.

Dentro de pocos días, quizá dentro de pocas horas.

Cuando Walter y el cansado padre Theodore hubieron llegado a la calle de Las Flores Deliciosas, el atardecer había envuelto a la ciudad en un manto de solemne placidez. Por contraste les llegaron unos fuertes ruidos de la casa frente a la Morada de los Doce Pimpollos de Fucsia.

El sacerdote suspiró y dijo:

—He estado haciendo preguntas sobre este distrito de opulento vicio. Aquélla se llama La Casa de la Alegría Alborotada. Es un lugar de la mayor iniquidad.

La puerta de aquella casa estaba abierta de par en par y unos hombres entraban y salían libremente de ella. En respuesta a una proposición del inglés que deseaba averiguar qué motivaba el bullicio, el padre Theodore meneó la cabeza. Dijo que el día nestoriano empezaba con la puesta del sol y que tenía muchas plegarias que recitar. Walter resolvió por lo tanto ir solo. Lo que presenció no fué inspirador ni provechoso, excepto que vió una prueba aún mayor del desprecio que se tenía por la Moneda Volante.

En la entrada había un corpulento individuo que parecía estar a cargo de aquélla, la menos deleitosa de las casas. Su pelo era lacio y negro, y las cejas tenían un movimiento hacia arriba que le daba al rostro, tatuado de azul, un aspecto de desorden completo. El hombre cogió a Walter del codo.

—¿Viene el alto extranjero de alguna tierra lejana? —preguntó en *Bi-chi*—. ¿Quiere una chica? ¿Quizá quiere una chica que menee los talones y haga muchas pruebas?

El inglés lo apartó y se encontró en una larga estancia cuyo ambiente era color de índigo debido al incienso que en él se quemaba. Unas muchachas estaban sentadas en divanes, tan completamente desnudas, que el inglés les echó una apresurada mirada colectiva y se volvió. Una de ellas, que tenía la piel particularmente oscura, estaba bailando en el centro del cuarto, empleando todos los músculos de su cuerpo con sonriente energía. El lugar estaba lleno de clientes, en su mayoría ebrios, y el ruido era ensordecedor.

El bullicio se hizo mayor cuando una delgada muchacha entró en el cuarto cubierta sólo por un trozo de seda que llevaba alrededor de las caderas. Traía una bandeja llena de una substancia espesa, como pasta. Los clientes la rodearon y empezaron a tocar la pasta con billetes de papel moneda, todos del mayor valor. Luego una mujer enorme y grotescamente gorda apareció por una puerta trasera. Estaba totalmente desnuda, y sobre la cabeza sostenía en equilibrio un enorme cilindro, del diámetro de un brazo humano, con una mecha en su parte superior. Alrededor de aquel cilindro había atados otros más pequeños. La mujer era inconcebiblemente fea.

Empezó a recorrer el cuarto en algo que pretendía ser una danza, y, al pasar, cada

cliente se levantaba y con expresivo gesto le pegaba el papel que llevaba en la mano en cualquier lugar del cuerpo con fuerte palmada. El papel se le quedaba pegado a la mujer, y en un santiamén la gorda quedó cubierta desde el cuello a los pies por Moneda Voladora. La diversión se hizo más entusiasta y precipitada, y los clientes se alborotaban en busca de más pasta y oportunidad de pegarla.

El encargado de aquella casa volvió a aparecer al lado de Walter.

—Quizá el extranjero quiera una muchacha hermosa y agradable —insinuó—. Aquí no hay ninguna. Pero puedo mandar por una.

La mirada del muchacho se fijó en la delgada chica que llevaba la bandeja. El propietario meneó la cabeza.

—No, ésa es mía. Y, de todos modos, no es distinguida.

La gorda eligió ese momento para poner fin, al juego. Alzó los brazos y desató los pequeños cilindros de su cabeza. Después de acercar cada uno de ellos por turno a la antorcha que había a un costado de la pared hasta que se encendiera la mecha, se puso a arrojarlos a su alrededor, a los pies de los clientes. Esos cilindros estallaban en llamas con un ruido seco y fuerte.

Entonces encendió el cilindro grande. La mecha empezó a arder con fuerte crepitación, y la mujer miró a su alrededor buscando dónde arrojarlo. De pronto, se volvió y lo arrojó bajo un diván en que estaban sentadas unas seis o siete muchachas. Aquello estalló con ruido tan ensordecedor, que Walter pensó en los *Hua-P'ao* que había visto en acción en el río Amarillo. Sobresaltadas por el estrépito sus ocupantes cayeron al suelo, chillando de miedo y echando a correr hacia las escaleras.

El propietario alzó los brazos, entusiasmado, y gritó:

—¡Siempre se divierte uno en la Casa de la Alegría Alborotada!

Walter había visto bastante. Al cruzar la calle en dirección al establecimiento más tranquilo donde se alojaba, hizo unos rápidos cálculos. Llegó a la conclusión de que si todo el dinero pegado en el obeso cuerpo de aquella mujer tuviera en realidad su valor nominal, la gorda estaría cubriendo sus desnudeces con el precio de un palacio en Kinsai.

III

Abajo reinaba un profundo silencio, y el único sonido que llegaba a los oídos de Walter era la voz del padre Theodore, que recitaba el *Shahra*, la plegaria de la mañana, en el cuarto contiguo.

El muchacho se vistió con una sensación de confianza repentinamente revivida. Durante cinco días habían estado cumpliendo su misión con perspectivas de buen éxito. Muchas peticiones de paz, firmadas por personas que representaban las mayores riquezas de la ciudad estaban llegando al Gran Palacio Interior. Diariamente se realizaban manifestaciones en las plazas de los mercados. En casi todas las puertas de la Ciudad de los Mil Puentes había ramas de sauce, y parecía cada vez más, que pronto había de llegar el momento en que los ministros de la corte se vieran obligados a ceder ante la opinión pública. Mas desde hacia cinco días no se había producido información alguna sobre el paradero de Lu Chung.

Aquella nueva sensación de confianza era algo que el muchacho no podía explicarse, pero estaba seguro de que El Ave que Empluma Su Nido habría de ser localizado pronto. Esa esperanza le coloreaba los pensamientos hasta el punto de que empezó a preguntarse qué haría al encontrar a Maryam. La muchacha no se había separado un instante de sus pensamientos durante aquellos largos meses de separación, y, en relación, Engaine había sido olvidada. Walter se daba cuenta de que su afecto estaba tan profundamente ligado a la protegida que viajara con ellos en la azulada tienda, que su amor por la dama que dejara en su tierra había ido disminuyendo hasta llegar a ser sólo un vago recuerdo. No obstante, también tenía clara conciencia de que su amor tenía que permanecer inexpresado. No podía romper su promesa. Y al arreglarse el largo cabello bajo un tricornio de brocado, se dijo para sí que tendría que conservar un firme dominio de sus emociones cuando llegara el momento de la reunión.

Chang Wu lo visitó temprano. El día prometía ser caluroso, y el enviado estaba vestido de hilo negro; calzaba sencillos escarpines de fieltro negro y se abanicaba con asiduidad. En sus ojos brillaba un destello de triunfo.

La presencia en la ciudad de mi joven compañero estudiante ha sido puesta en conocimiento de Su Esplendor Real, la Emperatriz Madre —dijo—. Se han impartido órdenes para que usted sea llevado esta tarde a ver a la Emperatriz, para que ella oiga por sí misma lo que usted tiene que decir.

Luego sonrió y tocó a Walter en el hombro con su abanico.

—Hay más. Lu Chung ha sido hallado. Está ahora en la casa del magistrado más cercano, esperando el interrogatorio. Tenemos que ir allí inmediatamente.

Vieron a Lu Chung en cuanto llegaron a la casa del magistrado, que también servía de tribunal de justicia. A El Ave Que Empluma Su Nido lo estaban llevando

por un vestíbulo bajo. Estaba desnudo hasta la cintura, y llevaba unos lazos atados a las orejas en señal de que se le sospechaba de haber cometido graves delitos. Ese hecho lo había conmovido tanto, que los rollos de gordura de su estómago parecían caídos y el sudor le chorreaba por ellos como las gotas de humedad que cubren las botas del aguatero.

El preso no los vió, pero pareció evidente que había visto a los ocupantes de una cámara oscura por la cual pasaron en camino a la audiencia. Aquella cámara estaba al pie de unos escalones, pero penetraba en ella bastante luz para que pudiera verse que unos cuantos criminales convictos habían sido introducidos en toneles, de los cuales sólo asomaban sus cabezas por unos agujeros practicados en la parte superior. Como vivían en el peor de los abandonos y les faltaba toda esperanza, sus lamentaciones llenaban el ambiente. Lu Chung se estremeció al pasar, y su enorme corpachón retembló de miedo.

Walter cogió del brazo a Chang Wu.

—¿Qué les harán a esos pobres individuos?

—Nada —contestó el enviado encogiéndose de hombros con indiferencia—. Son malhechores de la peor clase. Las condenas que cumplen son de extensiones diversas, pero siempre resultan en lo mismo. No es posible vivir en tan poco espacio, de modo que todos mueren antes de cumplirlas.

Al llegar a la sala de audiencias, Lu Chung se sintió más desesperado aún. En un rincón de la estancia podía verse el temible espectáculo de un hombre que tenía la cabeza cubierta por un capuchón cuadrado adornado por un copete de plumas de cuervo. El hombre también estaba desnudo hasta la cintura, y siempre que accionaba con los brazos, sus músculos se movían como jóvenes pitones que trepan por un grueso tronco.

—Ése es Hsui, el verdugo e interrogador por medios físicos —murmuró Chang Wu mientras se sentaban en las últimas filas de asientos—. Lo conocen por el mote de La Mano Que Tira de la Nariz, y dicen que siente gran placer en demostrar su habilidad. Si Lu Chung se muestra empecinado, Hsui lo interrogará con filosos cuchillos calentados al rojo. Y ese miserable obeso dirá cuanto sepa.

—Lu Chung demostró una inmediata inclinación a evitar las atenciones de La Mano que Tira de la Nariz, Hsui. Empezó a hablar, y el padre Theodore le murmuró a Walter al oído que estaba explicando sus motivos para unirse a la caravana de Bayan, el de los Cien Ojos.

—Su declaración no me convence —dijo el sacerdote—. Seguramente no le ha de ir bien.

Chang Wu se sentó junto con el magistrado en el banco, y, con ese consentimiento oficial, empezó a interrogar al preso. Al terminar el interrogatorio, Lu Chung fué llevado otra vez a su celda y el enviado volvió a su asiento al lado de

Walter.

—Hay buenas noticias, aunque malas también —dijo—. El amigo de usted, llamado por el preso El Extranjero Alto, fué capturado por unos bandidos una mañana cerca de una población situada sobre el río Wei-Ho. Lu Chung había ido a la aldea con la chica, y se enteraron del desgraciado acontecimiento cuando estaban por regresar al punto en que había sido levantada la tienda. Desde entonces, no ha vuelto a saber más de El Extranjero Alto.

Walter estaba demasiado atónito para contestar. Después de largo rato se puso de pie y echó al andar por la habitación, llena la mente de los más tristes presentimientos. Estaba seguro de que Tristram había sido muerto. Existía una posibilidad de que los bandidos trataran de llevárselo con el propósito de venderlo como esclavo, pero el muchacho no ignoraba que su amigo preferiría la muerte a eso y que lucharía hasta el fin. Sí, lo habían muerto y arrojado al río. Walter estaba convencido de ello: no le quedaba duda alguna en el espíritu en cuanto a quién era el culpable. Era su resolución la que los llevara a esa tierra extraña y cruel, y la muerte de Tristram podía serle imputada a él.

Se había puesto muy pálido, y las manos le temblaban al regresar a su asiento con los demás.

—Lu Chung sabe más de lo que ha dicho —exclamó con apasionado tono—. Ha hecho un trato con los bandidos. Eso resulta evidente por su ausencia en el momento del rapto. Hay que arrancarle la verdad.

Hizo una pausa, y, como temeroso de hacer la pregunta, prosiguió.

—Y ¿qué ha sido de la chica?

—Ese enorme y gordo cerdo ha estado a la altura de sus viejas artimañas —dijo Chang Wu—. Trajo a la chica a Kinsai, y, como consideración la entregó a Sung Yung, quien tiene la intención de devolvérsela a su hermano en Antioquía. Sacará mucho provecho de la transacción, porque Lu Chung dice que Anthemus pagará mucho para volver a tenerla. Hoy la embarcan hacia el gran río Amarillo. Luego seguirá en barco río arriba hasta el punto del que parte el camino del desierto.

—Entonces apenas si nos queda tiempo —dijo Walter.

Pero Chang Wu meneó la cabeza, vacilando.

¿Qué se propone hacer el joven estudiante? —preguntó—. Sung Yung tiene gran influencia en la corte de justicia. Los magistrados siempre le escuchan porque dicen que los soborna muy bien cuando es necesario. ¿Con qué fundamento puede pedirse la custodia de la chica?

—Pues por su propio deseo. No quiere volver a casa de Anthemus.

—Los deseos de la chica no tienen importancia. Los magistrados verán que no tiene marido ni padre, de modo que opinarán que ha de regresar al lado de su hermano. ¿Tiene alguna clase de parentesco con la muchacha el honorable

estudiante?

—No.

—¿Tiene pues la intención de casarse con ella?

—No —dijo Walter meneando la cabeza—. Pero tiene sangre inglesa, y siempre ha deseado regresar con nosotros a la patria de su padre.

Chang Wu abrió los brazos con resignado gesto.

—Es lástima que el joven estudiante no se proponga casarse con ella. Eso sí que proporcionaría algún fundamento sobre el cual actuar. En cambio, tal como están las cosas, los jueces no lo escucharán. Este humilde servidor cree que nada puede hacerse por ella.

Después de pensar un rato Walter preguntó:

—¿Cuándo se embarca?

—Dentro de dos horas. Lu Chung ha dicho que la tiene estrechamente vigilada en el depósito de sedas de Sung Yung. De allí saldrá.

Mientras hablaban, Walter se había sentido obsesionado por un único pensamiento. Estaba recordando la visita que Anthemus le hiciera aquella tarde en Maragha. Aún podía recordar con una sensación de disgusto la expresión del rostro del mercader y su siniestro tono de voz al murmurar: «No tiene usted idea de cuánto sufrirá ella por lo que ha hecho». Anthemus no era de los que olvidan. La trataría con tanta crueldad como aquella con que la hubiera tratado entonces. Y Walter dijo para sí: «¡No he de permitir que la lleven! Tengo que seguir el único procedimiento por el cual puede ser salvada».

Ninguna promesa podía impedir que se salvara a Maryam del castigo que esperaba y de la triste vida que podía esperar después. Pensó en la desgracia que había resultado del tonto juramento hecho por su abuelo. Seguramente algo malo tenía que haber en una norma que causaba tanto mal a la gente sólo por unas palabras pronunciadas en un momento de enojo.

—Soy responsable por la muerte de mi amigo —dijo—. No puedo sumar otro error a ése. ¿Inclinaría a los jueces a sacarla de manos de Sung Yung mi intención de casarme con ella?

Chang Wu vaciló.

—¿Quién sabe? Puede que Sung Yung esté preparado a influir en ellos con el regalo que pesa mucho en la mano. Eso sólo puede asegurarlo el hecho consumado. Ningún juez separaría al marido de su mujer.

Y al rato, añadió:

—No sería prudente tratar de emplear la fuerza. El hombre tiene mucho poder en la ciudad.

—Entonces hemos de presentar un hecho consumado —dijo Walter, y, volviéndose hacia el padre Theodore, añadió:

—Tenemos, en el mejor de los casos, muy pocos minutos para realizar el plan que acaba de ocurrírseme. ¿Quiere usted emplearlos en celebrar una ceremonia nupcial? Será difícil, y quizá corra usted peligro.

—He venido a esta tierra en una misión que es en sí muy peligrosa —dijo el sacerdote con expresión de orgullo ofendido—. ¿Cree usted que retrocedería ante cualquier consideración de riesgo personal? No, no, usted es injusto conmigo. Pero en cuanto a la ceremonia nupcial, veo grandes dificultades. ¿Unos minutos solamente? Joven, el servicio nestoriano es cosa hermosa y sagrada, y tarda casi una hora. Hay que recitar muchas plegarias e himnos. Tiene que haber un anillo, una copa de vino y *hnana*, para espolvorear en el vino. Tengo un anillo que ha de servir; me alegro también de decir que tengo bastante *hnana* para el acto; es polvo juntado en la tumba de un santo mártir. Pero la falta de tiempo es un obstáculo que no podemos vencer.

—Buen padre Theodore —dijo Walter seriamente—, es éste un caso de vida o muerte. Estoy seguro de que las palabras esenciales del servicio bastarían. La chica y yo nos consideraremos unidos ante Dios sin todas las plegarias e himnos.

—Yo proporcionaré la copa de vino —dijo Chang Wu.

—¿De este fuerte vino chino? —exclamó el sacerdote—. Debería ser un vino liviano y suave, producido por las viñas de nuestras cálidas colinas. ¿Serviría algún otro para dos personas de la fe cristiana? ¿Podrán quedar unidos por medios tan poco santificados?

—Haremos lo mejor que podamos —declaró Walter—. Venga, padre Theodore. Deje usted de lado sus escrúpulos. Ocúpese del servicio y elija usted los pasajes necesarios. No tendremos más de uno o dos minutos.

El sacerdote meneó la cabeza, apesadumbrado.

—Será casi un sacrilegio —dijo—. Estoy muy confuso. Pero... si es necesario, haré como usted dice.

El depósito de sedas de Sung Yung daba a una de las plazas del mercado. Era el más imponente de todos los edificios que allí había; su techo era muy alto y se destacaba por sobre todos los demás, y sobre la puerta había una dorada imagen del gusano de seda. Las persianas del frente habían sido abiertas y descubrían una amplia habitación en que grandes carretes de seda cubrían las paredes de casi siete varas de alto. Las sedas eran ricas y lustrosas, y sus colores eran tan hermosos y brillantes que parecían iluminar todo ese lado de la plaza.

Frente a la casa había una silla de manos con las cortinas bajas. Dos portadores, cubiertos sólo por unos taparrabos, estaban entre las varas, adelante y atrás. Walter pensó en el día en que Tristram y él presenciaron los preparativos de la partida en Antioquía. En aquella oportunidad habían estado impotentes para intervenir. ¿Tendría Walter mejor suerte este día?

A pesar de la necesidad de concentrarse en la tarea que le esperaba, Walter sólo

podía pensar en la suerte de su amigo. Aún seguía convencido de que Tristram había sido muerto, pero lo ocurrido aquel día en el río Wei-Ho siempre habría de tener tanto de misterio como lo relativo a Wat Stander. Nunca habría forma de seguirle los rastros en caso de que hubiera caído prisionero; igual habría sido esperar recuperar una gota de vino caída al mar que un hombre perdido en aquellas inmensas tierras. Hasta la perspectiva de rescatar a Maryam apenas si le impedía seguir acusándose a sí mismo.

—Allí está Sung Yung —dijo el enviado, señalando a la plaza con su abanico.

Un hombre excesivamente obeso había salido del depósito, apoyado en los hombros de dos criados. Echo a andar lentamente hacia la silla de manos, dando cada paso con un cuidado tal que era evidente que dudaba de la capacidad de sus piernas para soportar el enorme peso de su cuerpo. Estaba envuelto en una delgada túnica de seda que se le pegaba al sudoroso torso, y le cubría la cabeza un grotesco sombrero en forma de pipa de vino.

Chang Wu dijo en tono profundamente despreciativo:

—Dicen que tiene unas cuerdas colgadas sobre la cama para ayudar a levantarse. ¡Cuántas desgracias ha traído ese Sung Yung a mi desdichado país!

—Parece que hemos llegado en el preciso momento de la partida. ¿Está usted seguro, Chang Wu, de que los que han prometido ayudar se hallan cerca?

—No tenga usted cuidado. La Hermandad de las Estrellas Azules nos prestará su ayuda. Ahora trabaré conversación con esa infame mole de grasa que aprovecha de las desgracias del país, mientras mi joven amigo cumple con la otra parte de su plan.

La plaza estaba muy concurrida, y muchas personas rodeaban la silla de manos. Walter se unió a ellas, y se puso lo más cerca posible. Empezó a hablar en griego, como si se dirigiera al sacerdote nestoriano, aunque en voz bastante alta para que lo oyeran desde el interior de la silla.

—No contestes, Maryam, si estás ahí. Soy Walter, mueve apenas la cortina si logras oírme.

Hubo un momento de ansiosa espera. Luego, una de las cortinas se movió levemente.

—Dije que me encontraría contigo en Kinsai. Dios y el bueno de St. Aidan me han permitido cumplir por fin mi promesa. Sólo hay un modo de libertarte, Maryam, y es decir que eres mi mujer. Si así lo deseas, vuelve a mover la cortina.

La cortina se movió por segunda vez.

—Hemos de tener mucho cuidado. No des señales de vida hasta que me oigas decir: «Sí». Entonces, aparta la cortina y sal. Quiero que estés pronta para hacer inmediatamente cuanto te diga, pues tenemos poco tiempo. No temas, Taffy. Todo ha sido cuidadosamente proyectado.

Walter echó una rápida mirada a su alrededor, y suspiro de alivio al ver a algunas

personas de chaquetas bordadas de estrellas y ceñidas por cinturones de piel de foca, que se adelantaban hacia él por entre la multitud. Hizo una seña al padre Theodore para que empezara.

El sacerdote se puso a leer una hoja de pergamino que tenía en la mano. Mantuvo la cabeza baja y repitió apresuradamente las palabras. La lectura no duró más de un minuto, pero a Walter se le antojaron siglos. Uno de los portadores se había adelantado, como si empezara a sospechar. Un joven de estrellada chaqueta lo hizo retroceder de un codazo.

El padre Theodore se metió la hoja de pergamino entre los pliegues de su túnica y abrió un cesto que llevara al hombro. Sacó una copa de plata llena de vino. Hizo la señal de la Cruz sobre el borde, y arrojó en la copa un anillo y una pizca de fino polvo.

—Beba —dijo, entregándole la copa a Walter—. Dos tercios son para usted. Ni más, ni menos, si quiere usted la felicidad matrimonial. Si bebe más, será usted un marido tiránico; si menos, su esposa será quien gobernará la casa. Beba, y luego conteste usted.

Walter bebió parte del vino y dijo: «Sí», con voz clara. En seguida se abrieron las cortinas y Maryam bajó de la silla. Walter sólo tuvo tiempo de ver que parecía muy pequeña, más pequeña de lo que la recordara, y un poco asustada.

El padre Theodore le tendió la copa, y la chica bebió el resto del vino. Luego, interrogada por el sacerdote, dijo: «Sí» y cogió el anillo que estaba en el fondo de la copa. Cuando se lo hubo puesto en el dedo, el sacerdote puso la mano derecha en la cabeza a Walter y luego a ella.

—Os declaro marido y mujer —entonó en voz alta.

La ceremonia sólo había tardado unos minutos y la gente que les rodeaba no parecía haber comprendido su significado. Sólo entonces se atrevió Walter a mirar a su flamante esposa, y en ese momento tuvo clara conciencia de que la amaba. Comprendió que la había amado intensamente, con fervor, desde que se separaran, y que sólo porque su sentimiento del deber exigía la permanencia de su prometida fidelidad a Engaine había dejado de advertirlo antes. Se sintió tan seguro de estar obrando bien, que lo invadió una sensación de felicidad.

—¡Walter! —exclamó Maryam alzando la vista, con voz trémula.

A la muchacha le brillaron, radiantes, los ojos, por entre una niebla de lágrimas. Walter la cogió del brazo y murmuró:

—¡Ahora estás a salvo, gracias a nuestro vigilante padre Theodore!

Entonces los jóvenes de chaquetas estrelladas, que pertenecían al círculo de ancianos mercaderes que escucharan a Walter el primer día de su llegada, los rodearon para formarles una guardia personal. El padre Theodore, otra vez pergamino en mano, abrió la marcha hacia un costado de la plaza. Resuelto a dar una nota de

mayor regularidad al servicio, empezó a leer con voz sonora las plegarias que se viera obligado a omitir antes. Uno de los jóvenes cogió una guirnalda de flores blancas de una bandeja de vendedor ambulante y la puso alrededor del cuello de la novia.

Walter apretaba la mano a su esposa. La oyó decir en tenso murmullo:

—Hemos esperado mucho y hemos seguido esperando, pero por último ya no cabía la esperanza. ¡Estábamos seguros de que te habían matado!

La chica estaba pálida y delgada, y los ojos que volvió hacia él parecían más grandes que nunca. Walter vió también que Maryam estaba pobremente vestida. El manto que la cubría había sido una vez azul oscuro, pero ya por entonces estaba viejo y raído. Casi llegaba al suelo, y sólo dejaba ver las botamangas de unos angostos pantalones negros.

—Ahora no es el momento de hablar —dijo Walter—. Dentro de pocos minutos he de dejarte. Pero puedes estar segura, Taffy, de que ya no hay más peligro y nunca volveremos a separarnos.

—¡Apenas si puedo creerlo! —dijo ella, embriagada de felicidad—. ¡Pensar que estás vivo y juntos!

Pero a pesar de las afirmaciones de Walter, un peligro parecía inminente. Unos criados armados de Sung Yung estaban saliendo precipitadamente del depósito de sedas, mientras que su amo trataba de abrirse paso, con furibunda mirada, por entre la multitud. Chang Wu lo seguía.

Walter se adelantó e interpeló al mercader de sedas.

—Es usted Sung Yung y le conocen por El Fuego de Negras Nubes —dijo, y advirtiéndole que había hablado en inglés, se volvió hacia Chang Wu—. Dígame que estoy casado con la hermana de Anthemus, a la que ha estado manteniendo secuestrada sin derecho alguno. Habrá de comprender que este asunto no es ya de competencia de los jueces. La boda ha sido realizada públicamente ante toda esta gente.

—Será un placer repetir a este barril de grasa rancia lo que usted acaba de decir —declaró Chang Wu.

—También puede usted decirle que yo había esperado verle en otras circunstancias. Recibí instrucciones de Anthemus, que he cumplido en parte. No puedo ya seguir cumpliendo con lo convenido entre nosotros, pero le dice que le devolveré el dinero que ha gastado en mi viaje.

Chang Wu tradujo, y resultó evidente que estaba ampliando el mensaje. Walter se enteró con posterioridad que Chang Wu había añadido que el pago se haría en ese papel sin valor con que el mismo Sung Yung había inundado el país por orden de Anthemus.

El efecto de aquellas palabras fué mayor del que esperaba el enviado. Uno de los celosos custodios de la pareja sacó un fajo de arrugados billetes de un bolsillo y se los

arrojó a la cara a Sung Yung. Inmediatamente se oyeron gritos de: «¡Paz, paz!», en la plaza, y el enfurecido pueblo empezó a rodear al mercader en sedas.

El desorden que así comenzara se convirtió en un verdadero tumulto. Sung Yung fué zamarreado y abofeteado por enojadas manos, y su protuberante barriga fué la que absorbió la mayor parte de los golpes. Sus agudos chillidos para pedir auxilio se perdieron en el creciente clamor de la multitud. Un vendedor de pescado le golpeó el rostro con su cesto. El mercader perdió el equilibrio y cayó en el pavimento de ladrillos. Inmediatamente se produjo una furiosa lucha alrededor de él entre la gente, que trataba de darle puñetazos y puntapiés al postrado cuerpo.

Entre tanto, otros arrancaron el gusano de seda de oro de la puerta de entrada del depósito y lo rompieron en mil pedazos. Un hombre se apoderó del extremo de uno de los enormes carreteles de seda amarilla y salió corriendo con él hasta que la seda se estiró hasta el otro lado de la plaza, como el fuego del cielo al cual Sung Yung debía su nombre. Otros siguieron el ejemplo, y pronto hubo largas franjas escarlatas, azules y verdes que salieron del depósito en todas las direcciones. Todos gritaban: «¡Paz, paz!». Las pocas dagas que aún se veían fueron arrancadas del suelo y substituidas por ramas de sauce. La tienda de un mercader en té, uno de los pocos que publicara su deseo de que prosiguiera la guerra, fué invadida por el populacho. Los cajones que contenían la mercadería fueron arrastrados a la calle, donde fueron apilados e incendiados. La vista de las enormes llamas incitó a los revoltosos a atacar otras tiendas cuyos dueños eran notorios simpatizantes de los proyectos de Sung Yung.

Cuando el grupo que rodeaba el foco central del disturbio se dispersó, pudo verse que Sung Yung no iba a poder ya ejercer influencia alguna en la política. Le habían cubierto la cabeza de pedregullo, que fué apisonado hasta que aquel enorme cuerpo hubo dejado de moverse.

Temeroso de que se hiciera tarde para la audiencia en el Gran Palacio Interior, Chang Wu dirigió a sus compañeros por una callejuela hacia uno de los angostos canales que dividían la ciudad. Allí Maryam fué embarcada en una barcaza con el padre Theodore y dos hombres de escolta, con instrucción de que llevaran a la muchacha a casa del enviado para que descansara por el resto del día. El rostro de Maryam, al contemplar a Walter desde su asiento en la popa reflejaba tanta ansiedad y asombro que el muchacho bajó al desembarcadero y dijo:

—Sólo es por unas horas, Taffy. Me uniré contigo lo más pronto posible.

La barcaza se alejaba ya, y la chica sonrió y saludo con la mano a su marido al desaparecer por un codo del canal.

—¡Vamos! —dijo Chang Wu con tono de urgencia—. Se perderá una oportunidad magnífica si llegamos tarde a la audiencia de Su Grandeza Imperial.

IV

Promediaba la tarde cuando llegaron al palacio, y, según la costumbre de la corte, la puerta del *Ta-ching*, la sala de audiencias, incrustada de oro, había sido cubierta por colgaduras de seda azul. Traspusieron ese formidable portal y fueron escoltados a través de un imponente corredor que parecía extenderse indefinidamente ante ellos. Walter percibió en seguida un cambio en la atmósfera. En aquel enorme palacio reinaba el misterio. Era como si estuvieran acercándose cada vez más al centro mismo de la sabiduría oriental, a la sede del poder verdadero. Las paredes eran tan altas que las palabras, al llegar arriba, se mutaban en fantasmales ecos. Los pilares tenían las formas más fantásticas; eran una sucesión de caras de gárgolas que asomaban en los lóbregos capiteles, desde donde expresaban su enojo por la intrusión. Muy lejos, ante ellos, en medio de un rojo fulgor, se hallaba la imagen de un ídolo sentado, verdadera representación gargantuesca de la forma humana convertida en algo que podía ser Dios o enemigo. Cruzadas sobre el vientre del ídolo había unas manos inmensas y el enorme rostro estaba vuelto de modo que diera frente al corredor.

Llegaron a otra puerta revestida de seda azul, pero mucho más pequeña que la anterior, y el cortesano que encabezaba la marcha la abrió con ceremonioso gesto.

—¡Hagan una reverencia! —exclamó dando el ejemplo, poniendo rodilla en tierra, y levantándose cuatro veces sucesivas.

Se encontraron en una habitación relativamente pequeña aunque maravillosa. Las paredes eran de mármol incrustadas de oro, marfil y jade. El techo era alto y profusamente arqueado. De él colgaban por lo menos unas veinte lámparas de cristal de curiosa forma. En el extremo opuesto había un trono de jade, en el cual estaba sentada una mujer de rostro pintado.

Aquella mujer era pequeña y vivaz como un mono. Sus ojos, cuya mirada fijó en seguida en el inglés, tenían un brillo malicioso. Cuando se irguió en su trono, el movimiento hizo que brillara un enorme diamante que llevaba en el peto de su vestido color escarlata, bordado con todos los símbolos de las Cien Antigüedades. Walter advirtió que tenía las manos tan cargadas de anillos que sólo se le veían las uñas, que parecían purpúreos picos de ave.

«Es peligrosa, y sus humores son imposibles de predecir», pensó, intranquilo.

Los únicos otros ocupantes de la habitación eran dos hombres de rango cortesano evidentemente alto, que se hallaban, solícitos, de pie a cada lado de la mujer sentada en el trono de jade. Uno de ellos era militar, y ostentaba un peto sobre el cual se hallaba cincelada una cabeza de tigre. El otro llevaba un globo de coral rojo opaco en el chato sombrero, lo cual lo distinguía como perteneciente al círculo de consejeros imperiales privados. Ambos eran tan viejos que parecían frutas heladas abandonadas

en una desolada rama de otoño.

La Emperatriz tenía la mirada fija en Walter y conversaba con los ancianos en un tono que daba la impresión de acusar entusiasmo. Chang Wu murmuró:

—El color del cabello de usted ha intrigado a Su Ilimitada Magnificencia.

Entonces el enviado fué invitado a tomar parte en la conversación. Erguido ante el Trono de Audiencia, con los brazos a lo largo del cuerpo, Walter observaba cuanto ocurría con una sensación de creciente malestar. Le parecía evidente que las cosas habían tomado un giro inesperado. La expresión del rostro de Chang Wu era prueba de ello, pues reflejaba a la vez sorpresa y profunda aunque respetuosa disensión.

Por último, el enviado volvió al lado de Walter.

—No habrá conversación hoy —dijo con algo de rebelión en la voz—. Tengo extrañas noticias para usted, joven viajero, pero éste no es lugar para dárselas. Ahora tenemos que irnos.

Walter se encontró con la negra mirada de la Emperatriz, mas no vió en ella hostilidad alguna. La mujer por el contrario, parecía un tanto atemorizada, y era evidente también que se le había levantado el espíritu. Dijo algo con voz chillona, y en su arrugado rostro se dibujó una caricatura de sonrisa.

El muchacho hizo cuatro reverencias y salió de espaldas de la habitación, sin que la mirada imperial se apartara de él.

El cortesano del globo de coral abrió la marcha por un laberinto de corredores hasta llegar a un jardín que se extendía por varios centenares de varas, y en el cual había muchas casitas apenas visibles por entre los árboles y arbustos.

—Aquí viven los funcionarios de la corte —dijo Chang Wu, señalando con el abanico en dirección a las casas.

Suspiró e indicó una de ellas.

—Ésta será para usted —dijo suspirando—. Se llama La Morada de la Felicidad Eterna. Es un nombre apropiado para la casa de un hombre que acaba de casarse.

Walter se quedó atónito.

—No comprendo qué significa esto, ilustre Chang Wu. ¿Por qué he de quedarme aquí?

—Eso se le dirá a su debido tiempo. Primero hay que observar normas de etiqueta de palacio.

La Morada de la Felicidad Eterna estaba tan bien oculta detrás de los abundantes arbustos, que en un primer momento Walter nada vió sino las brillantes tejas amarillas del *t'ing*, techo alto y triple. Al examinarla más de cerca, resultó ser una casa encantadora y mucho mayor de lo que pareciera a primera vista; era una construcción de una sola planta, de paredes amarillas y de pilares en lo alto de una escalinata de ladrillos rojos. En vez de los dragones que generalmente servían para la decoración, la casa ostentaba dibujos de flores en rojo sobre la alta techumbre. La

puerta estaba abierta de par en par, primera indicación de la felicidad tan generosamente prometida.

Adentro les esperaban nuevas indicaciones: un sonriente criado y los hermosos rostros de dos doncellas que espiaban por detrás de aquél, una mesa cubierta de flores y frutas, un agradable olor a incienso y una vista de limoneros verdes por una puerta abierta en el extremo opuesto del vestíbulo. El criado se inclinó profundamente varias veces e hizo un gesto para invitarlos a pasar a una soleada habitación que se veía a la derecha. Chang Wu abrió la marcha, pero el criado se quedó en la entrada.

Chang Wu llevó a su compañero al fondo de la habitación, donde podían hablar sin peligro de ser oídos.

—El cuervo de los malos presagios está posado en nuestros hombros —declaró el enviado, tirándose de la barbilla con sus delgados dedos—. Ya le he hablado a usted de la fe que tenemos en las profecías. Su Magnificencia Imperial, que ha deseado la paz porque temía el invencible poder del dragón de los Cien Ojos, recordó otra profecía al ver el color del cabello de usted. Es una profecía muy vieja y data de hasta donde alcanzan nuestros recuerdos, aún más allá del gran emperador Fohi, de ilustre memoria. Muchos creerán como ella. Dice la profecía: «En una época de gran peligro, llegarán dos aves de plumaje de oro del oeste, y las nubes del desastre se disolverán como una neblina».

Y el rostro del enviado reflejó las malas consecuencias que preveía.

—La Emperatriz está segura de que nada tenemos que temer, que los dioses de las Lejanas Nubes nos han enviado esta muestra de su voluntad de protegernos y guiarnos a una paz victoriosa.

Walter se quedó abismado ante aquel inesperado y extraño giro de los acontecimientos.

—¿Será posible que el destino del país pueda depender de una antigua profecía? —preguntó—. Mucho me cuesta creerlo, Chang Wu.

—Algunos de nosotros no confiamos en tales cosas, pero existe la seguridad de que nuestras voces no serán oídas ahora. Hasta he de decirle que el único paso que se está dando para calmar los disturbios de la ciudad es distribuir citas de los escritos de los filósofos en que se exhorta a una vuelta a la calma y meditación.

—¿Olvida la Emperatriz que he estado con los ejércitos de Bayan y que mi propósito al venir aquí es convencerles a ustedes de la inutilidad de una mayor resistencia?

Chang Wu movió la cabeza.

—Eso no importa. Usted ha venido, y eso basta.

—Pero si he oído bien, las aves de dorado plumaje han de ser dos y no una sola.

—Eso es lo extraño —dijo el enviado—. Es usted el segundo en llegar. El primero fué llevado a palacio unas horas antes.

Walter se sobresaltó de pronto, y cogió el brazo de su compañero.

—¿Otro hombre de cabello amarillo? Dígame, Chang Wu, ¿es alto? ¿Más alto que yo? ¡Debe ser Tris! —exclamó, entusiasmado—. No podría haber otro blanco en China en estos momentos. Esto significa que no ha muerto. Ha sido capturado y logró escapar.

—No lo he visto —dijo Chang Wu—. Llevarán a usted a su presencia en cuanto haya recibido los regalos que Su Magnificencia Imperial ha elegido para usted.

El cortesano apareció en el marco de la puerta y se inclinó diciendo algo en un tono de profundo respeto.

—Los regalos han llegado —declaró el enviado—. Su Grandeza desea demostrar su gran alegría ante la aparición de las dos aves de tan buen presagio. Encontrará usted, joven estudiante, que los regalos corresponden al importante papel que le toca ahora desempeñar.

Hubo un ruido de entusiasmadas charlas a la entrada, y de pronto una larga fila de doncellas vestidas de librea, blanca y purpúrea, hizo su aparición. Las muchachas llevaban cajas de marfil de tamaños diversos. El cortesano se inclinó ante Walter y dió una orden. Las doncellas depositaron las cajas en el suelo y se retiraron.

Al ser abierta la primera caja, Walter vió que contenía objetos de jade delicadamente tallados, anillos y pulseras, broches, cadenas y hasta una copa para vino muy pequeña. Aquellos objetos eran de los colores más preciados: rosa, cielo de medianoche, luciérnaga, blanco, rojo dragón y verde imperial. Walter eligió una cadena primorosamente tallada y la examinó a la luz.

—Éste será un agradable regalo para mi esposa —dijo, pensando en el hermoso contraste que haría en el blanco cuello con los rizos de oscuros cabellos.

—Muchas cosas habrá para adornar la agradable persona de la flamante esposa de mi amigo —dijo Chang Wu.

Todo cuanto había en la caja parecía idealmente apropiado para el adorno de una novia: una mariposa verde de alas amplias que podía ser usada como diadema; un anillo blanco con rojos ojos de dragón; pendientes de los matices más delicados de coral. Seguro ya de que el otro rubio llegado a palacio sería Tristram, a Walter se le había aliviado el espíritu de la depresión que tanto lo obsesionara todo el día, y el muchacho se entregó a un minucioso examen de los regalos, con alegría sin par.

—¡Qué bien le sentará esto! —decía—. ¡Cómo le brillarán los ojos al ver estotro!

La segunda caja contenía un chal de diseño exquisito. El tercer regalo era un anillo con una enorme y pura esmeralda. La cuarta caja era mucho mayor que las demás, y Walter la abrió lentamente, preguntándose qué maravillas podría contener. Se quedó atónito al vislumbrar el contenido.

Aquella caja estaba llena de piedras sin engarzar. La primera capa era toda de esmeraldas, rubíes y zafiros en su mayoría de descomunal tamaño y gran valor.

Debajo de aquella capa había una brillante masa de todas las variedades conocidas de piedras semipreciosas: berilos rosados, rubicelas color naranja, cálidas amatistas, enormes ópalos de fuego que contrastaban con los tonos más oscuros de los ojos de gato. El muchacho cogió aquellas piedras en la mano, totalmente hechizado, observando el juego de colores, con clara conciencia de que tenía en su poder el rescate de un rey. ¡La fortuna en busca de la cual fuera a Oriente ya era suya!

Chang Wu había parecido poco preocupado por los regalos hasta ese momento. Cuando Walter hubo recuperado bastante coherencia para comentar la munificencia de la Emperatriz, dijo:

—Espere, joven estudiante —e hizo una seña al cortesano, quien se inclinó más profundamente aún y abrió la mayor de las cajas.

—Éste —dijo Chang Wu, sacando un cacharro de la caja—, es *nanting*. No es antiguo, pero por eso mismo es más valioso. Las porcelanas que fabricamos ahora son mucho más finas de las que se hicieron bajo las dinastías pasadas. Vea, ¡es fino como papel!

Tocó la superficie del cacharro con la uña, lo cual produjo un sonido como de campana.

—En opinión de este humilde servidor —dijo—, no hay una pieza más fina en toda China.

Walter cogió el cacharro, vacilante, temiendo que se le rompiera entre las manos.

—La Emperatriz está superando todos los límites —dijo.

—Hay que hacer que los dioses sean propicios. A los ojos de Su Suprema Munificencia es usted un dios.

Walter empezó a sentirse preocupado por su actitud futura.

—Pero cuando vuelva a mi puesto al lado de Bayan... —empezó, vacilando.

Chang Wu movió la cabeza.

—No está dispuesta a dejarle regresar. Las aves de dorado plumaje deben ser conservadas aquí para que su favorable influencia se ejerza en favor nuestro.

—¿Me retendrán pues en rehén?

—Las cadenas que le sujetarán serán de oro, joven estudiante. Pero lo cierto es que habrá guardias estacionados alrededor de las paredes de la Morada de la Felicidad Eterna.

Walter pareció asombrado por un rato. Luego sonrió y meneó la cabeza:

—Por cierto que me encuentro en una situación paradójica, ilustre Chang Wu —dijo—. Confieso que no llego a comprender. La misión en cuyo cumplimiento vine era para proteger los mejores intereses del país de usted. Ahora parezco condenado a deshacer cuanto hemos realizado. ¿Cómo he de poder explicar todo esto a Bayan, mi señor?

—Sólo podemos esperar que con el tiempo unos consejos más sensatos

prevalezcan sobre el optimismo creado por la antigua profecía —contestó el enviado tristemente.

El cortesano volvió a llamar, y una hermosa muchacha envuelta en una túnica color de melocotón entró en el cuarto llevando una caja de dimensiones mucho mayores que las demás. Se sonrió, deleitada, al entregársela al inglés.

Al abrir Walter la caja, una cabeza peluda asomó por la abertura y un agudo ladrido resonó en la habitación. El muchacho cogió al perrillo y advirtió que cabía fácilmente en la palma de la mano. El animalito era de color tostado, y sus ojos, cual ágatas castañas, llenaban una parte tan grande de su cara que no era extraño que quedara tan poco lugar para el achatado pretexto de nariz. Una lengua sonrosada se asomó dos veces para besar la mano del inglés como muestra de buena voluntad.

—Se llama Chi Wangti —dijo el enviado—, por el ilustre emperador que construyó la Gran Muralla. Su ascendencia es de impecable realeza y puede remontarse a mil años. La mano de la Emperatriz ha acariciado a menudo la cabeza de este raro ejemplar.

Walter se acercó el perrillo a la cara y la sonrosada lengua le tocó la punta de la nariz.

«Estoy seguro —se dijo para sí— que si Maryam tuviera que elegir entre todos estos regalos uno solo, éste es el que preferiría».

Un alegre ambiente de actividad reinaba en los departamentos de la servidumbre del Gran Palacio Interior. Cuando Walter y su guía llegaron al Patio de los Contentos Servidores, el inglés se asombró de que pudiera reinar tanta despreocupación bajo la amenaza de muerte y rapiña que se cernía sobre la ciudad. Enterado, Chang Wu se encogió de hombros.

—Estos estúpidos viven en un mundo que termina con las murallas del palacio —dijo—. Hasta es posible que muchos no sepan que hay guerra. Más todavía, puedo decir a usted que hay casas de juego donde príncipes de la sangre arriesgan grandes fortunas a la suerte de los dados; en tales casos, los ecos de la guerra resuenan tan levemente que los jugadores se miran asombrados cuando se menciona a Kublai Khan.

Luego añadió, tratando de agotar el tema:

—Nuestro país es vasto, y no hay un solo hombre que pueda decir cuántos millones de habitantes tenemos. No es, pues, extraño que se dé poca importancia al aleteo del dios de la guerra extranjero. El mayor bullicio en el Patio de los Contentos Servidores provenía de un rincón. Al dirigirse Chang Wu hacia allí, Walter vió que el centro del interés era un hombre encerrado en una jaula de madera. Llegó a estar a seis metros de la jaula antes de ver un largo arco inglés atado a la parte superior de la jaula, y darse cuenta de que el hombre que se hallaba en su interior era Tristram.

El prisionero se hallaba sentado en posición incómoda, con la cabeza apoyada en

las rodillas. No le era posible adoptar otra posición; la jaula era una de aquellas prisiones inventadas para torturar, en las que el ocupante no puede ni sentarse erguido ni estirarse. Era imposible verle bien el rostro, pero lo poco que se le veía estaba demacrado e increíblemente sucio. El lacio cabello le colgaba más bajo que los hombros.

—¡Tris! —exclamó Walter, abriéndose paso por entre los espectadores.

Lo ocurrido le resultaba ya claro. Su amigo había sido capturado y llevado a través de China en esa cámara de tortura portátil.

—¡Tris! —volvió a exclamar.

—El enjaulado alzó un demacrado rostro cuyos ojos parecían espiar desde grandes profundidades como los de un animal acorralado. Sus rasgos se desfiguraron en un esfuerzo por sonreír.

—¡Wat! —murmuró.

Quiso instintivamente levantar la cabeza, mas dió con ella en los barrotes superiores de la jaula. Luego volvió a caer, diciendo con débil voz:

—¿Eres de veras tú? ¡Oh, Padre Nuestro que estás en los cielos, te lo agradezco desde lo más hondo de mi alma!

Walter cogió violentamente del brazo a Chang Wu.

—¡Hay que ponerlo en libertad en seguida! Es mi amigo. Ahora resulta evidente que Lu Chung lo vendió a los bandidos.

—El deseo de usted significa su libertad. Lo trajeron esta mañana. Sólo cuando llegó usted, la segunda de las aves de plumaje dorado, este hombre cobró cierta importancia. Lo soltarán inmediatamente.

Chang Wu dió una orden a un alto chino que estaba al lado de la jaula con una pica en la mano. El guardián sacó una llave del cinturón y la metió en la cerradura. En un primer momento, la llave no funcionó. El hombre se puso a maldecir mientras forcejeaba.

—¡Dígale a ese imbécil que rompa la jaula! —gritó Walter, acercándose y diciendo a su amigo—: ¡Valor, Tris! Te sacaremos en un santiamén.

El guardián logró por fin hacer dar vuelta a la llave. Luego abrió uno de los costados de la jaula e hizo señal al prisionero de que saliera; Tristram trató de levantarse sobre los brazos, pero le faltaban fuerzas. Volvió a caer contra los barrotes.

Walter hizo a un lado al guardián y se arrodilló ante el postrado cuerpo.

—Ahora estarás bien, Tris —le dijo. No tienes que tratar de moverte. En seguida te meteremos en una cama mullida y caliente.

Se le habían llenado los ojos de lágrimas y no pudo contenerlas.

—¡Tris, Tris, qué te han hecho!

Chang Wu había estado dando órdenes, y de pronto se presentó un criado con una copa de vino. Walter se la llevó a los labios a su amigo.

—Esto es lo que necesitas. Bébelo y te dará fuerzas.

Tristram logró tomar un trago, y se puso a toser por el efecto del fuerte líquido. Tardó un rato antes de poder beber más. Después de varios tragos, sin embargo, reunió bastantes fuerzas para abrir los ojos.

—¡Qué bueno! —murmuró.

—¿Cuánto tiempo te han tenido así?

—Desde que me capturaron —contestó Tris, cuyo largo y macilento cuerpo se estremeció—. Parece que hace años. Perdí toda noción del tiempo después de las primeras semanas.

Chang Wu interpuso una explicación.

—Los que le han tomado prisionero, que serán castigados debidamente en su oportunidad, han estado exhibiéndolo. Este guardián me dice que ha sido llevado por tres provincias. Se ha cobrado dinero por el privilegio de verlo.

Walter miró al enviado.

—Lo han hecho pasar hambre. ¿Cree usted que lo han dejado salir alguna vez de esta jaula?

—Hablo sin saber, pero me parece poco probable que le hayan permitido salir.

—Ni una sola vez —contestó Tristram cuando Walter se lo hubo preguntado, moviendo débilmente la cabeza apoyada en el hombro del amigo—. Si me quejaba, me pinchaban con sus sables; parecía que continuamente había rostros a mi alrededor. Me pinchaban también con palos afilados por entre los barrotes.

—Maryam está aquí —dijo Walter—. La encontré hoy. Ahora que estamos todos juntos, ya no hay más que temer. Tristram hizo otro esfuerzo por sentarse, con nueva vida en la mirada por el alivio que sentía. ¡Maryam aquí! Yo temía... ¡Por fin puedo tener algo de paz! Estaba seguro, Wat, de que había sido vendida por aquel chino. ¡Por la Cruz que tus palabras me han devuelto ya algo de vida!

Llegaron unos criados con una litera. Cuando lo hubieron colocado sobre ella, el enfermo levantó un brazo:

—Mi arco —dijo—. No dejes que se lo lleven, Wat. Siempre ha estado allí donde yo podía verlo y fué el único consuelo que tuve. Era un recuerdo de nuestro mundo.

Chang Wu impartió algunas instrucciones y se volvió hacia Walter.

—Lo alojarán en una casa cercana a la de ustedes. He mandado buscar a los médicos de la corte ya allí lo atenderán —dijo, y, como disculpándose, prosiguió—. Ha sido dispuesto que no salga usted del palacio, de modo que no le será posible unirse a su mujer en la humilde casa de su servidor. En cuanto me lo permitan mis obligaciones, iré a verla y le contaré lo ocurrido, para que esté tranquila. Mañana la traerán a la Morada de la Felicidad Eterna. ¿Puedo expresar la esperanza de que el nombre de ésta resulte apropiado?

CAPÍTULO DÉCIMO PRIMERO. LA MORADA DE LA FELICIDAD
ETERNA

I

Cuando Tristram, completamente agotado, hubo entrado en un sueño que los médicos dijeron iba a durar veinticuatro horas, Walter resolvió volver a su casa. Dos guardias le siguieron, enormes individuos de sables suspendidos al hombro y yelmos en forma de cabezas de dragón.

«Parece que estoy vigilado de cerca», se dijo el muchacho al avanzar en la oscuridad.

El criado lo recibió en la puerta y lo llevó a una habitación con paredes y piso de azulejos, en cuyo centro había una bañera en forma de piscina, con agua que corría desde un depósito situado en el techo. Walter se desvistió y se metió en el agua, y encontró una intensa satisfacción en su frescura después del calor y la tensión de aquel largo día. Contra la pared había una rueda sobre la cual se hallaban toda clase de utensilios de tocador. El criado movió dicha rueda para mostrar que podía alcanzarse cualquiera de estos artículos sin necesidad de salir del agua.

Terminado su baño, Walter fué ayudado a ponerse unos pantalones de seda, una camisa y unos escarpines lujosamente forrados de lana. El criado señaló una puerta y dijo algo en un tono que parecía expresar, a pesar de la baja y respetuosa reverencia, algo de malicia.

Walter se encontró en una larga habitación de muchas ventanas, apenas iluminada por una antorcha en un rincón. Su olfato antes que su vista le indicó que las paredes estaban cubiertas de flores. Había una mesa y una alta ánfora de vino sobre una bandeja en el suelo, pero, como el muchacho no sentía hambre se dirigió a un bajo diván que había en el centro de la habitación. Apenas había dado unos pasos, cuando el silencio fué roto por un agudo ladrido y el perrillo Chi Wangti se lanzó hacia adelante para repeler cualquier invasión. Las mantas del diván se movieron y una soñolienta voz dijo:

—¿*Sai*?

Walter no necesitó el empleo de esta palabra griega para comprender que se trataba de Maryam. La muchacha se sentó en la cama y se pasó una mano por los ojos.

—¿Eres tú, Walter? —preguntó—. No quería dormirme, pero debo haber estado muy cansada.

Walter se sentó al borde del diván.

—Chang Wu dijo que no vendrías hasta mañana —empezó, después de lo cual hizo una pausa por no encontrar palabras—. Es... una sorpresa muy agradable.

La muchacha se puso a hablar para ocultar una confusión parecida.

—¡Oh, vine con gran tren! Me trajeron en una litera cerrada, con linternas encendidas en los cuatro ángulos, rodeada de guardias con el sable en la mano. Pude

haber sido hasta la misma Emperatriz. Ese anciano me dijo que te sorprendería. Creo que así lo proyectó. Ha sido muy amable conmigo.

—¿Te dijo que encontramos a Tris?

—Sí, me lo dijo. Me sentí tan feliz, a pesar de enterarme que nuestro pobre Tris había pasado por muchas penurias. ¿Qué han dicho los médicos de la corte?

—Está muy débil, pero eso se debe al agotamiento y a la falta de alimentos. No corre peligro.

Walter había reunido por fin valor para mirarla a los ojos.

Con gran asombro vió que la muchacha estaba completamente vestida.

—¡Maryam! —exclamó cogiéndole una mano y apretándola entre las suyas—. Soy incapaz de hallar palabras para expresarte lo feliz que me siento. Aquí estamos los tres, y nuestras dificultades parecen haber terminado, por el momento al menos. Tris volverá a ser el mismo cuando haya descansado como corresponde. ¡Y tú eres mi mujer! —añadió, después de una pausa.

Aunque la muchacha dejó su mano entre las de él, Walter tuvo una sensación de reserva por parte de ella.

—Mucho tenemos que hablar sobre eso, Walter —dijo Maryam—. He estado pensando, y... y estoy segura de que te has casado conmigo porque era la única forma de salvarme de ser enviada otra vez a Antioquía. Has sido muy generoso y noble al hacerlo, y tienes que saber lo agradecida que te estoy. Te amaré por esto toda mi vida. Pero... esto no debe ser un obstáculo para tus verdaderos deseos. Eso lo tengo resuelto.

Chi Wangti se había echado sobre las mantas al lado de Maryam. Para aliviar la tensión, la muchacha se incorporó para acariciarle la cabecita.

—Nos hicimos amigos mientras te esperaba —dijo Maryam—. Creo que es un perro, pero nunca he visto a ninguno como éste, debe ser un cachorro.

—No, ya tiene su tamaño de adulto. Pertenece a la raza más antigua de perros del mundo, y su linaje tiene el sello de la realeza. Su genealogía se remonta hasta más allá de la época en que los hijos de Israel llegaron a la tierra de Canaán. Me proponía regalártelo, pero —añadió sonriendo— es evidente que Chi Wangti ha resuelto el asunto por sí mismo. Te ha jurado lealtad y fidelidad al tomarte por ama.

—Ya me gusta mucho —dijo la muchacha, inclinando la cabeza sobre su nuevo animal favorito.

Walter empezó a hablar con cierta vacilación, tratando de hallar las palabras precisas que necesitaba.

—Cierto es que no me propuse violar mi juramento, como hizo mi padre. Pero cuando el estar tú en peligro desplazó a todas las demás consideraciones, comprendí que había hallado la justificación. No sería sincero sino te dijera que quiero que comprendas que mi juramento ha sido vano y que hice lo que hice con la mayor

alegría del mundo.

—Te estás mostrando más generoso aún —dijo ella en voz baja—. Hemos de ser completamente sinceros entre nosotros, Walter. Ahora estoy a salvo y si sientes como lo creo, no te será difícil romper este lazo. Nada haré para impedírtelo. Me parece que el servicio que recitó el sacerdote no es válido.

Walter estaba empezando a sentirse más seguro de sí.

—El pobre padre Theodore se sentía desesperado por la forma en que hubo de hacerlo —dijo, sonriendo—. Recitó las plegarias a toda prisa. Pero estoy seguro, Taffy, de que, a pesar de todo, el casamiento es perfectamente válido.

—No, si quieres anularlo.

—Pero ¡si no tengo deseo alguno de anularlo! —exclamó él, poniéndole ambas manos sobre los hombros y atrayendo hacia sí a la muchacha, que tembló bajo su contacto sin alzar, sin embargo, la mirada—. Maryam, te quiero. Necesité esta larga separación para darme cuenta, pero hoy, en cuanto te vi, sentí que te amaba desde el momento en que nos separamos en el desierto.

La atrajo más contra sí, hasta que la cabeza de la muchacha le descansó en el hombro.

—Te quiero tanto, que le estoy agradecido a Lu Chung por lo que hizo.

—¿Estás seguro de que no te arrepentirás? —preguntó ella—. ¿Siempre abrigarás el mismo sentimiento a mi respecto?

—La única promesa que me preocupa es la que hice hoy, y le seré fiel mientras tenga aliento en mi cuerpo. Lo único que puedo pensar es que te amo y que eres mi esposa.

Maryam lo abrazó.

—¡Qué feliz me has hecho al decir eso! Apenas puedo creer que sea cierto. ¿Acaso necesito decirte, Walter, que te amo? Mucho me avergüenzo de no haber podido ocultarlo nunca.

Y soltó un suspiro de satisfacción.

—Ahora si puedo convencerme de que soy en realidad tu esposa, y que nada se interpondrá entre nosotros, ni siquiera tus recuerdos. Comprendí el valor del compromiso contraído con tu Engaine, querido, y nunca te lo eché en cara. Yo también me siento agradecida a Lu Chung y a ese horrible hombre gordo —exclamó, echándose a reír—. Pero creo que hemos de casarnos debidamente en cuanto podamos. Ahora no puedo arriesgarme a perderte.

—Me considero casado contigo ante Dios y los hombres. Sin embargo, será como tú quieras. Será un placer oírte repetir la palabra «sí» otra vez —contestó Walter tocándole la manga de la túnica—. Codicio hasta el último momento que pueda pasar contigo ahora que sé lo que abrigamos en nuestros corazones. El separarnos aun por el tiempo necesario para quitarte esta túnica es una dura prueba que no me siento

capaz de soportar.

La muchacha alzó la cabeza, y Walter la besó con fervor. Luego se separó de él y bajó del diván.

—Pero tú tienes la culpa —le acusó—. Me había acostado a descansar y tardaste tanto en venir que me quedé dormida tal como estaba.

Y echó a andar hacia una puerta baja. Chi Wangti hacía tantos esfuerzos por seguir a la par de ella que saltaba literalmente sobre sus cuatro patas.

—Prométeme que te darás prisa —le gritó Walter.

—Volveré en seguida —prometió ella cerrando la puerta—. En seguida, Walter mio.

Cuando Walter se despertó, el sol estaba filtrando sus rayos por las ventanas de la Morada de la Felicidad Eterna. El muchacho se sentó en el bajo y amplio diván y miró a Maryam, que aún estaba durmiendo, vuelto el rostro hacia él, descansado en la palma de una mano. Sus oscuros rizos y delicados rasgos la hacían parecer muy joven.

«¡Qué estúpido enceguecido fui!» —pensó él—. «¿Cómo pude no amarla desde el primer momento en que la vi?».

Maryam se despertó y se sentó a su vez. El camisón de seda se le había caído a un lado y dejaba al descubierto un redondeado hombro y parte del brazo. La muchacha ocultó aquella desnudez poniendo su brazo sobre el de él y descansando la cabeza en su marido.

—Buenos días, esposo mío —dijo—. Me parece recordar que me hiciste muy hermosas promesas anoche. Espero que las tengas tan agradable y resueltamente en el espíritu como yo.

—Me sentiré feliz al repetirlas.

—Muchas veces te pediré que lo hagas. Pero hay una cosa que no me dijiste. Donde yo nací, es costumbre que los novios ofrezcan regalos por sus novias. ¿Qué alto precio habría exigido el cerdo codicioso de Anthemus si te hubieses dirigido a él? Y me pregunto cuánto habrías ofrecido, cuántas ovejas, cuántos caballos y cuántas monedas de oro y plata. ¿O quizá le habrías dicho que yo representaba poco valor en el mercado matrimonial y que debería estar contento de liberarse de mí?

—Mucho mejor es que te diga el ofrecimiento que te habría hecho a ti. ¡Mi amor por toda la vida! —exclamó el muchacho—. Mi amor eterno y mis brazos para protegerte de todos los temores y peligros mientras viviésemos.

—Ése es el ofrecimiento que me habría gustado oír —murmuró ella.

Resonó un agudo chillido que parecía provenir del techo. Walter se irguió y miró a su alrededor.

—¿Qué fué eso?

—Creo que era Peter, aunque no puedo ver dónde está. No me he separado de él.

Te ha salvado la vida, Walter mío, por eso no podía abandonarlo. Mahmoud vino conmigo anoche, y supongo que habrá traído a Peter consigo.

—¿Mahmoud? Había olvidado a ese pilluelo negro, pero me alegro de saber que él también está a salvo.

La muchacha miró el cuarto, cuyas paredes eran color verde pálido, cubiertas por colgaduras amarillo brillante.

—¡A qué hermosa morada has traído a tu esposa, señor! ¡Qué suerte que esta gente tenga una profecía sobre extrañas aves de dorado plumaje!

Puso un pie en el suelo y salió corriendo hacia el cuartito contiguo. Al transcurrir los días, Walter iba a darse cuenta de que su esposa estaba llena de energías. Parecía preferir correr a caminar. Sus dedos eran diestros en toda tarea; sus movimientos, graciosamente bruscos y su voz, a menudo jadeante en su prisa por decir las muchas cosas que se le ocurrían.

Desde el cuartito, gritó:

—¡Qué agradable agua caliente! ¡Y cuántas cosas agradables para que yo las use! ¡Qué perfumes, Walter! Parece que tengo dos doncellas, y que no me dejan bañarme sola. ¡Me va a encantar este lugar!

Pocos minutos después volvió al llamar para comentar otras maravillas.

—Debieras ver las ropas que hay listas para mí. ¡Qué hermosas prendas de seda! Apenas puedo esperar para ponérmelas. ¡Pensar que Mahmoud nunca tendrá que volver a robar para mí! ¡Walter, tendrías que ver mi vestido! Es de raso y tiene un dibujo de flores de loto. No me vas a conocer cuando salga.

—Te conocería aunque volvieras a salir con el rostro ennegrecido —dijo Walter.

—¡Oh, qué ocurrencia horrible! Voy a tardar mucho en mi tocado. Hay lociones y polvos de los cuales jamás oí hablar. Tendrás que tener mucha paciencia.

Mahmoud entró antes de que Maryam hubiera terminado de vestirse. Estaba muy orgulloso por las finas ropas que vestía y sonreía literalmente de oreja a oreja.

—Hace mucho que Mahmoud no ve al amo Walter —dijo—. He pasado momentos muy malos. La señora Maryam y Mahmoud creían no volver a ver jamás al amo.

Echó una mirada por el cuarto con expresión satisfecha.

—Hermoso lugar, amo.

—Estoy seguro de que has crecido varias pulgadas desde que no te veo. Vas a ser un muchacho alto, Mahmoud.

El chico se golpeó el pecho.

—Sí, amo Walter. Mahmoud ibn Asseult será muy alto. Y fuerte, también.

Y volvió a sonreír.

—Mahmoud está contento porque el amo se haya casado con la señora Maryam. Será una esposa espléndida.

—¿Crees, pues, que será mejor esposa que criado negro?

—¡Oh, sí! Será una esposa espléndida. Pero será bueno que el amo tenga un buen látigo colgado detrás de la puerta.

De pronto Walter sintió el terrible dolor que anunciaba uno de sus ataques. La habitación empezó a darle vuelta ante los ojos, y le faltó la respiración. Sólo tuvo tiempo de pensar: «¡Por qué habrá de pasarme esto precisamente ahora!», antes de que lo rodeara la oscuridad.

Cuando recobró conciencia de sí mismo, estaba en el suelo y Maryam se hallaba inclinada sobre él, mezcla de compasión y terror.

—¡Esas pobres espaldas! —decía entre sollozos—. ¡Qué le habrán hecho, qué le habrán hecho!

Walter se sentó con un esfuerzo.

—No has de preocuparte, Taffy. Me siento cada vez mejor. Es el primer ataque que me da desde hace varias semanas.

La muchacha contuvo sus sollozos lo bastante para preguntar:

—¿Eso fué lo que te ocurrió cuando huimos y te dejamos para que les hicieras frente?

—Apenas si logré escapar con vida. No tienes que compadecerte. Guarda tu compasión para cuando veas al pobre Tris. Él la necesita mucho más que yo.

—No me hablaste de esto —dijo en tono de reproche refiriéndose a las cicatrices de la espalda—. Sé que sentiré lástima por el pobre Tris cuando lo vea, pero ahora sólo puedo pensar en lo que esas terribles bestias te hicieron a ti. Walter, querido mío, ¿estás seguro de que mejorarás?

—Sí, estoy seguro. Salvo cuando me dan esos ataques, no siento dolor alguno ahora.

—¿Se irán alguna vez esas horribles cicatrices?

—Espero tenerlas siempre. Mahmoud estaba aconsejándome que tuviese siempre un enorme látigo detrás de la puerta, pero ahora es evidente que no he de necesitarlo. Cuando te muestres desobediente, diré: «Mira lo que hice por ti».

—¡Nunca seré desobediente! —exclamó ella—. Pero creo que yo sí tendré un látigo. ¡Para pegarle a ese desagradecido de Mahmoud!

II

Tristram se despertó en cuanto Walter entró en su cuarto. Su largo sueño le había hecho bien, y pudo sentarse en la cama. Se sonrió, feliz.

—¡Hola, Wat! Conque ¡estás aquí en persona! Temí que fuera un sueño.

Walter lo miró meneando tristemente la cabeza.

—¡Estás flaco como un cuervo en febrero! Tardarás largo tiempo en reunir un poco de carne alrededor de tus huesos, Tris. Esos crueles demonios lograron casi hacerte morir de hambre.

—He tenido muchos sueños, de los cuales ninguno fué agradable. ¡Eran locuras extrañas y terribles!

Y Tristram miró a su alrededor con lento y penoso movimiento de cabeza.

—Si no estuvieses sentado aquí, juraría que esto es el paraíso. No hay barrotes. No hay feas caras que me miran de cerca. No hay agudos palos que se me hundan entre las costillas. ¡Diablos, tengo muy mala opinión de tu famoso Cathay, Wat!

—Maryam está aquí. Vendrá a verte dentro de poco.

—Quiero verla lo antes posible —dijo Tris, y, con tímida sonrisa, añadió—: Parezco un espantapájaros. Estoy negro y azul desde la cabeza hasta los pies, y se me ocurre que estoy lleno de tajos y magullones. Dos de estas doncellas de cara de galleta insistieron en darme un baño. No tuve fuerzas para resistir, aunque protesté en alta voz, y parecieron chocadas por el estado en que me hallaron.

Volvió a dejarse caer en la cama.

—Sin embargo, estoy mejor. Otro sueño como éste y me sentiré lo bastante bien para competir con el mejor arquero.

Walter se rió.

—Es el primer alarde que te he oído. Los médicos de la corte volverán a verte, y estoy seguro de que te quitarán esas ideas de la cabeza. Espero que estés lo bastante fuerte para partir antes de que los ejércitos de Bayan invadan la ciudad.

—Cuéntame qué ha estado ocurriendo. Apenas si necesito decir que nada he oído. En las ciudades en que me exhibían como un oso con un anillo en la nariz, no parecían saber que había guerra.

Bayan está actuando con rapidez. Estoy convencido de que el mundo nunca ha tenido antes semejante capitán. Las últimas noticias que tenemos es que está sitiando a la ciudad fortificada de Ch'aing-cha. En cuanto haya caído la plaza, el camino a Kinsai estará despejado.

Y Walter vaciló antes de proseguir con lo que debía.

—Tris, hay algo que tienes que saber. Me cuesta... Mucho me cuesta decírtelo.

Tristram había cerrado los ojos. Los abrió y miró ansiosamente a su compañero.

Maryam y yo nos hemos casado —dijo Walter precipitadamente—. Iban a

mandarla otra vez a Antioquía, y era el único modo de salvarla. Nos casamos ayer. Antes de que te viera.

El enfermo luchó por sentarse otra vez.

—¡Caramba, cuánto me alegro de saberlo! Estaba seguro de que ocurriría en cuanto recuperaras el sentido de las cosas.

—La amaba mucho. Temía darte la noticia porque sé que tú la amas también. Debe parecerte una traición, Tris, pero te juro que la boda no podía postergarse, y no sabía que habías regresado. De todos modos no habría sido posible hacerlo, pero me hubiera gustado decírtelo primero.

Los tristes ojos del enfermo lo miraron con expresión sonriente, como aceptándolo todo por completo. No hubo vacilación en su voz ni indicio alguno de reserva.

—¿Temías que lo tomara a mal? ¡Vamos, Walter, me conoces bien! Es cierto que yo también la amaba, pero tienes que creer, tú, el mejor de los amigos, que en ningún momento abrigué esperanzas de que se casara conmigo. Su corazón fué tuyo desde un principio. Ni aun cuando estábamos ambos seguros de que tú habías muerto, nada le dije a ella.

Y le tomó la mano a su amigo.

—Estoy seguro de que seréis felices. No me cabe la menor duda.

Walter pensó en la época en que los tres estaban juntos, cuando el amor de Tristram se había manifestado tan abiertamente.

«Éste es el hombre menos egoísta del mundo entero —pensó—. A pesar de lo que dice, creo que ha sido rudo golpe para él».

—Eres el mejor amigo del mundo —dijo en voz alta—. Franco y noble como un arco inglés.

Tristram sonrió levemente.

—Lo que he dicho me sale de lo más hondo del alma, Wat. No tienes por qué preocuparte por el pasado.

Y después de una pausa, añadió:

—Me elogias por mi condescendencia en abandonar algo que jamás he poseído, y que, además, nunca he esperado poseer. Siempre estuve resignado a ello. Creo que los que han elegido este lujoso nido para mí deben haber tenido una intuición de cómo es la cosa. La casa se llama La Morada del Guerrero Solitario.

Walter llevó a Maryam poco después. La muchacha soltó un involuntario grito de dolorida sorpresa, corrió hacia el diván y se arrodilló al lado del enfermo.

—¡Pobre Tris! —dijo—. ¡Qué flaco estás! ¡Qué mal lo has de haber pasado!

El arquero le tomó una mano.

—¡Taffy! —exclamó—. Ahora que estás aquí, y sé que te hallas a salvo y eres feliz, pronto recuperaré carnes y fuerzas para estos pelados huesos míos. Puedo ver

que eres muy feliz. Desearía que supieras lo contento que estoy por la noticia que me ha dado Wat.

Había hablado en inglés, y la muchacha lo miró asombrada.

—¡Oye! —dijo—. Debes recordar que apenas si entiendo más de tu idioma que de chino. ¿Has olvidado lo que te enseñé?

Tristram miró a Walter y movió la cabeza.

—Estoy lo mismo que cuando empecé. Explícaselo, Wat. Después de todas aquellas lecciones y la paciencia que Maryam puso en ellas, no puedo recordar una palabra. Todo se me fué de la cabeza mientras estuve en aquella jaula.

Cuando Walter hubo traducido a Maryam lo dicho por Tristram, la muchacha sonrió al enfermo y declaró que volvería a empezar a enseñarle.

—No volveremos a separarnos —dijo, sentándose en el suelo al lado del diván—. En cuanto tengas bastantes fuerzas, volveré a enseñarte *Bi-chi* y pronto lo recordarás todo. ¡Cómo hablaremos, entonces! ¡Tendré tantas cosas que decirte!

—Dice que está contento de que nos hayamos casado —le dijo Walter—. Y sabiendo lo poco egoísta que es, estoy seguro de que lo dice de corazón. Mucho me temo que yo me habría mostrado mucho menos filósofo de haber estado en su lugar.

Pocos minutos después llamaron a Mahmoud, y, de acuerdo con instrucciones de Walter, el chico empezó a alinear en el suelo las cajas que contenían los regalos de la Emperatriz. Tristram no pareció particularmente interesado aunque resultaba evidente que se asombraba ante la cantidad y la magnificencia de los presentes. Maryam estaba a la vez atónita y deleitada. Miraba de una caja a otra, dilatados los ojos de asombro.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Todo esto es para ti?

—Para nosotros —dijo Walter—. Son propiedad conjunta de los tres. Creo que mi parte será pronto transferida al cuidado y uso de alguien de quien estoy muy enamorado.

La muchacha tomó un enorme rubí y lo miró a la luz.

—¡Qué precioso es! —murmuró, arrebatada—. ¿Quizá quieras regalarme éste?

—Lo haremos engarzar en una cadena de oro para colgarla de tu hermoso cuello.

Y Walter se volvió hacia su amigo.

—¡Nuestras fortunas están hechas! —exclamó, exuberante—. ¡Cuando volvamos a Inglaterra, Tris, montaremos caballos de pura sangre y nuestros bolsillos resonarán de la dulce música del oro!

—Me alegro por ti, Wat. Parece ser una enorme fortuna.

—Somos ricos. Ni en sueños esperé esto. Ahora vamos a proceder a la repartición. ¿Qué vas a hacer con tu mitad?

—¡Mi mitad! —exclamó Tristram, echando la cabeza hacia atrás y soltando una carcajada—. No tengo derecho a nada de esto y menos aún a la mitad. Tú te lo has

ganado, Wat. Yo nada tengo que ver con eso.

—Fuiste el primero en mostrar tu plumaje dorado en Kinsai. Fué la coincidencia de nuestra llegada simultánea lo que llevó a la Emperatriz a mostrarse tan generosa en cuanto a nosotros. Como es natural, supuso que tú compartirías los regalos conmigo.

—Vamos, Wat, no dejes que tu generosidad te domine. No tengo derecho a esto, ni deseo especial alguno de tenerlo. ¿Qué haría con ello?

—Comprarás tierras —dijo Walter—. Tienes que comprar bastante tierra para volver a instalarte como firme ciudadano. ¡El terrateniente Griffen! ¿Cómo te suena al oído?

Nunca sentiría placer alguno con ese sonido —declaró el otro con repentina vehemencia—. No quiero título, Wat. Mi padre es un hombre libre, y sus hijos nunca estuvieron ligados a señor alguno, pero nada tiene. Tú serás quien compre tierra y tenga título.

—Yo no. A pesar de lo que dije, he cambiado de opinión. No tengo ya deseo por grandes posesiones. Tengo que ganarme un nombre honrado de algún otro modo.

Tristram lo miró, intrigado.

—¿Qué ocurrió que te ha hecho cambiar de opinión?

—He estado usando mis ojos y mis oídos desde que llegué a este país. La tierra es para los más, no para unos pocos. Estoy seguro que el propósito de nuestro Padre Celestial no ha sido el que unos pocos poseyeran toda la tierra en Inglaterra. Su voluntad no es que los demás vivan en servidumbre.

El enfermo se sentó en la cama y lo miró con brillantes ojos.

—Si es eso lo que piensas sinceramente, Wat —exclamó— entonces el único obstáculo que podía interponerse entre nosotros ha desaparecido. Nunca he pronunciado una palabra para combatir tu propósito; no me pareció propio hacerlo. Pero he estado pensando muy preocupado en lo futuro, temiendo que las distinciones de clase nos llevaran por caminos distintos.

Y de pronto la expresión de asombro le volvió al semblante.

—Pero ¿por qué me aconsejas convertirme en un terrateniente?

—Lo que yo pensaba era en una buena granja, lo bastante grande para que puedas vivir cómodamente sin temores de embargos. No te proponía una gran extensión de tierra dividida en granjas para arrendatarios ni reservas de caza. Te conozco demasiado bien para proponerte algo por el estilo. Pero, al fin y al cabo, Tris, eres de sangre campesina. Perteneces a la tierra. Lo que yo te aconsejo no se aparta de lo honesto.

Tristram recogió una cantidad de piedras bastante para cubrirle la palma de la mano.

Ésta será mi parte, pues, y no más, Wat. Estoy resuelto, y es inútil que trates de

hacerme cambiar de opinión. Es más que justo.

Miró a Maryam y sonrió.

—Tienes una mujer a quien mantener, y quiero ver a nuestra pequeña Maryam convertirse en una espléndida dama cuando la lledes a la patria. Y ahora que lo hemos arreglado todo, ¿qué proyectas hacer con tu parte?

Entonces le tocó a Walter dilatar los ojos.

—¡Tengo grandes proyectos! —exclamó—. Voy a introducir en Inglaterra algunas de las cosas maravillosas que he visto aquí en China. Esta gente podría aprender mucho de nosotros, sin duda, pero nosotros tenemos mucho más que aprender de ella. Algunas de las cosas que he hallado modificarán por completo la vida en Inglaterra, en particular, la fabricación de este material mágico llamado papel. Todavía no he aprendido cómo se hace, pero me han dicho que tienen un procedimiento de copiar escritos en papel por medio de un calco. ¿Puedes concebir lo que significaría que los Evangelios pudieran ser publicados en esa forma? Al tiempo, toda familia en Inglaterra tendría un ejemplar. Luego, el compás mágico, a este respecto tengo una aventura que contar, y el *Hua-P'ao* para que se use el polvo inflamable de Roger Bacon. Inglaterra se convertiría en el primer país de la Cristiandad si puedo enseñar a nuestra gente a fabricar estas cosas. Y ahora estoy cansado de hablar —concluyó, cogiendo unas piedras sin engarzar y tendiéndoselas a Maryam—. Estas debes coserlas en un forro de chaqueta. No tengo intención de dejar que te alejes de mi vista si puedo impedirlo, pero estamos en una tierra extraña y hemos de estar preparados para cualquier cosa que pueda ocurrirnos. Con estas piedras nunca te verás desamparada, aun cuando tengamos que separarnos en cualquier momento.

Maryam miró las gemas que tenía en la mano con preocupado ceño.

—Creo que es hora de que empieces a enseñarme a hablar inglés —dijo.

—Cada cosa a su tiempo, Taffy. Aún no he dominado bastante el griego moderno. Terminemos con eso primero.

—Sólo sé dos palabras inglesas —dijo la chica, solemne.

Su marido asintió:

—Walter y Londres. La primera, pronunciada en el tono en que hablas cuando piensas bien de mí es en sí algo agradable. Espero que el idioma entero suene con tanta dulzura en tus labios como mi nombre.

—Si nos separáramos, ¿qué haría yo? —preguntó Maryam con algo de pánico en la voz. ¿Cómo volvería a encontrarte?

—Pronto te daré la primera lección de inglés. Pero dame un poco de tiempo. Hemos de disponer de un poco de tiempo para nosotros sin pensar en asuntos tan serios y laboriosos.

En la pared que separaba ambas casas había una reja con aplicaciones de bronce. Las molduras tenían la forma de un dragón de ojos feroces y de erizadas escamas.

Maryam se detuvo y tomó el brazo a Walter.

—¡Mira! —dijo—. ¡Me mira a mí! No quiere dejarme entrar.

Walter se rió.

—Pues le presentaría batalla a un dragón viviente por mi dama. ¿No tienes fe en mis fuerzas para defenderte de un monstruo de bronce?

—Creo que este dragón está convencido de que no soy bastante digna para ser la esposa de un bravo caballero ni para vivir con él en la casa que custodia —insistió ella—. Estoy segura de que es un dragón obsequioso y que movería la cola como un fiel perro si yo fuera tu noble señora Engaine.

—¡Qué tonterías se anidan en tu cabecita!

—No, no es una tontería. Temo que haya dragones como éste en todas partes adonde vayamos en Inglaterra. Dragones que pueden hablar y que se reirán de la indigna esposa que el gran señor Walter trajo de Oriente.

—Todos dirán que eres la dama más divina de toda Inglaterra —le aseguró su marido.

Abrió la reja. Maryam hizo un movimiento de temor al pasar, mirando a la bestia mitológica con expresión poco convencida.

—Nada me importaría si tú siempre sintieras así —dijo—. ¡Si sólo pudiese estar segura de ello! Anoche, después que te hubiste dormido, me quedé despierta pensando en ella. Temo lo que pueda ocurrir. ¿Me verás en Inglaterra con los mismos ojos con que me miras aquí?

Desde el interior de la otra casa, el dragón de bronce presentaba un aspecto totalmente diferente. Parecía de pronto haberse tornado benévolo y sus ojos saltones se fijaban en la pareja con una expresión de fiel guardián.

Maryam se echó a reír, aliviada.

—¡Ya me siento mejor! —exclamó—. Todo me parece tan bien y seguro cuando tengo conciencia de estas paredes que nos rodean... Solos, tú y yo, Walter, mientras el mundo entero está excluido... ¿Por qué tendremos que irnos de aquí?

De pronto se volvió y lo abrazó con fuerzas.

—¿Por qué no hemos de quedarnos aquí para siempre? ¡Seríamos tan felices!

—Es imposible, Taffy —declaró él—. Temo que este agradable mundo se vea arrebatado por una fea tormenta. Pero aun cuando pudiésemos estar seguros de que las cosas siguieran como hasta ahora, no sería bueno que nos quedáramos. Pertenece a Inglaterra. Tengo muchas cosas que hacer en la patria.

La muchacha hizo una seña de asentimiento con la cabeza.

—Evidentemente sé que tenemos que ir allá —dijo—. No lo decía muy en serio. Seré feliz al ir contigo a cualquier parte del mundo, Walter mío.

Sin embargo, miró a su alrededor con expresión de pesar. Una leve brisa estaba agitando los limoneros y el verde follaje que los rodeaba por todas partes. No podían

ver más que el acogedor techo de la Morada de la Felicidad Eterna. El mundo entero parecía excluido.

Maryam volvió a suspirar.

—¡Pero aquí todo es tan divino!

III

El último y sonoro «amén» resonó con ecos en la Morada de la Felicidad Eterna. El padre Theodore volvió a colocar la hoja de pergamino en la bolsa que llevaba suspendida del cinturón. Maryam se apoyó en el brazo de Walter, y ambos se sonrieron, felices.

—No bebiste toda tu parte de vino —protestó ella—. Creo que eso significa algo.

—Significa que seré un esposo demasiado indulgente. Pero así iba a serlo, con vino o sin él.

Y Walter se miró las botas, cuyas puntas se volvían hacia arriba y que tenían en la caña unas amarillas imágenes de leopardos.

—Estoy usando por vez primera un legado que me hizo mi padre en su testamento.

Maryam se agachó para recoger a Chi Wangti, que había estado dando vueltas alrededor de su falda, convencido de que lo descuidaban. Lo apretó contra su mejilla.

—Mi pequeño Chi —dijo—, tu ama es ahora una perfecta señora casada.

Volviéndose hacia el sacerdote dijo:

—Gracias, padre Theodore. El servicio fué hermoso y de lo más solemne. Me habría gustado haber podido comprender las palabras.

—Todo el ritual de la iglesia nestoriana es hermoso —declaró el sacerdote, mirando de soslayo a Walter, como si esperara una contradicción—. Tengo que empezar en seguida mis trabajos aquí en Oriente, y lograr conversos para la fe de la cual acaba usted de hablar.

Walter se lo llevó aparte.

—Es bien sabido que Kublai Khan tiene gran tolerancia en materia de religiones —dijo—. Por otra parte, el gobierno Sung considera a toda la obra misionera con mucha desconfianza. Yo tengo un interés egoísta en lo que voy a proponerle, pero lo cierto es que estará usted en posición más libre si sigue gozando del favor de Bayan.

Y miró fijamente al sacerdote.

—Se ha hecho necesario enviar un mensajero al campamento mongol, y estoy seguro de que haría usted bien en ir. Puede usted volver cuando la ciudad esté en manos de Bayan, y empezar su obra sin impedimentos.

El padre Theodore asintió astutamente.

—Muy sensato es lo que usted dice. ¿Cuál es la naturaleza de la misión?

—Quiero que Bayan conozca las proporciones que ha alcanzado el movimiento en favor de la paz en Kinsai. He preparado para él un informe que deberá llegar a sus manos lo antes posible. Deseo también que sepa la naturaleza del obstáculo que se ha presentado, de modo que no vaya a pensar que ha sido traicionado al enterarse de que estoy viviendo con lujo en el Gran Palacio Interior. Chang Wu le proporcionará a

usted una escolta y guías. El viaje será rápido y seguro.

—Iré —dijo el sacerdote después de pensar, y, con cierta vacilación, añadió—: Sólo me pesa el tener que irme tan pronto. He visto por último una mujer que me llena los ojos. Siempre me han gustado determinadas proporciones, y ésta tiene las más nobles que puedan tenerse.

Los ojos le brillaban, e hizo crujir las articulaciones de sus dedos al proseguir con entusiasmo:

—Sólo la vi dos veces. ¡Ah, qué línea recta forma su espalda! ¡Qué solidez, y, sin embargo, qué gracia al caminar! ¡Qué atracción tienen sus ojos! Es cocinera en el palacio —añadió—, y las dos veces que la vi estaba amasando pasteles.

—¿Está usted seguro, buen padre Theodore, que fueron sus ojos los que se llenaron?

—Es viuda —prosiguió el sacerdote, con creciente entusiasmo mientras reconsideraba sus cualidades superiores—. Es mejor así. Sólo al elegir mujer ponen los hombres valor en la falta de experiencia. No estoy de acuerdo con eso. Prefiero una compañera madura a las timideces de la virginidad.

En los días que siguieron, se hizo evidente que la casa amarilla en medio de aquel verdoso jardín merecía su nombre. La felicidad de los recién casados era tan completa que prometía ser eterna. Nada ocurrió que echara a perder las horas de dicha; ni una sola sombra de disputa, ni un solo rastro de disensión entre ellos.

Aquellos días transcurrían con cierta uniformidad, a pesar de lo cual nunca se presentaba un momento de monotonía. Maryam estaba levantada, bañada y vestida antes de que Walter volviera su soñolienta cabeza en la almohada que compartían, y su alegre: «Buenos días, honorable marido» provocaba en él gruñidos de protesta. Sin embargo, no le permitía un momento de descanso; Maryam tenía proyectos que requerían su ayuda inmediata, y pronto se encontraba Walter en el baño, tomando jabón y toallas de la rueda tocador.

Las mañanas las pasaban casi todas en el jardín, que era bastante amplio y contenía entre otros atractivos una alberca de buen tamaño, llena de peces de rojizas escamas y aletas que brillaban en las plácidas aguas. La pareja se mostraba muy interesada en la natura de los edificios del palacio, que sobresalía de sus altos muros, pero era una curiosidad que no tenían medios de satisfacer. No se les permitía salir de su jardín. Ante los muros había guardias, y cuando los recién casados se acercaban a los límites, tenían clara conciencia de que por lo menos un par de rasgados ojos los miraban por debajo de un grotesco casco. Maryam coqueteaba al trío Aeaco, Minos y Radamanto como los llamaba, y trataba de aplacarlos ofreciéndoles comida y fruta. Era difícil saber si esas donaciones surtían algún efecto, aunque a veces tenía algún progreso acerca del cual informar.

—Minos me sonrió hoy —le dijo una vez a su marido—. Una buena comida más,

y creo que puede que nos permita pasear en la Avenida de la Primavera Eterna.

Pero una cosa era evidente. El ruido de sables y el de pasos nunca cesaban al otro lado de los muros.

Maryam había tomado por costumbre parodiar los modales y el modo de hablar de los chinos. Tenía un gran don de mímica. A menudo, durante sus paseos, se quedaba unos pasos detrás de Walter, respetuosamente, y echaba a andar a pasos cortos, metidas las manos en las mangas. Solía preguntarle con voz cantante: «¿Estima aún mi estimable esposo a su pequeña y humilde esposa?».

Las tardes eran invariablemente bastante calurosas, y Walter las dedicaba a la redacción de notas sobre cuanto observara en ese fabuloso país, en las que hacía constar todos los detalles que aprendiera de sus innovaciones más prácticas. Maryam se le sentaba al lado, ocupada en algún bordado o jugando con Chi, que se había apegado tanto a ella que lloraba lastimeramente siempre que se alejaba de él, aunque fuera por un rato. La muchacha vigilaba con celosa mirada el continuo rasguido de la pluma sobre las hojas de papel, pero jamás lo interrumpía. Las distracciones que se producían eran siempre obra de él. De cuando en cuando, dejaba la pluma y observaba la oscura cabeza inclinada sobre el bastidor de bordar.

—¿Sabes que las ropas chinas te sientan mucho? —le preguntaba, o—: ¿Cómo he de poder trabajar si estás aquí para recordarme modos más agradables de pasar el tiempo?

Entonces la muchacha le sonreía diciendo:

—Obediente esposa comprende insinuaciones.

Y después de recoger al perro y meterlo en un espacioso bolsillo, se alejaba haciendo sonar los talones. Walter la oía tratar de estimular la perezosa actividad de las criadas u ocuparse de algunos quehaceres de la casa. Otras veces oía su risa a lo lejos, en el jardín, y de pronto la veía aparecer, jadeante, corriendo hacia él y gritando:

—Mi muy alto y hermoso señor y esposo, no te he visto desde hace diez minutos enteros. ¡Soy una esposa tristemente abandonada!

Entonces el muchacho dejaba la pluma a un lado y le decía en tono de reproche:

—Difícil es trabajar cuando no estás, pero cuando estás, es totalmente imposible.

La energía de Maryam parecía ilimitada y sus estados de ánimo, tan variables como los matices del arco iris que una vez vieron por sobre los altos muros de su jardín. De pronto se mostraba extática por algo que él le decía, y se le iluminaban los ojos hasta que todo su rostro parecía bailar; un rato después ya se sentía en la más abyecta de las desgracias porque uno de sus pájaros no tenía ganas de comer su alpiste. De pronto canturreaba acompañándose con un instrumento de cuerdas, y en seguida salía corriendo hacia el pabellón de la servidumbre para regañar a las doncellas por haber preparado el baño de Walter demasiado caliente aquella mañana.

Al observar los mercuriales cambios de su temperamento, Walter tuvo la seguridad de que había salido tanto a su madre como a su padre, el inglés. Sin embargo, la muchacha tenía bastante idea de la justicia, y apreciaba el aspecto humorístico de las cosas, rasgos que su marido atribuía a su herencia anglosajona.

Maryam había llenado la casa de pájaros. Walter nunca llegó a descubrir de dónde provenían; había loros del brillantes plumas y alas verdes; aves canoras de pecho amarillo, que amenazaban destrozarse las gargantas con armonioso gusto. Había tantos pájaros; que Peter, la lechuza, terminó por provocar una escena de llantos abandonándolos, disgustada, y desapareciendo para siempre.

El lugar que Peter ocupara en el corazón de Maryam fue heredado por un enorme loro. Lo llamó Héctor, porque era evidente que la costumbre del pajarraco de decir palabrotas en griego se debía a que alguna vez había tenido un amo de esa nacionalidad.

—¡*Diavolus, diavolus!* —rezongaba el pájaro mientras comía su alpiste.

A veces, recordaba a Mahmoud con desagrado por la tendencia del chico de no bañar a Héctor.

—¡Ese Mahmoud! —solía decir—. Es una bestezuela perezosa. ¡Le echaré sus huesos a los cuervos!

Lo dramatizaba todo. El mundo amenazaba venírsele abajo si encontraba mal sazónada la comida. Echaba a llorar, desconsolada, si Walter tenía la imprudencia de dejarle echar una mirada a su lastimada espalda. Pero en general se mostraba muy contenta, llena de afecto, tan demostrativamente agradada por cualquier atención que él le brindara, como Chi Wangti, que la rodeaba de saltos. Se contoneaba, feliz, cuando su marido interrumpía su labor para estrecharle la mano. Cantaba mucho, con voz gutural y no muy segura. A menudo, cansada de la inactividad que le imponía la reflexividad de Walter, se alejaba para practicar pasos de baile tarareando alguna canción china.

De lo que más gozaba era de las noches, porque el agotador calor del día se aliviaba y Walter terminaba con su trabajo. En cuanto desaparecía el sol detrás de la maciza Torre de Hsuan-te, Maryam corría a vestirse lo mejor que podía, a ponerse el Vestido de los Dieciséis Veranos. Era aquél una hermosa túnica de raso blanco con adornos azules y dorados, regalo de la Emperatriz, y que le sentaba tan bien que Walter no se mostraba contento cuando no se lo ponía.

—¡Ah, si te gusto con este vestido —suspiraba ella— deberías haberme visto con algunas de las prendas que tenía en Antioquía!

—Mucho me cuesta esperar el momento en que te vea vestida a la inglesa —contestaba él—, con un corselete azul para hacer juego con el color de tus ojos.

Su Magnificencia Imperial no perdía oportunidad de halagar a los huéspedes de buen augurio. Todos los días llegaban cestos llenos de fruta y enormes cantidades de

flores, bastantes para llenar los cuartos principales de la casa. Una vez llegó un tazón de los Hermanos Kilns de Lung-Ch'uan, regalo tan magnífico que Chang Wu silbó de asombro al verlo. Otra vez el presente diario tomó la forma de un anillo para Maryam, consistente en un aro de oro con un zafiro enorme.

Otro día consistió en un centenar de huevos de pato coloreados.

Chang Wu apareció inesperadamente y sus ojos brillaron de astucia al explicar que era costumbre hacer ese regalo para «provocar el nacimiento».

—Quizá sea demasiado pronto —concedió—, pero es evidente que el acuerdo doméstico se ha instalado en el hogar de mi joven hermano. El casamiento es el mayor de los albures, y me alegro de que mi hermano haya ganado un premio. Esperemos que su esposa cumpla las esperanzas de Su Munificencia Imperial dando a su marido muchos hijos.

—Es mi más cara esperanza, cariñoso hermano mayor —dijo Walter.

—Esperemos también que la misma comprensión subsista cuando entren otras esposas en su casa.

Aquella visita resultó memorable, pues el enviado había llevado regalos por su cuenta: una aguja magnética especialmente destinada a los usos marítimos, con un cuadrante en el cual había no menos de veinticuatro puntos, y un tubo de marfil lleno de vidrio. Walter pasó algún tiempo estudiando la aguja y pensando en los muchos usos que podía dársele cuando regresara a Inglaterra.

Luego recogió el tubo de marfil. Era de un palmo y medio de largo, y una pulgada y media de diámetro. Uno de sus extremos se cerraba un poco en forma de embudo.

—Esto se llama El Ojo Que Ve Lejos. Mire por él, amigo mío. Diríjalo hacia algún objeto y observe usted el efecto.

El cacharro Sung estaba cerca. Sosteniendo el extremo más angosto del tubo ante su ojo derecho, Walter miró en aquella dirección. En un primer momento apenas si vió algo. Luego el cuadro visto por el vidrio se hizo más claro, y el muchacho contuvo la respiración, asombrado. La superficie de porcelana había sido tan minuciosamente pintada que a simple vista sólo se veían líneas muy finas y delicadas, pero vistas a través del vidrio, las líneas aparecían gruesas y claras, destacadas sobre el fondo. Walter alcanzó a ver algunas pequeñas imperfecciones en lo que pareciera una superficie totalmente lisa, y hasta algunas rajaduras.

—Míreme la mano —dijo Chang Wu extendiendo su mano abierta—. Examínela usted con cuidado y dígame qué observa.

Walter volvió el tubo en aquella dirección.

—Veo una mano de tamaño doble de lo normal —dijo—. Veo innumerables líneas que forman extrañas curvas. ¿Quiere el honorable Chang Wu mover los dedos? ¡Es cierto! Los dedos también se mueven a través del vidrio.

Chang Wu sonrió.

—Nada sé de todo esto, pero me han dicho que el ver las cosas extrañas se debe a una colocación de trozos de vidrio de formas diversas.

Walter bajó el aparato y lo miró con creciente asombro.

—No puede ser cosa de magia —dijo—. No hay signos cabalísticos escritos en él.

—Dicen que esto es algo muy sencillo, un capricho de la naturaleza que se descubrió por pura casualidad. Si mi joven hermano desea poseer El Ojo Que Ve Lejos, es suyo.

Cuando el visitante se hubo ido, Maryam se puso al lado de Walter y sonrió en señal de que debía empezar el último ritual de la noche. Walter le desprendió el broche de jade del descote, y el Vestido de los Dieciséis Veranos se le cayó deslizándose por los hombros al suelo, dejando al descubierto una blanca túnica de seda que le dejaba desnudos los hombros y los brazos. Como aquellos hombros y brazos competían en blancura con la túnica, siempre pasaba un rato antes de que se diera el paso siguiente, pero aquella noche, el rato pareció más largo que nunca.

—Los cordones son delicados y vas a romperlos —dijo ella, mientras él se afanaba con los intrincados lazos de la túnica—. ¿Eres torpe de veras o sólo es un pretexto? ¿Es posible que la impaciencia haga tan difícil una operación tan sencilla como es la de desatar esos lazos? Creo que después de esto tendré que ponerme en manos de las doncellas. Luego podré venir a ti.

Como aquella amenaza se repetía todas las noches, Walter no hizo caso. Al quitarle las medias, éstas resultaron tener la suavidad de la seda.

—Que yo sepa —dijo Walter, examinándolas—, nunca se les ocurriría a las damas de Occidente usar medias de seda. ¡Qué envidiosas se pondrían si pudiesen ver éstas! La esposa de nuestro rey, que viene de España, ha traído muchas cosas nuevas a Inglaterra. Quizá la reina Maryam introduzca las medias de seda.

Todo comentario sobre el modo de ser de las mujeres del mundo a que pronto esperaba ser llevada, siempre despertaba gran interés en Maryam. Sin embargo, aquella observación pasó inadvertida. La muchacha se había puesto pensativa.

—Hay una cosa acerca de tu país que nunca te pregunté —dijo por fin—. ¿Tienen allí los hombres muchas mujeres?

Walter se rió.

—Conque, ¡eso es lo que te ponía tan meditabunda esta tarde! ¿Te ha molestado lo que dijo Chang Wu? Es bueno que sepas, pues, querida, que los hombres de Occidente sólo tienen una mujer. Y lo que es más, el matrimonio es el más sagrado de los compromisos, y nada puede deshacer el lazo una vez pronunciada la consagración nupcial.

La muchacha suspiro, aliviada.

—Así lo creía, pero es bueno saberlo. En cuanto a lo otro que dijo el anciano, espero que haya hijos en nuestra casa. ¿Lo desea también así mi señor Walter?

—Sí —contestó él—. Pero no demasiado pronto. Hay algo que tengo que arreglar primero: conseguirles un nombre.

La muchacha no hizo comentario alguno. Aún parecía preocupada por lo anterior.

—¿Has advertido que soy celosa? —preguntó—. He de decirte, Walter mío, que te habría causado muchas molestias cuando hubiese llegado el momento de que tomaras otras esposas. No podría compartirte con otra mujer. Me perteneces a mí.

E hizo una pausa, después de la cual logró sonreír.

—¡Mucho me temo que haría las cosas muy desagradables para cualquier mujer que tratara de robarnos algo de felicidad!

IV

Chang Wu hizo una visita a la Morada de la Felicidad Eterna una tarde, con expresión de intensa ansiedad.

—Ch'aing-cha ha caído —anunció—. Bayan construye grandes torres alrededor de las murallas para que sus ballestas y los *Hua-P'ao* puedan tener buen blanco. Las murallas se derrumbaron, y nuestra valiente guarnición no pudo defender la ciudad por más tiempo.

Y movió tristemente la cabeza.

—Bayan se lanzó hacia la más extensa de las brechas, extendió el sable y dió un gran grito. Sus soldados se precipitaron por ella y mataron a todos los hombres, mujeres y niños que había en la plaza. ¿Alguna vez ha contemplado usted con sus propios ojos lo que ocurre cuando una ciudad queda librada a la espada? Ningún otro espectáculo del mundo lo iguala en horror.

—Esto significa que el camino a Kinsai está despejado —observó Walter con lentitud.

—Los ejércitos mongoles se han puesto ya en marcha. Están extendiéndose como langostas en la parte baja del país, y nuestro ejército se ha dispersado ante ellos. Nada puede contenerlos.

Y el enviado hizo una pausa para reflexionar.

—La Emperatriz y los ministros imperiales se niegan a ver la verdad. Son como niños que juegan con cometas para detener la tormenta.

—¿Qué hacer? Es la última oportunidad de ustedes para hacer la paz y salvar la ciudad del fin de Ch'aing-cha.

Chang Wu asintió, sombrío.

—Ha llegado el momento de que desaparezcan las aves de plumaje dorado —declaró—. Si ven desaparecer la vana esperanza que tienen en ustedes quizá recobren la sensatez. Pero si persisten en su locura, honorable estudiante, actuarán las fuerzas de la paz. Los hombres de la ciudad verán que el poder de orientar el destino del país sea arrebatado al Gran Palacio Interior.

Después de una larga pausa, Walter preguntó:

—¿Qué puede hacerse para sacarnos de aquí?

Chang Wu contestó gravemente:

—Se están haciendo proyectos, hermano menor, y oportunamente lo ilustraré.

Cuando se hubo ido, Walter se fué a buscar a Maryam, temeroso de la necesidad de ponerla al corriente del nuevo peligro que los acechaba. En un primer momento no pudo encontrarla. Buscó por toda la casa y luego dió una vuelta por el jardín, hasta verla subida a un muro de cuatro varas de alto. Estaba mirando a la Avenida de la

Primavera Eterna, que se extendía al otro lado, con el interés más vivo, pero se volvió en cuanto oyó los pasos de su marido.

—¿Cómo lograste subir allí? —preguntó él.

Ella lo miró, sonriente.

—Salté desde ese árbol bajo el cual estás.

Walter midió la distancia del árbol a la pared, con preocupado ceño.

—Nunca deberás volver a hacer cosa tan peligrosa, Taffy. Y ahora, ¿cómo te propones bajar?

—Pues, me ayudarás tú, por supuesto.

—Pero ¿y si resolviera dejarte allí arriba por un tiempo para castigarte?

La chica empezó a golpear los tacones contra la pared, sonriendo.

—Nunca me di cuenta cabal de lo alto que eres —dijo—. Esta luz hace que tu cabello sea más dorado que nunca. Eres realmente un hombre hermoso, Walter mío. Siento mucho que esta distancia nos separe.

—El único remedio para acortarla es que bajes.

—Acércate más —le pidió ella—. Extiende los brazos.

—¡Ten cuidado! —exclamó él.

Antes de que el muchacho se diera cuenta de lo que Maryam iba a hacer, la chica había saltado de la pared y caído en sus brazos. Al no estar apercebido, no pudo conservar el equilibrio y ambos cayeron juntos al suelo. Afortunadamente, la hierba era alta, y amortiguó mucho el golpe. Rodaron dos veces el uno sobre el otro, antes de quedar inmóviles. Y entonces ambos echaron a reír.

—¡Qué pilluela traviesa eres! —exclamó él.

—¡Y qué gruñón solemne eres tú! —replicó Maryam—. Nunca aprendiste a jugar. Todo tengo que enseñártelo yo.

Walter olvidó la difícil situación en que se hallaban. Estaban recostados en una mullida alfombra de hierba; Maryam tenía apoyada la cabeza en el hombro de su marido, y con un brazo le rodeaba el cuello. Los arbustos que se levantaban a su alrededor parecieron tan altos que la pareja no pudo ver sino verdor y un poco de cielo muy en lo alto. Nunca antes, ni siquiera en su diván, se habían sentido tan aislados del resto del mundo. No se oía un solo ruido, salvo un canto de pájaro, muy a lo lejos. Sus miradas se encontraron. Al estrecharla Walter contra sí, ella pareció desvanecerse en sus brazos.

—¡Walter! —murmuró jadeante.

—¿Hubo algún lugar mejor para amarse?

—No —contestó ella, apoyándole la cabeza en el hombro—. No; ni siquiera el sol puede vernos.

Mientras volvían paseando hacia la casa, algún tiempo después, Walter le contó la caída de la fortaleza que cerraba el camino a Kinsai.

Ese Bayan que siempre estás elogiando —dijo Maryam estremeciéndose—, debe ser tan cruel como los demás jefes mongoles.

Walter movió la cabeza, mostrando su disensión.

—Estoy seguro de que actuó bajo presión. Muchas veces lo han criticado por su magnanimidad. Antes de que me separara de ellos, se habían recibido órdenes de Kublai Khan en el sentido de que se impusieran castigos ejemplares en las ciudades chinas que se resistieran. Quizás haya elegido a Ch'aing-cha para poder evitárselo a Kinsai. Ahora dentro de muy poco podrá tomar esta ciudad también.

—A la corte se le ha ordenado que vista de blanco —añadió Walter al rato—. Están colgando cortinas blancas por todas partes en palacio.

—¿Por qué?

—El blanco es el color fúnebre de los Sung. Eso significa que están empezando a darse cuenta del peligro. Pero los ministros no quieren ceder. Maryam, ahora tenemos que estar preparados para cualquier cosa.

—Los guardias todavía están cerca de los muros —murmuró ella, asustada—. Pude ver a uno de ellos mientras estaba sentada en la pared. Quizá lo haya imaginado pero su actitud me pareció menos amistosa.

—Ahora ya no tendremos amigos. Quizá ni siquiera a Chang Wu.

Un poco después, en un esfuerzo por distraerla de sus pensamientos, Walter le preguntó qué había estado mirando con tanta insistencia mientras estaba sentada en la pared.

—Vi al Emperador. Estaba sentado en un curioso cochecillo de dos ruedas, protegido por una sombrilla roja. Del cochecillo salían unas cuerdas y dos filas de muchachas tiraban de él. Debían ser unas cincuenta. Y estaban casi desnudas.

—Parece que Kung Tsung no pierde tiempo en seguir las huellas de sus antepasados.

Parecía ser un chico muy tonto y de mal carácter —dijo Maryam—. Tenía un largo látigo que se les enroscaba a las muchachas en las piernas. Debía dolerles, porque algunas de ellas estaban llorando. El Emperador no hacía más que reírse. Estoy segura de que será un gobernante muy cruel cuando crezca.

—No creo que lo dejen llegar a grande. Pero si llega, no le quedará parte alguna de China que gobernar. Bayan invadirá el país en otro año.

Aquella noche no saborearon el plato de cerdo agridulce. Después de un frustrado esfuerzo por mostrarse despreocupada, Maryam dejó de lado los palillos.

—No tengo hambre —dijo, poniendo en el suelo un pequeño plato con carne—. Esto le aprovechará a mi pequeño Chi. Le gusta mucho la comida dulce.

Cuando el perrillo se hubo lanzado, hambriento, a comer, la pareja se dirigió a una ventana desde la cual podían ver los últimos rayos del sol que trazaban un dibujo en el grisáceo cielo.

—Walter —preguntó ella en un susurro—, ¿te echarán la culpa porque las cosas anden mal?

—Es imposible prever qué extrañas ideas les pasarán por la cabeza. De una cosa podemos estar seguros; ya no estaremos en buenas relaciones con nadie.

Maryam levantó resueltamente la cabeza.

—No tengo miedo —declaró—. Después de todo cuanto nos ha ocurrido, ya no necesitamos preocuparnos ahora.

Chang Wu regresó al anochecer. Maryam había estado tocando una quejumbrosa canción en un instrumento musical que fuera uno de los regalos diarios de la Emperatriz, y se levantó inmediatamente para retirarse. El rostro del enviado estaba tan arrugado por las preocupaciones, que ostentaba un notable parecido con Chi Wangti, pero, al ver a Maryam, sonrió amablemente.

—Sus deseos serán cumplidos, magnánima señora —dijo, con profunda reverencia—. A Lu Chung le será perdonada la vida.

—¡Me alegro mucho!

—Es más de lo que merece —dijo Walter.

Maryam protestó al oírlo.

—Estás olvidando que me hizo un gran favor.

—Por precio.

—A pesar de todo, fué un gran favor. Estás olvidando, también, Walter mío, que uniste tu súplica a la mía para que lo trataran con lenidad.

—Sólo porque lloraste, querida —replicó Walter y volviéndose hacia el enviado—: ¿Qué van a hacerle?

—Lu Chung no escapará al castigo. Será encarcelado, y, como es natural, le aplicarán una gran multa. No quedarán muchas plumas en el nido de Lu Chung.

Los dos hombres se sentaron a conversar, y Maryam se dirigió al otro extremo de la estancia, donde se sentó en un almohadón. El instrumento que tocaba cayó al suelo, a su lado. Chi, el perrillo, saltó del diván en que estuviera durmiendo, y corrió hacia ella.

—Esta noche vendremos a buscarles —dijo el enviado en un murmullo—. En la corte se ha decretado un día de meditación, a partir de la caída del sol, de modo que habrá poca gente en los alrededores. No será difícil dominar a los guardianes. Espero que escuchen razones y estén prontos a colaborar si eso no puede lograrse; tenemos que realizar la fuga sin que se dé la alarma en el palacio.

Walter había estado vigilándolo continuamente, percibiendo un cambio en la actitud del chino. Le parecía que Chang Wu no quería mirarlo a los ojos.

—¿Y si llega a darse la alarma en el palacio antes de que hayamos podido huir? ¿Qué pasará entonces?

Chang Wu se revolvió, molesto, en su asiento.

—En el partido de la paz —dijo al rato—, reina un estado de ánimo resuelto. Todo está en juego; sus vidas y sus bienes. Nada los detendrá ahora.

—Lo cual significa que si no logramos huir se adoptarán otras medidas.

El enviado asintió.

—En ningún caso podrán ustedes quedar con vida en el palacio —dijo—. Mucho siento decirle eso a mi hermano menor. Pero tal es la decisión a que se ha llegado.

—¿No teme usted al decirme esto que yo me dirija a los ministros del Emperador y me ampare bajo su protección? —preguntó Walter.

Hubo un rato de silencio.

—Sería inútil, hermano menor. El favorito de hoy es el proscrito de mañana. Si el mongol derriba nuestras puertas, los ministros buscarán un justificativo de su fracaso y entonces las aves de dorado plumaje habrán de pasarlo mal. Pero siento en lo más profundo de mi corazón que el valiente joven señor de Occidente no abandonara la causa que lo ha traído aquí. Aun cuando corra mucho riesgo por ella.

Después de otra larga pausa, Walter dijo:

—Sabía lo que iba usted a decirme en cuanto entró. Esté usted tranquilo, ilustre Chang Wu; no buscaré la protección de la corte. He estado pensando mucho en la posibilidad, de una huida, y no veo el motivo por el cual no pueda lograrse.

—Los criados no han de sospechar —advirtió el anciano—. Bueno sería que compartiéramos un poco de vino mientras conversamos.

Maryam había estado contemplándolos con nerviosa y observadora mirada. Cuando empezaron a beber *shaochin*, el cálido vino de mijo, llegó a la conclusión de que el motivo que trajera a Chang Wu no era tan serio como lo temiera en un principio. Se puso a desear que el viejo se fuera, para poder enterarse de lo que Walter tuviera que decirle. Pero Chang Wu no parecía con ganas de irse. Se había sentado, cruzado de piernas, en el suelo, y tomaba taza tras taza de vino, a la vez que hablaba continuamente en voz baja.

Por último, a Maryam le dió sueño. Contuvo un bostezo con dificultad y se levantó a caminar por el cuarto. A Chang Wu parecía no llegarle las indirectas. La muchacha abandonó sus esfuerzos y volvió a su almohadón donde quedó adormilada. No lo oyó cuando se fué.

Al llamarla Walter, se levantó, fué hacia él y se le sentó en las rodillas, apoyándole la cabeza en el hombro.

—Creí que el honorable latoso nunca se iría —murmuró.

Walter no empezó a cumplir, como ella esperaba, con el acostumbrado ritual de la noche. Por el contrario, la miró seriamente y dijo:

—Tenemos que salir de aquí esta noche, Taffy.

La muchacha se sobresaltó, despejada de pronto.

—¿Qué ocurre? ¿Estás... estamos en peligro, Walter?

El muchacho asintió.

—Sí, puede que nos espere algún peligro. Pero me alegro de que hayamos llegado a este punto. No podríamos seguir quedándonos aquí, mientras todos nuestros proyectos se frustran. Pero no tienes por qué preocuparte. Lo hemos proyectado lo más cuidadosamente posible, y estoy seguro de que lograremos escapar sin inconvenientes. Nada podemos hacer antes de que los criados se hayan ido a dormir. Entonces será cuando tendremos que preparar todo cuanto podamos llevarnos. Debe ser lo menos posible, sólo lo necesario. Ahora tengo que ir a poner en guardia a Tris. No dejes que te asalten temores, querida, mientras yo no esté, y, claro está, no hagas nada que pueda despertar las sospechas de los criados.

Maryam se levantó.

—Por supuesto, Walter, que seré de lo más cuidadosa. Y trataré de no tener miedo.

La valerosa actitud que la muchacha conservara mientras su marido estaba presente, desapareció con él. Pálida y cariacontecida, Maryam se puso a andar por la casa. Tenía muchas cosas que hacer antes de que él regresara. Primero, recorrió las jaulas de sus diversos pájaros para despedirse de ellos murmurando:

—Adiós, Leandro mío; adiós, Ganimedes. Adiós, preciosa Eco y Narciso, vuestra felicidad será eterna, no me cabe la menor duda.

Y se detuvo en la jaula de Héctor:

—¡Cómo te echaré de menos, voz de Zeus del Olimpo!

El perro la había seguido ansiosamente. Maryam lo levantó en brazos y murmuró:

—A ti, al menos, he de llevarte conmigo, pequeño Chi. Pero tienes que portarte bien y no hacer ruido.

Luego, como de costumbre, pidió consejo a Kherdar. Cogió los dados en la mano, los sacudió suavemente y repitió la fórmula antes de dejarlos caer, entre los dedos, al suelo. Durante largo rato estudió los mensajes de los dados y frunció el ceño.

—Los arrojé con mucha prisa. Esta vez tendré que ser más cuidadosa.

Volvió a sacudirlos diciendo:

—Kherdar, ¡la verdad! Que los dados caigan de modo que pueda leer el futuro.

Hubo otra pausa mientras leía los resultados. Recogió los dados por tercera vez y los sacudió con más vigor aún antes de dejarlos caer.

—¡Siempre salen del mismo modo! —murmuró, asustada—. Si Walter estuviese aquí, se reiría y diría que son disparates.

Y por tercera vez estudió los símbolos de los dados.

—Separación... Largos viajes... Quizá la muerte. ¡Tengo miedo! ¡Tengo mucho miedo!

V

Maryam se echó un lío de ropas al hombro. La casa estaba a oscuras, y la muchacha buscó el brazo de Walter murmurando:

—El largo viaje empieza, amor mío.

El muchacho llevaba dos grandes bolsas. En una de ellas había metido los regalos de la Emperatriz y en el otro cuanto había logrado aprender en sus estudios sobre el país, el compás, El Ojo Que Ve Lejos, muestras de papel, algunos escritos chinos y sus voluminosas notas. Mahmoud iba detrás de ellos, cargado también de bultos.

—Me siento muy triste —murmuró Maryam—. ¡Hemos sido tan felices aquí! ¿Crees que volveremos a encontrar otro lugar igual?

—Gurnie te parecerá un establo comparado con los palacios de China —contestó él—, pero habrá compensaciones. Espera a ver la verde tierra en que nació tu padre y lo maravillosos que son los bosques ingleses. Siempre hace fresco allí; es divino. La sangre inglesa que llevas en las venas te hervirá al ver todo aquello.

Andaban por la oscuridad con el mayor cuidado. Al cerrarse detrás de ellos la verja de bronce, Maryam dijo:

—Estoy segura de que el horrible dragón está riéndose de mí. Sabe que me voy y que nunca he de volver.

Luego se volvió y murmuró:

—¡Adiós, Morada de la Felicidad Eterna!

Walter preguntó, cauteloso:

—¿Cosiste en el forro de tu chaqueta las piedras que te di?

—Sí, he hecho cuanto me dijiste.

Tristram estaba aguardándolos. Por el tono de su voz al saludarlos se vió que estaba contento de irse.

—Y ahora, ¡a Inglaterra! —dijo—. ¡Qué bien me suenan estas palabras al oído!

Walter se detuvo, intranquilo, cuando llegaron a la verja trasera, que daba a una calle del mercado. Hasta entonces no había oído un solo ruido. ¿Significaba eso que el plan que Chang Wu y él habían proyectado se realizaba con buen éxito? Y el corazón le latió con alivio cuando oyó al enviado murmurar en la oscuridad:

—La guardia ha sido alejada, joven hermano. Venga, la verja está abierta.

A escasa distancia, en la calle, había unas literas cerradas, a cuyo lado aguardaban discretos portadores. Subieron en seguida a ellas.

La calle no estaba tan desierta como lo habían esperado. Al espiar por las cortinas, Walter vió a unas siluetas que se apoyaban en las paredes y se ocultaban en los portales. Unos veinte individuos estaban durmiendo en el portal de una casa, amontonados como si quisieran compartir su miseria. Walter comprendió que se trataba de refugiados, de los cuales la ciudad debía estar repleta, ante la proximidad

de los ejércitos invasores.

Cuando llegaron cerca del río, las calles estaban llenas de bulliciosas multitudes, y una amenaza de lucha flotaba en el ambiente. Hicieron alto. Chang Wu sacó la cabeza por entre las cortinas de la litera que Walter compartía con su esposa.

—Se produjeron tumultos —dijo—. A lo largo de la costa del río hay depósitos de arroz, y la gente ha estado luchando por asaltarlos. Nos veremos un poco retrasados.

Luego fueron llevados a la tienda de curiosidades, de propiedad del anciano, quien se separó de ellos para ir a investigar cuál era la situación en los muelles. La tienda era pequeña y estaba iluminada por una antorcha en la pared del fondo. Maryam miró a su alrededor y se estremeció. Horribles máscaras los miraban, colgadas de las paredes. Un ídolo enormemente gordo miraba con belicosa expresión desde un rincón oscuro. Una serpiente de jade, que parecía viva a la titilante luz, se enroscaba en la parte superior de un biombo. El ambiente estaba cargado de olor a incienso.

«Kherdar dijo la verdad —pensó la muchacha, desalentada—. Esta noche nos pasarán muchas cosas malas».

Walter estaba pensando en el peligro que para el plan presentaba ese retraso. El Gran Taladro, enorme ola de marea que barría el angosto lecho del río Ch'ien-tang iba a llegar muy pronto. Era imprescindible que llegaran a bordo de su nave en la orilla opuesta, antes de que la marea se produjera. ¿Llegarían a tiempo?

Pasó una hora entera antes de que Chang Wu regresara.

—Les presento mis más humildes disculpas por la larga espera —dijo—. Hubo dificultades, pero por fin han sido resueltas. ¿Quieren tener la bondad de seguirme?

Echaron a andar, seguidos por su vigilante escolta. Walter miró al alto individuo que caminaba a su lado, y pensó: «Si resulta que no podemos llegar a la nave, nos degollarán sin vacilar». Abrazó a Maryam, y la estrechó contra sí. Sin embargo, el peligro que los amenazaba no se reducía al Partido de la Paz. Pronto aparecieron revoltosos alrededor del grupo, gritando amenazadoramente. Un ruido de lucha les llegó desde la orilla del río. Sin duda que sería muy difícil la huida.

Cuando llegaron a los muelles, un centinela los detuvo con la punta de su pica, de la cual colgaba una linterna. Chang Wu le murmuró unas palabras al oído y la pica se alzó, mientras la linterna se balanceaba por el movimiento. Siguieron adelante, y Walter suspiró de alivio al ver unas velas triangulares que asomaban contra el cielo, ante ellos.

—El buen St. Aidan, al cual he estado rezando toda la noche, nos ha escuchado —dijo Walter con fervor.

Se detuvo, creyendo oír a la distancia un rumor como de tambores, detrás de una colina. ¿Empezaba a subir la marea?

Chang Wu también lo oyó.

—Tienen ustedes que embarcar en seguida —dijo—. La oleada de marea alcanza a veces a ocho varas de altura y ningún bote podría resistirle. Pero aún hay tiempo de alcanzar a su nave en la orilla opuesta.

Walter sintió que lo cogían de ambos brazos y oyó unas ásperas voces que le ordenaban que siguiera adelante. Vió que a Tristram también lo empujaban en dirección a los botes que esperaban. De la oscuridad brotó el rostro de Chang Wu, por un momento, para decir:

—Adiós, hermano menor. Usted y su amigo deben partir en el primer bote. No nos atrevemos a tardar más, por temor a que pase la oleada. Los demás seguirán después.

Walter trató de desasirse, pero sus guardianes lo tenían con tanta firmeza que su esfuerzo resultó inútil. Miró hacia atrás por sobre el hombro, desesperado, mas no pudo ver a su esposa. Se sintió arrastrado por los escalones del muelle hacia el bote que esperaba, amarrado. Lo empujaron sin ceremonias a bordo, donde se encontró con Tristram. Dos guardias se embarcaron detrás de ellos y cortaron el cabo de amarre con los sables. El bote se alejó de la orilla.

No era difícil vislumbrar el propósito de aquel paso. Si llegaban sanos y salvos a la otra orilla, todo salía bien, pero si por otra parte no lo lograban, la tremenda oleada de marea haría lo que el Partido de la Paz sabía era necesario; la desaparición para siempre de las dos aves de plumaje dorado. No era esencial que Maryam partiera en seguida, de modo que podía ser trasportada después en un segundo bote en cuanto la oleada hubiese pasado. Walter se preguntó si el retraso había sido deliberado y si los dirigentes del Partido de la Paz lo habían aprovechado con ese propósito. Lo que más les habría convenido hubiera sido que Tristram y él fueran devorados por las aguas y no pudieran regresar jamás.

El Gran Taladro, la enorme ola de marea, era un extraño espectáculo a la luz del día, y las multitudes se reunían a lo largo de las costas del río para presenciar su majestuoso paso aguas arriba, mientras que diestros nadadores, de birretes brillantemente emplumados, cabalgaban sobre la blanca cresta de la ola. De noche era otra cosa. Se oía un fuerte rumor a la distancia, como si todos los *Hua-P'ao* de China hubiesen entrado en acción a la vez. Todo estaba demasiado oscuro para que se pudiese ver nada, pero los boteros, que habían aprontado sus remos, estaban maniobrándolos desesperadamente. Tristram se inclinó para gritarle al oído a Walter:

—No creo que el río sea muy ancho aquí, pero la travesía será difícil.

Llegaron sin un segundo de adelanto. El casco del buque en que iban a salir de la bahía de Kinsai asomó de pronto por sobre sus cabezas, y una escala de cuerdas se balanceó a su alcance. Mientras trepaban, pudieron advertir cómo la nave se levantaba convulsivamente, mientras la enorme ola llegaba a su altura. Walter miró por sobre el hombro y vió que toda la superficie del río estaba blanca. Al rato, el agua

lo cubrió, y necesitó de todas sus fuerzas para conservar su asidero en los movedizos escalones. Se aferró desesperadamente por un tiempo que le pareció una eternidad, temiendo ser arrastrado. Luego la escala se estabilizó, y el muchacho comprendió que el primer impacto de la ola había pasado.

Al llegar a cubierta estaban empapados. Tristram temblaba, y dijo con expresión de intenso alivio:

—Bueno, hemos llegado. Ahora podemos esperar a que se aplaque la marea y pueda cruzar el otro bote.

La cubierta de la nave estaba iluminada por antorchas, y tan concurrida que tuvieron que quedarse cerca de la borda. Los gritos de los demás pasajeros, asustados por el fuerte golpe de la ola, les hizo imposible conversar. Cuando el ruido cesó, Walter dijo a su compañero:

—Supongo que todos los buques que salen de la ciudad ahora, estarán llenos como éste de gente que huye para salvar la vida.

El movimiento del buque se hizo cada vez menor a medida que empezó a bajar la marea. Los dos ingleses, conscientes de que sus guardianes seguían a su lado, se inclinaron por sobre la borda y trataron de ver por entre la oscuridad que los separaba de la gran ciudad al otro lado del río.

—Nuestro bote no habría podido resistir en esa marejada —dijo Tristram—. ¿Crees que los boteros pudieron subir a bordo?

—A los que nos mandaron aquí les habría convenido que se hubiesen ahogado —contestó Walter—. Cuantos menos sean los testigos que queden de lo de esta noche, tanto mejor será para ellos.

Tristram asintió tristemente.

—Lo mismo he estado pensando yo. Bueno, pues, si contaban con ahogarnos a nosotros también, se han equivocado. No estaba dispuesto que muriésemos en este inmundo río.

Y un rato más tarde, preguntó, ansioso:

—¿Crees que tardarán mucho en mandar al otro bote?

—No pienso en otra cosa —contestó Walter—. Chang Wu aún se muestra amigo nuestro, y estoy seguro de que hará cuanto pueda. Pero quizás haya tumulto allí. La gente estaba de humor belicoso. La ciudad está llena de hombres con el estómago vacío, es posible que hayan tratado de asaltar los depósitos de arroz.

Después de una larga pausa, Tristram preguntó:

—¿Crees que el barco aguardará?

—¡Claro que sí! —exclamó Walter, aunque no sentía esa seguridad que trataba de poner en su voz—. Hasta el último detalle ha sido proyectado con la mayor minuciosidad. El capitán tiene orden de aguardar.

—¿Hacia dónde vamos?

—Hacia la desembocadura del Yang-Tse. Desde allí podemos alcanzar al ejército de Bayan por tierra.

—¿Para volver con él a Kinsai? —insistió Tristram, dudando—. Esperan no volver a vernos nunca más, Wat. Aun cuando los mongoles estén dominando la ciudad nos harían preguntas si regresáramos. Esa gente no quiere que se sepa que han facilitado nuestra fuga. Tengo temor, Wat de que este buque tome rumbo al sur y no hacia la desembocadura del Yang-Tse.

Después de un rato de reflexión, Walter se mostró de la misma opinión que su compañero.

—Estoy preparado a creer en cualquier cosa —dijo—. Si han hecho como tú lo sospechas, llegaremos antes a la patria. Y así quizá, no debiéramos impedir que salvaran el pellejo. Pero cada vez me siento más preocupado por Maryam. ¿Oyes algún tránsito por el río?

—No creo que ningún bote se haya arriesgado a salir.

Pasó una hora. La oscuridad era aún tan densa que los ingleses no lograban ver a unas varas de distancia.

—El río está bajando —dijo Walter—. Ahora si se podría cruzarlo con toda seguridad.

Mientras hablaban, hubo una repentina conmoción en la cubierta superior; un ruido de pasos y de órdenes. El barco estaba navegando. Los ingleses oyeron el zapateo de las velas que estaban izando.

—¡Estamos navegando! —exclamó Walter—. ¡No esperan!

Se desasíó del guarda que lo contenía y se lanzó como loco entre la multitud que tenía tras de sí. Quería llegar al capitán y hacer que se postergara la zarpada. Sabía perfectamente bien que una separación en ese momento significaría no volver a ver jamás a Maryam en su vida. Dentro de pocas semanas los mongoles estarían ante las puertas de Kinsai y aun cuando Tristram y él lograran desembarcar y volver a la ciudad, las posibilidades de dar con la muchacha eran insignificantes.

Tristram lo siguió. Los dos guardias estaban por seguirlo también, pero se detuvieron, sonriéndose, y se sentaron cómodamente en cubierta. La nave se movía de modo tal que notaban que estaba bien río adentro; los confiados a su custodia no podían ir muy lejos.

Las primeras luces del amanecer alumbraban la ciudad cuando los dos ingleses abandonaron su propósito. Habían estado recorriendo el barco, abriéndose paso por entre la apretada multitud que lo llenaba. Dos veces penetraron en el alto castillo de popa, donde debía hallarse el capitán en su puesto, y dos veces habían sido expulsados de allí sin poder verle siquiera. Hasta se habían trepado a los palos en que las remendadas velas de color naranja zapateaban, azotadas por la brisa. Nadie les hizo caso. Nadie había comprendido una palabra de sus clamorosas exigencias. El

buque seguía navegando por las embravecidas aguas, alejándolos cada vez más del muelle adonde iría a parar el segundo bote. Walter tuvo la intención de saltar al agua y tratar de volver a nado, pero abandonó la idea al comprender que no podría aguantar mucho en aguas tan agitadas.

Se sentaron en cubierta, en desesperado silencio. Por todas partes a su alrededor había refugiados con sus pertenencias, líos y bolsas, molinetes de plegarias y esteras, platos, mantas, colchones y hasta gallos de riña envueltos en tela. Había mujeres llorosas y niños inquietos que clamaban por el arroz que estaba cocinándose en una olla de hierro. Un ídolo de bronce de tamaño natural colgaba de uno de los mástiles y se balanceaba con el movimiento del buque, con una expresión de malicia en los ojos y en la amplia sonrisa.

Tristram miró al agua.

—Estamos costeano la bahía —dijo—. La costa sur, creo. Es lo que sospechaba. El barco toma rumbo al sur.

Volvió a hacerse un silencio.

—Maryam está viva —dijo Walter con voz inexpresiva—. Tenemos al menos ese consuelo. Pero estamos tan lejos de ella como si estuviese muerta. Doy por seguro que no tienen intención de dejarnos salir de este buque; aun cuando escapáramos, ¿adónde ir y qué hacer? ¿Podríamos llegar a Kinsai sin conocer el chino?

Y su voz alcanzó una nota de profunda desesperación.

—¡Ahora ya no tengo esperanza alguna de encontrarla! Es como si estuviera en un mundo extraño y lejano...

El sol se levantó en el cielo antes de que volvieran a hablar. De pronto; Walter advirtió que su compañero tenía una de las bolsas a su lado, y se levantó de un salto.

—Tú, al menos, salvaste algo del naufragio —dijo—. Parece que yo perdí la bolsa que llevaba. Espero que ésta sea la que contiene mi material de información sobre China. Al menos tendremos la oportunidad de haber hecho algún bien con nuestra loca aventura.

Tristram abrió la bolsa. Contenía los regalos de la emperatriz.

Walter se quedó mirándolo por un rato, después de lo cual se levantó y se dirigió a la borda. Con ojos que no veían, miró la barrosa costa. Al rato soltó una breve y ruda risa.

—¡Qué irónica jugada nos ha hecho la suerte! —dijo amargamente—. Vine a China para hacer fortuna. No tenía propósito verdadero aparte de reunir el oro que esperaba encontrar y llevármelo conmigo. Pero después de que estas cosas no ganadas me hubieron caído en las manos, descubrí que eran lo que menos me importaba de todo. ¡Y esto precisamente es lo que hemos salvado! ¡Todo el oro ni las piedras preciosas del mundo no pueden devolverme a Maryam!

Y se volvió, violento.

—¡Por mí, Tris, puedes tirarlo todo al río!

TERCERA PARTE

CAPÍTULO DÉCIMO SEGUNDO. INGLATERRA

I

Aunque brillaban de alegría las costas del estuario en que el verdor de fines de mayo y de la campiña inglesa parecía reflejarse, fué una triste pareja de viajeros la que desembarcó en Londres. Los recién llegados no habían tenido tiempo de levantar el ánimo durante el interminable viaje de vuelta a la patria. Walter tuvo la intención de escribir sus notas de memoria, pero tanto su mente como su mano se rebelaron siempre que se propuso empezar. En cuanto a Tristram, el estado de su arco era el índice más seguro de su estado de ánimo. Lo había llevado con negligencia al hombro y dejado descuidadamente en los rincones de las cámaras de buques y cuartos de posada; la cuerda estaba deshilachada y la madera no se hallaba pulida.

Entraron en una taberna y pidieron cerveza y trozos de asado. El posadero les sirvió una costilla a cada uno, y se pusieron a comer con unas ganas que tenían algo de furia. Sólo cuando hubieron tragado el último bocado de roja carne, acompañado de grasa, y hubieron vaciado su segundo jarro de cerveza, Tristram sonrió a su compañero y dijo:

—¡Por la Cruz! ¡Qué bueno es estar en la patria, Wat!

Walter hizo un sobrio movimiento de cabeza.

—Sin embargo, tengo mis dudas. ¡Oh, reconozco que en cierto sentido cumplimos lo que queríamos realizar! Hemos estado en Cathay y regresado sanos y salvos. Tenemos la bolsa llena y relatos maravillosos para contar. Pero ¿qué clase de recepción nos harán? ¿Seguirán imputándonos delitos? ¿Tendremos por recompensa un nudo al cuello?

—No me preocupa la salud de mi cuello. Anoche tuve una conversación con el capitán Camoys, y me habló muy bien del joven rey. Este Eduardo I está dictando nuevas leyes para proteger los derechos de los villanos.

—Nada tenemos que mostrar después de los cinco años transcurridos sino nuestras bolsas, llenas, y nuestras pieles, bien curtidas —dijo Walter, sombrío—. Si hablo de la audiencia de la emperatriz en Kinsai, me dirán: «*Hic vigilans omniat...* Este sueña despierto».

Y se comió el resto de su carne.

—Estaba aficionándome a la comida de los Manji, pero estoy dispuesto a admitir que ni el pato asado con vino ni el cerdo sazonado con jengibre nada tienen que ver con el rosbif de Inglaterra.

Tristram se reclinó en su asiento y soltó un suspiro de satisfacción.

—¿Qué será lo primero que hagamos? —preguntó.

—Tenemos que visitar a Joseph —dijo Walter, que había estado proyectando cuidadosamente los pasos a darse—. Debemos rescatar a LUKE EL MÉDICO y convertir nuestros tesoros orientales en sólidas libras inglesas. Es lo primero que debemos

hacer. También creo que nuestro buen Joseph tendrá una clara noción de cómo sopla el viento político. Entonces será sensato alejarnos de Londres.

Pagaron su escote y salieron rumbo al oeste. Walter contempló las amontonadas casas y las bulliciosas multitudes en las calles. Por último, suspiró y meneó la cabeza.

—Wat Stander nació y vivió en Londres —dijo—. Quizás haya vivido cerca de aquí. Si no hubiese ido a la Cruzada con mi padre sino que se hubiese quedado en casa y fundado una familia, piensa, Tris, que podríamos ver salir a Maryam de una de estas casas. Es inconcebible que no haya nacido, aunque, con una madre inglesa, no habría tenido, algunos de esos dulces contrastes de carácter que aprendí a amar en ella. También me parece inconcebible que no nos reconociéramos los tres si ella saliera ahora, cubierta la cabeza por una cofia inglesa y esa brillante mirada en los ojos, aun cuando ninguno de nosotros nos hubiésemos conocido antes.

Tristram le puso una afectuosa mano sobre el brazo.

—No sé que espectáculo me sería más grato —dijo—. Pero las cosas han salido para mejor, aun cuando la hayas perdido aquella noche en el río. Si hubiese nacido en Londres, hija de un escudero, jamás te habrías enterado de su existencia. Si la hubieses visto vestida a la inglesa, la habrías considerado una bonita muchacha del bajo pueblo. Te juro que nunca le habrías dedicado dos pensamientos. No, Wat tuvimos que irnos hasta el Cathay para que llegaras a pensar como piensas ahora, y para que conocieras a Maryam tal como es —añadió al rato.

—Quizás tengas razón. Si me hubiese quedado en Inglaterra, no habría podido llegar a olvidarme de Engaine.

La vida de la enorme Londres los rodeaba con bullicio y alegre, vulgaridad, y su sugestión de asomante malicia bajo la superficie de las cosas. Se detuvieron a contemplar cómo una compañía de guardias de la ciudad llevaban a un panadero a la picota, con sus pesas falsas colgadas del cuello. En Vintry Ward, vieron gente que se arrastraba por el barro para beber el vino que se había derramado de un casco roto al caerse de una carreta. Unas prostitutas los abordaron y un mendigo, cuyas lamentaciones desoyeran, les chilló una serie de maldiciones de típico corte londinense.

En las cercanías de Temple Bar, oyeron toques de trompetas y se vieron envueltos en un torbellino de gente que corría en aquella dirección. Tristram, que llevaba en la mano el hueso de su comida y chupaba la médula mientras caminaba, lo arrojó apresuradamente al arroyo y exclamó:

—¡Wat, eso significa que el Rey está entrando en Londres!

Corrieron con la mayor rapidez que les fué posible, esperando poder echar una mirada al tan elogiado Eduardo I. Las calles estaban tan concurridas que no pudieron acercarse mucho, sin embargo, y hubieron de contentarse en un primer momento con ver las plumas de los arneses y los cascos de los jinetes. Perdieron toda la ceremonia

que precediera la apertura de las barreras para permitir el paso de la real comitiva que entraba en la ciudad.

Luego se acercaron lo bastante para entrever al alto monarca. El Rey cabalgaba bajo la azulada bandera de San Edmundo, con sus tres coronas de oro, que indicaban su rango. Llevaba sencillas hombreras de acero y una capa de raído terciopelo rojo estaba atada al descuido a su cuello. El más humilde de los escuderos de aquella comitiva estaba tan bien vestido como ese rey.

Walter estudió aquel rostro que sonreía gravemente bajo la levantada visera del casco. Era un rostro serio y pensativo, aunque no carecía de modo alguno del porte real que caracterizaba a los Plantagenet. Tenía la mirada brillante, los rasgos bien proporcionados, acentuados más bien por una leve caída de la ceja izquierda. Su porte era majestuoso. Eduardo era muy alto, y se mantenía tan erguido en la silla que parecía más apropiado para mandar una carga de caballería que para saludar en rueda de cortesanos.

Cuando la procesión hubo pasado, Tristram se sintió los ojos llenos de lágrimas.

—Wat —declaró—. Lo habría reconocido por rey aunque lo hubiese visto en jubón, desnudas las piernas, entre todos los villanos de Londres. Todo cuanto me dijo el capitán Camoys es cierto. Quizá sea el rey que desde hace tanto tiempo esperábamos.

Walter guardó silencio por un rato.

—Tiene unos rasgos normandos —dijo por fin.

—¡Pero también tiene la marca inglesa! No te equivoques al respecto.

—¿Crees, pues, que hice mal en negarme a entrar a su servicio? ¿Que de puro chapucero me puse en Bulaire en la necesidad de huir?

Tristram meneó la cabeza.

—La voluntad de Dios era que todo ocurriera como ocurrió. Pero ahora que lo he visto, estoy seguro de que tiene fuerzas bastantes para recuperar el poder que han usurpado los barones. ¿Tendrá la fuerza interior necesaria para devolvérselo al pueblo en vez de guardarlo para sí?

Un gordo mercader, con el escudo de su corporación bordado en la manga, había oído lo que estaban diciendo. Los miró con una sonrisa un tanto acidulada.

—No diré que es un buen rey —dijo—, hasta que vuelva a ver en mi mano las dos libras que tuve que pagar para ayudarlo a ir a la Cruzada. Que me devuelvan mis dos libras, y convendré con ustedes que es Alfredo y Eduardo el Confesor y el rudo y viejo Rick, unificados en una sola armadura.

La multitud estaba empezando a dispersarse, aunque quedaban algunas personas como si una nueva atracción las detuviera. Ante la sorpresa de Walter, éste se dió cuenta de que, junto con su compañero, se habían convertido en el centro del interés que los había mantenido reunidos. Los ociosos los habían rodeado y observaban sus

menores movimientos.

El gordo mercader parecía compartir la curiosidad de los demás.

—¡Caramba! —exclamó—. Creo que deben ser ustedes los dos que anda buscando todo Londres. Jóvenes, ¿han pasado ustedes muchos días en Calais antes de atravesar la Mancha?

Walter movió la cabeza en señal de asentimiento, sin saber adónde quería llegar el mercader.

—¡Entonces son ustedes los dos ingleses que han regresado del Cathay! —exclamó el hombre, cuyo rostro, normalmente amoratado, se había sonrojado con el entusiasmo—. Hace dos días que vino un buque con informes sobre ustedes. ¿Es cierto que al Gran Khan lo vieron ustedes montado en cuatro elefantes? ¿Es cierto que lucharon contra un dragón con un ojo en cada escama?

Walter sabía a qué echarle la culpa de esas inoportunas preguntas. Aún llevaba el birrete que tuviera puesto al salir de Kinsai, de color anaranjado con una pluma de pavo real. Aquella prenda evocaba inconfundiblemente a Oriente, y, además, ambos compañeros estaban bronceados por los vientos marinos y los ardorosos rayos del sol oriental.

—Sí, estuvimos en Cathay, mi amigo y yo —contestó—. Pero ahora llevamos mucha prisa y no podemos quedarnos.

Cuando llegaron, encontraron a Joseph trabajando en su depósito. Oyeron unos golpes de martillo en la escalera exterior y vieron su encanecida cabeza inclinada al lado de unas vigas que indicaban que el propietario pensaba ampliar su casa. Al verlos, Joseph dió un grito y se echó el martillo al hombro.

—Sabía que estaban ustedes de vuelta —dijo, adelantándose hacia ellos con amplia sonrisa—. La noticia circuló por todo Londres acerca de los dos ingleses que habían estado en Cathay. ¡Ah, señorito Walter, y usted, bravo Tristram, qué contento estoy de verles! ¡Debería darse una fiesta para festejar este día!

—¿Qué hay de una marcha a la horca? —preguntó Walter.

Joseph meneó la cabeza con énfasis.

—¿Después de la hazaña de ustedes? —exclamó—. No se le ocurra, siquiera, señorito Walter. Ahora tenemos un rey que cree en la justicia para todos. Se llama a sí mismo rey inglés, y está dándonos leyes inglesas. Es más probable que sienta usted el espaldarazo del Rey que la cuerda del verdugo en el cuello.

La preocupación de Walter se traslució al empezar a hablar en seguida de Wat Stander.

—Puede que tengamos alguna noticia para usted de su viejo camarada —dijo—. Un inglés llamado Walter fué capturado y muerto poco después. Ocurrió en Alepo. Tris y yo estamos inclinados a creer que se trataba de su cofrade el escudero.

Joseph se irguió al oír eso como un perdiguero al olfatear una perdiz.

—¡Tienen ustedes noticias de Wat Stander! —exclamó—. ¡Hable, hable! No puedo aguantar mi impaciencia. ¡Cuántos ansiosos pensamientos habré dedicado a mi bravo Wat!

Cuando los muchachos hubieron narrado su relato, Joseph hizo una confiada señal de asentimiento.

—Creo que ésa ha de ser la verdad. Era un hombre muy alto y guapo, y las mujeres se enamoraban fácilmente de él. Él es el padre de su encantadora esposa, señorito Walter, me jugaría la cabeza. ¡Fué la mano de Dios la que les llevó a Antioquía, pueden estar seguros de ello! ¡Pensar que un hijo de mi señor Rauf se ha casado con la hija de mi viejo compañero!

—¿No hay forma de asegurarse de que era él?

Joseph meneó la cabeza.

—Que yo sepa, no. Los padres de Wat murieron cuando todavía era niño. En cuanto a su aspecto, era un muchacho alto de ojos tan azules como los de una mujer. Era de carácter tan voluble como el tiempo en abril.

—Todo cuanto usted me dice me confirma en mi suposición —dijo Walter, que volvió a las otras preocupaciones que le embargaban el espíritu—. ¿Tiene usted noticias de nuestro condado?

El semblante de Joseph adoptó en seguida una expresión de la mayor seriedad, y miró a Walter con aire solícito.

—Sí —dijo—, hay noticias, mas ninguna de ellas es agradable de oír. El medio hermano de usted, el joven conde, está tan lleno de rencor normando como su perversa madre.

Hizo una pausa, y luego preguntó:

—Usted sabrá, por supuesto, que la madre de usted ha muerto hace cuatro años, ¿no es cierto?

En el silencio que cayó sobre la habitación, el exescudero miró a uno y a otro, pintado en el rostro el mayor asombro.

—¡Señorito Walter —exclamó—, mucho me duele haberle dado así esa noticia!

Walter se dirigió a la ventana y miró la concurrida calle. Pasó largo rato antes de que hablara.

—Creí que me resignaría a ello —dijo—. Cuando la vi por última vez me convencí de que no duraría mucho, pero a pesar de ello... esperaba regresar a tiempo para volverla a ver.

Hubo otra larga pausa.

—Quizá sea mejor así. Pocos motivos tenía para vivir, y el estado de su mente no era apropiado para la vida. Estoy seguro de que murió contenta.

Se alejó de la ventana y se dejó caer en una silla.

—Hablaba usted de mi medio hermano. No podría resistir el relato de sus

maldades, pero tenemos que oírlo todo antes de regresar, de modo que será mejor que nos lo diga ahora. ¿Qué ha hecho?

Joseph se sumió en su narración como contento de aliviar la tensión.

—No se sabe si obra por influencia de su tres veces maldita madre o si sus perversidades le nacen espontáneamente. El hecho es que la gente ha empezado a llamarlo El Cachorro de la Mujer Endemoniada y Edmond, el Tunante. En seguida emprendió el vengarse del ataque al castillo. Dos de los hombres de los cuales se supo que estaban con usted aquella noche fueron apresados y ahorcados en Bulaire.

Tristram se inclinó hacia adelante y preguntó con ahogada voz:

—¿Recuerda usted sus nombres, Joseph Maule?

—Los conocía a ambos. Tom Aske y Rob Tallson. Eran hombres toscos y honrados, e incapaces de los crímenes que les achacaron para ejecutarlos.

Tristram se sintió tan lleno de ira que no logró hablar sino en un murmullo:

—Ambos eran de Cencaster. Eran buenos amigos de mi padre. Estoy seguro de que los eligieron por la parte que tomé en el asunto. Como yo estaba fuera de alcance, los ahorcaron a ellos en represalia.

—Eso sólo fué el comienzo. Harry el Chato se les había escurrido entre los dedos, pero el conde incendió la taberna de Little Tamit; él mismo fué quien aplicó la antorcha con su propia mano. Desde entonces, Harry el Chato está prófugo. Dicen que se ha unido a los bandoleros de la región.

—¡No es posible! —exclamó Tristram, con vehemencia—. Eso no lo creo. Harry el Chato es un hombre honrado. Aun cuando se haya visto obligado a refugiarse en el monte, nunca se juntaría con una banda de malhechores.

—Las cosas han cambiado mucho —dijo el exescudero—. La pesada mano del conde ha impulsado a muchos hombres honrados a unirse a ellos. He oído de más de veinte que se han despojado de la gola de hierro y se han puesto a vivir la vida de los hombres libres. Existe una guerra abierta entre el castillo y los bandoleros. Las bandas libres casi echan mano al hijito del conde hace unos quince días.

Walter había tenido el espíritu tan preocupado con sus cosas, que no había escuchado con atención. De pronto se volvió bruscamente y preguntó:

—¿Su hijo?

Joseph asintió.

—Sí, un niño de dos años. Dicen que es muy hermoso y que se parece mucho a su abuelo paterno, lo cual es una buena cosa, porque su padre tiene un aspecto muy feo, y una nariz de ave de rapiña que cuadra bien a su codicia.

—¿Quién es la esposa del conde?

—La señora Engaine de Tressling. Una gran belleza, como habrá de recordar usted —dijo Joseph, quien hizo una pausa—. ¡Claro está que lo ha de recordar usted, según lo que he oído decir! La cosa es que no se llevan bien. Ella monta mejor a

caballo que él, y tiene buena mano para el halcón. Dicen que no lo quiere mucho. ¡Dios mío, espero que sea cierto!

Al darse cuenta de que no se había mostrado un dueño de casa muy hospitalario, Joseph salió de la habitación en busca de comida. Walter miró a su compañero y meneó tristemente la cabeza.

—¡Pobre Engaine! —dijo—. Temo que la vida le resulte muy difícil.

—Pues, yo no le tendría tanta compasión, Wat. Una señora con tantos humos siempre puede hacer lo que quiere. Y, al fin y al cabo, tiene la vida que se ha buscado. Es condesa de Lessford.

—La vuelta al hogar no será agradable para nosotros, Tris. Lo cierto es que te encontrarás con cosas muy desdichadas, y temo a la idea de volver a Gurnie ahora que mi madre no estará allí para recibirme.

—Para mí también habrá trabajo —dijo Tristram lentamente—. Dejé que mis amigos soportaran el peso de todo. Ahora tengo que ocuparme de que nos den el desquite.

—Piensa lo que haces —le advirtió Walter—, y no obres hasta que no veas por tus propios ojos cómo están las cosas.

Joseph regresó con una gran fuente de estaño en que había un succulento guiso de cordero y verduras.

—Mi Elsie es una excelente cocinera —dijo con orgullo—. Tiene el secreto de los guisos a punto. Pruébenlo ustedes, y verán qué placer es para el paladar.

También hubo unos excelentes vasos de cerveza blanca, con sabor a nuez. A pesar de las malas noticias que habían recibido, se pusieron a comer con el apetito propio de la juventud. El cordero y las verduras resultaron excelentes. Nada se dijo mientras comían, pues los tres tenían la mente ocupada con los problemas que se les presentaban.

De pronto pasó por el vestíbulo un muchacho, que miró con una curiosidad que tanto se refería a la comida como al aspecto de los visitantes.

—Supongo que será Harry o Toby —dijo Walter. El dueño de casa rió cordialmente.

—El tiempo ha volado, señorito Walter —exclamó—. Mis muchachos parecen crecer una pulgada por día. Harry y Toby son ya grandes muchachones, que desempeñan sus oficios. Hasta Gilly me pasa ya del hombro. Ése era John.

—¿Se refiere usted a John el Añadido?

Joseph meneó la cabeza.

—Ya no lo llamamos así. John ya no es añadido. Creo que haré de él un escribiente; sí. A veces le llamamos John Pregúntalotodo.

—Le vimos trabajar en una ampliación de la casa. ¿Se debe a que ha aumentado la familia?

—Elsie, la mujer de mi Conand, es una esposa fiel. Sí, hay tres nietos más ahora. Me dolió que Harry y Toby se fueran, pero es una suerte que vivan con sus amos. La habitación que voy a añadir no bastaría si todos estuviesen aquí. Uno de mis buenos chicos, Gilly, quizá tenga que dormir conmigo allí, de modo que estoy tratando de hacer que el cuarto sea cómodo y cálido.

De pronto alzó la voz y llamó:

—¡Anne, Anne!

Una pequeñuela regordeta apareció en el umbral. No alcanzaba a tener cuatro años, mas era muy lista y tenía clara conciencia de su blanca y limpia túnica y del lazo azul que llevaba en la cofia.

—Anne, di a estos caballeros quién eres.

—Soy la nena de mi abuelito —contestó la niña con orgullo.

—Sí, eso es lo que eres.

La cogió en brazos, la puso sobre sus rodillas y sonrió ante la rapidez con que la chiquilla estiró la mano hacia la fuente.

—Es la nena de su abuelito. Será como su abuela. Me gusta tanto esta pequeña que temo al día en que la vea crecida, cuando me abandone. Pero, añadió con un suspiro, todas hacen lo mismo. Mis nietos están tan ocupados con sus cosas que rara vez vienen a ver al abuelo.

La casa de Haggai tenía una entrada de aspecto miserable a la cual se llegaba por unos gastados escalones de madera, pero nuestros amigos se hallaron en un mundo totalmente diferente al dejar atrás el oscuro vestíbulo exterior. El lujo de la habitación en la que entraron les hizo mirarse, asombrados. Colgaba del techo una lámpara de plata; en las paredes había ricas colgaduras y una gruesa alfombra en el suelo.

Haggai los recibió con la altanería de los judíos ingleses de aquella época. Como no estaban sujetos los judíos a las leyes del país, sino sólo a la voluntad personal del Rey, se mantenían apartados y trataban a los que comerciaban con ellos con indisimulado desprecio. Haggai había dejado de lado la gabardina amarilla con sus dos tablas de lana que los judíos vestían en la calle como distinción de su raza, y apareció ante ellos envuelto en una brillante túnica de raso blanco. Su barba, recién lavada y perfumada, le caía en abundantes rizos, casi hasta la cintura.

—¿Qué desean ustedes, jóvenes cristianos? —preguntó en francés normando.

—Tendrá que hablar en inglés —dijo Walter—. Mi compañero no entiende el francés.

Haggai asintió con un movimiento de cabeza, como si se confirmara su pobre opinión acerca de sus visitantes.

—Acabamos de llegar del Cathay —prosiguió Walter— y traemos muchos objetos de gran valor que deseamos convertir en oro. También vengo por un copón que le dejaron hace unos años y que quiero rescatar.

Haggai asintió con indiferencia.

—Estaba por disponer del copón porque no esperaba tener noticias de usted después de tantos años. Me debe un fuerte interés.

—¿Tiene usted el copón aquí? Estoy ansioso por volver a verlo.

El mercader salió de la habitación y volvió a los pocos minutos con LUKE EL MÉDICO, que colocó ante sus visitantes, sobre una mesa. El objeto había sido muy bien conservado, y brillaba, hermoso, a la luz de la lámpara. Walter se acercó para examinarlo.

—Había olvidado lo hermoso que es —dijo en tono reverente—. Muy feliz me sentiré por volverlo a tener.

Haggai echó una mirada a Joseph, quien se había quedado respetuosamente un poco atrás.

—Este comerciante me lo trajo hace cinco años. ¿Tiene usted ahora el dinero para devolver el importe del préstamo y el interés, que, como he dicho, asciende a una suma considerable?

—El monto del interés —dijo Joseph secamente—, fué estipulado claramente entre nosotros.

—Confío en que la memoria de este comerciante no le falle. No rebajaré un maravedí de la suma que se me debe.

Walter abrió la bolsa de cuero que llevaba al hombro y empezó a dejar sobre la mesa, al lado del resplandeciente copón, los regalos de la Emperatriz. A Haggai se le dilataron los ojos de asombro, y miró con calculador silencio aquella exhibición. Al rato, cogió el cacharro Sung para examinarlo más de cerca.

—Es bueno —reconoció a regañadientes—. Pero no es antiguo, y en porcelana, la antigüedad es la que establece el valor. Sin embargo, es bueno.

—Eso no está en venta —declaró Walter—. Me propongo regalárselo al Rey en cuanto me conceda audiencia.

—A Su Majestad le gustaría esto —dijo el judío cogiendo el anillo de esmeralda con una mano que temblaba a pesar de sí mismo—. El valor resalta más a la vista. Es evidente —prosiguió después de varios minutos de cuidadoso estudio de los relucientes objetos— que ustedes han estado en la ciudad de Kinsai, pero fué antes de la llegada de los ejércitos de Bayan.

Y Haggai se puso a observar a Walter con la cabeza un poco ladeada.

—Se me convierte en certeza la suposición de que son ustedes los dos ingleses de quienes tanto oí hablar. No lo sospeché cuando entraron, en un primer momento, pues se creyó que no habían salido ustedes con vida de Kinsai.

—En mí está convirtiéndose en certeza otra suposición —dijo Walter mirando con repentino interés a Haggai—. Creo que usted actúa en Inglaterra en representación de Anthemus de Antioquía.

Haggai asintió con indiferencia.

—Es cierto. Es un trabajo no remunerado, pues Anthemus lo exige todo como beneficio para sí. Estoy esperando para pronto una consignación de él.

E hizo un gesto con la mano hacia la mesa.

—¿De qué me sirven, pues, estas cosas?

—Nada de lo que reciba usted de Anthemus —declaró Walter—, igualara lo que tiene usted frente a sus ojos. No necesitaría decirle ni recordarle, Haggai, que el beneficio de lo que le ofrecemos será exclusivamente de usted. No necesitará usted compartirlo con el rapaz Anthemus.

Haggai concedió mérito a esa afirmación echando a los objetos una segunda y escrutadora mirada. Como conclusión, propuso una suma que sólo hizo reír a los tres visitantes. Siguió una segunda oferta, que fué recibida del mismo modo. Por último, llegó el judío a una cifra que a Walter se le antojó cercana a lo menos aceptable. Vaciló.

—No basta —intervino Joseph.

Haggai se volvió hacia él con jadeante indignación.

—¿Pretende ese ignorante mercader en granos saber algo del valor de las piedras preciosas? —exclamó, mirando al techo.

—Sé algo de ladrones cuando los veo actuar.

Siguió el regateo hasta que se hubo hecho una oferta mucho mayor. Walter volvió a vacilar.

—No es bastante —repitió Joseph.

—¿He de soportar los balbuceos de este infame entrometido? —gritó el judío, elevando los brazos como si le hubiesen ultrajado—. Ya pierdo bastante con la suma que acabo de ofrecer. No puedo ofrecer un solo maravedí más.

—Vuelva usted a poner las cosas en la bolsa, señorito Walter —aconsejó el exescudero—. Hay mercaderes de Lombardía que aceptarán gustosos la oportunidad.

—¿He de verme arruinado por ese villano comerciante en forraje para caballos? —exclamó Haggai acariciándose la barba con nerviosos dedos—. Seré lo bastante tonto para subir la oferta. Pero juro por mí fe en el único Dios viviente que es mi última palabra.

Tragó saliva y con esfuerzo casi lastimero, murmuró su última oferta.

—Acepte usted, señorito Walter —dijo Joseph.

—Acepto —dijo Walter—. Necesitaré una cuarta parte de esa suma en oro ahora mismo, y el resto, cuando lo pida.

Y se volvió a Tristram.

—¿Quieres disponer también de tu parte?

—Aún no, Walter —contestó Tristram meneando la cabeza—. No necesitaré dinero hasta que mis planes sean más definitivos.

—Pero ¿acudirá usted a mí? —preguntó Haggai, ansioso.

—No puedo hacer promesas.

Cuando Haggai hubo entregado una bolsa de oro y firmado un papel en que constaba la transacción, Walter contó un montón de monedas de escaso valor.

—Esto es para que se lo mande a Anthemus —dijo—. Con esto se paga el alquiler de los tres peores camellos de todo el desierto, el precio de un esclavo negro y el costo de una tienda de segunda mano llena de agujeros y de pulgas. Usted le hará saber, ilustre Haggai, que he saldado mi deuda con él.

II

El viaje fué desilusionador en muchos aspectos. A menudo, los buques habían quedado amarrados en puerto durante muchos días debido al tiempo nublado, y Walter recorrió las cubiertas acusándose por la negligencia de haber perdido la aguja magnética que habría liberado al comercio de semejantes demoras. Le daba lástima ver a los marineros esforzar la vista para vislumbrar objetos lejanos y saber que estuvo en su poder el introducir en el atrasado mundo occidental la maravilla del Ojo Que Ve Lejos.

En cuanto zarparon de Alejandría, dejando Oriente a sus espaldas, Walter advirtió que flotaba en el ambiente una sensación de fatuidad y confianza. La actitud de los hombres de Europa expresaba como en palabras: «Hemos alcanzado la perfección en la vida que llevamos. Tenemos razón en todo, a los ojos de Dios y de los hombres».

Al recorrer el Arsenal de Venecia y los muelles de Génova y Marsella, mucho le costó escuchar lo vano de las conversaciones y aceptar las supersticiones, tan profundamente arraigadas, que parecían dictar toda acción. Reflexionaba continuamente sobre los grandes cambios que se habrían registrado si él hubiese regresado con pruebas de las cosas nuevas que viera.

Un día caluroso, se hallaban cabalgando por un soleado camino de Provenza, y se cruzaron con un caballero armado de pies a cabeza. Detrás del caballero seguía una larga comitiva: escuderos, pajes, hombres de armas, un consejero espiritual, un limosnero, un trovador, un juglar y una docena de criados. El caballero cabalgaba orgullosamente, con el velo de su dama atado a la moharra de la lanza en señal de que estaba dispuesto a combatir con cualquiera de igual rango que pudiera desear luchar contra él, de acuerdo con las prácticas establecidas de la caballería. Llevaba un ojo tapado, debido, sin duda, a algún voto.

Los ingleses se echaron a un costado del camino para dejar pasar a la cabalgata. Walter vió el brillo de un arrogante ojo detrás de los barrotes de acero de la visera, y comprendió que el valiente viajero lo consideraba como un villano indigno de un saludo.

—Tris —dijo Walter cuando hubo pasado el último componente de la cabalgata—. Acabamos de ver un perfecto ejemplo de la futilidad de nuestra civilización. Ese pisaverde armado era la esencia misma de la caballería. Está viajando en alguna misión absurda que tiene que ver con —¿cómo es la estúpida frase?— el ganar culto con culto. Arriesgará su vida para congraciarse con alguna noble dama, y matará a otros en la empresa. Pudo habernos arrollado con cualquier pretexto sin volver a pensar en nosotros, excepto, quizá, para lamentar alguna salpicadura de sangre en su armadura de acero.

—Si se hubiese caído del caballo no habría podido levantarse sin ayuda —dijo

Tristram, riéndose.

—¡Qué espectáculo de absurdo orgullo presenta ese idiota irracional montado en su paciente caballo, saliendo a luchar protegido por su armadura! Me estremezco al pensar en lo que ocurriría si los mongoles se resolvieran invadir a Europa. Bayan, el de los Cien Ojos, haría pasar a sus jinetes a través de las filas de esos títeres de armero como flechas a través de las hojas de papel que nos pondremos a hacer en cuanto lleguemos a Inglaterra.

—Antes de que vengan los mongoles —declaró Tristram— estos bravos caballeros sabrán sin duda qué significa hacer frente a los arcos de Inglaterra. En ese caso, no sobrevivirán para enfrentar a los ejércitos de Oriente.

Walter señaló los campos a cada lado del camino, en que pacientes campesinos trabajaban, dobladas las espaldas.

—Se necesita el trabajo de centenares como éstos —dijo, lúgubrementemente—, para alimentar a esa pandilla de perezosos criados que lo acompañaban tan orgullosamente. Sí, Tris, la verdad se me hace cada vez más clara. Este mundo es malo, cruel y estúpido.

La desilusión se hizo completa cuando, procedentes de Londres, llegaron a Oxford. Sus ansias por terminar el viaje resultaron en una etapa que duró toda una noche, y cuando entraron en la ciudad universitaria el sol apenas si estaba saliendo. Una gran tranquilidad reinaba en las grisáceas calles, aunque de algunas chimeneas se elevaban columnas de humo. De pronto, como si la población se hubiera despertado por algún toque mágico, resonaron por todas partes voces y los estudiantes salieron a la calle, con libros y manuscritos bajo el brazo, húmedos aún los ojos de sueño.

Tristram sonrió cuando llegaron al hospicio en que se alojara Walter, y dijo que esperaría afuera.

—No eres ya un alumno externo —protestó Walter—. Eres un gran viajero y estos jóvenes maestros en artes te mirarán con ojos de asombro.

—Sigo siendo hijo de flechero. No, Wat. No tengo ganas de excitar sus resentimientos de clase. Hay una taberna allí al otro lado de la calle. Veré qué pueden darme como desayuno. Ven a buscarme en cuanto hayas terminado aquí.

Así, pues, Walter se fué solo, asombrándose de lo poco que se parecía el hospicio a la hermosa casa que recordaba. La noche anterior los muchachos se habían mostrado traviosos. Habían roto una silla, y el asiento del excusado fué colgado de una de las puertas de roble. El lugar estaba solitario. Walter subió las escaleras y llegó al primer piso. Colocaron, como de costumbre, un cubo de agua para las abluciones de los estudiantes, y el balde se hallaba en el centro de la habitación, al lado de un trozo de jabón. Sólo quedaban dos estudiantes en el cuarto, durmiendo la mona. Ninguno de ellos se había tomado la molestia de desvestirse, y sus rostros parecían hinchados y repulsivos a la media luz. Las ventanas estaban cerradas, y el ambiente

cargado.

Después de bajar las escaleras, Walter llamó y aguardó. De pronto el rostro de maese Hornpepper asomó por una puerta. El mayordomo había engordado con el tiempo, pero Walter advirtió que vestía las mismas ropas que llevara cinco años antes. Las costuras parecían a punto de saltársele a cada movimiento. Pasó un rato antes que el digno mayordomo le concediera al intruso el abrazo de reconocimiento.

—Lo recuerdo a usted. Usted es Walter de Gurnie —dijo el mayordomo con un movimiento de cabeza—. ¡Qué escándalo se produjo aquí cuando usted se fué! Hombres de armas que golpeaban a las puertas y hacían preguntas sobre usted. Fué una gran vergüenza.

Estudió el curtido rostro de Walter con desganado interés.

—¿Ha estado usted navegando?

—¡He navegado por los siete mares! —declaró Walter con orgullo—. Contenga usted la respiración y prepárese a recibir la mayor sorpresa de su vida, maese Hornpepper. He estado en el Cathay.

El mayordomo frunció el ceño con dignidad ofendida.

—Creo ser un hombre inteligente. ¿Me considera usted capaz de creer una falsedad tan extravagante como ésa?

—No tengo tiempo para convencerle de que digo verdad, buen maese Hornpepper. Mi propósito al regresar a Oxford es visitar al fraile Bacon, y sólo fué el impulso de agradables recuerdos lo que me trajo aquí. Siento haber venido. El hospicio de mis sueños era... era diferente de esto.

Maese Hornpepper se sonó despreciativamente la nariz con el pulgar.

—Vino usted en balde, joven señor. Los pecados de Roger Bacon han podido al fin más que él. Hace muchos años que no está en Oxford, y se dice que lo han metido en un calabozo oscuro de donde nunca volverá a salir. Nos pusimos muy contentos al enterarnos, se lo aseguro. Ese vicario del demonio tendrá bastante tiempo para meditar sobre sus iniquidades.

Walter apoyó una agitada mano en la remendada manga del mayordomo.

—Extraña noticia me da usted, maese Hornpepper. ¡No puede ser cierta! ¿Cómo pueden haber encarcelado a tan esclarecida mente? Es imposible creer que la ignorancia de los que gobiernan este oscurecido mundo los haya llevado a semejante crimen.

—¡Nada ha aprendido usted! —exclamó el mayordomo—. Ha regresado balbuceando las mismas inmundas herejías. Domine su lengua, joven señor, o volverá usted a provocar otro alboroto.

Y se secó la húmeda frente con grasoso brazo.

—De todos modos, no fué aquí en Inglaterra donde la mano de la justicia castigó a ese apóstata sin Dios. Volvió a París a enseñar, y por las informaciones que hemos

recibido, degeneró más aún. Trató al gran Tomás de Aquino de «maestro de vanidad pueril» y al santo Richard de Cornualles de «tonto de capirote». Habló de astronomía y de la necesidad de sus infames experimentos, exhortando a los estudiantes a mezclarse en la negrura de sus cálculos mágicos. Me alegro de que hayan resuelto encarcelarlo.

Walter sintió que le dolía el corazón.

«De todos modos de nada habría valido que trajera mis pruebas —pensó—. ¿Quién sino Roger Bacón habría podido utilizarlas?».

Apartó violentamente al mayordomo y echó a andar por la calle, en que el sol de la mañana caldeaba los techos de pizarra de la ciudad. Miró a su alrededor y meneó la cabeza.

Ésta es la sede de toda la Sabiduría de Inglaterra —dijo en alta voz—. Juro que ninguno de aquí se da cuenta del enorme crimen que se ha cometido. Todos son como ese estúpido borrico, y aprueban con alegría lo que ha ocurrido.

Tristram estaba desayunándose con sopa y un hueso de jamón. Al llegar Walter, alzó la mirada y preguntó:

—¿Has visto un fantasma?

Walter empezó a comer, despreciándose por tener apetito en esas circunstancias. Relató a su compañero la novedad de la cual se había enterado.

—Roger Bacon tenía razón al decir que este mundo era sucio e ignorante —agregó—. Gobiernan la satisfacción y la estupidez. ¡El único hombre que sabía cómo arreglar las cosas ha sido encarcelado en una oscura celda!

—El corazón de la humanidad está sano —declaró Tristram—. Ayer, al pasar, oímos a campesinos que cantaban en los campos. En ellos hay honestidad y mucho valor. Quizás el cambio comience por el fondo, Wat. Tardará más en venir, pero será más seguro.

III

Walter llegó a Gurnie solo, pues su compañero se había quedado en Cencaster. La primera mirada que echó a su casa le reveló que se habían producido muchos cambios en su ausencia.

Había varios edificios nuevos de buen tamaño agrupados alrededor de la casa, y por todas partes parecía desarrollarse una gran actividad. De todas las chimeneas salía humo, y se oía el ruido de ruedas de molino al moler. A la orilla de la laguna Oswiu vió muchos caballos detrás de una cerca recién levantada.

«Mi abuelo parece haber prosperado», se dijo.

Nuevas pruebas de bienestar se presentaron a su vista cuando se acercó a la entrada. El montón de hierro viejo había desaparecido; no se podía ver una sola gallina suelta, y la empalizada exterior había sido rasquetada y levantada otra vez. Un pendón con las hojas de roble de Gurnie colgaba sobre el puente levadizo, por no soplar brisa alguna, aunque su presencia era como una señal de victoria.

Fué otra vez Wilderkin quien lo recibió. El senescal había envejecido, como su voz.

—¡Señorito Walter! —exclamó, mientras el llavero le temblaba en las manos—. ¡Ha regresado usted por fin! ¡Lo dimos por muerto mucho tiempo ha! ¡Por St. Walburga, que éste será un día feliz para mi amo Alfgar!

—Mucho me alegro de haber regresado, viejo Will —contestó Walter, palmoteándolo en la espalda con tanta fuerza que el viejo se dobló como si le hubiesen apuñaleado en el vientre.

—¡Cuidado, señorito Walter! Soy viejo, y mis huesos están frágiles.

—Nos has de enterrar a todos. ¿Cómo está mi abuelo?

—Sufriendo, señorito Walter, pero muy cuidadoso de su salud, por cierto. Ha tenido úlceras, de modo que tiene que beber aceite de trigo en grandes cantidades. Tenemos que mandar a buscar a Londres granadas, y hervirle la comida en vino. Parece que eso hace algún bien, pero no puedo recordar a qué. Lo prueba todo, y apenas si habla de otra cosa. Ahora se queja de dolores en los brazos y dice que oye mal. ¿Qué otra cosa puede esperarse? Es muy viejo.

El interior de la casa acusaba señales más evidentes del rejuvenecimiento de Gurnie. Por una abertura en las cortinas, Walter vió en la sala principal un tapiz que cubría la mayor parte de la pared; se trataba de un hermoso panorama de caza. Bajo aquel tapiz había un cofre con tachas de bronce, con el roble de Gurnie en la tapa. Había nuevas sillas de altos respaldos y un enorme trinchante con las dos franjas que denotaban la nobleza de su propietario. A pesar de su miseria, al abuelo siempre le había gustado aparentar bien.

Lo más asombroso de todo fué el hecho de que la puerta del estudio del amo

estuviera abierta de par en par. Aquel departamento, otrora misterioso, se había convertido en el centro de toda actividad, con la entrada y salida casi continua de criados. Dentro del cuarto estaba un hombre sentado ante una mesa cubierta de documentos, estiradas las piernas bajo ella. La larga nariz de ese desconocido veíase hundida entre los papeles que compulsaba pero Walter tuvo clara conciencia, al pasar, del escrutinio a que lo sometía un par de ojos.

—¿Qué es eso?

—Un contador —dijo Wilderkin, encogiéndose de hombros para demostrar la baja opinión que le merecía el ocupante de aquel cuarto—. Mi señor Alfgar no puede atenderlo todo ahora, y se trajo a ese individuo de Shrewsbury para que llevara las cuentas. Es astuto como una manada de zorros y mete su larga nariz en todo.

—Las cosas han cambiado en Gurnie, viejo Will. Se parece mucho a una casa de banca.

La expresión del senescal demostró una intensa satisfacción.

—Sí, señorito Walter. Estamos prosperando. Las siete vacas flacas han pasado. ¿Dice usted que esto se parece a una casa de banca? Pues es mejor que morirse de hambre en una orgullosa ociosidad. Mi señor Alfgar es un hombre de gran visión. Ahora está comprando caballos y vendiéndolos en Londres. Pero eso no es nada comparado con lo que hacemos con el salvado de avena.

Walter se sintió intrigado.

—¿Qué puede ganarse con el salvado de avena?

El anciano hizo un gesto de satisfacción.

—El salvado de avena es la base de un plato exquisito, tan alimenticio como el *porridge*, aunque mucho más sabroso. Lo vendemos a los mercaderes de las grandes ciudades. Hubo que echar abajo el pabellón de escaldar para construir un local donde elaborarlo.

—Vi muchos edificios nuevos al llegar.

—Es que ahora tenemos molino propio. Mi señor Alfgar habla de diversificar la producción. «Diversificar» es su palabra favorita.

—¿Dónde está ahora? Espero que pueda recibirme en seguida.

Wilderkin pareció vacilar.

—Ayer se metió en cama, pero no creo que esté muy enfermo. Desde entonces se preocupó más de los proyectos comerciales que cuando estaba levantado. Nos ha hecho trabajar continuamente, ¡se lo puedo asegurar! «¡Haced esto! ¡Vigilad estotro!». «¿Qué están haciendo esos perezosos bribones en el molino? ¿Creéis poder engañarme porque no os veo?». El trabajo aumenta cada vez que mi señor Alfgar se mete en cama.

—Dile que he regresado, Wilderkin.

El senescal regresó casi inmediatamente y anunció que el amo quería ver en

seguida a Walter en su dormitorio. Sin embargo, se puso a relatar la conversación sostenida con él.

Se sentó en la cama cuando se lo dije, y le agradecerá a usted saber que le brotaron las lágrimas de los ojos. Nunca antes le ocurrió eso, salvo cuando tuve que decirle que la madre de usted había muerto durante la noche. «Mientes, canalla», me dijo. «Le juro que está aquí, señor», conteste yo. Me miro con dureza y dijo: «Mucho temía que mi querido muchacho hubiese muerto, Wilderkin». «Sí, amo», dije yo, «pero esta vivo y tostado como un pagano». «¡Por el bueno de St. Wulstan me alegro de saberlo!», exclamó él. «Tráeme en seguida a mi nieto».

El dormitorio era pequeño y carecía de muebles. En realidad, apenas si había espacio para la amplia cama en que el amo de Gurnie estaba sentado al entrar Walter. En su aspecto se advertían claramente las huellas dejadas por los años. Sin embargo, fija la mirada en el recién llegado, los ojos eran tan vivaces como siempre, y le sonreían en señal de bienvenida.

—¡Wilderkin, si está hecho un hombre! —exclamó—. ¡Cómo se ha desarrollado! Creo en verdad que me lleva toda una pulgada de estatura.

En realidad, la diferencia era de cinco pulgadas.

—Es una lástima que su madre no esté para verle. Se habría sentido orgullosa. Tan orgullosa como lo está su abuelo, Wilderkin.

A Walter se le había hecho un nudo en la garganta.

—Dile a mi señor Alfgar de mi parte, Wilderkin, que me siento feliz de estar en casa con él otra vez. Mi dicha sería completa si... si...

No logró mencionar para nada la muerte de su madre. Pugnó por contener sus lágrimas y aguardó.

—¡Wilderkin!, ¿qué haces? —exclamó el amo—. Pregúntale dónde ha estado, truhán. No puedo esperar a saberlo.

—Dile a mi abuelo —dijo Walter— que he estado en el Cathay.

Un silencio se posó en la habitación.

—Wilderkin —dijo el viejo finalmente— mi nieto no me mentiría. De eso estoy seguro. Y sin embargo... sin embargo... Ningún hombre ha estado en esa tierra lejana y ha vuelto para contarlo. Mi mente se rebela ante lo que he escuchado.

Walter se sentó y comenzó a relatar su aventura de cinco años. Se limitó a la historia de sus viajes y el papel que había desempeñado en la guerra, reservándose los episodios más románticos para relatarlos más tarde. El anciano escuchaba con abierto asombro que gradualmente se convertía en aceptación mientras los detalles corroboraban la historia y borraban las dudas de su mente. De vez en cuando hacía una pregunta, y durante todo el recital la mano con que se llevaba pedazos de granada a la boca, temblaba de emoción. Tal era su agitación que se negó a dar el acostumbrado aseo a su blanco bigote después de comer. El sonido de una cola que

golpeaba el piso debajo de la cama era prueba de la presencia de Chetwind, y de que el antiguo sabueso había percibido la euforia en el estado de ánimo de su amo.

Cuando se mencionó el tema de los regalos de la Emperatriz, el anciano se sentó derecho por primera vez:

—¡No lo creo! —exclamó—. ¿Wilderkin, he oído bien? ¿Había esmeraldas y rubíes y perlas en el lote? Y por ventura, ¿de gran tamaño?

—Dile a mi abuelo, Wilderkin, que había muchas piedras preciosas y de gran tamaño. Todavía tengo varias de ellas. Hay un anillo de esmeraldas que entregaré a Su Gracia el Rey si me concede una audiencia para contar mi historia. También hay un rubí que deseo darle a mi abuelo con la esperanza de que lo coloque en la cadena de oro que lleva alrededor de su cuello. La mayoría de los regalos ya han sido vendidos a Haggai el comerciante judío de Londres.

Una mirada de aflicción apareció en los ojos del anciano cuando escuchó esa información, por lo que Walter se apresuró a explicar las circunstancias.

—Dile a mi abuelo, Wilderkin, que durante la transacción dispuse del asesoramiento de Joseph Maule. Regateó con astucia e hizo que el precio que me pagara fuera justo.

El anciano soltó un suspiro de satisfacción y se dejó caer sobre la almohada.

—¡Ah, eso es mejor! Joseph sabe cómo regatear y negociar. Por un momento tuve miedo, mucho miedo, de que mi nieto hubiese ido solo. ¡Allí habría cometido su gran error!

Hubo una tensa pausa. Al anciano le temblaban las manos más que antes.

—Debió ser una cantidad muy grande de dinero que cambió de manos, Wilderkin...

—Una suma muy crecida —dijo Walter, sacando una hoja de papel doblada y sellada, que entregó al senescal—. Da esto a tu amo, Will. Allí encontrará la suma especificada.

El amo de Gurnie abrió el papel y miró las cifras. Por un rato se quedó estudiándolas con el mayor cuidado.

—Es una suma redonda —declaró por fin—. Yo habría podido hacerlo mejor, pero no le guardo rencor a Joseph por las condiciones. Haggai es duro de pelar, y difícil de envolver en un negocio. Yo pude haberle ganado, pero en general concedo que el bueno de Joseph no ha permitido que robaran a mi nieto.

Después de un esfuerzo logró sentarse, y a Walter le pareció que se había sacado de los hombros el peso de los años. El anciano golpeó varias veces su pulgar con el dedo medio.

—Apruebo. Es un buen golpe. Sí, un buen golpe.

—Ahora me gustaría participar a mi abuelo los planes que he estado haciendo. ¿Tendrá fuerzas para seguir conversando, Wilderkin?

—¿Si tendré fuerzas para seguir conversando? Sí, Wilderkin, puedes tranquilizarlo a ese respecto. Mi cuerpo está haciéndose viejo, pero no mí espíritu. Espero, cuando me llegue la hora, ser encontrado muerto rodeado de mis libros.

—Ya me he referido al secreto de la fabricación del papel —dijo Walter—. Me propongo instalar un taller aquí, en Gurnie. Habrá gran demanda de papel por parte de abadías, mercaderes y funcionarios de la corona. Creo que todo cuanto podamos elaborar nos será arrancado de las manos en seguida y a buen precio. Espero que mi abuelo vislumbre las posibilidades y esté preparado a orientar la empresa.

El anciano dedicó algunos pensamientos a esa proposición tan revolucionaria. Luego movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Concedido, Wilderkin —dijo.

—Para eso se necesitará más tierra. Espero que mi abuelo emplee lo que se necesite del dinero para comprarles un poco de terreno a nuestros vecinos.

La contestación esa vez fué mucho más rápida.

—Concedido, Wilderkin.

—Se necesitarán muchos obreros. Podríamos contratar a hombres libres y construir casas adicionales en el terreno para que vivan allí. El costo será considerable, pero habrá bastante dinero para eso. También he pensado en tratar de aplastar la fibra de morera entre piedras de molino para evitar el procedimiento más lento del trabajo humano.

Después de mucho pensar, el anciano asintió por tercera vez.

—Concedido también, Wilderkin.

El amo de casa estudió la nota que tenía en la mano con particular cuidado, palpando su contextura entre los dedos y probando su resistencia.

—Es un verdadero milagro —murmuró, después de lo cual se lanzó en un largo monólogo sobre medios de hacer las cosas, durante el cual encontró dos veces oportunidad de sorprender a su nieto en unas equivocaciones y exclamó—: ¡Ajá! Aquí es dónde se equivoca.

Pasó una hora entera antes de que Walter se levantara para irse. El senescal acusó tendencia a quedarse y dijo en tono vacilante:

—Si mi señor Alfgar me lo permite, tengo una buena noticia que darle de mi sobrino, el joven Peter Wykes, cuya mujer ha tenido otro hijo.

—¿Qué? —exclamó el anciano—. ¿Y a eso llamas buena noticia? ¿No tiene ya tres hijos y hasta dos hijas? ¿Cómo piensa alimentar a toda esa lechigada? Wilderkin, temo que tu sobrino se pase demasiado tiempo en casa. ¿Acaso puede ser diligente en su trabajo si se muestra tan perseverante como marido?

—¡Señor! —protestó el senescal—. Peter es uno de sus mejores trabajadores. El día antes de que naciera su hijo, a pesar de la ansiedad natural en esos casos, vendió diez bolsas de salvado de avena a los mercaderes de Oxford. ¡Diez bolsas, señor!

Nadie ha vendido tal cantidad en un solo día. He estado esperando que usted condescendiera en darle... una pequeña recompensa.

El amo de Gurnie observó a su criado con mirada fría y poco amistosa.

—¿Una recompensa? —repitió—. ¿Porque en un solo día cumplió con su deber razonablemente bien? ¿Estás loco? Dime, Wilderkin, ¿cuántas bolsas vendió al día siguiente de nacer su hijo?

Hubo una pausa.

—¿Cuántas, Wilderkin? Vamos, dímelo.

—Ninguna, señor.

El amo soltó una risa triunfal.

—Le daré una recompensa por el día bueno, pero mi concepto de la justicia me impulsa a multarle por el día en que celebró la llegada de su hijo llenándose la barriga de cerveza y sin hacer nada por mí. Lo uno compensa a lo otro, Wilderkin, y el asunto queda resuelto con toda justicia y satisfacción de todos.

Walter volvió a la derecha y bajó tres escalones que sus pies encontraron sin equivocarse en la oscuridad del vestíbulo. La puerta del cuarto de su madre estaba cerrada. Llamó a ella con los nudillos, y luego la abrió.

Wulfa estaba sentada bajo una de las ventanas con una enorme cantidad de seda azul en el regazo. Cosía con un cuidado tal que no levantó la vista en seguida. Al ver a Walter, se sobresaltó y dejó caer la aguja.

—¡Señorito Walter! —exclamó.

El muchacho entró en la habitación, con clara conciencia de que había en ella algo raro, aunque demasiado emocionado para ser capaz de determinar qué era. Tardó bastante tiempo en darse cuenta de que el cambio se debía a que la doncella había esparcido varias prendas de vestir de su madre por toda la habitación. De una pared colgaba la cadena que la madre de Walter llevara al cuello, al lado de su redecilla de oro y la cabezada de la jaca en que montaba. De las paredes colgaban también guantes, vestidos y cofias. Los Evangelios en cinco tomos, que tanto apreciara su madre, ocupaban la mesa entera con excepción de un florero lleno de rosas, su flor favorita.

El muchacho se sentó y miró a su alrededor, embargado por un profundo sentimiento de pesar por haber entrado en aquella habitación. El ver ese cuarto familiar sin que lo ocupara su madre era el recuerdo más desgarrador de su muerte. Los patéticos esfuerzos de la doncella por conservar cuanto podía de la bienamada presencia hacían que su ausencia fuera más difícil de soportar.

—Estoy seguro de que has sido buena con ella, Wulfa —dijo—. De modo que quiero agradecértelo.

—Hice cuanto pude, señorito.

La doncella había seguido de pie al lado de su silla, con el vestido azul en la

mano. Walter le indicó que se sentara, y la mujer obedeció con evidente desgano, sentándose rígidamente en el borde de la silla.

—¿Es ése uno de los vestidos de mi madre, no? —preguntó él, después de un largo silencio—. ¿Qué haces con él?

—Encontré un desgarrón y lo estaba zurciendo, señorito Walter.

—¿Para qué? ¿Vas a regalarlo?

A Wulfa se le puso el rostro carmesí de agitación.

—¡No, no, señorito! Ninguna de las prendas que le pertenecieron se regalará, no. Pero no puedo soportar la idea de pensar que necesiten cuidados... porque ya no las use ella. Las cuido con tanta atención como siempre. ¿Me permite que siga trabajando?

—Sí, por supuesto.

Y por primera vez en todos los años que hacía que la conocía, la miró con interés. El rostro de la mujer parecía mucho más envejecido y duro, y su cabello, bajo una sencilla cofia de hilo, estaba ya grisáceo. Era aquél un rostro severo e intransigente, sin que nada en la superficie indicara la profundidad de sentimientos de que la mujer era capaz.

—¿Dejó mi madre algún mensaje para mi?

La doncella meneó la cabeza.

—Mi señora Hild murió en sueños —murmuró—. No sabía que su fin estaba tan cercano, de modo que no dejó mensaje alguno. Pero hablaba continuamente de usted, señorito Walter.

—Temo que mi ausencia haya apresurado su muerte —dijo él con profundo suspiro.

—No, señorito. No podía haber vivido más —replicó Wulfa, cuyo semblante no pareció dulcificarse, pero en cuya nariz apareció un matiz rojizo—. La noche antes de morir tuvo un sueño. Me habló de él al día siguiente, en un momento de lucidez. Estuvo lúcida todo el día, y debí darme cuenta de que era una premonición.

Sólo ante repetidas instancias de Walter pudo la doncella proseguir.

—Soñó que estaba subiendo a caballo una cuesta muy empinada. No había árboles, y el sol brillaba ante ella. Cabalgaba en dirección a él. Dijo: «Me sentía muy feliz porque allí estábamos los tres, y eso no me había ocurrido nunca antes en sueños. Cabalgábamos en fila. Primero, mi señor Rauf, después, yo, y detrás de mí venía mi hijo. Era maravilloso galopar en aquella brillantez en compañía de mis dos hombres altos».

La doncella miró la costura que tenía entre las manos y suspiró.

—No me asombró, señorito, que muriera tan apaciblemente a la noche siguiente.

Walter se levantó y miró durante largo rato por la ventana. Por casualidad, estaba ante aquélla de las ventanas frente a la cual siempre se sentara su madre, de modo que

podía ver las negras torres de Bulaire recortadas contra el cielo del atardecer.

Sin volverse, dijo:

—Me ocuparé, Wulfa, de que siempre quedes a nuestro servicio. El cuidado de este cuarto será tu deber principal. Cuida siempre sus cosas como lo estás haciendo ahora.

Al salir de la habitación, oyó que su abuelo llamaba:

—¡Wilderkin! ¡Wilderkin!

Había tanta expresión de urgencia en aquellos gritos, que el muchacho se lanzó apresuradamente hacia la otra puerta, temiendo que algo le hubiera ocurrido al anciano. Luego, por fuerza de la costumbre, vaciló: siempre había quedado establecido que nunca entraría en el cuarto de su abuelo si no lo invitaban directamente.

La puerta estaba entreabierta, y Walter pudo ver que el amo de Gurnie se había levantado de la cama y estaba vistiéndose con prisa. El viejo oyó los pasos del muchacho y alzó la mirada.

—¡Entra, Walter! —exclamó.

Entonces se contuvo y dejó de vestirse. Una de las piernas de las bragas había quedado sin llenar, y la grisácea prenda arrastró por el suelo al dar el anciano un involuntario paso hacia adelante.

—¡Le he hablado! —exclamó con voz conmovida—. ¡Que Dios y St. Wulstan me perdonen! ¡He quebrantado mi juramento!

Walter se quedó donde estaba, sin atreverse a hablar. De pronto vió que un hombre se hallaba de pie en respetuosa actitud en un rincón del dormitorio. Las negras botas y desnudas piernas del individuo lo señalaban como siervo, y, al echarle una segunda mirada, Walter reconoció en la manga el blasón de Bulaire.

El amo de Gurnie no prosiguió con su tocado por largo rato, y cuando volvió a hablar fué al patán de Bulaire.

—Ve abajo, bribón. Calla y no hagas saber a nadie la misión que te trae aquí. Tampoco hables de lo que acabas de oír, pues si no me ocuparé de que nunca vuelvas a hablar.

El hombre salió con tanta prisa que rozó a Walter en el marco de la puerta. El muchacho tenía la mente llena de inquietas conjeturas, y no pensó siquiera en la equivocación de su abuelo. Sólo una tragedia podía causar la presencia en Gurnie de un siervo de Bulaire. ¿Le pasaría algo a Engaine?

El anciano seguía vistiéndose con temblorosas manos.

—Tengo que ver al obispo en seguida y explicarle mi caso —murmuraba—. ¿Qué me ha pasado? ¿Estoy perdiendo la razón? ¡He quebrantado mi juramento!

De pronto alzó la cabeza y llamó en voz alta:

—¡Wilderkin! ¡Wilderkin!

Cuando el senescal se presentó, su amo empezó a regañarle apasionadamente.

—¡Tú tienes la culpa, perezoso majadero! ¿Dónde has estado? ¿No oíste que te llamaba? ¡Me has traicionado y hecho cometer una acción de lo más ruin, y siento ganas de ahorcarte y dejar que tu carroña se pudra colgada de la empalizada para que los cuervos te la coman! ¿Qué estabas haciendo, bribón?

—Mi oído ya no es fino, mi amo —balbuceó el hombre.

El enojo del anciano pareció aplacarse, y meneó la cabeza.

—Es cierto, y estoy empeorando la enormidad de mi pecado regañándote por algo que he hecho yo. ¿Podré esperar perdón porque yo también soy viejo y no puedo ya dominar mi lengua? ¡Ah, Wilderkin, el oído de Aquél a quien hice mi juramento es muy bueno! No habrá dejado de oírme.

Los dedos con que estaba prendiéndose las agujetas le temblaban de la impresión que sentía. Volvió a enojarse.

—¡Vamos, canalla, ayúdame en estos inventos del infierno! ¿Has perdido también la vista, estúpido?

—¿Qué pasa, mi amo? —preguntó el senescal, demasiado asustado para moverse.

—No preguntes y haz lo que te digo.

Cuando la difícil tarea de vestir al anciano hubo terminado, el amo de Gurnie se dejó caer en un sillón. Miró a Walter y sonrió tristemente.

—Bueno, la falta ha sido cometida. ¿Qué he de hacer ahora?

Se quedó pensando un rato, meneando la cabeza continuamente.

—Tendré que hacer penitencia. El buen obispo se ocupará de eso.

Walter reunió valor bastante para decir:

—Wilderkin, quizá mi abuelo se digne decirme cuál es la noticia que le ha llegado de Bulaire.

—Sí, sí, tienes que saberlo en seguida, Walter —dijo el viejo.

Hubo otro tenso silencio, después del cual el anciano alzó los brazos, desesperado.

—¡He vuelto a hacerlo! ¡Dos veces he faltado a mi solemne voto! ¡Dios mío, tengo tan poco cuidado con mi palabra de caballero que soy indigno de ofrecer ayuda a una dama desamparada!

—¿Una dama desamparada? —exclamó Walter sin poder pensar en otra cosa—. Dígame, abuelo, ¿necesita Engaine de nuestra ayuda?

—Mi falta no puede redimirse ya —dijo el amo de Gurnie, mirando ya directamente a Walter—. El patán se adelantó a la condesa de Lessford para anunciar su llegada. Abandona a Bulaire. ¡Trae consigo a su hijito y nos pide que le concedamos asilo aquí!

CAPÍTULO DÉCIMO TERCERO. KONKAN (BOMBAY)

I

Las costillas de abeto de la nave que llevara a bordo a los viajeros del Lejano Oriente sobresalían del bajío como troncos en un bosque incendiado; aquella nave jamás volvería a hacerse a la mar, y ya la tripulación había logrado desaparecer. Los tres extranjeros encontraron alojamiento en la casa de Chilprat y se habían convertido en un problema para él.

Formaban un trío curioso. Uno de ellos era una mujer que llevaba la parte inferior del rostro velada, lo cual sólo permitía ver un par de ojos extraordinarios, azules, de un azul profundo e inconfundible. Ahora bien, el azul era el color del cielo y de las faldas que usaban las mujeres en las fiestas religiosas, pero no un color de ojos. Podría haberse creído que aquella mujer se los tiñese, como las mujeres de las siete islas solían hacerlo con las uñas de sus manos y sus pies y hasta con su cabello, si el niño de un año que la acompañaba no hubiera tenido exactamente el mismo color de ojos. Era evidente, pues, que procedían de alguna tierra extraña en que las leyes naturales no existían. El tercer extranjero no daba motivo a las conjeturas; era un criado de rostro negro y afable y amplia sonrisa.

La preocupación de Chilprat se debió en un principio a una costumbre de la mujer. Siempre que veía llegar barcos, echaba a andar de un lado al otro por la ribera, gritando con voz de súplica y desesperación: «¡Londres! ¡Londres!». No había forma alguna de explicar por qué se conducía de ese extraño modo, pues no había una sola palabra en el idioma que hablaban ella y su criado que tuviera significado para la gente de las islas.

Chilprat comentaba a menudo el asunto con Marukya, el brahmán Palshikar.

—¿Buscará a uno que se llama Londres? —se preguntaba—. ¿Es un elogio lo que grita a los buques, o será quizá una maldición? Son cosas que me obsesionan y que no puedo resolver.

—Es posible que haya en algún lugar de la tierra un país llamado Londres, y que busque un buque que vaya allí.

Aquella era una nueva idea. Chilprat la revolvió en su mente con la misma lentitud con que pasó la hoja de *tembul* bajo la lengua.

—Puede ser —convino—. Tiene mucho oro y podría pagarse el viaje. Mi casa está llena y no puedo conservarlos en ella por mucho tiempo más.

La casa de Chilprat estaba rodeada por una empalizada de bambúes, y ante la entrada había un cráneo de tigre que indicaba la riqueza y alta posición social del amo en la comunidad. Maryam ocupaba un rincón de un cuarto, separado del resto de la habitación por un alto biombo, y tenía una ventana por la cual podía ver el templo en la rocosa colina de la Isla del Elefante. Allí dormía en un jergón que estaba lejos de

ser cómodo. El único otro mueble que poseía era una cesta de caña en que el niño había pasado gran parte del tiempo durante los viajes de puerto en puerto. Tenía ya un año y estaba mostrándose muy activo; empezaba a caminar un poco sobre sus vacilantes piernecillas, generalmente en persecución de Chi Wangti. A aquel pequeño aristócrata le gustaba el niño y solía acostarse en la cesta con él, pero en general demostraba una cauta consideración por la indómita fuerza de aquellos deditos. La enroscada cola color canela del perro era el objeto de principal interés, y la criatura salía corriendo detrás de ella, balbuceando con alegre sonrisa la única palabra que había logrado pronunciar: «¡Chi, Chi!».

Aunque siempre frustrado en su persecución, la proseguía con inquebrantable celo.

Aparte de las desesperadas recorridas por la costa en busca de un buque que los llevara a Londres, Maryam se dedicaba por entero al niño. Lo bañaba dos veces por día, le preparaba sus comidas con el mayor cuidado y le cosía ropitas con las telas de alegres coloridos que hallaba en las tiendas de los nativos. Ese trabajo era interminable. Le parecía, apenas terminada una prenda, que los brazos del niño eran demasiado largos para sus mangas, y mucho le costaba hacer entrar las pequeñas y regordetas nalgas en los calzones. A pesar del terrible calor y el nerviosismo de la vida que llevaban, el chiquillo crecía con rapidez asombrosa.

—¡Qué lindo chico es mi Walter! —solía decirle a Mahmoud—. Se parece mucho a su padre. Mira, su cabello es dorado y ya empieza a rizarse. Será un hombre muy guapo.

Mahmoud, que dormía afuera y cuya obligación principal era conseguir el arroz y las verduras de que vivían los tres, estaba también muy dedicado al nuevo miembro de la familia. Lo llamaba «amo chico», y lo sacaba a dar largos paseos dos veces al día, una vez por la mañana, antes de que el calor se hiciera demasiado, y luego en las últimas horas de la tarde, cuando el sol estaba cercano al azulado horizonte. El niño deseaba aquellas excursiones al mundo y se sentaba alegremente en los hombros de Mahmoud, hundiendo una mano entre los pliegues del turbante para mayor seguridad y golpeando los talones contra el pecho del criado. Siempre sabía cuándo llegaba la hora de salir, y se quedaba perfectamente quieto, observando el extremo del biombo por el cual tenía que aparecer Mahmoud. Si, por cualquier motivo, el criado se demoraba, se le ensombrecía el rostro y miraba a su madre como diciendo: ¿Qué le ha pasado a ese chico? ¡Qué fastidioso es esto!

Cuando salían juntos, Mahmoud le hablaba continuamente, y al regreso le relataba a la madre sus conversaciones.

—Mahmoud le habló al amo chico de los elefantes. El amo chico comprende. ¡Oh, sí, comprende lo que dice Mahmoud!

—¿Cómo lo sabes, Mahmoud? ¿Qué dijo, Mahmoud?

—No dice mucho. Pero Mahmoud sabe. A los niños les gustan los elefantes.

Más a menudo, sin embargo, la conversación se refería a los buques. Bajaban a la playa, y si llegaba a estar fondeada alguna nave, el criado se ponía a charlar animadamente de las remendadas velas multicolores, de las cadenas del ancla y de los oscuros agujeros bajo la borda de los cuales salían extraños olores. Cuando volvían a la casa de Chilprat, le informaba a Maryam de que su hijo sería marinero cuando fuera grande.

—Está todo arreglado, señora Maryam —decía—. Al amo chico le gustan los buques. Cuando los ve, se le ponen los ojos redondos como botones. El amo chico y Mahmoud harán largos viajes juntos cuanto haya crecido como su padre.

Maryam protestaba enojada ante aquella idea. El viaje en que estaban empeñados era ya bastante interminable para que esperara y rezara porque su hijo no tuviera que seguir viajando mientras viviera.

La esperanza que le había conservado el valor durante aquella eterna navegación y por los periodos de ansiedad en tierra, cuando buscaba otro buque frecuentando los muelles y diciendo «Londres» siempre que encontraba a un marinero, estaba empezando a desaparecer. ¿Sabían los capitanes que aceptaban su oro en qué dirección se hallaba la distante ciudad de los ingleses? ¿O quizá estuviera penetrando cada vez más lejos en un extraño mundo caluroso alejado de su verdadero rumbo? No había forma de comprobarlo. Una alta e inexpresiva pared de silencio los rodeaba, y, al parecer, estaban más lejos de Londres que cuando emprendieron el viaje.

—Mahmoud —solía decir meneando la cabeza con desesperación—, ¿hallaremos alguna vez un buque que nos aleje de estas horribles islas? Y si lo logramos, ¿nos llevará adónde el amo Walter está esperando? Y, Mahmoud, ¿Walter estará esperándonos? ¿No crees seguro que lo hemos perdido para siempre? Quizá crea que estamos muertos.

Mahmoud hacía un gesto, confiado.

—El amo Walter está esperándonos. Quiere mucho a la señora Maryam. Y cuando vea al amo chico, ¡ah, qué contento se pondrá!

—Estoy empezando a temer que nunca más volveremos a verle.

Pero Mahmoud no abrigaba dudas a ese respecto.

—¡Claro que volveremos a verlo!

Y, golpeándose el pecho, añadía:

—Mahmoud sabe perfectamente que llegaremos allí muy pronto.

II

Maryam no había dejado de observar que Walter y Tristram habían sido obligados a salir en el primer bote la noche en que la enorme oleada de marea recorría el río. Desde entonces, todo cuanto le ocurrió fué fatal. Siguió silenciosamente a Chang Wu a una oscura habitación en los fondos de algún depósito de arroz. Mahmoud se asustó cuando resultó evidente que las hambrientas multitudes estaban tratando de asaltar los depósitos, pero la muchacha no compartía sus temores. Estaba segura de que la partida de Walter había sido dispuesta para lograr que la oleada de marea causara la desaparición de las aves de plumaje dorado. No abrigaba esperanzas de que aún estuviese vivo, de modo que no pedía sino compartir una suerte análoga.

Se echó en un duro jergón y miró sin ver los oscuros objetos que la rodeaban. Unas ratas andaban por el suelo, pero ella no les hizo caso. Nadie se acercó. Los ruidos de lucha eran cada vez más intensos, hasta disminuir luego y terminar por completo. Al fin y al cabo, a pesar de todo le tocaba vivir, pero no sintió alivio alguno cuando el hecho se hizo evidente.

Pasaron las horas, y una leve luz empezó a penetrar por una angosta hendidura en lo alto de la pared. Amanecía.

Por último se presentó Chang Wu con una pequeña linterna que hacía bailar unas extrañas rayas en las paredes de bambú. La muchacha se sentó en seguida, tratando de leer la expresión del rostro del anciano a la incierta luz de la linterna.

—Su ilustre marido y su amigo están a salvo —anunció—. Uno de los boteros se ahogó, pero el otro ha regresado. Dice que alcanzaron el buque a tiempo.

Los temores que la muchacha abrigara durante las largas horas de la noche se aliviaron entonces en un torrente de lágrimas.

—¡Oh, Chang Wu! —exclamó—. ¡Qué dichosa soy! Estaba segura de que se habían ahogado en ese horrible río. No hice más que pensar en eso durante toda la noche. ¿Está usted seguro de que están a salvo? ¿Del todo seguro?

El viejo enviado hizo una tranquilizadora sonrisa.

—No cabe duda alguna. He interrogado al hombre, y dice que él mismo los vió en cubierta.

Hubo una pausa.

—El buque no pudo aguardar. Zarpó a la hora señalada. Debido a los disturbios que había aquí, no pudimos enviar otro bote a cruzar el río, y ahora nos vemos en grandes dificultades.

La alegría de Maryam era tan profunda que las dificultades de su posición no le causaron impresión inmediata en el espíritu. Sonrió al anciano y le dijo:

—¡Qué feliz soy!

Chang Wu nada dijo por un rato. Sus ojos tenían una expresión de pesar y

arrepentimiento.

—Han surgido grandes dificultades —repitió—. Se ha ordenado que no salga ningún barco más. Todas las naves serán puestas al servicio de los funcionarios de la corte para el caso que sea necesaria una evacuación rápida. Lo único que puedo prometer a la esposa de mi estimable amigo es procurarle un lugar en el primer buque que salga.

Maryam se dió entonces plena cuenta de la situación. Miró al anciano con horrorizada expresión.

—¿Cuándo será eso? —preguntó en un susurro—. Si pasa mucho tiempo, puede... puede que jamás vuelva a encontrarle. Ilustre Chang Wu, estoy segura de que ha pensado usted en todo. Tranquilíceme.

El enviado meneó lentamente la cabeza.

—Lo siento mucho, pero he de decir que no lo sé. El joven señor de Occidente, por el cual abrigo un gran afecto, no podrá desembarcar en ninguno de los puertos cercanos. La situación exigía que se le llevara a una distancia prudencial de Kinsai. Esperemos que el próximo barco que salga rumbo al sur alcance a aquél en el cual navegaba.

En cuanto hubo aclarado lo bastante, la llevaron a casa de Chang Wu otra vez y allí se quedó tres semanas en un estado de ansiedad tal que a veces dudaba de si podría resistir a la agonía de la espera. No tenía medio alguno de saber si por entonces ya había salido algún buque en dirección al sur. El enviado la veía a ratos intervalos e informaba que estaba haciendo todo cuanto le era posible por ella. Cuando finalmente anunció que iba a zarpar al día siguiente, las esperanzas de Maryam de alcanzar a su marido habían desaparecido por completo. Sabía, sin embargo, que tenía que hacer lo imposible por encontrarlo, aun cuando tuviera que seguirlo hasta Londres. Ya se había evidenciado que el regalo de los huevos de pato coloreados resultó ser profético.

Salió de Kinsai una semana antes de que las puertas de aquella gran ciudad se abrieran pacíficamente para dejar entrar a las vanguardias de Bayan.

III

Un día, Chilprat llamó a su amigo Marukya para una conferencia de carácter muy especial. Era evidente que el motivo de la conversación eran los extranjeros, pues, mientras ambos hombres conversaban ante una fuente de curry de mariscos, Chilprat miraba continuamente al biombo detrás del cual Maryam y su hijo llevaban su restringida existencia. Para dar importancia a la conferencia, Chilprat se había puesto un collar de pequeñas perlas, además del taparrabos rojo que generalmente constituía su único lujo.

—Hay que hacer algo —dijo, llevándose comida a la boca con la mano derecha, mientras que con su izquierda, reservada para las funciones menos dignas de la vida, señalaba en dirección al biombo—. La mujer de ojos azules está causando gran revuelo entre los hombres de la isla.

El sacerdote rió despreciativamente.

—¿Esa chicuela de carne blanca y fría? ¿Por qué piensan en ella los hombres de la isla?

—Tú has vencido a las tentaciones de la carne y no puedes comprender. Es pequeña y llena de gracia; los hombres no pueden apartar esos ojos que tiene de su imaginación. Te concedo que su luna llena apenas si es la mitad de la de las mujeres maduras de nuestra raza, pero hasta yo, Chilprat, cuya sangre empieza a enfriarse con la edad, siento deseo de darle una amigable palmada cuando pasa. Habrá lío si se queda aquí por más tiempo. Nuestras mujeres están empezando a murmurar con amargura, y hasta mi Altima se ha propuesto no dejarme en paz.

Quizá Maryam haya intuído el objeto de la conferencia. De todos modos, eligió ese momento para presentarse detrás del biombo. Se dirigió hacia los dos dignos ancianos y se sentó, cruzadas las piernas, cerca de ellos, cosa que ninguna mujer de las siete islas se habría atrevido a hacer. Estiró una mano y dejó en la palma de su huésped una de las piedras que llevara cosida en el forro de la chaqueta. Era una piedra pequeña, pero su color rojo de rubí hizo que ambos hombres contuvieran la respiración.

—Londres —dijo Maryam echando una seria mirada a Chilprat, y con insistencia repitió el nombre de aquella añorada ciudad, varias veces.

Unos ojos codiciosos estudiaron la piedra por largo rato. Chilprat la humedeció entonces con saliva y la alzó a la luz. La golpeó con sus largas uñas, la restregó contra la lana de su taparrabos, y por último dijo en un murmullo al sacerdote:

—Es legítima. Es del mismo color de la sangre de paloma. ¿Me la estará ofreciendo para que le consiga su pasaje a Londres?

Al oírle pronunciar ese nombre, Maryam acarició la esperanza de que el hombre estuviese empezando a comprender lo que quería. Volvió varias veces la cabeza en

señal de asentimiento, repitiendo la palabra a cada movimiento.

Los dos hombres volvieron a inclinarse sobre la piedra en otro periodo de profunda absorción.

—Esto es una fortuna, Marukya —murmuró Chilprat.

—Sí —contestó el sacerdote—. ¿Qué plan se le ha ocurrido a mi sagaz amigo para apoderarse de él?

De pronto Chilprat echó la cabeza hacia atrás y soltó una fuerte risotada.

—¡Horteema! —exclamó—. Él nos dará la respuesta, buen Marukya.

—¿Horteema? —repitió el sacerdote, evidentemente sin comprender.

—¿No entiendes? ¡Qué plan perfecto he concebido! La mandaremos con Horteema. Al fin y al cabo, el hombre no está en situación de presentar muchas exigencias, de modo que así podremos satisfacerlo y conservar sin embargo buena parte del valor de la piedra.

Por último la comprensión llegó a los ojos del sacerdote. El también echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Por el buey sagrado, que has hallado la solución. Pero —prosiguió después de pensar un rato—, Horteema tenía que llevar una carga de caballos a Aden antes de que sus desgracias lo dominaran. ¿Quedará el extraño lugar que busca ella en dirección a Aden?

Según las normas de las siete islas, Chilprat era un hombre honrado, pero en ese momento demostró que su probidad tenía sus límites. Alzó ambas manos hacia el cielo.

—Quizá no. Pero de todos modos esa mujer de piel blanca no puede quedarse aquí por más tiempo. Si Horteema no la lleva en la dirección deseada lo hará el próximo capitán. Ven, que tenemos mucho que hacer.

Horteema era un capitán de ultramar, de rostro chato y redondo que hacía algún tiempo había sido hendido por una hoja de sable. En ese mismo momento, era víctima de crueles circunstancias. Por deber dinero a un isleño, dinero que no podía pagar, había sido lo bastante descuidado para dejar que su acreedor se le acercara y trazara a su alrededor un círculo mientras se hallaba en un lugar descampado de la costa. Impedido por una sagrada ley de Konkan de salir del círculo hasta que su deuda no fuera saldada, el capitán se había pasado ya varios días en su cautiverio al aire libre. Su jergón de cañas, con su red como manta, le habían sido llevados y se hallaban en el círculo. Las moscas bordoneaban alrededor de los platos de comida que le llevaran, y una lagartija pasaba cerca de los platos como deseosa de participar en el ágape. En cuanto a Horteema, ostentaba una expresión desesperada.

Sus dos visitantes entraron con él en un largo y entusiasmado debate. Como Chilprat lo había predicho, Horteema no estaba en situación de regatear mucho, de modo que terminó asintiendo de mala gana. Sólo quedaba por pagarse la deuda que lo

tenía sujeto al círculo y citaron al acreedor, un mercader que por otra parte parecía duro de pelar. El debate se hizo más violento.

Maryam, que presenciaba la escena, vió que el acreedor sacaba de entre sus ropas un pequeño cuadrado de tela y lo extendía en el suelo. Los cuatro hombres se arrodillaron en la arena, cada uno con la mano derecha bajo el trapo.

¿Qué estaban haciendo? La curiosa ceremonia intrigó a Maryam hasta que la muchacha se convenció de que se trataba de una forma nativa de llegar a un acuerdo difícil. Podía ver cómo sus dedos se movían bajo el trapo. Después de cada gesto, había un largo período de inmovilidad, mientras los rostros ostentaban una expresión tensa y absorta. Luego se movía lenta e involuntariamente otro dedo.

Ese juego prosiguió una media hora, hasta que de pronto el acreedor alzó una mano y arrojó el trapo al aire. Se había llegado a un acuerdo. Los cuatro participantes se levantaron.

Había tanto de absurdo en esa ceremonia, que Maryam, a pesar de su ansiedad, echó a reír. Los hombres no le hicieron caso. Horteema saltó fuera del círculo y se puso a borrarlo con su descalzo pie. El acreedor completó la transacción trazando con un dedo en la arena una frase en marathi que significaba: «Saldada la deuda». La espectadora comprendió algo del significado, y volvió a reírse, segura ya de que su largo período de espera estaba tocando a su fin.

Chilprat también se rió. Luego le hizo una inclinación de cabeza y le dijo:

—Todos hemos jurado por el *Shri-gundi*, la Piedra de Suerte. Todo está arreglado. Mi pequeña huésped de tez pálida pronto tomará el barco para su misterioso destino.

Maryam no comprendió una palabra, pero el tono del hombre prometía cosas buenas.

«¡Por fin creo que vamos a Londres!», se dijo para sí.

Siguieron dos días de ansiedad mientras cargaban el buque. Desde cierto punto de vista fueron días más cómodos, porque Chilprat se hizo más amable en su actitud, y hasta su mujer se ablandó hasta el punto de mandarle a Maryam platos de comida. Unas doce veces por día, Maryam abrazaba a su hijo y le contaba:

—Por fin, Walter, mi bien, te llevaremos a tu padre.

Lo vistió con sus mejores ropas, para que estuviera pronto para cuando llegara el momento de partir. Con su chaqueta blanca y bombachas, podía haber pasado el niño por un caballerito de Antioquía de no ser porque su birrete, por curiosa coincidencia, había adoptado la forma de una gorra inglesa de niño.

Maryam estaba tan preocupada por la posibilidad de algún inconveniente, que no dejó que Mahmoud se alejara con el niño fuera del alcance de su vista. El niño, que nada comprendía de todo aquello, se cansaba de observar continuamente el biombo. Se negó a moverse hasta que el cansancio le impidió seguir con los ojos abiertos. Maryam había salido por un rato, y cuando regresó lo encontró durmiendo con la

cabeza apoyada en el borde de la estera. Chi, consciente de la desdicha de su amigo, se había echado a su lado.

Por último, sin embargo, los caballos tuvieron que ser llevados a bordo y atados en la bodega, y llegó el momento de la partida. Los extranjeros fueron escoltados hasta el barco. Mahmoud abrió la marcha con el niño sentado en sus hombros. Una vez a bordo, descubrieron que había sido levantada en cubierta una pequeña casilla de madera, dotada de un jergón y una batea llena de agua. Aquél iba a ser su hogar.

Maryam podía ver a Horteema, cubierto sólo por un taparrabo amarillo, de pie en la cubierta de popa, sudando profusamente mientras dirigía una gutural serie de órdenes a sus tripulantes. Mahmoud olfateó y comentó:

—¡Qué barco sucio, señora Maryam!

Sin embargo, el pensar en las incomodidades que pudiera depararle ese viaje no influía en lo más mínimo en el espíritu de Maryam. Convencida de que aquélla sería la última etapa de su largo viaje, la muchacha miraba al cielo, en que el sol ardía intensamente, con una expresión de dicha, por fin, en su pálido y delgado rostro.

CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO. LITTLE TAMIL

I

Walter resolvió no estar presente cuando Engaine llegara a Gurnie. Le parecía probable que la muchacha hubiese elegido otro asilo de haber sabido que él estaba de vuelta. La presencia de Walter no dejaría de complicar la disputa que tenía con su marido, pues el muchacho no ignoraba que Edmond siempre lo había odiado y se mostraría más enojado si su mujer se fuera a vivir bajo el mismo techo que él. Sería mejor dejar que su abuelo lo explicara todo. Si entonces Engaine quería irse, como Walter lo suponía, podía hacerlo sin la molestia de un encuentro entre ellos.

Se quedó, pues, bajo unos árboles a orillas de la laguna Oswiu y la contempló mientras llegaba por el camino con varios hombres de armas como custodia y cuatro criados montados en mulas que cerraban la marcha. Su partida de Bulaire no había sido apresurada, según resultaba evidente. Había sido cuidadosamente proyectada, de otro modo no habría salido con tan numerosa comitiva.

Walter no podía verla muy bien, pero tuvo la impresión de que la muchacha no había cambiado. Su posición, en silla, era tan altanera como siempre, y un mechón de dorado cabello flameaba bajo la brisa. Walter la oyó silbar a uno de sus escoltas y vió cómo el halcón se le posaba en el puño. Dió una orden a un criado con voz clara y vibrante. Cualesquiera fueran sus motivos para salir de Bulaire, no había salido con ánimo deprimido.

Dos horas aguardó el muchacho vigilando la casa y esperando de un momento a otro ver a la comitiva volver a montar a caballo y alejarse en busca de un refugio más apropiado. Pero eso no ocurrió. Los caballos y mulas fueron llevados a la laguna y soltados en el corral. Un caballero con la cruz bordada en la manga dejó de silbar al ver a Walter y se inclinó humildemente para saludarle. Amenazaba tormenta, y unas nubes negruzcas asomaban por sobre Algitha Scaur. Walter resolvió entrar en la casa.

Al pasar las empalizadas exteriores, vió que unos siervos estaban operando con el puente levadizo y sustituían las herrumbradas cadenas por fuertes cuerdas nuevas. Parecía que su abuelo preveía la necesidad de defender la vieja casa. Los hombres conversaban y silbaban mientras trabajaban, alegres por la perspectiva de lucha.

Al entrar, tropezó con Wulfa. La cara de la doncella reflejaba una expresión de amargura, y sus manos cogieron las faldas a cada lado con una brusquedad que acusaba una profunda perturbación interior. Sin embargo, la mujer no se atrevió a hablarle.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él.

—¡Amo, está en el cuarto de su madre!

—Es que no hay otra habitación apropiada para alojarla —dijo él después de un rato de reflexión—. Es el dormitorio mayor que tenemos, y el de más luz.

—Pero, amo... ¡Está haciendo cambios! —dijo Wulfa, con una expresión como si

acabara de presenciar un sacrilegio—. Con ella están el niño y dos criadas. Es como el cuarto común de una taberna.

—Nada podemos hacer, Wulfa. La condesa es nuestra huésped, y tenemos que hacer cuanto podamos por su comodidad.

—Parece que el cuarto no es lo bastante bueno —dijo la mujer mojándose los labios—. Han quitado las mantas de la cama, que están cubriendo con unas sedas que trajo ella consigo. En una de las paredes han puesto una colgadura tártara. Dijo que era para alegrar el cuarto. ¡Amo, no puedo soportarlo!

—Mientras la condesa esté en nuestra casa, sus deseos son ley para nosotros. Tienes que resignarte a ello.

Al pasar por el corredor, se abrió la puerta del cuarto de su madre y le llegó una alegre confusión de voces. Oyó que Engaine decía:

—Agnes, mis útiles de tocador no han sido desenvueltos. ¿Dónde está mi redecilla? ¡Vamos, estúpida, que tengo que estar bonita esta noche!

Walter resolvió, pues, estar por su parte elegante esa noche. El tosco guardarropa de madera que tenía en un rincón de su cuarto estaba lleno de trajes nuevos, y muchas prendas hermosas colgaban de unos ganchos clavados en las paredes de roble. Todas aquellas prendas de lujo las había comprado durante sus estadas en Venecia y París. Con bastante oro en la bolsa, había dado rienda suelta a temporarios caprichos, aunque nunca hasta entonces había sentido ganas de vestir ninguna de sus espléndidas compras.

El traje que resolvió vestir aquella noche era decididamente elegante, y Walter tarareó, nervioso, al ponérselo, confiado en que haría buen papel. Era una túnica de raso azul, de mangas abuchonadas y bordada con madreperlas, que le cubría hasta un punto no más de ocho pulgadas bajo la cintura. Aquella túnica le ajustaba tanto, que tuvo que abrocharse con sumo cuidado la fila de botones de oro. Las mangas eran largas y minuciosamente bordadas, y los puños no mostraban sino las puntas de sus dedos. Luego venían unas calzas de damasco blanco que ajustaban sus largas piernas desde la cadera hasta el talón, como si fuesen de tela de cebolla. Era aquélla una innovación atrevida, pues los ingleses se cubrían las piernas con amplias calzas y las ocultaban con largas prendas exteriores que caían casi hasta el suelo. Pero a Walter no le importaba; aquella nueva moda pronto llegaría a Inglaterra, y el muchacho se consideraba casi un precursor.

Completaban su vestimenta unos borceguíes azules de largas puntas, y Walter se sintió bastante satisfecho al dar unos pasos por la habitación. Por costumbre, pensó: «¡Si Maryam me viera!». Y apenas se le formaron las palabras en la mente, cuando le abandonó toda sensación de orgullo. Se dirigió a la ventana y miró, apenado, las nubes de tormenta que se cernían sobre la casa.

—Dulce esposa mía, ¿dónde estarás esta noche? —preguntó en voz alta.

Se quedó ante la ventana por largo rato, y al volverse, tuvo ganas de despojarse de todas sus galas y vestir ropas menos festivas. Luego suspiró y dijo: «No, es igual que vaya como estoy. Corresponde que presente el mejor aspecto posible ante Engaine. Parece tener una pobre opinión de Gurnie, y he de hacerla cambiar de opinión».

La sala principal había sido iluminada con una cantidad de altos cirios, doble de la normal. Walter fué el primero en bajar, y contempló los arreglos pensando en la impresión que harían en su huésped. LUKE EL MÉDICO, se hallaba en el centro de la mesa, flanqueado por JUAN BAUTISTA y BERNARD DE CLAIRVAUX. Había tres sillones en la cabecera, uno al lado de otro, y el alto salero estaba frente a ellos en vez de estar, como siempre, en la unión de las mesas. A Walter le latió el corazón de puro satisfecho. ¡Iba a sentarse con su abuelo y Engaine! Por primera vez, su situación como miembro de la familia iba a reconocerse abiertamente.

El muchacho no dejó de advertir que los criados y patanes al otro extremo de la larga sala soltaban silbidos de asombro al verlo aparecer. Uno dijo en tono bastante audible:

—¡Qué me lleve el diablo si no ha vuelto hecho un perfecto pavo real!

Otro intervino:

—Joven amo, ¡debes estar orgulloso de las largas piernas que tienes!

A Walter no le importaron esas exclamaciones, pues sabía perfectamente que en el fondo eran aquellos siervos los que estaban orgullosos como pavos reales por el hecho de que hubiera regresado de sus viajes tan suntuosamente ataviado. Les retribuyó la sonrisa diciéndoles:

—¡Ya debierais haberme visto, patanes piojosos, envuelto en mis túnicas en Cathay!

En ese momento entró su abuelo en la habitación, con ayuda de un grueso bastón de guindo, y se hizo un silencio completo. El anciano lo miró por un rato, y luego, inesperadamente, sonrió.

—¡Salomón en toda su gloria! —dijo—. Nunca he visto calzas como las tuyas, muchacho. ¡Por St. Wulstan, que he de tener unas así también! Mis piernas aún son lo bastante redondas para soportar tan arrogante exhibición.

Walter se inclinó.

—Es la moda de Venecia, señor. Pronto las vestirán en la corte de *Su Majestad el Rey*.

El anciano lo llevó aparte.

—He conversado con el padre Clement —murmuró—. Dice que tengo que hacer una pesada penitencia por el juramento violado, pero que una vez violado carece de todo vigor. La penitencia la resolverá el obispo Anselmo, y temo que sea dura y costosa. Pero en cambio estoy en libertad de hablarte cuanto quiera. Y me alegra mucho la perspectiva, muchacho.

En ese momento entró Engaine. El recuerdo de la muchacha se le había hecho un poco borroso a Walter, y fué con verdadero placer que el muchacho vió la bonita que era. Tenía el cabello peinado en un rodete sobre cada oreja, sujeto por una delicada redecilla, y sobre cada rodete se asentaba un fino disco de oro. Vestía una falda azul oscuro que le arrastraba por el suelo al andar, y un corselete de terciopelo amarillo, abierto y bordeado de armiño. Un manto color castaño oscuro le colgaba de los hombros, sujeto al cuello por una cadena de oro y dejaba en descubierto las abotonadas mangas.

Si el muchacho había supuesto que la encontraría con ánimo deprimido por los disgustos que motivaran su huida de Bulaire, se había equivocado. Engaine se adelantó extendiéndole ambas manos y haciéndole una cálida sonrisa.

—¡Walter! —exclamó—. ¡Vaya una sorpresa agradable! No esperaba encontrarte en Gurnie, pues ignoraba que habías vuelto.

Los ojos de la muchacha, que Walter veía brillantes como siempre, lo consideraban con desembozado placer. El joven se intimidó y sólo atinó a balbucear que estaba contento de estar de nuevo en el hogar y de volver a verla a ella.

—Lo más probable es que me veas muy a menudo —dijo Engaine—. He salido de Bulaire para siempre. Nunca volveré a ese horrible lugar. Como por el momento no tengo otros proyectos, es posible que aproveche por algún tiempo la generosa hospitalidad que me brinda tu abuelo.

Mucho me complacerá, graciosa señora —dijo el amo de Gurnie por sobre el hombro de Walter—, si se queda usted todo el tiempo que quiera. Esta casa ha sido lóbrega por muchos años. Su bella presencia será para nosotros una alegría.

Engaine le agradeció con una sonrisa, haciéndole una reverencia. El anciano la llevó a la silla que había a su derecha e hizo un gesto a Walter para que se sentara al otro lado. El joven así lo hizo, con clara conciencia de que los criados sonreían ampliamente y que Agnes Malkinsmaiden al pasar a su lado con una fuente de plata en que reposaba un cuarto de ciervo, le dijo en ronco murmullo:

—Me alegro de verlo elevado por fin al lugar que le corresponde, señorito Walter.

El anciano estaba de excelente humor y empezó a hablar en seguida. Cortó el cuarto de ciervo en grandes trozos y dirigió la conversación hacia sus temas favoritos. Engaine se dedicó en un primer momento con buen apetito a su tajada de ciervo, y comió media ave asada, con dos vasos de vino. Luego dejó a un lado el cuchillo y se inclinó hacia adelante, ostensiblemente para escuchar con mayor atención las anécdotas de su huésped, aunque en realidad para ver mejor a Walter, que se había quedado silencioso sentado al otro lado. La muchacha aprovechó una pausa para hacer unas preguntas a su amigo de la infancia. ¿Era el Cathay una tierra tan fabulosa como se suponía? ¿Había traído el muchacho algunas curiosidades? ¿No había concebido una mejor opinión del rey? A todas esas cosas Walter contestó

afirmativamente.

Ninguna de sus interrupciones pudo llevar a una conversación sostenida entre los jóvenes. Con un apresurado «Eso me hace recordar, graciosa señora», el amo de casa empezaba ya otra anécdota. Por último, Engaine abandonó sus esfuerzos y dijo, con bien fingida expresión de cansancio, que el día había sido pesado, y preguntó al amo de Gurnie si le daba permiso para retirarse a su habitación.

—Nos quedaremos desolados sin usted —dijo el anciano ceremoniosamente—. Pero tengo un consuelo. Mi nieto y yo —añadió, volviendo la cabeza para sonreírle a Walter—, tenemos que desquitarnos de un silencio forzoso de veinte años. ¡Ah, cómo funcionarán nuestras lenguas! Nos quedaremos velando hasta tarde esta noche.

Walter acompañó a Engaine hasta la puerta. La muchacha se detuvo en el marco y le tocó levemente el brazo.

—¡Qué guapo estás! —le murmuró, y de pronto su voz cobró un tono más serio—. Como has de haber adivinado, estoy en muy mala situación. Quiero hablarte de eso. ¿Podrías encontrarte conmigo en el jardín mañana a primera hora para que pudiera aprovechar de tus consejos? Los necesito mucho, Walter.

—Me levantaré a la una, señora Engaine —contestó él—. Estaré a tus órdenes, feliz de hacer cuanto pueda por ti.

—¡No tan temprano! —exclamó ella, riéndose—. Mi cuerpo no resistiría semejante madrugón. Sin embargo, no soy de las que se quedan remoloneando en cama, y me encontraré contigo poco después. También estoy de lo más ansiosa por enterarme de tus aventuras.

II

Hacía ya dos horas que Walter estaba levantado cuando apareció Engaine con una varilla en la mano.

—Buenos días —dijo la muchacha, en tono algo tenso—. No dormí bien debido a mis preocupaciones. Ése es el motivo por el cual llego tarde.

Walter miró la hora en el viejo cuadrante solar de piedra.

—Pues has llegado mucho antes de lo que esperaba —dijo—. ¿Quieres que vayamos hasta la laguna? No hay árboles por allí, y la hierba estará menos húmeda. Tus zapatos parecen frágiles como pimpollos de fucsia y no están hechos para pisar suelo húmedo.

Engaine levantó un pie del suelo para mostrar la punta de un escaquin rojo.

—Son mi debilidad —dijo—. Si fuese reina de Inglaterra, tendría centenares de pares y nunca usaría uno dos veces.

Echaron a andar lentamente en dirección a la laguna, y Engaine se puso la capucha para protegerse el rostro contra el sol.

—He visto la habitación adonde me llevaron la primera vez que vine a Gurnie —dijo—. Estabas presente, Walter, espero que lo recordarás. ¡Qué chiquillo hosco eras! Tenías espíritu de contradicción, a pesar de ser muy guapo.

—Es que tú estabas dándote aires, y me veía obligado a contradecirte.

—Aún recuerdo lo que parecías. Tu rizado cabello te caía sobre los ojos.

—A decir verdad —declaró él—, siempre fuí prolijo en mi persona. Estoy seguro de que estaba bien peinado.

—Quizá. No estoy segura, pero de lo que sí lo estoy, era que te mostrabas muy discutidor y hasta rudo conmigo.

—Es que te hacías la desdeñosa ante nosotros. Siempre has sido desdeñosa conmigo, Engaine.

—Y ahora —contestó ella con un suspiro—, he llegado a Gurnie implorando protección. No me queda desprecio alguno, Walter. No he sido feliz desde que me casé con Edmond —prosiguió, alzando la voz—. Estoy segura de que lo odias, pero igualmente segura estoy de que no tienes idea de lo codicioso, cruel y despreciable que es.

—Aunque le he visto poco, aceptaré todo cuanto tengas que decir con respecto a él y a su madre. ¿Qué opinas de la normanda?

Engaine echó, enojada, la cabeza hacia atrás.

—Creo que habría podido manejar a Edmond de no haber sido por ella. Al principio, estaba muy orgulloso de mí, pero ella, su madre, me tomó antipatía en seguida. Quería seguir siendo el ama de Bulaire. Eran dos contra una, Walter, y nada podía hacer yo de ese modo. Siempre estaban con las cabezas juntas, tramando y

conspirando. Parecían no pensar sino en ahorrar, acumular y añadir otra bolsa de oro a las enormes cantidades que tenían almacenadas en alguna parte. ¿No has observado cómo se parecen en la nariz? Inclínaban la cabeza sobre la mesa hasta que las puntas de aquellas feas narices se tocaran casi, y murmuraban entre sí. Siempre estaban murmurando para que yo no pudiese oír.

Y echó a reír, exasperada.

—¿Me creerías si te dijera que nunca he tenido una sola moneda en la mano ni en la bolsa desde que me casé?

El muchacho le echó una mirada de duda.

—Pero Engaine, tu padre ha muerto, de modo que has de haber heredado.

—Edmond reclamó a todo Tressling como dote mía. En seguida se hizo cargo, y él mismo procedió en persona a cobrar los arrendamientos y la contribución de las cosechas. Fué porque salió ayer a una de esas recorridas que pude salir de allí. Tenía que regresar anoche. ¡Qué escándalo debe haberse armado!

—Lo que me cuentas parece increíble.

—Es que son una pareja increíble. Su madre es un poco loca. Se ha negado a que sacaran el ataúd de tu padre de la capilla. Los cirios habían ardido hasta el fin, pero aún no quería que tocaran el cuerpo.

Y Engaine le cogió el brazo a Walter y se inclinó a susurrarle al oído:

—Siempre que me miraba, podía ver la locura en sus ojos. Estoy segura que quería matarme y que lo habría hecho si yo hubiese seguido en el castillo.

—Edmond se presentará aquí con hombres de armas cuando descubra dónde estás —declaró Walter—. Mi abuelo y yo lo comentamos anoche y resolvimos que sería prudente conservar a todos nuestros hombres aquí mientras estés con nosotros.

—No te preocupes mucho a ese respecto. Es tan avaro que ha estado disminuyendo el número de sus hombres de armas. No hay en el castillo más de doce arqueros y otros tantos alabarderos. Los que vinieron conmigo son gente mía, de Tressling. Pero hasta los de Bulaire le tienen poco aprecio a su señor. En este momento no está en situación de intentar un golpe de fuerza.

Siguieron caminando en silencio por largo rato.

—¡Qué mal casamiento hiciste! —dijo por fin Walter, comparando en su mente el gran contraste entre lo ocurrido a Engaine y la dicha que él conociera en la Morada de la Felicidad Eterna.

—Pero no te he contado lo peor —dijo ella—. Es muy cruel. Tortura a su gente terriblemente si llegan a contradecirle. Jack Daldy ha tenido mucho trabajo en las mazmorras. La ley real para nada se observa en el castillo de Bulaire.

—Algo de eso oí cuando estaba en Londres.

—Ha estado ejerciendo represalias contra los campesinos por lo que hicieron a la muerte de tu padre. Represalias horribles, Walter.

Hubo una pausa.

—Y eso no es todo. Hemos... Hemos vivido aparte desde que nació mi hijo. Lleva mujeres al castillo y las exhibe ante mis narices. Algunas de ellas son víctimas inocentes. ¡Edmond parece creer en el derecho de pernada!

Y soltó una amarga carcajada acosta de sí misma.

—Es extraño pensar que eso pueda haberle ocurrido a Engaine de Tressling, la orgullosa joven heredera, tan segura de sí y de su poder de cautivar y manejar a todos los hombres. Quizá debí haberme contentado con Ninian. O haber escuchado a otro pretendiente —añadió echándole una rápida mirada que apartó en seguida.

—¿Qué te propones hacer? —preguntó Walter al rato.

—No lo sé. Lo único que se me ocurrió fué la necesidad de huir de allí. Se que no he de volver jamás a Bulaire. ¿Qué me aconsejas?

—Deberías ir a Londres en seguida y someter tu caso al Rey. He oído hablar mucho de su ecuanimidad. Te concedería una audiencia, y creo que seguramente dispondría que te devolvieran al menos parte de tus bienes.

—¡Ir a Londres! No sería posible ir sola. ¿Y cómo crees que podría vivir allí con mi gente? Walter, las cosas son como te las he contado. No tengo una sola moneda en mi bolsa.

—Eso no ha de preocuparte —dijo él—. No volví con las manos vacías de Oriente. Puedo proporcionarte lo que necesites para vivir en Londres hasta que el caso sea considerado.

La muchacha lo miró, asombrada.

—¿Harías eso por mí? ¡Y yo que siempre te traté tan mal, querido Walter! ¿Cómo pueden dos hermanos ser tan diferentes?

—Insisto en que sólo somos medios hermanos —dijo él—, y que siempre ha de constar lo limitado de nuestro parentesco.

El muchacho había estado mirando distraídamente el paisaje, y de pronto se sobresaltó.

—Allí viene —dijo—. No ha perdido tiempo. Tu caballeroso señor y dueño se presenta con una docena de hombres de armas, por lo menos, para reclamarte. Tenemos que volver a casa en seguida.

Engaine observó por un rato en silencio a los jinetes que se acercaban.

—No tengo sino desprecio por él —dijo luego—. No, prefiero aguardarlo aquí. No puedo dejar que crea que le tengo el menor temor.

Walter no hizo esfuerzo alguno por convencerla. Sin embargo, se volvió y dió un fuerte grito con las manos puestas en forma de bocina. Una señal análoga le llegó desde atrás de los muros.

—Al menos —dijo—, tenemos que disponer de unos hombres detrás de nosotros.

Ocho rudos hombres de Gurnie se habían alineado detrás de ellos cuando el conde

de Lessford se acercó, a caballo. Edmond sofrenó e hizo seña a sus hombres que permanecieran atrás. Los últimos cinco años habían producido un gran cambio en él. Su rostro tenía una expresión madura; su mirada era grave y pensativa, y su cuerpo había engrosado perceptiblemente.

Se rió mirando a su mujer por largo rato.

—Conque ¿éste es el lugar dónde te encuentro, dulce compañera? ¡Y en la mejor de las compañías! ¿Estás dispuesta a montar en tu jaca y volver conmigo en seguida?

—Nunca volveré a Bulaire.

—Eso no has de decidirlo tú —dijo el joven noble—. Está en mis manos resolverlo. Y te ordeno que reúnas a tu gente y estés pronta a partir de aquí dentro de diez minutos.

Engaine rió despreciativamente

—¿Te falla el oído, amo y señor? Te he abandonado para siempre. Ningún poder de la tierra podrá hacerme variar de opinión. Quiero agregar que te desprecio tanto que moriría antes de volver a vivir bajo el mismo techo que tú.

El conde no contestó en seguida. Volvió su mirada a Walter.

—No sabía que el bastardo de Gurnie estaba de regreso de su viaje —dijo con tono inexpresivo—. ¿Será que su presencia tiene que ver con tu repentina resolución, querida mía?

—Llegué a Gurnie ayer —declaró Walter—. Ni siquiera mi abuelo sabía mi llegada de antemano.

—Sin embargo, la coincidencia es extraña. Es cosa muy curiosa, por cierto. La consideración en que siempre ha tenido usted a mi mujer —prosiguió el conde, demostrando por primera vez enojo—, es cosa que he sabido siempre. Sin duda ha estado usted incitándola a adoptar esta actitud de desobediencia.

—No tengo obligación de darle explicación alguna. Pero creo que es justo para con la señora Engaine decir que sus decisiones han sido tomadas exclusivamente por ella.

—Tienes a mi hijo —dijo el conde, volviéndose hacia Engaine—. Eso es algo que no podré tolerar por una hora. Lo que hagas tú tiene mucho menos importancia.

—¡Es mi hijo!

—La ley no lo dispone así.

—¿La ley? —exclamó Engaine—. Es la primera vez que parece pensar en ella, suave Edmond.

Hubo una larga pausa. El amo de Bulaire se irguió en su silla, volviendo continuamente la vista de uno a otro.

—Entonces tendré que hacer uso de la fuerza —dijo.

—Piénselo bien antes de adoptar decisión alguna —dijo rápidamente Walter—. Mis hombres, como usted lo ha visto, tienen ya preparadas las flechas en los arcos.

Los arqueros de Gurnie tienen buena puntería.

—¿Podría arrollarte, bastardo de Gurnie! —exclamó Edmond—. Sería una tarea muy de mi agrado.

—Pudiera ser que te encontraras acribillado primero, medio hermano —contestó Walter, riéndose—. Una flecha en la garganta es cosa muy decisiva, hasta para una garganta noble.

El conde tiró de las riendas con repentina furia.

—Engaine, te doy una última oportunidad. Apróntate y trae a tu hijo al castillo.

—¿Podrá ser que sumes la cobardía a tus demás defectos? —exclamó Engaine, riéndose—. Hace un rato hablabas de emplear la fuerza. ¿Has perdido ya todo el deseo de usar de ella?

—¿Acaso crees que me propongo honrar a ese patán mal nacido oponiendo mis fuerzas a las tuyas?

—Estoy a pie, del mismo modo que todos mis hombres —declaró Walter—. Tú tienes la ventaja de tu parte, querido medio hermano. ¿Mal nacido, dices? Provenimos del mismo padre, aunque desde todos los puntos de vista menos uno, creo que hizo más para mí. Tú eres conde de Lessford, Edmond, pero he de recordarte que estás en tierras de Gurnie. A menos que vea tus espaldas inmediatamente, te va a caer una lluvia de los frutos más mortíferos que produce la tierra.

—¿Os arrepentiréis de esto ambos! —dijo Edmond, y, después de mirarlos por un rato, hizo girar su caballo.

—¡Adiós dulce esposo! —gritó Engaine, cuando empezó a levantarse el polvo que produjo su partida.

La muchacha se mostró en buen estado de ánimo mientras regresaban, caminando, y tarareaba una canción,

—Me siento mucho mejor ahora que la suerte está —echada dijo—. ¡Qué simple de espíritu es! ¿Cómo pude haber cometido el error de casarme con él? Fué culpa tuya, Walter. Debiste haberme arrancado de mi caballo aquella mañana y arrastrado al sacerdote más cercano.

—Tuve intención de hacerlo. Pero siempre me habías tratado con tal desprecio y te mofabas tanto de mis pretensiones, que no pude creer que me tenías el menor cariño.

—¿Sabías que gustaba de ti! Y ahora —dijo la muchacha, mirándolo de frente con aquellos brillantes ojos—, me he enterado de que me has olvidado hasta el punto de casarte. ¿Era acaso necesario dignificar tus relaciones con aquella pagana llegando hasta casarte con ella mediante determinada forma de servicio religioso?

—Conque ¡estás enterada! A nadie hablé de eso hasta anoche, cuando conversé con mi abuelo.

—Claro que estoy enterada. Siento curiosidad por todas las cosas que se relacionan contigo, Walter. Has de saber que la bendición de aquel sacerdote oriental no fué sacramental ni válida. En realidad no estás casado con aquella pagana.

—No es pagana. Su madre era griega, y su padre, inglés. En cuanto al casamiento, fué realizado por un sacerdote cristiano de la orden nestoriana. Fué sacramental y válido.

—Evidentemente que por entonces estabas convencido de que la amabas.

—Sí, la amaba. Y la amo aún. Sigue siendo mi mujer, aun cuando nos separe el mundo entero y sepa que nunca he de volverla a ver.

—Vamos, Walter, ¿acaso se necesita tanta vehemencia? ¿Me lo dices... como advertencia?

Y Engaine se volvió mirándolo con una sonrisa que tenía un dejo de burla y al mismo tiempo cierto enojo.

—Ya se te pasará, aunque he de decir que me duele tu inconstancia. No, eso no es justo. Me había resuelto casarme con esa pobre imitación de hombre que acaba de alejarse. Así te lo dije, y no eres culpable por haber buscado todo el consuelo que pudieras hallar.

Y acentuó su sonrisa.

—Pero, Walter, me pareces ridículo al profesar una fidelidad duradera para con aquella pequeña pagana a la cual no esperas volver a ver jamás. ¿Vas a contentarte para el resto de tu vida con un fútil juramento?

—Vivo tanto en el pasado con la imaginación, que apenas si he dedicado algún pensamiento al futuro.

Engaine se rió.

—Todos hemos de conspirar para alejar tus pensamientos del lóbrego pasado, Walter —dijo.

III

Durante los tres días siguientes Walter trabajó en sus proyectos y sólo vió a Engaine a la hora de cenar, cuando, como siempre, su abuelo monopolizaba la conversación. La muchacha se inclinaba hacia adelante y le hacía de cuando en cuando una sonrisa, y él la acompañaba hasta la puerta, pero en ninguna otra forma fué posible inyectar un toque de intimidad en sus contactos.

Aquellos días resultaron penosos. Algo, en la atmósfera de Gurnie, le intrigaba. Los hombres que lo ayudaban en las obras preliminares de su proyectada fábrica de papel se mostraban distantes y preocupados. Las expresiones de sus rostros eran reservadas, y apenas si le hablaban. Walter estaba seguro de que no se debía a animosidad alguna contra él, porque de cuando en cuando oía una palabra que le indicaba que sentían aún afecto por él. El primer indicio de los motivos de esa actitud lo tuvo en la mañana del tercer día.

Swire Gilpin, el mayor de los obreros, dejó caer de pronto el hacha con que estaba plantando una estaca. Se irguió y tendió el puño en dirección a Bulaire.

—Señorito Wat —preguntó—, ¿sabe usted que Cecily Tomsm maiden se arrojó desde lo alto de la torre anoche?

Eran las ocho de la mañana. Walter preguntó a su vez:

—¿Cómo pudieron haber llegado aquí tan temprano noticias de lo ocurrido anoche en Bulaire?

—Las malas noticias llegan pronto, señorito. ¡Y en estos días, llegan a menudo!

—¿Quién era la chica, Swire?

—La hija del herrero de Cencaster, el hombre más honrado que haya hecho una herradura. Y la chica, una niña honesta y bonita como ninguna, señorito.

—¿La han violado?

—Sí —contestó Swire, recogiendo el hacha y volviendo a su trabajo—. Ya han ocurrido antes casos semejantes, señorito.

Walter tuvo entonces clara conciencia de que la tiranía en Bulaire pesaba tanto en los alrededores que hasta los siervos de dominios más favorecidos habían asumido por ella una actitud hostil.

En las últimas horas de la tarde oyó que Gilpin murmuraba a uno de sus compañeros:

—Ahí viene, Bart.

El otro miró rápidamente por sobre el hombro y contestó, también en un susurro:

—Sí, nuestro alto compañero tendrá noticias para nosotros.

Walter se volvió y vió a Tristram, que se hallaba de pie en el camino a Chanfrin Rock. Instantáneamente se convenció de que Tristram ya se había constituido en el punto convergente del descontento local. En realidad, parecía claro que lo tenían por

jefe los villanos.

Walter abandonó su trabajo y se adelantó al encuentro de su amigo. Tristram llevaba otra vez el arco al hombro, y cuando se encontraron, Walter vió que el arma tenía cuerda nueva y brillaba a fuerza de pulimento.

—¡Hola, Wat! —exclamó Tristram, quien calló de pronto y miró a su alrededor con expresión intrigada—. ¿Me falla la memoria? Parece que aquí ha surgido una aldea.

—Mi abuelo se ganó las espuelas por segunda vez y de un modo peculiar —contestó Walter—. Ha instalado aquí muchos negocios prósperos. Me sentiría feliz por lo que ha estado ocurriendo, si no encontrara a la gente preocupada e intranquila. Las cosas no andan como yo quisiera.

—¿Ya lo has advertido? —preguntó Tristram, cuya sonrisa le desapareció del rostro—. Aquella noche sembramos semilla de odio, y los pobres hombres de las cercanías han estado recogiendo una amarga cosecha desde entonces. La mano del nuevo conde es muy pesada para el feudo.

Tristram llevaba puesto un traje de arquero, verde, y sus guantes eran de la misma clase de aquéllos que su padre le regalara a su regreso de Oxford. Walter vió que la leyenda que tenía borrada era otra: *Jesús, remedia todos los males*.

—¿Los primeros frutos de los despojos de China? —preguntó Walter, tocándole la manga a su amigo.

Tristram asintió con indiferencia. Sacó una bolsa de su cinturón y la tendió a su amigo.

—Quisiera que fueras el guardián de mi riqueza. No he de necesitarla por un tiempo. Si algo me ocurriera, serás más capaz que yo para emplearla en bien de mi padre.

Hizo una pausa y sonrió a Walter.

—Tengo entendido que tienes una huésped. Esa actitud de la gente, que no te gusta, puede deberse en parte a eso.

—Pero Engaine ha abandonado a Bulaire y se niega a regresar.

—Es difícil comprender el modo de ser de esa pisoteada gente, Wat. Todos opinan, y con razón, que la nobleza está unida contra ellos. Tu amiga Engaine les disgusta e inspira temor, y sin embargo la ven sentada a tu mesa. No quieren que esté aquí, y ésa es la verdad. Han sido tan desdichados por la persecución de sus amigos y parientes, que sus espíritus están obsesionados por la desconfianza.

—Pronto verán con claridad que entre Bulaire y Gurnie sólo existe la más profunda animadversión.

—Wat —dijo Tristram después de una larga pausa—, lo que ésta gente ha sufrido ha acercado el día del saldo de cuentas. Hay que hacer algo.

—Las nuevas leyes se ocuparán de eso.

—Muchos barones no se cuidan de las nuevas leyes. Se proponen conservar todo su antiguo poderío, y siguen tratando a su gente como si las leyes no existieran. Tu medio hermano es uno de ellos.

Y la mirada con que Tristram contempló a su compañero expresaba una determinación incommovible.

—Tenemos que apoyar al Rey luchando contra estos barones pisoteadores de leyes.

—Tris, ten paciencia. El Rey pondrá pronto a los nobles en su lugar.

—Pero entre tanto, la gente gime bajo exacciones ilegales. Se ve tratada peor que las bestias de los campos. ¿Hemos de quedarnos cruzados de brazos y contemplar cómo arrancan a nuestras muchachas de sus casas? ¡Las leyes —exclamó Tristram repentinamente enfurecido—, están por fin de nuestro lado! ¡Bien pobres súbditos somos si nos quedamos humildemente tranquilos mientras las infringen!

Consciente de las curiosas miradas y atentos oídos de los obreros, Walter cogió a su amigo por el brazo y lo llevó en dirección a la casa.

—¿Qué te propones hacer? —le preguntó cuando estuvieron a distancia prudencial.

—Esta noche me encontraré con Harry el Chato, y lo conversaré con él. Las cosas están como lo oímos en Londres; se ha unido a los bandoleros. No hemos de juzgarlo muy severamente, Wat. Un hombre tiene que vivir, y no puede subsistir solo en los bosques por un tiempo tan largo como el que ha transcurrido desde que dan caza a Harry. Es un hombre fundamentalmente bueno, y veo que se ha mantenido en contacto con todos los hombres de la región. Ante todo, quiero su consejo.

—Déjame ir contigo esta noche.

—No estás en condiciones de poder ayudarnos —dijo Tristram meneando la cabeza negativamente—. Y quizá tu presencia sea un entorpecimiento. Tienes que pensar en las consecuencias. Al aceptar a la condesa, tu abuelo y tú se han puesto ya casi en peligro. No, sé que nos quieres bien, pero no puedo dejarte ir más lejos.

—Ya he desempeñado un papel antes. No puedo honorablemente quedarme a un lado.

—Ahora es otra cosa —dijo rápidamente Tristram—. Esta vez la cosa llega a las raíces de las diferencias de clase. Será bueno que sepas que nada quieren saber contigo, Wat. Pero a Harry el Chato le gustaría volverte a ver. Como tu propósito al venir sería el de predicar cautela, pues creo que te escucharía. Pero te prevengo que no causarás efecto. Ven, pues, si sólo así estarás satisfecho.

—¿Dónde encontraremos a Harry el Chato? ¿Y cuándo?

—En las ruinas de su taberna, en Little Tamit. Me dicen que frecuenta el lugar con bastante regularidad. La vista de sus carbonizadas paredes sirve para fortalecer su resolución por la vida salvaje que tiene que llevar y por el propósito, que nunca

olvida.

—Ahora ven a casa conmigo. Tendrás el placer, aunque dudoso, de cenar con la adorable condesa de Lessford. Entonces tendremos oportunidad de comentar lo que quieres que haga con tu bolsa de piedras preciosas.

Pero Tristram se mantuvo firme en rechazar la invitación. Aún le quedaban muchas cosas por hacer. Irían por separado a Little Tamit y se encontrarían allí a las once.

—Tengo que prepararte para algo —dijo Tristram al despedirse—. No has de asombrarte si encuentras allí a un cuarto hombre. Si viene, Wat, te encontrarás con un horrible despojo humano que tendrá una triste historia que contar... ¡Si es que tiene medios para contarla!

Aquella noche Engaine salió de la sala principal más temprano que de costumbre y el amo de Gurnie aprovechó para pedir el tablero de ajedrez. Ganó todas las partidas, pues su juego era vivaz e incisivo como una estocada, mientras que Walter estaba con el espíritu ausente, de modo que el anciano fué a acostarse muy satisfecho. Cerca de las diez, Walter se vió en libertad de salir. Pidió a uno de los siervos que le preparara un caballo y lo llevara a la primera vuelta del camino, y subió a su cuarto a buscar una capa.

Un rayo de luz entraba a la sala alta por la entreabierta puerta de la habitación de su madre, y el ruido de sus pasos apresurados atrajo a Engaine al corredor.

—No comprendo esa repentina prisa —dijo la muchacha—. Hace hora y media que espero la oportunidad de cruzar una palabra contigo. Si podías demorarte tanto, ¿por qué subes ahora a toda prisa como si te persiguiera el diablo?

—Voy a salir. Si hubiera sabido que querías verme, Engaine, habría encontrado un modo de acortar el juego con mi abuelo.

—Walter —dijo Engaine con una mirada cargada de reproches—, puede que lo que tengas que hacer sea tan urgente que necesites dedicarle todo tu tiempo, pero en mi opinión es un pretexto. Estás evitándome deliberadamente.

—Tengo mucho que hacer. Pero aun cuando estoy libre, apenas si me convendría verte muy a menudo.

Engaine soltó una carcajada, divertida. Se había cambiado el rojo vestido con que apareciera a la hora de cenar por otro muy amplio de seda azul, con un gran escote cuadrado. Tenía el cabello suelto, que le caía en dorada profusión hasta la cintura. El muchacho reconoció, bastante molesto, que el efecto era hermosísimo.

—¿Estás preocupándote por mi reputación? Ya al huir de mi legítimo señor y marido me he expuesto a la maledicencia de todos los chismosos del reino. Harán de mi nombre lo que quieran. Si se me ve mucho en compañía del apuesto nieto de mi huésped, podrán hablar un poco más, pero no me preocupa, Walter, lo que puedan decir ni pensar.

Hizo una pausa y meneó la cabeza como reprobándolo.

—No eres sincero conmigo. Estás tratando demasiado de ser fiel a esa pagana esposa tuya. ¿Es de piel muy oscura, Walter? No me atreví a preguntártelo antes, pero ahora estoy enojada contigo y no me importa.

—Es de piel blanca —contestó él secamente.

—¡Qué extraño! Bueno, creo que comprendo que ocupa tus pensamientos y estoy segura de que me eludes porque estás convencido de que la ausencia es la mejor ayuda para la constancia.

Luego se tranquilizó.

—En serio, Walter, tengo que hablar contigo. Estoy convencida de que me has dado un buen consejo. He de ir a Londres y exponer mi caso ante el Rey.

—Es una decisión sensata, Engaine. En tu propio interés, lo mejor sería que fueras lo antes posible.

—Entonces, ¿me dedicarás un rato mañana por la mañana? Por complacerte, me levantaré con el sol.

La muchacha estaba estudiándolo con activa curiosidad.

—Me intranquiliza tu salida de esta noche. Se me ocurre que es peligrosa.

—No habrá peligro alguno a menos que el diablo me arranque del caballo. Nada puedo decirte al respecto, Engaine.

—Estás muy misterioso —dijo la muchacha, observándolo con verdadera ansiedad—. Prométeme que vas a cuidarte mucho. Me doy cuenta de que... dependo mucho de ti.

IV

El conde Edmond y su gente se habían mostrado de lo más activos en la demolición de la taberna en Little Tamit. El techo había desaparecido y había grandes agujeros en las paredes; en realidad, lo que fuera la taberna no era ya más que una pila de escombros lo suficiente fantasmal a la luz de la luna llena como para hacerle correr a uno escalofríos por la espina dorsal.

Walter sofrenó su caballo a cierta distancia de las ruinas y contempló aquella prueba de la venganza normanda con la intranquilidad que siempre embarga a los viajeros nocturnos. Vió que algún cínico miembro de la comitiva del conde había suspendido un yelmo, símbolo de la hospitalidad, sobre lo que antes fuera la puerta. Soplabla una fuerte brisa, de modo que el yelmo de hierro, que una vez cubriera la cabeza de algún guerrero en acción, chocaba contra la estaca que lo sostenía con un sonido de campanas amordazada.

Ató su caballo a un árbol y se acercó con cautela a las ruinas. Un murmullo de voces hizo que sus pasos lo llevaran hacia un cobertizo cercano que aún ostentaba su techo. Allí encontró a Tristram, a Harry el Chato, y a un tercer hombre que estaba echado en un rincón y sólo manifestaba su presencia por medio de una ruidosa respiración.

Harry el Chato le dió la bienvenida con una vigorosa palmada en la espalda.

—¡El vil planeador de asaltos! —exclamó—. Bueno, Walter de Gurnie, contemple usted su obra. Si no nos hubiese mostrado usted la forma de entrar en el castillo aquella noche, la taberna de Little Tamit aún estaría en pie y yo sería un respetado tabernero en vez de un forajido que se oculta en los bosques.

Alzó la vista y contempló al alto muchacho que tenía a su lado en la oscuridad.

—Ha crecido usted, joven señor. No me gustaría medirme con usted en una prueba de fuerza.

—Ha venido a aconsejar prudencia —dijo Tristram.

El tono de voz de Harry el Chato varió perceptiblemente. Había en él un poco de desprecio.

—Escucharemos lo que tenga que decir, pero verá que estamos resueltos. Le advierto, Walter de Gurnie, que sólo vivo para el día en que vea el cuerpo del conde de Lessford balancearse colgado de un árbol.

Y se volvió hacia el hombre que se hallaba echado en el oscuro rincón.

—Ven, Will Ferryman. Quizá cambie de opinión cuando vea lo que te han hecho.

Tristram encendió una antorcha y la sostuvo frente a la cara del desconocido. Aquella cara era horrible de ver al incierto resplandor; pálida como queso crudo, con enormes pestañas rojizas y ojos pálidos que miraban fijamente sin expresión alguna. No parecía aquél un rostro humano, sino más bien una mascarilla de arcilla, de ésas

que llevan los titiriteros en las ferias.

—No puede hablar —explicó Tristram mirando al hombre con la más profunda compasión—. Lo primero que hicieron fué cortarle la lengua.

—Will Ferryman —dijo el extabernero—, ábrete la túnica y hazle ver lo demás.

Y, volviéndose a Walter, dijo:

—El noble conde acusó a este hombre honrado de matar a uno de sus halcones, y fijó el castigo según una antigua ley normanda.

El hombre se había descubierto el pecho. Walter contuvo bruscamente la respiración al ver que toda la superficie del pecho había sido raspada casi hasta los huesos, y estaba cubierta por las negruzcas y rojizas manchas de las llagas aún no curadas.

—Dos libras de carne —dijo Harry el Chato—. Cortadas de su pecho y pesadas en una balanza en un calabozo de Bulaire. Se la dieron a comer a los halcones, y dicen que se dieron un festín con ella.

Hubo un largo silencio, y Tristram tomó la palabra.

—Will Ferryman estaba con nosotros aquella noche, de modo que ya lo sabes todo. Pero éste, sólo es un caso, Wat. Podríamos mostrarte muchos más, no menos terribles. ¿Comprendes ahora por qué estamos resueltos?

Walter resolvió hacer un último intento.

—¿No podéis aguardar unas semanas más mientras se reúnen pruebas para presentarlas ante el Rey?

Harry el Chato cogió a Walter por ambas muñecas.

—Escúchame, Walter de Gurnie. Antes de que llegaras, ya teníamos arreglados nuestros proyectos. No nos proponemos volver a atacar el castillo, pero no te diré lo que intentamos hacer. Te digo lo siguiente: podrías hablar hasta el día del Juicio final sin hacernos cambiar de parecer.

Tristram cogió del brazo a su amigo y lo llevó aparte.

—Ahora han de llegar otros de un momento a otro. Será mejor que no te vean con nosotros. Haz lo que te digo, y desaparece antes de que lleguen.

Walter se dirigió a Harry el Chato.

—Tris me dice que he de irme ahora. Ahorraré palabras, excepto para expresar lo profundamente conmovido que me siento por lo que ha estado pasando.

—¡Ah, ahórrate discursos! —dijo el exposadero tendiéndole una mano—. ¿Quieres estrecharle la mano a un forajido? ¡Eres el único hombre de cuna noble a quien se la ofrecería! Siempre te he tenido simpatía, y más que nunca desde que Tris me contó los relatos del viaje que realizasteis juntos.

Y movió tristemente la cabeza.

—Ahora se ha comprometido a algo más peligroso que el camino al Cathay.

Los dos amigos se dirigieron al lugar en que estaba atado el caballo. Nada se dijo

hasta que Walter hubo montado.

—Pues, este regreso al hogar es muy diferente de aquél que yo había soñado, Tris. Te veía como un satisfecho terrateniente y vecino, fundador de una familia con hermosos hijos que pudieran manejar el arco tan bien, quizá, como su padre.

Y en angustiado susurro, añadió:

—¿Cómo terminará esto?

—Sólo Dios lo sabe —contestó Tristram solemnemente.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Nada, Wat.

Oyeron unos pasos que se acercaban por el camino, y una voz entonó cautelosamente una canción.

—Ha de ser Lob Cant, de Engster —dijo Tristram—. Quédate en las sombras. Es de los nuestros, pero es un músico ambulante que toca el violín y canta en todas las tabernas. Es charlatán y no confío mucho en él.

*Soy el buharro,
que espera que alguien muera allá abajo.
Soy el buitre,
soy el cuervo que come carroña.
Soy el gusano,
el último en comer,
pues me arrastró y como
dentro de los podridos huesos de los muertos.*

—Lob es un verdadero cuervo comedor de carroña —murmuró Tristram—. Recoge cualquier murmuración para animar sus funciones, vaya adonde vaya. Me ocuparé de que no se entere de que has estado aquí. La canción que canta no es agradable, aunque muy apropiada para el trabajo que nos espera.

V

—Edward se marcha a su casa —murmuró el chiquillo, subido en silla ante uno de los criados de Engaine.

Cuando tomaron el camino transversal en dirección a Bulaire, rió y batió palmas.

—Edward muy contento. No le gusta la casa oscura.

—Sale a su madre —dijo Walter, que cabalgaba al lado de Engaine—. Aún recuerdo la poco favorable opinión que te formaste de Gurnie durante tu primera visita.

Engaine volvió la cabeza para mirar hacia atrás.

—Pues ahora ha llegado a gustarme mucho —dijo—. Me recibiste y te mostraste muy bueno conmigo. Siempre lo recordaré.

Y miró a su hijito, que estaba regañando al criado por no querer hacer galopar a su caballo.

—Edmond quiere a su hijo. Es el único consuelo que tengo al ceder a tu opinión. Edward será bien tratado al llegar a casa de su padre.

Después de dos días de discusiones algo acaloradas, Walter había hecho prevalecer su punto de vista. En primer lugar, había sostenido que era un error que Engaine conservara al hijo y heredero de Lessford, pues al negarse a devolverle creaba una predisposición en su contra en los consejeros del Rey. La ley estaba de parte del padre en cuanto al niño, y la obligarían a devolverle. Era pues prudente someter el caso ante el Rey sin la circunstancia agravante de haber raptado al niño. Engaine había cedido muy de mala gana. Habían resuelto hacer escoltar al pequeño Edward hasta el castillo mientras ella, con la otra mitad de su comitiva, tomaba el camino a Londres. Walter tenía que regresar lo antes posible después de haber presenciado la llegada del hijo del conde a Bulaire.

Engaine suspiró.

—Tenías razón. Ahora me doy cuenta. Pero no puedo impedirme estar enojada contigo siempre que pienso en aquella terrible vieja, que se relamerá con el regreso de mi hijo. Tendrá lo que quería: su nieto en el castillo, y su nuera estará fuera de él.

Y volvió a suspirar.

—No se parece a su padre. ¿Saldrá a él en otro sentido?

Después de pensar un rato, Engaine olvidó el asunto y formuló una pregunta sobre Maryam.

—¿Es muy pequeña, esa salvaje que me robó tu cariño?

—No es tan alta como tú. Creo que le llevarás unas dos pulgadas.

—¡Ah! —exclamó la muchacha, triunfante—. Entonces es regordeta, sin duda.

—Por el contrario, es esbelta.

—¿Cómo puedes saber que no ha cambiado? —preguntó Engaine—. Hace más

de dos años que no la ves, y tengo entendido que las orientales se marchitan pronto. Ahora ya se habrá vuelto gorda y oscura, y quizá tenga bigote también.

Walter echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Te perdono la maldad, porque... sois muy parecidas en ciertas cosas. No haces más que preguntarme sobre ella, y Maryam se mostraba igualmente curiosa a tu respecto.

—¿Hablaste de mí, pues?

—Desde un principio. Le dije que te había jurado fidelidad.

—¡Y lo habías hecho! —exclamó Engaine—. ¿Cómo puedes ahora justificarte por haber roto ese compromiso?

—Te habías casado con Edmond. ¿No era ya una justificación en sí? Sin embargo, con el giro que tomaron las cosas, era la única forma de salvarla de que volvieran a enviarla a una vida peor que la esclavitud. Es una historia demasiado larga.

—No me interesa esa historia. Pero me alegro de que haya sido un matrimonio de conveniencia o de necesidad, al fin y al cabo.

Entonces se puso a demostrar que se interesaba intensamente por todo lo relativo a la boda.

—Si quieres hacerme el relato, trataré de escuchar. Pero, ante todo, ¿qué dijiste de mí?

—Dije que eras muy bonita y orgullosa, y que tenías todas las cualidades de una dama inglesa de alta cuna.

—Estoy segura de que me odiaba —dijo Engaine.

—Sí, creo que sí.

—¿Qué hacía o decía para que lo supusieras?

—Sólo puedo recordar una cosa. Pero... no puedo contártela.

—Tengo que saberlo, Walter. Insisto.

—Bueno —dijo el muchacho después de cierta vacilación—, te enojarás mucho. La había estado criticando por haber bailado con un vestido un tanto corto. Ella se sintió herida, por creer que yo quería decirle que tú no habrías hecho semejante cosa. Me contestó que... Vamos, Engaine, me niego a proseguir. No te gustará, y, claro está, sólo lo dijo porque se había sentido lastimada.

—¡Lo que dijo —declaró Engaine, enfurecida—, es que yo no me habría atrevido a hacerlo! Que tendría motivos para avergonzarme.

Y lo que en realidad había dicho Maryam era: «Estoy segura de que sus piernas no tienen forma». Walter estaba arrepentido de haber dejado que se presentara el tema, y declaró apresuradamente:

—Me niego a decir una palabra más.

—¡Qué injusta fué! —exclamó Engaine—. Ahora me siento bastante justificada

al decirte que esa pagana me disgusta, pero mucho.

Cuando pasaron ante la incendiada taberna en Little Tamit, Walter sofrenó involuntariamente su cabalgadura. A la luz del día, no se diferenciaba de cualquier otro edificio desmantelado. Todos sus temores acerca del futuro le volvieron a la mente. ¿A qué decisión se había llegado aquella noche? ¿Cuándo habría de darse el golpe?

Engaine volvió la cabeza y preguntó:

—¿Qué encuentras aquí que sea de interés?

—Esto es lo que queda de la taberna de un amigo mío, el posadero de Little Tamit.

Pareció que Engaine tenía que hacer un esfuerzo para recordar las circunstancias del hecho, pero por fin hizo una señal de asentimiento.

—Era uno de los canallas que atacaron el castillo la noche del funeral del conde Rauf. Edmond incendió la taberna, pero el tabernero se le escurrió entre los dedos. Recuerdo lo enojada que estaba su madre.

—Todos los que tomaron parte, aquellos canallas, han pagado un precio amargo. Todos, menos uno.

Engaine se volvió con rapidez.

—¿Qué quieres decir?

El muchacho no contestó enseguida.

—Engaine, ¿qué has pensado de todo esto? ¿Nada supiste de los hombres y mujeres que la normanda torturó y ahorcó?

—No tenían derecho a sublevarse contra su señor —protestó ella—. Merecían ser castigados. Claro está, Walter, que tú opinas lo mismo.

Y luego, al rato, meneó la cabeza.

—Pero esa mujer fué demasiado lejos. Mucho compadecí a algunos de ellos. Creo que fué la crueldad de Edmond lo que hizo que empezara a disgustarme.

—Me alegro de oírte decir eso. Cuando te dije que había uno que escapó al castigo, me refería a mí mismo. Mi amigo Tristram Griffen y yo somos los responsables de lo ocurrido aquella noche.

—Me lo figuraba —contestó ella, observándolo con fijeza—. ¡Qué temerario eres! No se puede prever en qué absurdas empresas has de empeñarte. ¡Tienes unas ideas tan extrañas!

Y la severidad de su mirada se convirtió en una sonrisa.

—Mucho me temo que no te condene como debería hacerlo.

Desde entonces, la cabalgata fué más agradable. Walter, lleno de orgullo por la proeza de su amigo, empezó a hablar de aquella fría tarde en Margha en que Tristram asombró a los mogoles plantando una flecha inglesa en el blanco más improbable que se hubiese propuesto. Engaine escuchaba con vivo interés.

—Ese Tristram Griffen parece ser un individuo de agallas —dijo, y, sin poder evitarlo, preguntó—: ¿Dónde estaba la oscura muchacha de sangre mezclada durante todo ese tiempo?

—Por entonces estaba oculta en mi tienda. Es que...

—Estoy segura —interrumpió ella—, de que la chica haría todo lo posible por no estar jamás lejos de tu tienda.

Por último, avistaron la negra silueta del castillo de Bulaire, que se erguía por sobre el bosque en el valle del Larney.

—Creo que a la postre habré de desechar tu prudente consejo y alejarme con mi hijo a toda la velocidad con que nos lleven nuestros caballos —dijo Engaine.

Walter le puso una mano sobre el brazo.

—Oye, si cedes a ese impulso, puedes echar a perder la oportunidad para un arreglo justo. La ley se ocupará tarde o temprano de que el niño sea devuelto a su padre, y la separación será tanto más dura.

Siguieron discutiendo el punto con tanta absorción que pasaron de la clara mata de árboles sin darse cuenta de que se acercaban más de lo proyectado; Walter sofrenó en cuanto se dió cuenta de lo que ocurría.

—Ha llegado el momento de separarnos. Desde aquí debes dirigirte al este. Yo me quedaré hasta que vea que el niño y su escolta atraviesen el puente levadizo, y entonces no perderé tiempo en volver a Gurnie.

De pronto, la muchacha soltó un grito. Walter la vió pálida como una muerta. Engaine levantó un brazo como para señalar algo, y lo dejó caer inerte.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—¡Walter! ¡Allí, ese roble! ¡Dios mío! ¿Qué veo?

—El muchacho echó una mirada en la dirección indicada por ella, y le pareció que el corazón dejaba de latirle. Aquel árbol le era familiar. Se lo habían señalado a la luz de las antorchas después del ataque al castillo. La forma del árbol se le había quedado grabada en la imaginación desde entonces, pero en aquella oportunidad había en él algo nuevo. No, al fin y al cabo, no era algo nuevo; ese árbol siempre se lo había imaginado cargado de frutos de muerte.

De una de las ramas colgaba un cuerpo con una flecha clavada en el pecho. El cadáver se balanceaba lentamente por la brisa, girando a un lado y al otro, y podía oírse crujir la cuerda. Walter no necesitó más de una mirada para darse cuenta de que se trataba del cadáver de Edmond, el conde de Lessford.

Cuando logró recuperar dominio de sus ideas, murmuró:

—Ése es el árbol del cual la normanda colgó a los seis campesinos.

Entonces vió que bajo el árbol yacía otro cuerpo, sin duda el del escudero que acompañara a su conde aquella fatal mañana en su cabalgata. Entonces se le aclaró la mente, y gritó al criado que llevaba al heredero de Bulaire:

—¡Vuelve tu caballo! ¡El niño no tiene que ver eso!

Hizo seña a Engaine de que lo siguiera, mas no hizo un solo movimiento para alejarse al oír el rápido ruido de cascos por el camino. Su mirada había descubierto indicios que le convencieron de que la muerte era muy reciente; un birrete en el suelo cerca del borde del bosquecillo, y una rápida visión de un hombre de chaqueta verde medio oculto detrás de un árbol. Tenía clara conciencia de que unos vigilantes ojos lo observaban desde el bosque.

Hizo girar su caballo y se lanzó al galope detrás del resto de la comitiva, conservando vuelta la cabeza para poder percibir cualquier señal de intento hostil.

—¡Bajad la cabeza! —gritó—. Aún están en el bosque. ¡Aprisa!

Oyó un grito que provenía de lo más intrincado del bosque, y nada más. Nadie salió ni se disparó flecha alguna contra ellos. Cuando alcanzó a Engaine, habían llegado ya a un margen amplio de seguridad.

—He estado esperando algo por el estilo —dijo mientras galopaban lado a lado—. El odio, cual espada de dos filos, corta en ambas direcciones.

Pasó largo rato antes de que ella empezara a hablar con insegura voz.

—Me siento en cierta forma responsable. Quizá lo que hice ha ocasionado esta muerte.

—¡No, no! Esa flecha habría llegado a destino con la misma seguridad aunque todavía hubieses estado en el castillo. No tienes que preocuparte a ese respecto.

—Lo odié mientras vivía —murmuró ella—. Ahora no puedo hacerme la hipócrita ni decir que he cambiado de sentimientos porque él haya muerto. Pero ¡qué cosa horrible!

—Cosas tan horribles como ésta han estado ocurriendo por aquí durante los últimos cinco años.

Engaine tiró bruscamente de las riendas y su nervioso caballo escarceó.

—¡Tenemos que huir lo más lejos posible, lejos, lejos!

Y al rato preguntó:

—Walter, ¿qué he de hacer?

—Hay muchas cosas que tienes que hacer, y ninguna de ellas será fácil. Ahora las cosas están en tus manos, Engaine.

—Ya no necesito mandar a mi hijo allí.

Walter soltó una risa corta y sin alegría.

—El miedo parece haberte privado de tu vivacidad de espíritu, que suele ser grande. El niño debe volver allí inmediatamente y tú con él. ¿No te das cuenta de que él es ahora el conde de Lessford?

La muchacha le echó una mirada de asombro, y de pronto lo comprendió todo. Sofrenó bruscamente.

—¡Claro está! Mi hijito es conde de Lessford.

Se quedaron en silencio, mirándose a los ojos. El semblante de Engaine empezó a perder su tensión primitiva.

—¡Walter! —exclamó—. ¡Todo ha cambiado! Ahora puedo volver tranquila. El poder está en mis manos. Soy... ¡Soy la verdadera ama de Bulaire!

CAPÍTULO DÉCIMO QUINTO. VENECIA

I

Maese Dandolo, hermano del Dux, el más rico de los mercaderes de Venecia, se mostraba de excelente humor. Estaba estableciendo un récord mundial en la construcción de naves mercantes y ganándole una apuesta a Giovanni de Florencia.

Aquella mañana, al dar la campana Marangona la señal de que había llegado la hora de empezar el trabajo, una diestra cuadrilla de artesanos había entrado en el Arsenal y comenzado a trabajar en el casco de una enorme birreme que maese Dandolo destinaba al comercio con Occidente. Todo estaba listo para ellos; las planchas de roble para las costillas y la quilla, que desde hacía diez años estaban sumergidas en agua de mar frente al Lido para estacionarlas apropiadamente; el abeto para los mástiles, el nogal para el timón y el álamo para el cabrestante; los herrajes, fundidos ya en el Arsenal, llevaban la marca del León Alado, símbolo de la gran República; los enormes paños de colores para vela y las cuerdas, esperaban al lado de los remos, forrados en cuero y listos para ser fijados en sus lugares al lado de los bancos de los remeros. Ya se había puesto el sol, y tres horas más tarde la campana del Rialto iba a anunciar la terminación de la jornada; en ese momento, la birreme tenía que estar pronta para que su constructor ganara la apuesta.

Maese Dandolo se había vestido hermosamente para la oportunidad, con una hopalanda color de rubí que le caía hasta los pies, y, sobre ella, una capa blanca cerrada por un broche de oro sobre el hombro izquierdo. Su aspecto era el que le correspondía; el de un ciudadano rico de la clase más elevada, con una gran noción de lo artístico, pero si alguien lo hubiese observado en momentos en que la brisa que azotaba el Arsenal le levantaba la hopalanda, habría visto que sus ropas interiores eran viejas y raídas, y estaban sucias. En realidad, aquel untado y perfumado comerciante era la personificación de Venecia, aquella ciudad brillante y vistosa que relucía en la superficie y cuyo fondo era maloliente y perverso.

Maese Dandolo había estado de pie todo el día a orillas de la laguna. El monto de la apuesta era crecido, y, cosa que le producía más interés en ganarla, sentía por su rival aquel amargo odio típicamente veneciano. Se decía continuamente a sí mismo que para ganar daría cuanto tenía, salvo quizá su palacio blanco de la plaza de San Germiniano o la hermosa esclava que recientemente comprara a alto precio, después de una crítica apreciación de sus desnudos encantos en el mercado de esclavos de Kaffa. Estaba tan ansioso por ganar su apuesta, que de cuando en cuando aumentaba la recompensa ofrecida a los sudorosos artesanos, siempre que la birreme estuviese a flote en la laguna antes de que resonara el Rialto.

Aquel espectáculo habría sido digno de que lo contemplase algún observador de afuera, pero nunca se permitía la entrada de extraños en el Arsenal. La laguna se extendía entre dos islas con anchos muelles de astillero a cada lado. Frente a cada

muelle había almacenes marinos. El trabajo de construcción había empezado en un extremo. Cuando las costillas del casco estuvieron en su lugar, clavadas y calafateadas, unas barcazas habían remolcado al gigante de madera al puesto siguiente, donde se hallaba la madera elaborada para la obra muerta. Cuando llegó el momento de llevar el buque al puesto siguiente, la obra muerta estaba ya en su lugar; sobresalía un poco del puente inferior y se hallaba soportada por tirantes de madera complicadamente adornados. Otro remolque, y se instalaron los castillos de proa y de popa, donde se hallaban los camarotes. Por entonces, la enorme nave había llegado al último puesto, donde se estaba realizando el trabajo de enarbolar los cuatro mástiles.

¿Quedaría terminado el trabajo a tiempo? Maese Dandolo se acarició la perfumada barba y se dijo que sí. ¡Qué disgusto se llevaría Giovanni de Florencia al pagarle la apuesta aquella noche! Y la satisfacción de maese Dandolo se hizo cada vez más profunda; los venecianos eran los mejores constructores de buques del mundo entero, pero nunca antes una nave de ultramar había sido construida totalmente en un solo día.

Durante la última hora, el buen humor de maese Dandolo se había visto perturbado por una interrupción extraña. Una vieja góndola había estado dando vueltas alrededor de los almenados muros del Arsenal, y una cansada voz de mujer exclamaba a monótonos intervalos: «¡Londres, Londres!». En realidad, aquello no era nuevo. Hacía ya más de una semana que aquella misma mujer velada había estado frecuentando los muelles, la plaza de San Marcos y hasta el Rialto con su interminable grito de: «¡Londres!», convirtiéndose en el hazmerreír de la ciudad. Era evidente que la mujer quería ser llevada a Londres, y unos jóvenes calaveras se habían empeñado en alejarla de todos los buques que estaban por zarpar rumbo al oeste. Aquella mujer era de pequeña estatura y aspecto cansado, de modo que aquellos jovenzuelos, aunque siempre ávidos de mujeres nuevas, no se habían molestado en apreciar si era o no deseable. Sentados ante sus tableros de ajedrez, la habían mirado al pasar, contentándose con preguntarse quien sería y de dónde venía.

Sin embargo, aquella mujer no tenía derecho de invadir los sacrosantos recintos del Arsenal, y por ello maese Dandolo se dirigió al capataz a cargo de la construcción, a quien, en chanza, daban el tratamiento de almirante.

—Vanni —le dijo—. Esa pequeña peste me fastidia con sus gritos. Haz por alejarla, o me ocuparé de que se balancee en una jaula de madera del campanario de San Marcos.

Cuando el almirante regresó, dijo:

—Se ha ido, maese Dandolo. ¿Me permite usted decir que la compadezco? Lleva consigo un chiquillo enfermo. ¿No sería obra cristiana embarcarla en un buque con destino a Londres?

El rico mercader soltó una carcajada.

—Domina tus fáciles compasiones, Vanni. Esa mujer se halla en Venecia, la perla del mundo conocido. ¿Por qué desea ir a Londres, hay niebla, nieve, y gente bárbara? Es evidente que esa criatura ha perdido el juicio. Lloro como una gaviota enferma.

—Pero no me parece justo —dijo el almirante vacilando—. La mujer también está enferma. Está delgada y muy cansada.

II

Maryam había llegado a Venecia en un buque procedente de Alejandría que llevaba a bordo especias, telas y esclavos. Su primera visión de la hermosa ciudad en medio de sus canales la había convencido de que terminaba su larga peregrinación. Allí veía por primera vez a personas de piel blanca, vestidas de modo muy parecido a los dos ingleses. ¡Por fin Londres!

Pero su ilusión se desvaneció en seguida. Su ansioso: «¿Londres, Londres?», fué contestado por incomprensivas risas de la gente a la cual se dirigió. Nada amables eran esas personas. Se mofaban de ella, la empujaban de lado, la amenazaban. Maryam hallaba entre ellas una actitud más hostil que en cualquiera de los puertos de Oriente, aun en la calurosa Aden o la sofocante Alejandría, centro del comercio de esclavos.

«Esta ciudad no puede ser, seguramente, una ciudad cristiana —se dijo muchas veces—. Y sin embargo hay muchas cosas que se parecen a las que Walter me ha descrito».

Logró conseguir mediante el silencioso ofrecimiento de una moneda de oro, una sombría habitación en una casa de tanta belleza, que ella misma se asombró ante la aceptación del propietario de tenerla por inquilina. Descubrió muy pronto que aquella belleza sólo era superficial. Su cuarto era húmedo y maloliente, y su único mobiliaje consistía en un jergón y un enorme recipiente de bronce en el que eran amontonados todos los desperdicios de la casa antes de ser arrojados a las aguas del canal que lamían las marmóreas paredes exteriores de la casa. Sin embargo, al entrar ella en la habitación, aquel recipiente de bronce había estado lleno de flores frescas, lo cual le había agradado, a pesar de que el cuarto apestaba a ajo.

La vecindad tenía algo de furtivo. Maryam lo advirtió en seguida. No podía de modo alguno figurarse que la casa estaba cerca del barrio de las prostitutas, pero no podía equivocarse con respecto a aquellas mujeres de ojos oscuros que dormían el día entero y salían con el fresco del atardecer para pavonearse envueltas en vestidos bordados de oro con bandas de armiño y botones de esmalte o cristal. Maryam pensó en buscar otro lugar de descanso, pero abandonó la idea de puro hastiada.

Se sentía muy preocupada por la salud de su hijo, que tenía dieciocho meses. El largo viaje por tierra desde Aden le había minado las fuerzas y arrebatado todo color a su semblante. Al niño no parecía interesarle la comida, y sufría por su dentición. El único interés que demostraba tener en la vida se manifestaba en su dedicación al perro Chi. Hasta se negaba a separarse del animal cuando Mahmoud lo sentaba en sus hombros para seguir a Maryam en sus salidas diarias.

Podrá imaginarse el alivio de la pobre mujer cuando una mañana su hijo la despertó con una vivacidad que ella nunca viera antes en sus enormes ojos azules. El

niño le cogió ansiosamente la mano.

—Mamá, ven —dijo.

La llevó ante la única ventana, que daba a un pequeño patio. Quizá se tratara de una fiesta, y la gente del pueblo estuviera en libertad de divertirse, pues por primera vez aquel patio estaba lleno de niños, entusiasmados con un juego de *zoni*, que reían y gritaban. El chiquillo estaba tan excitado que Maryam podía sentir cómo le temblaba la mano en la suya.

—¡Mamá! —murmuró el niño—. ¡Chicos!

La madre lo alzó en brazos para que pudiese ver mejor.

«Por fin mi Walter podrá tener amigos —se dijo para sí—. Quizá sea eso lo que necesita. Nunca ha podido jugar».

Era cierto. El niño nunca había tenido juguete alguno, ni nada que pudiese considerar como suyo, salvo a su muy amado Chi. Su corta y desdichada vida había transcurrido sobre las calurosas cubiertas de sucios buques, en la asfixiante incomodidad de las cámaras, y, a cortos intervalos, en casuchas en los puertos. Había visto cetrinos niños en los muelles, pero nunca se encontró en estrecho contacto con ellos.

Mas por entonces se presentaba una verdadera dificultad. Las ropas del chiquillo estaban viejas y rotas, y su orgullo de madre se rebelaba ante la idea de dejar que aquellos niños cristianos lo vieran así vestido. De cualquier modo tenía que tratar de vestirlo mejor.

Se sentó para pensar en la forma de hacerlo, y, tras largo rato llegó a una dolorosa conclusión. Después de abrir una vieja bolsa de cuero en que guardara todas sus pertenencias, sacó el único recuerdo de su dichosa vida en la Morada de la Felicidad Eterna. Era el Vestido de los Dieciséis Veranos, que miró con ojos llenos de lágrimas.

—¡Tenía tantas ganas de conservarlo! —murmuró—. Quería que Walter volviera a verme envuelta en él. Si está... empezando a olvidarme, le recordará lo felices y enamorados que éramos.

Pero el sacrificio tenía que ser realizado.

—Es lo único que tengo, y no puedo disponer de dinero para comprar cosas nuevas —murmuró, entristecida—. Tengo que olvidar mi orgullo... y mis esperanzas. Tengo que hacerle a mi hijo algo con lo cual esté bien vestido.

Durante dos días cortó y cosió, reduciendo el hermoso vestido a fragmentos, para lograr por fin una prenda con la que el niño pareció un hijo de noble chino. La túnica, que le llegaba casi a los talones, le sentaba maravillosamente, del mismo modo que los pantalones de raso negro de amplias botamangas. Hasta le hizo Maryam un birrete redondo que le sentaba muy bien sobre sus rubios rizos.

Cuando hubo estudiado el efecto final, batió palmas y no sintió ya pesar por la pérdida de su vestido.

—¡Mi ilustre y hermoso hijo! —exclamó, al modo chino—. Esos chiquillos tendrán gran opinión de ti, Walter mío. Te envidiarán tu hermosa túnica.

Hay, hasta en el más pequeño de los chiquillos, una afición a las vestiduras hermosas. Walter miró a su madre con rientes ojos, y pasó la mano por el rico raso de la túnica de un modo que le compensó a ella el sacrificio que hiciera.

Por la mañana el patio se había vuelto a llenar. Maryam cogió a hijo de la mano y lo llevó a la puerta que daba a él. Estaba desarrollándose otra partida de *zoni*, pero todos los chicos se interrumpieron al aparecer los extraños. Había desde niños pequeños, que gateaban a un costado del patio, hasta niños y niñas de ocho a diez años. Había varios de la edad de Walter, y éstos eran más bulliciosos y activos que los mayores.

Maryam soltó la mano de su hijo y le dió a éste un leve empujón.

—Ve, hijo mío —dijo—. Juega con tus nuevos amigos. Pero ten cuidado de no ensuciar tu hermosa túnica. Tu padre debe verte vestido con ella, y has de conservarla en buen estado.

El niño la miró, y Maryam se dio cuenta de que tenía tanto temor como entusiasmo. Luego, sonrió. Después de un rato de vacilación, dió unos pasos hacia adelante.

Un chico moreno de unos cinco años fué el primero en actuar frente al recién venido. Se dirigió hacia Walter y lo observó, con ademán de crítica. Otros se unieron a él, sonriéndose entre sí y haciendo comentarios en voces agudas. El primero de los niños echó la cabeza hacia atrás y soltó una fuerte carcajada de burla. Los otros le acompañaron inmediatamente.

Maryam estaba observando con creciente intranquilidad, pues era evidente que los chicos consideraban a su hijo un curioso ejemplar de niño. De pronto, una de las chicas le arrancó el birrete de las cabeza y se lo puso ella, adoptando una actitud que decía a las claras: «¡Qué ridícula es esta cosa!». Otros dos chicos lo tomaron de los brazos y trataron de arrancarle la túnica. Por entonces ya se habían puesto a gritar de alegría por la diversión que les ofrecía su nueva víctima.

Walter echó a su madre una estupefacta mirada, pero no se permitió llorar. Luchó por salvar su túnica de manos de sus torturadores; aun cuando lo hubieron derribado y la prenda le fué arrancada de los brazos sólo se permitió gritar un urgente: «¡Mamá!».

Maryam se lanzó corriendo a socorrerlo, exigiendo con voz estridente que soltaran a su hijo. Lo alzó en brazos, acariciándolo para consolarlo, y le dijo:

—No te aflijas, hijo mío. Son salvajes, con los que no se puede jugar.

Los chicos bailaban alrededor de ellos, chillando su desprecio por los extranjeros. Maryam trató de alejarlos a puntapiés, enojada, y de empujarlos con su mano libre. Uno de los chicos se había puesto la túnica de raso sobre sus ropas y se pavoneaba de

un lado al otro. Maryam tuvo que perseguirlo por todo el patio antes de recobrarla. Con gran desesperación advirtió que se había rasgado en la espalda y estaba sucia de barro.

—¡Bestias! —gritó, furiosa—. ¡Mirad lo que habéis hecho! ¡Podría mataros a todos!

Las risas que llegaban de las ventanas que daban al patio le hicieron comprender que unos adultos habían estado contemplando la escena y gozando de ella tanto como los pilluelos. Maryam llevó a su hijo a la puerta y se detuvo un rato a mirar a las sonrientes mujeres. Todos los malos tratos que había sufrido desde su llegada a esa endurecida y hermosa ciudad hicieron que surgiera en ella un profundo enojo.

—No me gustan esos cristianos —se dijo amargamente.

Maryam se llevó al niño a su oscuro cuarto y lo sentó en el suelo al lado del perro.

—Juega con Chi, querido Walter —murmuró, tratando de contener las lágrimas—. Al fin y al cabo, es tu mejor amigo.

El muchacho la miró. Estaba tan intrigado como entristecido, y su madre comprendía que estaba preguntándose qué significaba todo aquello, y por qué su primer contacto con niños como él sólo le había causado desilusión y dolor. Luego, empezaron a molestarle los dientes, y por primera vez Walter se abandonó por completo a un desesperado llanto.

—¡Hijo mío, pobre hijito mío! —sollozó ella—. ¿A qué mundo tan cruel te he traído?

Desde entonces, el chiquillo se contentó con la compañía del perro. No hizo caso a las altas voces y risas que de cuando en cuando subían del patio, ni nunca volvió a acercarse a la ventana.

III

La cena para celebrar la construcción de una birreme de ultramar en un solo día fué una ceremonia brillante. Todos los ciudadanos más ricos e influyentes de Venecia se hallaban presentes, hasta el Dux en persona. La comida era suntuosa, y el plato principal era una cabeza de jabalí asado rodeada de ruisseños espetados. Había muchas clases de pescado, cubiertos por salsas muy condimentadas, un lechón entero, huevos de pato y postres muy variados. Los vinos eran exquisitos.

Maese Dandolo estaba sentado a la cabecera de la mesa, de excelente humor, y vaciaba su enojada copa de vino con tanta regularidad que los ojos empezaron a brillarle y un sonrojo le asomó a la punta de la nariz. Al otro extremo de la mesa se hallaba el perdedor, Giovanni de Florencia, joven saturnino de rostro largo y nerviosa mueca. La fiesta y la bebida irritaban al disgustado Giovanni, pues el costo de la comida era parte de la apuesta.

Cuando la última fuente hubo sido retirada de la mesa, Maese Dandolo hizo seña a los músicos para que dejaran de tocar. Anunció que iba a empezar la diversión. Había un mago egipcio que realizaría unas pruebas nuevas e impresionantes, un cantor de baladas provenzal y una bailarina oriental que ostentaría sus asombrosas sinuosidades para mayor deleite de los circunstantes. Pero primero propuso resolverles el misterio de la mujer llorosa.

—Han ido a buscarla y ahora la traerán —dijo—. La acompaña un intérprete que habla muchas lenguas. El podrá revelarnos toda su historia.

Cuando Maryam entró en la habitación, un murmullo de asombrados comentarios se elevó entre los comensales. Se había quitado el velo, y todos la encontraron tan inesperadamente bonita como una margarita de San Miguel. Había adelgazado mucho, pero ese hecho tenía la virtud de hacer parecer sus ojos aún mayores y darle al rostro demacrado un aspecto interesante. Los regordetes mercaderes se irguieron en sus sillones con renovado interés y la contemplaron con codiciosas miradas.

Maryam, por su parte, estaba deslumbrada. Echó una rápida mirada a su alrededor, al oscurecido cuarto en el que se había dejado que las velas ardieran casi hasta consumirse, a los altos ventanales por los cuales entraban los rayos de la temprana luna de la noche, a la riqueza de los servicios de mesa y a los hermosos trajes de los comensales. Una segunda mirada hizo mucho por destruir aquel efecto. Vió entonces que aquellos bien vestidos invitados estaban todos medios ebrios, que tenían los ojos velados por los vapores del vino y los dedos demasiado entorpecidos para manejar sus enojadas copas sin derramar algo de su contenido en el mantel y en las gruesas alfombras que cubrían el suelo.

El intérprete, un levantino de rostro amarillento, empezó a interrogarla en diversos idiomas, para probar por último en griego. Maryam le contestó con unas

ansias nacidas de los largos meses de viaje entre paredes de silencio.

—Dice —anunció el intérprete a los presentes—, que es griega de nacimiento, aunque su padre era un inglés que había ido a las Cruzadas. Ahora está tratando de llegar a Londres para unirse con su marido, que también es inglés.

Los invitados parecieron desilusionados. La explicación era demasiado sencilla, y les dejaba sin misterio alguno que comentar.

—Dice, además —prosiguió el levantino—, que viene del Cathay y que hace dos años que está viajando.

Si un mercader llamado Polo hubiese asistido a aquel banquete, puede que aquella noticia le hubiese hecho concebir alguna idea, pero no hay indicio alguno que pueda hacer suponer que así fuera. Aquella afirmación tuvo en sí bastante efecto. Los invitados demostraron un renovado interés en seguida.

—Esta señora de intrigantes ojos azules —declaró uno de ellos—, debe ser una gran mentirosa. Permítame, maese Dandolo, que proponga una solución. Como castigo por su mendacidad, debiéramos hacer que la embarcaran inmediatamente en un buque con destino opuesto a Londres.

Aquella idea pareció hallar eco favorable, aunque no en el perdedor de la apuesta, sentado al otro extremo de la mesa. Éste no había apartado la vista del rostro de Maryam desde que entrara en la habitación.

—Hay que reconocer que es una mentirosa muy bonita —dijo—. Felicito a mi adversario, que ha logrado al fin y al cabo hacer de esta cena una diversión agradable para mí. Confieso que la muchacha me gusta y me apresuro a ser el primero en exponer mis pretensiones. Tendrá que hacerme compañía por un tiempo. Luego, podrá ser embarcada para Túnez, el Mar Negro o hasta el famoso Lough Derg, a discreción de los presentes.

Maese Dandolo estaba observando a Giovanni de Florencia tan intensamente que resultó evidente que estaba concibiendo una idea que no concordaba con las intenciones de su rival.

—Mucho temo que no puedan cumplirse los planes de mi buen amigo, que es más rápido en ver los encantos de un par de ojos extranjeros que el gran mérito de nuestros astilleros venecianos —dijo.

El perdedor alzó una aguda mirada.

—¿La desea mi feliz adversario para sí? —preguntó.

Maese Dandolo meneó la cabeza.

—No pienso en satisfacción personal alguna —dijo—, sino en la buena reputación de la flota mercante de Venecia. El buque botado hoy y construido en tiempo récord es la nave más hermosa salida de nuestro maravilloso Arsenal. Estoy seguro de que todos ustedes estarán de acuerdo en que debiéramos enviarlo en su primer viaje a Marsella bajo los más favorables auspicios. Y digo a todos ustedes,

buenos amigos, que aquí se ha manifestado la mano del destino. ¿Qué mejor suerte podríamos brindar a nuestra gran birreme que la de llevar a esta señora como primera pasajera?

Miró a su alrededor y vió con gran satisfacción que todos los rostros, menos uno, acusaban gran satisfacción.

—Es más importante que esta viajera, que nos ha llegado por algo más que casualidad, le dé buena suerte a nuestra empresa que no que le sea concedida a Maese Giovanni de Florencia la satisfacción de un repentino deseo.

CAPÍTULO DÉCIMO SEXTO. SCAUNDER CLOUGH

I

Había caído una gran nevada, y una capa de hielo de una pulgada de espesor cubría los fosos de Gurnie. Los dolores reumáticos acosaban a los huesos viejos, y Wilderkin andaba apoyado en un bastón mientras su amo seguía en cama.

Dentro del cobertizo dedicado a la fabricación de papel, sin embargo, el aire era seco y cálido. La pulpa extendida en los marcos necesitaba calor, de modo que habían puesto una enorme estufa en el centro, en cuyo interior ardían unos leños. Los proyectos de Walter de emplear ruedas de molino no habían pasado de la etapa experimental, y todo el trabajo aún se realizaba a mano. Media docena de activos hombres reducían la corteza a pulpa. Se oía un murmullo de voces.

Al realizar su primera visita del día, Walter se detuvo al lado del anciano Swire Gilpin, quien estaba a cargo de los marcos.

—Hace seis meses, no, siete, desde que vi por última vez a mi amigo Tristram Griffen —le murmuró—. No he tenido noticias de él. Dime, Gilpin, ¿sabe alguien dónde está y cómo le va?

Gilpin simuló estar muy absorto en su trabajo.

—Nada sé de él, amo.

—Vamos, Gilpin. Tiene que haberle enviado noticias tuyas a su padre, al menos. Tengo entendido que ves a menudo al anciano.

Gilpin arrancó una hoja de papel del marco más cercano y la miró a la luz.

—Lisa como vidrio, amo —dijo—. Los monjes de la abadía no volverán a quejarse.

Walter se volvió con impaciencia. Se dirigió a la enorme vasija en que se sumergían las hojas después de haber sido afinadas. Allí, un alto campesino estaba inclinado probando la temperatura del agua.

—Jack —le preguntó—. ¿Qué hay de Tristram Griffen?

El semblante del hombre se tornó hosco y reservado. No contestó en seguida, sino que siguió metiendo su delgado brazo en el agua. Cuando habló fué en un gruñido.

—Nada he oído, amo.

Siempre era lo mismo. Parecía caer un velo siempre que se hacía mención alguna de los acontecimientos que siguieran a la muerte del conde Edmond de Lessford. Tristram y otros dos hombres habían desaparecido en seguida después, y se suponía que se hallaban con Harry el Chato y los bandoleros. Sin embargo, nada se sabía que lo confirmara. Por más que tratara de averiguar, Walter había fracasado en su intento de obtener noticias de su amigo.

Volvió a la casa muy deprimido. Aquella deliberada reserva era bastante natural, pero parecía más que extraño que Tristram no hubiese hecho esfuerzo alguno por comunicarse con él. ¿Estaría vivo todavía?

Se dirigió al dormitorio de su abuelo para su diaria conferencia matutina. El amo de Gurnie estaba evidentemente sufriendo de dolores reumáticos. El rostro se le torcía a intervalos, y conservaba las mantas de la cama arropadas hasta el cuello.

—La producción de la semana anterior bajó —dijo secamente—. Treinta hojas menos. ¡No es posible seguir así! ¿Qué les ha pasado a los perezosos siervos? ¿Estás echándolos a perder, Walter?

Walter contestó que el frío había estado retrasando el trabajo.

—Al fin y al cabo —añadió—, no podemos pretender que trabajen bien, amontonados como están, como en salmuera. Cuando venga la primavera, abuelo, le mostraré un buen aumento de producción.

E hizo un gesto de orgullo.

—La calidad del papel es cada vez mejor.

En anciano siguió haciendo preguntas: «¿Podía obtenerse la misma calidad sin usar trapos de lino?». «¿Pagarían el mismo precio los monjes por unas hojas un poco más chicas?». «¿Por qué no se cortaba una pequeña fracción a cada costado de las hojas?». «¿Cómo le iba a Joseph Maule en la venta de papel a los mercaderes de Londres?». «¿Podía haberse equivocado Walter al convencer al buen Joseph de que abandonara el comercio de granos y que actuara sólo como vendedor de papel para ellos?».

Las respuestas que recibió el amo de Gurnie sólo provocaron en él unos gruñidos. Walter no se preocupaba por ello. Nunca esperaba ver el día en que su abuelo le diera una completa muestra de aprobación. El anciano volvió pues a otra queja, más personal.

—Walter —suspiró—. El padre Clement no me deja en paz. ¿Acaso cree que puedo seguir haciendo la penitencia que me ha fijado en un tiempo como éste? Es irrazonable pretender que un hombre de mi edad vaya descalzo a la iglesia, cuando la tierra está cubierta de nieve. Además, estoy discutiendo con él el asunto de los seis cirios. ¡Seis cirios, de un pie de grueso, que tienen que estar ardiendo durante un mes entero! ¡Quiere convertirme en mendigo! ¡Tendrá que rebajarme la penitencia! ¡Es absurdo!

Walter se pasó la última parte de la tarde caminando por la nieve, sintiéndose más deprimido a cada paso. Pensaba en Maryam y en Tristram, perdidos ambos para él en una niebla de misterio.

«Seguramente —no dejaba de repetirse—, hay algo que puedo averiguar respecto de ambos. ¿No podré hacer nada sino esperar?».

Se preguntó si por entonces su esposa se había resignado a la inevitable separación para toda la vida, y, en caso afirmativo, si había podido rehacer su vida. ¿Estaría en la miseria, quizá?

Volvió a tiempo para cenar y se encontró con que en la sala, principal reinaba una

alegría desbordante. Los criados conversaban mientras se sentaban a la mesa, y Agnes traía una fuente con un enorme trozo de carne asada adornada con una corona de laureles. ¿Qué había pasado? Walter miró a su abuelo, inesperadamente sentado en su sillón. Era asombroso que el anciano hubiese reunido fuerzas para bajar, y, además, estaba festivamente vestido con su mejor hopalanda de terciopelo con anchas bandas de zorro gris y cuello de la misma piel.

—¡Walter! —gritó el anciano—. ¡Por fin se ha producido!

Walter observó de pronto que un documento, cargado de impresionantes sellos, yacía sobre la mesa ante su abuelo. Hasta los copones habían sido apartados para hacerle lugar. Walter comprendió, sin que le dijeran, de qué se trataba.

—¿Han sido restituidas las tierras?

—¡Me han sido restituidas mis tierras! —exclamó el amo de Gurnie tocando los sellos con una mano que temblaba perceptiblemente—. El mensajero llegó de Londres hace tres horas. ¡Aquí lo tienes, muchacho, firmado, sellado y arreglado sin discusión posible para siempre! ¡Gracias a Dios y a St. Wulstan!

Walter se sentó, más bien asombrado por lo inesperado de la noticia. Compartía el placer de su abuelo, claro está, pero no pudo impedirle pensar: «Preferiría tener noticias de Maryam que tener todas las tierras de Bulaire, concedidas por real decreto, firmado y sellado».

—El Rey es bueno —declaró el anciano.

No comía, pero ya había vaciado su vaso de vino.

—Reconozco haberme equivocado al juzgarle. Es un rey sensato, justo y valiente.

Walter hizo un gesto de asentimiento:

—El primer rey inglés que tenemos desde Hastings.

La mirada que el anciano le echó tenía una acentuada expresión de triunfo. En sus ojos podía leerse un rastro de astucia.

—La letra que acompaña el decreto explica que la restauración se efectúa con pleno conocimiento de Engaine —expresó el anciano después de beber un trago de vino—. Y como esas tierras forman parte de su herencia de Tressling, las pierde. Se me ocurre, sin embargo, que ella ha insistido en que se realizara la restauración.

—¡Qué generosidad! —exclamó Walter.

—¿Generosidad? —repitió el amo de Gurnie sonriendo—. Sí, el gesto es generoso. Creo, sin embargo, que hay algo detrás de él. Es sensato... y previsor.

—No logro seguir su razonamiento, abuelo.

—¡Vamos, vamos, que has de comprenderlo! Te quiere, Walter, y es viuda. A mí nunca se me escapa nada, muchacho. He visto cuán a menudo se inclinaba sobre la mesa a mirarte. Y eso es de antes que la muerte del conde la librara de un irritante lazo, providencialmente. Es evidente que ve en ti a su segundo marido, y sabe que esto —añadió indicando el real decreto— hará que te inclines aún más

favorablemente hacia ella. Pero juro que hay algo más. Como heredero del restaurado dominio de Gurnie, estás ahora en situación de cortejarla abiertamente, cosa que no habrías podido hacer de otro modo. Te conviertes en un buen partido, en un partido irrechazable. Sí, nuestra encantadora Engaine ha sido a la vez sensata y previsor.

—Si lo que usted supone es exacto —dijo Walter con lentitud—, ha pasado por alto un punto. No estoy en situación de cortejarla. Soy casado.

El anciano protestó con impaciente fruncimiento de cejas.

—Hay que conseguir en seguida una anulación. Puede que cueste una suma considerable, pero, restauradas nuestras tierras y ante tan hermosas perspectivas, no tenemos que vacilar. Ha llegado el momento, muchacho, de solicitar de la Iglesia tu liberación.

Walter se quedó un rato silencioso.

—Amo a mi mujer —dijo por último—. Quizá le parezca a usted un disparate, pero... tengo que seguir esperando. Puede que ocurra un milagro que me la devuelva.

—¡Un milagro! —exclamó apasionadamente el viejo—. ¿Crees que Dios haría un milagro para restituir una esposa pagana a un cristiano? Me enojaré mucho contigo, muchacho, mucho he de enojarme si vuelvo a oír semejantes disparates. Tienes que dar los pasos necesarios sin más trámite. Insisto.

—Hay algunos puntos relacionados con la tierra en que he de insistir —dijo Walter luego de una pausa—. Los hombres que trabajan en ella no tienen que usar golas de hierro. Tienen que ser hombres libres, abuelo. Se les ha de dar alojamientos apropiados y una oportunidad para beneficiarse decentemente de su labor. Nunca le dije antes cosas como ésta, pero creo que la tierra no ha de ser para provecho de unos pocos. Ha de ser utilizada por todos.

—¿Has estado escuchando charlas de locos? —preguntó su abuelo, con expresión de asombro—. Semejantes ideas huelen a traición y herejía. Creo que debes haber perdido el sentido.

Los dos hombres estaban tan absortos en la conversación, que ninguno de ellos había probado bocado. Agnes Malkinsmaiden apareció a un lado del sillón y dijo con indignado tono:

—¡Esta excelente comida está enfriándose, amo!

No le hicieron caso.

—Estoy convencido —prosiguió Walter—, de que a la larga nos beneficiaremos. Déseles una probabilidad de vivir decentemente y trabajarán tanto mejor y con el tiempo las tierras aumentarán de valor. Tendrá usted mayor provecho si no les maltrata ni les exige una parte demasiado grande de las cosechas, pues así no tendrán bastante incentivo. Piense en lo bien que están, trabajando ahora en la fábrica de papel.

El argumento estaba bien expuesto, porque el anciano se mostraba muy dispuesto

a escuchar cuando se trataba de beneficios. Después de un rato de silencio, sin embargo, meneó la cabeza con la misma resolución que antes.

—Aún sostengo que tu proposición no sólo es errónea sino peligrosa.

Luego se reclinó en su silla y suspiró profundamente.

—Soy viejo y enfermo. Me faltan fuerzas para seguir discutiendo el punto contigo ahora. Más adelante me tomaré tiempo para convencerte de tu locura.

Swire Gilpin se quedó hasta después de haberse levantado la mesa de los siervos, y cuando éstos se hubieron ido, mirando varias veces cautamente por sobre el hombro, se adelantó con lentitud hacia el sillón del muchacho.

—Señorito Walter... —murmuró.

Walter se le acercó.

—¿Qué pasa, Gilpin?

—Señorito, si sigue usted el Larney hacia el oeste y sigue luego el viejo camino de piedra que lleva al norte, ¿adónde llega usted?

—A las afueras del pueblo de Little Engster.

—Sí —dijo Gilpin y miró otra vez a su alrededor para asegurarse de que nadie estaba escuchando—. Y si volviera usted a tomar otra vez hacia el este y tomara en Las Tres Horquillas hacia Bramway Spinney y recorriera unas dos leguas al norte, ¿dónde se encontraría usted?

—En el límite sur de Scaunder Clough.

Gilpin hizo varios movimientos de asentimiento con la cabeza.

—Sí —dijo—, allí estaría usted, señorito, en Scaunder Clough. Pocos son los que van allí, señorito. Es un lugar salvaje y el camino es malo; también dicen que allí se encuentran espíritus malignos. Una vez fuí cuando niño y tuve miedo, le doy mi palabra. No, no es un lugar adonde ir, señorito, a menos que se tenga un propósito bien definido.

Walter esperó que el hombre prosiguiera.

—Pero si tuviese usted un propósito y llegara hasta Clough, vería usted unas rocas que se hunden en el agua. Se llaman La Cabeza de la Bruja, señorito, y yo no quisiera poner los ojos en ella. Pero si usted llegara hasta allí y silbara una canción tres veces.

—¿Te refieres a *Los hijos de Job*?

El hombre asintió con insistencia.

—Sí, ésa misma. Si lo hiciese usted, ¿supone lo que ocurriría?

Walter se rió y le palmoteó, agradecido, la espalda.

—Lo comprendo, Gilpin. Ya te alegrarás de haber hecho esto por mí.

II

Nunca había estado en Scaunder Clough, y sintió un estremecimiento al llegar en las últimas horas de la tarde siguiente. Las negras aguas corrían en torrente y formaban un tumultuoso torbellino al pasar por entre las feas rocas que de ellas sobresalían. Tanta furia demostraba el arroyo en su prisa por bajar entre las colinas, que no se había formado más que un poco de hielo a los costados, no obstante lo cual el agua estaba amarga y la nieve se había amontonado tanto en las orillas, que el torrente se hundía profundamente en ella a cada paso. Las orillas se elevaban en empinada cuesta, y Walter recordó, al observar las formas poco naturales que adoptaban, que la gente solía decir que el diablo era quien había formado Scaunder Clough y que estaba loco en el momento en que lo hizo.

Era aquél un lugar de aspecto poco terrenal; de eso no podía abrigarse la menor duda, y bastó el horroroso rostro de La Cabeza de la Bruja, con las dos profundas grietas que parecían ojos y sus rugosidades de piedra que parecían los pelos de Medusa, para convencerlo de que en aquel valle reinaba el mal. Era un asilo perfecto, pero sólo para aquel en quien la determinación fuera mayor que lo imaginativo.

Walter volvió resueltamente la espalda a La Cabeza de la Bruja y trató de silbar Los Hijos de Job. Concibió muy pobre opinión de su valor al ver que le fallaba el silbido. Sólo al tercer intento pudo hacer que un agudo sonido dominara el rugir del torrente. Nada ocurrió, y Walter repitió su silbido. Luego, como recurso final, se llevó las manos a la boca en forma de bocina y dió un fuerte grito.

Al rato oyó detrás de sí un sonido que pudo ser el de un pie que raspaba sobre una roca. Sin mirar a su alrededor, empezó a silbar otra vez. Apenas había llegado a los primeros compases, cuando otra boca prosiguió el silbido. El muchacho se volvió y vió a Tristram que bajaba por un nevado sendero que llevaba directamente a La Cabeza de la Bruja.

—¡Por fin llegaste! ¡Cuánto deseaba verte!

Tristram le estrechó la mano a Walter con el placer de un hombre al que acaba de ocurrirle el más agradable de los acontecimientos. Walter, en un primer momento, se sintió demasiado atónito para contestar el saludo. Su perdido amigo no había reaparecido como un pintoresco bandido de los bosques, vestido como otro Robin Hood, con el arco al hombro y cantando alegres canciones. Llevaba, sí, su arco al hombro, pero allí terminaba la semejanza con el conocido personaje. Lo que Walter vió fué un alto muchacho vestido con ropas sucias y tan desgarradas que parecía un espantapájaros; aparición entristecida que sufría frío y hasta hambre quizá.

Sus primeras palabras fueron indicio de la verdadera gravedad de su situación:

—¿Qué me has traído, Wat?

Walter contestó, dolorido el corazón ante su falta de previsión:

—Nada. Perdóname, Tris, pero no se me ocurrió que necesitaras algo.

Tristram soltó una risa que pareció el croar de algún pajarraco.

—¿Pensaste que viviría en una hondonada cubierta de enredaderas, comería excelentes trozos de venado y que, por las noches, asistiría a los bailes de los poblados? Ésos son mitos, Wat. La vida en los bosques no es así. Es sucia y triste, a decir verdad. Cuando vi que eras tú, me quedé encantado. Tenía muchas ganas de verte, compañero mío. Y, al mismo tiempo, pensé: «Wat ha de traer algo para mí».

—¡Y vine con las manos vacías, estúpido que soy! —exclamó Walter—. Estoy avergonzado. Estaba seguro de que te habrías ido con Harry el Chato, y que los bandidos tendrían refugios cómodos en los bosques vecinos.

—Creo que llevan una vida mejor que yo. Nunca vi su campamento. Harry el Chato quería que me uniese a ellos, pero no pude resolverme a hacerlo. Hay en mí una terquedad que me hace seguir siendo un hombre honrado. Los demás se fueron con él.

—¿Quieres decir que estás solo aquí? Tris, no tenía idea de cuál era tu situación. Nunca he dejado de intentar alguna noticia tuya, pero todos cuantos pudieron haberme ayudado estaban coaligados en una conspiración de silencio. Fui a ver a tu padre, pero hasta él me aseguró no saber tu paradero.

—Es que yo les había urgido para que guardaran silencio —dijo Tristram— aunque ignoraba que llevarían la cosa tan lejos.

—Es que se trata de la lucha de una clase contra otra. Sospechan hasta de mí. Sólo anoche uno de ellos rompió el silencio.

Tristram hizo una sobria seña afirmativa.

—Sí, estoy solo. Encontré una caverna, allá, en la roca, y allí vivo como puedo. Vuelvo a ser El Guerrero Solitario. Este parece ser mi papel en la vida, Wat. La soledad tiene algunas ventajas, pero no la del bienestar corporal.

Walter estaba estudiándolo, dolorido. Su amigo parecía un anciano. Su rostro, de barba color paja, estaba surcado de arrugas. Tenía los hombros encorvados, y la depresión de su espíritu se le manifestaba en el intranquilo brillo de los ojos.

—Volveré mañana —prometió Walter muy contrito—. Dime lo que necesitas y me ocuparé de que lo tengas.

—¿Lo que necesito? La lista sería muy larga, Wat. Y a propósito, una palabra de precaución. No vuelvas en seguida. Podrías llamar la atención si volvieras por estos lugares demasiado pronto. Los sabuesos podrían seguirte el rastro. Aguarda una semana antes de volver por aquí.

Walter asintió:

—Tienes razón.

—En cuanto a lo que necesito ante todo, dos cosas: ¡sal y jabón! ¡Jabón, Wat! ¡Qué poco pensamos en él cuando vivimos vidas normales, pero qué importante se

hace cuando falta!

Y mostró las manos, tiznadas de negro.

—Sueño con el jabón y el hermoso lujo de un baño. ¡Qué bienvenidas serían esas muchachas chinas con cara de torta si me trajeran bastante jabón y hermosas toallas limpias! ¡Te aseguro que me desvestiría sin vergüenza alguna!

—Y ¿qué más además de sal y jabón?

—¡Azúcar! —exclamó Tristram ansiosamente—. Se me hace agua la boca al pensar en algo dulce. Además, una aguja, hilo y un poco de tela. ¡Mírame! Soy un colador humano, de tan lleno de agujeros que estoy. ¡Ah, son tantas las cosas que necesito! Unas velas, y ¿crees quizá que podrías traerme un poco de mazapán? No hago más que soñar en comer esa tierna pasta.

—¡No tan pronto! He de fijar todas esas cosas en mi memoria.

Tristram se rió.

—No me tomes demasiado en serio. Sé que no puedes volver aquí con mulas de carga.

—Estoy pensando en la forma de traerte todo cuanto necesitas. ¿Hay algo más?

—Un centenar de cosas más. En particular, algunas cuerdas de arco. Una nueva provisión de flechas. Un poco de aceite para conservar el arco en buen estado. Un almanaque me sería muy útil. He perdido la noción del tiempo.

Y Tristram hizo una pausa.

—¡Qué exigente he de parecerte! Sé, Wat, que no me puedes instalar un palacio aquí entre las rocas.

—Haré cuanto pueda —dijo Walter, poniéndole a su amigo una mano en el hombro. Puedo hacer algo mucho más importante. Voy a hacer que puedas salir del país. No puedes quedarte mucho más tiempo aquí como un animal perseguido.

Tristram meneó la cabeza, resignado.

—No tengo intención de salir de Inglaterra. No soporto los países extranjeros, Wat. El idioma en que hablan allí está más allá de mi comprensión, y me sentiría tan aislado como aquí en los bosques. Sé que no puedo esperar volver a vivir jamás como un ciudadano pacífico, pero soy inglés y me quedaré aquí hasta que muera.

—Escúchame, Tris. Las cosas van a cambiar. Puedo hacerte salir oculto oportunamente, estoy seguro, y, con una buena influencia, lograré obtener un perdón para ti. ¡Dios sabe lo que podría ocurrirte si te quedarás aquí por mucho tiempo más!

Tristram miró al sol, que estaba poniéndose detrás de las nevadas colinas. Volvió a menear la cabeza.

—La cosa es más profunda de lo que he expresado, viejo amigo. Las nuevas leyes no serán buenas para el villano. Dudo que la esclavitud en que vive pueda ser abolida sin un levantamiento sangriento de los campesinos. ¡Está por producirse, Wat! Los villanos de Inglaterra se sublevarán y exigirán que se les dé el derecho de vivir como

hombres, como hombres libres. Eso vendrá, tan seguro como que el sol ha de hundirse pronto entre las rocas. Puede que nosotros no lo veamos, ¡pero ha de ser algún día!

El semblante se le había transfigurado y un intenso brillo resplandecía en sus hundidos ojos.

—No pienso sino en ello mientras yazgo aquí en mi caverna, y ahora estoy empezando a ver que puedo desempeñar mi papel, aun cuando nunca me atreva a aventurarme lejos de Scaunder Clough. Si huyo, pronto seré olvidado. Pero si me quedo aquí, negándome a abandonar la tierra que amo, mi recuerdo perdurará entre la gente. Cuando llegue el momento en que los villanos de Inglaterra exijan sus derechos, recordarán lo que hice y quizá sirva para fortalecerles en su resolución.

Ya no tenía los hombros caídos. Miró a Walter con un orgullo que no tenía en cuenta para nada la amarga vida que tenía que llevar.

—¡No, Wat! —exclamó—. Aquí me quedo. Si me capturan y me ahorcan colgándome de un árbol, tanto mejor. ¡Entonces seré recordado como uno que murió por la causa justa!

Se apoyó entonces en la áspera superficie rocosa de La Cabeza de la Bruja y sonrió.

—Estoy soltando una lata como un sofista de Oxford. Pero creo en todo cuanto he dicho. Y ahora, ¿qué noticias me traes? Wat, ¿has sabido algo de Maryam?

—Nada. ¿Qué comunicación puede haber entre dos mundos tan alejados entre sí?

—¡Pobrecilla Taffy! Será mejor que encares la verdad. No es probable que vuelvas a oír hablar de ella.

Hizo una pausa y observó cuidadosamente el rostro de Walter.

—Tienes que resignarte, Walter, y casarte con Engaine. Es lo más natural, y veo que es inevitable. Eso traería mucho alivio a la gente pobre, viejo amigo, pues sé que serás un buen amo para ella.

—Aún no puedo mirar tan lejos en lo futuro —dijo Walter.

—Hay una cosa que quiero que sepas. No fui yo quien disparó la flecha que mató a tu hermano. No es que haya tenido escrúpulos. Merecía la muerte por todas las cosas que había hecho. Pero en realidad, uno de los otros tenía la flecha pronta, y el dardo alcanzó el blanco. Estábamos ocultos en el bosque, y te vi claramente cuando te alejaste al galope. El mismo hombre, cebado con la sangre, estaba por terminar con toda la familia. Pero yo le contuve el brazo. En cuanto a lo que ocurrió después, sabes más que yo.

—Engaine se ha dado cuenta de las cosas ahora. Está corrigiendo todo cuanto puede.

—He oído decir que las cosas andan de lo mejor —dijo Tristram volviéndose hacia Walter y apoyándole en el hombro una mano áspera, de uñas ennegrecidas y

rotas—. No te pongas triste, Wat. Vivo bastante bien. Tengo bastante que comer y mi caverna es cálida. No me quejo. Ven, sonríeme.

Y el arquero le sonrió con su misma sonrisa de antes.

—Nada más puedes hacer por mí. Convierte en oro las piedras preciosas que te he dejado y distribúyelo. Mi padre es viejo y necesita muy poco, pero me gustaría que tuviese lo bastante para pasar tranquilamente el resto de su vida. Ocúpate también de la viuda de mi hermano y de su hijo; dales una parte. Quizá quede alguna moneda para un viejo de Cencaster llamado Handy. Fué a las Cruzadas y volvió hecho un guiñapo; ahora vive de los desperdicios que disputa a los perros de la aldea. Me gustaría pensar en que he hecho algo para aliviar su suerte. También está el viejo Dame Gurdy, conocido de mi madre, que también necesita mucha ayuda. Haz lo que puedas por esa gente, Wat.

—Juro que ninguno de los nombrados quedará en la miseria. Lo haré en tu nombre.

El sol se había puesto ya detrás de las rocosas paredes, y la forma de las cosas, en la hondonada, parecían más irreales que nunca.

—Ya deberías irte —dijo Tristram—. No hemos de despedirnos. Pronto volverás, al menos así lo espero fervientemente. El verte me ha hecho revivir y cobrar nuevo valor para las oscuras horas que paso en mi caverna.

Y sonrió, esperanzado.

—Wat, quisiera tener conmigo a algún animal para que me hiciera compañía. Un perro no me sirve; sus ladridos podrían despertar sospechas. ¿Podrías encontrarme un gato? Una hembra. Un gato macho estaría casi siempre fuera, pero una gatita podría encontrarse compañero y llenar mi hogar de cachorros. Sería una felicidad.

Después de haber recorrido un trecho de sendero, Walter se volvió a mirar. Tristram no se había movido. Se saludaron con la mano y se quedaron quietos, mirándose a la media luz.

Walter no veía sólo al perseguido morador de la caverna. De pie, con una inclinación a no alejarse que lo mantuvo allí hasta no poder distinguir ya la alta silueta de su amigo, veía también al modesto estudiante que dirigiera a sus compañeros de Oxford en un temerario acto de rescate, al alegre compañero de sus largos viajes, al valiente arquero que diera una lección a los ballesteros mongoles. En lugar de delgadas y arrugadas mejillas y descuidada barba, veía un semblante calmo y abnegado, de ojos amigos, alegres y sinceros.

«¿Será éste el final de cinco años de amistad?», se preguntó para sí al reanudar la marcha hacia el bosque de Bramway Spinney.

No podía alejar de sí el temor de no volver a ver a Tristram.

III

Hubo un señalado cambio en la actitud de Simeón Bautrie cuando éste salió de su despacho. Hizo una obsequiosa reverencia a Walter y dijo:

—Bienvenido, señor. Nuestra ama y señora se alegrará de saber que ha llegado.

El hecho de que Engaine se hubiese alegrado fué traído con agradable rapidez por una doncella de ojos oscuros que hablaba con un dejo de acento extranjero. La muchacha miró coquetamente al alto visitante y dijo que su ama se hallaba por el momento en manos de sus doncellas pero que se apresuraría en terminar su tocado, pues deseaba conversar con él antes de comer. Añadió la chica con una sonrisa, que habría invitados agradables a la mesa. Un primo de la condesa estaba viviendo en el castillo, y había también un gran señor francés que tocaba la cítara y cantaba encantadoramente. Las cosas habían cambiado mucho, y en la sala principal del castillo reinaba por entonces la alegría.

Walter fué escoltado por un paje de librea negra y oro a una habitación de la torre principal, donde se cambió de ropas, y luego a un departamento contiguo a la sala principal. En el hogar ardía un alegre fuego, y las colgaduras tártaras cubrían de tal modo las ventanas que ninguna corriente de aire podía perturbar el cómodo ambiente de la estancia. Una hospitalaria jarra de vino, coronada de hojas de roble, se hallaba en el centro de una mesa rodeada por un círculo de copas. Walter tomó un largo trago de vino.

La única nota discordante era el hecho de que en aquella estancia había otro ocupante. Ninian estaba recorriéndola de un lado a otro, malhumorado, cruzadas las manos detrás de la espalda, mirándose las puntas de los zapatos. Era aquel calzado de una clase especial, muy de moda por aquella época, y sus puntas se volvían tanto hacia arriba que estaban sujetas a la rodilla por cordones de seda. Se volvió al abrirse la puerta, y en el semblante se le pintó una expresión desilusionada.

—¡Bastardo! —exclamó—. ¿Tú aquí?

Walter sonrió al contestar:

—Pareces contento de verme, Ninian.

—Entonces mis expresiones traicionan mis sentimientos —declaró el otro—. Habría tenido tanto gusto en ver al diablo en casa de mi prima, como de verte a ti. He recibido noticias tuyas, bastardo. Dicen que pretendes ser un gran viajero, y que has ido hasta el Cathay. No creo en nada de eso.

Y en exasperado tono, añadió:

—¿Qué haces aquí?

—Presento mis respetos a una vecina.

—¡Una vecina! Hay cierta presunción de rango en el modo en que usas el término. Me sienta mal —dijo Ninian, riéndose—. Tengo entendido que por ciertos

medios subrepticios has logrado restar tierras al dominio de Tressling. En estas circunstancias, me cuesta creerte capaz de una audacia tal como la de mostrarte en el hogar de la graciosa dama a quien has robado.

Walter no contestó en seguida. Con divertida sonrisa observó la amargada expresión de su antiguo compañero de Oxford.

—¿Eres casado, Ninian?

—No.

—Pero ¿te propones casarte pronto, no?

Ninian se detuvo. Miró, desconfiado, a Walter, y luego hizo una breve inclinación de cabeza.

—Espero casarme pronto.

—Con tu hermosa prima, ¿no es cierto? —prosiguió Walter, cuya sonrisa se convirtió en franca carcajada—. Eso da cuenta de la gran indignación que sientes por la devolución de las tierras a su legítimo dueño. Consideras que tus sueños dorados han sido un tanto defraudados, mi buen Ninian. ¿Te mostrarás más descontento aún al enterarte de que considero la recuperación de tierras de Gurnie como un asunto de escasa importancia personal? No es que no aprecie la generosidad de tu hermosa prima al no oponerse al real decreto —se apresuró a añadir.

Por el semblante de Ninian pasó una expresión de alarma.

—¿Dices que Engaine no se opuso a ello? ¡Mentira, bastardo! Eso indicaría entre vosotros una cordialidad que me niego a reconocer.

Walter volvió a reírse.

—Quizá debiera desafiarte a duelo mortal por haber empleado esa palabra, mi temerario exestudiante. Pero tengo en menos a las leyes de la caballeridad y me siento más dispuesto a doblarte sobre mi rodilla y pegarte como a un escolar travieso.

Ninian se alejó a una distancia discreta, desde la cual observó a su compañero con mirada hostil. Walter se había puesto sus galas venecianas para aquella oportunidad, y su lujo era una nueva ofensa a los ojos del ardiente aspirante a los zapatos del finado conde.

—Eres un ave de aspecto muy vistoso, bastardo —murmuró Ninian—. He oído hablar de esas nuevas modas en el vestir. Dicen que pronto se usarán en la corte.

Se atrevió a acercarse un poco más y le tocó a Walter el muslo con incrédulos dedos.

—¡Caramba, no hay engaño! Supuse que tus calzas debían estar forradas para exhibir una pierna tan bien redondeada.

—Los hombres de pocas carnes —dijo Walter con apreciativa mirada a las poco impresionantes piernas que aparecían bajo la larga túnica de Ninian—, siempre sospechan engaño en los hombres de constitución más robusta.

Engaine entró en ese momento en la habitación con una sonrisa que en seguida

fué substituida por un fruncimiento de ceño. La sonrisa había sido para Walter y el gesto, exclusivamente para Ninian. El período de duelo no había pasado, pero como la mayoría de las viudas volvían a casarse al año, no resultó extraño verla vestida de colores brillantes. Su falda era de encaje verde, y la chaqueta, color azul, se ajustaba fielmente a su cintura antes de señalar con igual fidelidad la suave línea de sus caderas. En la diadema verde, había un zafiro de inusitado tamaño.

La muchacha entró en la habitación con tanta prisa que el paje que la seguía tuvo que correr casi para no tener que soltar la larga y brillante cola del vestido.

—¿Ha estado mostrándose desagradable mi primo, Walter? —preguntó, y añadió en seguida—: ¿Como siempre?

—Ninian siempre fué un individuo desagradable. Si ha cambiado, aún no he visto la prueba.

Engaine miró fijamente a su primo:

—No esperaba encontrarte aquí —dijo—. Te agradeceré que me hagas el favor de retirarte.

—No tengo intenciones de retirarme, hermosa prima —dijo Ninian indignado—. ¿He de inferir que Walter de Gurnie es un huésped más bienvenido que yo? Quizá debí haberlo supuesto. Siempre me supo mal, Engaine, que buscaras refugio en Gurnie.

—Puede que fuera que Engaine no estuviese segura de ser recibida en otra parte por miedo al poder de su marido —declaró Walter.

—Por otra parte —dijo Ninian—, puede que haya existido un atractivo en Gurnie. Mucho se ha hablado al respecto, hermosa prima.

—¡Se ha hablado! —exclamó Engaine enfrentándolo con un repentino brillo en la mirada—. ¡Haz el favor de explicar inmediatamente qué quieres decir!

—Seguramente has de saber algo de ello. Mucho se ha hablado, Engaine. No me pongas mal gesto; nada tuve que ver con ello. Si no se hubiese probado en seguida que la muerte de Edmond era obra de campesinos, le habría sido difícil a Walter de Gurnie probar su inocencia.

Engaine miró a Walter, y la expresión de su mirada dijo inequívocamente:

«Esta vez ha llegado demasiado lejos».

Cuando contestó, sin embargo, lo hizo con contenida voz:

—Había esperado cambiar unas palabras contigo en privado, mas ahora tendremos que esperar hasta después de la cena. Tu brazo, apuesto invitado.

Ninian puso mala cara al verse así desairado. Al echar a andar detrás del paje, murmuró:

—Las cosas llegan a una extraña situación cuando aventureros sin tierras se ven honrados por sobre hombres de buena cuna.

—¡Qué chismoso malhumorado! —murmuró Engaine que parecía haber

recobrado su buen humor, y apretando con la mano el brazo a Walter, prosiguió—: Quizá, Walter, se encuentre con un verdadero motivo para su desagradable humor.

Walter nunca había visto la sala principal, y miró a su alrededor con el mayor interés al escoltar a la muchacha bajando una docena de escalones de piedra que llevaban a ella. Calculó que tendría unas treinta varas de largo, y la mitad de ancho. En el centro de una de las paredes había una ventana, desde la cual la normanda y sus invitados presenciaron la comida de los niños hambrientos. Había otra más en el extremo opuesto a la entrada. Las oscuras paredes de piedra, que, según Walter oyera decir, tenían un espesor de cuatro varas, llegaban a una altura tal que no se podían percibir los detalles de las vigas en la oscuridad que las llamas de las velas no lograban disipar. Habría sido una habitación fría y desnuda a no ser por una revestidura de roble que llegaba a una altura de cuatro varas, innovación del conde Rauf, y pagada, sin duda, con la amplia renta de su esposa. En un extremo de la sala había una plataforma en la que se sentaban los trovadores, que estaban afinando arpas y gaitas cuando Engaine apareció en lo alto de los escalones del brazo de su humilde invitado, y que en seguida empezaron a tocar una alegre melodía. Walter vió que Engaine sonreía con orgullo. Era evidente que amaba la grandeza en que se desenvolvía como castellana de Bulaire.

—¿Comerá con nosotros la madre de Edmond? —preguntó Walter en ansioso murmullo.

Engaine meneó la cabeza.

—No tendrás ese mal rato. Raras veces sale de su cuarto ahora, y declaro francamente que me alegro de que así sea.

A pesar del esplendor de la escena y la riqueza y variedad de los platos que se sirvieron, la cena fué aburrida. Walter, como correspondía, estuvo sentado a un extremo de la mesa, de modo que apenas si tuvo oportunidad de participar en la conversación. No le resultó penoso, pues los temas que se trataron no le interesaban y la charla fué monopolizada por Guibert de Bezières, el trovador de Francia. Aquel gran señor, cuyo rostro se parecía a una cara de caballo y ostentaba un orgullo ofensivo, rara vez permitía que la conversación se alejara de los trovadores del continente, injustamente poco considerados y llamados a desaparecer. Cuando la comida hubo terminado, echó mano de su cítara y se puso a tocar los *sirventes* que él mismo compusiera, cantando las palabras con voz afectada y gangosa. A Walter la melodía le pareció vulgar y los versos tan sensibleros que eran todo un atentado a la inteligencia; se quedó asombrado al observar que en los rostros de los demás comensales se reflejaba el más profundo respeto. Hasta Engaine, que tenía a su halcón favorito en su percha detrás de ella y dedicaba mucho tiempo a ver que comiera bien, parecía prestar atención.

«Es evidente que están convencidos de que este payaso chillón representa toda la

finura y grandeza de la vida», pensó.

Se contentó con observar a los presentes, descansando más a menudo la mirada en el animado rostro del ama de casa y la fea cara de Ninian, que bebía copa tras copa de vino y pronto se encontró sumido en una ebria modorra.

Como tenía el propósito de volver a Gurnie aquella misma noche, Walter aprovechó la primera oportunidad para despedirse de Engaine. Los comensales estaban empezando a dispersarse, de modo que la muchacha pudo apartarse con él.

—Me alegro de que hayas venido —dijo, mientras subían los escalones, seguidos por el paje—. Ha sido una visita muy corta Walter, y debida desde hace mucho tiempo.

—Vine a agradecerte por tu actitud más que generosa en el asunto de las tierras —contestó él.

La muchacha le echó una rápida mirada.

—No fué sino una oportunidad de retribuir una deuda muy profunda. La tierra pertenecía a tu abuelo por derecho. Siempre me apenó el egoísmo que mi padre os demostró.

—Nunca me descubriste tus sentimientos al respecto.

—Hay muchas cosas que nunca te descubrí, Walter.

Siguió un rato de silencio.

—¿No quieres volver pronto, cuando haya menos invitados y menos distracción? Tenemos muchas cosas que decirnos.

—Con el mayor gusto.

Engaine pareció vacilar.

—Has de saber que soy una persona muy curiosa y que mucho me preocupan mis amigos. No he oído hablar de ninguna actitud tuya para... para desligarte de ese lazo que ahora ha de ser muy inconveniente para ti. ¿Es por haber descubierto que el costo del trámite es mayor que el que te permite tu bolsa?

—A mi abuelo le preocupa el costo, pero esta muy firme en su convencimiento de que debería empezar los trámites a pesar de él. Nada he hecho, aunque he de ser sincero y decir que no fué por el costo.

La muchacha le echó una mirada cargada de reproches.

—¿Qué te detiene, pues? Me parece, Walter, que estás mostrándote muy absurdo.

El muchacho contestó con un suspiro.

—Supongo que sí. Tendría que empezar a pensar en lo futuro.

—Si hubiese sido por los gastos... —dijo ella lentamente—. En este momento estoy bastante apurada de dinero. No he logrado encontrar el oro que Edmond y su madre reunieron con tanto cuidado.

—¿No quiere su madre decirte dónde está?

—Dice que es de ella —dijo la muchacha, y Walter pudo sentir que el brazo se le

ponía rígido—. Está más que trastornada, pero le queda bastante cordura para guardar el secreto. ¡A veces desearía ponerla en las suaves manos de Jack Daldy!

—Pero la verdad es que el dinero pertenece por derecho a tu hijo.

—Parte de él me pertenece a mí. He mandado efectuar una prolija búsqueda en el castillo, pero ha sido inútil. No está en su cuarto; de eso me he asegurado.

Y Engaine contuvo su enojo.

—A pesar de eso, estoy en situación de ayudarte. Hiciste un ofrecimiento muy generoso cuando yo parecía necesitar ayuda, y eso me autoriza a decirte ahora que me sentiría muy contenta de hacer cuanto pudiese.

—Te lo agradezco profundamente, pero no será necesario.

Habían llegado a la poterna, y el muchacho podía ver la trampa que colgaba sobre ellos. La muchacha acortó el paso.

—Eres muy reflexivo, Walter. Supongo que se debe a tu sangre sajona. Pero esto me obliga a hacerte una confesión. No me propongo seguir mucho tiempo viuda. El dominio de Bulaire necesita una mano más firme que la mía, y, si he de decir toda la verdad, no he nacido para una vida solitaria.

Le soltó el brazo a Walter y dió un paso atrás.

—Ninian no es mi único pretendiente. No reflexiones demasiado. Podrías arrepentirte, y, por lo tanto, yo también.

IV

Walter se puso a tararear *Las dos hermanas de Binnorie* mientras terminaba de atar el lío. Se sentía más esperanzado. El lío había resultado más bien grande, pero el muchacho no dejaba de sentir enorme satisfacción al pensar que había obtenido todo cuanto necesitaba Tristram, hasta el calendario por el cual le entregara al sacristán de St. Tenenan una buena cantidad del papel recién fabricado. Mucho antes de que amaneciera, estaría en camino y ninguna mirada curiosa se fijaría en el bulto para preguntarse qué contenía.

No, se había olvidado de algo, sin embargo. Si por casualidad no encontraba a Tristram allí, al llegar, le dejaría una nota, para lo cual volvió a deshacer el paquete y escribió unas líneas en un trozo de papel en que estaba envuelto el calendario.

«Lo hallarás todo menos el gato. Tenemos un solo ejemplar un poco viejo de esa especie en la lechería, pero te voy a encontrar uno más joven y mejor que nuestro viejo Skeek. La próxima vez que venga, hará el viaje conmigo una gatita hermosa y esbelta, de afiladas garras y concepto romántico en cuanto se refiere a familia.

»¿Qué te parece este papel? La fábrica tiene gran movimiento en estos días, y ahora disponemos de pruebas verdaderas para demostrar que en realidad estuvimos en el Cathay. ¿Te gusta, idiota integral?».

El día había sido laborioso, y Walter pensó en la necesidad de dormir antes de salir en la oscuridad para Scaunder Clough. Sin embargo, primero tenía que cumplir con un deber: el efectuar su visita de la tarde a su abuelo, que hacía ya una semana que no salía de su cuarto.

Cuando entró en el pequeño dormitorio, una débil mano se alzó en un gesto de rendición.

—Cedo —dijo el anciano—. No tengo ya fuerzas para seguir oyendo tus salvajes teorías. Haz como quieras, Walter. Dales a los siervos todo lo que creas que desean sus corazones.

—No tenía intención de comentar esas cosas —dijo Walter—. Venía a preguntar a usted cómo se sentía.

El amo de Gurnie meneó lentamente la cabeza.

—No puedo descansar, muchacho, debido a mis dolores y molestias. Si me acuesto de espaldas, me mareo; si me vuelvo de costado, el peso de la cabeza hace que me duelan los oídos, y, cuando despierto, tengo las orejas rígidas y doloridas. No puedo soportar una posición por largo rato, pero me causa dolores abominables moverme. Duerme muy poco, Walter, y la cabeza se me llena de las ideas más curiosas. ¡Estoy en lucha con mi cuerpo! ¡Hay momentos en que me gustaría liberarme de él! —añadió.

—Es por el frío, abuelo. Cuando se haya ido la nieve y el sol vuelva a calentar,

deberá usted recorrer a caballo el dominio entero. Eso terminará con todos sus dolores y verá usted qué hermosos están los campos de pastoreo y los bosques.

El anciano suspiró:

—Puede que nunca más vuelva a tener fuerzas para ello. Como sabes, no he puesto los pies en el campo desde que me lo arrebató el viejo rey Enrique, y mucho he esperado volver a ver mis hermosas tierras fértiles y pensar que eran mías otra vez. Pero ahora todo está oscurecido. No parece que me importe mucho.

Y al rato, Walter dijo:

—He seguido uno de sus consejos, abuelo. Las hojas de papel están haciéndose un poco más pequeñas, y sin embargo los codiciosos sacristanes pagan el mismo precio sin una palabra de protesta.

El viejo no contestó. Walter comprendió que por cierto estaba muy enfermo.

En el oscuro pasadizo lo detuvo Wilderkin, que le murmuró al oído:

—Alguien quiere verlo cerca de la fábrica de papel, señorito.

Walter se quedó intrigado. Nunca llegaban visitantes después de caída la noche a menos que se tratara de viajeros rezagados o perdidos, y en ese caso pedían en la poterna que les diesen alojamiento. ¿Sería Tristram?

—No le pude ver la cara, pero le conocí la voz —dijo el senescal—. Es el viejo tabernero de Little Tamit.

Walter se dirigió a la fábrica de papel, plenamente preparado para la peor de las noticias. Un cauto «¡Aquí!», lo dirigió a un grupo de árboles que había ante la fábrica. Harry el Chato se había escondido detrás de un tronco y no se movió cuando Walter se detuvo a su lado.

—Tenía que avisarle —murmuró el viejo cruzado—. ¡Tristram Griffen ha muerto!

—¡Muerto!

Walter no supo que había gritado hasta que una mano salió de la oscuridad y lo cogió fuertemente de la muñeca.

—¡Calle! ¿Quiere alarmar usted a toda la casa? Ya bastante peligro corro. Sí, nuestro bravo Tris ha muerto. ¡Era el mejor de todos nosotros!

Pasó un largo rato antes de que Walter pudiera preguntar en tenso murmullo:

—¿Cómo fué?

—Me sentí preocupado por el terco muchacho y visité Scauder Clough esta mañana. Lo encontré en su cueva. Hacía... algún tiempo que estaba muerto.

A Walter le parecía imposible dominar sus sentimientos.

—Sabía que iba a suceder eso —dijo en un sollozo—. Algo me lo decía cuando lo vi hace una semana. ¡Tris, Tris! ¿Qué haré ahora?

—Nada puede usted hacer sino callar. Ya ha terminado, y pasó. El bravo muchacho ha desaparecido; nuestras lamentaciones no podrán volverlo a la vida.

—¿De qué murió, Harry?

—Creo que de una caída. Se había arrastrado a su cueva —dijo El Chato, cuya voz tenía algo de estremecimiento—. ¡Era un agujero húmedo y frío! ¡Vaya un hombre duro para soportar tanto por sus principios! Hice todo cuanto pude para que se uniera a nosotros, pero no quiso ceder. Y, sin embargo, cuando lo hallé en ese lugar, comprendí que había tenido razón. Fué hacia su Hacedor con la conciencia tranquila. ¡Otra cosa será conmigo cuando me llegue la hora!

Walter estaba apoyado en uno de los árboles. Las palabras le salieron lentamente de la boca.

—Proyectaba salir antes de que amaneciera a llevarle las cosas que más necesitaba.

—Debió usted hacerlo antes. Puedo asegurarle que necesitaba muchas cosas.

—Me aconsejó que no volviera antes. ¡Y no es que quiera consolarme con eso! —exclamó Walter, culpándose furiosamente a sí mismo.

—Quizá todo haya sido para mejor —dijo Harry suspirando profundamente—. Pero duele verlo morir tan joven. Necesitaremos hombres como Tristram Griffen.

—¿Puedo hacer algo ahora?

—Nada puede usted hacer. Ahora tengo que irme. Tengo que recorrer diez leguas antes del amanecer.

—¿Qué hizo usted con el cuerpo?

—Lo envolví en su capa y lo cubrí con tierra y piedras. Hice un gran montón para que las bestias no puedan llegar a él. Allí descansará bastante bien hasta que podamos encontrarle una sepultura decente. Quizá signifique algo para usted el hecho de que haya trazado una palabra en las cenizas. Surg... surg... era algo así.

—¡Surgite! —exclamó Walter.

—Sí —dijo Harry el Chato—. Creo que era eso.

¡El grito de guerra de Oxford! Después de un rato de tensión, Walter dijo en apagado murmullo:

—Ahora sé lo que pensaba cuando murió. Estaba pensando en el día que vendrá. Quizá también estuviera recordando lo pasado... ¡y consolándose con él!

—Me voy, Walter de Gurnie. No es probable que vuelva a verme.

—Ha sido usted más que bueno en venir a decírmelo, Harry.

—Era usted su mejor amigo. No podía hacer otra cosa.

Harry el Chato abandonó su lugar contra el árbol y se sumió en la oscuridad. Antes de que Walter pudiera resolverse a volver a la casa, la sombra del extabernero se deslizó hacia él.

—Ese atado del que hablaba usted —murmuró—, podría utilizarlo muy bien yo. ¿Querría usted tirármelo por sobre la empalizada?

—Sígame hasta la casa. Se lo traeré.

—Nos va bastante bien. Pero la vida es dura, Walter de Gurnie, y llena de

penurias. ¿Hay azúcar entre las cosas?

—Sí, hay azúcar. Tris me la pidió especialmente.

Y el dolor que Walter había estado conteniendo no pudo ya dominarse.

—¡Tris, Tris! —exclamó el muchacho—. ¡Así tenía que terminar todo! ¡Todo ha salido mal!

Tragó saliva, y, cuando volvió a hablar, fué en tono más bajo:

—Vivimos juntos unos cinco años. Nadie tuvo mejor amigo.

—Vendrán días mejores —dijo Harry el Chato—. No lo dude. ¡Si sólo hubiese vivido para dar una mano!

CAPÍTULO DÉCIMO SÉPTIMO. MARSELLA

I

Al atravesar la nueva birreme la brecha en la cadena que se extendía por el Gargata y entrado en el puerto de Marsella con el pabellón del León Alado, que flotaba alegremente mientras la banda del buque tocaba una marcha triunfal, Maryam volvió a tener la certeza de que por último había llegado a destino. La bulliciosa ciudad que rodeaba al cerrado puerto se ajustaba más que Venecia a la descripción de Walter. La gente era de piel blanca, y mucha tenía cabello y barba rubios y hasta ojos azules.

Se alegró de haber llegado al término de su largo viaje. Ya no le quedaban fuerzas para más. Desde que saliera de Venecia, apenas si había logrado reunir energías para salir de su camarote. La esperanza tantas veces postergada le había causado más daño que el cansancio y el intenso calor. El viaje había sido largo y lento; pues la birreme había tocado en todos los puertos de la costa de Italia y dos tremendas tormentas la habían inmovilizado por semanas enteras. El único consuelo de Maryam era que el aire de mar le había restituido la salud a su hijo. El niño crecía con rapidez y aprendía a hablar. Al volver de sus excursiones por las cubiertas con Mahmoud, charlaba con ella sobre todo cuanto había visto.

Pero no tardó mucho la muchacha en comprender que se había equivocado. Todos cuantos interpelaba en la calle con su eterna pregunta «¿Londres?», señalaban tierra adentro y hacia el norte, y con un amplio movimiento de brazo, lo cual indicaba además que la distancia era grande. A Londres, pues, sólo podría llegarse por medio de otro viaje por tierra. Al recordar los terribles meses que pasaran en los soleados caminos entre Aden y Alejandría se desanimó. ¿Alcanzarían sus fuerzas para efectuar otro viaje semejante?

Consiguió dos habitaciones en una posada entre La Tourette y el puerto de Carreria. Marsella era el centro de tránsito de los peregrinos al Oriente, y aquella posada, en particular, estaba llena de bronceados viajeros que regresaban a su patria, así como de entusiasmados neófitos que partían para Tierra Santa. El propietario, cosa extraña, era un hombre honrado; montón de piel y huesos, convencido de que él, Pierre Marchus, era vicario del Padre Celestial para cuidar a aquellos fanáticos viajeros. Se preocupaba infinitamente por hacer que los registraran, numeraran y que las cartas que recibían como pasaje hacia el este no les costaran demasiado. También ponía cuidado en que los que regresaban de Oriente no fueran explotados en el precio de las gruesas sandalias que necesitaban para las largas caminatas que les esperaban. Apartaba a los arpíos comerciantes que trataban de quitarles las reliquias o cosas de valor que trajeran de Oriente.

Una sola mirada al cansado grupillo bastó a Pierre Marchus para convencerle de que le había sido enviado por la mano de la Providencia.

Su primer cuidado fué de procurar medios de comunicación. Después de varios

esfuerzos inútiles, consiguió un mercader que farfullaba un poco el griego. El mercader escuchó la historia de Maryam con muchos escépticos meneos de cabeza.

—Londres —le dijo—, se halla lejos hacia el norte. Es una ciudad de pocos méritos y carente de todo encanto. La señora no la encontraría a su gusto.

—Es que mi marido está allí —protestó ella.

Como ya estaban lejos de Oriente, se había quitado el velo, y el mercader observó el delgado rostro de enormes ojos azules.

—Los maridos son cosa fácil de conseguir. La señora podría encontrar otro marido o un protector generoso sin necesidad de ir hasta la lejana y malsana ciudad de Londres.

Maryam no contestó.

—He visto a muchos ingleses en mi época —aseguró el mercader—. En mi opinión, no son buenos maridos. Su país, además, no puede recomendarse a una señora de buen gusto y salud incierta.

—Tengo un hijito que nunca ha visto a su padre, y mi mayor deseo es llegar a Londres mientras aún me queden fuerzas.

El mercader perdió entonces su interés en ella e informó a Pierre Marchus que aquella delgada mujer tenía la locura de ir a Londres. Era algo incomprensible, pero era así.

Pierre asintió, comprensivo.

—Evidentemente es una buena mujer —dijo—, tal que no puede ser apreciada por individuos como usted, señor mercader en cueros. Tengo que hacer por enviarla al norte con el primer grupo de viajeros.

Pero Maryam no salió con el primer grupo de viajeros. Había contraído una fiebre a bordo, y pronto se evidenció que iba a emprender un viaje mucho más largo, un viaje del que los hombres, a pesar de su profunda fe, lo ignoraban todo. Afortunadamente, había caído en manos de un hombre honrado. El digno Pierre se preocupó porque se le dispensaran todos los cuidados que necesitaba, aunque sin esperanzas de que viviera para pagárselos.

II

La enfermedad de Maryam fué una larga y turbulenta negrura en que viviera durante más de tres años de incesante viaje. Le obsesionaba en particular la época pasada en Amboyna, donde naciera su hijo. Los aromáticos olores que los recibieran al llegar a ese puerto exportador de especias siempre los asoció después con cierta intranquilidad, temor y dolores tan grandes que parecían insoportables. Mientras se revolvía gimiendo en su jergón en la posada de Marsella, volvía a vivirlo todo; el apresurado desembarque, la búsqueda de un lugar donde pudiera nacer el niño y la cariñosa mirada de la china que se ocupó de ella. Aquella china había sido muy charlatana, y los sueños de Maryam resonaban de sus chasquidos de lengua, que, por supuesto, no había podido comprender, y de las exclamaciones de triunfo al levantar en brazos el robusto niño ante los doloridos ojos de la madre. La mujer había insistido en hacer cosas curiosas, magnificadas y distorsionadas todas en aquella afiebrada mente. Maryam tuvo visiones de enormes bateas en que amarillentas manos revolvían regalos, todos grandes como los pilares del Gran Palacio Interior, en medio de los cuales se había colocado a su hijito en la creencia de que el primero en que pusiera los ojos mostraría qué clase de hombre estaba destinado a ser. Todas las gentes, en sus sueños, eran de tamaños gigantescos, mucho mayores aún que El Ave Que Empluma Su Nido, Lu Chung; sus rostros eran vagos y Maryam no podía asegurarse de si su expresión era benévola o maligna.

Poco a poco, aquellos fantásticos sueños se desvanecieron, y hubo intervalos en que tenía conciencia de yacer en su angosto jergón, en un cuarto de frescas persianas de hierro. Tenía también conciencia de unas sombras que iban y venían; de Mahmoud, que la miraba con ojos llenos de ansiedad y de un hombrecillo de nariz ganchuda y expresión muy amable. Estaba tan débil que no tenía voluntad siquiera para mover un dedo, y su mente sólo era capaz de abrigar cierta ansiedad por el estado de su hijo. Miraba los cálidos rayos del sol que se filtraban por las persianas y no abrigaba dudas de que por fin había llegado a una tierra acogedora y hospitalaria.

En uno de aquellos intervalos, percibió un ruido que nunca parecía cesar. Era algo suave y muy lejano, y en un primer momento no le hizo caso. Poco a poco, sin embargo, aquel sonido se abrió paso a su conciencia. Era un ruido de llanto, y Maryam se dió cuenta de que provenía de su hijo. El llanto no parecía de alarma ni debido a dolor físico ni terror. Era más bien un lloro desesperanzado que proseguía sin cesar. La muchacha hizo un esfuerzo por sentarse, aunque el movimiento hizo que las persianas se pusieran a bailar a su alrededor con tremenda velocidad.

Se sintió alarmada. Algo había ocurrido que impresionaba profundamente al niño. ¿Acaso estaría por enfermarse, que lloraba tan seguido? Tenía que averiguarlo en seguida. Se dejó deslizar de la cama al suelo y se arrastró en un supremo esfuerzo

debido exclusivamente a su voluntad.

Después de llegar a la puerta, miró a la otra habitación. Por entonces ya las paredes estaban bailando a su alrededor, y le fué difícil ver con claridad. Por último pudo distinguir la figura de su hijo, arrodillado en el suelo. Seguía vistiéndola túnica que ella le hiciera con el Vestido de los Dieciséis Veranos, aunque ya le quedaba chica, y ese hecho hacía más patética la tarea en que estaba empeñado. Sollozando suavemente, se hallaba arrodillado ante el inerte perro Chi, tratando con un abanico de alejar a las moscas que revoloteaban a su alrededor.

—¡Walter! —murmuró ella débilmente.

El niño volvió hacia ella su rostro surcado de lágrimas.

—¡Mamá! —exclamó el chico sollozando—. ¡Mira, Chi está enfermo también!

Maryam comprobó que la enfermedad de Chi era cosa del pasado. El diminuto cuerpo del animal estaba ya rígido, y un brillo de pescado resplandecía en su fija mirada.

—No te lo tomes tan a pecho, hijo mío —dijo—. Ven con tu madre.

—¡No, no! —gritó el chico, que siguió abanicando al animal—. Chi está enfermo. Chi necesita de Walter.

Maryam logró sentarse. La tensión fué tan grande que por un rato no pudo hablar. Entre tanto, el muchachito se había puesto a sollozar con mayor violencia, como si de pronto se hubiera dado cuenta de la verdad.

—Chi está muerto —dijo Maryam en un murmullo—. Tienes que resignarte, hijo mío. Los perrillos no viven mucho. Te compraré otro perro, un perro muy grande, Walter. Podrás andar montado en él como en un elefante. Vamos, no llores más.

El niño miró a su alrededor al oír aludir a un perro grande, pero la tregua de su llanto fué breve. Volvieron a correrle las lágrimas, y reanudó su tarea de abanicar al perrillo desesperadamente.

—¡Pobre niño! —se dijo Maryam.

La aguda impresión que sintiera al darse cuenta de que Chi estaba muerto, le hizo comprender la intensidad con que su hijo sentía la pérdida de su favorito. Cada día Walter había parecido más apegado al animal. Lo llevaba a todas partes y le hablaba en un lenguaje propio, que no obstante parecía tener bastante cohesión, pues en sus frases se repetían muchas veces varias palabras extrañas. Hasta insistía en peinarle el largo pelo castaño, no con muy buen éxito, a decir verdad, diciendo:

—Chi debe estar hermoso. Tiene que estar muy hermoso.

Maryam lo había oído a menudo murmurarle al perro palabras cariñosas mientras ambos se hallaban en cama.

—¡Pobrecillo hijo mío! ¡Qué solo se siente! —murmuró—. ¿Por qué hubo de ocurrirle esto ahora? ¿Por qué no habrá podido conservar su perro hasta llegar a Londres y poder vivir como los demás chiquillos?

En ese momento oyó que Mahmoud entraba de puntillas en la habitación. Fué suerte que llegara, porque las escasas fuerzas de la muchacha se habían agotado. Y de pronto se desvaneció.

Tardó algún tiempo en recobrar conciencia. Se sentía más débil que nunca, como era de esperarse, y pasó mucho tiempo antes de poder ver y oír cuanto ocurría. Entonces se dió cuenta de que había transcurrido un largo lapso. El sol no brillaba ya en las ventanas, y las persianas habían sido abiertas para permitir la entrada de más aire. La habitación parecía estar llena de gente. Mahmoud se hallaba presente, así como el bondadoso posadero y el mercader en cueros. Al rato advirtió que había otra persona más, un hombre muy corpulento vestido con la grisácea túnica de los peregrinos y de enorme rostro redondo. En un primer momento, aquel rostro se le antojó un mirasol, tan redonda era la cabeza de aquel otoñal visitante, con una barba rojiza que acentuaba aún más el parecido. Su hijo se hallaba solemnemente sentado en un rincón. Ya no lloraba, aunque la mirada que mantenía fija en ella todavía era triste.

Maryam oyó una cavernosa voz que salía de los gruesos labios del desconocido. Hablaba en francés, de modo que la muchacha no comprendió lo que decía.

—Digo que estaban amontonados en forma vergonzosa. No se les había destinado el espacio que señala la ley —declaró—. No serán muchos los de ese barco que lleguen a ver Tierra Santa —exclamó con vehemencia—, pues muchos más estaban aguardando en el muelle con sus pasajes en la mano.

—Siempre es lo mismo —suspiró Pierre—. Tratamos de evitar que se aprovechen de ellos. Pero ¡esos capitanes! Son vulgares piratas.

—He estado dos veces en Jerusalén —prosiguió el peregrino—. En ambas oportunidades he visto cosas que le harían helar la sangre en las venas. Esa pobre gente muere como moscas. Claro está que buscan la salvación eterna y que cuanto más sufran, tanto más seguros podrán estar de que las sagradas puertas se abrirán para ellos. Quizá sea voluntad de Dios que sufran de ese modo.

Y se arregló la grisácea túnica.

—¡Qué contento estaré al volver a mirar los acantilados de Dover! Así habrán terminado mis viajes.

—Es usted inglés —dijo el posadero—, y ése es el motivo por el cual le pedí que viniera. Esta enferma desea ir a Londres. Quizá nunca pueda hacerlo por sí pero el niño hay que enviárselo a su padre, que es inglés. Creí que podría convencer a usted de que esperara a que el Señor resolviera qué hacer con ella. Mi conciencia estaría mucho más tranquila si se la llevara usted consigo, o, por lo menos, al niño.

Hizo una pausa y suspiró.

—Nunca me propuse ver el Santo Sepulcro, y sólo en pequeñas cosas como ésta puede esperar Pierre Marchus obtener la gracia.

La palabra «inglés» se le grabó a Maryam en la imaginación.

«Este peregrino es de Londres —se dijo para sí—, y quizá quiera ayudarnos».

E hizo una seña para que Mahmoud se acercara al jergón. Cuando el muchacho hubo obedecido, Maryam le indicó con débil gesto que descosiera el forro de su túnica, que estaba a los pies de la cama. Los exploradores dedos del muchacho no hallaron sino una perla muy pequeña, el último de sus cuidadosamente conservados recursos.

—Por favor —le dijo al mercader en cueros—. Esto es todo cuanto tengo. ¿Bastará para llevar a mi hijo y mi criado hasta Londres?

El mercader cogió la perla y se la puso en la palma de la mano, donde la estudió con astuta mirada. Luego, después de traducir lo que ella dijera, se la pasó al posadero.

—Tenemos que ocuparnos de que se pague un precio justo por esto —dijo Pierre Marchus con algo de vacilación en el tono—. Si lo conseguimos, puede que alcance para los tres. Pero tendremos que regatear mucho.

—Dios proveerá —dijo el peregrino.

El mercader le tradujo a Maryam cuanto se había dicho, y la muchacha soltó un suspiro de alivio. Había estado escrutándole el rostro al peregrino, y le pareció poder leer en él una gran bondad y voluntad de ayudarla.

—Dícales —murmuró—, que yo no espero ir. Me siento muy débil. No importa por mí, pero a mi hijo hay que llevarlo a su padre. Su padre es un hombre alto y pertenece a una gran familia. Se llama Walter de Gurnie. No vive en Londres, pero nada más puedo decirles a ustedes acerca de él. Pídanle al buen peregrino que se ocupe de que mi hijo llegue a Londres sano y salvo.

Y Maryam sintió que volvía a perder el conocimiento.

«Todo será para mejor —pensó—. Mi Walter no querrá tener una esposa que nada sabe de su forma de vida y que representaría muchas molestias para él. Quizá... Quizá, ya lo haya comprendido y se haya resignado a tomar las cosas tales como están. Mi hijo puede ser educado como cualquier niño inglés. Pronto no se acordará ya de mí. Mucho he sufrido por tratar de hallar a mi Walter, pero... quizá sea mejor así».

CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO. EL CASTILLO DE LEEDS

I

Durante tres horas había proseguido la conversación sin pausa ni interrupción, y muy pocas veces las serias miradas del Rey se apartaron del semblante de Walter. Había hecho muchas preguntas.

El interés del monarca se concentraba especialmente en la narración de la guerra y sus consecuencias, aunque también insistió en escuchar todo lo relativo a Maryam y su casamiento.

—Nunca, por mi honor, he oído un relato más romántico —declaró al terminar la narración—. Nada en Tancredo ni Arturo de Bretaña puede igualarlo. La Reina tiene que oír su historia del mismo modo que me la ha contado usted a mí. Es lástima que el final no pueda ser feliz, pues mi querida esposa es partidaria de la unión de los corazones enamorados en el cariño eterno. Sin embargo, como la esposa de usted está tan lejos, quizá sea para bien que el lazo pueda ser fácilmente cortado.

—La separación, señor, me ha causado mucha desesperación espiritual.

—Pero es definitiva, y ya se resignará usted —contestó el Rey con un movimiento de cabeza—. Mi consejo es que se busque usted otra esposa, de pura sangre inglesa. Un hombre tan prometedor puede tener muchos hijos e hijas hermosos. No me gustaría que se empeñara usted en seguir solo.

Y el Rey volvió a preguntar sobre lo ocurrido en Kinsai.

—¡Las dos aves de plumaje dorado! ¡Vaya una aventura, Walter de Gurnie! ¡Difícil de creer, si no hubiese tanta prueba de ella! Ésta, por ejemplo —añadió señalando el anillo de esmeralda que Walter le ofreciera inmediatamente al ser introducido y que reposaba sobre un almohadón de terciopelo bordado con las armas reales—. Esta alhaja es claramente de hechura oriental. Pero me refiero en particular al cúmulo de detalles auténticos que ha presentado usted. He escuchado con la mayor atención tratando de hallar alguna falla en su maravilloso relato, para sorprenderle a usted en alguna contradicción. ¡Por mi honor que eso no ha ocurrido! Su relato concuerda en un todo con la misma continuidad que una trama de mallas siciliana.

—No he inventado un solo detalle, señor.

—De eso estoy perfectamente convencido.

Se hallaban en un salón privado del castillo de Leeds, la más hermosa de todas las residencias reales. Era, sin embargo, un departamento sencillo con muebles de roble y en el que nada indicaba que allí cenaba la realeza, salvo las armas de Inglaterra que estaban esculpidas sobre el hogar y el trinchante de cinco anaqueles con un armario en su parte alta y que tenía la forma de torre de tres ringleras. Las paredes estaban pintadas de alegre color verde y no tenían colgadura alguna, de modo que la luz del sol entraba generosamente por los vitrales. Los sillones y la mesa eran de una sencillez monástica.

Las vestiduras del Rey eran de una simplicidad que hacía juego con aquella sala; un sobrepelliz sin mangas que le llegaba hasta las rodillas y ostentaba en el pecho la roja Cruz de las Cruzadas, y calzas grises que se le ajustaban sin una arruga a las largas piernas. Su calzado era de sencillo fieltro gris sin adorno alguno. La única concesión a la grandeza era un enorme topacio que le colgaba del cuello engarzado en una cadena.

—Lo que más me impresionó del relato —prosiguió el Soberano— fué el uso de los tubos de hierro que vomitaban fuego contra la flota china. ¡Poderosa arma para una batalla!

Los rodeaba un grupo de miembros de la casa real. Uno de ellos, joven cortesano cuya túnica de brocado carmesí contrastaba con el sencillamente vestido monarca, meneó la cabeza.

—¿Me será permitido decir, mi señor y rey, que tengo muchas dudas acerca de esos fabulosos instrumentos? —interrumpió—. ¿No serían dragones lo que vió nuestro viajero? Bien sabido es que las tierras del Cathay están llenas de dragones que consumen ciudades enteras con el fuego que escupen.

Algunos de los otros asintieron. El Rey miró a Walter dándole una silenciosa orden para que contestara. Y el muchacho recogió en seguida el guante.

—Inglaterra sólo difiere del Cathay en sus costumbres, modos de vivir y el color de nuestra piel —dijo—. ¿Alguien ha encontrado algún dragón en el camino a Cheringe? Los dragones sólo existen en la imaginación de los poetas. Pero —exclamó con vigor—, ¡he visto a los *Hua P'ao* con mis propios ojos! He visto a los buques chinos hundirse en llamas. He estudiado los tubos cuidadosamente y puedo explicar cómo están hechos. Sólo espero que los mongoles no los usen contra nosotros cuando Bayan el de los Cien Ojos haya terminado con el país de los Manji.

El mismo cortesano escéptico volvió a expresar su disentimiento con ruidosa carcajada.

—Ese general pagano del cual parece usted tener tan alta opinión, parece estar seguro de que la conquista de Europa será un juego de niños. Pronto opinará de otro modo cuando haya probado el acero de los caballeros.

—Eres un tonto, Hal —dijo el Rey con impaciencia—. Yo, por lo pronto, no menosprecio el poder de los mongoles. Les causaron a los bravos caballeros de Europa una amarga derrota cuando invadieron Polonia y Hungría al mando de su sagaz Sabutai. Los he visto en acción, y cierto es que dominan el arte de la guerra.

Luego, meneando la cabeza, añadió:

—Pero no veo la urgencia de anticipar un ataque inminente. Por cuanto he oído hoy, el país de los Manji es muy extenso y rico. Tardarán años en pacificarlo e instalar su nuevo gobierno. Cuando aquello esté hecho, el apetito por la conquista quizá no corra con tanta fuerza por las venas de los mongoles. Nada aplaca tanto el

ardor marcial como el goce de los frutos de la victoria.

—Señor —dijo Walter—, quiero decirle que hay un gran inglés que conoce cuáles son los ingredientes que componen el extraño polvo que produce muerte y destrucción. Le oí mencionar su descubrimiento en una clase de Oxford antes de partir para el Cathay.

El Rey pareció impresionado.

—¿Se refiere usted al fraile Bacon? He oído hablar de sus actividades en Oxford. Los informes que tengo de él están lejos de ser favorables.

—¡Es el hombre más sabio del mundo! —exclamó Walter—. Predijo muchas de las cosas extrañas que yo vi en Cathay. ¡Apóyele Su Majestad en cuanto está tratando de hacer y cambiará toda esta forma de vida!

—Y ¿cree usted que sería bueno cambiar esta forma de vida?

Walter miró francamente al Rey a los ojos.

—Sí, señor —dijo—. La vida que los hombres llevan hoy necesita con urgencia un cambio.

—El fraile Bacon se ocupa de magia negra —interpuso uno de los cortesanos.

El rey Eduardo se movió, intranquilo, en su sillón.

—Me han llegado rumores. El fraile estuvo bien con el papa anterior, pero nuestro nuevo Santo Padre lo ve con malos ojos. Debido a eso ha sido encarcelado.

—Pero es súbdito inglés —protestó Walter—. Una palabra de Su Majestad, y los franciscanos lo soltaran. Ese gran hombre no debe seguir en un oscuro calabozo. Haga Su Majestad que pueda regresar a Inglaterra y él hará milagros que sumarán esplendor al nombre del Rey.

—La cosa no es tan sencilla como usted cree, Walter de Gurnie. Los miembros de las sagradas órdenes sólo están sujetos a la autoridad de sus superiores. El clero se molesta ante cualquier sombra de intervención del poder real y es capaz de armar un pestilente escándalo cuando se les molesta. ¿Acaso no sabe usted que su defensa del fraile Bacon lo pone a usted en peligro de excomuniación?

—Lo único que sé —declaró Walter—, es que la única luz clara y blanca del mundo está en peligro de apagarse.

Entró un criado con una enorme jarra de vino. El Rey lo alejó con el gesto, pero los miembros de su comitiva no eran igualmente abstemios. Aceptaron que volvieran a llenárseles las copas, y, mientras bebían, siguieron escuchando con el mayor interés. Al darse cuenta de su falta de cordialidad por el giro que había adquirido la conversación, el Rey se puso de pie. Llamó aparte a Walter y lo llevó ante una ventana.

—No necesito decir a usted que vivimos en una época en que se resiste a todo proyecto de cambios —dijo en voz baja—. Ninguno de esos solemnes funcionarios míos tiene sino desaprobación por las nuevas leyes que estoy dictando. En lo más

profundo de sí mismos piensan mal de mí, aun cuando me sonrían y me den azucaradas contestaciones.

Y la voz del soberano se convirtió en un murmullo.

—Usted me ha hecho concebir nuevas ideas, atrevido viajero por mundos desconocidos. Los cambios han de realizarse poco a poco, y no debe usted esperar milagros. Pero estoy dispuesto a contemplar más de cerca las posibilidades del futuro.

Desde donde se hallaban, miraron una pared de rocas que rodeaba a las aguas de un pequeño lago que servía de foso. Al otro lado del lago se extendían las verdes colinas de Kent a la luz de los últimos rayos del sol. Era un marco perfecto para ese hermoso hogar que Eduardo acababa de regalar a la Reina.

—Inglaterra es una tierra de gran belleza —dijo el Rey con voz conmovida.

Walter había advertido que el monarca hablaba el inglés con un leve acento extranjero, pero no había duda de la sinceridad de su apego a Inglaterra, país que sus antepasados normandos habían conquistado y gobernado con tanta severidad.

—He vivido mucho en el extranjero, demasiado, a lo que veo, pero siempre que regreso a esta verde isla pienso en lo bondadoso que ha sido Dios al crearla. Sólo hay una cosa mala en Inglaterra, Walter de Gurnie, y es la actitud de esos bribones de sangre noble que están bebiendo su vino a nuestras espaldas. Le aseguro que encontraré un modo de sacarlos de su apatía y egoísmo.

Después de una larga pausa durante la cual la mirada del Rey siguió contemplando las boscosas tierras al otro lado del lago, el soberano se volvió.

—Y ahora he de decirle que de usted también tengo informes desfavorables. Usted tenía mala opinión de mi antes de salir de viaje. Le repugnaba la idea de ponerse a mi servicio.

Walter vaciló.

—Opinaba que me habían hecho una gran injusticia —dijo por fin—. La bastardía es mal vista por casi todos, pero mi carencia de nombre ha sido siempre para mí como un latigazo en carne viva. Era joven y me dolía ser entregado, en cuerpo y alma, como un villano, con una placa de hierro al cuello.

—¿Y ahora qué piensa usted al respecto? —le preguntó el Rey, observándolo detenidamente.

—Estoy seguro, señor, que es usted el verdadero rey inglés que tanto hemos necesitado. Las cosas que dije a la ligera me pesan en la conciencia, pues ahora sé lo equivocado que estaba. Muy feliz sería de tener oportunidad de demostrar lo mucho que he cambiado.

—Pues tendrá usted esa oportunidad —dijo el soberano con un movimiento de cabeza—. Necesito a mi alrededor gente como usted, hombres que no temen emprender nuevas y temerarias aventuras. Soy muy partidario de las leyes de la caballería, pero he de decirle que lo que está usted haciendo ahora, esa fabricación de

papel, podrá tener más valor en mi reino que todas las hazañas de empresa caballeresca que estos individuos sueñen realizar. En cuanto a la falta de nombre, que parece preocuparle, hay un remedio.

Se volvió y gritó:

—¡Hal, mi espada!

El joven cortesano tomó la espada real de la mesa sobre la cual estaba, al lado del hogar, y se la llevó al Rey.

—¡Arrodíllate, Walter de Gurnie! —dijo Eduardo.

Walter obedeció atontado por un torbellino de emoción tal que sus rodillas dieron con fuerza en el piso de piedra. Aquello sólo podía significar una cosa. La posibilidad de semejante recompensa nunca se le había ocurrido. ¿Sería un sueño?

No era un sueño. Rodeado de deslumbrante felicidad sintió el leve espaldarazo y oyó la voz del Rey, que decía:

—Has demostrado ser hombre de gran valor, y, lo cual estimo del mismo modo, de visión y de propósitos. Me complazco en armarte caballero. ¡Levántate, *sir* Walter Fitzrauf!

II

—¡Por fin tenía nombre! No era ya el Walter, bastardo de Gurnie, receptáculo de bromas y blanco de las malas lenguas; era *sir* Walter Fitzrauf, armado caballero por la mano del Rey en persona y dedicado al servicio de aquel esclarecido monarca. Cierto que el recién adquirido prefijo era normando, aunque era también una de las palabras que el uso general estaba mezclando en el lenguaje vulgar, y Walter apenas si dudaba de que hasta su abuelo, de haber estado vivo, hubiera pensado dos veces en ello.

Walter salió de Gloriette, como se llamaba la pequeña parte del castillo en que el real matrimonio tenía sus departamentos privados, y atravesó el puente levadizo hacia la parte principal. Estaba tan excitado a fuerza de entusiasmo, que apenas si prestó atención a la belleza que le rodeaba.

Sin embargo, no pudo evitar verla al poner los pies en el verde césped de la isla exterior. Rodeado por un almenado muro de *enceinte* y cinco imponentes torres, aquel espacio era llamado patio interior. El nombre parecía extraño, pues su aspecto general era el de un amplio jardín con extensiones de césped y muchos árboles y arbustos. Ya los criados estaban colocando antorchas encendidas ante la inminencia del anochecer, e instalando afuera mesas portátiles para la cena. El hermoso tiempo de otoño había atraído a la corte de Londres, y el comedor de Gloriette era demasiado exiguo para dar cabida a tanta gente. La comida iba a servirse afuera.

El patio estaba lleno de hombres vestidos con ricas hopalandas, acompañados por sus esposas, envueltas en ropas de los más vivos colores. Un rumor de voces le llegó a Walter a los oídos al bajar del puente levadizo, y salió de su agradable ensueño para mirar a su alrededor con renovado interés.

«Ésta es la corte de Inglaterra —pensó—, y por extraño que parezca, pertenezco a ella».

Echó a andar por el césped; inconscientemente su paso adquirió mayor seguridad y anduvo con la cabeza un tanto más erguida. Ya podía mirar a todos a la cara sin sentirse inferior. Aquello era a la vez agradable y estimulante, y se sorprendió gozando de sus nueva sensación de igualdad. Atravesó los jardines y estaba por regresar cuando alguien lo llamó:

—Si mi señor me lo permite.

Era la doncella de Engaine, muchacha de ojos oscuros. Hizo una reverencia y dijo:

—Mi ama quisiera conversar con usted.

—¿Dónde está?

—Si mi señor quiere seguirme, le mostraré el camino.

Engaine tenía un departamento en una de las torres, del mismo tamaño que el que le había sido asignado a él, aunque totalmente diferente desde otro punto de vista. La

muchacha poseía el don de transformar rápidamente sus habitaciones, y hacer que parecieran tener parte de su personalidad. No había en aquella estancia paredes oscuras de piedra ni sencillez de utilidad pura. Brillantes colgaduras y una multiplicidad de pequeños objetos transformaban aquellas habitaciones en una agradable habitación de mujer. Walter percibió en seguida el incitante perfume en la atmósfera.

Engaine estaba sentada al lado de una ventana en ochava, y la luz le daba en el cabello bajo su redecilla de oro. Le rodeaba la garganta un lazo azul, con nudos a cada lado. Un brillo en la mirada le dió la bienvenida.

—Hace mucho que he estado esperándote —dijo con tono de reproche—. Tengo entendido que llegaste en las primeras horas de la tarde, pero te quedaste de riguroso encierro. ¿Dónde has estado?

—En audiencia con el Rey —contestó el muchacho, que reventaba casi de las ganas de contar sus noticias, aunque resolvió reservárselas para saborear un poco más el placer de la sorpresa.

—Por favor, siéntate, Walter. Tengo muchas cosas que decirte.

La joven se había sentado en un rincón cerca de la puerta, para cubrir las apariencias, sin duda, y la única silla que quedaba libre estaba cubierta de prendas femeninas de uso íntimo. Walter la miró, vacilante.

Son unas ropas mías —dijo Engaine, riéndose—. Blanche, desprolija, quita en seguida esas cosas de ahí.

—Pero hace ya cuatro horas que llegaste —prosiguió una vez que la doncella hubo quitado las ropas y Walter estuvo sentado—. ¿Todo ese tiempo has estado con el Rey?

Walter asintió:

—Hasta el último minuto. Tenía mucho que decirle, y él pareció interesarse por mi relato.

—Bueno —dijo Engaine haciéndole una reverencia de juguetona cortesía—, has sido muy honrado por cierto. ¡Su Majestad ha debido dejarse envolver por tu elocuencia, oh gran viajero!

—Sólo hablamos de eso. Se mostró el interlocutor más atento que haya tenido en mi vida. Alguna vez, quizá, te guste oír algo más sobre el Cathay. Me veo obligado a decirte que tu interés por él ha sido desilusionadoramente escaso.

Engaine sonrió.

—Me parece recordar que he demostrado, digamos, un vivo interés por una faz de tus viajes, mi buen Walter. Y tú, también lo recuerdo, te mostrabas más bien reacio a contarme todo cuanto yo deseaba saber.

Walter cambió de posición en su silla.

—El interés del Rey se refería a asuntos de guerra y de política oriental —dijo.

—Y en eso no tengo yo interés alguno —replicó la muchacha inclinándose hacia adelante—. ¡Cuánto se ha hablado de ti! Todos tenían ganas de ver al hombre que fué hasta los confines del mundo. Los que te vieron llegar hicieron las descripciones más brillantes de tu aspecto, y todas las damas de la corte estaban locas por el alto y apuesto desconocido. Tendré que mostrarme muy firme para conservar para mí, parte de tus atenciones.

Walter, que comprendía que la muchacha tenía algo que decirle, siguió sin soltar sus noticias. Tena el espíritu tan lleno de ellas, que le era necesario esforzarse por no pensar en sus agradables especulaciones mientras hablaba.

—El oro ha sido hallado —murmuró ella—, y las arcas de Bulaire están llenas a más no poder.

—Estaba empezando a creer que aquel tesoro oculto no existía. ¿Dónde lo encontraste?

—¿Te dije que la madre de Edmond se negaba a que sacaran el ataúd de la capilla? A nadie se le ocurrió moverlo cuando buscábamos tan minuciosamente. Pero allí estaba, en una bolsa de tela.

Y la muchacha sonrió radiante.

—¡Qué pareja de avaros! ¡Soy rica, rica! O al menos lo es mi hijo, lo cual viene a ser lo mismo, pues tengo que sujetar los cordones de la bolsa durante mucho tiempo. Un poco de ese oro viene de Tressling, de modo que tengo derecho a considerarlo en parte mío.

—Veo que ya estás haciendo proyectos —dijo Walter.

Engaine volvió a inclinarse en su silla e hizo una entusiasmada señal de asentimiento.

—Soy ambiciosa —dijo—. Quiero que Lessford sea una de las grandes casas de Inglaterra. Cuando mi hijo sea grande, tiene que ser tan poderoso como son hoy los condes de Gloucester, Hereford y Arundel. ¿No te parece que es un laudable deseo?

—Es propósito del Rey reducir el poder de los barones, no aumentarlo.

La muchacha hizo un gesto.

—No ignoro esas cosas, y dudo de que el Rey pueda hacer mucho para dominarnos. Siempre hubo nobles fuertes, y estoy segura de que siempre, los ha de haber. Tengo que poseer una casa en Londres —prosiguió—. No es ya aconsejable seguir viviendo continuamente en Bulaire, como lo obligaba a hacer la avaricia de Edmond. Hay que hacerse ver en la corte.

Estaba hablando con renovado entusiasmo, aunque en voz lo bastante baja para que la doncella no pudiera oírla. El dinero no podía aplicarse a mejor propósito que el de construir una casa. Como es natural, deberá dar al Támesis y estar situada tan cerca de Durham House como sea posible. Tendrá que haber jardines que lleguen hasta el río.

Walter no estaba de acuerdo con sus ideas acerca del futuro, pero no podía comprender por qué no debía hacer la muchacha su gusto. Se adaptaba muy bien a la vida de corte, y sería mucho más feliz en su casa de Londres que en Bulaire. Lo futuro ya arreglaría las cosas, o, más bien el Rey.

—Tiene que haber un desembarcadero de escalones de mármol y una barcaza muy grande de colorido toldo. Es muy agradable recorrer el río de un lado a otro con músicos que toquen trompetas mientras la tripulación rema a toda velocidad. Estoy segura de que estarás pensando que soy una pródiga y una manirrota —dijo de pronto, mirándolo con repentina desconfianza—. Pero todo eso no tiene más que un solo propósito, Walter. No soy gastadora, y no creo ser demasiado frívola. El aparato desempeña un gran papel en el poder de un barón. Y, como dije antes, soy muy ambiciosa.

—Y ahora —dijo él cuando una pausa hubo indicado que había terminado la serie de las confidencias de Engaine—, yo soy quien tengo que decirte algo.

La muchacha se reclinó contra el respaldo de su sillón para apartar las colgaduras de la cortina.

—Está oscureciendo, mas no tanto que no pueda ver el brillo de tus ojos, Walter. Sé que es algo importante lo que tienes que decirme. Vamos, estoy impaciente.

—¡Por fin tengo nombre, Engaine, y me pregunto si te gusta cómo suena! ¡*Sir* Walter Fitzrauf!

—¿*Sir* Walter Fitzrauf?

A la joven le brillaron los ojos al repetirlo.

—¡Te han armado caballero! ¡Tan pronto, Walter! Es la mejor de las noticias. ¡Me siento tan feliz que tengo ganas de llorar!

—El Rey me armó caballero después de nuestra conversación. Desde entonces, apenas si mis pies han tocado el suelo. Hay momentos en que mi razón se niega a creer en mi buena suerte.

Ambos estaban inclinados hacia adelante, por entonces, juntas las cabezas.

—¿Significa eso que entrarás al servicio del Rey? —preguntó Engaine, pensativa—. Quizá seas el que logre el poder que he soñado. Su majestad el Rey debe haberte tomado mucha simpatía, Walter. ¿Vivirás siempre en la corte?

El joven hizo una señal negativa.

—No, no se ha hablado de eso. Tengo mucho trabajo en Gurnie.

—Pero seguramente has de abandonarlo ahora. No es... propio de un caballero. No se me ocurre que puedas seguir fabricando papel.

—El Rey considera que lo que estoy haciendo es muy importante. No abandonaré eso en ningún caso. Estoy seguro de que en toda Inglaterra se hará pronto papel.

—Deja que lo hagan otros, Walter.

Siguió una pausa. Walter acercó su silla a la de ella.

—Ahora puedo empezar a proyectar lo futuro —dijo—. No me sentía libre de pensar en nada hasta no tener un nombre mío.

Engaine llamó a la muchacha:

—Blanche, está muy oscuro. Trae en seguida unas velas.

Cuando la doncella hubo salido del cuarto, Engaine preguntó:

—¿No has hecho planes hasta ahora? ¿Nada tienes que decirme?

Meneó la cabeza, exasperada al parecer. Luego le puso ambas manos sobre los hombros.

—¡Bésame tonto! —murmuró.

III

A la mañana siguiente, Walter fué llamado a Gloriette para otra audiencia. Eran las nueve, la hora tercera, cuando llegó, y le intrigó la actividad de los criados de palacio. Estaban sacando todas las colgaduras y tapicerías y empaquetándolas. Al mirar la capilla, vió que los Vitrales ya habían sido quitados de las ventanas y que los cubrían con paja después de guardarlos en cajones especiales para que esperaran la próxima llegada de los reales amos. La corte, evidentemente, estaba preparándose a partir.

El Rey estaba sentado frente al hogar, y la reina Eleonor se hallaba a su lado, tan juntos los sillones de ambos que le hicieron recordar a Walter los tórtolos que Maryam tenía en Kinsai. El amor del Rey por su esposa se comentaba en toda Inglaterra, pues la constancia era cualidad rara entre los monarcas, aunque si se observaba la hermosa y amplia frente y los dulces ojos de la reina, no era difícil comprender. Era encantadora, aunque su belleza residía principalmente en su suavidad. Llevaba el cuello desnudo —su única vanidad, pues era delgado y blanco—, y usaba el cabello suelto sobre los hombros. Sus rasgos eran delicados, y sus movimientos, graciosos e infinitamente conquistadores.

Sobre la mesa que había ante el Rey se amontonaban innumerables documentos, que el monarca miraba con desanimados ojos al entrar Walter. La Reina estaba tomando su desayuno con tal falta de ceremonia, que su visitante se quedó asombrado. No había criados, en el cuarto aunque podía verse la atenta cabeza de una muchacha por una puerta entreabierta. La comida consistía en unos bollos y un vaso de leche, y la Reina estaba comiendo con mucha delicadeza utilizando un instrumento de cuatro puntas muy extraño. Aquello, como lo iba a aprender Walter con posterioridad, se llamaba tenedor, y era una de las innovaciones que trajera la Reina, de España.

El Rey hizo de lado a los documentos y llamó a un funcionario que esperaba órdenes, de pie en un rincón.

—Quita esto de aquí. Tengo asuntos más importantes que atender.

El funcionario recogió los documentos y se retiró.

El Rey hizo entonces a Walter una cortés inclinación de cabeza.

—Perdóneme esta llamada tan temprana —dijo—. Hoy salimos de viaje como ya habrá advertido, sin duda. Se dirá que proseguimos nuestra real gira, pero la verdad es que la necesidad nos arranca de este agradable hogar. Nos quedamos en un lugar hasta que se acaban los víveres, y luego nos vamos. No tengo dominio alguno capaz de dar de comer a mi hambrienta corte por más de quince días.

Y, volviéndose hacia la Reina, añadió:

—Te presento a *sir* Walter Fitzrauf, el gran viajero del cual has oído tan notables informes.

La reina Eleonor sonrió y le dió a Walter su mano a besar.

—Considero un gran placer conocer a un hombre tan atrevido y emprendedor —dijo.

Hablaba un francés normando, aunque con un acento suave que hacía que el idioma de la corte sonara más agradablemente aún al oído.

—Mi pequeña Estelle me señaló a *sir* Walter anoche —agregó, dirigiéndose al Rey—. Lo examiné bien, lo confieso. Tú y yo, mi señor y Rey, también hemos estado en Oriente y por eso sentí un interés especial. Mas no era yo sola. Vi cuán a menudo los ojos de todos se volvían en su dirección.

El Rey señaló un sillón cercano.

—No haga ceremonias —le dijo a Walter—. En realidad, debe usted sentarse. Poco nos gusta, a mi querida Reina y a mí, las cansadoras reverencias y cortesías que tenemos que soportar.

Cuando Walter se hubo sentado después de mucho vacilar en el sillón indicado, el monarca tocó en seguida el punto, motivo de la llamada.

—He estado informándome acerca de su gran Roger Bacon, y obteniendo una variedad de respuestas que me ha dejado perplejo. Parece creencia general que es aliado del demonio, y mis sobrios obispos ponen cara larga y dicen que está muy mal conceptuado en Roma. ¿Puedo susurrarle a usted al oído que eso no habla mucho en contra de él? He oído también mencionar algunos métodos de enseñanza que emplea, que parecen buenos. Dicen que puede producir un infierno de destrucción con salitre, lo cual debe ser el polvo inflamable del cual hablaba usted ayer. Estoy por mostrarme totalmente de acuerdo con usted —prosiguió—. Una mente tan temeraria y aventurera no debiera estar encerrada en la oscuridad. Sólo a usted he de decir lo siguiente: haré algunas gestiones y trataré de conseguir su libertad.

—Majestad, no puedo hallar palabras para expresar mi agradecimiento —dijo Walter con fervor—. Sólo he visto dos veces a Roger Bacon, y sin embargo estoy firmemente convencido de su valer. Será difícil dominar mi impaciencia hasta el día en que pueda hablarle de las cosas que he observado en el Cathay.

El Rey se rió.

—Entonces se sentirá usted impaciente por largo tiempo —dijo—. El transporte de cartas por mar tarda mucho. Quizá sea cosa de años. Pero puede usted estar seguro de que su milagroso fraile saldrá oportunamente de la oscuridad en que actualmente lo mantienen.

La reina Eleonor había terminado su desayuno. Metió las manos, que eran pequeñas y blancas, en una palangana con agua y las secó cuidadosamente. El Rey la observaba con tierna sonrisa.

Y de pronto se volvió.

—La región del país en que usted vive me ha causado muchas preocupaciones —

dijo a Walter—. Los villanos han demostrado un ánimo rebelde. No es que pueda echársele toda la culpa. La casa de Bulaire no ha reconocido la justicia del Rey, sino que parece resuelta a imponer su propia ley. ¡Eso ya no puede tolerarse más! —exclamó.

—Todos los hombres de buen criterio han estado esperando que Su Majestad interviniera, señor.

Eduardo le echó una mirada de aprobación.

—En Bulaire se necesita una mano firme para restaurar el orden y la justicia. Es muy deseable que la condesa vuelva a casarse. He oído ciertos comentarios, *sir* Walter. Me alegro de que se me presente esta oportunidad para decir que veo grandes ventajas en una unión de usted con *lady* Engaine.

—¡Eduardo! —exclamó la Reina con su suave y modulada voz;

—¿Qué, querida? —contestó el Rey, como si se sintiera algo culpable.

—Me hiciste una promesa, señor y Rey.

—No la olvido, reina querida.

—Sé que no la has olvidado —dijo la reina, que acababa de tomar un bordado, y con sus finos dedos empezaba a trabajar con hilo y aguja—. Pero es posible que te muestres un tanto apresurado al manifestar una aprobación que puede ser interpretada como una orden.

—El asunto no está en mis manos. La dama, por ser viuda, está en libertad de elegir a quien quiera. Estoy seguro, tesoro, de que convienes conmigo en las ventajas de semejante casamiento. Tienes buena opinión de la condesa.

—Es muy hermosa —contestó la reina con placidez.

Eduardo aguardó que prosiguiera. Al ver que su esposa no hacía mayor comentario, preguntó:

—¿Era eso lo que ibas a decir?

La Reina pareció absorberse por completo en su labor. Acercó su bordado a la luz y observó el trabajo a medio hacer.

—Es un proyecto hermoso —dijo pensativa— pero le veo ciertas fallas. Serán muy difíciles de corregir.

Y luego, mirando, contrita, a su real esposo, prosiguió:

—Perdóname, señor. ¿Me hablabas?

Eduardo soltó una fuerte carcajada.

—La reina de Inglaterra es incurablemente romántica —le dijo a Walter—. Se impresionó mucho por lo que le conté de la boda de usted con esa joven oriental. Le prometí que oiría toda la historia de boca de usted.

—Puede que me haya equivocado, mi amo y señor, pero había quedado entendido que oiría ese romántico relato antes de que se comentaran... otros asuntos —dijo la Reina, sonriendo a Walter por sobre el bordado en que ya estaban trabajando

activamente sus dedos—. Me gustaría mucho oír esa narración. ¿Habría acaso otra oportunidad mejor que la de ahora?

Eduardo se reclinó en su silla y estiró sus largas piernas.

—Puede usted comenzar, *sir* Walter —dijo con resignado tono.

A Walter se le trabó la lengua al empezar pero con ayuda de las preguntas de la soberana, empezó a hablar de la huida de Maryam, de la caravana de esclavos, del largo tiempo que pasara en su tienda como criado, y, por último, del curioso giro de los acontecimientos que volviera a unirlos. Se resistió a hablar de su vida en la Morada de la Felicidad Eterna, pero su real interrogadora no le permitió reserva alguna. Siguió animándolo para que contara su forma de vida en el palacio imperial y destacó lo felices y enamorados que habían sido. A la Reina se le había caído el bordado de las manos. Observaba a Walter con la mayor atención.

—¿Era tan hermosa?

—Sí, señora. Era de menor estatura que el término medio de las inglesas. Tenía el cabello muy oscuro, pero sus ojos eran azules, herencia de sus padre.

—No necesito preguntarle cuáles eran sus cualidades morales. Su valor y consistencia espiritual han hablado de por sí. Considero que esa historia es de lo más encantadora y romántica.

Y echó al Rey una rápida mirada de soslayo.

—¿No te parece, señor mío?

Eduardo asintió sin demostrar entusiasmo alguno. Entonces la Reina formuló la pregunta que evidentemente había querido hacer desde un principio.

—¿Y si algún milagro le trajera a su Maryam a Londres?

—Es mi esposa, señora.

—¿Se consideraría usted unido a ella? ¿No pensaría usted en conseguir que lo libertaran de ese lazo para casarse otra vez? ¿Más ventajosamente?

Antes de que Walter pudiera contestar, el Rey volvió a erguirse en su asiento y dijo, un poco fastidiado:

—Eres una abogada demasiado celosa, querida. ¡Con qué decisión te has puesto a echar a perder mis proyectos!

—Pero, Eduardo, yo tenía mis reservas en cuanto a tus planes —replicó la Reina, que había reanudado su labor—. Leí la respuesta a mi pregunta en sus jóvenes ojos de caballero.

Estás convencida de que debí empezar con este asunto por el otro lado. Bueno, Eleonor, será mejor que se lo diga ya.

Sí, Eduardo.

Había en los modales del Rey algo que evocaba a un escolar sorprendido en una travesura. Sin embargo, el monarca estiró la mano y palmoteó a su esposa en el brazo.

—¡Cuán firmemente crees en la firmeza del lazo matrimonial, Eleonor mía! Sin embargo, puede que tengas razón, como sueles tenerla. Ahora trataré de hacerme perdonar mi largo preámbulo.

El Rey se puso de pie y se acercó a Walter con largos pasos.

—Ha llegado a mis oídos una noticia muy extraña. Anoche llegó de Londres un correo con estos papeles y me trajo la noticia. Probablemente no tenga importancia alguna, y sea una mera coincidencia, pero es bueno que usted la sepa.

E hizo una pausa para sonreír a la Reina.

—Pero ante todo, la noticia. Hace tres días que una mujer ha sido vista continuamente en las calles de Londres. Camina de un lado a otro, pronunciando un nombre masculino. Parece que no sabe decir una sola palabra que nuestros buenos burgueses puedan comprender. Todo Londres no hace más que hablar de eso, y han llegado a seguirle verdaderas multitudes de ociosos.

Walter a su vez se había puesto en pie de un salto. Como un relámpago le pasaron por la mente las palabras de la reina: «¿Y si algún milagro le trajera a su Maryam a Londres?». ¿Podía ser que hubiese ocurrido el milagro? ¿Había llegado Maryam a Londres en su busca? Le parecía completamente imposible, aunque una gran esperanza le apresuraba los latidos del corazón.

—Majestad —tartamudeó—. ¿Hay algún indicio de que esa mujer provenga de Oriente?

—Así lo creen.

—Y ¿cuál es el nombre que pronuncia?

—Puede que en realidad sólo sea una coincidencia, aunque mi excelente esposa se siente inclinada a pensar de otro modo. El nombre es «Walter».

Walter sintió que lo abandonaba todo sentido de la etiqueta, y exclamó con exultante tono:

—¡Entonces es Maryam! ¡Estoy seguro! ¡Se ha operado el milagro! ¡Dios mío y St. Aidan, es cierto!

La Reina asintió con un movimiento de cabeza y le hizo una sonrisa que correspondía casi al entusiasmo de él.

—Yo también estoy segura. Su Maryam se halla en Londres, y está buscándole.

Sin embargo, el Rey seguía resistiéndose a compartir su convicción.

—¡Por la Cruz! —exclamó—. Hay muchos centenares de hombres en Londres que se llaman Walter, y mujeres con buenos motivos para buscarlos. Mucho me temo que hayamos despertado en usted esperanzas que sólo lleven al desengaño. Sin embargo, sería bueno cerciorarse. Esto interrumpe un proyecto que yo acariciaba, pero ahora que he podido pensarlo, me alegraré mucho si esa mujer llega a ser su esposa de Oriente. Eso haría que las medidas necesarias fueran más fáciles y más rápidas.

—¡Eduardo, Eduardo! —exclamó la Reina meneando la cabeza—. ¿Has perdido ya toda la fe en la eternidad del amor verdadero? Vamos, déjale que descansa la mente. Dile lo demás para que pueda estar seguro.

—¿Lo demás? Pues nada, sino que acompaña siempre a la mujer un criado negro.

—¡Ahora sí que puedo estar seguro! —exclamó Walter—. El criado negro no puede ser sino nuestro fiel Mahmoud, que nos acompañó desde Antioquía hasta Kinsai.

La reina Eleonor miró primero al Rey y después a Walter. Le brillaban los ojos, húmedos.

—Al fin y al cabo esta aventura tendrá una terminación feliz. Sospecho, amo y señor, que tus proyectos han sufrido, por cierto; una interrupción... definitiva. Eso los desbarata.

Eduardo meneó lentamente la cabeza.

—Soy el rey de Inglaterra —dijo—. Y, sin embargo, ¡qué demostración de la forma en que mi autoridad puede ser desconsiderada! Empiezo a creer que soy un hombre débil.

Echo a reír, y apoyó un brazo en el hombro a Walter.

—El asunto queda fuera de mis manos, parece. Sin embargo, aún me queda un poco de poder. Tiene usted mi autorización para partir inmediatamente para Londres.

—¡En seguida! —dijo la Reyna, que luego pareció ser perturbada por una leve duda—. No se demore en hablar a... a nadie.

CAPÍTULO DÉCIMO NOVENO. EN CASA DE JOSEPH MAULE

I

El Dragón Amarillo era una posada situada a escasa distancia de la Torre. Atraído por el nombre, Walter dejó su caballo al cuidado de un mozo y entró en busca del propietario.

—Sí, señor —dijo el individuo en respuesta a sus apremiantes preguntas—. La mujer pasó por aquí no hace dos horas. Estaba gritando: «¡Will! ¡Will!», a todo pulmón y se dirigió hacia los mercados de St. Nicholas.

A Walter se le cayó el alma a los pies al oír esas palabras, pero cobró renovado valor al oír que un clamor general desmentía lo dicho por el hombre. Los que hablaban estaban seguros de que la mujer gritaba: «¡Walter!», excepto un borracho, que apestaba a curtiembre y que sostuvo tercamente que llamaba a «Alfred». Uno dijo que la última vez que la había visto era cerca de Eye Bourne, en la vecindad de Westminster. Un segundo parroquiano estaba seguro de que se había detenido en Frere Pye Gardens, y un tercero clamaba positivamente que había cruzado el Puente de Londres y desaparecido en las profundidades de Mermondsey Cross.

El muchacho recorrió las calles febrilmente durante dos horas, interrogando a cuantos encontraba, hasta que finalmente la caída de la noche hizo imposible la búsqueda. Entonces se dirigió por las desiertas calles a casa de Joseph Maule.

Elsie, la mujer de Conand, lo recibió en la puerta. En todas las veces que visitara la casa, nunca se había encontrado frente a frente con aquella infalible productora de nietos. Una vez la había oído huir al acercarse él, por la escalera exterior, presa de enorme pánico, y en otra oportunidad apenas si había podido verla de espaldas al desaparecer por una puerta. Sorprendida por la inesperada llegada del muchacho, su redonda cara se puso blanca. Emitió un azorado «¡A-a-ah!», de consternación, luego se volvió y echó a correr hacia el fondo de la casa.

Fue Anne, más segura de sí que nunca, quien le hizo los honores. Lo recibió con una reverencia y dijo en tono muy natural:

—Espero que no se ría usted de mi madre, señor. Mi abuelita dice que no hay que mofarse de ella por gansa que sea. ¿Quiere usted ver a mi abuelo?

—Sí, Anne. Tengo que verle lo antes posible. Es de lo más urgente.

—Pero mi abuelo ha salido. No sé cuándo volverá, señor. Ha salido en busca de una mujer que anda gritando por las calles. Tiene que ser una mujer rara, señor, rara como mi madre.

Walter experimentó una sensación de alivio.

—Tu abuelo conoce tan bien la ciudad, que es seguro que ha de encontrarla —le dijo a la chiquilla—. Te haré un regalo por habérmelo dicho.

Al oír eso, a la niña se le dilataron los ojos.

—¿Un lazo para mi cabello? —preguntó.

Walter echó a andar por la habitación, incapaz de descansar por su nerviosismo, ni aun en vista de la excelente posibilidad de que Joseph lograra su objeto. Comprendía como jamás lo comprendiera entonces, lo enorme que era Londres, cuántas oscuras calles tenía y lo fácil que era que se perdieran los visitantes de recursos limitados. Quizás, a pesar de todo, fracasara Joseph. Y mientras paseaba de un lado a otro, presa de sus presentimientos, oyó que la niña comentaba el lazo rojo que iba a recibir y el nuevo manto que su abuelo tendría que regalarle para que hiciese juego con él.

Pensó en volver a recorrer las calles gritando esa vez «¡Maryam!», desde un extremo de Londres al otro, pero resolvió que sería más sensato esperar la llegada de Joseph. Si Maryam había sido hallada, no tenía que estar ausente cuando ella llegara a la casa.

Cuando oyó la voz de Joseph ante la puerta, se lanzó hacia adelante exclamando
—¿La encontró?

Joseph meneó la cabeza.

—No, señorito Walter. Pero tranquilícese usted, pues la encontrará mañana. Muy temprano se la llevaré a usted.

—¡Mañana puede ser tarde! —gritó Walter—. Hasta entonces puede ocurrirle cualquier cosa.

El honrado semblante de Joseph reflejó una gran preocupación.

—Nada podemos hacer esta noche —dijo—. Todas las casas honestas de la ciudad están cerradas. Podríamos gritar hasta quedarnos roncos sin que nadie nos hiciese caso.

Y en tono más tranquilizador, añadió:

—Hoy envié a mi robusto Toby a Gurnie, señor. Tenía el encargo de traer a usted inmediatamente a Londres. Estoy convencido de que se trata de la esposa de usted. Yo había estado de viaje, y sólo la vi esta mañana. De puro tonto, no pensé seriamente en que podía ser ella hasta que hubo desaparecido. Sólo entonces me puse a atar cabos. No es alta, y tiene ojos azules. Con ella andaba un enorme pagano, cuya piel era la más renegrada que yo haya visto.

Walter se hallaba en un estado de ánimo tal que cualquier sombra de duda podía perturbarle.

—Mahmoud no es alto —dijo, meneando la cabeza.

—Hace más de tres años que usted no lo ha visto. ¿No crecen los paganos lo mismo que los cristianos?

Y Joseph inclinó la cabeza con total confianza ya.

—La encontraremos mañana. Todos mis fornidos muchachos dejarán de trabajar por el día y asignaré un barrio a cada uno. Ellos conocen su Londres, y darán con ella con la misma seguridad que lo hacen los perros de caza con los faisanes.

Walter empezó a andar de nuevo por la habitación de un humor tal que rechazaba todo consuelo.

—No puedo creerlo, Joseph —dijo—. ¿Tiene usted alguna idea de la distancia que hay del Cathay aquí? Podría ir usted y venir de aquí a Gurnie cien veces, y sin embargo no se hallaría ni siquiera a mitad de camino. ¡Mi valiente Maryam! Si en realidad ha hecho el milagro, ha sido porque Nuestro Padre envió a sus ángeles para guiarla en el camino.

—Dicen que parece cansada, tenía la voz fresca al empezar, pero ya está debilitándose. A la gente le ha dado por seguirla y ya no se muestran tan amables con ella como al principio. Un panadero dice que el pagano le robó un pan.

Las aprensiones de Walter se hacían cada vez más intensas.

—Estará, ya sin recursos, Joseph. ¡Me enloquece esta espera! ¿Dónde estará esta noche? ¡Hambrienta, con frío, cansada! ¡Durmiendo en alguna covacha incómoda! No podré dormir pensando en ella.

Meneó tristemente la cabeza al pensar en el pan robado.

—Han de estar muy necesitados para que Mahmoud haya vuelto a sus antiguas mañas.

—Hay unas rebanadas de carne fría en la casa, señor. Las cosas parecen mejores cuando se tiene el estómago lleno.

—¡Y ellos quizá no tengan qué comer esta noche! —exclamó Walter—. No podría probar un bocado. Joseph, prométame que mañana empezaremos temprano.

—Mis muchachos estarán en pie a primera hora —dijo el exescudero.

Walter halló alojamiento en una taberna cercana, La sala estaba llena y el bullicio que provenía de ella hacía que las posibilidades de sueño fueran más remotas. Había salido la luna, y el muchacho se quedó sentado ante su ventana, mirando con ensombrecidos ojos las amontonadas techumbres de las casas.

Londres, de día, era muy alegre, pero de noche cobraba un aspecto siniestro. En su perturbado estado de ánimo imaginó que la luna que brillaba por encima de él, estaba tratando de ahuyentar los peligros que acechaban las negras callejuelas y encerrados patios, las calles ocultas detrás de las mansardas de las cerradas casas, el mal que rondaba, cuchillo en mano, por la ciudad. Era enloquecedor pensar en que Maryam se hallaba sola en esa ciudad de terror y amenazas.

Una vez se sobresaltó, creyendo haber oído gritar su nombre en la calle. Abrió la ventana y se asomó, conteniendo su ansiosa respiración. En seguida se dió cuenta de que sólo era algún ebrio rezagado que gritara un saludo de despedida a otro compañero en la oscuridad.

—¡Las doce, y si todo anda bien seré el papa de Roma! —Fué la respuesta, con sonora carcajada.

—Puede que sea tan difícil encontrarla aquí como en Kinsai —se dijo el

muchacho—. Maryam, si eres tú, ¿dónde estás? ¿Qué desdichados pensamientos te pasan por el espíritu? ¿Has abandonado las esperanzas después de todos esos días de agotamiento?

Cerró la ventana y se echó en su sucio jergón. Y, como lo había supuesto, no pudo cerrar los ojos aquella noche.

II

En las últimas horas de la tarde siguiente, la pequeña Anne, que se había instalado ante una de las ventanas del piso alto, gritó con excitada voz:

—Oigo la voz de mi abuelo. Está muy contento, pues habla con rapidez.

Después de infructuosas horas pasadas en el centro de la ciudad, horas de continuas preguntas, suposiciones y rumores sobre el paradero de Maryam, rumores que resultaron todos falsos, Walter había regresado a casa de Joseph Maule para ver si se tenía noticias de los demás buscadores. No se detuvo a interrogar a la niña sino que salió de la casa en un santiamén.

Su mirada se posó primero en el triunfante Joseph, al frente de una procesión de media manzana de largo. El exescudero estaba echando su sombrero al aire y tomándolo al vuelo mientras caminaba, como un juglar o trovador en la vanguardia de un ejército que regresara de la batalla, y tenía el rostro resplandeciente en una amplia sonrisa. A su lado caminaba uno de sus nietos, mucho más alto que él, e inmediatamente detrás un personaje envuelto en un sucio albornoz que le azotaba las negras pantorrillas, cubierto por un enorme turbante que le ocultaba casi todo el rostro. Aquella aparición de ébano llevaba a un niño de la mano. A su lado, con leve cojera, iba una mujer vestida de blanco. Estaba rodeada de cerca por curiosos burgueses, y en un primer momento Walter no pudo verle el rostro sino por un instante. La forma de su mejilla evocó en Walter muchos recuerdos. No estaba seguro de si era cosa de su imaginación, pero el corazón empezó a latirle apresuradamente en el pecho. La mujer volvía la cabeza en todas direcciones con unas ansias que no se dejaban reprimir, y, quizá por la fuerza de la costumbre, una vez gritó con débil voz: «¡Walter!». El muchacho comprendió que no se trataba esta vez de una alucinación; era aquélla la voz que tan a menudo oyera en un jardín de Kinsai, ronca y debilitada por entonces, pero con el mismo timbre dulce. Ya no tuvo dudas. Ante una repentina y abrumadora comprensión de que el milagro se había operado, gritó: «¡Maryam!», y empezó a abrirse paso apresuradamente entre los grupos de personas que se habían reunido para ver pasar a la extraña procesión.

Joseph lo vio y gritó:

—No hay duda alguna, señor Walter: es su esposa.

El muchacho, habiendo oído o no, no contestó. Tenía la mirada fija en la frágil figura al abrirse paso hacia ella, mientras la sangre le pulsaba, exultante, en las venas. ¡Ya! Pudo lograr verle el rostro. Era aquél un rostro delgado y pálido, y los ojos parecían aún mayores. Walter echó a reír por el infinito alivio que sintió al reconocerla.

—¡Maryam! —volvió a gritar.

La muchacha se detuvo y miró a su alrededor, erguida la cabeza ante la revivida

esperanza. Entonces lo vió. Por un rato se quedó perfectamente quieta, como incapaz de creer lo que veían sus ojos. De pronto su rostro adquirió una expresión de éxtasis, y, dejando caer un pequeño lío que llevaba, echó a correr hacia él.

—¡Walter! ¡Walter! ¡Al fin te encuentro!

Cuando se abrazaron, a Maryam le faltaron las fuerzas, y fué un cuerpo inerte el que Walter tomó en sus brazos. El muchacho se sentía tan feliz que habría querido prorrumpir en gritos de agradecimiento a la Divina Providencia por el milagro que había vuelto a unirlos. Al rato, sin embargo, se dió cuenta de que la cabeza de su esposa le había caído, inmóvil, sobre el hombro.

—¡Paso! —gritó—. ¡Abrid paso, la señora está enferma!

De pronto oyó una voz familiar a su lado que balbuceaba:

—¡Amo, amo!

Y a pesar de su desesperado impulso por echar a andar hacia la casa, volvió la mirada atrás por sobre su hombro y vió un sonriente rostro negro.

—¡Mahmoud! —gritó—. Conque ¡me encontraste a pesar de todo, excelente y fiel muchacho!

—Sí, amo. El viaje fue largo...

Entonces Walter advirtió que le costaba moverse. Un peso se le había sujetado a una pierna. Con considerable esfuerzo logró volver la cabeza y mirar hacia abajo. Un chiquillo se le había agarrado con un brazo y ambas piernas, y con la mano libre le golpeaba furiosamente.

—¡Mahmoud! —exclamó Walter—. Parece que hay dificultades aquí. Líbrame de ese enojado hombrecito.

Mahmoud obligó al niño a soltar su presa y lo alzó, mientras el chico seguía llorando y luchando, para sentárselo en el hombro.

—Es el amo chico —dijo con amplia sonrisa—. Tiene miedo que se lleve usted a su madre.

—¡Su madre! —repitió Walter, mirando asombrado al esclavo—. Mahmoud, ¿qué quieres decir? No puede ser...

Mahmoud asintió, y su sonrisa se le acentuó todavía más.

—Sí, amo. Gran sorpresa. Hijo de familia. Hermoso chico, amo. Casi tres años.

Walter se sintió incapaz de hacer un movimiento. Miró otra vez al criado y luego a su hijo, que estaba, luchando porque lo dejaran en el suelo, evidentemente para acudir en ayuda de su madre.

—¡Mi hijo! —se dijo Walter para sí—. Bastante difícil es concebir que mi mujer me haya sido devuelta. Pero ¡esto! ¡Esto excede ya de lo creíble!

—Su esposa, se ha desvanecido —dijo la voz Joseph a sus espaldas—. Debería usted llevarla a casa inmediatamente.

Walter miró la cabeza que descansaba sobre su hombro. Maryam tenía los ojos

cerrados, y sus pestañas se destacaban muy largas y negras contra la palidez de sus delgadas mejillas. Walter no podía estar seguro de que respirara, y una ola de temor lo asaltó de que pudiera serle arrebatada. Estirando su brazo libre, empezó a abrirse paso por entre los curiosos.

—Está muy enferma, Joseph —dijo, pues su ansiedad le apartaba de la mente todo otro pensamiento, hasta el de la existencia de un hijo de tres años—. ¡Qué liviana es! Me cuesta tan poco llevarla, que... que temo lo peor.

Joseph, que estaba ayudando a abrirles camino, volvió la cabeza para mirarlo con tranquilizadora sonrisa.

—Una buena comida y bastante descanso es todo lo que necesita —dijo alegremente—. Elsie tendrá ya una olla de sopa sobre el fuego. Eso la reanimará en seguida.

¡Dios quiera que tenga usted razón!

Llegaron a la puerta, bajo la enseña del comercio de Joseph, y Walter se detuvo por un momento para mirar hacia atrás.

—Me dicen que ése es mi hijo —dijo en un tono tan lleno de reverencia que fué casi un susurro—. No estoy seguro de poder creerlo. Todo esto tiene que ser un sueño.

Y le faltó la voz.

—Un sueño maravilloso, Joseph.

—No necesitaba que me lo dijera, señor —declaro el exescudero—. Una sola mirada a ese hermoso niño me bastó para reconocerlo por hijo suyo. Es la imagen viviente de usted y de mi señor Rauf, aunque juro que veo en él algo de mi viejo camarada, Wat Stander. Y ¡qué ánimos! ¡Cómo le pegaba a usted!

Elsie surgió de su escondite para hacerse cargo de su papel. Puso a Maryam en una de las enormes camas que había en un cuarto trasero y le obligó a tomar un trago de fuerte vino. Luego se puso a restregarle las finas muñecas, murmurándole en tono solícito:

—¡Pobrecilla! ¡Qué hermosa, qué hermosa es usted, señora!

Mientras se afanaba en esa tarea, mantenía la cabeza baja, teniendo particular cuidado en no permitirse la presunción de que su mirada se encontrara con la de Walter.

El muchacho estaba de pie al lado de la cama y contemplaba el inmóvil cuerpo de su mujer con una aprensión tal que Joseph, por último, le pidió que bebiera también un poco de vino. Así lo hizo Walter, aunque sin apartar la mirada de su esposa.

—¿Cree usted que se repondrá, Joseph?

—Claro que sí, señorito. Vea, ya le vuelve el color a las mejillas.

Era cierto, la respiración de la paciente se había tornado más regular, y ya podía verse que las mejillas se ponían un poco sonrosadas. Walter se sentó al lado de la

cama y le tomó una mano. Ya no estaba fría. Miró a Joseph e hizo, feliz, una seña afirmativa con la cabeza.

A su contacto, Maryam se estremeció, y sus ojos se abrieron lentamente. Fijó la muchacha su mirada en el rostro de Walter con tal expresión que éste comprendió que su esposa estaba tratando de creer que no era uno de los sueños que obsesionaran su inconsciencia.

—Walter —murmuró—. ¿Eres realmente tú? ¿No ha sido un sueño, pues?

—No es un sueño, Maryam mía —dijo él, inclinándose sobre ella y cogiéndole la otra mano—. ¡Por fin estás en casa, querida mía! A mi también me costó mucho tiempo convencerme de que no era un sueño.

Hizo una pausa y se inclinó aún más.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Mejor, Walter.

Joseph los interrumpió diciendo:

—Creo que la señora necesita comer.

Maryam trató de protestar cuando Elsie le trajo un tazón de sopa y le ofreció un poco en una cuchara. Walter le dijo que tenía que tratar de tomarla y le pasó un brazo por los hombros para incorporarla. Maryam dejó descansar su cabeza en el hombro de su marido, contenta de gozar una vez más de su protección y apoyo. Su mirada le sonrió, trémula.

—Te hará bien, Taffy —dijo él, estrechando el abrazo—. Vamos, toma un poco.

A Maryam le supo mal tener que apartar la mirada de su marido, pero al rato obedeció. El calor de la sopa le hizo bien, y la muchacha sacudió la cabeza.

—Ya basta, Walter. La terminaré después.

Walter la dejó recostarse en la almohada pero no retiró su brazo. Inclinándose sobre ella hasta rozarle las oreja con los labios, murmuró:

—Soy muy feliz, y sin embargo me veo incapaz de decir las cosas que quisiera hacerte oír.

—Ya tendré tiempo de oírlas más tarde.

A la muchacha le costaba tanto esfuerzo hablar, que no pudo decir nada más, aunque hizo que su mirada expresara algo de lo que ella misma dejara sin decir.

—Te he echado terriblemente de menos —prosiguió él al rato—. No sabía que hacer. El mundo entero nos separaba.

Maryam asintió lentamente.

—Ya sé, Walter. No... No podías encontrarme a mí. Era yo la que tenía que encontrarte.

Hizo una pausa para recuperar aliento.

—¡Todo habría sido tanto más fácil, si me hubieses enseñado algo más que las dos palabras que sabía!

—Walter y Londres. Pareces haberlas empleado muy bien, querida mía.

Ella no le contestó por largo rato. Luego:

—Esas palabras me trajeron hasta Londres, Walter querido —dijo.

—Eso no dejará de asombrarme mientras viva.

—Creí, cuando ya estaba esto por terminar, que no acabaría nunca. Me sentía muy enferma, abandonadas todas mis esperanzas. Pero el Dios del cual tanto me hablaste me dió fuerzas. Y así vine.

Elsie trajo tazones de sopa para el niño y Mahmoud, que empezaron a tomarla con toda clase de muestras de aprecio y goce. Los recién unidos enamorados sólo se dieron cuenta de ello por los sonidos, pues sus miradas no se separaron. Estaban gozando una fiesta emocional; durante largo rato se miraron con profunda intensidad; luego, sonrieron y volvieron a sonreírse, hasta que por fin, como cerrando un ciclo, empezaron simultáneamente a parpadear para retener las lágrimas de felicidad que pugnaban por saltárseles de los ojos.

Por último, Maryam le hizo un gesto para que se acercara más a ella.

—Creo que ahora debieras ir a hablarle a tu hijo —murmuró.

Walter se levantó y cruzó la habitación. Miró al niño, que había terminado su sopa y se hallaba tranquilamente sentado en el suelo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó, en griego.

—Soy Walter.

—¿Walter? ¡Claro está! Mucho me habría desilusionado si te hubieses llamado de otro modo. Eres el tercer Walter, y esperemos que haya muchos más en línea directa, todos Walter de Gurnie. ¿Tienes otros nombres?

El chiquillo meneó la cabeza como intrigado por la pregunta.

—Soy Walter —dijo.

—Entonces he de preocuparme porque tengas otros cuando te bauticen. Alfgar por mi abuelo; Eduardo, por nuestro gran rey y Rauf por el abuelo tuyo. Walter Alfgar Eduardo Rauf Fitzrauf. ¡Vaya un hermoso nombre para un niño!

Después de un rato de silencio, el orgulloso padre preguntó:

—¿Te gustaría ir a hablarle a tu madre, hijo mío? El niño hizo una rápida señal de asentimiento. Walter lo alzó en brazos muy alto en el aire. El niño sonrió por primera vez y golpeó los talones, lo cual era una evidente señal de que se proponía gustar de ese alto desconocido a pesar de todo.

Cuando ambos estuvieron sentados al borde de la cama, Walter, con su hijo sobre las rodillas, Maryam les sonrió con amor imparcial.

—Espero que te guste el regalo que te traje —dijo.

—Nuestro hijito es un muchacho espléndido. ¡Qué gran luchador llegará a ser! Como sus dos abuelos. Tengo la mente llena de proyectos para él. Y para nosotros, Maryam.

La muchacha volvió a sonreír y dijo con un leve resurgimiento de su antiguo humor:

—¡Qué largo viaje he tenido que hacer en busca de mi honorable marido fugitivo!

THE ROAD TO CATHAY





THOMAS BERTRAM COSTAIN (Brantford, Canadá, 1885 - Nueva York, EUA, 1965). Fue un novelista que se especializó en ficción histórica. Publicó su primera novela, *For My Great Folly* a la edad de cincuenta y siete años.

En su juventud fue reportero para periódicos locales de su ciudad natal Brantford en Ontario. En 1915 se convirtió en el jefe de redacción para *Macleans Magazine*, cargo que ocupó hasta 1920 cuando se convirtió en redactor jefe de *The Saturday Evening Post*.

Costain se naturalizó como ciudadano norteamericano y en 1937 se convirtió en el jefe de la oficina de desarrollo literario de Twentieth-Century Fox. Dos años más tarde inició su labor como redactor asesor para *Doubleday Books*. Siempre estuvo interesado en escribir novelas, pero sus deberes editoriales no se lo permitieron. Finalmente después de publicar su primera novela tuvo otros éxitos literarios, incluyendo *La Rosa Negra* (*The Black Rose*, 1945), que encabezó la lista de libros de ficción más vendidos del *New York Times*, con dos millones de copias en su primer año. Otra de sus obras más importantes fue *El cáliz de plata*.

Sus novelas se distinguieron por ser historias de aventura y romance basadas en eventos históricos que el escritor reconstruía a partir de una concienzuda investigación. La trama de sus libros se desarrollaba cuidadosamente, aunque los diálogos y la acción transcurrían con rapidez y agilidad.

Entre sus obras destacan:

For My Great Folly- 1942

Josué: Líder de la unidad del pueblo - Una biografía realista- 1943 - con Rogers MacVeagh.

Cabalga conmigo - 1944

La Rosa Negra- 1945

El hombre de dinero - 1947

Torres altas - 1949

Hijo de cientos de reyes - 1950

El cáliz de plata - 1952

Notas

[1] Kinsai era el nombre antiguo de Hangchow o Hangzhou que hasta la fecha sigue siendo una de las más grandes ciudades de China.<<

[2] El té no sería introducido en Europa hasta muchos siglos después. <<